AÑO CRISTIANO

ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO

CONTIENE

LA EXPLICACION DEL MISTERIO, Ó LA VIDA DEL SANTO DE CADA DIA, ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA EPÍSTOLA Y UNA MEDITACION SOBRE EL EVANGELIO DE LA MISA, Y ALGUNOS EJERCICIOS PRÁCTICOS DE DEVOCION Á PROPÓSITO PARA TODA CLASE DE PERSONAS.

POR EL **P. J. CROISSET**, *DE LA CAMPAÑÍA DE JESUS,*

TRADUCIDO DEL FRANCÉS, POR EL P. J. F. DE ISLA, DE LA MISMA COMPAÑÍA

NUEVA EDICION

Aumentada con las adiciones y notas del P. CAPARROS y de los PP. CENTENO y ROJAS, con la vidas de algunos Santos nuevamente canonizados, y una noticia de otros Santos antiguos, con el Martirologio Romano integro; y seguida de las DOMINICAS del mismo P. J. CROISSET, traducidas por D. JOSÉ MARIA DIAZ JIMENEZ, presbitero.

ARREGLADA Y DIRIGIDA

Por Don Justo BARBAGERO, Presbitero, Doctor en Teologia, Licenciado en Canones y Catedrático de lengua hebrea de la real Universidad de Alcadá de Henares.

Adornada con láminas finas.

TOMO VI.

PARIS

LIBRERIA DE ROSA Y BOURET

1864



S. MARCELINO

Y COMPAÑEROS MRTS.

AÑO CRISTIANO

Ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

JUNIO.

DIA PRIMERO

SAN PANFILO PRESBÍTERO, Y SUS COMPAÑEROS MARTIRES.

San Pánfilo, presbítero y mártir, hombre de admirable santidad y sabiduría, como se explica el Martirologio romano, nació en Berito de la Fenicia, siendo su casa una de las mas distinguidas de la provincia. Eran sus padres cristianos, y pusieron el mayor cuidado en darle una educacion cristiana. La vivacidad y la singular penetracion de su ingenio no esperaron para darse á conocer los regulares términos de la edad; dejáronse ya distinguir desde los mismos balbucientes indicios de la infancia. Apenas tenia dos ó tres años, y ya brillaba su extraordinaria agudeza; oíanse con admiracion sus discursos, sus gracias y sus prontitudes; pero se admiraba mas su bella índole, y aquella como nativa disposicion que mostraba para todo lo que era virtud y religion.

Despues de haber dado principio á los estudios en su pais, pasó á perfeccionarse en ellos á Alejandría de Egipto, teatro donde florecian á la sazon todas las escuelas cristianas. Necesariamente habia de hacer grandes progresos en las letras un ingenio tan vivo, tan dócil y tan brillante, acompañado de costumbres tan arregladas y tan puras. Adelantó tanto en las letras humanas, singularmente en la retórica, que Eusebio Cesariense, que le tenia bien conocido, asegura fué uno de los varones mas elocuentes de su siglo. Aprendió la filosofía bajo el magisterio del santo presbítero *san Pedro Pierio,* esclarecido mártir, reputado por uno de los hombres mas sabios de su tiempo, cuya vasta y universal erudicion le mereció el renombre del segundo Orígenes, ó de *Orígenes el mozo.*

De Alejandría pasó Pánfilo á Cesaréa, acompañado del alto concepto que se habia merecido por su ingenio, por su literatura y por su virtud; y en breves dias fué la veneracion de toda la ciudad. Elevóle su mérito á los mayores empleos, y en todos dió tantas muestras de su capacidad y de su rectitud, que se levantó con el aplauso y con el amor universal; pero todas las floridas esperanzas con que le lisonjeaba su nobleza, sus talentos y su mérito singular no fueron bastantes para tentar jamás aquel piadoso y aquel desengañado corazon. Como tenia tan conocida la vanidad de los honores del mundo y de los bienes caducos de la tierra, nunca se dejó deslumbrar de su brillante apariencia; y habiendo repartido entre los pobres gran parte de su patrimonio, abrazó el estado eclesiástico, siendo en breve tiempo no solo el ornamento, sino el ejemplo de la clerecía.

Conociendo muy bien lo mucho que Pánfilo valia, Agapio, obispo de Cesaréa, no quiso que aquella antorcha se mantuviese escondida debajo del celemin. Confirióle los primeros órdenes sagrados, y sin dar

oidos á las representaciones de su humildad, le elevó á la alta dignidad del sacerdocio. Como entró en él con tan santas disposiciones, á pocos dias fué las delicias de aquella iglesia por su eminente virtud y por su profunda sabiduría. Era su vida un ejercicio perpetuo de todas las virtudes; sobre todo, su humildad y su caridad fueron verdaderamente extraordinarias. Dedicaba todos sus desvelos al socorro de los pobres, no solo con las limosnas propias, sino con las muchas que les agenciaba, añadiendo á ellas el emplearse personalmente en su servicio; y en medio de eso decia que era el siervo mas inútil del mundo.

Luego que se vió en el estado eclesiástico se entregó enteramente al estudio de la sagrada Escritura, aplicándose únicamente á instruirse bien en la ciencia de la religion. Por el ardiente amor que profesaba á las letras se aplicó á juntar en Cesaréa una numerosa biblioteca, enriquecida con las obras mas excelentes de los autores antiguos, para facilitar á todos el medio de hacerse sabios, aprontándoles armas con que refutar las herejías. Conocióse muy presto la utilidad de tan piadoso pensamiento; pudiéndose decir que á los desvelos de nuestro santo debe la Iglesia el no haberse perdido la noticia de su antigua historia eclesiástica. Entre los otros libros de los sabios que procuró juntar fueron las obras de Orígenes, copiando él mismo por su mano algunos tratados de este autor, que á la sazon todavía era tenido por católico; y san Jerónimo hacia tan alto concepto de san Pánfilo, profesándole al mismo tiempo tanta veneracion, que, habiendo recobrado el ejemplar sobre los doce profetas menores que el santo habia copiado por su puño, le conservó con tanta estimacion y cuidado, segun la frase del mismo santo Doctor, como si fueran los tesoros de Creso; porque cada rasgo del manuscrito se le represen-

taba escrito con la sangre de un ilustrísimo mártir.

El mismo deseo que tenia de desterrar la ignorancia de la clerecía, y de enamorarla de los estudios eclesiásticos, le motivó á enseñarlos por sí mismo, abriendo escuela pública en Cesaréa, y dictando á sus oyentes lecciones de sagrada teología; pero cortó todos estos santos ejercicios la persecucion de la Iglesia, que habia casi cinco años hacia lastimosos estragos en *el Oriente.*

Resueltos los emperadores Diocleciano y Maximiano á exterminar del mundo á todos los cristianos, llegó á tanto su persecucion, que no les era lícito comprar, vender, traer agua, moler trigo; en fin, dar paso alguno de los mas necesarios para conservar la vida, sin haber ofrecido antes incienso á unos idolillos que estaban colocados en las calles, en los mercados, en las plazas y en todos los lugares públicos donde se ejercitaba algun comercio. Luego que dieron la paz al imperio, derrotando sus enemigos, solo pensaron en hacer la guerra á la Iglesia. Resolvióse la persecucion en Roma por decreto del senado; y confirmada por *un edicto general de los emperadores* los años de 302 y 303, fué, por decirlo así, como un diluvio de sangre que anegó á todo el universo. Asegúrase que en solo Egipto se contaron mas de ciento y cuarenta y cuatro mil mártires, y setecientos mil desterrados. El año 304 fué creado César Maximino, por sobrenombre Daja, y su crueldad contra los cristianos hizo tantos excesos al emperador Maximiano, que sus ministros y oficiales, distribuidos en las provincias del imperio, no le podian hacer mayor lisonja que sugerirle nuevos géneros de suplicios, inventados para atormentar á los fieles de su jurisdiccion, corriendo rios de sangre por las ciudades y por las provincias.

Dió el gobierno de la Palestina á Urbano, creatura

suya, quien desde luego se persuadió haria el mayor servicio, y daria el mas alegre gusto al tirano, si mandaba prender al presbítero Pánfilo, reputado por hombre extraordinario, y por uno de los principales maestros que veneraban los cristianos. Esta misma reputacion le excitó la curiosidad de verle y de tratarle; y haciéndole venir á su presencia, conoció de cuánta importancia seria ganar á un hombre de aquel concepto y de aquel mérito, por lo que no perdonó medio alguno para pervertirle; promesas, amenazas, lisonjas, tormentos; pero todo inútilmente. La constancia de Pánfilo llenó de asombro al tirano; mas el tirano se lisonjeó de que á fuerza de tormentos lograria debilitar por lo menos la constancia de Pánfilo. Mandó que le despedazasen el cuerpo con uñas de hierro; y se ejecutó la órden con tanta crueldad, que hasta el tirano mismo se horrorizó. Hízose una sola llaga todo el cuerpo del mártir, descubriéronsele todos los huesos, y solo de milagro pudo vivir. Volviósele á la cárcel para repetirse el mismo suplicio dentro de pocos dias; pero habiendo perdido Urbano la gracia del emperador, y con ella la cabeza, Firmiliano, que le sucedió, no se dió priesa por quitarle la vida al santo mártir. Estuvo dos años en la cárcel, permitiéndolo así la divina Providencia para consuelo de muchos ilustres confesores que confirmó en la fe, y para enseñanza y salvacion de gran número de fieles. Dejósele libertad para hablar á sus amigos, y se aprovechó de ella para la conversion de muchas almas; porque el glorioso título de confesor de Jesucristo daba nuevo lustre á su virtud, y añadia mucha eficacia á su zelo.

Habia cerca de dos años que estaba detenido en la prision, cuando volvieron de Cilicia cinco cristianos, naturales de Egipto, que habian conducido á algunos confesores condenados á las minas, y estos dieron

ocasion al gobernador Firmiliano para poner en la cabeza de Panfilo la corona del martirio. Luego que los cinco egipcianos entraron en Cesaréa se declararon por cristianos, y en el mismo punto fueron llevados á la cárcel, donde mostraron indecible gozo por encontrar en ella á Pánfilo; lo que sabido por el gobernador, mandó que así este como los cinco extranjeros compareciesen en su presencia.

Preguntó á estos de dónde eran, y cuál era su patria. Respondió el mas jóven : todos somos cristianos, y los cristianos no tenemos otra patria que la Jesusalen celestial, á la que esperamos arribar presto por medio del martirio. Aturdido el gobernador con esta respuesta, mandó que á todos seis les quitasen la vida.

Oyó pronunciar esta sentencia un muchacho de diez y ocho años, criado de san Pánfilo, que se llamaba Porfirio, y pidió licencia en alta voz para enterrar los cuerpos de los mártires; por lo que allí mismo fué arrestado. Preguntóle el gobernador si era cristiano; y le respondió que solo era catecúmeno ; pero que esperaba merecer la dicha de bautizarse en su misma sangre, la que estaba pronto á derramar por la fe de Jesucristo. Enfurecido Firmiliano al oir tan intrépida respuesta, mandó á los verdugos que le atormentasen sin piedad, si en aquel mismo punto no sacrificaba á los dioses; y negándose resueltamente á hacerlo con una fortaleza que asombró á los circunstantes, fueron despedazadas sus carnes hasta que se le descubrieron los huesos. Duró largo tiempo este suplicio, y le sufrió Porfirio sin exhalar una sola queja. Su paciencia apuró la del gobernador, y mandó que fuese quemado vivo á fuego lento; lo que así se ejecutó, habiendo llegado el primero á la corona el que fué el último para entrar en el combate. Bañóse su semblante de una celestial alegría, y solo abrió la

boca para pronunciar el nombre de Jesus, cuando vió que se acercaban las llamas para sofocarle.

Inmediatamente pasó á la cárcel un cristiano de Capadocia, llamado Seleuco, á dar á san Pánfilo la alegre noticia del martirio de san Porfirio; y como saludase con beso de paz á uno de los mártires, allí mismo fué preso por cristiano, y sentenciado á perder la cabeza por el cuchillo; lo que se ejecutó al instante.

Parece que el martirio de san Pánfilo franqueaba aquel dia la puerta del cielo mas que lo ordinario, porque á Seleuco siguió luego Teódulo, viejo venerable y criado antiguo del gobernador, que le estimaba mas que á los otros familiares suyos por su bondad y por su mucha prudencia. No se puede ponderar la cólera de Firmiliano cuando se le presentaron como delincuente, y su delito fué el mismo de Seleuco, abrazar á un santo mártir. Condenóle su amo á morir como el Salvador enclavado en una cruz, que era el suplicio de los esclavos. Y cansado el gobernador con la constancia de todos aquellos generosos mártires, hizo que le trajesen á san Pánfilo con otros dos ilustres confesores de Jesucristo, Valente, diácono de la iglesia de Elia, y Paulo, natural de Jamnia, hombre de mucha virtud. Informado de que todos tres habian sido atormentados en tiempo de su antecesor; y conociendo bien por su aire, por su alegria y por su serenidad, que perderia el tiempo en volver á tentarlos para que sacrificasen á los ídolos, lo que solo serviria para exponer á nueva confusion su autoridad, los condenó á que les cortasen la cabeza. Al mismo tiempo de la ejecucion entró en Cesaréa un jóven de Capadocia, llamado Julian, cuya virtud, cuya fe y cuyo zelo eran ya muy conocidos. Antes de entrar en la ciudad tuvo noticia de lo que pasaba en ella, y corriendo prontamente para ser testigo del combate de los mártires, halló ya sus cadáveres tendidos en el suelo; abalan-

zóse á ellos, abrazólos y besólos con tan santa intrepidez, que aturdió á los mismos paganos. Prendiéronle allí mismo, y le llevaron delante de Firmiliano, que, colérico y rabioso al ver que los mas crueles tormentos solo servian para encender mas el fervor de los cristianos, mandó que luego le quemasen vivo á fuego lento, como á san Porfirio, y fué el duodécimo que consiguió la corona del martirio en este mismo dia primero de junio de 309. Cuatro dias y cuatro noches estuvieron expuestos de órden del gobernador los santos cuerpos para que las fieras los despedazasen; pero ninguna se llegó á ellos en todo este tiempo; y á vista de tan clara proteccion del cielo se concedió libertad á los fieles para que los retirasen y les diesen sepultura.

SAN SEGUNDO, OBISPO Y MARTIR.

Entre los siete obispos enviados á España por los príncipes del colegio apostólico san Pedro y san Pablo, con el objeto de que predicasen en ella el Evangelio, reconoce la nacion, por una tradicion constante autorizada, á san Segundo por uno de ellos. Bien que no se saben, ni su órigen ni los hechos de su infancia y juventud; mas sí se conocen las tareas laudables de su apostolado en España.

Llegaron á la ciudad de Guadix (llamada Acci en la antigüedad) Torquato, Cesifon, Indalecio, Cecilio, y Eufrasio con nuestro santo; y separándose desde allí por diferentes partes del reino á satisfacer el designio de su mision apostólica, aunque los mas se quedaron en varias provincias de la Bética ó Andalucía, encendido Segundo en vivísimos deseos de llevar la fe á regiones mas distantes, partió á la ciudad de

Avila, sembrando en todos los pueblos, por donde hizo tránsito, la semilla del Evangelio sin temor del poder de los paganos. Entró en Avila, donde se puede decir que estaba por desmontar la viña del Señor, y halló un dilatado campo para su cultivo en la multitud de gentiles que vivian en mil groseros errores y en una espantosa corruptela de costumbres; en una palabra, envueltos en las miserables sombras de la muerte, y preocupados con las falaces supersticiones que adoptaban los idólatras. Principió su mision con tanto espíritu, y trabajó con tanta felicidad, que en poco tiempo floreció la religion cristiana entre aquellos naturales; y estableció la piedad en toda la comarca, de manera que parecia no dejar mas que desear á su zelo.

Sirvieron maravillosamente para dar á su predicacion mayor eficacia la confirmacion de su doctrina con repetidos milagros, su admirable paciencia, y desinterés apostólico. Con su afabilidad y dulzura conquistaba los corazones; y haciéndose todo de todos, á todos ganaba para Jesucristo.

Reducidos al conocimiento del verdadero Dios no pocos infieles, estimó Segundo por precisa la ereccion de un templo segun la costumbre de aquellos primitivos siglos, el que construyó efectivamente cerca del rio Avilés, llamado Aduja, ó Guaduja en tiempo de los Arabes, donde haciendo los oficios de pastor y maestro, celebraba con los fieles las preces públicas, los oficios y sacrificios divinos, conforme á la enseñanza litúrgica que hubo de los Apóstoles, fomentando aquella iglesia á expensas de su zelo infatigable hasta ponerla en la constitucion mas ventajosa.

En el cultivo de aquella recien plantada viña continuó Segundo algunos años, como uno de los mas activos operarios del padre de familias; pero ofendi-

dos los gentiles de las grandes conquistas que diariamente hacia para Jesucristo, de los muchos paganos que se convertian á la religion, desengañados con la predicacion del santo obispo, en la cruel persecucion que suscitó el impío Neron contra la Iglesia, le hicieron padecer los mas exquisitos tormentos por defensa de la fe, logrando por este medio la corona del martirio por los años 90 de nuestra era; y aunque no nos constan los géneros de tormentos de que se valieron para rendir á este eminente cedro, brillante en el líbano de la iglesia de España en los principios de su conquista para Jesucristo, se creen serian los mas crueles, siguiendo el sistema de los tiranos, los cuales se cebaban con superior saña en las cabezas de los fieles, lisonjeándose de serles mas fácil reducir á aquellos al sacrílego culto de sus falsos dioses, con el escarmiento de las muertes inhumanas de sus pastores.

Despues que el bienaventurado obispo triunfó de los esfuerzos de los gentiles, depositaron los fieles sus reliquias en un sepulcro de mármol, habidas en grande veneracion despues que gozó de paz la Iglesia, y en todo el tiempo que se mantuvieron los Godos en España, hasta la irrupcion de los Arabes, en la que temerosos los Cristianos de que cayesen en poder de los bárbaros, las ocultaron en la iglesia de San Sebastian, donde se mantuvieron incógnitas muchos siglos, hasta que se dignó el Señor manifestar tan precioso tesoro en el año 1519, reinando en España Carlos I, en la cátedra apostólica Leon X, siendo obispo de Avila Don Francisco Ruiz.

Intentó la cofradía de San Segundo, fundada muchos años habia en la dicha iglesia de San Sebastian, abrir comunicacion entre las capillas colaterales y la mayor; y derribando para este efecto los operarios la pared de la siniestra, uno de ellos llamado Fran-

cisco Arroyo encontró un sepulcro de mármol en el cóncavo de la misma pared, quien logró milagrosamente la curacion de una hernia que padecia, con solo invocar la proteccion del santo obispo. Apenas supieron los ciudadanos la invencion tan deseada de aquel tesoro, que por tradicion sabian estar en el mismo templo, aunque ignoraban el sitio; llenos todos de placer y júbilo concurrieron con la justicia secular y eclesiástica á la inspeccion que determinaron se hiciese, y abierta el arca del depósito á vista de todo el pueblo, se hallaron íntegros los huesos de un cuerpo humano, con las cenizas que denotaban ser la resolucion de su carne, un bulto á la parte superior de la cabeza en forma de mitra, un cáliz, patena y anillo, en el que estaban grabadas unas letras que decian: *San Segundo.*

No quedó duda á los de Avila en vista de estos indicios, y del suave olor que despedian las reliquias, ser las de su santo pastor, las cuales mantuvieron descubiertas algunos dias, con la custodia correspondiente, para satisfacer la devocion de los ciudadanos y diocesanos que concurrieron á tributarle la veneracion debida. Quiso el obispo trasladarlas á la catedral; pero habiéndose opuesto la ciudad, el rector de la iglesia de San Sebastian y la cofradía de San Segundo, patrona del templo, se convinieron por entonces, interin se decidia jurídicamente la controversia, en que se transfiriese á la catedral el cáliz con el anillo, y quedase el resto de las reliquias inclusas en la misma arca que se hallaron, en la iglesia de San Sebastian, donde puestas á la veneracion pública, se dignó el Señor obrar muchos milagros por la intercesion de su siervo en favor de los concurrentes á visitar su sepulcro.

Casi setenta y cinco años se mantuvieron en la forma dicha hasta el de 1594, en que hallándose

obispo de Avila Don Jerónimo Manriquez de Lara, inquisidor general de España, por la grande devocion que profesaba al santo, solicitó con el mayor empeño se trasladasen á la catedral, bajo el supuesto de su mayor decencia y proporcion para que los fieles las venerasen. Hizo uso del breve apostólico concedido para el mismo efecto á su predecesor Don Francisco Ruiz por la Santidad de Leon X, dado en Roma á 26 de febrero de 1520, en el año sétimo de su pontificado, pudiendo conseguir del rey Felipe II el que escribiese á la ciudad, al rector de la iglesia dicha y á la cofradía del santo, para que condescendiesen con los deseos de su zeloso obispo. Convencidos todos del justo motivo que le animaba, concurrieron con las demostraciones mas festivas á la traslacion apetecida, que se hizo con la mayor solemnidad el dia 11 de setiembre del año 1594 á la capilla magnífica, erigida en honor del santo en la misma catedral con las donaciones correspondientes, donde se le tributa el obsequio y veneracion debida. En el antiguo sepulcro pusieron una inscripcion para que así constase en lo sucesivo, qué reliquias en él se guardaban.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, san Juvencio, mártir. En Cesarea de Palestina, san Pánfilo, presbítero y mártir, hombre de admirable santidad y doctrina, quien, durante la persecucion de Galerio Maximiano, bajo el poder del presidente Urbano, fué atormentado y puesto en la cárcel por la fe de Jesucristo; habiendo sido de nuevo atormentado bajo Firmiliano, consumó su martirio en compañía de otros. Tambien padecieron por el mismo tiempo el diácono Valente, Paulo y otros nueve, de quienes se hace conmemoracion en otros dias.

En Autun, los santos Reveriano, obispo, y Paulo, presbítero, con otros diez que recibieron la corona del martirio bajo el emperador Aureliano.

En Capadocia, san Terpeso, mártir, que, en tiempo del emperador Alejandro y el prefecto Simplicio, despues de otros tormentos fué decapitado.

En Egipto, los santos mártires Isquirion, comandante de tropa, con otros cinco militares, á quienes bajo el emperador Diocleciano quitaron la vida por la fe de Jesucristo con diferentes géneros de muerte.

Además, san Firmo, mártir, el cual, durante la persecucion de Maximiano, fué cruelmente atormentado, apedreado, y por último decapitado.

En Perusa, los santos mártires Felino y Gratiniano, militares, que, despues de haber padecido diferentes tormentos en tiempo de Decio, alcanzaron la palma del martirio con una gloriosa muerte.

En Bolonia, san Próculo, mártir, que padeció bajo el emperador Maximiano.

En Amelia, san Segundo, mártir, que, arrojado al Tibre bajo Diocleciano, consumó en las aguas su martirio.

En Cista del Castillo de Umbría, san Crescencio, soldado romano, que recebió la corona del martirio en tiempo del mismo emperador.

En Umbría, san Fortunato, presbítero, ilustre por sus virtudes y milagros.

En el monasterio de Lerins, san Capraiso, abad.

En Tréveris, san Simeon, mártir, puesto en el número de los santos por el papa Benedicto IX.

En Viena, san Claudio, obispo.

En Poytou, san Jovino, solitario.

En Auverña, san Mion, confesor, cuya vida fué un ejercicio continuo de mortificacion.

En Tesalónica, san Octavio, mártir.

En Antioquía, san Zózimo y santa Tecla, mártires.

En Africa, san Crispin, mártir.

Entre los Griegos, san Pirro, obispo.

En Búrgos de España, en el monasterio de Oña, san Iñigo, abad, célebre por su santidad y milagros.

La misa es del comun de muchos mártires, y la oracion la siguiente.

Deus, qui nos concedis sanctorum martyrum tuorum Panphili et sociorum ejus natalitia colere: da nobis in æterna beatitudine de eorum societate gaudere. Per Dominum nostrum...

O Dios, que nos concedes la gracia de que celebremos la festividad de tus bienaventurados mártires Páufilo y sus compañeros; concédenos tambien la de que en su compañía gocemos la eterna bienaventuranza de la gloria. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 5 del libro de la Sabiduría.

Justi autem in perpetuum vivent, et apud Dominum est merces eorum, et cogitatio illorum apud Altissimum. Ideò accipient regnum decoris, et diadema speciei de manu Domini: quoniam dextera sua teget eos, et brachio sancto suo defendet illos. Accipiet armaturam zelus illius, et armabit creaturam ad ultionem inimicorum. Inducet pro thorace justitiam, et accipiet pro galea judicium certum: sumet scutum inexpugnabile æquitatem.

Los justos vivirán perpetuamente; su premio está en el Señor, y su contemplacion en el Altísimo. Por tanto, recibirán el reino de la belleza y la diadema de la hermosura de mano del Señor; porque su diestra los cubrirá y defenderá con su santo brazo. El (Señor) tomará la armadura de su zelo, armará la criatura para vengarse de los enemigos; vestirá en lugar de cota la justicia; tomará por yelmo el juicio acertado, y por escudo inexpugnable la equidad.

NOTA.

« Se puede decir que el libro de la Sabiduría es una profética descripcion de la cristiana filosofía, y un compendio de las verdades prácticas de nuestra religion. Prueba de esto es el capítulo quinto, de donde se sacó la epístola presente. No puede haber retrato mas vivo, mas expresivo ni mas natural de la felicidad de los justos, ni de la desgracia de los réprobos. »

REFLEXIONES.

El interés, el amor del deleite, de la gloria y de la vida son las grandes máquinas que ponen en movimiento nuestras operaciones. Queremos vivir, aspiramos á la holganza, y amamos todo lo que puede lisonjear el corazon y los sentidos. Los empleos mas elevados nunca se consideran desproporcionados á nuestros ambiciosos deseos. Todo está á nivel de un espíritu orgulloso y lleno de una ambicion desmedida. El hombre mas vil, el de mas cortos y limitados talentos se recrea dentro de su imaginacion con quiméricas ideas de no sé qué fantástica grandeza. Naturalmente se ama la vida, se aborrece la pobreza, y se huye la humillacion. ¿Cuándo aprenderán los hombres el secreto de vivir siempre, y siempre con prosperidad, con alegría y con gloria? Mucho tiempo ha que se anda en busca de este secreto; las guerras, los pleitos, los estudios, el comercio, los trabajos de la vida, todos se dirijen á encontrarle: ¡ tiempo perdido! ¡ fatiga inútil! El Sabio fué el que dió con este secreto, y los santos son los que convencen que le halló: *Justi in perpetuum vivent*: los santos vivirán eternamente; y Dios, único soberano bien y única fuente de todos los bienes, les tiene reservada su re-

compensa. Ni pienses que esta recompensa se limita únicamente á aquella paz, á aquella tranquilidad, á aquella alegría interior que gozan aun en esta vida los verdaderos hijos de Dios; recibirán en la otra de mano del Señor un reino admirable, una brillante diadema, rodeada del resplandor de la gloria. Grandes del mundo, ésas coronas que adornan vuestras sienes son á lo mas unas hojas de laurel que se marchitan y se secan muchas veces antes que el sepulcro haya enterrado vuestra memoria y vuestro nombre. No así la suerte de los justos, no se marchita su corona; su dicha es eterna; jamás se fastidian; su saciedad renueva eternamente con nuevos gustos el delicioso apetito; nada altera su alegría, su tranquilidad ni su gozo. Cobíjalos el Altísimo con su sombra, y cúbrelos con su divina diestra. ¿Qué puede temer, ni quién podrá dañar á quien logra tal abrigo? Defiéndelos el Señor con su poderoso brazo. Pues enfurézcase el infierno, conjúrese todo él contra los buenos; adversidades y persecuciones, todas son armas falsas, ruido, susto y nada mas. Defiende Dios á sus siervos, y no solo los libra su proteccion, sino que fomenta la inocencia, y produce la santidad: *Brachio sancto suo.* Extraña cosa es que no seamos mas sabios, despues que la Iglesia nos enseña estas verdades tan llenas de consuelo, revelándonos unos misterios tan colmados de felicidad. Desengañémonos, que solo en el servicio de Dios se hace fortuna; pero ¿quién es el que se apresura para hacerla por este camino? Mundanos, ¡qué lástima me causan vuestros desvaríos! Pásase toda vuestra vida en servir á un amo imaginario, que al cabo se burla de vosotros. Porque al fin, ¿qué es el mundo á quien servimos? ¿qué se adelanta en su servicio? ¿No son tambien muy dignos de compasion muchos que hacen profesion de virtuosos, muchos que viven en estado de

perfeccion, si sirven á Dios con desídia y negligencia? ¡Qué dicha, qué gloria la de servir á Dios!

El evangelio es del cap. 6 de san Lucas.

In illo tempore: Descendens Jesus de monte, stetit in loco campestri, et turba discipulorum ejus, et multitudo copiosa plebis ab omni Judæa, et Jerusalem, et maritima, et Tyri, et Sidonis, qui venerant ut audirent eum, et sanarentur à languoribus suis. Et qui vexabantur à spiritibus immundis, curabantur. Et omnis turba quærebat eum tangere: quia virtus de illo exibat, et sanabat omnes. Et ipse, elevatis oculis in discipulos suos, dicebat: Beati pauperes, quia vestrum est regnum Dei. Beati qui nunc esuritis, quia saturabimini. Beati qui nunc fletis, quia ridebitis. Beati eritis cùm vos oderint homines, et cùm separaverint vos, et exprobraverint, et ejecerint nomen vestrum tanquam malum propter Filium hominis. Gaudete in illa die, et exultate, ecce enim merces vestra multa est in cœlo.

En aquel tiempo: bajando Jesus del monte, se detuvo en el valle, y con él la comitiva de sus discípulos, y una copiosa multitud de pueblo de toda Judea, de Jerusalen, y del país marítimo de Tiro y de Sidon, que habian venido á oirle, y á ser curados de sus enfermedades. Y los que eran atormentados por los espíritus inmundos, eran curados. Y toda la multitud queria tocarle; porque salia de él una virtud, y curaba a todos. Y él, levantando los ojos hácia sus discípulos, decia: Bienaventurados, ó pobres, porque es vuestro el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora teneis hambre, porque seréis saciados. Bienaventurados los que llorais ahora, porque reiréis. Seréis bienaventurados cuando os aborrecieren los hombres, y cuando os separaren, y os injuriaren, y despreciaren vuestro nombre como malo por causa del Hijo del hombre. Gozaos en aquel dia, y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en el cielo.

MEDITACION.

DE LA COMUNION.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuánta admiracion hubiera causado que los que solicitaban con tan viva fe y con tan encendido fervor tocar la orla de la vestidura de Cristo, ó besar sus sagrados piés, no fuesen curados de sus dolencias. ¿Y será menos digno de admiracion lo que estamos viendo cada dia en tantos enfermos del alma, que no solo tocan al Salvador, sino que le reciben todo entero en la Eucaristía, de que se alimentan, y con todo eso no sanan de sus espirituales achaques? Ni la virtud que entonces salia de Jesucristo se ha debilitado, ni su poder *se ha disminuido*, ni su bondad es menor. ¿De dónde nacerá que su preciosa sangre y su adorable cuerpo no produzcan el dia de hoy tantas maravillas? Los mismos accidentes, las mismas pasiones, los mismos defectos, las mismas flaquezas despues de la comunion que antes. Nos sobresaltaríamos, desconfiaríamos totalmente de la salud de un enfermo, en quien se experimentasen inútiles los remedios mas eficaces. ¿Pues en qué se funda nuestra seguridad despues de tantas comuniones sin fruto?

Toca Jesucristo con su divina mano un muerto que llevaban á enterrar, y el muerto resucita; la mujer que habia tocado la orla de su vestidura recobra su salud al momento. Hoy no es ya la fimbria de la vestidura del Salvador la que se toca en la comunion, tienes en las manos su cuerpo y su sangre, recíbese y se come; pero el alma se mantiene tan débil como o sinle hubiera tocado. ¿Qué pasion se ha vencido

despues de tantas comuniones? ¿qué vicio se ha enmendado? ¿qué virtud se ha conseguido? Una sola comunion bastaba para hacerme santo; puedo contar ciento y veinte, doscientas, mas de mil, y me hallo tan imperfecto, tan indevoto, y acaso mas vicioso que antes de tener la dicha de alimentarme con este celestial manjar. Reflexion es esta que debe estremecer á toda alma, en quien haya quedado algun rastro de religion; y mas cuando por desgracia nuestra nos sobran fundamentos para hacerla. Con efecto, ¿qué remedio podrá ya aprovechar á quien no aprovechan el cuerpo y la sangre del Salvador del mundo? ¿qué medicina será eficaz si esta es inútil?

El fastidio que nos causa el pan de los ángeles ¿será indicio de mucha santidad? El desaliento, la flaqueza, los achaques que padecemos despues de tantas comuniones, ¿no nos están anunciando una muerte próxima? ¡y con todo eso estamos tranquilos! ¡y ni aun pensamos en ello! ¡Ah fatal seguridad!

PUNTO SEGUNDO.

Considera hasta dónde llega la fineza de todo un Dios, que puramente por el amor que nos tiene quiere esconderse entre las especies sacramentales de la sagrada Eucaristía. Verdaderamente que no solo es un Dios el que nos ama, sino que nos ama como Dios. ¡Y que miremos con tanta indiferencia, con tanta frialdad á ese gran Dios en aquel mismo misterio en que echa el resto á los excesos de su amor! ¿no es este otro misterio aun mucho mas incomprensible? ¿Qué hombre, ni aun qué bárbaro que estuviese bien instruido de lo que creemos en este misterio, pudiera creer que amásemos tan poco á Jesucristo?

Para nada ha menester á los hombres este divino

Salvador; y con todo eso nada le parece el quedarse por ellos encerrado en una hostia hasta el fin de todos los siglos; ¡ tanto los ama, tanto gusto tiene en morar con ellos! Por el contrario, los hombres nada son, y nada pueden hacer sin él, y en medio de eso nada se les da de que se quede ó no se quede en su compañía; tan poco se lo estiman, tan poco le aman y tan poco aprecio hacen de tenerle consigo.

Si una fatal experiencia no nos hubiera familiarizado con este monstruo de iniquidad, daríamos por segura nuestra eterna reprobacion á vista de la monstruosa indiferencia con que miramos á Jesucristo en la Eucaristía, singularmente despues de tantas comuniones sin devocion y sin fruto. Pero porque no nos atemoricemos, ¿dejarémos de tener menos motivo para atemorizarnos?

¡Qué debe pensar una persona en cuyo corazon entra Jesucristo con tanta frecuencia! Conviértese Zaquéo en el mismo momento que le recibe en su casa; ¡á la nuestra ha venido muchas veces sin convertirnos! ¡Oh Dios, y qué materia tan abundante para tristes, pero provechosas reflexiones!

¡Qué deben pensar esos hombres privilegiados, respetables á los ángeles mismos por su sagrado carácter! ¡esos sacerdotes del Altísimo que ofrecen cada dia el divino sacrificio, y se alimentan con el Cordero sin mancilla! ¡Cuánta debe ser su pureza, su devocion, su fervor, su santidad! Calidades que pide indispensablemente la alta dignidad del sacerdocio. Ser sacerdote, y ser imperfecto, ¡oh y qué deformidad tan monstruosa!

Mas, ¡y qué deberán pensar esos mismos, si con sobrescrito de respeto se retiran de la sagrada mesa! ¿Cómo se mantendrán en el viaje, qué fuerzas tendrán para el camino sin la provision de este pan celestial? Quieren huir de la mesa de Jesucristo por no aban-

donar los vicios y las pasiones que los hacen indignos de sentarse á ella.

¡Ah Señor, y qué dolorosos remordimientos me causan estas reflexiones sobre toda mi vida pasada. Muchas veces os he recibido; pero ¿qué fruto he sacado de tantas comuniones, que con mucha razon puedo llamar indignas? Mi desvío de ellas no me hace mas inocente. Espero que con vuestra divina gracia la primera me ha de mudar enteramente, y voy á disponerme para hacerla.

JACULATORIAS.

Ecce, qui elongant se à te, peribunt. Salm. 72.
Perecerán, Señor, los que se desvian de tí.

Parasti in conspectu meo mensam, adversùs eos qui tribulant me. Salm. 22.
Pusísteme delante de vuestra sagrada mesa para cobrar fuerzas contra los ataques de mis enemigos.

PROPOSITOS.

1. No comulgar porque uno se siente imperfecto, es huir del médico y de la medicina, por lo mismo que está enfermo. Comulgar y quedarse siempre en las mismas imperfecciones, es morirse de hambre en medio de la abundancia; uno y otro indicio verdaderamente fatal. Malo está el que mira con horror las mas saludables viandas; no está mejor el que comiéndolas no le aprovechan. Pretexto especioso, pero vano, aquel afectado respeto de que algunos se precian para ocultarse á si mismos su propia indevocion: no es buen espíritu el que desvia las almas de la sagrada mesa. Aun no son tan impíos, que se atrevan á llegarse á ella indignamente; conocen que es preciso disponerse para hacerlo, y esta disposicion los ata y los detiene

Es preciso privarse de ciertos gustos, mortificar los sentidos, vivir con algun recogimiento, retirarse, por lo menos, el dia antes de la comunion. A esto no se acomoda el amor propio, y recurre al artificio. Hácese presente aquel divino sacramento rodeado de todo su esplendor; la majestad, la santidad de un Dios oculto en las apariencias de pan, atemorizan; paréceles que va creciendo en su alma el respeto y el temor; y en lugar de inferir de aquí que deben reformarse para hacerse menos indignos de aquel celestial convite, concluyen que deben abstenerse de él, y con esta engañosa consecuencia queda desahogado el amor propio.

Reprueba siempre este error, y nunca te dejes caer en este lazo. Ten perpetuamente en la memoria los saludables consejos de san Francisco de Sales, y síguelos. « Si los mundanos (dice el santo) te preguntaren por qué comulgas tan á menudo, díles que para aprender á amar á Dios, para purificarte de tus imperfecciones, para librarte de tus miserias, para consolarte en tus aflicciones, para fortalecerte en tus flaquezas. Díles que dos géneros de gentes han de usar de la frecuente comunion: los perfectos, porque estando bien dispuestos harian muy mal en no acercarse á la fuente de la perfeccion y de la santidad; y los imperfectos para hacerse perfectos: los fuertes para no hacerse flacos; y los flacos para hacerse fuertes: los enfermos para sanar; y los sanos para no caer enfermos; y que como tú eres imperfecto, flaco y enfermo, tienes necesidad de comunicar frecuentemente con el que es tu perfeccion, tu fortaleza y tu médico. *Díles que las personas del* mundo que no están muy ocupadas deben comulgar á menudo, porque tienen comodidad; y las que están empleadas en grandes negocios no deben hacerlo con menos frecuencia, porque tienen necesidad de

mayores auxilios; y que el que trabaja mucho en labores muy pesadas necesita de alimentos mas sólidos, y de comer mas veces que otro. Díles que tú comulgas muchas veces para aprender á comulgar bien, porque regularmente se hace mal lo que se hace rara vez.»

2. Con todo eso, acuérdate que si se obliga á entrar en la sala del convite á los gotosos, á los ciegos y á los débiles, es con la precisa condicion de que todos hayan de entrar con la vestidura nupcial. A ninguno se le dispensa en las condiciones necesarias para comulgar bien. Prepárate siempre para la comunion desde la víspera; visita con este fin al Santísimo Sacramento, y proponte el fruto particular que deseas sacar de la siguiente comunion; no te arredre la dificultad, porque quien posee á Jesucristo se hace en cierta manera omnipotente.

DIA SEGUNDO.

LOS SANTOS MARCELINO, PEDRO Y ERASMO LLAMADO VULGARMENTE SAN ELMO, MARTIRES.

Era san Marcelino presbítero de la iglesia de Roma, y san Pedro exorcista de la misma hácia el fin del tercer siglo, y á principio del cuarto. La eminente virtud de Marcelino, y la santidad de su exorcista brillaban tanto en aquella capital del mundo, que no podian esconderse á la persecucion de Diocleciano en un tiempo en que todos los parajes estaban teñidos de la sangre de los mártires. El gran poder que el santo exorcista ejercia sobre los demonios irritó á todo el infierno, y este conmovió contra san Pedro todo el furor de los gentiles. Por su mucha reputacion, por

su gran zelo y por sus contínuos milagros fué acusado ante Sereno como el mayor enemigo de los dioses. Fué preso y encerrado en un oscuro calabozo despues de haber sido despedazado muchas veces su cuerpo con azotes muy crueles.

Asombró á los mismos paganos la alegría que el generoso mártir mostraba en los tormentos, sufriéndolos con un semblante apacible, modesto y siempre risueño. Oíanle cantar de dia y de noche alabanzas al Señor en medio de su horrorosa prision, cargado de hierro, y estando su santo cuerpo hecho todo una llaga. Observó un dia que el carcelero, llamado Artemio, siempre que bajaba al calabozo se mostraba triste y lloroso, manifestando en el semblante la amargura que afligia su corazon. Preguntóle qué cosa era la que tanto le desconsolaba. Lloro (dijo Artemio) la desgracia de una hija mia, á quien amo tiernamente, y no hallo remedio ni alivio para sus males. Años ha que está poseida de un demonio que la atormenta horriblemente, obligándola á hacer espantosas contorsiones, y ahora mismo la dejo en tan lastimoso estado.

Pues si no te aflije otra cosa, respondió el santo, fácil será consolarte. ¿Pero cómo? replicó el carcelero. Librando á tu hija de ese demonio, respondió san Pedro. Eso es bien cierto, dijo Artemio; pero ¿qué hombre ni qué Dios será capaz de hacer ese milagro? Yo, respondió el santo exorcista, por virtud de mi Señor Jesucristo, único Dios verdadero, á quien adoro y á quien sirvo. Oyó con risa y con lástima esta respuesta el carcelero, y le replicó como haciendo burla: segun eso, muy simple ó muy loco eres en no valerte del gran poder de ese tu Dios y Señor para librarte de las cadenas y del calabozo. Conozco lo mucho que vale este calabozo y estas cadenas, respondió el santo exorcista, y estoy muy lejos de desear verme libre de ellas; ni el

grande amor que me tiene mi divino Salvador permitirá que yo me prive de tan preciosa corona. En los tormentos está toda la fortuna de los cristianos. Pues mira, le interrumpió Artemio, si quieres que yo crea en ese tu Dios, y en el gran poder que le supones, rompe por ti mismo las cadenas; abre el calabozo, penetra por medio del cuerpo de guardia que está á la puerta, y búscame esta noche en mi cuarto. Dicho esto, volvióle las espaldas con un género de desprecio, y se retiró á su casa.

Apenas entró en ella cuando dijo á su mujer: *Vengo de visitar los presos, y dejo en el calabozo á un pobre mozo cristiano, á quien los tormentos y la prision han trastornado la cabeza; pero su locura es muy graciosa: dice que por la virtud de Jesucristo, su Dios, librará del demonio á nuestra hija Paulina. Pero en eso ¿qué locura hay, ni qué se va á aventurar en hacer la prueba?* respondió Cándida, que así se llamaba la mujer de Artemio. *La locura,* replicó este, *consiste en que, habiéndole pedido, en prueba de la virtud de su Dios, que viniese esta noche á buscarme en mi cuarto, el pobre mozo me lo prometió, aunque le doblé las prisiones y la guardia. Como él cumpla su palabra,* respondió Cándida, *será buena prueba de que no hay otro Dios verdadero mas que el suyo. Tan loca me parece que estás tú como lo está él,* replicó Artemio; *aunque Júpiter y todos nuestros dioses se empeñaran en librarle de las cadenas, y en sacarle del calabozo, no lo podrian conseguir.* Ibase acalorando la conversacion cuando san Pedro, librado milagrosamente de las prisiones, se dejó ver en la puerta del cuarto, vestido de blanco, y con un crucifijo en la mano. Quedaron atónitos Artemio y Cándida; vuelven en sí, arrójanse á sus piés, deshechos todos en lágrimas, y claman á voz en grito que no hay otro Dios verdadero sino el Dios de los cristianos. Acude Paulina al ruido; arro-

dillase delante del santo, y no pudiendo sufrir su presencia el demonio que la atormentaba, sale de su cuerpo rabiando y gritando: *O Pedro, la virtud de Jesucristo que está en tí me arroja de mi casa, y me obliga á dejar libre el cuerpo de esta doncella.*

Corrió luego la voz de tan estupenda maravilla; llenóse la casa de vecinos y de parientes, que, siendo testigos de un hecho tan milagroso, preocupados de asombro y de admiracion, pidieron todos el bautismo. Inundado san Pedro de un suavísimo consuelo á vista de tantas conversiones, salió luego á buscar al presbítero Marcelino, el cual, habiéndoles explicado los principales misterios de la fe, y viéndolos á todos en la mejor disposicion, les administró el sacramento por que tanto suspiraban; y Artemio, no cabiendo dentro de si por el gozo de verse ya cristiano, fué á las prisiones, ofreció la libertad á todos los que quisiesen bautizarse, y se la dió á todos los cristianos.

Por haber caido malo á la sazon el vicario Sereno, tuvieron tiempo y libertad san Marcelino y san Pedro para instruir por espacio de cincuenta dias á los nuevos cristianos, preparándolos y fortaleciéndolos para recibir la corona del martirio. Luego que el vicario convaleció, llamó á Artemio, y le mandó traer á su presencia á todos los prisioneros. *Señor,* respondió el alcaide, *las prisiones están del todo vacías, porque Pedro, exorcista de los cristianos, rompió las cadenas de todos los que por vuestra órden estaban en los calabozos, y les abrió las puertas de la cárcel por la virtud omnipotente de Jesucristo; á vista de cuyo milagro todos abrazamos la fe, todos nos hicimos cristianos, recibiendo el santo bautismo; y solo el presbítero Marcelino, Pedro su exorcista y yo estamos á vuestra disposicion.*

Salió fuera de sí el vicario con la respuesta de Artemio, y mandó que allí mismo le despedazasen las carnes con unos ramales armados de bolillas de plo-

mo, á cuyo tormento no pudiera sobrevivir sin particular milagro. Hizo despues venir á san Marcelino en presencia de san Pedro, y dijo á los dos : Disponeos para ser tratados de la misma suerte, despues de lo que acabais de ver ejecutar, si en este mismo punto no ofreceis incienso á nuestros dioses inmortales, renunciando á ese vuestro Jesucristo : *No permita Dios,* respondió Marcelino, *que cometamos jamás tan sacrílega impiedad; no hay mas que un solo Dios verdadero, y reconocer á otro por tal es la mayor de todas las locuras. Por la virtud poderosa de este Dios se hicieron pedazos las cadenas de los que teniais en la cárcel, y se abrieron las puertas de las prisiones; no quieras imputarnos á delito esta maravilla; antes bien reconoce por ella que no hay otro Dios que el Dios de los cristianos.*

Ya no pudo contener mas la cólera Sereno; y mandando apalear cruelmente á Marcelino, cuando vió molido todo su cuerpo, ordenó que le condujesen á un tenebroso calabozo, y le dejasen tendido en el suelo sobre cascotes de vidrio, sin agua ni alimento, para que muriese de dolores y de hambre. San Pedro fué llevado á otra prision, donde le dejaron con fuertes grillos en los piés, y con todo el cuerpo atormentado. Pero la misma poderosa mano, que habia puesto en libertad á los otros santos confesores, libró tambien á nuestros invictos mártires. Aquella misma noche entró un ángel en el calabozo donde estaba Marcelino, y haciendo pedazos las cadenas, le ordenó que tomase sus vestidos; condújole á la prision del exorcista Pedro, libróle de los grillos, curólos á entrambos, y los llevó á la casa donde estaban los nuevos cristianos en oracion, en cuya compañía se mantuvieron algunos dias, confirmándolos en la fe y disponiéndolos para el martirio.

Cuando supo Sereno que Marcelino y Pedro habian desaparecido de la cárcel, descargó contra Artemio

todo su furor. Mandó que él, Cándida su mujer, y Paulina su hija fuesen llevados al templo de Júpiter, y no queriendo ofrecerle sacrificio, sin dilacion fuesen enterrados vivos, cubriéndolos de piedras en una profunda hoya que se abrió à sus mismos piés, con cuyo tormento en breve tiempo consumaron su martirio. Cuando los conducian al suplicio, iban delante de ellos san Marcelino y san Pedro con otros muchos cristianos, acompañándolos como en triunfo; pero Dios premió luego su zelo y su fervor, porque volviéndolos á prender, fueron luego degollados por sentencia de Sereno.

Por temerse alguna sedicion se ejecutó la sentencia á una legua fuera de Roma, en un paraje que entonces se llamaba la selva negra, y despues en memoria de los santos mártires la selva blanca, y recibieron la corona del martirio hácia el año de 304. Arrojaron sus santos cuerpos en una profunda sima, donde estuvieron ocultos hasta que los mismos mártires se lo revelaron à una piadosa mujer, llamada Lucina, quien los retiró de allí, y les dió decente sepultura.

En tiempo del emperador Ludovico Pio, por los años de 826, fueron trasladadas de Roma á Michelstad en Alemania, las reliquias de san Marcelino y san Pedro, y desde allí el año de 827 lo fueron segunda vez á Mulinhein, colocándolas en la abadia que hoy se llama de *Salgenstad.*

El mismo dia hace la Iglesia la conmemoracion de san Erasmo. Nació en el Oriente, y por su gran virtud fué elevado á la dignidad de obispo hácia el fin del tercer siglo, siéndolo de una iglesia perteneciente al patriarcado de Antioquía. Como la cruel persecucion de Diocleciano desolaba todo el pais, se retiró nuestro santo á un desierto del monte Líbano, donde hizo una vida tan pura, tan mortificada y tan ejem-

plar, que admiró á todo el país. Respetábanle hasta los mismos brutos, y muchas veces le vieron rodeado de fieras, que postradas á sus piés obedecian su voz. A su presencia huian los demonios de los cuerpos, y con su bendicion quedaban sanos los enfermos.

Volvió á Antioquía, donde convirtió á la fe gran número de gentiles, haciéndose su nombre tan famoso, que el emperador Diocleciano tuvo gana de verle. Quedó admirado cuando vió su compostura, su gravedad y su modestia, y no perdonó diligencia alguna para ganarle. Pero desengañado de que perdia el tiempo, y advirtiendo que sus respuestas hacian impresion en el ánimo de los mismos paganos, mandó que le hiciesen sufrir todos los tormentos juntos. Ejecutóse la órden con rigor : fué primero apaleado, despues molido á golpes, en tercer lugar azotado con plomadas, que hicieron una sola llaga de todo su cuerpo; echaron sobre él resina, azufre, plomo derretido, pez, cera, y aceite hirviendo, sin recibir lesion alguna. Invocaba sin cesar á los santos nombres de Jesus y de María en medio de los tormentos, y ellos le mitigaban el dolor y le curaban las heridas. A esta maravilla se siguió un terremoto muy violento; y movido el pueblo de tantos prodigios comenzó á gritar que se pusiese en libertad al santo obispo. Atemorizado el emperador, mandó que le llevasen á la cárcel, de donde le sacó milagrosamente un ángel; ordenándole que se embarcase para Italia. Aportó á las costas de Nápoles, retiróse á Formiers donde hizo grandes conversiones, y obró grandes maravillas, con que se hizo célebre su nombre.

Noticioso el emperador Maximiano de los prodigios que obraba aquel extranjero, supo que era cristiano y obispo. Mandóle prender; y admirado de su zelo y de su constancia, y del ardiente deseo que tenia del

martirio, hizo que le despedazasen las carnes con uñas de hierro: viéndole inflexible, mandó que le metiesen en una caldera de pez y aceite hirviendo, la que con la señal de la santa cruz se convirtió en un fresco y delicioso baño. Confuso el emperador viéndose vencido, dió órden de que le encerrasen en un lóbrego calabozo, con determinacion de hacerle padecer nuevos tormentos; pero aquella misma noche se le apareció san Miguel, sacóle de la cárcel, y le trasladó á Formiers, ciudad marítima de la antigua Campania entre Gaeta y Minturno, donde hoy está Mola, en la Tierra de Labor. Anunció el santo la fe á todos aquellos pueblos, fué su apóstol, y despues de muchos milagros y trabajos, lleno de dias y de merecimientos, subió al cielo á recibir la corona del martirio el dia 2 de junio del año 303. Estuvo en Formiers el santo cuerpo hasta el siglo nono, que fué destruida la ciudad por los Sarracenos, y por los años de 840 fué trasladado á Gaeta, donde se conserva hoy con mucha fe y con igual veneracion. Hiciéronle célebre en todas las partes del mundo los grandes prodigios que obra el Señor por la intercesion del santo. Es el tercero de los quince patronos del Occidente; esto es, de los santos tutelares que se invocan en los mayores peligros; son en este órden: San Jorge, san Blas, san Erasmo, san Pantaleon, san Victo, san Cristóbal, san Dionisio, san Ciriaco, san Acacio, san Eustaquio, san Gil, san Mago, santa Margarita, santa Catalina y santa Bárbara.

San Erasmo es el que se llama vulgarmente *san Telmo*, especialmente en Italia, España, Francia, Sicilia y Portugal; nombre corrompido, ó á lo menos abreviado por los marineros del Mediterráneo, de quienes el santo es singularmente invocado en las tempestades y peligros del mar; y su particular proteccion, que se experimenta en ellos, fué ocasion de

que se llamasen *Santelmos* aquellas exhalaciones que en las borrascas se suelen ver sobre los mástiles de los navíos, y son presagios de próxima serenidad.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, la fiesta de los santos mártires Marcelino, presbítero, y Pedro exorcista, quienes, instruyendo á muchas personas en la fe durante su encarcelamiento en tiempo de Diocleciano, fueron aherrojados, de mil modos atormentados, y luego condenados por el juez Severo á ser decapitados en el lugar llamado la selva negra, llamada luego la selva blanca en honor de los santos mártires. Sus cuerpos fueron sepultados en una gruta al lado de san Tiburcio. El papa san Dámaso compuso en su alabanza unos versos que fueron entallados sobre la lápida de su sepulcro.

En Campania, san Erasmo, obispo y mártir, que bajo Diocleciano fué primero azotado con plomadas, molido á palos, bañado con pez y resina, azufre y plomo derretido, con cera y azeite hirviendo, lo que al parecer no le hizo mal alguno. Luego en tiempo de Maximiano padeció aun en Formiers diferentes atroces tormentos; pero el Señor le conservó para fortalecer á los demás. En fin plugo al Señor llamarle á sí con la gloriosa muerte del martirio.

En Leon de Francia, los santos mártires Potino obispo, Maturo, Póntico, Biblis, Atalo, Alejandro y Blandina, con otros muchísimos, cuyos grandes y repetidos combates bajo Marco Aurelio y Lucio Vero están descritos en la carta que la iglesia de Leon escribió á las de Asia y Frigia. Santa Blandina, no obstante la debilidad de su sexo, la delicadeza de complexion y lo humilde de su condicion, fué la que sostuvo mas prolijos y acerbos tormentos, y manteniéndose firme como una roca, fué degollada si-

guiendo asi á los que un momento antes exhortaba á la palma del martirio.

En la diócesis de Laon, san Augis, confesor, cuyo cuerpo está en San Miguel de Tieraquia.

Dicho dia, san Senecion, martirizado con otros muchos de ambos sexos.

En Alejandría, martirio de cuarenta vecinos de dicha ciudad en compañía de algunas doncellas, que el duque Sebastian mandó matar impulsado por Jorge, obispo arriano intruso en lugar de san Atanasio.

En los confines de Egipto y de Etiopía, santa Teemeda, martirizada con sus hijos.

En Trani de la Pulla, san Nicolás el Peregrino, cuyos milagros fueron autenticados en un concilio de Roma, celebrado bajo Urbano II.

La misa es del comun de muchos mártires, y la oracion la que sigue:

Deus, qui nos annua beatorum martyrum tuorum Marcellini, Petri atque Erasmi solemnitate lætificas: præsta, quæsumus, ut quorum gaudemus meritis, accendamur exemplis. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que cada año nos alegras con la solemnidad de tus bienaventurados mártires Marcelino, Pedro y Erasmo; suplicámoste que al mismo tiempo que nos alegran sus merecimientos, nos enciendan sus ejemplos. Por nuestro Señor Jesucristo.

La epístola es del cap. 8 *del apóstol san Pablo á los Romanos.*

Fratres: Non sunt condignæ passiones hujus temporis ad futuram gloriam, quæ revelabitur in nobis. Nam expectatio creaturæ, revelationem filiorum Dei expectat.

Hermanos: Los trabajos de esta vida no merecen dignamente la futura gloria que se descubrirá en nosotros. Porque este mundo criado está en acecho, esperando la manifestacion de

Vanitati enim creatura subjecta est non volens, sed propter eum qui subjecit eam in spe: quia et ipsa creatura liberabitur à servitute corruptionis in libertatem gloriæ filiorum Dei. Scimus enim quod omnis creatura ingemiscit, et parturit usque adhuc: Non solum autem illa, sed et nos ipsi primitias spiritus habentes: et ipse intra nos gemimus, adoptionem filiorum Dei expectantes, redemptionem corporis nostri.

los hijos de Dios. El mundo criado, pues, ha sido sujeto á la vanidad, no por su voluntad, sino por la de aquel que le sujetó con esperanza; porque tambien el mundo criado será libre de la servidumbre de la corrupcion con la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Porque sabemos que todas las criaturas gimen, y están hasta ahora en los dolores del parto. Y no solamente ellas, sino tambien nosotros, que tenemos las primicias del espíritu, tambien nosotros gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopcion de hijos de Dios, la redencion de nuestro cuerpo.

NOTA.

« Escribió esta epístola en Corinto el año 57 del nacimiento de Cristo, veinte y cuatro despues de su muerte, y fué enviada por mano de Febé. El ánimo del Apóstol, ó por mejor decir el intento del Espíritu Santo, era instruir por medio de ella no solo á los fieles de Roma, sino á todos los esparcidos por todo el mundo; y por eso se escribió en griego, que entonces era la lengua universal, familiar hasta á las mujeres de Roma, y casi comun á todas las naciones. »

REFLEXIONES.

Las tribulaciones de esta vida no tienen proporcion con la gloria futura. Padécese en este mundo, es verdad; en todas partes nacen las cruces; son frutos de todos tiempos, prodúcenlos todos los climas; no hay estado, no hay condicion que esté exenta de ellas.

Hasta la misma virtud cristiana, único principio del verdadero mérito, al que parece debieran perdonar las cruces, no solo las fomenta, sino que muchas veces ella misma las produce; como que no puede vivir sin ellas. Pocos santos hay en el cielo que no mezclasen la bebida con sus lágrimas, y menos que ellos mismos no cultivasen las cruces, para que creciesen mejor. Pocos siervos de Dios, se que hubiesen contentado con las cruces y con las espinas que nacian, por decirlo así, en su mismo terreno. ¡Qué estudio, qué cuidado, qué industrias tan ingeniosas para macerar su carne, para mortificar sus sentidos, para humillar su espíritu, para crucificar su cuerpo, para aniquilar su amor propio! Las mas duras, las mas ásperas mortificaciones no bastaban á saciar el hambre que tenian de padecer. Adversidades, persecuciones, desprecios, humillaciones, desgracias, este era el patrimonio de los santos; con estas sombras se ha de pintar su retrato. Añade á todo esto lo que padecieron los mártires; horcas, cadalsos, hornos encendidos, uñas aceradas, *non sunt condignæ*: nada de esto tiene proporcion con el premio. Pero no pienses que no solo no tiene proporcion con él aquella gloria futura, aquella felicidad de los bienaventurados, aquel gozo del Señor, en que están como embebidos despues de esta miserable vida, y es fuera de todo precio, sin medida, sin límites, sin término. Tampoco tienen proporcion con aquel consuelo interior, con aquella dulzura, con aquella oculta suavidad, con aquella espiritual alegría que acompaña á las tribulaciones, que hace el yugo del Señor tan suave, y su carga tan lijera. Vale mucho menos todo cuanto se puede padecer por merecerlo. ¡Mi Dios! ¿qué consuelo de mayor satisfaccion? ¿qué gusto mas dulce ni mas exquisito que el que causa en la hora de la muerte la memoria de una vida oscura, humilde y

mortificada? *Superabundo gaudio in omni tribulatione nostra* : reboso de alegría en medio de todas mis tribulaciones, decia el apóstol san Pablo. Este es el lenguaje de los santos; no gustan otro idioma las almas justas. ¡Cuándo discurrirán, cuándo hablarán así esos dichosos del mundo, esos hombres de deleite, esos idólatras de las diversiones! Pero ¿de dónde nacerá que en medio de todas esas fiestas; en medio de todos esos caminos anchurosos, sembrados todos de rosas y de flores; en el mismo tiempo que todo se les rie, en esa série de prosperidades y perpetuo enlace de gustos y de entretenimientos, experimentan tan turbada, tan mezclada de amarguras su alegría? ¿que sea toda artificial? ¿que sus dias sean tan poco serenos y tan poco tranquilos? No logran gusto que no sea insustancial, inquieto, atropellado, mezclado con hiel y con acíbar. No pueden separar de sus fiestas los disgustos y las desazones; las inquietudes, la turbacion y los remordimientos los acompañan á todas partes; y este es todo su premio, este todo el fruto de sus trabajos. ¡Qué fruto tan amargo! pero no tienen otro. En medio de eso padecen; tambien se les atreven los contratiempos; tienen que aguantar gravísimas pesadumbres. Padecen; y es bien seguro que se padece mas en el servicio del mundo, que en el servicio de Dios. Por lo menos es muy cierto que en el servicio del mundo se padece sin alivio, sin consuelo, sin fruto y sin recompensa; pero cuanto se padece en el servicio de Dios no tiene proporcion con la gloria futura.

El evangelio ès del cap. 21 de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis : Cùm audieritis prælia et seditiones, nolite

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos : Cuando oyéreis las guerras y sediciones, no os

terreri: oportet primùm hæc fieri, sed nondum statim finis. Tunc dicebat illis: Surget gens contra gentem, et regnum adversus regnum. Et terræmotus magni erunt per loca, et pestilentiæ, et fames, terroresque de cœlo, et signa magna erunt. Sed ante hæc omnia injicient vobis manus suas, et persequentur, tradentes in synagogas et custodias, trahentes ad reges et præsides propter nomen meum: continget autem vobis in testimonium. Ponite ergo in cordibus vestris non præmeditari quemadmodum respondeatis; ego enim dabo vobis os, et sapientiam cui non poterunt resistere et contradicere omnes adversarii vestri. Trademini autem à parentibus, et fratribus, et cognatis, et amicis, et morte afficient ex vobis: et eritis odio omnibus propter nomen meum; et capillus de capite vestro non peribit. In patientia vestra possidebitis animas vestras.

asusteis; porque es menester que haya antes estas cosas, pero no será luego el fin. Entonces les decia: Se levantará una nacion contra otra nacion, y un reino contra otro reino, y habrá grandes terremotos por los lugares, y pestes y hambres, y habrá en el cielo terribles figuras y grandes portentos Pero antes de todo esto os echarán mano, y os perseguirán, entregándoos á las sinagogas, á las cárceles, trayéndoos ante los reyes y presidentes por causa de mi nombre. Y esto os acontecerá en testimonio. Fijad, pues, en vuestros corazones que no cuideis de pensar antes lo que habeis de responder. Porque yo os daré boca y sabiduría, á la que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros contrarios. Y seréis entregados hasta por vuestros padres, hermanos, parientes y amigos, y matarán á algunos de vosotros. Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre: mas no perecerá ni un cabello de vuestra cabeza. En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas.

MEDITACION.

DE LA PACIENCIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay virtud mas necesaria ni mas util que la paciencia cristiana. Ella es, hablando en rigor, el remedio universal, y casi el único que nos hace encontrar algun alivio en nuestros trabajos. La paciencia os es necesaria (dice san Pablo) para que, haciendo la voluntad de Dios, experimenteis el efecto de sus promesas; sin esta virtud todas las demás no hacen mas que apuntar, porque sin paciencia no hay perseverancia. El combate es dilatado, porque toda la vida es una continua guerra; la victoria supone la paciencia, y la corona siempre se debe á esta importante virtud.

Cultivamos, por decirlo así, una tierra ingrata; la broza, los matorrales y las espinas nacen debajo de los piés; arráncanse, y vuelven á retoñar; en todas las condiciones pican; ni el trono está exento de ellas; sin el socorro de la paciencia sus puntas no solo punzan, sino despedazan; solo la paciencia las embota: *Con nuestra paciencia poseeremos nuestras almas*: es decir, que con ella domaremos nuestras pasiones. La paz y la tranquilidad del alma son su primer fruto. Ninguna cosa calma tanto la inquietud y la agitacion del espíritu como la paciencia; tranquiliza los ímpetus de una edad, ó de un genio excesivamente fogoso; sosiega todas las inquietudes, y es el único secreto que hay para vivir siempre contientos.

¡Mi Dios, cuántas desazones, y aun cuántos pecados evitaríamos si tuviésemos un poco mas de pa-

ciencia! El copioso manantial de todas nuestras inquietudes es nuestra impaciencia, ó á lo menos de toda la amargura que experimentamos en nuestros contratiempos y en nuestros enemigos. Cuando no consuma toda la hiel que exprimen contra nosotros; *cuando no extinga todo su odio*, por lo menos hace inútiles todos sus esfuerzos. La paciencia es la virtud de las almas grandes; es la de todos los santos: ¿qué razon habrá para que no sea tambien la nuestra?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay cosa mas inútil, menos racional, ni mas nociva que impacientarse. Los disgustos, las pesadumbres y los contratiempos son los que producen y los que fomentan las impaciencias; esto es, nuestra indignacion y nuestra cólera con todo aquello que nos enfada. Pero y bien: si lo que *nos enfada no* está en nuestra mano; si los contratiempos no dependen de nosotros; si no se pudieron prevenir ni evitar esas desgracias; si el verdadero orígen de nuestras inquietudes y de nuestros enfados somos nosotros mismos, ¿qué cosa mas inútil ni mas extravagante que impacientarse? Porque al fin, ¿qué cosas son las que *suelen impacientarnos*? Una enfermedad molesta y dilatada; un temporal enfadoso; un criado rústico, tonto y desmañado; tal vez nuestra poca habilidad y nuestra poca maña irritan el mal humor y causan nuestras impaciencias; pero en todo esto, ¿qué razon tendremos para inquietarnos? Corrijamos lo que pende de nosotros; remediemos lo que está en nuestra mano; pero lo que sale de la esfera de nuestro poder, ¿por qué nos ha de poner de mal humor? ¿Qué juicio haríamos de un hombre que se encolerizase y echase pestes por la porque el sol se ponia muy presto, ó salia muy

tarde? Pues valga la verdad; ¿son menos extravagantes las causas que por lo comun motivan nuestras impaciencias? Ellas siempre son indicios de un corazon poco sereno, de un genio avinagrado, y de unas pasiones vivas, dominantes y nada mortificadas. Tristes frutos de un terreno tan vicioso como inculto.

¡ Cuántas veces precipita la impaciencia en palabras, cuya indiscrecion se llora por mucho tiempo! ¡Cuántos ímpetus, cuántos rebatos han perdido á muchos hombres de bien, y arruinado muchas familias En ninguna cosa se muestra mas la virtud que en la paciencia; ninguna desacredita tanto la devocion; ninguna parece mas contraria á un corazon verdaderamente cristiano; ninguna echa mas á perder los frutos del buen ejemplo, que un natural inquieto y poco sufrido. Es menester ser uno dueño de sus pasiones; es menester haberlas domado por largo tiempo; es menester haberse hecho mucha violencia para poseer su alma por la paciencia. ¿Sabes por qué eres impaciente? porque no eres mortificado.

¡Dios mio! ya que me habeis dado á conocer la necesidad que tengo de esta importante virtud, concedédmela por vuestra bondad y misericordia. Señor, pues vos me disteis tantos y tan admirables ejemplos de paciencia, otorgadme tambien la misma amable virtud.

JACULATORIAS.

Nonne Deo subjecta erit anima mea? ab ipso enim salutare meum. Salm. 61.

Alma mia, ¿por qué no has de estar siempre sujeta á la voluntad del Señor, puesto que él solo es, y de él solo esperas tu salud?

Expecta Dominum; viriliter age.... : et sustine Dominum. Salm. 26.

Animo, alma mia; sufre con fortaleza tus trabajos, y confía en el Señor.

PROPOSITOS.

1. Por lo comun no hay cosa mas irracional que el motivo de nuestras impaciencias. Enfadámonos contra el rigor del tiempo, contra la intemperie del aire, contra la situacion del lugar, contra las incomodidades del viento y de la lluvia. Chócanos la extravagancia de los genios, la figura de los otros, sus modales, el sonido de su voz, todo nos da en rostro. Una leve indisposicion, cualquiera destemplanza nos pone melancólicos, tétricos, fastidiosos, insufribles. Fatíganos un genio intrépido y un genio pelmazo. Una respuesta menos discreta, una palabra inconsiderada, un accidente imprevisto nos pone de mal humor. Unas veces nos desazona la taciturnidad, y otras la locuacidad de las personas. Hasta nuestros mismos defectos nos hacen impacientes; tal vez nos llena de cólera nuestra insuficiencia y nuestra mentecatez, siendo lo peor que lo pagan los otros. ¿Cuántas veces se impacienta uno contra el instrumento que toca, ó contra la pluma con que escribe? Pero ¿quién tendrá la culpa? ¿Son estos motivos racionales para turbar la paz de un hombre y tal vez la de toda una familia? Y cuando alguna vez tuviésemos razon, ¿seria justo que los que no se sientan á jugar pagasen por los que pierden? Ya que nosotros no tengamos virtud para llevar en paciencia los sinsabores de la vida, ¿han de cargar con nuestros enfados aquellos que nos tratan? ¿puede haber mayor injusticia? Imponte una ley de no mostrarte jamás enfadado, ó á lo menos de no hacer que carguen otros con la amargura de tu corazon. Ciertamente no son los otros los que encienden tu cólera; tú mismo eres el que aplicas el fuego. Si conoces que se van

levantando los primeros ímpetus, ó excitando las primeras chispas de la ira, irritada por algun objeto, no partas de corrida; no respondas de repente; dilata la correccion para otro tiempo; muda la conversacion, y si puede ser, muda tambien de objeto mostrando mas dulzura y agrado. Con un poco de resolucion y vigilancia evitarás muchos deslices.

2. No hay cosa mas opuesta á la virtud y á la verdadera devocion que la impaciencia; vicio que desde luego acredita la inmortificacion del que le tiene. Un devoto impaciente hace mucho agravio á la virtud; pues ser impaciente y hacer profesion de una vida ejemplar parece especie de quimera. Mira con horror este grosero defecto. ¿Qué mal, qué trabajo curán ó alivian las impaciencias? Por el contrario, solo sirven para hacerlos mas pesados y para perpetuarlos. Toma desde luego la generosa resolucion de no mostrarte nunca mas apacible ni mas manso que cuando sientes el corazon mas lleno de amargura. Ni concibas que esto es sumamente dificultoso, aunque se lo parezca asi a las almas cobardes y dominadas de sus pasiones. ¿Qué paciencia no se tiene con un viejo enfadoso, con un enfermo inquieto, con un pariente extravagante, de quien se espera una rica herencia? ¿qué paciencia han menester y efectivamente gastan los que sirven en la guerra, los que asisten en la corte? ¿Cuánto tienen que sufrir y que disimular por no disgustar al soberano ó al ministro? ¿Y no merecerá Dios que se tenga tanta paciencia por servirle y agradarle? Sea esta virtud la que en adelante te distinga y te caracterice.

DIA TERCERO.

SAN POTINO, SANTA BLANDINA Y LOS OTROS CUARENTA Y SEIS MARTIRES DE LEON.

Habiendo conseguido el emperador Marco Aurelio una señalada victoria contra los bárbaros el año 174, por la oracion de los soldados cristianos que servian en la legion Fulminante, como lo reconocian y lo publicaban los mismos gentiles, se mitigó algun tanto la persecucion excitada y continuada por muchos años contra la Iglesia; pero duró poco esta calma. Renovóse luego con mayor furor que antes en muchas ciudades y provincias; en cuyo borrascoso tiempo los fieles de la ciudad de Leon señalaron particularmente su fe, derramando la sangre por Jesucristo, y siendo los primeros mártires de las Galias. La historia que vamos á referir se sacó de la misma carta que los fieles de las iglesias de Leon y de Viena, testigos de los combates y de las victorias de estos santos mártires, escribieron á las iglesias de Asia y de Frigia.

Creciendo cada dia en la ciudad de Leon el número de los cristianos, determinaron los gentiles acabar con todos ellos. Llegó á tanto su furor, que no podian dejarse ver con seguridad, ni en los baños, ni en los mercados ni en las plazas públicas. Todos generalmente estaban irritados contra ellos. Magistrados, oficiales, ciudadanos, artífices, soldados, y hasta las mismas mujeres en todas partes los insultaban, y en todas los cargaban de injurias y de imprecaciones. Haciase pública ostentacion, y se alegaba por mérito el haber maltratado á un cristiano. Subió tan de punto la insolencia y el furor, que, amotinado el populacho,

acometió en tumulto las casas de los fieles, apedreólas, saqueólas, y los cristianos que estaban dentro de ellas padecieron todos los ultrajes y todas las violencias que es capaz de ejecutar una plebe descompuesta, infatuada y enfurecida. El comandante de las tropas quiso sosegar el tumulto, y con este fin mandó prender á los que el pueblo tenia encerrados dentro de sus casas, entregándolos á los magistrados; preguntaronles estos por su religion en presencia de toda la muchedumbre, y respondiendo todos intrépidamente que eran cristianos, los enviaron á la carcel hasta que volviese el gobernador, que á la sazon se hallaba ausente de la ciudad; y luego que se restituyó á ella, se los presentaron para que les hiciese su causa. Era el gobernador un hombre brutal y bárbaro, y no se pueden imaginar las crueldades que ejecutó con los santos mártires, queriendo por este medio congraciarse con el pueblo. No pudo sufrir la indignidad con que eran tratados aquellos ilustres confesores un caballero jóven, llamado Vetio Epagata, mozo de notoria y celebrada bondad, y en voz alta pidió que se le permitiese hablar en su defensa. Como era tan conocido, apenas abrió la boca cuando todo el pueblo se desencadenó contra él. La respuesta que le dió el gobernador fué preguntarle si era cristiano; y respondiendo animosamente que sí, al punto le echaron mano, y le agregaron á los demás que estaban destinados para el martirio, llamándole por escarnio desde allí en adelante abogado de cristianos.

Pero como se habia cogido sin distincion á todos los que encontraron en las casas forzadas por el populacho, el rigor que se practicaba con ellos dió luego á conocer los constantes y los flacos. De casi cincuenta que fueron presos, diez perdieron el ánimo, y renunciaron la fe con mucha afliccion de todos los fieles, llegando tambien á resfriarse el zelo de los cristianos

que seguian á los confesores para asistirlos. Pero cada dia eran arrestados otros de nuevo, que llenaban dignamente el lugar de los que habian flaqueado, y fueron presos todos los que eran reconocidos por sobresalientes en sabiduria y en virtud, así en la iglesia de Leon, como en la de Viena. Cuando se forzaron las casas de los cristianos, se prendió indistintamente á todos los que se encontraron en ellas, y juntamente con los amos fueron arrestados muchos esclavos. Temerosos estos de que les hiciesen padecer los mismos tormentos que á aquellos, les pareció que el medio mejor para librarse era acusarlos de todos los delitos que les imputaban los gentiles; y así los acusaron de que comian carne humana, y que en sus juntas cometian las mayores infamias y mas sucias obscenidades. Nacian estas acusaciones, parte de malicia, y parte de ignorancia; porque oyendo hablar á sus amos del sacramento de la Eucaristía, se les figuraba que comian carne humana cuando recibian en la comunion el cuerpo de Cristo; y observando que todos los cristianos, hombres y mujeres, se trataban recíprocamente de hermanos y de hermanas, maliciaban que todo era para cubrir sus torpezas.

Esparcidas estas calumnias entre el pueblo, no es fácil decir cuánto irritaron los ánimos contra los santos. Pero el furor se declaró particularmente contra Sancio, diácono, que era natural de Viena; contra Maturo, que acababa de recibir el bautismo; contra Atalo, que habia nacido en Pérgamo de la Asia, y era respetado por una de las columnas de la iglesia de Leon; contra una tierna doncella llamada Blandina, cuya constancia dió testimonio de que la gracia no depende de edad, de sexo, ni de condicion. Era esclava, y de tan delicada complexion, que los demás cristianos, y aun su misma ama agregada tambien al número de los mártires, temian mucho que no tu-

viese animo para confesar que era cristiana; pero ninguno confesó á Cristo con mas valor ni con mayor magnanimidad en medio de los mas crueles tormentos. Su constancia llegó á cansar la barbaridad de los verdugos. Despues de haberla despedazado, abrasado y atormentado inhumanamente por todo un dia, confesaron que alguna fuerza superior y divina debia de sostener á aquella doncella; pues no siendo así, el menor tormento de los que le habian hecho padecer bastaria para quitarle la vida. Con efecto, le dislocaron todos los huesos; llenaron todo su cuerpo de surcos con uñas de hierro; descubriéronla hasta las entrañas con ramales acerados; y en medio de tan larga como horrible carnicería, no se le oian otras palabras que estas: *Soy cristiana, y entre los cristianos se ignora hasta el nombre del delito.* Los verdugos, cansados y rendidos, desesperaron de poderle quitar la vida; por lo que el tirano mandó que la volviesen á la prision.

No triunfó menos en el diácono Sancio la fe de Jesucristo en medio de los tormentos. Como era extranjero le preguntaron su nombre, su patria, su condicion y su ministerio; pero á todas las preguntas respondió con dos solas palabras : *Soy cristiano.* Por mas que le despedazaron sus carnes hasta los huesos; por mas que se valieron del hierro, del fuego y de los mas crueles suplicios para arrancarle una leve señal de impaciencia, se conservó inalterable, sin oírsele otra cosa sino decir continuamente : *Por la gracia de Dios soy cristiano.* Atormentáronle tan horriblemente, que todo su cuerpo era una sola llaga; todo hinchado, todo encorvado, y todo encogido, apenas tenia figura de hombre. El gran deseo que tenian de vencer por lo menos la paciencia de alguno de los mártires con la violencia de los tormentos, hizo creer á los verdugos algunos dias despues que, si atormentasen de

nuevo al santo diácono sobre las llagas primeras, no podria resistir á la violencia del dolor; pero sucedió todo lo contrario, con gran confusion de los gentiles. Lejos de rendirse el cuerpo del glorioso mártir con el nuevo suplicio, cobró nuevas fuerzas con él, y volviendo á su primera forma, se restituyó tambien á su antiguo vigor.

Llenaban de confusion á los gentiles las victorias de los cristianos, y deseaban, por lo menos, arrancar alguna nueva calumnia de la boca de los cristianos mismos. Con este intento se les ofreció aplicar la cuestion á una mujer llamada Biblis, que por haber renunciado la fe, atemorizada de los tormentos, creian que por librarse de la cuestion levantaria á los cristianos los delitos mas atroces. Pero nunca triunfó con mayor esplendor la fe y la gracia de Jesucristo. Despertó Biblis, por decirlo asi, de un profundo sueño en virtud de aquel tormento. Los dolores pasajeros que la atormentaban, le trajeron á la memoria las penas eternas que la estaban aguardando si no se arrepentia con tiempo de su cobarde apostasía, y en vez de declarar algo contra los cristianos, tomó á su cargo defenderlos con esta generosa respuesta: ¿Cómo es posible que coman carne de niños aquellos á quienes está prohibido comer la sangre de los animales? ¿cómo es posible que cometan incestos los que miran con horror aun la menor impureza? Por lo demás no penseis haber triunfado ya de mi flaqueza y de mi cobardía, porque os declaro que soy cristiana; y por medio de esta generosa confesion volvió á entrar en la compañía de los mártires.

Avergonzados los paganos de ver confundido su furor por la constancia de los fieles, tomaron la resolucion de hacerlos perecer de hambre y de miseria en las prisiones. Metiéronlos á todos en diferentes calabozos subterráneos, oscuros, hediondos, llenos

de sabandijas y de insectos, y que mas parecian sentinas que calabozos. Encajaronlos de piés en unos cepos, dispuestos con tanta violencia, que muchos espiraron en aquel cruel tormento; otros por la corrupcion del aire, y algunos de pura miseria. Entre estos fué san Potino, obispo de Leon, y cabeza de aquella generosa tropa, siendo á la sazon de noventa años. Sabian los gentiles que era la cabeza y como el padre de los cristianos; y habiéndose apoderado de él sin tener respeto á su venerable ancianidad ni á su debilidad extrema, le molieron á golpes, y arrastrándole por las calles hasta la plaza, le presentaron al gobernador, que luego le preguntó: ¿quién era el Dios de los cristianos? Conocerásle, respondió el santo, como tengas verdadero deseo de conocerle. Enfadado el gobernador con esta respuesta, le volvió las espaldas con desprecio. Arrojóse sobre él despues el populacho, y á puntillazos y á pedradas le dejó medio muerto, y de resultas espiró dos dias despues en la prision. Vése aun el dia de hoy en una gruta de las antiguallas de Leon un agujero muy estrecho abierto en la misma peña, donde se dice que encajaron á golpes al santo obispo, comprimiéndole con una cuña, en cuyo género de suplicio entregó su espíritu al Criador.

Habiendo llegado el dia señalado por el gobernador para dar á los gentiles el espectáculo de las fieras, exponiendo á ellas los santos mártires, fueron sacados de la prision Maturio, Sancio, Blandina y Atalo. Pasaron como espectáculo por delante de todo el pueblo, y en esta funcion iban los verdugos apaleando á los dos primeros. Apenas entraron en el circo cuando soltaron las fieras, y abalanzándose á ellos, los arrastraron y los despedazaron horriblemente. Viendo que aun no habian espirado, encarnizodo el pueblo pidió que los hiciesen sufrir nue-

vos tormentos, y especialmente clamó por el de la jaula de hierro enrejada y encendida. Dióle ese gusto el gobernador; y metidos en ella los santos mártires, aunque el hediondo humo de la carne achicharrada ofendia igualmente las narices y los ojos, no se dió por satisfecho el furor de la muchedumbre. Tampoco fueron bastantes para desalentar el valor de aquellos héroes cristianos tantos y tan espantosos tormentos; antes se les oia gritar: Siervos somos de Jesucristo, y nos tenemos por dichosos en derramar hasta la última gota de nuestra sangre á gloria de su santísimo nombre. Irritado de esta constancia uno de los verdugos, les pasó la espada por el cuerpo; y quitándoles la vida, les abrió el camino para la corona del martirio á que aspiraban.

Habian atado á santa Blandina á un madero con los brazos extendidos en forma de cruz, y acercándose á ella las fieras, mostraron respetarla; por lo que mandó el gobernador que la volviesen á la cárcel, especialmente habiendo observado que aquella maravilla hacia en el pueblo alguna impresion. Despues pidieron á Atalo con el mayor empeño, por ser tan conocido de todos, haciéndole igualmente respetable su nacimiento y su virtud. Dió una vuelta al rededor del anfiteatro con un cartel en el pecho en que se leian estas palabras: *Este es Atalo el cristiano.* La gritería, la burla, la chacota y las injurias que el pueblo descargaba sobre él aumentaban visiblemente la alegría que se dejaba ver en su semblante. Iba ya á entrar en el circo cuando tuvo noticia el gobernador de que era ciudadano romano, por lo que mandó le volviesen á la cárcel con los demás cristianos hasta tener respuesta del emperador, á quien habia consultado lo que debia hacer con él y con los demás.

Era espectáculo de ternura y de admiracion ver en

las prisiones aquella tropa de gloriosos confesores de Cristo, en cuyas heridas se leian los mas encarecidos elogios de su fe. Unos medio tostados, otros dislocados todos sus huesos, otros despedazadas sus carnes, y todos cubiertos de llagas, triunfando de alegría por haber sido dignos de derramar la sangre, sufrir injurias y tormentos por el nombre de Jesucristo. Sobre todo era admirable su humildad; pues en medio de haber sido echados á las fieras, de haber padecido tan crueles suplicios, de haber pasado por todos los tormentos que supo inventar la crueldad y de haber padecido tantas veces el martirio, todavía no podian sufrir que les diesen el nombre de mártires, y se encomendaban sin cesar á las oraciones de los fieles.

Necesariamente habian de tener mucho fruto aquellos grandes ejemplos. Los que habian hecho traicion á la fe con indigna cobardía, movidos de un vivo arrepentimiento, resolvieron reparar el escándalo por medio de una generosa confesion de la fe que habian abrazado. Efectivamente, habiendo llegado la respuesta del emperador con órden de que se quitase la vida á todos los que persistiesen en confesar á Jesucristo, y se diese libertad á los que hubiesen renunciado al cristianismo, quedó sorprendido el gobernador cuando vió que estos mismos pedian ser otra vez examinados acerca de su religion. El público arrepentimiento que mostraron de su primera flaqueza, la generosa confesion que hicieron de la fe que profesaban, y el ardiente deseo que mostraron de derramar toda su sangre en su defensa, les mereció la gracia y la dicha de ser agregados á los demás santos mártires, y de entrar á la parte en su corona.

Hallábase en Leon un cristiano, por nombre Alejandro, médico de profesion, muy celebrando por su singular pericia en la facultad, pero mucho mas por

el zelo de la fe de Jesucristo, que predicaba en todas ocasiones con resolucion y con valor, aprovechando la oportunidad de visitar sus enfermos para persuadirlos que se hiciesen cristianos. Estando junto al tribunal del juez mientras hacia el interrogatorio y tomaba la declaracion de los que ántes habian apostatado, les hacia señas con la cabeza y con los ojos, exhortándolos á confesar el nombre de Jesucristo, y les hablaba con los gestos. Notólo el pueblo; y como estaba tan indignado contra los que se habian arrepentido de su apostasía, comenzó á gritar acusando al médico Alejandro de tener la culpa de aquella mudanza. Volvióse el gobernador hácia él, y preguntóle quién era. Soy cristiano, respondió intrépidamente Alejandro; y sin pasar mas adelante el juez, irritado con esta respuesta, le condenó á ser despedazado por las fieras, mandando fuese llevado á la cárcel con los demás mártires que ya estaban sentenciados á muerte. Dilatóse la ejecucion hasta el dia siguiente, por celebrarse en él una fiesta gentílica. Los primeros que expusieron á las fieras fueron Atalo y Alejandro, que, habiendo sido arrastrados por ellas largo rato, sacudidos y despedazados, los dejaron tendidos en la arena medio muertos. Quiso el pueblo divertirse con el cruel espectáculo de verlos asarse en la caja ó en la jaula de hierro ardiendo. Alejandro se mostró en ella perpetuamente unido con Dios, sin hablar palabra; pero Atalo, viendo que el pueblo se tapaba las narices por no poder tolerar el humo y el mal olor de la carne quemada, exclamó diciendo: *De vosotros, idólatras, sí que se puede decir os alimentais de carne humana, pues la asais para que á lo menos os entre el mal olor por las narices. Los que servimos á Jesucristo no sabemos qué cosa es alimentarnos con hombres, ni cometer ninguno de los delitos que nos imputais.* Pre-

guntóle uno cómo se llamaba su Dios, y le respondió: *Los nombres se inventaron para distinguir la multitud, y el que es por esencia único, no ha menester nombre.* Poco tiempo despues acabó gloriosamente su carrera.

Muertos ya casi todos los santos mártires, salió al anfiteatro Blandina, acompañada de un niño cristiano, llamado Póntico, de edad de solos quince años, que se cree haber sido hermano de la santa doncella. De propósito reservaron á estos dos para los últimos, pareciéndoles que el flaco sexo de la una, y tierna edad del otro, con el terror que les causarian los tormentos que habian visto padecer á los demas, con cuyo fin todos los dias los sacaban al anfiteatro, los tendrian atemorizados y perderian el ánimo. Pero su inmutable constancia en la religion cristiana irritó de tal manera al pueblo contra ellos, que hizo fuesen atormentados con toda suerte de crueldad y de barbarie. Ejecutaron en ellos todos cuantos suplicios pudieron imaginar para obligarlos á jurar por los dioses inmortales; pero todo fué inútilmente. Animado Póntico con las exhortaciones de su santa hermana, se mantuvo invencible, y espiró en los tormentos haciendo gloria de ser cristiano.

La última de aquella dichosa tropa que consiguió la corona del martirio fué santa Blandina, habiendo sido la primera que se presentó en el combate. No cabia en sí de gozo, viéndose tan cercana al fin de su carrera. Despues de haber sido azotada con varas, de haberla de nuevo despedazado las fieras, de haberla vuelto á encerrar en la jaula encendida, diciendo siempre soy cristiana, la metieron en una especie de red y la expusieron á un bravo y furioso toro, que, habiéndola dado terribles golpes, la arrojó varias veces al aire con las astas; y mostrándose insensible á este tormento, ocupada su alma toda en Dios, fué al fin degollada con los demás. Así triun-

fó la fe de Jesucristo en la victoriosa constancia de estos 48 mártires, que desde entonces se hicieron muy célebres en toda la santa Iglesia.

Los que murieron en la cárcel fueron los santos Potino, obispo de Leon, Arescio, Cornelio, Zósimo, Tito, Zórico, Julio, Apolonio, Germiniano, y las santas Julia, Emilia, Jamnica, Pompeya, Ausonia, Alomnia, Justa, Trófima y Antonia.

Los que acabaron degollados fueron los santos Epagato, Zacarías, Macario, Alcibiades, Silvio, Primo, Ulvio, Vital, Comino, Octubre, Filumino, Gérmino, y las santas Julia, Albina, Grata, Rogacia, Emilia, Postumiana, Pompeya, Ródana, Biblis, Cuarra, Materna y Elba.

Los expuestos á las fieras fueron los santos Saucio, Maturo, Atalo, Alejandro, Póntico y santa Blandina, cuya veneracion en toda la Iglesia fué tan grande desde luego, que solo tenian el nombre de santa Blandina muchas iglesias consagradas á todos los 48 mártires; y la de Viena aun el dia de hoy llama al dia de los mártires de Leon la fiesta de santa Blandina y de sus compañeros, nombrando solamente á la santa en la oracion del oficio.

No se dió por satisfecho el furor de los gentiles con la muerte de los santos mártires, y se ensangrentó tambien contra sus sagradas cenizas, que arrojaron en el Ródano despues de haber quemado sus cuerpos. Pero Dios las conservó juntándolas milagrosamente, y en el sitio en que se hallaron se edificó una iglesia en honor de los mismos mártires, cuyas cenizas se colocaron debajo del altar mayor; y porque se cree que este milagro sucedió el dia 2 de Junio, desde entonces se llamó este dia *la fiesta de los milagros*.

Porque los mártires de Leon se llaman tambien *los mártires de Ainay,* que es un sitio de la misma ciudad,

donde se juntan los dos rios, el Ródano y el Saona, piensan muchos que aquel fué el lugar de su martirio; lo cierto es que en aquel paraje estaba el altar de Augusto, donde se hacian los sacrificios, en cuyas fiestas les quitaron la vida. Otros, con mayor probabilidad, son de parecer que nuestros santos mártires murieron en el antiteatro, cuyas ruinas se registran aun el dia de hoy en la montaña que llaman de Fourviere, donde se ven las grutas subterráneas, que servian de calabozos; si ya no eran las cuevas ó las jaulas donde se tenian encerradas las fieras. El haber sido quemados los cuerpos delante del altar de Augusto, pudo dar ocasion á que se llamasen *los mártires de Ainay.*

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Arezzo en Toscana, los santos mártires Pergentino y Laurentino, hermanos, quienes, siendo aun niños, despues de haber padecido crueles suplicios, y obrado grandes milagros durante la persecucion de Decio, dirigida por el presidente Tiburcio, fueron víctimas de la espada.

En Constantinopla, los santos mártires Luciliano y los cuatro jóvenes, Claudio, Hipacio, Paulo y Dionisio, con quienes Luciniano vuelto cristiano de sacerdote de los idolos que era, fué arrojado despues de varios tormentos en un horno encendido; mas apagadas las llamas por la lluvia, salieron todos sin lesion alguna. Por último consumaron el martirio por mandado del presidente Silvano, aquel en una cruz, y los mozos acuchillados.

En el mismo lugar, santa Paula, vírgen y mártir, que, cogida recogiendo la sangre de dichos mártires, fué azotada y echada al fuego, y al cabo decapitada en el mismo sitio donde fuera crucificado Luciniano.

En Córdoba de España, san Isaac, monje, acuchillado por la fe de Jesucristo.

En Cartago, san Cecilio, presbítero, que ganó para Jesucristo á san Cipriano.

En la diócesis de Orleans, san Lifardo, presbítero y confesor.

En Luca en Toscana, san Davino, confesor.

En París, santa Clotilde, reina, por quien su esposo Clodoveo se hizo cristiano.

En Anañi, santa Oliva, vírgen.

En el Languedoc, san Hilario de Carcasona, venerado como obispo.

En Clermont, san Genes, obispo.

En Pontoise, la venerable Hildeburga, viuda, cuyo cuerpo está en San Martin.

Dicho dia, santa Perseverancia, mártir.

En una isla del rio Sangar, en el Asia Menor, san Atanasio el Taumaturgo.

En Sanforas de Mingrelia, el fallecimiento de san Farnacio, confesor.

En Irlanda, san Coengindo, abad de Gleandalouch.

La misa es del comun de muchos mártires, y la oracion la siguiente:

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus, ut qui gloriosos Martyres fortes in sua confessione cognovimus, pios apud te in nostra intercessione sentiamus. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Concédenos, ó Dios omnipotente, que experimentemos benignos intercesores con vos en nuestras necesidades á los que celebramos constantes en la confesion de vuestro santo nombre. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 11 de la que escribió san Pablo á los Hebreos.

Fratres: Sancti per fidem vicerunt regna, operati sun

Hermanos: Los santos por la fe vencieron los reinos, obraron

justitiam, adepti sunt repromissiones, obturaverunt ora leonum, extinxerunt impetum ignis, effugerunt aciem gladii, convaluerunt de infirmitate, fortes facti sunt in bello, castra verterunt exterorum: acceperunt mulieres de resurrectione mortuos suos: alii autem distenti sunt, non suscipientes redemptionem, ut meliorem invenirent resurrectionem. Alii vero ludibria, et verbera experti; insuper et vincula et carceres: lapidati sunt, secti sunt, tentati sunt, in occisione gladii mortui sunt: circuierunt in melotis, in pellibus caprinis, egentes, angustiati, afflicti: quibus dignus non erat mundus: in solitudinibus errantes, in montibus et speluncis et in cavernis terræ. Et hi omnes testimonio fidei probati, inventi sunt in Christo Jesu Domino nostro.

justicia, alcanzaron lo que se les habia prometido, cerraron las bocas de los leones, apagaron la violencia del fuego, escaparon del filo de la espada, convalecieron de su enfermedad, se hicieron esforzados en la guerra, desbarataron los ejércitos de los extraños. Las madres recibieron resucitados á sus hijos que habian muerto. Unos fueron extendidos en potros, y despreciaron el rescate, para hallar mejor resurreccion. Otros padecieron vituperios y azotes, y además cadenas y cárceles: fueron apedreados, despedazados, tentados, pasados á cuchillo; anduvieron errantes, cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, necesitados, angustiados, afligidos: hombres, que no los mereció el mundo, anduvieron errantes por los desiertos, las cuevas y cavernas de la tierra. Y todos estos se hallaron probados por el testimonio de la fe en Cristo Jesus, nuestro Señor.

NOTA.

«El intento del Apóstol así en esta epístola como en la que escribió á los Gálatas y á los Romanos, es mostrar que la verdadera justicia no proviene de la ley, sino de Jesucristo que nos la comunica por la fe y por su divino Espíritu. Esto lo demuestra en la epístola á los Romanos por la ley moral y por las obras; en la epístola á los Corintios por las ceremonias legales, y en esta por los sacrificios.»

REFLEXIONES.

Por la fe fueron los reinos conquistados por los santos, y por ella hicieron obras de justicia. No es de admirar que los santos obrasen tantas maravillas por medio de la fe; porque á la verdad, ¿qué no podrá con la fe un hombre santo? El asombro es que no seamos nosotros santos, profesando la misma fe y la misma doctrina; antes bien que seamos tan cobardes cuando se ofrece la ocasion. *Todo lo puedo* (decia el apóstol san Pablo) *en virtud de aquel Señor que me conforta* (Ad Philip. 4). Una fe viva es todo poderosa; obliga, por decirlo así, á que el Señor haga milagros. Cuanto mas débil es el sugeto, mas se ostenta su poder. A una viva fe y una perfecta confianza nada sabe negar el Señor; pero es menester que esta fe sea pura, que sea humilde, que sea animada con las obras, que sea verdadera fe. Con esta fe cerraron los santos la boca á los leones, apagaron la actividad del fuego, embotaron los filos de la espada, salieron con mas vigor de la misma enfermedad, se hicieron valerosos en la guerra, derrotaron ejércitos de enemigos extraños, es decir, que no solo domaron sus pasiones, no solo se rieron de los suplicios, sino que se burlaron de todo el infierno junto. *La victoria vence al mundo*, dice el evangelista san Juan (1 Joan. 4), esto es, nuestra fe. Pero ¿será la fe de los cristianos de estos tiempos? ¿será la nuestra? Mas ¿quién la despojó de su fuerza y virtud? ¿quién debilitó su constancia y su valor? ¿Podremos decir que nuestra fe nos hace victoriosos del mundo, cuando somos siempre viles esclavos de sus máximas y de sus leyes; cuando somos víctimas de los respetos humanos; cuando estamos tan servilmente sujetos á sus modas y á sus caprichos? Apenas se reconoce otro dueño; por lo

menos él es el mas imperioso, el mas duro, el mas fiero, el mas tirano, el mas absoluto, y con todo ningun otro es mejor servido. ¡Y nosotros somos los que nos preciamos de tener la misma fe que los santos! ¡y será posible que nos lo queramos persuadir! Consultemos nuestras costumbres, consultemos nuestras obras. ¡Fantasma de fe! y quiera Dios que no sea tambien fantasma de religion; una en los labios, y ninguna en el pecho. ¿Será mucha nuestra religion cuando la fe está muerta, ó á lo menos moribunda? ¿Y cuál será nuestra suerte en la vida? Oh, que nos convertiremos á la hora de la muerte; entonces se aviva la fe, no hay duda; pero es menester que resucite. ¿Y no será de temer que nuestra fe en aquella hora sea como la de los demonios que creen y tiemblan? Harto desgraciados son aquellos cuya fe no produce otro efecto que el del miedo y el temor.

El evangelio es del cap. 11 *de san Mateo.*

In illo tempore respondens Jesus, dixit : Confiteor tibi, Pater, Domine cœli, et terræ : quia abscondisti hæc à sapientibus, et prudentibus, et revelasti ea parvulis. Ita, Pater : quoniam sic fuit placitum ante te. Omnia mihi tradita sunt à Patre meo. Et nemo novit Filium, nisi Pater; neque Patrem quis novit, nisi Filius, et cui voluerit Filius revelare. Venite ad me omnes, qui laboratis, et onerati estis, et ego reficiam vos. Tollite jugum meum super vos et discite à me, quia mitis sum, et humilis corde : et in-

En aquel tiempo respondi Jesus, y dijo : Glorifícote, ó Padre, Señor del cielo y de la tierra : porque has ocultado esta cosas á los sabios y prudentes‘ y las has revelado á los párvulos. Sí, Padre, porque esta ha sido tu voluntad. Todo me lo ha entregado mi Padre. Y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce alguno sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo le quisiere revelar. Venid á mí todos los que trabajais, y estais cargados, y yo os aliviaré. Llevad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy dulce y humilde

venietis requiem animabus vestris. Jugum enim meum suave est, et onus meum leve.

de corazon, y hallaréis el descanso de vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga es lijera.

MEDITACION.

EL YUGO DEL SEÑOR ES SUAVE, Y SU CARGA LIJERA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que en esta vida no hay consuelo puro sino en el servicio de Dios; todo lo demás es tumulto, aturdimiento, confusion y amargura. Todas las alegrías mundanas tienen su origen en alguna pasion; y naciendo de tan emponzoñada fuente, no pueden dejar de acompañarlas la turbacion, el temor, los sinsabores, el fastidio y la mudanza. Todas son superficiales, rara flor nace en este valle de lágrimas que no sea artificial; ríese algo, pero se llora mucho mas; las cruces invisibles y las pesadumbres interiores son la renta mas activa y mas segura de los dichosos del siglo.

A la verdad, ni el amo á quien se sirve, ni las leyes que prescribe, imponen yugo mas suave, ni carga mas lijera. No hay cosa mas dura que la esclavitud en que se vive en el mundo; como reinan en él todas las pasiones, se le obedece como esclavos, y él manda como tirano. La emulacion roe al alma, la ambicion es su tormento, cuéntanse tantos enemigos como concurrentes, y tantos envidiosos como testigos. ¿Hubo nunca en el mundo amistad pura y sincera? El interés es aquel grande y único resorte que pone en movimiento toda la máquina; el amor propio, el primer móvil que la agita; infiere de aquí si podrá haber tranquilidad y sosiego en el corazon de

un hombre del mundo, mientras la paz inalterable y la alegría pura son la herencia de las almas justas.

De la paz de la conciencia nace la del corazon; esta es su madre, no tiene otra. Es verdad, no lo niego, que hay cruces en el camino de la virtud; pe o el fruto que producen es de una exquisita dulzura. Carga el Señor á sus siervos con algun peso; pero tal, que sin trabajo lo puede llevar un niño. Tiene sus leyes nuestra religion; mas solamente se hacen duras á los que no las observan; pocos de los que exactamente las guardan dejan de experimentar su dulzura; tanto, que algunas veces llegan á temer disminuya el mérito de su observancia el gusto y el deleite que ocasiona.

En esta materia, ¿quién debe ser mas creido que los santos, cuya experiencia los habia hecho maestros, y en su virtud afianzaron el mas seguro testimonio de su veracidad? Un san Efren, un san Francisco Javier, una santa Teresa, una santa María Magdalena de Pazzis se quejan amorosamente al Señor de los excesivos consuelos que inundaban sus dichosas almas. ¿Cuándo se han quejado de lo mismo los mundanos, esos declarados siervos, esos miserables del mundo? ¡Y despues de esto hay, Señor, tan pocos hombres que os sirvan!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no solo segun la fe, sino tambien segun la razon natural, el yugo del Señor debe ser suave, y su carga muy lijera. Todas sus leyes tiran derechamente á cegar el manantial de nuestros dis gustos; todo el evangelio es un admirable secreto para endulzar los trabajos y aligerar las cruces de esta vida. No hay hombre mas dichoso que el que ve sin pasiones. Solamente los v rdaderos siervos

de Dios, solamente los santos gozan de este privile gio; cuando no tengan del todo extinguidas sus pasiones, las tienen tan domadas, que ni hacen ruido, ni apenas los molestan, porque no están en términos de poder amotinarse.

¡Qué mayor gusto, qué mayor consuelo que cum plir cada uno con su obligacion! El testimonio de la buena conciencia, dice el Sabio, es una contínua fiesta. ¿Dónde hay mayor gozo que no hacer uno cosa de que tenga despues que arrepentirse? porque, hablando en rigor, no son los bienes exteriores los que nos hacen felices; los cuidados y las desazones trepan hasta el trono. Es menester que el ánimo esté tranquilo y el corazon contento para gozar de una verdadera felicidad; de aquí nace que no hay que buscarla pura y verdadera en el mundo; resérvase toda para las almas fieles; solo pueden disfrutarla los buenos. Ellos solos tienen paz dentro y fuera de sí mismos, mientras los pecadores viven inquietos y mueren descsperados.

La tranquilidad de la conciencia es el fruto ordinario de la virtud; el que mas se da á Dios, ese es el que la gusta mas; al que mas se retrae del Señor, menos se le comunica. Señor (decia san Augustin) cuando no estoy lleno de vos, no puedo sufrirme á mí mismo, y no puedo hallar contento sino cuando me doy á vos enteramente. Desgracia es que no podamos formar una idea cabal y clara de aquella secreta dulzura con que Dios suaviza su yugo; de aquellos dichosos momentos en que se hace sentir de las almas santas; de aquella dulcísima esperanza con que anticipadamente les da á gustar algunos destellos de la gloria; de aquellos rayos de luz con que descubre á sus ojos toda la vanidad del mundo; de aquellas suavísimas lágrimas que algunas veces derraman á los piés del crucifijo, en las cuales encuentran un gusto, una satisfaccion

mas delicada y mas exquisita que todas las diversiones del mundo.

Los hombres carnales no comprenden estas espirituales delicias. Dadme, Señor (exclamaba el mismo san Agustin), dadme un corazon penetrado, abrasado de vuestro divino amor, y él comprenderá fácilmente este misterio. Parécenos incomprensible, porque nos falta este amor.

Haced, Señor, que yo guste la suavidad de vuestro yugo, otorgándome la gracia de que le lleve con alegría, guardando vuestra ley con fidelidad y exactitud. Sí, mi Dios, ámeos yo con generosidad y sin reserva, y entonces experimentaré qué cosa tan dulce es amaros.

JACULATORIAS.

Tu, Domine, suavis et mitis, et multæ misericordiæ omnibus invocantibus te. Salm. 85.

Sí, Señor, sois Dios manso, sois Dios suave, sois Dios lleno de misericordia para todos aquellos que confiadamente os invocan.

¿ Quàm bonus, et suavis est, Domine, spiritus tuus in omnibus ! Sap. 12.

¡ Oh Señor, qué dulce, qué bueno, qué suave es vuestro divino espíritu en todas las cosas !

PROPOSITOS.

1. A un enfermo toda la comida le amarga, y á un convaleciente le parece enorme el peso mas lijero. Desengañémonos; no está la amargura en el yugo del Señor, toda consiste en la destemplanza de nuestro paladar, en el mal humor que se ha apoderado de él. Es artículo de fe que la ley de Dios es dulce, y fáciles sus mandamientos. ¿Quieres hacer la prueba? pues guárdalos con fidelidad. Todo se puede con

el auxilio de la divina gracia. Comienza desde hoy á dar el mas exacto cumplimiento á todas tus obligaciones: oracion, devociones, empleo, obligaciones particulares del estado, y generales de cristiano, atenciones y deberes que pide la caridad y la buena crianza; cúmplelo todo con cuidado, y todo por un fin, por un motivo santo de religion, *cumple toda justicia*, y no se pasará el dia sin que experimentes aquella dulzura que Jesucristo nos promete. No se te piden cosas extraordinarias; haz solamente las mas comunes, pero por motivo un poco cristiano: no se te piden mas que los deberes ordinarios de tu estado; pero no omitas alguno, si quieres que todos se te hagan fáciles y gustosos; no temas la opresion, porque solo es efecto de la poca exactitud. En punto de devocion todo el trabajo y toda la dificultad es para los tibios y para los indevotos; estos son los que la desacreditan.

2. Imponte una ley de hablar siempre con grande estimacion de la virtud; jamás la tomes en boca sino para alabarla; pero sobre todo, guárdate mucho de exagerar nunca las imaginarias dificultades que se hallan en su ejercicio. Nada la desacredita tanto, ninguna cosa la agravia mas que las injustas quejas y los injuriosos suspiros de los cristianos tibios y flojos, achacosos y enfermos por la mayor parte. Semejantes á los tímidos exploradores de la tierra de promision, los matorrales y las zarzas se les representan ejércitos armados; y los árboles cargados de frutas, monstruos que devoran á los hombres. Todo lo que es pintar dificultosa la virtud, es pura imaginacion; todo lo que se exagera de su aspereza y de su carga, ès mera calumnia que atemoriza y acobarda. Si nunca gustaste la dulzura de sus frutos, es porque nunca los cogiste ó siempre los cogiste verdes y fuera de sazon. Nunca digas, pues, que cuesta mucho el ser santo, que para subir al cielo es necesario trepar, que los

mandamientos de la ley de Dios son dificultosos, etc. Todas esas proposiciones solo sirven para turbar y para intimidar al hombre carnal, que no comprende los maravillosos secretos de la vida espiritual, ni la fuerza, virtud y poder de la divina gracia. Si tú no sabes la dulzura de esa vida, si no entiendes la facilidad que acompaña la observancia de la ley de Dios, reconoce que es por tu indisposicion y por tu culpa; y no dando oidos mas que á tu fe y á tu corazon, habla de la virtud como hablan los que han gustado los frutos de esta tierra de promision. Di que es una region donde reina eterna calma; que en ella siempre se descubre el cielo sereno; que es una tierra por donde corre un rio de leche y miel; cuyos habitadores gozan de una alegría pura, de una paz inalterable, y solamente los extranjeros no entienden su lenguaje. Sus términos parecen ásperos; pero es muy dulce su significado. Está, en fin, bien persuadido y enteramente convencido de esta verdad, que es de fe, y por consiguiente inalterable: *El yugo del Señor es suave, y su carga lijera.*

DIA CUARTO.

LA CONMEMORACION DE LOS FIELES DIFUNTOS.

Es de fe que los fieles que mueren en gracia sin haber satisfecho suficientemente en esta vida por las penas debidas á sus culpas, satisfacen por ellas en la otra, padeciendo terribles tormentos en el purgatorio.

Los herejes de estos últimos tiempos, enemigos de la penitencia, no contentos con desterrarla en esta vida, la excluyeron tambien de la otra; y cegándolos

el amor á la disolucion, tanto del corazon, como de las costumbres, conspiraron á negar el purgatorio contra el testimonio auténtico de la sagrada Escritura y de la tradicion; esto es, no quieren confesar que padezcan penas algunas aquellas almas que pasaron de esta vida á la otra sin estar bastantemente purificadas para entrar desde luego en el cielo. Si creyeran esto, se considerarian obligados á mortificarse, á macerar su carne, á cumplir las penitencias que se les impusieron; y esto no se componia bien con la licencia á que aspiraban, siendo este el verdadero orígen de todos sus errores. Sin embargo es cierto que no hay punto mejor establecido ni mas claramente demostrado, así en la Escritura como en la tradicion. *Es cosa santa y saludable rogar á Dios por los difuntos para que sean libres de sus pecados*, dice el Espíritu Santo en el segundo libro de los Macabeos. *Hay algunos pecados,* dice Cristo, *que no se perdonan en este mundo ni en el otro*; lo que no diria, glosa san Agustin, si muchos no se perdonaran en el otro. Es cierto que no se perdonan en el cielo, donde no entra cosa manchada; tampoco se perdonan en el infierno, de donde está desterrado todo perdon y toda misericordia; con que es preciso que solo en el purgatorio se perdonen. San Pablo dice *que algunos fieles no se salvarán hasta que pasen por el fuego*; y san Agustin, san Cipriano, san Ambrosio, san Jerónimo, y hasta el mismo Orígenes entienden este tránsito por el fuego del purgatorio. Gran dolor es que haya hombres tan preocupados del error, que se resistan á conocer esta verdad.

Tampoco se puede poner en duda la tradicion del purgatorio; porque esta es, y esta fué siempre la doctrina de todas las iglesias del mundo desde Jesucristo acá. Hace evidencia de este punto el testimonio auténtico de los santos Padres que florecieron en to-

dos los siglos, por el cual no solo consta cuál fué la fe de la Iglesia en todos tiempos sobre este artículo, sino tambien cuál fué en todos los siglos su ardiente caridad y su zelo por el alivio de los fieles difuntos.

San Gregorio Nazianceno, doctor de la Iglesia, que vivió al principio del cuarto siglo, en el discurso sobre *las santas luminarias*, dice: Ningun hombr hay tan virtuoso, tan puro ni tan santo en este mun do, que acaso no necesite purificarse en el otro poi el fuego: *In altero ævo igne fortasse baptizabuntur.*

San Juan Crisóstomo, una de las mas resplandecientes lumbreras de la Iglesia, que floreció hácia la mitad del mismo siglo, en la homilia 21 sobre los actos de los Apóstoles, dice: No penseis que son inútiles las oraciones, las limosnas y las ofrendas que se hacen á Dios por los difuntos: *Non frustra oblationes pro defunctis, non frustra preces, non frustra eleemosynæ.* El mismo Dios fué el que instituyó entre los fieles este piadoso comercio de caridad, para que recíprocamente nos ayudásemos los unos á los otros: *Ut nos mutuum juvemus.* No se contenta el ministro del altar con clamar al Señor, implorando su misericordia en favor de los que murieron en la fe de Jesucristo: *Non simpliciter minister clamat pro his qui defuncti sunt in Christo*: ofrece tambien por ellos el divino sacrificio. Nosotros, pues, hermanos mios, convencidos de esta verdad, consideremos lo mucho que podemos aliviar á aquellas afligidas almas: *Hæc scientes, consideremus quantas consolationes possumus mortuis, pro lacrymis, pro lamentis, pro monumentis præstare.* No, no las aliviaremos ni con las lágrimas, ni con los suspiros, ni con los soberbios sepulcros, sino con las oraciones y con las limosnas que hiciéremos por ellas: *Nempe eleemosynas, preces, orationes*: para que ellas y nosotros lleguemos, por la gracia y por la misericordia de nuestro Salvador, al goce de la eterna bienaventu-

ranza que nos está prometida : *Ut illi, et nos assequamur promissa bona, gratia et misericordia Unigeniti Filii*, etc.

El mismo san Crisóstomo en el tercer sermon que predicó sobre la epístola del apóstol san Pablo á los Filipenses, escuchad, dice, como habla Dios : Yo protegeré á esta ciudad por mi propio amor y en consideracion de mi siervo David : *Audi Deum dicentem : Protegam urbem hanc propter me, et propter David servum meum*. Si la memoria sola de un hombre justo puede tanto con Dios, ¿cuanto podrán las buenas obras hechas por el alivio de los que están en el purgatorio? *Si sola justi memoria tantum valuit; ubi opera præterea pro mortuo fiunt, quid non poterunt?* No sin razon nos manda el Apóstol rogar por los difuntos en el augusto y tremendo misterio del altar: *Non frustra hæc ab apostolicis sunt legibus constituta, ut in venerandis atque horrificis mysteriis, memoria eorum fiat qui decesserunt*. Sabia bien el gran provecho que de esto se les habia de seguir : *Noverat hinc multum ad illos lucri accedere, multum utilitatis*. Porque cuando el pueblo, junto con los sacerdotes, ofrece al Señor este tremendo y adorable sacrificio, ¿cómo puede dejar de mover el corazon de Dios en favor de los difuntos por cuyo alivio le ruega? *Eo enim tempore quo universus populus stat manibus pansis, ac cœtus sacerdotalis; et illud horrorem venerationis plenum incutiens sacrificium : quomodo Deum non placabunt pro istis orantibus?* Hablo solo de aquellos que murieron con la fe despues de recibido el bautismo : *Atque id quidem de his qui in fide decesserunt* : pues por los catecúmenos difuntos no se puede ofrecer el divino sacrificio : *Catechumeni neque hac dignantur consolatione* : por estos solo se puede hacer oracion y dar limosnas; caridad que les servirá de algun alivio y refrigerio : *Licet pauperibus*

pro ipsis dare; atque hinc aliquid percipiunt refrigerationis.

San Agustin, aquel insigne doctor de la Iglesia, que vivió tambien en el mismo siglo, habiendo nacido el año de 354, en el libro del cuidado que se debe tener con los muertos, dirigido á su amigo Paulino, presbítero de Milán, el mismo que á ruego del santo escribió la vida de san Ambrosio; san Agustin, vuelvo á decir, respondiendo á algunas dificultades que este su amigo le habia propuesto sobre el cuidado de los difuntos, así en órden al cuerpo dándoles sagrada sepultura, como en órden al alma haciendo oracion por ellos: Hay difuntos, dice el santo, á quienes de nada sirven las oraciones ni los sacrificios, porque murieron en desgracia de Dios: *Sunt aliqui quos nihil omnino adjuvant ista quorum tam mala sunt merita, ut neque talibus digni sint adjuvari.* Hay otros que no necesitan de ellos, porque ya gozan del Señor en la patria celestial: *Quorum tam bona ut talibus non indigeant adjumentis.* Pero muchos hay que, habiendo muerto en gracia, sin haber satisfecho enteramente lo que debian á la divina justicia, pagan en la otra vida lo que no pagaron en esta, y á estos les son de gran provecho las oraciones de la Iglesia: *Et ita fit quod neque inaniter Ecclesia quod potuerit religionis impendat.*

Leemos en el libro de los Macabeos, continúa el santo doctor, que se ofrecia sacrificio por los difuntos: *In Machabæorum libris legimus oblatum pro mortuis sacrificium.* Pero aunque no nos dieran este testimonio las Escrituras, bastaria para autorizarlo la práctica de la Iglesia universal; pues nadie ignora que cuando el sacerdote ofrece por el pueblo el sacrificio del altar, siempre hace conmemoracion de los fieles difuntos: *Ubi in precibus sacerdotis, quæ Domino Deo ad ejus altare funduntur, locum suum habet etiam commendatio mortuorum.*

Siendo esto así, concluye el santo hácia el fin del mismo libro, no pensemos que pueden aprovechar á los muertos sino las oraciones, los sacrificios y las limosnas que hacemos por ellos : *Quæ cum ita sint, non existimemus ad mortuos pro quibus curam gerimus pervenire, nisi quod pro eis sive altaris, sive orationum, sive eleemosynarum sacrificiis solemniter supplicamus.* Verdad es que no á todos aprovechan estos sufragios, sino solamente á aquellos que en vida merecieron les aprovechasen despues de su muerte : *Quibus non pro quibus fiunt omnibus prosunt, sed iis tantum quibus dum vivunt comparatur ut prosint.* Pero como nosotros no podemos hacer esta distincion, ofrecemos generalmente por todos los fieles difuntos nuestros sacrificios, nuestras limosnas y nuestras oraciones, para que se aprovechen de ellas los que puedan : *Sed quia non discernimus qui sint, oportet ea pro regeneratis omnibus facere, ut nullus eorum prætermittatur, ad quos hæc beneficia possint et debeant pervenire.* Y añade el santo doctor que estos sufragios cada uno los debe hacer con mas particularidad por sus parientes, para que sus parientes los hagan tambien por él : *Diligentius tamen facit hæc quisque pro necessariis suis, quod pro illo fiat similiter à suis.*

Seria cosa larga referir aquí lo mucho que dicen los demás santos Padres sobre la caridad que se debe tener con aquellas dichosas almas que, habiendo muerto en gracia, pero sin satisfacer enteramente lo que debian á la justicia de Dios, van á satisfacerlo en las penas del purgatorio. Puédese leer lo que dice Orígenes (autor que floreció en el segundo siglo) en la homilía sexta sobre el Exodo, en la décimacuarta sobre el Levítico y en la duodécima sobre Jeremías ; lo que san Cipriano (que vivió en el tercero) dice sobre el mismo asunto en su epístola á Antoniano ; lo que san Cirilo, patriarca de Jerusalen, dice en la

quinta Catéquesis; y en fin, lo que dice san Gregorio Niseno en su discurso sobre los muertos y sobre los párvulos. Léase tambien á san Jerónimo en el libro 2 contra Joviniano, á san Paulino en su epístola á Delfin, obispo de Burdeos, y á otros muchos de los primeros siglos, en los cuales se verá la antigua tradicion de la Iglesia desde el tiempo de los sagrados Apóstoles, sobre las oraciones y los sufragios por los difuntos; y el zelo con que en todo tiempo exhortaron los santos Padres á todos los fieles para que tuviesen caridad con aquellas almas tan dichosas como afligidas.

Lo asombroso es que los herejes de nuestros tiempos no quieran reconocer en esto sus errores, aunque no ignoran ni pueden ignorar la autoridad de esta tradicion; y que apretado el mismo Calvino con la fuerza de tantos y tan evidentes testimonios tuviese desvergüenza para decir que todos los santos Padres, desde los Apóstoles acá, se engañaron groseramente, y cayeron en error: *Fatendum est in errorem fuisse abreptos*; al mismo tiempo que en otros cien lugares asegura que la fe se conservó en su pureza entre los Padres de los seis primeros siglos.

Si son inexcusables los herejes que no quieren creer el purgatorio, ¿lo serán menos los cristianos que, creyéndole, se niegan ó se olvidan de aliviar á las almas de sus hermanos que están padeciendo tan crueles penas en aquel calabozo de tormentos? ¡Qué crueldad! ¡qué impiedad, tener tan en la mano el modo de aliviarlas, de abreviar sus penas, de libertarlas de ellas, y no querer hacerles este importantísimo bien! Mi Dios, cuánto es de temer, y qué justo será que algun dia digais á estos durísimos corazones: *Nonne ergo oportuit, et te misereri conservi tui?* Dime, ¿no era mucha razon que tú te compadecieses de tu compañero, de tu amigo, de tus herma-

nos, de tus hermanas, de tu padre y de tu madre? *Et iratus Dominus tradidit eum tortoribus, quoadusque redderet universum debitum.* Y el Señor justamente irritado te entregará á los ministros de su divina justicia para que te atormenten hasta que le pagues todo lo que le debes, hasta el último maravedí: *Judicium enim sine misericordia illi qui non fecit misericordiam*; porque al que no tuvo misericordia ni compasion de otros, es muy debido que se le juzgue sin compasion y sin misericordia.

SAN FRANCISCO CARACIOLO, FUNDADOR DE LOS CLÉRIGOS REGULARES MENORES.

Este santo, que enriqueció á la Iglesia con una nueva órden religiosa, nació en 1563 en Italia, de una familia ilustre, y desde su infancia dió pruebas nada equívocas de su santidad futura. A la edad de veinte y dos años fué afligido de una hedionda lepra que por poco le arrebató, é hizo voto á Dios de consagrarse todo á su Majestad, si recobraba la salud. Alcanzóla en efecto, fuése al punto á Nápoles, estudió la sagrada teología y recibió los sagrados órdenes. En 1588, hizo conocimiento con un noble genovés llamado Agustin Adorno y resolvió con él de plantear un nuevo órden de eclesiásticos, que, sin perjuicio de saborear las dulzuras de la vida contemplativa, se dedicasen con esmero á las tareas de la vida apostólica.

Habiendo madurado de consuno su proyecto entre los Camaldulenses de Nápoles, y agregádose un tercer compañero, nombrado tambien Caraciolo, fueron los tres á presentarse al papa Sixto V para manifestarle el proyecto que tenian. Mandóle exami-

nar el Padre Santo, y le aprobó dándole el nombre de Congregacion de Clérigos Reglares Menores. Conseguida la aprobacion, se fueron á Nápoles los virtuosos fundadores, donde compraron una casa y una iglesia, y empezaron á recibir novicios.

El blanco de su instituto es visitar los hospitales y las cárceles, predicar, confesar é instruir á la juventud. Mas los que son dados á la soledad, viven en ermitas entregados á la contemplacion. Pronto los sazonados frutos que produjo la naciente órden, llamaron la atencion de los obispos; y el instituto se empezó á propagar por España y Portugal. No dejó con todo de hallar algunas dificultades en aquel primer pais, y Francisco pasó allá para allanarlas. Nombrado superior general de la órden á la muerte de Adorno, se empleó el santo varon con el zelo mas ardiente en hacer prosperar la nueva religion. Es verdad que tuvo muchos males y aun persecuciones que padecer; pero tambien probó grandes consuelos, y fué honrado de muchos monarcas, por los muchos esclarecidos milagros que obró, indicios de su gran santidad, y fundamento de su gran nombradía. Con ser él superior, era tan llano, que ejercitaba los actos mas humildes, como barrer los aposentos, servir en la cocina, asistir á los enfermos y hacerles las camas.

Su preciosa muerte tuvo lugar el cuatro de junio de 1608, á la edad de solos cuarenta y cuatro años. Su cuerpo fué trasladado á la casa matriz de Nápoles. Al instante le beatificó Clemente XIV, y el papa Pio VII le canonizó en 24 de mayo de 1807; cuya bula de canonizacion puede leerse en el tomo cuarto de la historia de los órdenes religiosos por Helyot.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, los santos mártires Arecio y Daciano.

En Sisseck en Iliria, san Quirino, obispo, que bajo el

presidente Galerio, como refiere Prudencio, fué precipitado con una piedra de molino atada al cuello al rio; pero nadando la piedra como un corcho, despues de haber exhortado largo tiempo á los cristianos que le rodeaban á no atemorizarse de su suplicio, y á no titubear en la fe, alcanzó de Dios con su oracion que se sumergiese la piedra, á fin de conseguir la gloria del martirio.

En Bresce, san Clateo, obispo y mártir, en tiempo de Neron.

En Panonia, los santos mártires Rutilo y compañeros.

En Arras, santa Saturnina, vírgen y mártir.

En Tívoli, san Quirino, mártir.

En Constantinopla, san Metrofanes, obispo y gran confesor.

En Milevo de Numidia, san Optato, obispo, ilustre por su ciencia y santidad.

En Verona, san Alejandro, obispo.

En la baja Bretaña, santa Nenoca, vírgen, fundadora de un monasterio.

Cerca de Chamberi, san Concordio, venerado en aquel pueblo como obispo extranjero.

En Espoleto, san Marcial, obispo.

Dicho dia, el martirio de san Espergencio y de otros muchos de ambos sexos.

En Nion, los santos mártires Zotico, Atalo y Eutiques.

En Egipto, santa Bistámona, martirizada con otros cuatro.

En dicha region, san Alvino, abad.

En Añona en el Abruzo, el fallecimiento del santo presbítero Francisco Caraciolo, fundador de la órden de los Clérigos Reglares Menores, puesto en el número de los santos por Pio VII.

La misa es la cotidiana de difuntos, y la oracion la siguiente.

Fidelium, Deus, omnium conditor et redemptor, animabus famulorum famularumque tuarum, remissionem cunctorum tribue peccatorum, ut indulgentiam quam semper optaverunt, piis supplicationibus consequantur. Qui vivis et regnas...

O Dios, criador y redentor de todos los fieles, conceded á las almas de vuestros siervos y siervas la remision de todos sus pecados, para que obtengan por las piadosas oraciones de vuestra Iglesia el perdon que siempre desearon de tí. Que vives y reinas...

La epístola es del capítulo 14 del Apocalipsis.

In diebus illis: Audivi vocem de cœlo, dicentem mihi: Scribe Beati mortui, qui in Domino moriuntur. Amodo jam dicit Spiritus, ut requiescant à laboribus suis; opera enim illorum sequuntur illos.

En aquellos dias: Oí una voz del cielo, que me decia: Escribe: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Desde ahora, les dice el Espíritu, que descansen de sus trabajos; porque sus obras los acompañan.

NOTA.

« El Apocalipsis, ó libro de las revelaciones con que favoreció Dios á san Juan en su destierro de la isla de Pathmos, contiene en 22 capítulos una profecía general del estado de la Iglesia desde la Ascension de Cristo hasta el dia del juicio final, y es como la llave de toda la sagrada Escritura. »

REFLEXIONES.

Ahora les dice el Espíritu que descansen de todos sus trabajos. No es esta vida el tiempo del descanso. Nació el hombre para el trabajo, y es la vida un mar

agitado de continuas olas. Es una perpetua navegacion; ¡qué tempestades se han de experimentar! ¡qué escollos, qué borrascas, qué naufragios se deben temer! Es una continua guerra; ¡qué combates se han de dar! ¡qué asaltos se han de sufrir! ¡qué estratagemas, qué ardides del enemigo se han de precaver! ¡cuántos géneros de enemigos hay que superar! Es menester estar siempre de centinela contra los sentidos. El primer traidor es nuestro mismo corazon; conspiran casi todas las criaturas para ganarle y para corromperle; el amor propio es nuestro mayor enemigo; el mundo tiene jurada nuestra pérdida. En tan triste, en tan peligrosa situacion, ¿cómo podemos descuidarnos entregados á una ociosa seguridad? ¿y qué suerte será la de aquellos hombres haraganes, que pasan los dias enteros en una perpetua inaccion? No es el mundo lugar de reposo. ¡Qué caro no costó á las vírgenes necias un breve rato de sueño! ¡al siervo flojo y perezoso cuánto le costó su pereza! Sobre todo, el tiempo del trabajo es corto, y á unos pocos dias laboriosos seguirá una eternidad dulce, tranquila y sosegada. Solo el cielo es lugar de descanso, donde reina una eterna calma. Luego que entra el alma en el gozo de su Señor, acabáronse los cuidados, las inquietudes, los afanes, las pesadumbres; todo se desterró, todo se olvidó en aquella dichosa mansion; y si se hace alguna memoria de ello es para que la alegría presente sea mas pura, y la quietud mas deliciosa. Los empleos mas elevados del mundo son los que ordinariamente están mas expuestos á las tormentas y á las tempestades; en los valles hay mas abrigo que en las cumbres; pero tambien en ellos se deben siempre temer las inundaciones. Los honores, las riquezas, las dignidades, los empleos de mayor ruido, todas son cargas muy pesadas; y tanto, que, por mas que se haga, es preciso

gemir debajo de ellas. En todo cuanto hay criado se encuentra un vacío que disgusta. Solo en el cielo la alegría es pura, los gustos cumplidos, los bienes sólidos y la felicidad completa y eterna: *Opera enim illorum sequuntur illos.* ¿Es posible que un corazon racional y un corazon cristiano pueda tener otra ambicion, ni suspirar por otra fortuna?

El evangelio es del capítulo 6 de san Juan.

In illo tempore dixit Jesus turbis Judæorum: *Ego sum panis vivus, qui de cœlo descendi. Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in æternum: et panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita.* Litigabant ergo Judæi ad invicem, dicentes: Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum? Dixit ergo eis Jesus: Amen, amen dico vobis: nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis: Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, habet vitam æternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die.

En aquel tiempo dijo Jesus á *la muchedumbre de los Judíos*: Yo soy el pan que vive, que he *bajado del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente*; y el pan que yo daré, es mi carne, *la que daré* por la vida del mundo. Disputaban, pues, entre sí los Judíos, y decian: ¿Cómo puede este darnos á comer su carne? y Jesus les respondió: En verdad, en verdad os digo: que si no comiéreis la carne del Hijo del hombre, y no bebiéreis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia

MEDITACION.

DE LA MUERTE DE LOS JUSTOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera qué cosa tan dulce es morir cuando se ha vivido bien. Es la muerte pena del pecado, que en rigor solamente debe causar dolor á las almas

manchadas con la culpa. ¿Ni cómo puede menos de llenar de consuelo y de alegría á los que vivieron en un continuo ejercicio de las virtudes cristianas? ¿puede dejar de morir contento el que muere santo?

La muerte de los justos (dice el Profeta) *es preciosa á los ojos del Señor;* le es muy agradable. Todo lo precioso se estima; en cualquiera parte en que esté se cuida mucho de ello. Mas que mueran los justos destituidos de todo humano consuelo, como un san Pablo primer ermitaño, como un san Francisco Javier; mas que mueran de repente, nunca es imprevista su muerte, siempre tiene Dios un cuidado de ellos muy particular. ¿Cómo puede dejar de ser feliz una muerte tan preciosa? Con efecto, todo debe contribuir, y todo contribuye al consuelo de las almas justas en aquella hora. ¡Qué consuelo, qué gusto no siente en ella un hombre que vivió cristianamente, que se entregó á la virtud, que se dió al ejercicio de la penitencia! Y la esperanza de lo futuro, ¿ cómo puede menos de mitigar los dolores del estado presente?

Ya en fin se pasó todo lo que parecía penoso en el servicio de Dios : ayunos, retiro, penitencias, mortificacion, trabajos, desprecios, rigores, austeridad, todo se acabó; el bien y el mal igualmente se desvanecieron. ¡Qué consuelo el de aquella hora por no haber hecho todo el mal que se pudo! ¡y qué alegría por haber practicado todo el bien que se debió! Y mas cuando se trae á la memoria el dolor que entonces se tendría de no haberlo practicado.

Por largo tiempo que se haya vivido, en aquella hora se representa como un solo instante el espacio que corrió entre el dia del nacimiento y el último dia de la vida. ¿Pues cómo podrá uno dejar de darse á sí mismo el parabien de haber prevenido, por medio

de una santa vida, los crueles remordimientos que sienten los pecadores en aquella hora?

¿De qué me servirá al presente, dice un moribundo, haber brillado, haber hecho una gran fortuna, haber tenido amigos poderosos, haber poseido los primeros empleos? ¿de qué me servirá haberme hallado en todas las diversiones, haber sido hombre de corte, haber seguido las máximas del mundo? Ahora condeno, y condenaré por toda la eternidad estas perniciosas máximas. ¿De qué me serviria todo esto, si no hubiese trabajado en mi salvacion? Ni todos los bienes ni todas las conexiones del mundo son capaces de diferir mi muerte por un solo instante; desterrado estoy ya para siempre de todos los pasatiempos, de todos los concursos, de todos los gustos de esta vida. ¿Qué consuelo puede causar la memoria de los entretenimientos pasados, ni de todas las fiestas mundanas? ¡Oh, y qué cuerdamente obré cuando detesté con tiempo aquello que me habia de condenar por toda la eternidad! ¡Ah, que al presente, quisiera ó no quisiera, todo lo habia de dejar; me habia de arrancar de aquellos gustos, habia de romper aquellos lazos! ¿Qué te parece? ¿no servirá de gran consuelo, no causará un suavísimo gozo el haberlos hecho pedazos muy de antemano voluntariamente?

PUNTO SEGUNDO.

Considera la impresion que hacen, así en el ánimo como en el corazon de un moribundo ajustado, las reflexiones que le ocurren cuando está para morir, despues de haber tenido una vida verdaderamente cristiana.

El punto que se trataba era no menos que de una eternidad feliz, ó de una eternidad desdichada. Mi salvacion era mi único negocio; haber manejado con

acierto todos los demás, y haber errado este, seria haberlo perdido todo, y estuve muy á peligro de errarle. ¡Ay de mí si le hubiera desacertado! Este pensamiento me estremece; pero acertéle por la misericordia de mi Dios. ¡O Señor, y cuánto consuela este pensamiento!

Representémonos un hombre que viene de una provincia muy distante para un negocio de la mayor consecuencia. Trátase en él no menos que de su honra, de su hacienda y de su vida; llega en el tiempo crítico para hablar al príncipe, para informar á los jueces, para responder á las acusaciones, para justificar su causa; un dia, ó dos horas mas que se hubiera detenido, ya llegaba tarde; cerrábase el proceso, y se le condenaba á muerte sin remedio. ¡Qué gozo seria el de este hombre por no haberse detenido á fiesta ni á diversion en el camino! ¡Pues qué si por haber hecho aquella diligencia se le proporciona una deshecha fortuna; si va á ser colmado de bienes y de honras; si le declara el príncipe por su valido ó por su primer ministro; qué consuelo, qué gozo será el suyo por haber llegado tan á tiempo!

¿Se arrepentirá entonces de no haberse detenido á gozar algunas fiestas, ó de no haber disfrutado alguna mayor comodidad con que pudo hacer la jornada, haciéndola mas despacio? Sobre todo si llega á entender que tantos otros que hacian el propio camino y se hallaban en el mismo caso, ó por dejarse vencer de las importunas instancias de sus falsos amigos, ó por haber hecho muchas paradas, ó por querer caminar con todas las conveniencias perdieron el pleito, y para colmo de su desdicha, despues de perder toda la hacienda, perdieron tambien la vida en una afrentosa horca. Imagina, si es posible, pensamiento de mayor consuelo, gozo mas puro ni mas sólido, satisfaccion mas completa. Pues todo esto no es mas que una im-

perfecta figura de lo que pasa en la muerte de los justos. ¡Buen Dios, y qué gusto es hablar en el puerto de los peligros que se corrieron, y dichosamente se evitaron en el golfo! Dos horas despues de la muerte ¡cuánto consuelo causa la memoria de los trabajos que se padecieron por Dios durante el curso de la vida! ¿Vino jamás al pensamiento de un moribundo el arrepentirse de no haber seguido con mas ardor las locas máximas del siglo; de no haber vivido con mayor regalo; de haber hecho una vida demasiadamente cristiana, recogida y pura; de haber sido mas humilde, mas contenido y mas mortificado de lo que fuera justo? Al contrario, entonces se llora el mucho tiempo que se malogró en las profanas diversiones del mundo; llórase el haber amado tanto la profanidad, la vanidad y los pasatiempos; llórase el haberse dejado tiranizar de los respetos humanos. ¡Ah! ¡acaso nuestra vida está únicamente llena de todo aquello que causa cruel dolor, amargo arrepentimiento en la hora de la muerte!

No permitais, Señor, que algun dia me sirvan de esta desconsolada materia tan saludables y tan concluyentes reflexiones. Asistidme con vuestra divina gracia para que viva como vivieron los santos, á fin de morir como los santos murieron, y acompañarlos despues en la vida eterna de la gloria. Amen.

JACULATORIAS.

Beati mortui, qui in Domino moriuntur. Apoc. 14.
Dichosos aquellos que mueren en el Señor.

Moriatur anima mea morte justorum, et fiant novissima mea horum similia. Núm. 23.
Muera yo con la muerte de los justos, y sea el fin de mi vida semejante en todo al suyo.

PROPOSITOS.

1. Ninguno hay que no desee morir con la muerte de los justos, ninguno que no tenga envidia á su dichosa suerte. La muerte á todos nos iguala; por ella todos quedan á un nivel. Clases, dignidades, empleos, nacimiento ilustre, en la muerte todo se acaba, todos estos títulos dejan de serlo, y entonces no hay otros derechos que los que da la virtud. Vida pura, devocion sólida, bondad exacta, caridad sin mezcla, mortificacion continua, observancia constante, esto es lo que consuela, esto es lo que se estima, esto lo único que da contento en aquella última hora. ¿Y porqué no será todo esto el objeto de la ambicion, y la materia de los cuidados mientras dura la vida? Todos convienen en que esta es la mayor fortuna que se puede hacer; todos sabemos el secreto para hacerla; todos tenemos en nuestra mano los medios; ¿por qué razon no nos serviremos de ellos? Toma desde este mismo punto la generosa resolucion de trabajar eficazmente, con el auxilio de la divina gracia, en hacer esta gran fortuna. Sea de hoy en adelante el objeto de tu noble ambicion la dichosa suerte de los santos. Dite á tí mismo con frecuencia lo que tantas veces se repetia á sí mismo san Bernardo : *Conviene morir con la muerte de los justos, mas para eso es menester vivir como ellos.* No emprendas cosa considerable sin examinar primero si será ó no será conducente para lograr una santa muerte. Al despertar por las mañanas, dite, como se decia santa Teresa : *Dios me da este dia mas para merecer en él la eterna bienaventuranza.* Siempre que dé el reloj las horas, repite lo que decia la misma santa : *Ya estamos una hora mas cerca de la muerte; quiera Dios que sea santa.* Acuérdate que la vida mas observante, mas mortificada, mas ejemplar será inutil sino logras una buena muerte.

S. BONIFACIO, O. Y. M.

2. La congregacion de la buena muerte está hoy muy extendida, no solo en toda Italia y en la mayor parte de las ciudades de Francia, sino tambien en muchas de España; si la hubiere en el pueblo donde resides, alístate luego en ella, pues no tiene otro fin que facilitar los medios para que tengan una dichosa muerte todos sus congregantes. Por ser esto lo que importa mas á todos los fieles, han franqueado los sumos pontífices el tesoro de la Iglesia á todas esas piadosas fundaciones, que solo obligan á vivir de manera que se consiga la muerte de los justos, y á rogar incesantemente unos por otros para lograr la gracia de una dichosa muerte. No malogres un medio de tanta importancia y tanto interés tuyo.

DIA CINCO.

SAN BONIFACIO, OBISPO Y MARTIR.

San Bonifacio, obispo de Maguncia y mártir, llamado con razon el apóstol de Alemania, fué inglés, y tuvo por nombre Winfrido. Nació por los años de 680, en el pueblecito de Kirton, condado de Devohire, y sus padres, que eran muy piadosos, le criaron con el mayor cuidado en el santo temor de Dios, aunque en esto tuvieron poco que hacer por el bellísimo natural del niño. Aun no tenia uso de razon, y ya mostraba inclinacion á la vida religiosa; pues antes de cumplir los cinco años todo su gusto era oir hablar de Dios y de la vida penitente que hacian los santos solitarios.

Llegaron á predicar en Kirton unos misioneros evangélicos que se hospedaron en casa de su padre, y el niño Winfrido se aprovechó admirablemente de

esta ocasion que le ofrecia la divina Providencia. Oyóles decir que para ser santo era menester negarse á sí mismo y seguir á Jesucristo; que la vida religiosa era el camino mas seguro para salvarse; y que el mundo era un mar tempestuoso lleno de escollos y de peligros.

Apenas se retiraron los misioneros cuando Winfrido pidió licencia á su padre para entrar en un monasterio. Sorprendióle mucho la proposicion; y como amaba á Winfrido mas que á los otros hijos, se opuso á su intento y le mandó que no dejase la casa de sus padres. Obedeció el santo niño; pero Dios tomó de su cuenta el cumplimiento de su vocacion. Envió una grave enfermedad á su padre, y persuadido este á que era justo castigo por su resistencia á la piadosa resolucion de su hijo, sin esperar á estar bien convalecido convocó á los parientes, y persistiendo Winfrido, á presencia de todos, en la determinacion de ser religioso, se decidió que uno de ellos le llevase á presentar en el monasterio de Encantraste.

Luego que el abad Wolfando vió y reconoció aquel aire modesto y apacible, aquel natural vivo é ingénuo, aquel entendimiento ya formado y aquella virtud como anticipada, se sintió movido á recibirle. A vista del fervor con que el santo mancebo abrazó todos los ejercicios de la vida religiosa, le miraron los monjes como un don con que el cielo los habia regalado, pronosticando desde luego que algun dia seria uno de los mas ilustres ornamentos de la Iglesia. Concluidas las pruebas del noviciado, lejos de entibiarse, no teniendo mas que diez á doce años, fué un modelo cabal de religiosa perfeccion. Y habiéndose observado en él grandes talentos para las ciencias, con una singular inclinacion al estudio, se tuvo por conveniente enviarle al monasterio de Nuscella, donde florecian las letras mas que en la casa donde

habia tomado el hábito. Allí encontró á un excelente director para la virtud y un hábil maestro para las ciencias en la persona del abad Wimberto; y aprovechó tanto en poco tiempo en ambas facultades, que le proponian por dechado á toda la comunidad.

Siendo ya uno de los mas santos y mas sabios hombres de su siglo, le encargaron que enseñase la gramática, la poesía, la retórica, la historia y la filosofía á los monjes, á quienes explicó tambien la sagrada Escritura en los sentidos literal, moral y místico. Por su mérito sobresaliente y por su no menos singular virtud fué juzgado digno de ser promovido al sacerdocio; y ordenado de presbítero á los treinta años de su edad, comenzó á trabajar en la salvacion de las almas, y á instruir á los pueblos por el ministerio de la predicacion.

Estaba escondido este tesoro en la provincia de Winchester, cuando la divina Providencia le manifestó á toda Inglaterra al tiempo que menos se pensaba. Habiéndose juntado los obispos en el pais de Westfert, donde reinaba el religioso príncipe Ina, tuvieron necesidad de diputar un eclesiástico á su metropolitano el arzobispo de Contúrbel, para informarle del motivo de aquella repentina junta, que era sobre cierto negocio urgente y de la mayor importancia. Propusieron los abades para esta diputacion al presbítero Winfrido; y aprobada por el sínodo la eleccion, desempeñó su comision con tanto acierto, que en adelante fué siempre llamado á todos los sínodos.

Sobresaltóse su humildad con esta señal de distincion, y resolvió mudar de pais é ir á trabajar en la conversion de los gentiles á tierras donde no fuese conocido. Al principio se opusieron á este intento su abad y los demás monjes; pero convencidos despues de sus razones, no solamente lo aprobaron, sino que

le dieron dos religiosos para que le acompañasen en todos sus viajes.

Habiendo dejado las costas de Inglaterra, donde no hizo especial fruto su predicacion, dió fondo en las de Frisia por los años de 715. Tampoco aquí fué mas dichoso su zelo, sirviéndole de estorbo la guerra que á la sazon estaba encendida entre Cárlos Martel, príncipe de los Franceses, y Rabbodo, duque de los Frisones. Pasó á Utrech, capital entonces de la Frisia, y no habiendo podido lograr del duque cosa alguna, se vió precisado á volverse á Inglaterra y restituirse á su monasterio de Nuscella. Llegó á tiempo que acababa de morir el abad Wimberto, y no hubo en que deliberar para nombrar á nuestro santo por sucesor suyo; pero jamás hubiera aceptado la abadía, sino tuviera esperanza de renunciarla muy presto, como efectivamente la renunció en manos de Daniel, obispo de Winchester, luego que halló el prelado un sugeto capaz de gobernar el monasterio.

Descargado ya de este peso, determinó ir en derechura á Roma para echarse á los piés del papa y pedirle le señalase su mision, persuadido á que su primer viaje no habia tenido efecto por no haber precedido esta diligencia de pedir la bendicion de su Santidad. Informado Gregorio II del mérito y de la eminente virtud de nuestro santo por las cartas del obispo de Winchester, le recibió con grandes muestras de estimacion y de benevolencia; tuvo con él largas conversaciones, en las cuales descubrió el fondo de su sabiduría, prudencia y virtud que le constituian uno de los hombres mas grandes y de los mas grandes santos de su siglo.

Declaró al papa el deseo que tenia de dedicarse enteramente á la conversion de los infieles; aprobóselo mucho su Santidad, y dándole todas las facultades y poderes necesarios para su mision, escribió á

todos los príncipes que podian favorecer y contribuir á las empresas de su apostólico zelo. Con estas facultades salió de Roma el año de 719; y entrando en Alemania por la Lombardía, se encaminó derechamente á Turingia para echar en ella la primera semilla de la fe de Jesucristo, segun las instrucciones y órden que le habia dado el sumo pontífice. Obró en ellas grandes milagros, no siendo el menor las grandes conversiones que hizo; y habiendo purgado en menos de seis meses de los errores del paganismo algunas reliquias de la religion cristiana, que todavía encontró, tuvo el consuelo de ver convertida en poco tiempo á casi toda la Turingia.

Supo entonces que habia muerto el duque Rabbodo, enemigo jurado de la fe de Jesucristo, y partió á Frisia, donde se juntó con san Willefrodo, fundador y primer obispo de la iglesia de Utrech; y cultivó tan dichosamente aquella nueva viña, que en menos de tres años se vió todo el país poblado de cristianos, y los templos de los ídolos convertidos en iglesias. Hallándose san Willefrodo oprimido con el peso de los años y de los trabajos, determinó hacerle su coadjutor; pero apenas oyó Winfrido la proposicion, cuando estremecido y asustado se escapó y se fué á predicar al país de Hese. Detúvose en un lugar que entonces se llamaba Omemburch, y despues se llamó Amelburg; convirtió á dos señores y fundó en él un célebre monasterio. En fin, cediendo todo al maravilloso zelo de nuestro santo, redujo á la fe todo aquel vasto país y llevó la luz del Evangelio hasta el rio Elba.

Resonaba por todas partes la fama de tantas maravillas, y llegando á los oidos del papa, quiso tener el consuelo de ver otra vez al nuevo apóstol. Obedeció este, y partio á Roma despues de haber dado providencia en las necesidades espirituales de aquella

nueva cristiandad; y fué recibido del sumo pontífice con todas las demostraciones de amor y de estimacion que merecian sus grandes servicios y su virtud. Bendijo á Dios por los felicísimos sucesos con que se habia dignado acreditar sus apostólicos trabajos; y considerando el gran bien que resultaria á la Iglesia si un hombre como aquel fuese elevado á la dignidad episcopal, sin dar oidos á su repugnancia ni á sus representaciones, el papa mismo le consagró por obispo el dia de san Andrés de 723, mudándole el nombre de Winfrido en el de Bonifacio.

Colmado de honras y de bendiciones de su Santidad, se restituyó el nuevo obispo á su amada mision, donde trabajó con todo el poder que le daba la dignidad episcopal. Predicó siempre con maravilloso fruto; y administrando el sacramento de la confirmacion á los que habia bautizado, por la gracia y fortaleza que con él se les comunicaba, se renovó el espíritu y el fervor en aquella tierna y recien nacida iglesia. Mandó cortar un árbol tan viejo como extraordinariamente corpulento, que llamaban *la fuerza de Júpiter,* y era ocasion de innumerables supersticiones, cuya madera empleó en la fábrica de una capilla que edificó en honra del apóstol san Pedro. Despues que vió tan floreciente la religion cristiana en el país de Hese y en Sajonia, hizo otro viaje á Turingia, donde en poco tiempo volvió á despertar en todos el espíritu de la verdadera virtud; y dejando en ella zelosos predicadores, fué á llevar la luz de la fe al ducado de Baviera. Desterró de él á un pernicioso ministro del demonio, llamado Eremwulfo, que, mezclando mil supersticiones gentílicas con algunos ritos y ceremonias cristianas, inficionaba el país llenándole de groserísimos errores.

Por los negocios de las iglesias se vió precisado á volver tercera vez á Roma el año de 738, donde fué

recibido del papa Gregorio III aun con mayores demostraciones de amor y de estimacion que de su predecesor. Quiso su Santidad que asistiese á un concilio que habia convocado; y despues de haberle oido resolver algunas dudas sobre diferentes puntos de disciplina por lo tocante á Alemania, le dió licencia para que volviese á continuar su apostólica mision.

Tomó el camino derecho de Baviera, donde el duque Odilon le habia convidado, y donde solo habia un obispo, llamado Vivilon, enviado por Gregorio III, despues de las conversiones que Bonifacio habia hecho. Aumentado el rebaño, fué menester aumentar tambien el número de los pastores; y usando Bonifacio de la potestad que le habia dado el sumo pontífice, erigió otros tres obispados, escogiendo por capitales las ciudades de Salzbourg, Frisinga y Ratisbona. En la bula, en que el papa confirma la ereccion de estos tres obispados, rinde muchas gracias á Dios, que por su misericordia hizo entrar cien mil almas en el gremio de la Iglesia, siendo su conversion fruto de las fatigas de Bonifacio y de la proteccion con que Cárlos Martel le habia favorecido; nombra á nuestro santo legado á latere de la silla apostólica; y le exhorta á que no fije su residencia en algun lugar determinado, sino que visite y corra toda la Alemania, llevando por toda ella la fe de Jesucristo.

No podia el papa mandarle cosa mas de su gusto Corrió todo aquel vasto país con infinitos trabajos, pero con un fruto muy correspondiente á la inmensa dilatacion de su zelo. Erigió otros cuatro obispados, uno en Erfurd para la Turingia; el segundo en Buraburg para el Hese, el que despues se transfirió á Paderbon; el tercero en Eichtad para la Baviera; y el cuarto en Wurtzburg para la Franconia. Poco despues convocó un concilio en el cual se formaron cá-

nones muy útiles para la reforma de las costumbres y el restablecimiento de la disciplina eclesiástica. Tantas y tan maravillosas obras necesariamente habian de ser fruto de inmensos trabajos, y es fácil concebir cuánto tendria el santo que padecer en la conversion de tantos pueblos, todavía incultos, indóciles y bárbaros. Pero nada le parecian los ayunos, las penitencias, las fatigas, mientras sus portentosos trabajos no mereciesen ser coronados con la corona del martirio: *Todo el objeto de mis ansias* (escribia á Cuthberto, arzobispo de Conturbel) *es derramar mi sangre por la fe de Jesucristo y en defensa del Evangelio. Combatamos por el Señor, pues nos hallamos en tiempos de afliccion. Muramos, si Dios lo quiere, por las leyes de nuestros padres, para llegar con ellos á la herencia eterna. No seamos perros mudos, centinelas dormidos, ó mercenarios, que huyen á vista de los lobos. Seamos pastores cuidadosos y vigilantes, predicando á todos sin excepcion de personas y no lisonjeando al pecador.*

Convocó despues otros dos concilios; uno en Esnes, en el obispado de Cambray, el año 744; y el otro el año siguiente en Soisons, de donde parece inferirse que tambien era legado de la silla apostólica en Francia.

La guerra que en todas partes declaraba al vicio y á la herejía, fué causa de que padeciese muchas persecuciones, particularmente por parte de algunos eclesiásticos relajados. Aldeberto y Clemente, ambos públicos herejes, ejercitaron mucho su paciencia y su virtud; el primero fué condenado por el concilio de Soisons, y el segundo por el papa Zacarías que sucedió á Gregorio.

Pero los graves negocios de su legacía no sirvieron de estorbo á los trabajos de su apostolado. Como iba creciendo la mies fué menester llamar nuevos

obreros, y así hizo venir de Inglaterra muchos santos monjes para gobernar los monasterios que habia fundado. Llamó á las santas Teda, Lioba, Valburga, Vertigita, Contrudis, á quienes encargó el gobierno de los monasterios de vírgenes, fundados ya por Bonifacio en Turingia, en Baviera, en Chisinga y en otras partes. Ni el cuidado pastoral de tantas iglesias le impedia atender á la direccion espiritual de muchas almas particulares, encaminándolas á la mas alta perfeccion. A sus saludables consejos se atribuyen los grandes progresos que hizo en la virtud el príncipe Carlo Magno, duque de los Franceses, que, renunciando las grandezas del mundo, abrazó la vida religiosa, por vacar únicamente al cuidado de su eterna salvacion. Era tan grande la fama de la santidad de Bonifacio, que, siendo reconocido por rey de los Franceses Pipino, hermano segundo de Carlo Magno, quiso ser consagrado por nuestro santo, como lo ejecutó, celebrándose en Soisons esta augusta ceremonia.

Hasta aquí san Bonifacio, como legado de la silla apostólica, en ninguna parte habia fijado su residencia; pero habiendo vacado en este tiempo la silla episcopal de Maguncia, por haber sido depuesto Gervordo, el papa Zacarías, que no le estimaba menos que sus dos antecesores, le obligó á aceptar esta iglesia, despues de haberla erigido en arzobispal y metropolitana, nombrando por sufragáneos suyos los obispados de Lieja, Utreck, Colonia, Wormes, Spira, Strasburgo, Constancia, Coira, Ausburg, Eichstat, Wutzburg, Erfurd y Boraburg. Pero presto renunció esta dignidad, porque acordándose perpetuamente que estaba dedicado á la conversion de los infieles, no pudo sosegar hasta desembarazarse de ella; y excitándose con nuevo ardor su zelo por la conversion de las naciones del Norte, despues de

haber obtenido licencia del papa Zacarías para renunciar el arzobispado en su discípulo san Lulo, partió para la Frisia septentrional; sirviéndole como de presagio de su muerte el ardiente deseo que tenia del martirio. Dió las providencias convenientes á las iglesias de su legacía, y tomó el camino de las costas mas retiradas de Frisia, acompañado de san Eoban, obispo de Utreck, de tres presbíteros y de cuatro monjes, los cuales todos le ayudaron con tanto zelo y con tanta felicidad, que luego que llegó convirtió muchos millares de personas.

Despues que bautizó un gran número de ellas la vigilia de Pentecostés, señaló un dia de la semana para conferir á todas el sacramento de la confirmacion; y por ser tantas, determinó celebrar esta funcion en el campo. Escogió para esto la llanura de Dukun, cerca del pequeño rio Borda. Los sacerdotes de los ídolos, rabiosos de ver abatidos sus templos en todas partes, juntando una tropa de gentiles, vinieron á echarse sobre los santos misioneros con las espadas desnudas. Viendo el santo cumplidos sus fervorosos deseos, se hincó de rodillas, y levantando los ojos y las manos al cielo, rindió mil gracias al Señor por la merced que le hacia de que terminase sus trabajos apostólicos con la corona del martirio. Volviéndose despues á sus amados compañeros, los exhortó á dar generosamente su sangre por la fe de Jesucristo, representándoles lo mucho que iban á ganar en trocar una vida breve, llena de miserias y de tribulaciones, por la eterna y feliz de la bienaventuranza. No le dejaron los bárbaros pasar mas adelante, y arrojándose sobre él, le quitaron la vida á cuchilladas juntamente con el obispo Eoban, con los tres presbíteros, los tres diáconos, los cuatro monjes y mas de cuarenta personas de los fieles que estaban ya dentro de la tienda. Así consiguió san Bonifacio,

apóstol de Alemania, la corona del martirio con otros cincuenta y dos compañeros, participantes de la misma dicha, el dia cinco de junio del año 754 ó 55, á los 75 de su edad, 36 de su obispado, y á los 40 de su entrada en Alemania. Su santo cuerpo fué conducido á Utreck, de allí dentro de poco tiempo fué trasladado á Maguncia, y en fin á Fulda por san Lulo, obispo, como lo habia deseado el mismo santo. Con él fueron tambien llevados los libros que tenia consigo, y que los gentiles, despues de muerto, habian arrojado por aquellos campos, conservándose todavía tres de ellos el dia de hoy; uno contiene los cánones del nuevo Testamento; otro, que aun se ve teñido con la sangre del santo mártir, es la carta de san Leon á Teodoro, obispo de Frejus, con algunas otras obras de los santos Padres; y el tercero, que se cree ser de la mano del mismo san Bonifacio, es un libro de los evangelios. Las cartas de san Bonifacio, así á los papas, como á los príncipes, que recogió y publicó el padre Serario, muestran su gran talento y su fervoroso zelo por la salvacion de las almas y reforma de las costumbres, no menos que su profunda humildad y la delicadeza de su purísima conciencia.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Egipto, la fiesta de los santos mártires Marciano, Nicanor, Apolonio y otros que alcanzaron su glorioso martirio durante la persecucion de Galerio Maximiano.

En Perusa, los santos mártires Florencio, Ciriaco y Faustino, que fueron decapitados en la persecucion de Decio.

En Cesarea en Palestina, el martirio de las santas Zenaida, Cira, Valeria y María, que llegaron gozosas al martirio por medio de muchísimos tormentos.

En Tiro, san Doroteo, presbítero, que padeció mucho en tiempo de Diocleciano, y llegado hasta los tiempos de Juliano, bajo este tirano honró con el martirio su avanzada edad de ciento y siete años.

Dicho dia, san Bonifacio, obispo de Maguncia, quien habiendo ido de Inglaterra á Roma, y sido enviado á Alemania por Gregorio II, para predicar la fe de Jesucristo á aquellos pueblos, mereció ser llamado el apóstol de Germanos, por haber sometido á la fe cristiana innumerable muchedumbre, principalmente entre los Frisones, por último degollado en Frisa por unos Gentiles furiosos, consumó su martirio con Eoban y algunos otros siervos de Dios.

En Córdoba en España, el jóven san Sancho, quien, aunque criado en la corte, no vaciló en padecer martirio por la fe de Jesucristo durante la persecucion de los Arabes.

En Clermont en Auverña, el fallecimiento de san Aliro, obispo.

En dicho lugar, san Genes, conde de Auverña.

En Viena, san Austreberto, obispo.

En San Savino de Lavedan en Bigorra, san Elsiario, monje.

Cerca de Roma, camino de Ardea, santa Felícitas, san Saturnino y otros veinte y tres mártires.

En Como, san Eutiques, obispo, cuyo cuerpo está enterrado debajo del altar mayor de San Georgio de Vic.

En Hese, san Félix de Frisar, monje y mártir.

En Paderborn, el beato Meinvere, obispo.

La misa es del comun de mártir y pontífice, y la oracion la siguiente.

Deus, qui nos beati Bonifacii martyris tui atque pontificis, annua solemnitate lætificas;

O Dios, que cada año nos alegras con la festividad de tu bienaventurado mártir y pontífice

concede propitius, ut cujus natalitia colimus, de ejusdem etiam protectione gaudeamus. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Bonifacio, concédenos que tambien nos regocijemos con la proteccion de aquel, cuyo nacimiento al cielo celebramos. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 1 de la segunda del apóstol san Pablo á los Corintios.

Fratres: Benedictus Deus et Pater Domini nostri Jesu Christi, Pater misericordiarum, et Deus totius consolationis, qui consolatur nos in omni tribulatione nostra: ut possimus et ipsi consolari eos, qui in omni pressura sunt, per exhortationem, qua exhortamur et ipsi à Deo. Quoniam sicut abundant passiones Christi in nobis, ita et per Christum abundat consolatio nostra. Sive autem tribulamur pro vestra exhortatione et salute, sive consolamur pro vestra consolatione, sive exhortamur pro vestra exhortatione et salute, quæ operatur tolerantiam earumdem passionum, quas et nos patimur: ut spes nostra firma sit pro vobis: scientes quod sicut socii passionum estis, sic eritis et consolationis in Christo Jesu Domino nostro.

Hermanos: Bendito sea el Dios y el Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias, y el Dios de todo consuelo, el cual nos consuela en toda nuestra tribulacion, para que podamos tambien nosotros consolar á los que están en cualquiera afliccion, por el mismo consuelo con que somos nosotros consolados por Dios. Porque así como abundan en nosotros las tribulaciones de Cristo, así tambien por Cristo es abundante nuestro consuelo. Pero ya seamos atribulados, es para vuestro consuelo y salud; ya seamos consolados, es para vuestro consuelo; ó ya seamos exhortados, es para vuestra instruccion y salud, la cual obra en la tolerancia de las mismas aflicciones que padecemos tambien nosotros: para que sea firme la confianza que tenemos de vosotros; sabiendo que así como habeis sido participantes de las aflicciones, lo seréis tambien de la consolacion en Cristo Jesus nuestro Señor.

NOTA.

« Informado san Pablo del buen efecto que habia hecho su primera carta á los Corintios, les escribió la segunda, mostrándoles su gozo por el buen estado en que le decian se hallaba aquella iglesia; consuelo que endulzaba los trabajos que padecia para anunciarles el camino de la salvacion, confesando que su fervor le recompensaba bien todas sus fatigas. »

REFLEXIONES.

Bendito sea Dios, Padre de nuestro señor Jesucristo, y Dios de toda consolacion, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones. Si en el servicio de Dios hay muchos trabajos, tambien hay muchos consuelos; estos se hallan aun en lo mismo que se padece; y cuando Dios nos consuela, perdió toda su amargura la tribulacion. Verdaderamente es digno de admiracion que muchos no acierten á concebir cómo puede hacerse exquisitamente dulce lo mas amargo y mas áspero que se encuentra en su servicio; al mismo tiempo que los esclavos del mundo encuentran no sé qué fantasma de gusto en sus mayores trabajos, aunque los que padecen por servirle sean incomparablemente mayores que los que se experimentan en el servicio de Dios. Sin duda es menester, ó un motivo muy poderoso, ó un atractivo muy fuerte para exponerse á los riesgos de una batalla, de una brecha, ó de un asalto; para padecer las incomodidades que son inevitables en un ejército; trabajos insufribles; marchas fatigosas; puntualidad excesiva; obediencia sin réplica; falta total de todo; rigores de la estacion; inquietudes, enfados, desazones, contínuas obligaciones del oficio. No se padece tanto ni con mucho en el

servicio de nuestro buen Dios. Con todo eso, aquellas personas delicadas á quienes un solo dia de ayuno que manda la santa Iglesia las asusta, el nombre solo de penitencia las espanta; esas mismas delicadísimas personas, esos hijos únicos de las casas hallan singular gusto en el ejército, y muchas veces sin esperanza de otra recompensa que la inútil memoria de haber padecido tanto; ¿y no se creerá que los verdaderos siervos de Dios gusten un verdadero, pero delicadísimo placer en el ejercicio mismo de la penitencia; aquellos á quienes el mismo Dios consuela en medio de las tribulaciones; aquellos á quienes fortalece y sostiene en sus mayores trabajos; aquellos que están seguros de que no se perderá ni uno solo de sus cabellos; aquellos, en fin, á quienes Dios tiene prometida una bienaventuranza sin fin, una recompensa eterna? De este fondo de consuelo nace en ellos aquella igualdad inalterable, aquella imperturbable tranquilidad, aquella interior alegría, que ningun humano sentimiento puede desazonar y que absolutamente ignoran los mundanos. Recorre con el pensamiento todos los estados del mundo; ninguno hallarás que no sea una insufrible esclavitud para los que se hallan en él; y en medio de eso todavía se quiere persuadir que solo es penoso el camino de la perfeccion, la vida ajustada y el ejercicio de la virtud. ¡Insigne extravagancia! De donde es preciso concluir que, así como en el mundo solo se sustenta la imaginacion de quimeras, así el entendimiento no acierta á discurrir sino desbarros, fundados en sus disparatadas preocupaciones. Siendo esto así, ¿qué admiracion causará ver reinar en él el desórden y el error?

El evangelio es del cap. 14 de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus turbis: Si quis venit ad me, et non odit patrem suum, et ma-

En aquel tiempo dijo Jesus á las turbas: Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre,

trem, et uxorem, et filios, et fratres, et sorores, adhuc autem et animam suam, non potest meus esse discipulus. Et qui non bajulat crucem suam, et venit post me, non potest meus esse discipulus Quis enim ex vobis volens turrim ædificare, non prius sedens computat sumptus qui necessarii sunt, si habeat ad perficiendum: ne posteaquam posuerit fundamentum, et non potuerit perficere, omnes qui vident, incipiant illudere ei, dicentes: Quia hic homo cœpit ædificare, et non potuit consummare? Aut quis rex iturus committere bellum adversus alium regem, non sedens prius cogitat, si possit cum decem millibus occurrere ei qui cum viginti millibus venit ad se? Alioquin, adhuc illo longe agente, legationem mittens rogat ea quæ pacis sunt. Sic ergo omnis ex vobis, qui non renuntiat omnibus quæ possidet, non potest meus esse discipulus.

su madre, á su mujer, sus hijos, sus hermanos y sus hermanas, y aun á su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz, y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no computa antes despacio los gastos que son necesarios para ver si tiene con qué acabarla, á fin de que, despues de hechos los cimientos, y no pudiendo concluirla, no digan todos los que la vieren: ¿Este hombre comenzó á edificar, y no pudo acabar? O ¿qué rey debiendo ir á campaña contra otro rey, no medita antes con sosiego si puede presentarse con diez mil hombres, al que viene contra él con veinte mil? De otra suerte, aun cuando está muy lejos, le envía embajadores con proposiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

MEDITACION.

DE LOS MOTIVOS QUE TENEMOS PARA TRABAJAR INCESANTEMENTE EN EL NEGOCIO DE NUESTRA SALVACION.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuánto hizo Dios por nuestra salvacion. Podia parecer que su felicidad dependia de la nues-

tra, segun lo afanado, por decirlo así, y lo ocupado que se muestra en solicitarnos nuestra bienaventuranza. Admira las menudencias á que desciende Jesucristo en todas las lecciones que nos da en su sagrado evangelio, singularmente en el de este dia; penetra su sentido, y pondera bien todas las palabras.

Habiendo criado Dios al hombre libre, haciéndole dueño de su corazon; ¿qué no hizo, y qué no hace para que voluntariamente se le entregue? Se le pide, le solicita, le aprieta, sirviéndose ya de promesas, ya de amenazas, nada omite para ganársele. Pero ¿á qué fin tanto empeño, tanto apuro? Es porque pende de nosotros solos el perdernos, y Dios desea apasionadamente nuestra salvacion.

¿Hemos comprendido bien alguna vez el misterio de nuestra redencion? ¿Somos capaces de comprenderle? Echa Dios el resto, digámoslo de esta manera, para hacernos conocer cuánto nos ama, cuánto desea nuestra eterna felicidad. ¿Hubiérase podido jamás imaginar que Dios se hiciese hombre, solo por salvar á los hombres? Con todo eso, obró Dios esta maravilla; y siendo tan grande, todavía le pareció poca para empeñarnos en amarle. Quiso que treinta y tres años de una vida llena de pobreza y de trabajos se terminasen con la muerte mas cruel. ¡Tanto vale nuestra alma; todos los trabajos, toda la sangre, la vida y la muerte de un hombre Dios! A mucho menor precio pudo sin duda comprarla; pero no quiso dar menos. Jesucristo cubierto de oprobios; Jesucristo despedazado á azotes; Jesucristo espirando en un madero; todo esto costó nuestra alma: ¿será poca cosa perderla?

No juzgó Dios que compraba muy cara nuestra salvacion, haciendo todo lo que hizo, ¿y nos parecerá á nosotros que hacemos demasiado por ella? Pero ¿quién podrá jamás hacer demasiado para salvarse?

¿Qué interés tiene Dios en que nos salvemos? Y con todo eso, ¿pudiera hacer mas aunque tuviese el mayor? Y nosotros (qué te parece) ¿tendremos algun interés en salvarnos? Pero ¿podemos hacer menos?

En este mismo punto hay en el infierno millones de millones de almas rabiosas, desesperadas por no haber hecho lo que todavía puedo hacer yo; y yo mismo rabiaré, y me desesperaré con ellas si no lo hubiere hecho. ¿Qué otro motivo es menester para trabajar en esto incesantemente y sin intermision? Todos queremos levantar la gran fábrica de nuestra salvacion, sin echar la cuenta del coste que nos ha de tener. ¡O, qué imprudencia! San Bonifacio y todos los demás santos, ¿no hicieron mas que lo que hacemos nosotros para salvarse? ¿Estarian hoy en el cielo sino hubiesen hecho mas? ¡Mi Dios! ¡qué materia esta para grandes reflexiones!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que todas las cosas nos son motivo para trabajar en nuestra salvacion; todas nos persuaden que debemos trabajar en ella incesantemente, sin descanso y sin levantar la mano de la labor. La multitud de los estorbos, la frecuencia de los peligros, la inconstancia de nuestro corazon, la lijereza de nuestro ánimo, la velocidad del tiempo, el corto número de nuestros dias, la brevedad de la vida; todo nos clama, todo nos predica que no tenemos negocio mas importante que el de la salvacion; que ninguno pide mas aplicacion ni mas zelo, y ninguno sufre menos dilacion.

Hemos dilatado hasta ahora el atender á este negocio, confesamos que nada ó casi nada hemos trabajado en él, no obstante los grandes motivos que hemos tenido para hacerlo, y en medio de que mu-

chas veces lo hemos proyectado y aun resuelto. Pero excusamos nuestra cobardía con varios pretextos, y la mayor de todas las razones es que nunca hemos tenido voluntad eficaz. Mientras tanto pasáronse los dias de nuestra vida; aquellos dias que Dios nos dió para trabajar en nuestra salvacion; aquellos dias contados; ya estoy tocando la sepultura con el pié; va declinando el dia, acercándose las sombras de la noche, de aquella noche en que ya nada se puede hacer. ¡Y sin embargo, todavía dilato el trabajar en mi salvacion!

Gracias á Dios, aun nos hallamos en estado de poder trabajar en ella. Estamos seguros de que este es el tiempo, y de que Dios nos brinda ahora con su gracia para hacerlo: la prueba son estas mismas reflexiones que hacemos y este mismo dictámen que formamos: ¿quién nos ha dicho que no sea este aquel importante momento de que pende nuestra predestinacion? Estoy seguro de que con el auxilio de la divina gracia puedo al presente asegurar mi salvacion eterna por medio de una sincera conversion; tengo grande motivo, por lo menos, para dudar que, si ahora no me convierto, no me hallaré en estado de convertirme jamás. ¡Y tengo valor para diferirlo ni por un solo momento!

Por lo menos estimemos nuestra alma tanto como el demonio la estima. Seria justo que hiciésemos tanto empeño para salvarnos, como hace el demonio para perdernos. Es, sin duda, vergonzosa esta comparacion. Sin embargo, es mucha verdad que el demonio aprecia mucho mas nuestra alma, que lo que nosotros la apreciamos. No obstante de ser tan orgulloso y tan soberbio, se abate á las mas bajas, á las mas indecentes acciones solo por perder un alma; y por mas tiempo que esta le resista, no por eso se da por vencido, ni se cansa, ni desiste, ni aun

se acobarda. ¡Qué alerta está para tentarnos! ¡qué diestro en aprovechar las menores ocasiones de perdernos! ¡Mi Dios, será posible que hemos de aprender del demonio la estimacion que debemos hacer de nuestra alma! ¡y será posible que un cristiano necesite hacer esta reflexion para encontrar motivos que le inciten á trabajar seriamente en el negocio de su salvacion eterna!

¡Señor, si será esto porque vos no hicísteis todavía bastante para salvarme, y porque fuese menester buscar razones en otra parte para formar una justa idea de lo que vale mi alma! Avergüénzome solo de pensarlo. Aquí, Señor, de vuestra gracia, porque estoy muy resuelto á no dilatar ni un solo instante mi sincera conversion.

JACULATORIAS.

Justificationem meam, quam cœpi tenere, non deseram. Job 27.

No, Señor; no desampararé el propósito que hago de trabajar continuamente en mi salvacion.

Adhæsi testimoniis tuis, Domine: noli me confundere. S. 118.

Comencé, Señor, desde hoy á guardar vuestra divina ley con fidelidad; no me confundais, y dadme el don de la perseverancia.

PROPOSITOS.

1. Poca razon y aun poca religion es menester para convenir fácilmente en la importancia de la salvacion, en los poderosos motivos que tenemos para trabajar en ella sin dilacion, y en la insigne locura de los que dilatan este espinoso negocio para la hora de la muerte. Pero ¿de qué servirá esta confusion? Despues que tú mismo has condenado así tu insen-

sibilidad en el punto de la salvacion, como tu cobardia y tu grande indiferencia; ¿qué fruto has sacado de todas las reflexiones que has hecho sobre tus desórdenes pasados, sobre el dictámen que formas al presente, y sobre los justos temores que te sobresaltan acerca de tu futuro destino? ¿Es posible que siempre te has de contentar con desaprobar tu conducta, sin pasar á reformarla? Comienza desde hoy á poner manos á la obra. Convencido ya del inestimable precio de tu alma, por lo mucho que ha costado, nada digas, nada hagas, nada emprendas, sin considerar primero si será ó no será en perjuicio suyo. Admirado de lo que hizo el Redentor del mundo por tu eterna salvacion, determina desde la mañana lo que has de hacer tú por ella en aquel dia. Dices que no tienes tiempo para meditar, ni sabes tener oracion : pase; pero sábete que habrás hecho una excelente meditacion, ó á lo menos lograrás el fruto de la mas perfecta oracion, si á la mañana determinas en particular lo que has de hacer en aquel dia para merecer el cielo. Este ejercicio es excelente.

2. Los propósitos generales, por lo comun, de nada ó de poco sirven; en órden á los actos de virtud se ha de descender á cosas particulares. Determina, pues, ciertas obras, ciertos ejercicios espirituales, que hayas de hacer puramente por el motivo de tu salvacion; v. gr. una confesion, una comunion extraordinaria, visitar los enfermos en los hospitales, alguna limosna á pobres vergonzantes, una visita de atencion, algun obsequio á aquella persona ó personas de quienes estás quejoso ú ofendido, que no son tus amigos, una visita al Santísimo Sacramento y otros semejantes.

DIA SEXTO.

SAN NORBERTO, ARZOBISPO Y CONFESOR.

San Norberto, nobilísimo fruto de una de las mas ilustres casas de Alemania, fué hijo de Heriberto, conde de Genepp, emparentado con los emperadores, y de Hadvigis, ó Harvigis, descendiente de los duques de Lorena; nació el año de 1080, en el corto pueblo de Santen, del ducado de Cleves; y poco antes de nacer tuvo su madre un misterioso sueño, por el cual comprendió que lo que traia en el vientre seria con el tiempo una de las mas brillantes lumbreras de la santa Iglesia.

No correspondieron á esta esperanzo los primeros años de la juventud de Norberto. Viéndose rico, bien dispuesto, de mucha capacidad, con un genio apacible, sociable, y acompañado todo de cierto aire tan noble como gracioso, siendo además de eso de humor desembarazado y festivo, se dió enteramente al mundo y á todos sus pasatiempos. Era Norberto como el alma de todas las diversiones y de todas las funciones de la corte. Pero esta inclinacion á divertirse no le sirvió de estorbo para dedicarse á los estudios; y como fué uno de los mas sobresalientes ingenios de su siglo, en poco tiempo hizo grandes progresos en todas las ciencias. Fué provisto en él un canonicato de la iglesia de Santen, y empeñado ya en el estado eclesiástico, se ordenó de epístola; pero con resolucion de no pasar de aquel grado para vivir con alguna mayor libertad. Representábale el obispo que deshonraba el estado con su desarreglada vida, y que para reformarse le con-

vendria mucho recibir los demás sagrados órdenes; pero se hacia sordo á sus paternales amonestaciones, mirando con horror el diaconato y el sacerdocio, como lo hacen hoy no pocos, que con apariencia de respeto, y con realidad de indevocion, huyen de estos dos sagrados órdenes, considerándolos poderoso freno de la licenciosa vida á que quieren entregarse.

Despues de haber brillado en la corte de Federico, arzobispo de Colonia, quiso lucirlo con el mismo fausto y con la misma ostentacion en la del emperador Henrique, deudo suyo; y apenas se dejó ver en ella, cuando se llevó las atenciones de todos por su esplendor, discrecion y bizarría. Hízole el emperador su limosnero mayor, y despues le nombró para el obispado de Cambray; pero no quiso aceptarle, no por virtud, sino por no mudar de vida. Mas el Señor, que tenia destinado á Norberto para vaso de eleccion, le abatió en medio de la carrera.

Caminaba un dia á caballo á un lugarcito de la Westfalia llamado Freten, seguido de un solo lacayo suyo. El cielo estaba sereno, y encapotándose de repente, se levantó una furiosa tempestad de relámpagos y truenos. Deliberaron amo y criado sobre si pasarian adelante ó volverian atrás, cuando cayó un rayo á los piés del cavallo de Norberto, que, abriendo un boqueron en la tierra, derribó al ginete y medio le sepultó. Casi una hora estuvo Norberto sin sentido, hasta que volviendo, en fin, en sí, se levantó, hincóse de rodillas, y elevando los ojos y las manos al cielo, exclamó como otro Saulo: *Señor, ¿qué quieres que haga?* Pareciόle que le respondian interiormente: *que dejes el mal, y hagas el bien.* Resuelto á mudar de vida, retrocedió, retiróse á Santen, y sin meter ruido se contentó por entonces con huir

de todo pecado, y con traer un áspero cilicio debajo del vestido regular.

Poco despues se retiró al monasterio de Sigisberto, que gobernaba el abad Canon, obispo que fué de Ratisbona, y este oportuno retiro perfeccionó su conversion. Instruido ya en los caminos del Señor, resolvió romper enteramente con el mundo; y sabiendo que celebraba órdenes el arzobispo de Colonia, pasó allá, echóse á sus piés y le suplicó que le admitiese en la matrícula de los ordenandos. Gustosamente sorprendido el arzobispo, viendo que le pedia con instancia aquello mismo que habia rehusado cuando voluntariamente se lo habian ofrecido, le prometió que le ordenaria de diácono: *No basta eso, Señor*, respondió Norberto, *es menester que en el mismo dia me ordeneis tambien de sacerdote.* Aun mucho mas admirado el arzobispo, le preguntó el motivo de aquella priesa. A esto solo respondió con sus lágrimas; arrojóse á sus piés, suplicóle le oyese en penitencia, manifestóle todos sus desórdenes, pidió la absolucion, y rogóle que luego le confiriese el sacerdocio. Enternecido el prelado, y atendiendo mas á las santas disposiciones de su penitente, que á las de los sagrados cánones, creyó buenamente que podia darle aquel consuelo.

Llegado el dia de las órdenes, los demás ordenandos se presentaron en la iglesia revestidos de albas como es costumbre, y Norberto se dejó ver en alla con el vestido mas rico que tenia. Llevóle el sacristan el traje correspondiente, y llamando á un lacayo, se despojó de las galas seculares, vistióse una solana hecha de pieles de oveja, y se la ciñió con una grosera cuerda; espectáculo que enterneció á todos los circunstantes, siendo pocos los que á vista de él pudieron contener las lágrimas. Retiróse el nuevo sacerdote á la abadía de Sigisberto, donde se dispuso

con cuarenta dias de retiro y de asperísima penitencia para celebrar la primera misa.

A instancia de su cabildo la celebró en la iglesia de Santen. Comunicóse á los asistentes la visible devocion del nuevo sacerdote; pero quedaron aturdidos cuando, acabado el evangelio, le vieron subir al púlpito, y predicar con tanta elocuencia y con tanto zelo sobre la vanidad del mundo, sobre la brevedad de la vida, sobre la santidad del estado eclesiástico, sobre sus indispensables y muchas obligaciones, que se deshacia en lágrimas todo el concurso. Hubo cabildo al dia siguiente, y preguntado acerca de algunos puntos de la regla, habló con tanto espíritu, con tanta energía y con tanta mocion contra los abusos que se habian introducido, y contra las licenciosas costumbres de los eclesiásticos, que acabó de rendir con este discurso á los que ya estaban muy movidos con el antecedente. Es verdad que no fué universal el fruto, porque no á todos agradó aquella libertad apostólica; y temiendo tener en Norberto un contínuo censor de sus desórdenes, tanto con sus palabras, como con sus ejemplos, hicieron cuanto pudieron para librarse de él. Cargáronle de injurias, insultáronle muchas veces, calumniáronle y le acusaron al papa, tratándole de hipócrita y de novador que, con el especioso pretexto de reforma, tiraba á introducir peligrosas novedades.

Por lo que tocaba á las injurias y á los ultrajes nada tuvo que hacer en tolerarlos, no solo con paciencia sino con alegría, porque era lo que él mas deseaba; pero le pareció que no debía sufrir le tuviesen por sospechoso en la fe. Confundió la calumnia en el concilio de Frizlar, que se celebró en presencia de un legado apostólico; y encendido en mayor zelo de la salvacion de las almas y en mas vivo deseo de su propia perfeccion, renunció en manos del

arzobispo de Colonia todos los beneficios eclesiásticos que poseia, y eran muy pingües, vendió todos sus bienes y todos sus muebles, sin reservarse mas que los ornamentos para decir misa con decencia, y todo el producto le repartió luego entre los pobres.

Quedólo él mas que los mismos á quienes acababa de hacer aquella limosna, y partió á pié y descalzo á buscar al papa Gelasio II, que estaba en san Gil de Langüedoc, acompañado de dos solos láicos, que se habian hecho sus discípulos. Postróse á los piés de su Santidad, hizo con él una confesion general, absolvióle de sus culpas, y tambien de la irregularidad en que pudo haber incurrido por haberse ordenado en un mismo dia de diácono y de presbítero, contra lo dispuesto por los sagrados cánones; y bien informado el sumo pontífice, así de la nobleza como del mérito personal de su penitente, prendado por otra parte de su sabiduría, de su virtud y de su zelo, quiso tenerle en su corte; pero el santo le suplicó humildemente se dignase permitirle seguir su vocacion, que era ir á predicar penitencia por todas partes con sus sermones y con sus ejemplos; y edificado el papa de tan santa resolucion, le dió su bendicion con amplia facultad para predicar el evangelio por todo el mundo.

No bastó para detener ni un solo punto al nuevo misionero el riguroso frio del invierno. Corrió con sus dos compañeros el Langüedoc, la Guyena, el Poytou, el Orleanés, predicando en todas partes con maravilloso fruto, sin admitir el menor alivio ni reparo contra los rigores de la estacion, caminando con los piés descalzos y ayunando todos los dias de suerte que su misma vida predicaba penitencia.

Al pasar por Orleans encontró con un subdiácono, que animado del mismo zelo se juntó á él, y con este nuevo refuerzo pasó al condado de Hainaut, y en-

trando en Valencienes el sábado antes del domingo de Ramos, predicó este dia al pueblo con tanto fruto, que hicieron los mayores esfuerzos para detenerle; y con efecto, habiendo caido mortalmente enfermos sus tres compañeros, se vió precisado á hacer mansion en aquella ciudad por muchos dias. Con esta ocasion vió á Boncardo, obispo de Cambray, que habia venido á Valencienes. Como este prelado le habia conocido en la corte del emperador, y se le habia dado el obispado porque Norberto no le quiso admitir, se enterneció mucho cuando le vió en aquel estado de penitencia, abrazóle estrechamente y le miró con veneracion. Admirado un familiar del obispo, llamado Hugo, de aquel recibimiento tan tierno como respetuoso, se informó de quién era aquel extranjero; y noticioso de su calidad, de sus circunstancias y de sus talentos, se hizo compañero suyo y fué el mas célebre de todos sus discípulos. Los otros tres compañeros enfermos murieron todos casi en un mismo dia; y concluidas sus exequias, partió Norberto de Valencienes con el nuevo discípulo Hugo, para predicar, como lo hizo, en todas las ciudades, pueblos y aldeas del condado de Hainaut, del país de Lieja y del Bravante, obrando en todas partes portentosas conversiones.

Teniendo noticia de que Calixto II, sucesor de Gelasio, habia convocado un concilio en Reims, en que habia de presidir el mismo papa, partió allá con su compañero Hugo, para suplicar al sumo pontífice que confirmase su mision, y le diese facultad para escoger operarios que le acompañasen en sus expediciones apostólicas. Halló los ánimos muy prevenidos en su favor, recibiéndole el pontífice con grandes demostraciones de afecto y de estimacion, y no fueron menores las que le dieron todos los demás prelados. Bartolomé, obispo de Laon, admirado de su

eminente santidad, suplicó al papa se le concediese para reformar una abadía de su obispado; y condescendiendo el pontífice, fueron tantos los estorbos que le salieron al encuentro en aquella reforma, que muy en breve se libró de la tal comision; pero no pudiendo el buen obispo resolverse á permitir á Norberto que saliese de su obispado, le propuso que dentro de él escogiese el sitio que mejor le pareciese para edificar un monasterio, donde podria criar muchos discípulos de su mano, y si lo juzgase conveniente, prescribirles reglas particulares que formasen un nuevo instituto. Pareció bien al santo la proposicion; y habiendo examinado varios parajes, hizo alto en un valle muy desierto y muy estéril, llamado Premonstrato, en el bosque de Conci, donde halló una capilla medio arruinada, que pertenecia á la abadía de San Vicente de Laon. Pasó en ella la noche, y viniendo el obispo á buscarle el dia siguiente, este es, Señor (le dijo el santo), el lugar que Dios nos tiene señalado, en el cual se han de santificar muchos con su divina gracia. Esta noche se me representó una multitud de hombres vestidos de blanco, con cruces, candeleros é incensarios en las manos, que iban en procesion cantando alabanzas á Dios por todo este contorno. Consiguióle el obispo la posesion de aquel sitio, y partiendo Norberto hasta el Bravante en busca de compañeros, juntó trece, con los que volvió á Premonstrato, dándoles á todos el hábito blanco, disponiéndoles unas constituciones llenas de espíritu divino, y fundando aquel nuevo instituto de canónigos reglares, tan fecundo en hombres ilustres y religiosos insignes, que despues de seiscientos años conservan la disciplina regular en todo su vigor, y edifican á toda la Iglesia con sus grandes ejemplos.

Tuvo principio el órden premonstratense el año

de 1121; y en poco tiempo vió el santo fundador mas de ochocientos religiosos y ocho abadías célebres de su órden. La santa vida que en él se profesaba, las grandes penitencias que se hacian, la exactísima observancia que en todas partes reinaba, con el superior concepto que se merecia la elevada santidad de Norberto, autorizándola Dios cada dia con portentosos milagros, todo era motivo para que concurriese multitud de ilustres pretendientes, deseosos de abrazar el nuevo instituto, y para que las ciudades y los prelados conspirasen como á porfía á fundar muchos monasterios. Hízose célebre el de Floref, cerca de Namur, por haberse retirado á él el conde Godefrido tomando el hábito de lego; pero ninguno mas famoso ni mas glorioso para nuestro santo que el de San Miguel de Ambéres.

Aprovechándose de la ignorancia y de la disolucion que reinaba en esta ciudad un miserable hereje, llamado Tankelino, habia sembrado en ella sus errores con tan desgraciada felicidad, que contaba mas de tres mil sectarios. Desterró de ella el uso de los sacramentos, particularmente el de la sagrada Eucaristía, siendo fruto de su perversa doctrina el desprecio de todas las leyes, la abolicion del culto de la santísima Virgen y de los santos, con el público y general abandono a las mayores torpezas; y aunque no estaba ya en el mundo este infame hereje, por haber perdido violentamente la vida el año de 1115, despues de haber cometido mil abominaciones, no dejaba de tener muchos discípulos infatuados en sus detestables máximas, los cuales inficionaban todo el país. Pareció á todos los buenos que el remedio mas eficaz y mas pronto para atajar tanto mal, era llamar al santo abad de Premonstrado. Acudió prontamente, acompañado de algunos discípulos suyos, y predicó con tanta eficacia, con tanto acierto y con tanta mo-

cion, que en breve tiempo hizo volver al camino de la verdad y de la justicia á los que se habian desviado de él, y se vió mudado todo el semblante de la ciudad. Quedaron tan asombrados y tan movidos de esta maravilla los canónigos de San Miguel, que cedieron su misma iglesia á san Norberto para que fundase en ella un convento de su religion, y ellos se retiraron á la iglesia de Santa María, que es el dia de hoy la catedral.

Aun no estaba aprobado el nuevo instituto sino por los legados del papa Calixto II, y san Norberto pasó á Roma para que le confirmase Honorio II, que á la sazon ocupaba la silla de san Pedro. Recibióle el pontífice con la ternura y con la estimacion que se merecen los santos, y confirmó con grandes elogios su religion por una bula expedida en 16 de febrero de 1126.

Al volver de Roma tuvo precision de pasar por Alemania, y encontrando la corte imperial en Wurtzburg, ciudad de la Franconia, fué recibido con gran veneracion del emperador Lotario, que tuvo devocion de oir su misa el dia de Pascua, y al acabarla dió vista á una mujer ciega; milagro que hizo tanta impresion en tres caballeros jóvenes hermanos y muy ricos, que, arrojándose á sus piés, le pidieron los recibiese en su órden, donde se consagraron á Dios, y fundaron de su hacienda un monasterio cerca de Wurtzburg.

Luego que Norberto se restituyó á Premonstrato tuvo el consuelo de que voluntariamente se sujetase á su santa regla la abadía de San Martin de Laon, que pocos años antes no habia querido admitir la reforma, y lo mismo hizo la de Valsery. Comenzaba en su amada soledad á disfrutar la dulzura del sosiego y del reposo, cuando el conde de Champaña le rogó quisiese acompañarle en un viaje á Alemania; y lle-

gando à Espira, donde estaba el emperador, se encontró con los discípulos de Magdeburg, que venian à pedir obispo para aquella iglesia, y todos de unánime consentimiento pusieron los ojos en el abad de Premonstrato, eleccion que fué aplaudida de toda la corte; y sin dar oidos à su resistencia ni á sus razones, le pusieron guardas de vista, hasta que fué consagrado y conducido à Magdeburg, sin permitirle que volviese à su monasterio. Fué universal el gozo de todo el clero y de todo el pueblo, excediendo mucho á todas las esperanzas las bendiciones que derramó el cielo sobre sus ovejas por los méritos del santo pastor. En nada alteró su método de vida la nueva dignidad; y aunque se vió elevado á una de las mas respetables sillas episcopales de Alemania, siempre se conservó igualmente pobre, igualmente humilde, igualmente mortificado. Tenia muy debilitada la fe la licencia de las costumbres; pero nuestro santo, armado de la palabra de Dios, y mucho mas de los ejemplos de su virtud, combatió el vicio y el error con todas sus fuerzas, reformó el clero, corrigió los abusos, y consiguió que volviese á florecer la religion y la piedad en todo el obispado; no contribuyendo poco à estos felices sucesos su afabilidad, su caridad y su penitente vida. En breve tiempo comunicó à su rebaño aquella tierna devocion à la santísima Virgen, que él la habia profesado siempre casi desde la cuna; pero en ninguna cosa se hizo mas visible su zelo que en procurar se rindiese al Santísimo Sacramento del altar el culto y veneracion que se le debia. Fué tan notoria su devocion y su amor al augusto Sacramento, que despues de su muerte se le pintó con un viril en la mano, como en prueba de haber sido esta su devocion sobresaliente.

Siendo tan general la corrupcion de las costumbres, y siendo tan vivo y tan ardiente el zelo del

santo prelado, era preciso que le suscitase muchos enemigos. No pocas veces determinaron asesinarle, y otras tantas tuvo el consuelo de ver convertidos á los asesinos. No perdonaron medio alguno para aburrirle, para calumniarle y para perderle; pero rebatió estas violencias con las invencibles armas de su mansedumbre, de su caridad y de su paciencia. Trataba los enfermos frenéticos como verdadero médico; y si tal vez se veia precisado á usar de severidad en su correccion contra los hijos rebeldes, lo hacia con entrañas de amoroso padre, lleno de ternura con ellos; y desarmando de esta manera con la virtud y con el sufrimiento á sus enemigos, cesó la tempestad, de cuya calma se aprovechó para hacer sus visitas pastorales con fruto jamás oido y con general satisfaccion.

Pero ni los cuidados ni el gobierno de su iglesia le servian de estorbo para atender tambien á las necesidades de su órden. Dispuso que en su lugar fuese nombrado por abad general de la religion Hugo, el primero de sus discípulos. Habiendo asistido al concilio de Reims, en que Inocencio II fué reconocido por verdadero papa, y condenado el antipapa Anacleto, hizo un viaje á Roma, donde trabajó eficazmente para acabar de extinguir las centellas del cisma; y restituido á su iglesia, le postró en la cama una enfermedad que al cabo de cuatro meses le quitó la vida, muriendo con la muerte de los santos el dia 6 de junio de 1134, de edad de 53 años, al octavo de su obispado, y al décimocuarto de la fundacion de su religion. Mantúvose el santo cuerpo nueve dias sin enterrarse y sin la menor señal de corrupcion, manifestando el Señor por este tiempo la gloria de su siervo con grandes maravillas. Habiéndose apoderado los luteranos de la ciudad de Magdeburg, el emperador Ferdinando II hizo trasladar sus reliquias

en el año de 1627 á la ciudad de Praga en Bohemia.

MARTIROLOGIO ROMANO.

San Norberto, obispo de Magdeburg, fundador de la órden Premonstratense.

En Cesarea en Palestina, la fiesta de san Felipe, uno de los siete primeros diaconos. Con la celebridad de sus prodigios y milagros, convirtió la Samaria á la fe de Jesucristo, bautizó al eunuco de Candacia, reina de los Etiopes, y murió al fin en Cesarea. A su lado fueron enterradas tres de sus hijas, vírgenes profetisas; y la cuarta murió en Efeso, llena del Espíritu Santo.

En Roma, san Artemo con su esposa Cándida y su hija Paulina. Habiendo creido Artemo en Jesucristo por la predicacion y milagros de san Pedro el exorcista, y bautizado con toda su casa por san Marcelino, presbítero, fué azotado con plomadas, y al fin degollado por órden del juez Sereno. Su esposa é hija fueron arrojadas en una gruta, y cubiertas de piedras y tierra.

En Tarso en Cilicia, veinte santos mártires, que en tiempo de Diocleciano y Maximiano y del juez Simplicio glorificaron á Dios en sus cuerpos diferentemente atormentados.

En Noyon en la Galias, los santos mártires Amancio, Alejandro y compañeros.

En Fiésoli en Toscana, san Alejandro, obispo y mártir.

En Milan, el fallecimiento de san Eustorgio, obispo y confesor.

En Verona, san Juan, obispo.

En Besanzon de Francia, san Claudio, obispo.

En Grenoble, san Ceras, obispo.

En Guerna, diócesis de Sanmalo, san Gurval, obispo de Quidalet.

En Santonges, san Aguebrudo, obispo de Leon, conocido por sus escritos con el nombre de Agobardo.

Cerca de San Didier en Auverña, san Gilberto de Neufons, del órden Premonstratense.

En Constantinopla, san Hilarion el jóven, abad.

En dicha ciudad, san Fotas, muerto en paz.

En Irlanda en el Meath, santa Coca, virgen.

En Escocia en las islas Orcadas, san Colmo, obispo, hombre de maravillosa santidad.

En Cava en el reino de Nápoles, el venerable Falconi, abad de la Trinidad.

La misa es del comun de confesor pontífice, y la oracion la siguiente:

Deus, qui beatum Norbertum, confessorem tuum atque pontificem, verbi tui præconem eximium effecisti, et per eum Ecclesiam tuam nova prole fœcundasti; præsta, quæsumus, ut ejusdem suffragantibus meritis, quod ore simul et opere docuit, te adjuvante, exercere valeamus. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que hiciste tan excelente predicador de tu divina palabra al bienaventurado Norberto, tu confesor y pontífice, y por su medio te dignaste aumentar tu santa Iglesia con una nueva familia; concédenos por sus merecimientos, que practiquemos lo que nos enseñó tanto con su ejemplo como con sus palabras. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 44 y 45 de la Sabiduría.

Ecce sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo, et inventus est justus, et in tempore iracundiæ factus est reconciliatio. Non est inventus similis illi qui conservaret legem Excelsi. Ideo jurejurando fecit illum Dominus crescere

He aquí un sacerdote grande que en sus dias agradó á Dios, y fué hallado justo, y en el tiempo de la cólera se hizo la reconciliacion. No se halló semejante á él en la observancia de la ley del Altísimo. Por eso el Señor con juramento le hizo célebre en

in plebem suam. Benedictionem omnium gentium dedit illi, et testamentum suum confirmavit super caput ejus. Agnovit eum in benedictionibus suis : conservavit illi misericordiam suam, et invenit gratiam coram oculis Domini. Magnificavit eum in conspectu regum, et dedit illi coronam gloriæ Statuit illi testamentum æternum, et dedit illi sacerdotium magnum, et beatificavit illum in gloria. Fungi sacerdotio, et habere laudem in nomine ipsius : et offerre illi incensum dignum, in odorem suavitatis.

sú pueblo. Dióle la bendicion de todas las gentes, y confirmó en su cabeza su testamento. Le reconoció por sus bendiciones, y le conservó su misericordia, y halló gracia en los ojos del Señor. Engrandecióle en presencia de los reyes, y le dió la corona de la gloria. Hizo con él una alianza eterna, y le dió el sumo sacerdocio, y le colmó de gloria para que ejerciese el sacerdocio, y fuese alabado su nombre, y le ofreciese incienso digno de él, en olor de suavidad.

NOTA

«Lo mismo es el libro de la Sabiduría que el del Eclesiástico, porque la Iglesia le da indiferentemente estos dos nombres. Da principio por una viva exhortacion á la sabiduría, seguida de muchas sentencias ó máximas morales de que se compone hasta el capítulo 44, en que el autor comienza el elogio de los patriarcas, de los profetas y de los hombres ilustres entre los Judíos, continuándole hasta el último capítulo.»

REFLEXIONES.

Colmóle de felicidad y de gloria para que ejerciese con dignidad todas las funciones de su ministerio; cántanse las alabanzas del Señor; anúnciase al pueblo la gloria de su santo nombre, y ofrécese á Dios incienso digno de su grandeza y majestad. Este es un resúmen de las funciones que corresponden al ministerio sagrado, y de las disposiciones con que se deben

ejercitar; pureza de costumbres, zelo de religion, dignidad en el culto, fervor en la oracion, puntualidad en las obligaciones y devocion en todo. No eleva Dios los ministros á la sublime dignidad del sacerdocio, sino para ser dignamente honrado por ellos. En cierta manera debe el sacerdote disputar á los ángeles la inocencia y el fervor en el servicio de Dios; siendo iguales en el oficio de cantar las alabanzas del Señor, ¡cuál debe ser su modestia, su respeto y su devocion! ¡cuánto su amor y su zelo!

Ni la religion tiene cosa mas santa, ni el mismo Dios puede hacer cosa mas grande y mas respetable que el sacrificio de la misa. Institucion enteramente divina, oblacion santa, víctima de precio infinito, sacrificio del adorable cuerpo y sangre de un hombre Dios; pontífice igual y consustancial á él; ¿puede imaginarse cosa mas divina ni mas digna de nuestro culto? pues todo esto se halla en este divino misterio. No solo es el sacrificio de la misa el acto mas perfecto de nuestra religion, sino el milagro de ella por excelencia; es como un compendio de toda ella. ¡Tal es el sacrificio que ofrecen los sacerdotes!

¡Pues cuál debe ser la fe, cuál la pureza de costumbres y la eminente santidad de los ministros del Altísimo! ¡de esos mediadores visibles entre Dios y los hombres! ¡de esos sacerdotes de Dios vivo, cuya dignidad reverencian las potencias de la tierra, y cuyo sagrado carácter respetan hasta los mismos ángeles del cielo! ¿Podrán llegarse al altar sin sentirse preocupados de un santo y respetuoso temor? ¿podrán sostener en sus manos aquella hostia viva sin experimentar en sus corazones los efectos maravillosos de su adorable presencia? Sale Moisés de la conversacion que tuvo con Dios en el monte, esparciendo rayos de su inflamado semblante; ¿y podrá salir un sacerdote del altar sin sentir nuevo fervor,

sin devocion mas encendida, sin conocidas mejoras en la virtud? ¿podrá llegarse al altar con el corazon lleno de mundo? ¿y podrá retirarse de él con una fe amortiguada y con una casi moribunda caridad? ¿se evitan en el dia de hoy aquellos justísimos cargos que hacia el Señor á los indignos sacerdotes, porque no se acercaban al altar? ¿y será legítima excusa para no ejercer el ministerio la falta de devocion? ¿Por ventura nos hizo Dios sacerdotes para que nos desviasemos del santo sacrificio? ¿será buena disculpa para no acercarnos al altar el que las costumbres nos confundan con el pueblo? Impónenos una gravísima obligacion el sagrado carácter; es gran delito no ser uno aquello que debe ser: cuanto mas elevada es la dignidad, mas visibles se hacen los defectos; ninguna cosa puede dispensar á los ministros del altar en la eminente santidad á que les obliga su mismo carácter; raro defecto suyo dejará de ser escandaloso, y ninguno que no sea muy particularmente ofensivo de aquel Dios que los escogió por ministros suyos, y que por esta misma eleccion los distinguió del resto de los demás hombres.

El evangelio es del cap. 25 de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Homo quidam peregrè proficiscens, vocavit servos suos, et tradidit illis bona sua. Et uni dedit quinque talenta, alii autem duo, alii verò unum, unicuique secundùm propriam virtutem, et profectus est statim. Abiit autem qui quinque talenta acceperat, et operatus est in eis, et lucratus est alia quinque. Similiter, et qui duo

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Un hombre que debia ir muy lejos de su país, llamó á sus criados, y les entregó sus bienes. Y á uno dió cinco talentos, á otro dos y á otro uno, ácada cual segun sus fuerzas, y se partió al punto. Fué, pues, el que habia recibido los cinco talentos á comerciar con ellos, y ganó otros cinco: igualmente el que habia recibido dos ganó otros dos; pe-

acceperat, lucratus est alia duo. Qui autem unum acceperat abiens fodit in terram, et abscondit pecuniam domini sui. Post multùm verò temporis venit dominus servorum illorum, et posuit rationem cum eis. Et accedens qui quinque talenta acceperat, obtulit alia quinque talenta, dicens: Domine, quinque talenta tradidisti mihi; ecce alia quinque superlucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, supra multa te constituam, intra in gaudium domini tui. Accessit autem et qui duo talenta acceperat, et ait: Domine, duo talenta tradidisti mihi: ecce alia duo lucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam, intra in gaudium domini tui.

ro el que habia recibido uno, hizo un hoyo en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Mas despues de mucho tiempo vino el señor de aquellos criados, les tomó cuentas; y llegando el que habia recibido cinco talentos, le ofreció otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí otros cinco que he ganado. Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor. Llegó tambien el que habia recibido dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me entregaste, he aquí otros dos mas que he granjeado: Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gózo de tu señor.

MEDITACION.

NO HAY CONDENADO QUE NO ESTÉ PERSUADIDO A QUE SE CONDENÓ PORQUE QUISO CONDENARSE.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuál será la rabia y la desesperacion de un condenado por toda la eternidad, considerando que la condenacion fué obra de sus manos. Si se condenó fué puramente por culpa suya; si se condenó fué porque así lo quiso él; si se condenó fué porque

no le dió la gana de corresponder á la gracia. Habia hecho Jesucristo todo el coste para su salvacion; no le excluyó este divino Salvador del beneficio de la redencion; nació, vivió en el mundo, padeció y murió por él como por todos los predestinados; merecióle y le dió tambien todos los auxilios suficientes para hacerse santo. Esta verdad es del mayor consuelo para todos los fieles; pero es de indecible dolor para los condenados.

Si Dios los hubiera dejado en la masa de la perdicion; si no hubiera muerto por ellos; si les hubiera negado los auxilios absolutamente necesarios para salvarse; no por eso seria menos desdichada su suerte, ni su desgracia menos infinita; pero entonces toda su rabia y todo su furor se convertiria contra Dios, que solamente los habia criado para perderlos. ¡Pero cuánto será el furor, cuánta la rabia que tendran contra sí mismos, conociendo que Dios era aquel buen pastor que amaba á todas sus ovejas; que aquel juez fué un salvador que dió su sangre por todas ellas; que aquel Criador fué un amorosísimo padre que no negó á sus hijos ni la mas mínima parte de los bienes que les debia; que estos se los puso en las manos luego que á ellos los colocó en este mundo; que ni uno solo de ellos dejó de recibir algun caudal, con órden de negociar con él su eterna salvacion, la cual solo se concede á los adultos á título de salario y de recompensa! Condenáronse porque no quisieron oir la voz de aquel buen pastor; saliéronse del redil, y no quisieron volver al aprisco. No fué culpa del pastor si el lobo despedazó las ovejas.

¿Qué motivo tuvieron para abandonar la casa del mejor padre, y para no querer vivir sujetos á sus suavísimas leyes? ¿puede haber mayor extravagancia, que cansarse de una vida uniforme y arreglada? Sacúdese el yugo de la ley, quiérese vivir con liber-

tad y sin dependencia; no se admite mas regla que la de las pasiones y de los deseos. No quiere Dios violentarnos, ó porque no gusta de servicios forzosos, ó porque respeta, digámoslo así, la libertad que dió al hombre. Aléjase muy luego este pródigo de la casa de su buen padre; encuentra presto su desgracia y su perdicion en el abuso de su libertad. No hay condenado que no haya sido artífice de su reprobacion. ¡Mi Dios, qué dolor, qué desesperacion la de haber trabajado uno en su propia ruina, y deberse á sí mismo su condenacion eterna!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay santo en el cielo que no conozca, y no esté plenamente convencido de que solo debe su salvacion á la sangre, á los méritos y á la gracia de Jesucristo. ¡Cuáles serán los afectos de amor y de agradecimiento á este divino Salvador! ¡cuánto su agradecimiento á su divina gracia! En el infierno ningun condenado hay que no palpe, que no esté igualmente convencido de que jamás se la negó á él el mismo Salvador; que él fué quien por su propia malicia no quiso seguir aquella saludable inspiracion, obedecer aquel precepto, privarse de aquel falso deleite que le habia de causar la muerte, caminar por el camino estrecho que conduce los hombres á la vida. ¡Cuáles serán los movimientos de cólera, de indignacion y despecho que tendrá contra sí mismo!

Aquel rico que se condenó por toda la eternidad estará conociendo que en su mano tuvo rescatar sus pecados con sus limosnas; que se le proporcionaron grandes medios; que se le dieron muchos auxilios; que no le faltó la gracia, y solo le faltó la buena voluntad.

Aquella doncella, aquella dama infeliz jamás olvidará en el infierno todo lo que hizo Dios para salvarla: las piadosas máximas en que la imbuyeron desde su infancia; la cristiana educacion que logró; las fuertes inspiraciones que sintió; los sinsabores y disgustos; los contratiempos, las enfermedades, los reveses, todo lo disponia la divina Providencia para que no se perdiese: condenóse porque se quiso condenar, y de esto estará siempre bien persuadida.

Aquella persona consagrada al Señor por los votos mas solemnes, si tiene la desgracia de ser precipitada en los abismos, eternamente conocerá que la hubiera costado mucho menos tener una vida ajustada, uniforme, regular en el estado eclesiástico ó religioso, que la aseglarada y aun escandalosa que trajo; verá que por sus propias manos se fabricó su condenacion; que para perderse fué menester obstinarse, endurecerse, armarse muy de propósito contra las solicitaciones de la divina gracia, y resistirse con empeño á los remordimientos de la conciencia; vendarse los ojos con estudio, ó cerrarlos muy de intento á los rayos de su misma razon. ¡O Dios, un eclesiástico, un religioso, un sacerdote que se condenan! ¡qué dolor, qué rabia, qué desesperacion!

Considera á un hombre que muy de intento pone fuego á su casa por un rapto de locura, ó por un ímpetu de cólera, ó por un exceso de borrachera. ¡Qué dolor será el suyo, cuando, sosegada la cólera y disipada la embriaguez, ve á sangre fria que por sus mismas manos redujo á cenizas su propia casa, y en ellas se consumieron sus muebles, sus bienes, sus paneras, sus provisiones y todo cuanto tenia en este mundo! Cuando hace reflexion que se ve reducido á mendigar solo porque quiso; que perdió por su antojo las conveniencias que tenia, y pudiendo vivir rico y acomodado, se halla infeliz y miserable por

mero capricho suyo; ¡qué desesperacion será la de este insensato, cuando considere su mentecatez ó su brutalidad! ¡pues considera cuál será la de un infeliz condenado cuando piense (y lo estará pensando quiera ó no quiera por toda la eternidad) que se condenó porque quiso condenarse!

¡Mi Dios! pues me dais tiempo para prevenir esta desesperacion, dadme gracia para evitar mi perdicion. No, Dios mio, no quiero perderme; resuelto estoy á sacrificarlo todo, a perderlo todo, á practicarlo todo para salvarme por los méritos de mi Señor Jesucristo. Salvadme, Señor, por vuestra divina gracia.

JACULATORIAS.

Iniquitatem meam ego cognosco; et peccatum meum contra me est semper. Salm. 50.

Conozco, Señor, mis maldades, abomínolas, detéstolas; y nunca dejaré de echarme la culpa de ellas.

Tibi, Domine, justitia: nobis autem confusio faciei. Dan. 9.

Señor, aun cuando nos castigais con el mayor rigor, sois justo, y nosotros nos debemos llenar de confusion; porque si nos perdemos, por nuestra culpa nos perdemos.

PROPOSITOS.

1. Ser un hombre infeliz por alguna inevitable fatalidad, triste cosa es; pero al fin no puede atribuirse á sí mismo la culpa de su desgracia, y le resta el consuelo de quejarse contra quien fué la causa de ella; pero ser supremamente desdichado, eternamente desdichado, y serlo porque él mismo lo quiso ser, comprende, si puedes, el cruel dolor de este suplicio. Mas ya, si á lo menos se pudiera desviar

de la imaginacion este pensamiento en el infierno; si pudiera persuadirse un condenado á que con efecto le faltó la gracia necesaria para salvarse, y que no murió por todos Jesucristo, ó que no pudo obrar de otra manera; pero no puede ser, porque en el infierno no hay herejes; allí se conoce, se ve, se palpa que la reprobacion fué obra nuestra; sábese que se pudo no hacer resistencia á la gracia; confiésase que no faltó la necesaria para poderse salvar; pero que faltó la voluntad arrastrada del atractivo del deleite; que la pasion quedó victoriosa, porque el corazon fué de inteligencia con la pasion. ¡Ah, y qué de otra manera se viviria, si se rumiara frecuentemente esta verdad! Piensa continuamente en ella, y cuando fuere mas viva la tentacion, cuando sientas que la pasion está mas encendida y mas violenta, pregúntate á ti mismo ¿Yo me quiero condenar? Pues doime este gusto; pero cuidado, que el fruto de él ha de ser mi eterna condenacion. ¿Determinome libremente á pecar? Pues acepto la sentencia de ser eternamente condenado.

2. Considera todo pecado mortal como un legítimo derecho que adquieres á tu reprobacion; como un instrumento auténtico que te asegura la posesion de tu eterna infelicidad. ¡Cuántas piadosas industrias usaron los santos para que esta verdad se les hiciese mas sensible! Unos, cuando les apretaba la tentacion, escribian estas palabras: *Si consiento en este pecado, consiento en ser condenado.* Otros, aplicando la mano ó los dedos á la llama, se preguntaban á sí mismos: *¿Cómo podré habitar por toda la eternidad en medio de los ardores sempiternos?* Muchos, en fin, se familiarizaban con este pensamiento y con esta importantísima verdad: *Si me salvo, será obra de mi Señor Jesucristo; si me condeno, será obra de mis manos.*

DIA SÉTIMO.

SAN PABLO, OBISPO Y MARTIR.

Fué san Pablo uno de los mas esclarecidos confesores de la divinidad de Jesucristo, y nació en Tesalónica de Macedonia hácia el principio del siglo cuarto. Criáronle sus padres en el santo temor de Dios; y habiéndole dotado el mismo Señor de excelente ingenio, de una índole apacible y de costumbres muy inocentes, en breve tiempo hizo maravillosos progresos en las letras humanas y divinas; pero singularmente en la importante ciencia de la salvacion.

Fué enviado á Constantinopla, siendo patriarca de aquella ciudad san Metrófanes, y desde luego se hizo admirar en ella su ingenio, su elocuencia y su eminente virtud; de suerte que, admitido en el cuerpo de la clerecía, fué nombrado por secretario del presbitero Alejandro, señalado por san Metrófanes para asistir en su nombre al célebre concilio de Nicea, y con esta ocasion es probable que estrechó con san Atanasio la fina amistad que los unió toda la vida. En ella conocieron tambien los arrianos que tenian en nuestro santo uno de los mas formidables enemigos de su secta, y desde entonces comenzaron á perseguirle como á tal. El año 318 sucedió san Alejandro á san Metrófanes, y conociendo el singular mérito y la elevada virtud de Pablo, le ordenó de presbítero y le encargó el cuidado de distribuir al pueblo el pan de la divina palabra.

Desempeñó tan felizmente este sagrado ministerio, que en breve tiempo mudó de semblante la ciudad



S. PABLO, O. Y M.

de Constantinopla inficionada ya de muchas heregias, y desacreditada con la licencia de las costumbres. Predicando tanto con sus ejemplos como con sus palabras, y no menos poderoso con sus virtudes que elocuente en sus discursos, hizo triunfar la fe, florecer la piedad, y desde entonces se declaró infatigable azote del arrianismo. Pocas horas antes de espirar, san Alejandro protestó á su clero que no hallaba sugeto mas digno de sucederle que el santo presbitero Pablo, cuya capacidad y virtud podian suplir la falta de los años, y que no debian atender á la resistencia que haria, sin duda, su humildad. Por mas artificios que usaron los arrianos para que la eleccion recayese en Macedonio, pudieron mas los católicos, y fué Pablo electo y consagrado en la basilica de la Paz con universal aplauso del clero y pueblo.

Tenia Macedonio tanta ambicion por aquella dignidad, como pocos deseos de ella nuestro santo, y no perdonó á diligencia alguna para desacreditarle, procurando manchar su reputacion con las mas feas calumnias; pero viendo el ningun fruto de sus malignos esfuerzos, y que no podia su malicia disminuir el concepto que se tenia de su virtud y de la pureza de su fe, afectó mucho arrepentimiento, y se fué á echar á los piés del nuevo obispo, que le recibió con ternura; y juzgándole sinceramente convertido, le confirió los órdenes sagrados hasta elevarle á la dignidad de sacerdote.

En medio de eso, aunque no tenia fundamento ni verosimilitud la acusacion, como era una tela que habian urdido los arrianos, no la dejaron olvidar. Era como el jefe de esta secta Eusebio de Nicomedia, cuya ambicion mal satisfecha todavía con esta silla, adonde ascendió dejando la de Berito, jugaba todas las máquinas que podia mover para subir á la de

Constantinopla, y le pareció que, sosteniendo las acusaciones de Macedonio, tendria crédito y le sobrarian parciales para perder al santo prelado. Siempre han costado poco á los herejes las mas atroces calumnias, y estando como sitiado de eusebianos el emperador Constantino, llenaron de tantas sus imparciales oidos contra el patriarca Pablo, que le desterró al Ponto, pero sin permitir que se pasase á elegir otro en su lugar; y no volvió el santo de su destierro, hasta que, muerto el emperador, salio el famoso decreto para que se restituyesen á sus iglesias todos los obispos desterrados.

Fácilmente se puede discurrir el gozo de las ovejas cuando vieron volver al santo pastor. Resonaban los gritos de regocijo por toda la ciudad; y como no tenia otros enemigos que los que lo eran de la religion, todos los católicos le salieron á recibir y le condujeron, como en triunfo, á su silla patriarcal. El primer sermon que predicó á su pueblo, encendió en todos los estados el zelo y el fervor, no acertando á admirar dignamente la mansedumbre, la paciencia y la caridad del santo patriarca. No ignoraba los artífices de las groseras calumnias que le habian levantado; pero imitando fielmente á Jesucristo, jamás se le oyó alentar una queja, ni se descuidó en una sola palabra que sonase á justificacion; ejemplo de moderacion que hizo grande impresion en los ánimos y obró portentosas conversiones.

Pero no duró mucho la calma; porque á la herejía nunca la desarma la virtud. Sucedió Constancio á su padre Constantino; y teniendo la desgracia de dejarse preocupar de los arrianos, no bien llegó á Constantinopla, cuando dió muestras de su indignacion contra san Pablo; tanto, que, irritado mas y mas cada dia por las sugestiones de los euse-

bianos, que continuamente le cercaban, resolvió despojarle de su silla. Mandó que se juntasen todos los obispos que se hallaban en la corte, y como todos estaban inficionados del arrianismo, hubo poco que hacer en sustanciar la causa; y sin ser siquiera oido el santo patriarca, fué depuesto como indigno del obispado, y colocado en su lugar Eusebio, el mismo que habia forjado ó manipulado las calumnias y las acusaciones contra él.

Dió nuevo lustre á su virtud la tranquilidad y la humilde alegria con que recibió este nuevo sonrojo; pero considerándose inútil á su pueblo y poco seguro en Constantinopla, como tambien en todo el Oriente donde reinaba el arrianismo, favorecido del emperador Constancio, se retiró á los estados de Constante. Noticioso del benigno recibimiento que este religioso principe habia hecho á san Atanasio y á todos los demás obispos que habia arrojado del Oriente la persecucion de los arrianos, pasó á buscarle á Tréveris y fué recibido de él con grandes muestras de estimacion, de veneracion y de bondad, prometiéndole su imperial proteccion para con su hermano Constancio. Era a la sazon obispo de Tréveris san Maximino, quien, conociendo el mérito de nuestro santo, hizo cuanto pudo para que no experimentase las incomodidades del destierro.

Poco tiempo despues partió para Roma, donde se hallaba tambien san Atanasio y algunos otros obispos orientales de los desterrados y perseguidos. Distinguiólo mucho entre ellos el papa san Julio, cuyas particulares demostraciones de cariño y de estimacion acreditaron el especial concepto que hacia de su mérito y de su virtud. Convocó un concilio en Roma, donde fué examinada la causa de muchos obispos del Oriente perseguidos é injustamente despojados por los arrianos, á todos los cuales los res-

tableció el papa con su autoridad, mandándolos volver á sus iglesias.

Facilitó á nuestro santo el restituirse á la suya la muerte del usurpador Eusebio, que sucedió el año de 341 : libres ya los católicos del intruso arriano, recibieron por la segunda vez á su santo pastor como en nuevo triunfo; pero como el partido de los arrianos no se habia enterrado con Eusebio, conducido por sus dos jefes Teognis de Nicea y Teodoro de Heraclea, ordenó al presbítero Macedonio, que se habia hecho arriano, y despues se hizo heresiarca. Apoderóse de la silla patriarcal, acompañado de los sectarios, y quiso ser reconocido por obispo de Constantinopla. No pudieron sufrir los católicos que el legítimo pastor fuese arrojado de su silla tan injustamente, y se encendieron de manera que paró la disputa en abierta sedicion y en una especie de guerra civil.

Hallábase el emperador Constancio en Antioquía, donde recibió la noticia del desórden; y prevenido siempre contra nuestro santo en favor de los arrianos, dió órden á Hermógenes, maestre de campo de la milicia que marchaba á Tracia, para que pasase por Constantinopla y echase á Pablo de la ciudad. Fueron tantas las violencias que ejecutó aquel oficial con pretexto de su comision, que aumentó mas el incendio; tanto, que, irritados el clero y el pueblo contra él, no bastó toda la elocuencia del santo pastor para sosegarlos, ni pudo estorbar que tomasen las armas para defenderle. Creciendo el tumulto por la imprudencia de Hermógenes, le costó la vida, sin serle posible á san Pablo el retirarse. Noticioso el emperador de lo que pasaba en Constantinopla, partió de Antioquía con resolucion de hacer un ejemplar castigo de todos los que resultasen cómplices en la sedicion : con todo eso, se dejó aplacar á ruegos

del senado y á ninguno quitó la vida; pero descargó toda la cólera contra el santo patriarca, á quien trató con la mayor indecencia, arrojándole de la ciudad.

Pero estaba la dificultad en poder salir, porque los católicos guardaban las puertas dia y noche, protestando altamente que antes perderian todos la vida, que perder á su santo obispo; mas el caritativo pastor, *porque no fuese maltratado su rebaño, á imitacion* de otro Pablo, dispuso que secretamente le bajasen por la muralla dentro de una cesta, y con el mayor secreto que pudo se retiró á Tesalónica, lugar de su nacimiento. Cuando se supo en Constantinopla la fuga del santo prelado, fué extrema la desolacion de todo el pueblo; y llegando el suceso á los oidos del emperador Constante, el año siguiente fué llamado, y por la tercera vez restituido á su iglesia.

Habia consentido Constancio en esta restitucion por fuerza y contra su voluntad, por lo que dió entera libertad á los arrianos para que le persiguiesen cruelmente, y no cabe en la ponderacion lo que por espacio de cinco ó seis años le hicieron padecer aquellos enemigos de Jesucristo; insultos, calumnias, injurias, crueldades, nada perdonaron Siendo la faccion arriana la mas poderosa en Constantinopla, abrigada con la proteccion del emperador, se vió *el santo expuesto á mil indignos tratamientos* y á continuos peligros de la vida, sin otra defensa que el amor de su rebaño.

Habia mucho tiempo que los obispos perseguidos del Oriente clamaban por un concilio general; consiguiéronle, en fin, y se celebró en Sárdica el año de 347. Hallóse en él san Atanasio; pero á san Pablo no le permitió concurrir el clero ni el pueblo de Constantinopla, temiendo alguna emboscada de sus enemigos

en el camino. Depuso el concilio á Macedonio y confirmó á san Pablo, dando solemne testimonio de su inocencia.

Comenzaba el santo patriarca á gobernar su iglesia con alguna paz, cuando murió el emperador Constante el año de 350, y con esta ocasion volvió á excitarse la persecucion contra él. Libre ya Constancio del respeto y del miedo en que le tenia su hermano, y entregado enteramente á los arrianos, mandó prender al patriarca, y cargado de cadenas le envió primeramente á Singáres en Mesopotamia, despues á Emésa en Siria, y en fin, á Cucusa en los desiertos del Monte Táuro, famosa desde entonces por el destierro de nuestro santo y despues por el de san Juan Crisóstomo.

No es de admirar que los arrianos hubiesen perseguido tan cruel y tan obstinadamente á san Pablo, estando en opinion del mas ilustre y mas ardiente defensor de la divinidad de Jesucristo, y por consiguiente del mas declarado y mas mortal enemigo de su secta. Por eso luego que le tuvieron en su poder, determinaron deshacerse de él, y con este fin le encerraron en un calabozo muy estrecho y muy oscuro, sin darle de comer, con esperanza de que el hambre le quitase la vida; pero entrando á verle al cabo de seis dias, y encontrándole todavia vivo, le ahogaron con un cordel el dia 7 de enero del año 351. Así murió este glorioso defensor de la consustancialidad del Verbo, despues de haber sido arrojado cuatro veces por los arrianos de su silla patriarcal, y padecido los mas bárbaros tratamientos que pudo inventar el furor de los herejes, terminando su carrera, despues de tan esforzados combates, por un ilustre martirio en el mismo lugar de su destierro. Diéronle sepultura en Cucusa, de donde poco tiempo despues fué elevado de la tierra su cuerpo con mucho honor y conducido á Ancyra, de donde el año de 381 el gran Teodosio le hizo trasladar con pom-

pa y con solemnidad á Constantinopla, conduciéndole como en triunfo, y colocándole en la iglesia de la Paz, que habia reedificado el impío Macedonio, enemigo y perseguidor de nuestro santo. Asegúrase que andando el tiempo, en el año de 1226, fué llevado el santo cuerpo á Venecia y depositado en la iglesia de San Lorenzo, donde es honrado y venerado con tanta devocion como concurso del pueblo.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Constantinopla, la fiesta de san Pablo, obispo de la misma ciudad, que, echado muchas veces por los arrianos en odio de la fe católica y restablecido por san Julo, pontífice romano, fué desterrado por Constancio, emperador arriano, á Cucusa, ciudad chica de Capadocia, donde, habiendo sido cruelmente ahogado por manejos arrianos, pasó á mejor vida en el reino de los cielos. Su cuerpo fué trasladado á Constantinopla con los mayores honores, en tiempo del emperador Teodosio.

En Egipto, san Licarion, mártir, que, desgarrado, azotado con varillas de hierro rusiente y horriblemente atormentado de otros diferentes modos, puso fin á su martirio con la espada.

En el pueblo de San Pauliano del Velay, san Marcelino, obispo, cuyo cuerpo es venerado en Monistrol, en la iglesia de su nombre.

El mismo dia, santa Orcina, vírgen, enterrada en San Víctor del Mans.

En Bretaña, san Meriadec, obispo de Vannes

En Savins, entre Provins y Sigy, san Lié, mancebo de peregrina hermosura.

En Cesarea en Palestina, el martirio de san Procopio, el primero de los que padecieron en Palestina durante la persecucion de Diocleciano.

En Alejandría, santa Potamiena, sirvienta, vírgen y mártir, cuyo martirio, segun Pallade, fué referido por san Antonio á san Isidoro, el Hospitalario.

Entre los Griegos, santa Sebastiana.

En la diócesis de Aichstat de Baviera, san Diegro, abad de Hernried.

La misa es de la dominica precedente, y la oracion del santo la que sigue :

Infirmitatem nostram respice, omnipotens Deus, et quia pondus propriæ actionis gravat, beati Pauli martyris tui atque pontificis intercessio gloriosa nos protegat : Per Dominum nostrum...

Atended, ó Dios omnipotente, á nuestra flaqueza, y pues nos oprime el peso de nuestras culpas, sostenednos por la intercesion de vuestro bienaventurado mártir y pontífice Pablo, mediante la de nuestro Señor Jesucristo, que contigo vive y reina...

La epístola es del cap. 8 *del apóstol san Pablo á los Romanos.*

Fratres : Quis nos separabit à charitate Christi? tribulatio ? an angustia? an fames ? an nuditas? an periculum? an persecutio ? an gladius (Sicut scriptum est : Quia propter te mortificamur tota die : æstimati sumus sicut oves occisionis) ? Sed in his omnibus superamus propter eum, qui dilexit nos. Certus sum enim quia neque mors, neque vita, neque angeli, neque principatus, neque virtutes, neque instantia, neque futura, neque fortitudo, neque altitudo, neque profundum, neque creatura alia pote-

Hermanos : ¿Quién nos separará de la caridad de Cristo? ¿acaso la tribulacion ? ¿acaso la angustia? ¿acaso la hambre ? ¿acaso la desnudez? ¿acaso el peligro ? ¿acaso la espada (como está escrito : Por tí cada dia somos condenados á muerte : se nos reputa como ovejas destinadas al cuchillo) ? Pero en todas estas cosas somos vencedores por aquel que nos amó. Yo, pues, estoy cierto de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni lo presente, ni lo futuro, ni la fortaleza, ni la altura,

rit nos separare à charitate Dei, quæ est in Christo Jesu Domino nostro.

ni lo profundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos de la caridad de Dios, la cual está en Cristo Jesus Señor nuestro.

NOTA

« Escribió el Apóstol esta carta desde Corinto á los cristianos de Roma el año 58 de Jesucristo. Su asunto es sobre las disputas que los cristianos circuncidados, zelosos siempre de sus ceremonias, suscitaban en Roma como en otras partes contra los gentiles que abrazaban la fe y no se querian sujetar al yugo de la ley antigua. »

REFLEXIONES.

¿ Quién nos separará de la caridad de Cristo ? Todo aquello que fuere contra su santa ley; todo lo que se opusiere á su espíritu; todo lo que fuere contrario á sus preceptos; en una palabra, todo aquello que extingue en nosotros la gracia y la caridad: *¿Quién nos separará del amor de Jesucristo?* Demasiadas cosas son las que nos separan de él; una pasion, un vil interés, nuestro amor propio. ¿Disputa por largo tiempo el amor de Jesucristo la posesion de nuestro corazon al amor de las criaturas? ¿serán muy difíciles de romper las amorosas prisiones que nos unen á nuestro dulcísimo Salvador? ¿están muy apretados estos amorosos lazos? ¿habrá hoy muchas almas generosas que puedan desafiar á las tribulaciones, á las angustias, á las persecuciones, á la espada, á lo futuro, á lo presente, á la vida y a la muerte, para que prueben sus fuerzas y vean si son capaces de desunirlas del amor de Jesucristo? Apágase al menor soplo de viento este sagrado fuego; el amor de Jesucristo casi es peregrino y extranjero entre los cristianos; por lo menos es cierto que es muy raro; cualquiera otro amor va delante del amor

de Dios. Amase al mundo, ámase al propio interés, ámanse todos á sí mismos. Por tanto, en tratándose de satisfacer una pasion, todo se hace fácil. Mas que sean muy penosos los servicios que pide el mundo; mas que sus máximas sean muy pesadas y costosas; mas que se le tenga por un amo duro, ingrato y rígido; todo se traga, todo se tolera, á todo se sujetan los mundanos. ¿Porqué? Porque aman al mundo. Mas que sea menester trabajar, remar, sudar, consumirse, perder la salud por hacer fortuna, nada se consulta sino á la ambicion; no solo se sacrifica el gusto y la quietud, sino la misma vida. Cada cual se ama á sí mismo, y todo lo demás ha de ceder á este amor. Mas ¿qué se hace por nuestro Dios, por su amor y por su gloria? ¿qué se piensa hacer? ¿qué se sacrifica? ¿En esos ambiciosos proyectos, en esas vastas ideas, en esas empresas peligrosas se le consulta á Dios? ¿camínase hácia ellas tomando por norte las luces de la fe? ¿sirve de regla el Evangelio á todas esas medidas? ¿cuéntase mucho con la salvacion y con la religion para el gobierno de toda nuestra conducta? *¿Quién nos separará?* Pero qué, ¿estamos muy unidos á Jesucristo? Juzguémoslo por nuestra tibieza, por nuestra indevocion, por nuestras máximas, por nuestra cobardía en el servicio de Dios, por nuestro desacato en el templo, por nuestra irreverencia. ¿Unidos á Jesucristo? no lo estamos sino á nuestra sensualidad, á nuestros sentidos, á nuestras conveniencias, á nuestras inveteradas costumbres, de las cuales no nos han podido desviar todos los amorosos, todos los solícitos halagos de Jesucristo: *¿Quién nos separará del amor de Jesucristo?* ¡Ah! que el dia de hoy se habia de preguntar por el contrario: *¿Qué cosa será capaz de obligarnos á amar á Jesucristo,* si la memoria de sus beneficios, si la consideracion de su muerte, si el motivo de nuestra eterna salvacion, si los amables títulos

de Criador, de Redentor, de Salvador y de Padre no son bastantes para unirnos inseparablemente al que es nuestro soberano bien? Hemos tenido la desdicha de estar separados del amor de Jesucristo durante el curso de nuestra desordenada vida. Pues la muerte separará á un infeliz condenado de este mismo amor por toda la eternidad. ¡ Buen Dios, qué cruel, qué funesta separacion ! ¡ qué horrible ! Pero esta es la desdichada suerte de todos los que mueren en vuestra desgracia.

El evangelio es del cap. 5 de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis : Audistis quia dictum est : Diliges proximum tuum, et odio habebis inimicum tuum. Ego autem dico vobis : Diligite inimicos vestros, et benefacite his qui oderunt vos, et orate pro persequentibus et calumniantibus vos, ut sitis filii Patris vestri, qui in cœlis est ; qui solem suum oriri facit super bonos et malos, et pluit super justos et injustos.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos : Habeis oido que se dijo : Amarás á tu prójimo, y aborrecerás á tu enemigo. Pero yo os digo : Amad á vuestros enemigos; haced bien á aquellos que os aborrecieren, y orad por los que os persiguen y calumnian, para que seais hijos de vuestro Padre que está en los cielos; el cual hace que salga su sol sobre los buenos y sobre los malos, y envía la lluvia para los justos y para los injustos.

MEDITACION.

DE LA MURMURACION.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la murmuracion es uno de los pecados mas graves, y por consiguiente cuyo perdon sea quizá mas dificultoso. El amor del prójimo es como la

basa y el cimiento de nuestra religion; por lo menos en parte es la señal que caracteriza y distingue á los discípulos de Jesucristo : *In hoc cognoscent omnes* : la señal, dice el mismo Salvador, por donde todos conocerán que sois discípulos mios, será si os amáreis los unos á los otros : *Hoc est præceptum meum*; este es mi mandamiento; que recíprocamente os ameis, como yo os amo á todos. ¿Pues qué pecado hay mas opuesto á este grande mandamiento que el de la murmuracion ó maledicencia? No solo nace de un corazon avinagrado y ulcerado, sino que muerde á su enemigo y le despedaza. Ningun ladron hace robo mas sensible; ella quita el hombre lo mas precioso, lo mas estimado que tiene. Es la reputacion un bien que no se puede enajenar; es un tesoro inestimable; en rigor ella solo es nuestro propio privativo bien. Si una vez se pierde, ninguna cosa puede resarcir esta pérdida. Pues contra este bien asesta sus tiros la murmuracion. ¡Cuántos hay en el mundo que no tienen otro! Húrtasele la maledicencia. Comprende, si puedes, la malicia de este pecado por la venganza que tomó Dios de Acab y de Jezabel, porque se apoderaron tiránicamente de la única viña que tenia el pobre Naboth.

La maledicencia á ninguno perdona. ¿Quién estará á cubierto de sus tiros? Lo mas respetable de la Iglesia y del Estado no está seguro de las dentelladas y de las envenenadas mordeduras de una lengua murmuradora y mal hablada. ¡Qué brechas no abre en la justicia, en la caridad y en la religion! Basta una sola palabra para dejar manchada de por vida la inocencia mas pura. Dió aquel pobre un desgraciado tropiezo, que solo le supo Dios, el cómplice de su miseria y algunos otros pocos tan cristianos como prudentes; borró luego con la penitencia este pecado; tiénele olvidado el mismo Dios; pero la murmuracion le resucita. Opónese á la misericordia del mismo Dios, por-

que eterniza y en cierta manera castiga lo que él perdona. Escoja Dios los mas fieles y mas zelosos ministros suyos, envie sus héroes para convertir los pecadores: un lenguaraz hace inútiles é infructuosos todos su trabajos; frustra, por decírlo así, los mas ordinario recursos de la divina Providencia. ¿No es la maledi cencia la que apaga la caridad, la que rompe los mas estrechos lazos, la que siembra las mas mortales discordias, la que emponzoña las acciones mas inocentes, la que enciende los odios mas irreconciliables, la que tizna la reputacion mas brillante, la que desacredita la mas sólida virtud y la que sufoca todas las prendas y todo el mérito de los sugetos mas recomendables? Vicio execrable á los ojos de los hombres, abominable á los de Dios, peste de las comunidades religiosas. No tiene la sociedad civil enemigo mas mortal. ¿Qué pecado llegará á su fea, á su negrísima malicia?

PUNTO SEGUNDO

Considera que la murmuracion es pecado tanto mas grave, cuanto en cierta manera casi es irremisible por la moral imposibilidad de resarcir el daño que causa.

A los pecados mas enormes puede seguirse un arrepentimiento tan vivo, una contricion tan perfecta, que Dios, cuyas paternales entrañas están llenas de amor y de misericordia con los pecadores verdaderamente contritos, se les perdonen todos; todos los absuelve una confesion sincera y dolorosa; en la maceracion de la carne y en la mortificacion del cuerpo y del espíritu, unidas á los méritos de nuestro Señor Jesucristo, hay fondos para todas nuestras deudas, digámoslo así, personales; pero estos no alcanzan para satisfacer por la detraccion. Detesta en buen hora con horror este tu pecado; despedaza tu corazon

con el mas vivo dolor de haberle cometido; confiesa tu culpa con la mayor sinceridad; castiga tu lengua murmuradora como merece su delito; todo es muy justo, todo muy loable, todo es de mucha importancia; pero todavía te resta una obligacion indispensable. Aquella persona inocente, cuya reputacion tan feamente manchaste, en cuyo honor echaste ese negro borron, te está pidiendo la restitucion de su crédito; y ni el mismo Dios te quiere perdonar ese pecado hasta que repares el enorme daño que causaste á tu hermano, hasta que borres y laves la mancha que estampaste en su asentada estimacion. Pero ¿eso te parece que será muy fácil?

Es la reputacion aquella buena opinion que los hombres tienen de la bondad, de la virtud y del mérito unos de otros; destrúyese esta buena opinion por la detraccion en el concepto de los que la oyen; ¿cómo podrá volver á repararse? Es una luz que apagó la maledicencia; ¿cómo se podrá volver á encender? ¿qué arte, qué industria bastará para desimpresionar á *doscientas* ó á *trescientas* personas de la mala opinion en que se puso al prójimo con ellas? ¿cómo se hará deponer á toda una populosa ciudad el mal concepto que se la hizo formar, especialmente á vista de la inclinacion natural que se tiene siempre á creer todo lo malo? Y cuando fuese posible que el detractor arrepentido se desdijese públicamente, ¿restituirá á la inocencia, al mérito y á la virtud todo el lustre, todo aquel esplendor que les quitó? Por mas que se desdiga el detractor, el concepto de los demás no se muda tan fácilmente. Tanta verdad es que el daño que hace el murmurador es casi irreparable, y que por lo mismo es sumamente difícil el perdon de este pecado.

Sin embargo, es un pecado tan comun, que apenas hay otro mas ordinario, ni tampoco de que menos se arrepientan los hombres. Se murmura con tanta faci-

lidad como se habla; sin esta salsa no tiene gusto la conversacion : se murmura por chanza, se murmura por cólera, se murmura por gracia, se murmura por costumbre, y falta poco para que se pretenda murmurar por acto de religion; tan comun como todo esto se ha hecho la detraccion. Es una especie de persecucion que el mundo tiene como declarada á la virtud; pocos santos se libraron de ella; ella ejercitó bien la paciencia de san Pablo de Constantinopla. A nadie perdona la murmuracion; ¡pero cuál será en la eternidad la suerte de los murmuradores!

Dios mio, pues aquella recíproca caridad que tanto nos encomendais es un remedio tan poderoso contra la maledicencia, concededme, Señor, esta importantísima virtud. Ella me abrirá los ojos para que vea mis propias miserias, y me los cerrará para que no repare en las de mis hermanos; ó por lo menos sellará ella mis labios para que callen, ó no se abran sino para excusarlas.

JACULATORIAS.

Dixi : custodiam vias meas ut non delinquam in lingua mea. Salm. 88.
Yo dije : de aquí adelante pondré gran cuidado en que no se deslice mi lengua.

Verba mendacia longe fac à me. Prov. 30.
Desviad, Señor, lejos de mí toda mentira y toda murmuracion.

PROPOSITOS.

1. Es la murmuracion un discurso injurioso y perjudicial al honor del prójimo. Todo lo altera y todo lo desfigura. Erige voluntariamente un inicuo tribunal para juzgar las acciones y aun las intenciones ajenas, que con presuncion y con temeridad va á

indagar hasta en lo mas escondido de los corazones. Nace siempre de cierta secreta envidia de la virtud, del mérito, de los talentos y de la estimacion de los otros; por eso tira á oscurecerlos, á ajarlos, á abatirlos, *afectando despreciar aquello que nunca pueden llegar á merecer*. Se puede decir sin exageracion que la maledicencia se ha levantado el dia de hoy con todo el comercio del mundo; desmaya la conversacion, desfallece, cansa, se acaba luego, sino la alegra, si no la da espíritu, si no la sostiene la murmuracion. En medio de eso, nada es mas peligroso para la salvacion, nada se debe evitar mas, nada es mas digno de temerse; una gracia, una bufonada, una pulla, una agudeza, un chiste maligno presto se dice; pero ni la herida que abre es tan fácil de curar, ni se puede fácilmente apagar el incendio que excita. ¡Mi Dios, cuántos y cuántas se han condenado solamente por la murmuracion! *La malicia de este pecado de su* naturaleza siempre es grave; el daño que causa, punto menos que irreparable; considera si será fácil su perdon. Huye con el mayor horror de este pecado; imponte una ley, no solo de no decir jamás la menor cosa que aun levemente vulnere la caridad, ó manche la reputacion del prójimo, sino de excusar siempre las mas visibles faltas, nunca hablando de otros sino con grande estimacion. Si no puedes decir de él alguna cosa buena, calla y no hables palabra. Hay corazones tan malignos, genios tan naturalmente propensos á la mordacidad, que todo lo emponzoñan; míralos con horror, huye de su trato, y está cierto de que la inclinacion y la costumbre de murmurar es una de las señales menos equívocas de reprobacion.

2. Hay muchos modos de murmurar. Murmúrase imputando falsamente algun delito á una persona inocente, y entonces es calumnia. Murmúrase dando por cierto lo que solamente se oyó por una voz vaga y



S. MEDARDO, O.

dudosa; murmúrase descubriendo una falta verdadera, pero secreta; murmúrase comunicando á otro lo que á uno se le confió; murmúrase haciendo público un hecho que sabian pocos; murmúrase diciéndosele en secreto á una sola persona, sin grave necesidad ó motivo que obligue á hacerlo: aun tratándose de cosas públicas se puede pecar refiriéndolas con exageracion, añadiendo ribetes y particularidade que no se sabian, y las hacen mas feas, ú omitiend de estudio algunas circunstancias que disminuyen su torpeza. Tambien se pueden interpretar mal algunas acciones que son honestas en la apariencia; y entonces, ora sean con fundamento, ora sean sin él, nuestras sospechas, es detraccion el descubrirlas á otro. Hay murmuraciones habladoras, y hay murmuraciones mudas; un gesto, una risita falsa, una media palabra, cierto tonillo de voz, el mismo silencio seco y mudo pueden muy bien ser una sangrienta murmuracion. No suelen ser menos amargas las que se hacen en tono de zumba; hasta el bajo ejercicio de remedar suele ser especie de maledicencia. Propon con la mayor seriedad evitar cuidadosamente todos estos géneros de murmuraciones, y no decir jamás cosa que pueda hacer ridículo á otro, huyendo de hablar aun de aquellos defectos que son puramente naturales.

DIA OCTAVO.

SAN MEDARDO, *obispo*

Fué san Medardo uno de los mas ilustres prelados que florecieron en Francia en el siglo sexto; nació en Salency de Vermandois por los años de 457, siendo su

padre, que se llamaba Nectardo, un caballero francés muy calificado y de los mas distinguidos en la corte, y su madre, por nombre Protagia, descendiente de una de aquellas antiguas familias romanas que se habian connaturalizado en Francia, tan rica, que trajo en dote á su marido la tierra de Salency. Criaron con el mayor desvelo al niño Medardo, hasta que tuvo edad proporcionada para ir á estudiar á Vermand, capital de la provincia.

No podia mejorarse su natural, ni sus inclinaciones podian ser mas piadosas; parecia haber nacido con el amor á la virtud y singularmente con una tierna compasion á los pobres. Encontrando á uno de ellos en la calle, le dió un rico vestido que le acababan de hacer; y preguntado qué habia hecho del vestido, respondió: *Disele á un pobrecito de Jesucristo, que le necesitaba mas que yo.*

Toda su ansia era dar limosna á los pobres que pasaban por el castillo donde vivian sus padres; y un dia que le pareció no era observado de la familia, repartió entre ellos todo lo que le habian puesto en la mesa para comer. Quejándose su padre de que le faltaba uno de los caballos de la caballeriza, supo, no sin admiracion, que su hijo le habia dado de limosna á un pasajero á quien los ladrones habian robado cerca del castillo y dejádole á pié.

Esta caridad anticipada en un niño de tan pocos años, acompañada de una tiernísima devocion á la reina de los ángeles, á quien amó y respetó siempre como á su dulcísima madre, fué presagio seguro de su futura eminente santidad; y aun se tiene por cierto que desde entonces le favoreció Dios con el don de profecía, pues á otro niño compañero suyo, llamado Eleuterio, le pronosticó que habia de ser obispo, y el suceso lo verificó habiéndolo sido de Tornay. Los escritores de su vida, que casi to-

dos fueron sus contemporáneos, convienen unánimemente en que los años de su infancia fueron acompañados de grandes maravillas; y aun hoy dia se muestra una piedra en que se ve estampada la huella de un pié, que se dice ser del santo niño, el cual la descubrió, y era término de dos posesiones, sobre las cuales habia un ruidoso litigio; con cuyo descubrimiento cesó el pleito y se hicieron las paces entre dos poderosas familias.

Viendo sus padres que cada dia iba creciendo en edad, en juicio y en prudencia, tuvieron gran gusto en que prosiguiese sus estudios en Vermand, cuyo obispo quiso tomar á su cargo el ser su maestro, y el discípulo correspondió tan maravillosamente al cultivo y á las lecciones del zeloso prelado, dando cada dia mayores muestras de su extraordinaria virtud, que llenó de admiracion al maestro mismo. No sabia mas que á su cuarto, á la iglesia y á los hospitales. Derramaba su corazon en el templo al pié de los altares, siendo las lágrimas que corrian por sus ojos indicio de la tierna devocion que inflamaba á su abrasado pecho; sus ayunos eran continuos, sus rigores tan excesivos, que fué menester moderarlos, y en medio de una vida tan penitente todavía se quejaba de la poca penitencia que le dejaban hacer.

No era razon que estuviese escondida debajo del celemin una antorcha tan brillante; y el obispo, que la conocia bien, no quiso que su iglesia careciese de su luz. Admitió á Medardo en el clero, y desde luego fué honra y ornamento del estado. Consagrado ya á Dios, y bien enterado de sus nuevas gravísimas obligaciones, las llenó todas cumplidamente; su frecuente oracion, su devocion, su modestia y sabiduría le granjearon la admiracion del público, y le merecieron el respeto y la veneracion de toda

la clerecía. Por estas consideraciones, por la inocencia de su vida y por la integridad de sus costumbres se movió el obispo á conferirle los órdenes sagrados, y poco despues le ordenó de presbítero; altísimo carácter, que redobló su fervor y añadió muchos realces á su elevada virtud. Encargósele el cuidado de repartir al pueblo el pan de la divina palabra; ministerio que ejerció por espacio de cuarenta años, con tanto zelo, con tanto espíritu y con tanto fruto, que mudó de semblante toda la diócesis. No se vió predicador mas fervoroso, ni director mas prudente; bastaba oirle para convertirse, y bastaba verle en el altar celebrando el santo sacrificio de la misa, para sentirse movido á compuncion.

Murió el obispo de Vermand el año de 530: juntóse el clero y el pueblo para la eleccion; hubo poco en que deliberar, y fué electo Medardo por unánime consentimiento de todos. Usó de mil industrias su humildad para excusarse, pero no le valieron; á pesar de todas ellas fué consagrado, y tardó poco la Francia en conocer que en toda ella no habia obispo mas santo.

Bien pudo la nueva dignidad añadir algun lustre exterior á todas sus virtudes, mas no por eso disminuyó un punto su humildad, ni el austero plan de su penitente vida; antes añadió á las antiguas penitencias las muchas mortificaciones que trae necesariamente consigo el cuidado y la carga pastoral. Estuvo tan lejos de considerar la mitra como un título de honor, y como pretexto de autoridad, de conveniencias y de regalo, que á los 72 años de su edad se le veia con admiracion correr los pueblos, las aldeas, las chozas y las cabañas, enseñando, instruyendo, predicando y confirmando con un zelo infatigable.

Desolado por los Hunos, los Vándalos y los Húngaros todo el pais que bañan el Oisa y el Soma, no hallaron otro recurso las ovejas descarriadas que la inmen-

sa caridad de nuestro santo pastor, pero como la ciudad de Vermand se hallaba sin defensa y expuesta á las correrías de los bárbaros, cada dia se iba despoblando mas y mas; por lo cual el santo transfirió la silla episcopal á la ciudad de Noyon, que ya desde aquel tiempo era plaza fuerte, y despues se hizo famosa ciudad de Francia, condecorada con el honor de condado.

No obstante de ser tan dilatada la diócesis de Noyon, parece que todavia no era bastante para el inmenso zelo de Medardo; y otros pueblos le envidiaban la dicha de lograr tan fervoroso pastor. Por eso habiendo vacado en este tiempo la silla de Tornay, se empeñó el pueblo con porfía y aun con obstinacion, en que habia de ser obispo nuestro santo. Esto, en suma, era aumentar el trabajo sin acrecentar la renta, que era todo lo que Medardo apetecia; pero como los sagrados cánones prohibian tan severamente el tránsito de un obispado á otro, ni quiso, ni pudo el santo pastor condescender con sus instancias. No obstante, el rey Clotario, que á la sazon tenia su corte en Tornay, san Remigio, arzobispo de Reims, y los demás obispos de la provincia hicieron tan fuertes representaciones al papa Hormisdas sobre la necesidad que tenia aquella iglesia de Medardo, por conservarse aun la idolatría en una buena parte de ella, que el pontifice le mandó la gobernase como administrador, pero sin dejar el obispado que tenia, y á Medardo le fué forzoso obedecer.

En breve tiempo ya parecia otra la ciudad de Tornay y toda la diócesis. Padeció mucho el santo prelado por la persecucion de los gentiles, que, no pudiendo sufrir viniese á atacar á la idolatría en su último atrincheramiento, hicieron cuanto pudieron para desembarazarse de él; cargaronle de injurias, arrastráronle impiamente, y llegó á tanto su furor, que en una oca-

sion le llevaban ya maniatado al lugar del sacrificio; pero no les dió licencia Dios para que le quitasen la vida. Lejos de acobardarse, el santo obispo dobló los esfuerzos de su zelo, hasta que con su paciencia, con su constancia y con su mansedumbre logró domesticar aquellos bárbaros, haciéndose dueño de sus corazones y desterrando el paganismo de todos aquellos parajes.

Tantas y tan asombrosas conversiones no podian hacerse sin muchos prodigios; obró tantos y tan grandes, que le hicieron célebre en todo aquel país. Cargado de años y debilitado con tan prolijos como penosos trabajos, consagró á las fatigas de su ministerio las pocas fuerzas que ya le restaban; y sin concederse el mas lijero alivio ni la mas leve dispensacion en las contínuas penitencias con que por toda su dilatada vida habia macerado su inocente cuerpo, logró el mérito del martirio en lo mucho que padeció hasta ver disipadas de Francia todas las reliquias de la idolatría. Hallándose en su iglesia de Noyon de vuelta de Tornay, dió el velo de religiosa á la reina santa Fredegunda, y acometido poco despues de una grave enfermedad, fué general la consternacion en todo el país. Vino á visitarle el rey Clotario, que no quiso levantarse de sus piés hasta que le echó su bendicion; y el santo anciano, tan lleno de años como de merecimientos, dió el espíritu á su Criador el dia 8 de junio de 560, teniendo mas de ciento de edad.

Por los muchos milagros que habia hecho en vida y por los que continuó el Señor en hacer por su intercesion despues de muerto, se levantó desde luego con la pública veneracion. Por entonces fué enterrado en su iglesia de Noyon; pero el rey Clotario, que tanto le habia venerado siempre, quiso que el sagrado cuerpo fuese trasladado á Soisons, corte de su reino. Hízose la traslacion con la mayor pompa, solemnidad

y magnificencia; el cuerpo iba en una caja cubierta de ricas telas de plata y oro, cuajadas de pedrería; componíase el acompañamiento del clero de Noyon, del de Soisons, del rey Clotario, de los príncipes sus hijos y de todos los señores de la corte. En una aldea inmediata á Soisons, llamada Croúy, se erigió provisionalmente un pequeño oratorio de rejas ó celosías de madera, donde se depositaron las santas reliquias hasta que se acabase la iglesia que se habia comenzado á fabricar, poniendo el rey Clotario la primera piedra; pero habiendo muerto este príncipe en Compiegne poco tiempo despues, dejó encargada la conclusion del edificio al rey Sigiberto su hijo, que le acabó con magnificencia verdaderamente real.

Ya en tiempo de Fortunato y de san Gregorio, obispo de Tours, que murió el año 565, era tan célebre la fiesta de san Medardo, que de todas las partes de Francia concurrian en tropa los pueblos á venerar su sepulcro. Extendióse esta devocion á Inglaterra, donde no menos que en Francia se erigieron muchas iglesias en honor del santo obispo, durando su devocion hasta la fatal revolucion que causó el lastimoso cisma; y aun en medio de eso se lee el nombre de san Medardo en el calendario de la nueva liturgia anglicana.

No tiene fundamento alguno la opinion popular con que se cree que san Medardo y san Godardo, obispo de Ruan, fueron gemelos, que nacieron en un mismo dia, que en un mismo dia fueron consagrados obispos y que en un mismo dia y año murieron. Ni Fortunato, ni san Gregorio Turonense, contemporáneos de san Medardo, que escribieron su vida, hablan palabra de una circunstancia tan particular, que ni se les podia ocultar, ni es verisímil que la omitiesen. Pudo dar motivo á este pretendido sincronismo la traslacion que se hizo del cuerpo de san Godardo, ó

san Gildar, á la iglesia de San Medardo en Soisons, cuando los bárbaros asolaron la Normandía.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Aix en Francia, san Maximino, primer obispo de aquella ciudad, que se dice haber sido discípulo del Señor.

El mismo dia, santa Caliopa, mártir, que por la fe de Jesucristo tuvo los pezones cortados y las carnes achicharradas, fué arrastrada sobre cascos de vasija, consumando su martirio con la degollacion.

En Soisons de Francia, la fiesta de san Medardo, obispo de Noyon, cuya vida y preciosa muerte fueron ilustrados con gloriosos milagros.

En Ruan, san Godardo, obispo, hermano del mismo san Medardo. Nacidos el mismo dia y consagrados obispos en un mismo dia, arrancados tambien de la tierra el mismo dia, subieron juntos al cielo.

En Sens, san Heraclio, obispo.

En Mez, san Clavo, obispo.

En la Marca de Ancona, san Severino, obispo de Septémpeda, que lleva hoy su nombre.

En Cerdeña, san Salustiano, confesor

En Camerino, san Victorino, confesor

En Yorck en Inglaterra, san Guillermo, arzobispo y confesor. Entre otros milagros obrados en su sepulcro, se cuenta la resurreccion de tres muertos.

En la diócesis de Troyes, santa Sira, de la cual hay una reliquia principal en la iglesia de San Mery de París.

En Ruerga, santa Eustadolia, viuda, primera abadesa de Montermoyen, que está enterrada en el priorato de San Pablo, fundado por ella.

En Vaujour en Auverña, san Mary, solitario, protector de la ciudad de Mauriac.

En el Piamonte, santa Genesa, venerada como virgen y mártir en dicho pais.
En Egipto, san Atreo, abad.
En Fano, san Fortuna, obispo.
En Voltaire, san Clemente, presbítero.

La misa es de la dominica precedente, y la oracion del santo es la que sigue:

Da nobis, quæsumus, Domine, ut beati Medardi confessoris tui atque pontificis veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat, et salutem. Per Dominum nostrum...

Concédenos, Señor, que la venerable festividad del bienaventurado Medardo, tu confesor y pontífice, aumente en nosotros el espíritu de la devocion y el deseo de la salvacion eterna. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 1 *del libro de la Sabiduría.*

Benignus est Spiritus sapientiæ, et non liberabit maledicum à labiis suis: quoniam renum illius testis est Deus, et cordis illius scrutator est verus, et linguæ ejus auditor. Custodite ergo à murmuratione, quæ nihil prodest, et à detractione parcite linguæ, quoniam sermo obscurus in vacuum non ibit: os autem quod mentitur, occidit animam.

El Espíritu de sabiduría es benigno, y no dejará sin castigo los labios del maldiciente; porque Dios es testigo de sus afectos, y escudriñador verdadero de su corazon, y oidor de sus palabras. Guardaos, pues, de la murmuracion, que nada aprovecha; y contened la lengua de la detraccion, porque los discursos secretos no quedarán sin castigo, y la boca que profiere mentira da muerte al alma.

NOTA.

« Con mucha razon llama san Agustin el libro de donde se sacó esta epístola *el libro de la Sabiduría cristiana*; porque no le hay ni de mayor enseñanza,

ni mas moral, ni mas eficaz, ni mas elevado. Verisímilmente le compuso Salomon en los primeros años de su fervor y de su rendimiento á la ley, que fueron los mas inocentes de su vida.»

REFLEXIONES

Muy delincuentes deben ser los labios del murmurador, cuando el espíritu de la sabiduría, que es todo bondad, no los dejará sin castigo. La lengua murmuradora siempre es argumento de genio maligno, de corazon encancerado; y á manera de lengua viperina, jamás sale de la boca sino para morder, ó para escupir el veneno. Si la envidia es tan comun en el mundo ¿reinará menos en él la murmuracion? Todo se quiere saber para tomarse la libertad de decir despues cuanto se sabe; hácese estudio particular de indagar las costumbres de las personas, para tener el gusto de desacreditarlas; ni se perdona á lo sagrado, ni á lo profano, ni á los vicios, ni á las virtudes; no hay defecto en la vida ajena que no se descubra; mancha en las familias que no se propale; las acciones buenas, ó se desprecian, ó no se quieren saber; las malas, ó se inquieren, ó se adivinan. No solo se juzga mal de las acciones, sino tambien de los pensamientos y de las intenciones, cuyo juicio se ha reservado Dios; ni el corazon del hombre, aunque tan invisible y tan impenetrable, está exento de los discursos y de los insultos de los murmuradores. Cada cual tiene su modo de murmurar: uno descarga abiertamente el tiro de la lengua sobre la reputacion de su hermano sin suavizar ó de alguna manera encubrir la punta que mortalmente le hiere; otro disimula el golpe con palabras halagüeñas; algunos afectan defender al mismo que pasan de parte á parte; muchos con grande discrecion y recato van diciendo

en secreto á todo el mundo las flaquezas imaginarias ó reales de su prójimo; pocos dejan de usar algun artificio cuando murmuran, para manchar y para herir con mayor seguridad, y ocultarse á sí mismos, si es posible, el daño que hacen; hasta el pretexto del zelo y de la religion sirve de máscara á la maledicencia, porque es propio de este vicio introducirse insensiblemente hasta en los corazones que parecen mas santos; penetrar en el mismo santuario, é inficionar la lengua del sacerdote, consagrada con la sangre de todo un Dios; en fin, insinuarse hasta en los claustros y en los desiertos; dase el color de zelo, de religion y del bien público á las murmuraciones mas desapiadadas, y falta poco para que no se murmure por devocion: *Idolum zeli ad provocandam æmulationem*, dice el Profeta. No hay vicio mas sujeto á la ilusion y al engaño. Dícese que, desacreditando al pecador, se desacredita el pecado; que se reforman las costumbres gritando contra los desórdenes del tiempo y contra los que los causan y toleran; créese que se hace á Dios un gran servicio infamando á toda una comunidad ó á todo un gremio por las faltas de algunos particulares; siéntese no sé qué secreta vanagloria en murmurar, porque censurando á los demás, indirectamente se alaba el murmurador á sí mismo. Es la murmuracion vicio propio de genios apocados, de entendimientos vulgares, de corazones malignos, de espíritus cobardes y de conciencias callosas ó cauterizadas. Un ánimo noble y elevado aun en las acciones mas ruines halla algo que excusar; un hombre de honor y de crianza nunca levanta su mérito sobre las ruinas de otro. Seguramente no te atreverias á murmurar en presencia del que censuras: prueba clara de la cobardía de este vicio. Ninguno es ocasion de mayores injusticias, y en medio de eso ninguno es mas ordinario ni mas comun. Muchos dejan

de incurrir en el vicio de calumniar; pero del de murmurar muy raro se exime; y dijo bien san Paulino que este era el último lazo del demonio: *Extremum diaboli laqueum. No manches tu lengua con la murmuracion,* dice el Espíritu Santo. Por mas pretextos que busques, Dios descubre todos los misterios de las conciencias y penetra el interior de los corazones.

El evangelio es del cap. 9 *de san Mateo.*

In illo tempore: Factum est, discumbente eo in domo, ecce multi publicani et peccatores venientes, discumbebant cum Jesu, et discipulis ejus. Et videntes pharisæi, dicebant discipulis ejus: Quare cum publicanis et peccatoribus manducat Magister vester? At Jesus audiens, ait: Non est opus valentibus medico, sed male habentibus. Euntes autem discite quid est, misericordiam volo, et non sacrificium. Non enim veni vocare justos, sed peccatores.

En aquel tiempo: Sucedió que, estando á la mesa (Jesus), he aquí que vinieron muchos publicanos y pecadores y se sentaron á la mesa con él, y con sus discípulos, y habiéndolo visto los fariseos, decian á sus discípulos: ¿Porqué vuestro Maestro come con los publicanos y con los pecadores? Pero Jesus habiéndolo oido, dijo: Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos: id, pues, y aprended qué quiere decir: Yo amo mas la misericordia que el sacrificio; porque no vine á llamar á los justos, sino á los pecadores.

MEDITACION.

DEL ZELO DE LA SALVACION DE LAS ALMAS.

PUNTO PRIMERO

Considera que el verdadero zelo es un ardiente deseo de dilatar la gloria de Dios y de oponerse á todo cuanto la pueda disminuir; es un santo deseo de ex-

tender el reino de Jesucristo, haciéndole triunfar de sus enemigos en todo el mundo; es una viva ansia de verle adorado y amado de todos, con un sensible dolor de que los hombres le honren y le amen tan poco; en fin, es un afecto de cristiana compasion, que, moviéndonos á llorar la desgracia de las almas que se pierden, nos excita á trabajar y á procurar su salvacion. Es el zelo el primer fruto de la caridad; inspírale el amor de Dios, porque el que ama desea el bien del amado; amor frio ó insensible es una quimera. Quien ama á otro siente vivamente, se interesa mucho en todo lo que le gusta ó le desagrada. No se puede amar á Dios sin desear su mayor gloria; no se puede desear esta, sin tener muy en el corazon la salvacion de las almas.

Es el zelo la muestra mas clara y la medida mas justa de nuestro amor. No hubo santo que no tuviese un ardiente zelo de su propia perfeccion y de la salvacion del prójimo; sus penitencias, su observancia y su fervor eran fruto de su zelo; y la ardiente caridad con sus hermanos era efecto necesario de su amor de Dios.

¿Ansiamos nosotros mucho por nuestra propia perfeccion? ¿Tenemos grande zelo de nuestra salvacion y de la de nuestros hermanos? ¿Qué deberemos pensar de nuestra indiferencia y de nuestra frialdad? La falta de zelo es pronóstico fatal. ¿Amase á Dios cuando se hace tan poco por su gloria? El zelo de la propia salvacion es el que pobló los desiertos, y el que está poblando cada dia los claustros religiosos; y el zelo de la salvacion de los prójimos es el que hace exponerse á tantos trabajos á tantos siervos de Dios. Consideremos aquellos hombres llenos de una fogosa caridad, que, dejando las delicias de su patria, atraviesan las tierras y los mares; y atropellando mil peligros, caminan á los últimos ángulos del mundo para tra-

bajar en la conversion de las almas y para dilatar el imperio de Jesucristo. En todas las partes del orbe descubierto se ven hombres apostólicos, que, destituidos de todo humano consuelo, se aplican infatigablemente á servir á ingratos, á instruir bárbaros, á convencer obstinados, sin otro fin que traer aquellos pueblos al conocimiento del verdadero Dios; expuestos siempre á los desprecios y al odio de aquellos mismos á quienes solicitan salvar; frecuentemente expuestos á su furor y á su injusticia. No buscan otro interés en este mundo de todos sus trabajos. Afligense á la vista del enorme crimen que cometen los idólatras que les quitan la vida; pero se tienen por dichosos en ofrecer su sangre por los mismos que se la hacen derramar y por la gloria de aquel Señor que derramó toda la suya por ellos. Esto es lo que produce la caridad; ¿pero son estos los frutos de la nuestra? Ninguno deja de tener su particular mision; todos á poca costa pueden excitar su zelo. El maestro, el padre de familias, el superior deben tener muy en el corazon la salvacion de sus súbditos, porque han de responder de ella. Este será un bello objeto de nuestra caridad y de nuestro zelo. Aun aquellos que no tienen á su cargo la salvacion de otros, deben tener zelo por el prójimo, ejercitándole con sus buenos ejemplos. ¡Dios mio, qué mayor prueba de nuestro poco amor que la tibieza de nuestro zelo!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la caridad está llena de bondad, que es toda dulce, y consiguientemente el verdadero zelo nunca puede ser amargo. En todo ha de ser nuestro modelo Jesucristo; ninguno le acusará de espíritu anchuroso ó relajado. Con sus lecciones, con su conducta, con sus ejemplos, con todo nos está predi-

cando un grande horror al pecado; pero al mismo tiempo nos predica tambien una suma bondad de padre con todos los pecadores: *No sabeis*, decia a los discipulos que querian bajase fuego del cielo para consumir á los samaritanos, *de qué espíritu sois; el Hijo del hombre no vino á quitar la vida á algunos, sino á darla á todos.* Aquel zelo ardiente y duro que asuela, tala y quema todo lo que coge delante, prueba las muchas máscaras con que se disfraza la ilusion. Llamase zelo lo que muchas veces es cólera encendida, sangre requemada, genio podrido, espíritu satírico, mal humor, que se quiere desahogar á costa de los demás; grítase, vocéase, repréndese mucho y enmiéndase poco.

Esas correcciones demasiadamente duras y excesivamente agrias muestran bien la pasion que las produce; no es el zelo su verdadero padre, sino el furor, el encono y la venganza; por eso no hacen fruto. No tengan la correccion y el zelo otro principio que la caridad; no tengan otro objeto que la gloria de Dios y la salvacion de las almas, y siempre será el zelo paciente, benigno, bondadoso, compasivo y suave, pero eficaz; en mezclándose algo de hiel, siempre hay amargura, siempre malignidad; el zelo del hombre humilde siempre será apacible. Aborrécese el pecado, y se trabaja eficazmente en destruirle; pero ámase al pecador, y solo se piensa en salvarle. Todo zelo á quien falten estas calidades, es falso; si corriges como padre á tus hijos, á los criados y á los súbditos, nunca los reprenderás con demasiada severidad, ni con tantos gritos.

¡Buen Dios, puede haber mayor ilusion que gritar eternamente contra la licencia y contra el desórden de los otros, sin trabajar nunca eficazmente en reformarse á sí mismo! Si tenemos verdadero zelo, ¿qué razon habrá para que su objeto sea siempre foras-

tero? Bastante tenemos que hacer en desmontar nuestra propia heredad, sin matarnos tanto por los espinos y por los matorrales que brotan en la ajena. ¿Es posible que nunca nos hemos de aplicar á descubrir el verdadero orígen de este zelo duro y amargo, que solo se sustenta de quejas, de murmuraciones y de interpretaciones malignas, y solo se explica en hiel, en sátiras y en censuras? No hay cosa mas contraria al espíritu de Jesucristo que esa inquieta severidad; guardémosla toda para nosotros mismos. No siempre son los mas severos consigo aquellos que predican á los otros el mayor rigor. Examinemos bien la indulgencia con que nos tratamos, á vista de la dureza y de la rigidez de nuestro zelo respecto de los demás.

¡O Dios mio, y cuánto es mi dolor por el poco zelo que he tenido hasta aquí de la salvacion del prójimo y aun de la mia propia! Dadme, Señor, vuestro amor, y seguramente tendré zelo; trabajaré en vuestra mayor gloria, siempre que con la asistencia de vuestra divina gracia trabajare en mi propia perfeccion; y esto es lo que con ella resuelvo hacer desde este mismo instante.

JACULATORIAS.

Ure renes meos et cor meum, Domine. Salm. 25.

Abrasad, Señor, mi corazon y mis entrañas en el zelo de mi salvacion y de vuestra gloria.

Defectio tenuit me pro peccatoribus derelinquentibus legem tuam. Salm. 118.

Desmayó de dolor mi corazon, ó Dios y Señor mio, viendo el desprecio que hacen los pecadores de tu santa ley.

PROPOSITOS.

1. Es error imaginar que solo deben tener zelo los

misioneros y los predicadores; ninguno hay que dentro de su estado no deba hacer mision; ninguno que no sea responsable de su propia salvacion y en cierta manera de la de sus hermanos. Tu propia salvacion es tu gran negocio; todos están encargados de él; pero todos deben edificar al prójimo con los buenos ejemplos. Esta especie de zelo es comun á todos los estados, á todas las condiciones de los hombres; pero ¿estás en empleo, tienes súbditos, tienes criados y familia? Pocos misioneros de profesion tendrán que dar á Dios cuenta tan extraña de sus hermanos, como tú de tus dependientes: guárdate bien de olvidar esta obligacion, ni descuidar en ella por habérsela encargado á otros. Vela continuamente sobre la vida y proceder de aquellos que puso Dios á tu cuidado. Hijos, criados, súbditos son, por decirlo así, unos como depósitos, de que has de dar cuenta á su soberano dueño; fuera del ejemplo, les debes la educacion, la enseñanza, los consejos; procura que frecuenten cada mes los sacramentos; que oigan misa cada dia; que se rece el rosario de comunidad en la familia, siendo tú el primero que asistas á él; que en tu presencia se lea á todos un rato competente en algun buen libro espiritual; vela sobre las costumbres de hijos y de criados; en punto de ellas y en punto de religion, nada les disimules; nunca toleres que alguno de tu casa dé mal ejemplo; advierte, amonesta, corrige con zelo, pero con suavidad; no hay cosa mas eficaz que una correccion privada, un aviso particular al hijo, al criado, al súbdito que tropezó; gánale el corazon este zelo del amo, del padre y del prudente superior.

2. Evita siempre cuidadosamente todo zelo áspero amargo y desabrido. Esas vivacidades, ese desentono de voz siempre se reputa por cólera, y toda cólera en un superior disuena y le desautoriza; modera, reprime la

indignacion á vista de la falta; el zelo suave y compasivo, pero activo y eficaz, siempre saca fruto; hay zelos enfadosos, que, en vez de curar las llagas, las enconan mas; los hay ruidosos y vocingleros, que aturden, mas no corrigen; los hay duros, que, como no los mueve la caridad, todo lo echan á perder; los hay impacientes, que solo sirven para enajenar los ánimos y desviar el corazon. Corrige todos estos defectos: ten mucho zelo por la salvacion de las almas, pero ten por modelo y por regla del tuyo el zelo de Jesucristo; sea tu zelo dulce, humilde, paciente, compasivo, industrioso y tranquilo. Gobiérnese puramente por la caridad cristiana, y seguramente tendrá todas estas cualidades.

DIA NUEVE.

SAN PRIMO Y FELICIANO, HERMANOS, MÁRTIRES.

San Primo y su hermano san Feliciano fueron romanos, de una familia muy visible entre la plebe por sus grandes bienes y riquezas. Nacieron y fueron criados en las supersticiones de la idolatría; pero abriéndoles los ojos la gracia de Dios, conocieron su falsedad y detestaron sus extravagancias. Tuvieron la dicha de convertirse por el zelo del papa san Félix primero; y fortaleciéndose su fe durante el tiempo de muchas persecuciones, se ocultaron á la crueldad de algunos emperadores gentiles, por socorrer con sus crecidas limosnas á gran número de cristianos.

No es facil decir el zelo y la intrepidez con que alentaban á los santos confesores y mártires, acompañándolos hasta los mismos cadalsos. Todos sus bienes

eran de los pobres ; pasaban los dias y las noches con los gloriosos confesores de Cristo en los calabozos; animaban á unos, fortalecian en la fe á otros y hacian mucho bien á todos. Parecia que el furor de los gentiles respetaba á aquellos dos héroes cristianos ; pues en medio de una declaracion tan pública y tan ruidosa de su fe, durante el fuego de la mas cruel persecucion, les dejaban entera libertad para asistir y para consolar á los fieles en la capital del paganismo y á vista de los mas mortales enemigos del nombre cristiano.

Pero al fin quiso el Señor premiar tan heróica caridad con el triunfo de su fe, y coronar sus trabajos con la gloria del martirio. Hácia el año de 286 asoció Diocleciano en el imperio á Maximiano Hercúleo, y se comenzó á declarar la guerra contra todos los cristianos. Resolvióse exterminarlos y se llenaron de sangre y de carniceria todas las provincias del imperio. Hallábanse en Roma los dos emperadores, y fué aquella capital el teatro mayor del heroismo de los mártires. Habia mas de treinta años que los dos santos hermanos desafiaban, por decirlo así, la barbaridad de los tiranos, y hacian que triunfase la caridad cristiana en la plaza mas fuerte de la idolatria, cuando los sacerdotes de los ídolos, rabiosos de ver que cada dia se iba disminuyendo su crédito por los progresos que hacia en la ciudad la fe de Jesucristo, y teniendo noticia de las maravillas que obraba el zelo de nuestros santos despues de tantos años, publicaron en todas partes que, irritados los dioses, no querian dar oráculos hasta que los cristianos Primo y Feliciano fuesen castigados, ó se les obligase á ofrecerles sacrificios.

Llegaron presto á oidos de los emperadores estas amenazas ó denunciaciones de los dioses, y sublevaron toda la ciudad y toda la corte contra los dos hermanos. Prendiéronlos, y cargados de cadenas fueron

DIA DIEZ.

SANTA MARGARITA, REINA DE ESCOCIA

Santa Margarita, verdadero modelo de una princesa cristiana, fué nieta de Edmundo II, rey de Inglaterra, por sobrenombre *Cota de malla*, el cual murió el año de 1107, despues de haberse visto precisado á partir su reino con Canuto el Grande, rey de Dinamarca. Muerto Edmundo, no se contentó Canuto con la parte, y aspirando al todo, arrojó del reino á los hijos, al hermano y á los sobrinos del difunto, obligándolos á refugiarse en Alemania, donde los recibió san Estéban, rey de Ungría, declarándose tutor y padre de los hijos: el mayor, llamado Edmundo como su padre, casó con la hija del rey; y el segundo, por nombre Eduardo, casó con Agata, sobrina del mismo san Estéban, y de este matrimonio nació santa Margarita el año de 1048.

Salió al mundo con las mas bellas disposiciones para la virtud. Destinada por la divina Providencia para verdadero modelo de una señora cristiana, la previno el Señor desde la cuna con las mas dulces bendiciones; dotóla de un corazon recto, generoso y compasivo; de un entendimiento vivo, sólido, pronto y perspicaz; de un genio muy apacible y de una natural propension á la virtud, presagios todos de su futura eminente santidad. Fué reputada por la mas hermosa princesa de su siglo, y su singular modestia daba nuevo lustre y realce mayor á su hermosura. Enemiga de la ociosidad, siempre se la veia santamente ocupada, repartiendo todo el tiempo entre el trabajo y la oracion.



S.TA MARGARITA,

REINA DE ESCOCIA.

Sobre todas las demás virtudes descollaba su tierna devocion á la santísima Virgen, cuyo solo nombre le hacia muchas veces derramar dulces lágrimas de ternura; por su gusto pasaria dias enteros de rodillas delante del Santísimo Sacramento; la oracion, la leccion de libros piadosos y otros mil ejercicios de devocion fueron todos los entretenimientos de su infancia en la corte de un rey santo. Ni las galas, ni la vanidad tan natural en las de su sexo y de sus años fueron jamas de su gusto; todo su adorno era la virtud, y sòlia decir á los que juzgaban excesiva la modestia de su traje, que el mérito de una doncella cristiana no consistia en el vestido. El tierno y compasivo amor que mostró ya desde entonces á los pobres dió bien á entender que algun dia seria su madre y todo su consuelo.

Perdió á su padre siendo aun niña, y pensaba retirarse á un convento cuando subió al trono de Inglaterra Eduardo III, hermano de su abuelo, despues de muerto Canuto, y luego hizo venir de Ungría á su sobrino Edgar con sus dos hermanas Margarita y Cristina.

Apenas se dejó ver en la corte de Inglaterra, cuando fueron la admiracion de toda ella su raro mérito y su eminente santidad, no hablándose de otra cosa que de las grandes prendas y extraordinaria virtud de la princesa Margarita. Vióla Malcolmo III, rey de Escocia, y prendado de ella la pidió por mujer. Rindióse á la voluntad de sus parientes; pero el resplandor de la corona no alteró su devocion, ni el trono sirvio mas que para que su virtud brillase desde mas alto. Miró el nuevo estado como camino en que Dios la habia puesto para que se hiciese mas santa; comprendió todas sus obligaciones; desempeñólas, y su primer cuidado fué estudiar bien el genio y la inclinacion de su marido, ganarle el corazon por

el rendimiento y por la dulzura, dándole gusto en todo.

Dispuso Dios que encontrase en la persona de Malcolmo un esposo, cuyas inclinaciones y costumbres, aunque todavía poco cultivadas, tuviesen sin embargo bastante parentesco con las suyas; no halló en él genio extravagante, ni aversion á la virtud, ni oposicion á todo lo bueno que se quisiese hacer. Estas buenas disposiciones las fué cultivando la reina con su condescendencia y con sus suavísimos modales, de manera que Dios, en cuyas manos están los corazones de los reyes, la hizo tan dueña del de Malcolmo, que por influjo de la santa reina floreció en sus estados la justicia, resplandeció la religion, y haciendo dichosos á los vasallos, hizo al rey su marido uno de los príncipes mas virtuosos de su siglo.

Dedicóse desde luego al gobierno de su casa, y jamás quiso poner á cargo de otros la educacion de sus hijos ni el cuidado de su familia. Las únicas prendas que apreciaba y pedia en sus damas eran el pudor, la modestia y la virtud. No era posible verse corte mas ejemplar; cualquiera que pareciese poco cristiano incurria en la desgracia de la reina; el único modo de hacerle la corte era ser verdaderamente virtuoso.

Admirado el rey de los talentos, de los modales y del superior mérito de la piadosa princesa, no menos que de la comprension y prudencia que mostraba en toda su conducta, no se contentó con dejarle enteramente libre todo el gobierno doméstico de la casa real; quiso que tambien tuviese parte en la administracion del estado, tomando su consejo principalmente en todos aquellos negocios que concernian al gobierno económico del reino, á la quietud y felicidad de los pueblos, al mayor bien y gloria de la religion.

Conociéronse presto en Escocia los efectos de la superior prudencia y elevada santidad de la princesa que gobernaba. Habíanse introducido en el reino monstruosos abusos que desfiguraban la religion y hacian llorar á toda la Iglesia. Confundido el sacerdote con el lego, se juzgaba ya sin derecho para corregirlos; apenas se observaba la cuaresma; el uso de la confesion y de la comunion estaba casi abolido; los domingos apenas se guardaban; el vicio lo tenia todo inundado; la licencia de las costumbres habia desterrado la vergüenza y parecia haber roto la impiedad todos los diques. No bien se vió en el trono la virtuosa reina, cuando resolvió hacer todo lo posible para que reinase Jesucristo, restituyendo en todas partes la disciplina de la Iglesia á su primitiva pureza, llamando de diferentes reinos santos y zelosos predicadores, encargando mucho á los obispos que proveyesen las parroquias de sabios y virtuosos pastores.

Logró felicísimos efectos el ardiente zelo de santa Margarita, sostenido de sus grandes ejemplos; y en muy poco tiempo mudó de semblante todo el reino de Escocia. El desórden de las costumbres siempre debilita la fe, y amortiguada esta, se sigue naturalmente el disgusto y aun cierta especie de horror á la santa comunion. Con la apariencia de respeto muchos se retiran de ella, especialmente en las cortes, y quiera Dios que algunos no la dejen aun cuando les obliga el precepto pascual. En cierta ocasion se quejó de esto la reina á algunos señores principales: respondiéronla ingenuamente que su misma indignidad los retiraba de la sagrada mesa, porque, conociendo sus miserias y su inclinacion al mal, les parecia menos malo dejar de comulgar, que hacerlo indignamente; y que su desvío era efecto de su mismo reverente temor. La santa reina, así por sí mis-

ma, como por medio de los predicadores, les hizo entender que solo estaban excluidos de la sagrada comunion los pecadores impenitentes; esto es, aquellos que, obstinados en sus culpas, no querian salir de ellas haciendo frutos dignos de penitencia, con limosnas y con otras buenas obras.

Era digno de un apóstol el fruto que hizo la santa reina. Refloreció la religion, resucitó la piedad, revivió el uso de los sacramentos, desterráronse las supersticiones, reformáronse los abusos y volvió la Iglesia á su primer lustre y hermosura. No solo se valió de su autoridad, sino tambien de los obispos del reino y de los ministros de justicia, para prohibir toda obra servil en los domingos y dias de fiesta, santificándose esta suspension del trabajo con la concurrencia del pueblo á los divinos oficios y á oir la palabra de Dios. Con su aplicacion, con su teson y con su prudencia consiguió que se condenase y se proscribiese la simonía, la blasfemia, la usura, el concubinato, los matrimonios incestuosos y otros mil desórdenes que presumian de legítimos en todo el reino por el derecho de prescripcion.

Asombrado el rey cada dia mas y mas de los prodigios que obraba la prudencia y la virtud de la reina, entró voluntariamente en todos sus pensamientos; y no contento con dejarle, por decirlo así, el gobierno del estado, quiso que se manejase á su arbitrio la real hacienda.

Luego experimentaron los pobres y las iglesias los efectos de su gran corazon y de su liberalidad verdaderamente real. Mostrábase la indevocion de los pueblos y de los eclesiásticos hasta en la indecencia de los ornamentos y de los vasos sagrados. A todo proveyó la santa y religiosa reina; hizo reparar muchas iglesias que amenazaban ruina, edificar otras de nueva planta, y que todo lo que servia al culto divino

fuese no solo rico, sino magnífico y de materia preciosa todos los vasos sagrados. Fundó liberalmente muchos conventos de monjas y muchos hospitales; y solia decir que su mayor gusto sería agotar en limosnas todo el tesoro real.

Erale tan natural la ternura y la compasion de los pobres, que parecia haber nacido con ella. Sus profusiones con ellos eran tan grandes y tan continuas, que casi llegó á desterrar la mendicidad y la miseria. Como madre de los pobres, siempre que salia á la calle la veian rodeada de viudas, de huérfanos y de miserables; cuando volvia a palacio encontraba otros tantos en la sala, á los cuales daba tambien limosna, y nunca despidió á ninguno sin ella. Los mas respetados en la corte eran los pobres, y se consumia en limosnas la mayor parte del erario. Despues de agotado su bolsillo, les daba las joyas y los muebles, sin agotarse jamás su caridad.

Antes de sentarse á la mesa daba siempre de cómer á nueve doncellas huérfanas y á otras veinte y cuatro pobres ancianas, sirviéndolas por sus mismas manos; muchas veces se hacian venir á palacio trescientos pobres, á quienes el rey y la reina servian de rodillas los mismos platos que estaban prevenidos para la mesa real. Todos los dias, despues de oir misa, lavaba la reina los piés a cierto número de pobres; y eran pocos los dias de la semana en que no acudia á los hospitales a ejercitar los mas humildes oficios de caridad con los enfermos. No se limitaba esta á los términos del reino, alcanzaban tambien sus limosnas á los dominios extraños, así para socorrer á los encarcelados, como para redimir á los cautivos.

Tantas y tan diferentes ocupaciones exteriores no debilitaban ni menos interrumpian su continua union con Dios. En medio de todas ellas se le observaba siempre un recogimiento interior que edificaba y pa-

recia estar en continua oracion, no pudiéndose comprender sin dificultad cómo podia dedicar tanto tiempo á este ejercicio; es verdad que dormia muy poco y que se negaba enteramente á toda conversacion inútil.

Levantábase todas las noches para asistir á maitines, y antes que se cantase en el coro rezaba en particular el oficio de la Trinidad, el de la Pasion y el de la Vírgen, acabando todo el salterio con el oficio de difuntos; despues volvia á su cuarto, donde lavaba los piés á seis pobres y les daba una limosna; echábase un poco, y en despertando, leia algun rato en algun libro piadoso; pasaba á su capilla, donde oia cinco ó seis misas, y lo que faltaba hasta comer lo empleaba en el despacho. Las demás horas del dia no estaban menos ocupadas con devociones y otras obras de misericordia; de manera que Dios, el estado, la Iglesia y los pobres le llevaban todo el tiempo.

Sus penitencias y su abstinencia alguna vez llegaron á parecer excesivas. Comia tan poco, que se admiraban de que pudiese vivir; y se maceraba tanto, que se tuvo por cierto que las penitencias le acortaron la vida. Era su confesor ordinario el siervo de Dios Tierri, escritor de su misma vida, y su director el famoso Turgot. Sintiendo algunos prenuncios de su cercana muerte, se confesó generalmente con él; y conforme se iba acercando á su fin, iba tambien sensiblemente creciendo su fervor.

Debilitáronse sus fuerzas con la aplicacion al trabajo y con el rigor de tantas penitencias, rindióse á la cama; mas no por eso fueron menos activos su amor de Dios, su zelo y su caridad con los pobres. En este tiempo quiso el Señor acabar de purificarla con una afliccion muy sensible. Hallábase á la sazon en guerra el rey Malcolmo con Guillelmo el Rojo, rey de Inglaterra, y habia entrado con poderosas fuerzas en la provincia

de Northumberland, para volver á su obediencia los condados de Cumberland y Westmorland, que Guillelmo el Conquistador le habia usurpado; pero fué desgraciadamente muerto con su hijo primogénito el príncipe Eduardo en el año de 1093, al paso del rio Alne. Sintió profundamente la reina este accidente, para el cual no halló otro consuelo que su religion y su virtud; pero sobrevivió poco á esta noticia, porque se levantó luego una calentura, que añadida á los demás achaques la puso en el último trance. Confesóse, recibió el viático y la extremauncion con una devocion muy correspondiente á la santidad de su vida; y habiendo exhortado á sus hijos al amor de la virtud y á toda su familia á la piedad y devocion cristiana, murió con la muerte de los santos el dia 10 de junio de 1093. No hubo reina mas sentidamente llorada; llenó de luto su muerte á todo el reino, y en todos los pueblos resonaban los gemidos de los pobres que lamentaban la pérdida de su madre. Enterróse el santo cuerpo con la solemnidad que acompaña siempre los funerales de los santos en la iglesia de la Santísima Trinidad, que habia edificado la santa reina, y en el mismo sitio que ocupaba la capilla donde se habia casado. Fueron tantos los milagros que obró desde luego el Señor para manifestar su santidad, que el papa Inocencio IV la canonizó solemnemente y la puso en el catálogo de los santos el año de 1251. A solicitud de Felipe II, rey de España, se condujo al Escurial una parte de sus reliquias y de las del rey Malcolmo, su marido, á quien tambien se ha venerado siempre como santo, donde se colocaron en una capilla que mandó edificar en honra de santa Margarita. Su preciosa cabeza se guarda con la mayor veneracion en la iglesia del seminario escocés de los jesuitas de Duay.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma en la via *Salaria*, el martirio de san Gétulo, varon ilustre y docto, y el de sus compañeros Cereal, Amancio y Primitivo. Habiendo sido apresados por el consular Licinio segun la órden del emperador Adriano, fueron primero azotados, luego encarcelados, y por último arrojados al fuego; pero no habiendo recibido la menor lesion, les molieron á palos las cabezas, consumando así el martirio. Sinforosa, mujer de san Gétulo, levantó los cuerpos y les dió honrosa sepultura en un arenal de su quinta.

Tambien en Roma en la via Aurelia, la fiesta de los santos Basílides, Tripodio, Mandalo y otros veinte mártires bajo el emperador Aureliano y Platon, prefecto de la ciudad.

En Nicomedia, san Zacarías, mártir.

En Prusa de Bitinia, san Timoteo, obispo y mártir del Juliano apóstata.

En España, los santos mártires Críspulo y Restituto.

En Africa, los santos mártires Areso, Rogato y otros quince.

En Colonia, san Maurino, abad y mártir.

En Petra en Arabia, san Astero, obispo, quien, habiendo sufrido mucho de los Arrianos por la fe católica, fué á morir en Africa, adonde le desterró el emperador Constancio.

En Auxerra, san Censura, obispo.

En Escocia, santa Margarita, reina, célebre por su caridad con los pobres.

En Chartres, san Añan, obispo.

En Celles en el Berri, san Severino, monje, que recibió á san Isis en su conventito de Perci.

En París, san Landri, obispo de dicha ciudad, quien dicen haber fundado el santo hospital llamado Hòtel-Dieu.

En Oriente, san Apollo, obispo.

Cerca de Boseth en Numidia, los santos mártires Mamario y otros muchos.

En Capadocia, san Canides, confesor, célebre por su abstinencia en tiempo de Teodosio.

En Palermo, santa Oliva, venerada en la ciudad como vírgen y mártir.

La misa es en honor de la santa, y la oracion la que sigue.

Deus, qui beatam Margaritam, Scotorum reginam, eximia in pauperes charitate mirabilem effecisti; da, ut ejus intercessione et exemplo, tua in cordibus nostris charitas jugiter augeatur. Per Dominum nostrum...

O Dios, que hiciste tan admirable á la bienaventurada Margarita, reina de Escocia, por la insigne caridad que ejercitó con los pobres, concédenos que por su imitacion y á su ejemplo se aumente perpetuamente en nuestros corazones el amor á vuestra divina Majestad. Por nuestro Señor.

La epístola es del cap. 31 *de los Proverbios.*

Mulierem fortem quis inveniet? procul et de ultimis finibus pretium ejus. Confidit in ea cor viri sui, et spoliis non indigebit. Reddet ei bonum, et non malum, omnibus diebus vitæ suæ. Quæsivit lanam et linum, et operata est consilio manuum suarum. Facta est quasi navis institoris, de longe portans panem suum. Et de nocte surrexit, deditque prædam domesticis suis, et cibaria ancillis suis. Consideravit agrum, et emit eum: de fructu manuum suarum plantavit vineam. Ac-

¿Quién hallará una mujer fuerte? Es mas preciosa que lo que se trae de las extremidades del mundo. El corazon de su marido pone en ella su confianza, y no necesitará de despojos. Le pagará con bien, y no con mal, todos los dias de su vida. Buscó lana y lino, y trabajó con habilidad de sus manos. Es como el navío del mercader que trae de lejos su pan. Levantóse antes de amanecer, y repartió á su familia la comida, y su tarea á los criados. Reconoció una heredad y la compró; y plantó una viña

cinxit fortitudine lumbos suos, et roboravit brachium suum. Gustavit et vidit quia bona est negociatio ejus: non exstinguetur in nocte lucerna ejus. Manum suam misit ad fortia, et digiti ejus apprehenderunt fusum. Manum suam aperuit inopi, et palmas suas extendit ad pauperem. Non timebit domui suæ à frigoribus nivis: omnes enim domestici ejus vestiti sunt duplicibus. Stragulatam vestem fecit sibi: byssus et purpura indumentum ejus. Nobilis in portis vir ejus, quando sederit cum senatoribus terræ. Sindonem fecit, et vendidit, et cingulum tradidit Chananæo. Fortitudo et decor indumentum ejus, et ridebit in die novissimo. *Os suum aperuit sapientiæ*, et lex clementiæ in lingua ejus. Consideravit semitas domus suæ, et panem otiosa non comedit. Surrexerunt filii ejus, et beatissimam prædicaverunt; vir ejus, et laudavit eam. Multæ filiæ congregaverunt divitias: tu supergressa es universas. Fallax gratia, et vana est pulchritudo: mulier timens Dominum, ipsa laudabitur. Date ei de fructu manuum suarum, et laudent eam in portis opera ejus.

con el trabajo de sus manos. Ciñóse de fortaleza, y fortificó su brazo. Probó y vió que era bueno su tráfico: su candela no se apagará de noche. Aplicó á la rueca su mano, y sus dedos tomaron el huso. Abrió su mano al necesitado, y extendió su brazo hácia el pobre. No temerá que molesten á su casa los frios ni la nieve, porque toda su familia tiene ropas dobles. Hizo para sí alfombras; lino finísimo y púrpura son sus vestidos. Su marido será ilustre entre los jueces cuando se sentare con los senadores de la tierra. Tejió lienzo, y lo vendió; y dió un cíngulo al Cananeo. La fortaleza y la honestidad son sus atavíos, y se reirá en el último dia. Abrió su boca con sabiduría, y la ley de piedad está *en* su lengua. Reconoció todos los rincones de su casa, y no comió el pan de balde. Levantáronse sus hijos, y publicaron que era bienaventurada; tambien su marido, y la elogió. Muchas mujeres han amontonado riquezas, pero tú te aventajaste á todas. Es engañoso el donaire, y vana la belleza; la mujer que teme á Dios, esa será alabada. Dadle del fruto de sus manos, y alábenla sus obras en presencia de los jueces.

REFLEXIONES.

El mérito y el valor de una señora cristiana no se

han de apreciar por su hermosura ni por su entendimiento, sino por su virtud: *Fallax gratia, et vana est pulchritudo.* Toda esa agudeza, toda esa vivacidad es fuego fátuo, brillantez aparente; todo ese desembarazo que hechiza es ilusion que engaña, relámpago que se desvanece. Cuanto mas vivo es el ingenio, tanto mas superficial y menos sólido es; su misma penetracion le disipa; cuanto mas brilla, tanto menos dura. Ni es menos vana la hermosura; mas consiste en la imaginacion que en la realidad; es una flor que se marchita, una exhalacion que el mas lijero soplo la apaga; rara hay que no sea postiza, ninguna que pueda fundar un mérito verdadero; á lo mas es una proporcion de miembros y de facciones, que agrada á los ojos y á los sentidos. Solamente la virtud puede y debe servir de asunto al elogio de una mujer respetable por sus prendas; cualquiera otra alabanza es una insulsa lisonja. Veamos ya la alta idea que nos da de esto el Espíritu Santo en el magnífico elogio que hace de una mujer.

El temor de Dios, dice, que es el principio de la verdadera sabiduría, es como el cimiento de todas sus buenas prendas. Teme á Dios y le ama; una de sus principales ocupaciones es el cuidado de vivir muy acorde con su marido y de conservar la paz y la union en la familia; sobre todo, su mayor estudio es la vigilancia sobre las costumbres de los de su casa y la aplicacion á que reine en todo el concierto y el buen órden. Humilde sin afectacion, modesta sin artificio, aseada segun su condicion, pero sin profanidad, inspira en todos su veneracion á la virtud; hácese admirar por su circunspeccion y por su prudencia en todas las palabras; sin salir de los límites de su estado arriba á una eminente santidad. Hizo cosas verdaderamente grandes, dice el Espíritu Santo. *Manum suam misit ad fortia.* Pero ¿qué maravillas fueron

estas? Echó mano del huso y de la rueca: *Digiti ejus apprehenderunt fusum.* Admirable leccion para aquellas señoras del mundo que se tendrian por mujeres vulgares si echaran mano de esta labor: *De nocte surrexit, deditque prædam domesticis suis*: madrugaba antes del dia para cumplir mas exactamente con sus obligaciones; no era la menor de sus prendas la puntualidad con que pagaba la soldada á sus criados y la caridad con que socorria todas sus necesidades; la que usaba con los menesterosos la ganó el corazon de los pobres; el tiempo que no gastaba en las obligaciones del estado, en obras de misericordia y en la oracion, le ocupaba en la labor. A esto se reduce la pintura de la mujer perfecta y verdaderamente virtuosa, cuyo elogio hace el Espíritu Santo; añadiendo que una mujer como esta es mas rara y mas preciosa que las perlas que vienen de los últimos ángulos del mundo. ¿Serán muchas las mujeres que se reconozcan á sí mismas en este bello retrato? No se distinguió tanto esta mujer por acciones de mucho ruido; no por seguir caminos extraordinarios, sino por la fidelidad y por la exactitud con que atendió á las obligaciones mas comunes de su estado. ¿Qué excusa tendrán todas las señoras que fueren menos cristianas? Es cierto que no es del gusto de todas aquella devocion que nace y se fomenta en el cumplimiento de las obligaciones mas ordinarias; el retiro, el aire de la casa, la continua vista de la familia y de los hijos no acomodan mucho á no pocas mujeres casadas. En medio de eso esta es la verdadera, la sólida devocion. A la verdad, no es ella devocion muy á la moda; pero ¿dejará por eso de ser muy del agrado de Dios?

El evangelio es del cap. 13 *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc:	En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Es

Simile est regnum cœlorum thesauro abscondito in agro, quem qui invenit homo, abscondit; et præ gaudio illius vadit, et vendit universa quæ habet, et emit agrum illum. Iterùm simile est regnum cœlorum homini negotiatori, quærenti bonas margaritas; inventa autem una pretiosa margarita, abiit, et vendidit omnia quæ habuit, et emit eam. Iterùm simile est regnum cœlorum sagenæ missæ in mare, et ex omni genere piscium congreganti. Quam, cùm impleta esset, educentes, et secus littus sedentes elegerunt bonos in vasa, malos autem foras miserunt. Sic erit in consummatione sæculi. Exibunt angeli, et separabunt malos de medio justorum Et mittent eos in caminum ignis: ibi erit fletus et stridor dentium. Intellexisti hæc omnia? Dicunt ei: Etiam. Ait illis: Ideò omnis scriba doctus in regno cœlorum similis est homini patrifamilias, qui profert de thesauro suo nova et vetera.

semejante el reino de los cielos á un tesoro escondido en el campo, que el hombre que le halla le esconde, y muy gozoso de ello va, y vende cuanto tiene, y compra aquel campo. Tambien es semejante el reino de los cielos al comerciante que busca piedras preciosas; y en hallando una, fué y vendió cuanto tenia, y la compró. Tambien es semejante el reino de los cielos á la red echada en el mar que coge toda suerte de peces, y en estando llena la sacaron; y sentándose á la orilla, escogieron los buenos en sus vasijas, y echaron fuera los malos. Así sucederá en el fin del siglo. Saldrán los ángeles, y apartarán los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego: allí habrá llanto y rechinamiento de dientes. ¿Habeis entendido todo esto? Respondiéronle: Sí. Por eso todo escriba instruido en el reino de los cielos es semejante á un padre de familias, que saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo.

MEDITACION.

SOLO ES SABIO EL QUE TRABAJA SIN CESAR EN EL IMPORTANTE NEGOCIO DE SU SALVACION.

PUNTO PRIMERO.

Considera que ser sabio es tomar con acierto los medios necesarios y eficaces para llegar á su fin: ignorar cuál sea el último fin es estupidez, es brutalidad; saber cuál es y no aplicar los medios indispensables para conseguirle, es impiedad, es locura; engañarse en la eleccion, es perderse. ¿Y será sabio, será prudente el que se pierde en el importante negocio de su salvacion?

Por mas que tenga un hombre todo el entendimiento posible; por mas penetracion, vivacidad y brillantez que tenga; por mas hàbil que sea en todas las artes; por mas que posea todas las ciencias; por mas honrado, oficioso, atento y cultivado que sea; si á este hombre le falta conducta; si por culpa suya pierde bienes, honra, fortuna; si se pierde á sí mismo para siempre; ese gran ingenio, ese gran hombre es un gran mentecato. La verdadera sabiduría y la verdadera prudencia consiste en saber discernir bien los objetos mas engañosos; en saber distinguir las preocupaciones mas comunes y mas bellamente disfrazadas; en saber hollar las falsas brillanteces que deslumbran; consiste en descubrir los enredos y los artificios del enemigo de nuestra salvacion; en no caer atolondradamente en sus lazos; en no equivocarse ni alucinarse. Dejarse engañar de la mas lijera sombra, de la mas leve apariencia de bien; equivocar una exhalacion instantanea con un astro fijo y luminoso; abandonar un bien real por correr tras otro imaginario y fantástico; ¿no es demencia y lastimosa

imbecilidad de entendimiento? ¿y qué otra cosa se hace en el mundo cuando no se trabaja en el importante negocio de la salvacion? El hombre virtuoso no se engaña, no se alucina; entre esas brillantes exterioridades descubre la vanidad de todos los bienes criados; en medio de ese engañoso esplendor está viendo la nada de esos honores que tanto deslumbran á los hombres del mundo; conoce la caduca inconstancia de esos puestos elevados que á tantos trastornan la cabeza; comprende la brevedad de estos cortos dias alborotados y poco serenos, que componen la mas dilatada vida; y convencido de que en solo *Dios* se encuentra nuestra felicidad, de que el hombre fué criado para solo Dios, de que ni aun el mismo Dios le pudo criar para otro fin mas alto que para sí, ni otro alguno le pudiera llenar ni satisfacer; á este solo dirige toda su ambicion, no se propone otro fin, ni aspira á otra fortuna que á la de agradar á Dios, de quien solo espera su eterna felicidad, y solo él es su último fin. ¿Qué te parece? este hombre ¿será sabio? ¿y merecerá el nombre de tal el que se gobernare de otra manera? Pues, Dios mio, ¡qué errores, qué extravagancias, qué locuras no he cometido yo en toda la conducta que he tenido hasta aquí!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no teniendo en este mundo otro negocio, propio y verdaderamente tal, que el negocio de la salvacion, no habiéndonos echado Dios á este mundo sino para trabajar en este único negocio, y pidiendo este negocio que se dedique á él todo el tiempo y todos los cuidados del mundo, el desatenderle, el olvidarle es la mayor de todas las locuras.

La salvacion es propiamente nuestro negocio personal, es el único negocio nuestro: todos los demás

nos son extraños. Serán, si quieres, negocio del estado, del reino, del tribunal, de la guerra, del comercio, de tu comunidad, de tu familia, de tus hijos; pero no son negocios tuyos, y si al salir de este mundo hiciste bien todos los demás, menos el de tu salvacion, haz cuenta que hiciste el negocio ajeno y perdiste enteramente el propio. Al contrario, acertaste con el de tu salvacion, aunque todos los demás los hubieses perdido, consuélate que hiciste tu negocio, y cada cual ha de trabajar para sí. ¡Cosa extraña es que, amándose tanto los hombres á sí mismos, hayan hecho tan pocas reflexiones sobre esta importante verdad! *Cuarenta años ha* (decia un cortesano en la hora de la muerte) *que estoy trabajando en los negocios del rey, y no he trabajado ni un cuarto de hora en el mio.* ¿Será prudencia, será discrecion hacer esto?

La salvacion es nuestro gran negocio, nuestro negocio principal. Ya se sabe que un negocio grande de tal manera se absorbe todo el tiempo, que no deja lugar para pensar en otros; como se salga con aquel, fácilmente se consuela uno, aunque los demás se pierdan. Para salir bien en un negocio grande todo se pone en movimiento; aplícanse todas las posibles precauciones, todo el pensamiento está ocupado en él; no se acierta á hablar de otra cosa y siempre se habla de él con la mayor viveza, aprovéchanse los instantes, espíanse las coyunturas, piérdese el sueño y el reposo; olvídanse hasta las necesidades naturales de la vida; córrese á todas partes y se está en un contínuo movimiento. Esto se llama tener juicio, ser hombre prudente, ser sabio. Pues aplica toda esta conducta al negocio de tu eterna salvacion; y pregúntate si has sido sabio, si has sido prudente, si hasta ahora has tenido mucho juicio.

En fin, la salvacion es el único negocio verdadero;

los demás, á que el mundo da el nombre de negocios, son juegos de niños; como tales se miran a la hora de la muerte, como tales los reputarás tú mismo en aquella última hora. ¿Será prudencia ocuparte toda la vida en esas puerilidades, en esos entretenimientos de muchachos, en perjuicio del grande, del único negocio de importancia, que es el de tu eterna salvacion? ¡Qué lástima es ver la seguridad y la serenidad con que desbarran esos imaginarios sabios del mundo! Desengañémonos, no hay hombre sabio sino aquel que trabaja sin cesar y trabaja eficazmente en el negocio de la salvacion. Es la salvacion aquel tesoro escondido en el campo, aquella preciosa margarita de inestimable valor. Aquel es sabio, que vende todo cuanto tiene para comprar este campo y para hacerse dueño de esta perla. Así lo hizo santa Margarita. ¿Hubiera sido prudente si se hubiera condenado con todas sus grandes prendas? ¿y son prudentes los mundanos que trabajan tan poco en asegurar su salvacion? ¿y habrá algun condenado en el infierno que se persuada fué hombre sabio?

Dios mio, pues os dignásteis darme á conocer en qué consiste la verdadera sabiduría, concededme este precioso don; haced que todo mi estudio, todo mi cuidado, todo mi empeño sea el de agradaros, el de caminar á vos para poseeros eternamente.

JACULATORIAS.

Si oblitus fuero tui, Jerusalem, oblivioni detur dextera mea. Salm. 136.

Jerusalen celestial, centro de la felicidad eterna, si me olvidare de tí por dejarme llevar de una falsa alegría en este miserable destierro, que se olvide de mí mi misma mano derecha.

Adhæreat lingua mea faucibus meis, si non meminero tui. Salm. 136.

Si no te tuviere siempre en mi memoria; si no prefiriere á todos los gustos del mundo el consuelo de pensar en tí perpetuamente; si viéndome distante de esa dichosa mansion diere lugar á la alegria, que mi lengua se pegue á mi paladar.

PROPOSITOS.

1. Causa admiracion que, siendo tantos los que se precian de ser sabios, haya tan pocos que verdaderamente lo sean; porque al fin, no lo es el que todo lo quiere perder, bienes, honra, quietud y su misma alma. *No hay mas que un único negocio que manejar*, que dirigir y que gobernar, que es el negocio de la propia salvacion. ¿Será sabiduría descuidar este negocio, y por descuidarle, perderle entera y eternamente? En medio de eso, esta es la conducta de la mayor parte de los hombres. ¡O y con cuánta razon dijo el Sabio que era infinito el número de los necios! No quieras ser de este número; nunca consideres la sabiduría sino en cuanto tiene conexion con el verdadero bien. Discurrir con acierto en los negocios temporales; tener aquella moderacion y aquella espera que acreditan juicio, bondad y gratitud, ser hábil en todo lo que se llama negocios del mundo, y no serlo en el de la propia salvacion, ni es, ni fué jamás ser hombre sabio; á lo mas será ser un niño ocupado continuamente en meras puerilidades. Forma desde hoy una idea justa de la verdadera sabiduría; dite á tí mismo muchas veces y repítelo con resolucion delante de todo el mundo: todo aquel que se condena es un ignorante, es un loco. No hay mayor necedad, no hay mayor locura que matarse uno á sí mismo á sangre fria; que echarse en un rio voluntariamente; que despeñarse de un precipicio por su antojo; ¿pues qué otra cosa hace el que voluntaris-



S. BARNABÉ, APÔTRE.

mente se condena? Pero esta última locura es tanto mayor que la otra, cuanto es mas lamentable la eterna pérdida del alma, que la temporal del cuerpo. Está bien convencido y bien penetrado de esta importante verdad, y no ceses de inspirarla y de imprimirla continuamente en el corazon de tus hijos, de tus amigos, de tus inferiores y de tus criados. Solo es sabio el que se salva.

2. Haz estudio de no alabar sólida y rigurosamente sino á los que saben hacer fortuna para la otra vida. Si se pusiera cuidado en no dejar caer otras máximas delante de los hijos, de los criados y de la familia, seria el mundo un poco mas cristiano y no se veria en él tanto desórden. Nunca emprendas cosa considerable sin reconocer primero si te servirá de medio para conseguir tu salvacion; emprender cosa que la pueda servir de estorbo, es locura. Si se lee una historia, si oyes hablar de los antiguos, si se refieren las hazañas de los grandes hombres de la antigüedad, nunca dejes de decirte á tí mismo y tambien á los otros: ¿de qué les sirvieron sus proezas y su gran sabiduría si se condenaron?

DIA ONCE.

SAN BERNABÉ, APÓSTOL.

San Bernabé fué judío, de la tribu de Leví, y nació en Chipre, donde habia mucho tiempo que se habia establecido su familia; llamóse José ó Joseph hasta despues de la Ascension del Salvador que los apóstoles le dieron el nombre de Bernabé, que quiere decir *hijo de consolacion,* por el don particular que le habia

dado Dios para consolar á los afligidos, teniendo especial gracia para endulzar las pesadumbres y tranquilizar los corazones. En todo era muy grato, dice san Juan Crisóstomo; bella disposicion, genio apacible, naturalmente liberal, recto, sincero, afable y bondadoso, de una fisonomía muy agradable, de bello aire, de modales atentos y cortesanos; en fin, de tanta modestia y compostura, que desde luego se llevaba los corazones.

Su casa era muy acomodada, y así nó perdonó medio alguno para darle una buena educacion. Prendados sus padres de su amabilidad, de su natural inclinacion á la virtud y de los talentos que ya manifestaba para las letras, le enviaron á Jerusalen para que las aprendiese bajo el magisterio del célebre Gamaliel, con cuya ocasion conoció á Saulo, que era de su misma edad con corta diferencia y estudiaba tambien con el mismo maestro. Desde entonces estrecharon los dos aquella amistad que despues contribuyó no poco á la conversion de los gentiles.

Al paso que el jóven José iba creciendo en edad, crecia tambien en juicio y en prudencia; no habia mozo mas virtuoso ni mas asentado. Como por su tribu habia nacido destinado al ministerio del templo, todo su estudio era hacerse digno de él con la pureza de las costumbres, siendo toda su ocupacion y todo su entretenimiento la oracion y la leccion de las santas Escrituras. Nunca se le hallaba sino en el templo ó con los doctores de la ley, y en todas partes era conocida y celebrada su virtud.

Hallábase Bernabé en esta gran reputacion cuando el Salvador del mundo se comenzó á manifestar en público con sus milagros. Hallóse presente al que hizo con el paralítico, y como suspiraba tanto por el Mesías y no le tenian ofuscado las pasiones, conoció luego á Jesucristo; prevenido con la divina gracia se arrojó á los piés del Salvador y le suplicó le

admitiese en el número de sus discípulos; recibióle entre ellos el Señor y colmóle de gracias con esta dichosa eleccion. Lleno ya Bernabé de caridad y de zelo, quiso desde luego dar parte á su familia del tesoro que habia encontrado: tenia en Jerusalen una tia llamada María, hermana de Juan, por sobrenombre Marco; vase derecho á buscarla; anúnciala que habia hallado al Mesías en la persona de Cristo; conviértese toda la familia, y desde entonces fué aquella casa el hospedaje de Cristo en Jerusalen, y despues que subió á los cielos el asilo de sus apóstoles y de sus discípulos.

Admitido nuestro santo en el número de los setenta y dos, corria las villas y las aldeas anunciando al Salvador y autorizando con muchos milagros su predicacion. Nunca desmintió el zelo y el amor que profesaba á su divino Maestro, ni le entibió su afrentosa muerte, antes sirvió para apretar mas el indisoluble lazo con que estaba unido al Salvador; de lo que dió presto grandes pruebas.

Era dueño de una posesion muy rica cerca de Jerusalen, vendióla despues de la venida del Espíritu Santo y puso todo el precio á los piés de los apóstoles para que fuese distribuido entre los pobres. Sabiendo que su antiguo condiscípulo Saulo, movido de un falso zelo, era enemigo mortal de los discípulos de Cristo, tuvo muchas conferencias con él, probóle invenciblemente la divinidad del Salvador; convencióle, pero no le convirtió; porque Jesucristo se habia reservado á sí mismo esta conquista. Vuelto san Pablo á Jerusalen despues de su famosa conversion, buscó luego á Bernabé; y habiéndole referido todo lo que le sucedió en el camino de Damasco y con Ananías, le rogó que le presentase á los apóstoles, previniéndoles que de perseguidor de Jesucristo se habia convertido en predicador de su nombre.

Cuatro ó cinco años despues vinieron á Antioquía algunos fieles de la isla de Chipre y de la ciudad de Cyrene en Africa, los cuales convirtieron gran número de gentiles con sus palabras y con sus milagros. Llegó esto á noticia de los apóstoles, y al punto enviaron á Bernabé á Antioquía para que fortaleciese en la fe á aquellos nuevos creyentes. Como era hombre bueno, dice san Lucas, lleno del Espíritu Santo, poderoso en obras y palabras, en poco tiempo hizo prodigiosas conversiones. Creciendo cada dia la miés, eran menester nuevos obreros; y sabiendo que san Pablo se habia retirado á Tarso de Cilicia despues de su viaje á Jerusalen, pasó á buscarle y le trajo consigo á Antioquía. Por espacio de un año trabajaron los dos en ella con tanta felicidad, que los que creian en Jesucristo comenzaron desde entonces á llamarse cristianos, no avergonzándose ya del Evangelio.

Por este tiempo vino á la misma ciudad de Antioquía el profeta Agabo, que fué uno de los evangélicos; y habiéndose pronunciado una hambre universal, rezelosos los cristianos antioquenos de la necesidad que habian de padecer los fieles que estaban en Judea, resolvieron socorrerlos, cada uno segun su posibilidad, y rogaron á san Bernabé y á san Pablo que les llevase este socorro. A la vuelta se trajeron consigo á Antioquía á Juan, por sobrenombre Marco, primo de san Bernabé y discípulo suyo, como le llama san Jerónimo.

Mientras Bernabé y Pablo trabajaban en la viña del Señor en Antioquía con Simon, llamado el Negro, con Lucas el de Cyrene, y con Manahen, hermano de leche de Heródes, á los cuales llama la Escritura profetas y doctores, escogió Dios á Pablo y á Bernabé para apóstoles de los gentiles de un modo maravilloso. Estaban juntos un dia los ministros del

Señor para celebrar los divinos misterios, y el Espíritu Santo ordenó por la boca de los profetas que Pablo y Bernabé fuesen segregados para emplearse en el ministerio á que los tenia destinados, que era anunciar á los gentiles el Evangelio. Luego fueron consagrados por la imposicion de las manos, que, elevándolos á la dignidad de apóstoles, los llenó de los dones del Espíritu Santo y les confirió la plenitud del sacerdocio. Este era entonces, dice san Crisóstomo, el modo de conferir los órdenes á los ministros públicos de la Iglesia, precedido frecuentemente de revelaciones y de un mandato expreso del Señor; pero siempre acompañado de ayunos, del santo sacrificio y de oraciones, confiriéndose siempre la gracia por la imposicion de las manos.

Recibida la mision, partió san Bernabé con san Pablo para Seleucia; desde allí pasaron á la isla de Chipre, donde dieron principio á las funciones de su apostolado; predicaron la fe de Jesucristo en Salamina con un fruto nunca oido, corrieron lo restante de la isla y llegaron á Páfos, donde confundieron á un mago, judío de profesion, llamado Elimas, que se metia á profetizar lo que estaba por venir. De Chipre se encaminaron á Panfilia, y de allí á Perga, donde Juan Marco, no pudiendo ya con las fatigas del camino, se despidió de ellos y se volvió á Jerusalen. Afligió mucho á los dos apóstoles la ausencia de este querido discípulo, y mas cuando por no ser gravosos á ninguno se veian precisados á mantenerse con el trabajo de sus manos. Continuaron su viaje al Asia y llevaron el Evangelio á Antioquía de Pisidia, donde consintieron en ser apedreados. Algunas mujeres judías que hacian profesion de piadosas, animadas de sus falsos doctores, que no podian sufrir las muchas conversiones que hacian los apóstoles, los echaron de la ciudad;

y en esta ocasion fué cuando, volviéndose san Pablo y san Bernabé hácia aquellos endurecidos corazones, que no querian recibir el Evangelio, les dijeron en tono y con autoridad apostólica (*Cor.* 4): *A vosotros primeramente debíamos anunciar la palabra de Dios; pero pues ciegos la despreciais y os haceis indignos de la vida eterna, veis aquí que la vamos á anunciar á los gentiles.* Sacudieron el polvo de los zapatos, abandonaron aquel país y se encaminaron á Iconia, hoy Cogni, donde convirtieron algunos judíos y muchos idólatras. Pasaron á Listris ó Listria, ciudad de Licaonia, donde obraron tantas maravillas, que admirados los paganos tuvieron á Bernabé por el dios Júpiter, á causa de su bella presencia, y á Pablo por Mercurio, notando que siempre hablaba el primero; en cuya consideracion condujeron algunas víctimas á sus piés para ofrecerles sacrificios. Compadecidos los apóstoles de su ceguedad, rasgaron sus vestiduras y les dijeron: *¿Qué haceis, amigos, qué haceis? ¿no veis que somos hombres mortales como vosotros, que venimos á exhortaros dejeis esas supersticiones y á que reconozcais al solo verdadero Dios, que crió el cielo y la tierra?* Costóles mucho trabajo el hacérselo creer; pero llegando á la sazon algunos judíos de Iconia, persuadieron al pueblo que los dos extranjeros eran dos insignes impostores, y todos sus aparentes milagros efectos del arte mágica. En un instante pasaron los idólatras de un extremo á otro; arrejáronlos á pedradas de la ciudad, faltando poco para que san Pablo pereciese en ella; y al dia siguiente tomaron los dos el camino de Derba.

En medio de todos estos trabajos se multiplicaba el número de los fieles; corrieron toda la Licaonia y la Pisidia; llegaron á Panfilia, predicaron en Perga y despues en Atalia, haciendo en todas partes portentosas conversiones y fundando iglesias en todas; en

fin, se restituyeron á Antioquía, donde contaron á los hermanos las maravillas y los prodigios que Dios habia obrado para acreditar su ministerio entre los gentiles y en todos los lugares donde habian anunciado el Evangelio.

No fué menos laboriosa la estancia de san Bernabé en Antioquía, que lo habian sido sus viajes, no permitiéndole tomar algun descanso el ardiente zelo que tenia por la salvacion de las almas. Hizo tambien algunas apostólicas excursiones en la Tracia y hasta Iliria, adelantando nuevas conquistas á Jesucristo. Algunos judíos recien convertidos, animados de un excesivo zelo por las ceremonias antiguas, pretendian que á todos los fieles se los debia sujetar al yugo de la ley y que la de Cristo no dispensaba la de Moisés. Esto puso en precision á Pablo y á Bernabe de hacer un viaje de Antioquía á Jerusalen, donde asistieron al concilio de los apóstoles y fueron reconocidos los dos por apóstoles de los gentiles. En el mismo concilio hicieron públicamente los dos santos una puntual relacion de los asombrosos progresos que hacia todos los dias la fe entre los gentiles y de la felicidad con que se iba levantando la Iglesia sobre las ruinas de la idolatría.

Al oir tantas maravillas Juan Marco, primo de san Bernabé, arrepentido de su inconstancia y de su cobardia, protestó que ya nunca se apartaria de su lado, y desde entonces se hizo su discipulo. Volvieron los dos apóstoles á Antioquía y allí se separaron para ir cada uno á su mision: Pablo, tomando por compañero á Sylas, se dirigió al Asia; y Bernabé, en compañia de Juan Marco, partió á Chipre, donde muy en breve con su suavidad y con sus amabilísimos modales, tan propios para ganar los corazones, convirtió toda la isla á la fe de Jesucristo.

No podia encerrarse en los estrechos límites de

ella un zelo tan fervoroso y tan activo; extendióse mucho mas allá, y aun se asegura que llegó á Italia el santo apóstol, gloriándose la célebre iglesia de Milan de haberle logrado por su primer apóstol. Vuelto á Chipre, confirmó en la fe á los cristianos, aumentó el número con nuevas conversiones é hizo muy floreciente aquella iglesia. No faltaba otra cosa á la gloria de nuestro santo, que coronar con el martirio los trabajos de su apostolado; pero no tardó mucho en conseguir esta gracia. Irritaron á los judíos las insignes conversiones que hacia y resolvieron librarse de él. Reveloselo Dios, como tambien el dia de su muerte, y se preparó con nuevo fervor para ser víctima de aquel sacrificio. Llegado el dichoso dia, muy de mañana ofreció á Dios el del altar, dando órden á Juan Marco de que se retirase y no volviese sino á dar sepultura á su cuerpo. Los ancianos de la sinagoga de Salamina representaron al pueblo que las conquistas que hacia Bernabé á Jesucristo arruinaban la religion de Moisés, y faltaba poco para que la sinagoga se convirtiese en un desierto. Excitóse una sedicion popular, y echando mano del apóstol, le arrastraron hasta fuera de la ciudad, donde le quitaron la vida á pedradas el dia 11 de junio, hácia el año 70 de Jesucristo; y con esta preciosa muerte terminó su gloriosa carrera nuestro gran santo. Quisieron despues quemar su cuerpo; pero su querido discípulo Juan Marco acudió la noche siguiente con otros cristianos, y hallándole entero, le dió sepultura á ciento y veinte pasos de la ciudad.

Sobreviniendo poco tiempo despues la persecucion, se olvidó el lugar de la sepultura, hasta que, convertidos á la fe los emperadores, se hizo tan célebre con los milagros, que le llamaban *el sitio de la salud*. En fin, por los años 488, en tiempo del emperador Zenon, se descubrieron las preciosas reliquias por

un sueño en que el mismo santo se las reveló a Antemo, obispo de Salamina. Formóse una procesion de todo el clero, seguido de toda la ciudad, que se encaminó al sitio que el santo habia revelado; cavóse en él y se encontró el santo cuerpo en una especie de gruta, teniendo sobre el pecho el evangelio de san Mateo, escrito todo de mano del mismo san Bernabé. Envió Antemo este ejemplar al emperador Zenon, que le mandó guarnecer en laminas de oro y guardar respetuosamente en su palacio. Despues hizo edificar una magnífica iglesia en honor de san Bernabé en el mismo sitio donde se habia encontrado aquella preciosa reliquia, colocando el sepulcro del santo al lado derecho del altar, enriquecido con relieves de plata y con grandes columnas de marmol.

Asegura san Jerónimo que san Bernabé escribió una epistola llena de edificacion para toda la Iglesia, en la cual prueba la abolicion de la ley por el Evangelio de Jesucristo, la inutilidad de las ceremonias legales y la necesidad de la encarnacion y la muerte del Salvador, con otras instrucciones doctrinales muy provechosas. Dirigiase á los Hebreos, esto es, á los judios que habian abrazado la religion cristiana, pero que todavía estaban muy pegados á las observancias ceremoniales de la ley; en ella se califica el santo á sí mismo *el último y la escoria* de los mismos á quienes escribe, encomendándose á sus oraciones. Aunque esta epistola no está recibida por canónica, la citan muchas veces san Clemente Alejandrino, Tertuliano y Origenes que la llama *epístola católica*, esto es, dirigida á toda una nacion, y no á alguna iglesia ó persona particular.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La fiesta de san Bernabé, apóstol, oriundo de Chipre,

quien, habiendo sido ordenado de apóstol de los Gentiles con san Pablo por los discípulos del Señor, recorrió con él grande número de provincias, llenándolas todas de la fe de Jesucristo. En fin llegado á Chipre, coronó su apostolado con la del martirio. Su cuerpo fué hallado, por revelacion suya en tiempo del emperador Zenon, con un ejemplar del evangelio de san Mateo, de su puño y letras.

En Aquileya, el martirio de los santos Félix y Fortunato, hermanos, que, durante la persecucion de Diocleciano y Maximiano, fueron extendidos en potro, donde les aplicaron en los costados teas encendidas, que se apagaron al punto por un efecto del divino poder, luego les echaron en el vientre aceite hirviendo; y viendo que aun así perseveraban en la confesion de Jesucristo, les cortaron la cabeza.

En Roma, la traslacion de san Gregorio Nazianzeno, cuyo santo cuerpo llevado un tiempo de Constantinopla á Roma, y guardado mucho tiempo en la iglesia de la Madre de Dios en el campo de Marte, fué de nuevo trasportado con mucho aparato y solemnidad, de órden del papa Gregorio XIII, á la iglesia de San Pedro, en una capilla que dicho papa habia mandado adornar magníficamente; poniéndole al otro dia debajo del altar con los honores merecidos.

En Verdey cerca de Sezana en Brie, san Blier, confesor.

En Tourout en Flandes el beato niño Acas.

En el hospital cerca de Beaulieu en Quercy, santa Flora.

En Africa, san Gallone, mártir.

En dicho dia, san Máximo, obispo de Nápoles, muerto en el mismo lugar adonde habia sido desterrado por la faccion de los Arrianos.

En Egipto, el natalicio de san Palemon, del órden de san Pacomio.

En el monasterio de Tigra de Etiopía, san Gardina, abad, uno de los nueve propagadores de la fe en aquel país.

En dicho país, san Batatzun, abad, de una increible abstinencia.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente:

Deus, qui nos beati Barnabæ apostoli tui meritis et intercessione lætificas; concede propitius, ut qui tua per eum *beneficia poscimus*, dono tuæ gratiæ consequamur. Per Dominum nostrum...

O Dios, que nos consuelas con la intercesion de tu bienaventurado apóstol Bernabé, concédenos benigno que consigamos por tu gracia aquellos beneficios que os pedimos por su ruego. Por nuestro Señor....

La epístola es del cap. 11 *y* 13 *de los Hechos de los Apóstoles.*

In diebus illis: Multus numerus credentium Antiochiæ conversus est ad Dominum. Pervenit autem sermo ad aures Ecclesiæ quæ erat Jerosolymis super istis: et miserunt Barnabam usque ad Antiochiam. Qui cùm pervenisset, et vidisset gratiam Dei, gavisus est, et hortabatur omnes in proposito cordis permanere in Domino: quia erat vir bonus, et plenus Spiritu Sancto, et fide. Et apposita est multa turba Domino. Profectus est autem Barnabas Tarsum, ut quæreret Saulum; quem cùm invenisset, perduxit Antiochiam. Et annum totum conversati sunt ibi in Ecclesia: et docuerunt tur-

En aquellos dias: Gran número de gente en Antioquía habiendo creido, se convirtió al Señor. Y esta noticia llegó á oidos de la iglesia que estaba en Jerusalen; y enviaron á Bernabé hasta Antioquía. El cual, habiendo llegado y visto la gracia de Dios, se alegró: y exhortaba á todos á permanecer en el Señor con constancia de corazon; porque él era hombre de bien, y lleno de Espíritu Santo y de fe. Y se adquirió gran multitud de gente para el Señor. Bernabé, pues, se partió para Tarso en busca de Saulo: y habiéndole encontrado, le condujó á Antioquía. Y se mantuvieron en

bam multam, ita ut cognominarentur primùm Antiochiæ discipuli christiani. Erant autem in Ecclesia, quæ erat Antiochiæ prophetæ, et doctores in quibus Barnabas, et Simon, qui vocabatur Niger, et Lucius Cyrenensis, et Manahem, qui erat Herodis Tetrarchæ collactaneus, et Saulus. Ministrantibus autem illis Domino, et jejunantibus, dixit illis Spiritus Sanctus: Segregate mihi Saulum et Barnabam in opus ad quod assumpsi eos. Tunc jejunantes, et orantes, imponentesque eis manus, dimiserunt illos.

aquella iglesia un año entero, y enseñaron á una gran multitud, de manera que en Antioquía fueron los primeros discípulos que se llamaron cristianos. Y habia en la iglesia de Antioquía profetas y doctores, entre los cuales Bernabé y Simon, llamado el Negro, y Lucio de Cirene, y Manahen, hermano de leche de Herodes Tetrarca y Saulo. Mientras estos ofrecian al Señor los sagrados misterios, y ayunaban, les dijo el Espíritu Santo: Separadme á Saulo y Bernabé para la obra á que los tengo destinados. Entonces despues de haber ayunado y orado, imponiéndoles las manos, los despidieron.

NOTA.

« El libro de los Hechos apostólicos, ó Actas de los apóstoles, que escribió san Lucas, es una historia de lo mas singular y milagroso que sucedió en la cuna de la Iglesia; esto es, desde la Ascension de Cristo á los cielos, hasta que entró san Pablo en Roma. En él se lee el nacimiento de la religion, los progresos del Evangelio, las victorias conseguidas de la sinagoga y de la gentilidad, y la union de los dos pueblos judaico y gentílico en el seno de la Iglesia.

REFLEXIONES.

Segregadme á Saulo y á Bernabé para el ministerio á que yo los he destinado. El Espíritu Santo es el que habla, el mismo Dios es el que los escoge para las

funciones del sagrado ministerio; con semejante vocacion ¿cómo podian dejar de ser poderosos en obras y en palabras? Por eso nunca se vieron misiones mas provechosas, zelo mas eficaz, ni tantas conversiones. ¿Y qué no harian tambien todos los dias los ministros del Señor si se dedicaran siempre al sagrado ministerio por eleccion del Espíritu Santo? El ministerio siempre es verdaderamente divino; pero ¿es siempre verdaderamente divina la vocacion? ¿es siempre Dios el que llama á ese muchacho al servicio del altar? ¿es Dios el que le separa para sí? ¿es Dios el que le escoge para ese ministerio? ¡Ah, y cuántas veces no hay otra vocacion que la ambicion y la codicia! ¿Es el segundo ó el tercero de la casa? pues dedíquese á la iglesia: pero no tiene vocacion; no importa, sus padres la tienen por él: pero le faltan los talentos necesarios para el cumplimiento de las graves obligaciones del estado; no importa, ya tendrá habilidad para coger las rentas del beneficio. En la prelacía solo se atiende á las conveniencias temporales; el esplendor lisonjea la ambicion, y la opulencia la codicia. Basta muchas veces que un jóven sea de mala figura, de poca capacidad, de corto entendimiento, que le falten aquellas prendas que brillan en el mundo para que se le destine al estado eclesiástico. Dásele á Dios no pocas veces el deshecho de las familias y determina los estados la inclinacion de los parientes. Por mas que llame Dios á un jóven al estado religioso; por mas que su vocacion sea la mas fuerte, la mas indubitable, á nada de eso se atiende, solo se mira la prediteccion de los padres y el interés de la familia. Basta que haya nacido el segundo para no dudar se le ha de destinar á la iglesia y al formidable ministerio de los altares; pero si las cosas se mudaren, tambien se mudará su vocacion. No tiene dote una doncella; esto basta para que los padres se crean movidos del espíritu de

Dios para decir que ha de ser religiosa : pero ¿ tiene un dote considerable, es la heredera de la casa? pues su amor al retiro y su inclinacion al claustro es una conocida tentacion. Pregunto : ¿ es Dios el que preside á las elecciones de uno y de otro estado? ¿ es el espíritu de Dios el que hace este repartimiento? de ningun modo; es una ciega predileccion; es la ambicion, es el interés es el favor, es el derecho del nacimiento los que sin consultar á Dios deciden soberanamente de la suerte de los hijos; y en estos son miras y respetos puramente naturales los que les hacen tomar gusto á las mas sagradas dignidades, á las funciones mas graves del tremendo ministerio; y nos admiraremos despues de que se les trastornen las cabezas á los que están en los empleos mas altos; nos admiraremos de que el pan de la palabra de Dios no tenga fuerza ni sustancia en la boca de aquellos que fueron escogidos de Dios para repartirle; nos admiraremos de que el sacerdote se confunda con el lego por el desórden ó por la irregularidad de sus costumbres; de que los pastores de Israel se apacienten á sí mismos, en lugar de apacentar el rebaño, como se explica el Profeta; nos admiraremos en fin de que los cargos que hacia Dios en otro tiempo á los ministros de la ley antigua vengan tan ajustados á los de la ley nueva : *Lac comedebatis, et lanis operiebamini* : comiais la leche de mis ovejas, y os abrigábais con su lana : *et quod infirmum erat non consolidastis*; pero no os aplicábais á curar las fracturas de las perniquebradas; ni a limpiar las llagas de las que estaban heridas : *et quod ægrotum erat non sanastis*, ni a aplicar medicinas á las enfermas, ni á levantar las caidas, ni á buscar las que se habian perdido y descarriado, dejándolas perecer miserablemente : *et quod perierat non quæsistis*; reduciéndose todo vuestro cuidado á dominarlas con severidad y con altanería : *cum*

austeritate imperabatis eis, et cum potentia. De esta manera se esparcieron mis pobres ovejas, y fueron devoradas por el lobo: *dispersæ sunt oves meæ.* Pero yo os juro por mí mismo, dice el Señor, que pediré á esos indignos pastores la estrecha y terrible cuenta de las ovejas que dejaron perder y del rebaño de que tanto descuidaron: *Vivo ego, dicit Dominus: requiram gregem meum de manu eorum.* Estos son los funestos efectos de esas vocaciones puramente humanas; esto es lo que producen esas instrucciones, esos destinos al estado eclesiástico sin vocacion.

El evangelio es del cap. 10 *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Ecce ego mitto vos sicut oves in medio luporum. Estote ergo prudentes sicut serpentes, et simplices sicut columbæ. Cavete autem ab hominibus. Tradent enim vos in conciliis, et in synagogis suis flagellabunt vos: et ad præsides et ad reges ducemini propter me in testimonium illis, et gentibus. Cùm autem tradent vos, nolite cogitare quomodo, aut quid loquamini: dabitur enim vobis in illa hora, quid loquamini: non enim vos estis qui loquimini, sed spiritus Patris vestri, qui loquitur in vobis. Tradet autem frater fratrem in mortem, et pater filium: et insurgent filii in parentes, et morte eos afficient: et eritis odio omnibus propter nomen meum: qui autem perseverave-

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Hé aquí que yo os envío como ovejas en medio de los lobos. Sed, pues, prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas. Pero guardaos de los hombres; porque os harán comparecer en los concilios, y os azotarán en sus sinagogas; y seréis llevados por mi amor delante de los presidentes y de los reyes como testigos contra ellos y contra las naciones. Pero cuando os hagan comparecer no penseis del cómo ó qué habeis de hablar; porque en aquella hora os será dado lo que habeis de hablar. Porque no sois vosotros los que hablais, sino el espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros. El hermano, pues, entregara a su hermano á la muerte, y el padre

rit usque in finem, hic salvus erit.

al hijo, y se levantarán los hijos contra sus padres, y los harán morir: y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; pero el que perseverare hasta el fin, ese será salvo.

MEDITACION.

DE LA PRUDENCIA CRISTIANA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la prudencia cristiana es aquella importante virtud que enseña á arreglar la vida y las costumbres segun las máximas de la ley de Dios, y á dirigir las palabras y las obras segun las reglas de la fe y de la religion que profesamos; sin ella ni hay honradez, ni hay virtud, ni hay mérito; sin ella todo es descamino, y sin esta luz cada paso es un tropiezo.

No hay cosa mas flaca ni mas falsa que la prudencia del mundo; todo su estudio tira á alucinarnos yerra los fines y desacierta los medios; con que por precision todas sus lecciones han de parar en engañarnos. ¡Qué dignos son de lástima los que se dejan conducir de semejante guía! fines torcidos, medidas desconcertadas, quimeras fantásticas, discursos falaces, manantial inagotable de disgustos y de arrepentimientos, estos son los funestos pero necesarios efectos de la prudencia de la carne. Mira cómo se desvanecen de un soplo todos esos vastos proyectos de fortuna.

Considera bien esas medidas tomadas con tanto estudio, conducidas con tanta habilidad, sostenidas con tanto arte; y verás que siempre se tomaron mal y que no alcanzan. Nuestras luces son muy limitadas,

nuestra destreza muy corta y todas nuestras fuerzas no bastan para evitar los escollos en que se va á estrellar toda la prudencia humana. Es menester eleccion, prevision, discernimiento; es menester no perder jamás de vista la regla de costumbres, la brevedad de la vida, la inmutabilidad de nuestro último fin; es menester conocer la vanidad, descubrir la falsa brillantez, comprender la nada de esos bienes criados que nos encantan, y esto ¿quién lo puede hacer sino solo la prudencia cristiana, que sabe sola representar los objetos como verdaderamente son y sola ella sabe tomar las medidas justas?

¡Cosa extraña! toda la vida se está estudiando, toda se pasa en una continua agitacion, toda se consume en llegar cada uno á sus fines; artificios, sutilezas, enredos, disimulaciones, de todo se echa mano para hacer cada uno su fortuna. Prudencia humana, falsa prudencia, que cada dia se está Dios complaciendo en confundir con muertes imprevistas, con desgracias no esperadas, con súbitas revoluciones, que en un abrir y cerrar de ojos trastornan tanto las familias. ¡Qué lástima, ó por mejor decir, qué cosa mas risible que ver los afanes, las fatigas de los hijos de Noé para inmortalizar su nombre, para levantar una fortificacion contra la cólera del cielo, para fabricarse un asilo contra todas las desgracias! imágen natural de la prudencia de la carne. ¡Qué necedad apoyarse en solos sus brazos! ¡contar con solo su crédito, con el poder de sus amigos, con el favor de sus protectores, con la virtud de sus riquezas, con la felicidad de su fortuna y con los arbitrios de su habilidad y de su industria! *Nisi Dominus ædificaverit domum, in vanum laboraverunt qui ædificant eam*: si el Señor no entra en nuestros proyectos, si no es el único fin y el móvil principal de todas nuestras empresas, si él mismo no fabrica nuestra fortuna, de nada

sirven todas nuestras diligencias y medidas. ¡Mi Dios, qué necedad la de fundarnos, la de confiar solo en nuestra prudencia!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que solamente la prudencia cristiana, esto es, aquella prudencia que únicamente se apoya en los principios de la religion, que solo sigue las luces de la razon alumbrada por la fe, que no tiene otra regla que las máximas del Evangelio; solamente esta prudencia no se descamina, sola ella es verdadera, sola puede hacer nuestra fortuna para el tiempo y para la eternidad. Ella sola posee el arte de aprovecharse igualmente de los bienes y de los males de esta vida; consígase ó no se consiga lo que se pretende, cuando solo se obra movido de un espíritu cristiano y segun la prudencia del Evangelio, sálgase bien ó sálgase mal de lo que se intenta, si no se lograre la aprobacion de los hombres, se logra siempre la de Dios, que lleva cuenta fiel de todos nuestros pasos. Por mas que el suceso no corresponda á los deseos de la ambicion; por mas que no se conforme al gusto del mundo, siempre nos será favorable. Los santos jamás conocieron otra prudencia; es cierto que no siempre votaron en favor de sus acciones los hijos de este siglo; pero ¿quién no quisiera haber sido tan discreto y tan prudente como lo fueron los santos?

Es verdad que la prudencia cristiana ignora todas esas sutilezas del ingenio humano, que tantas veces se burlan de los corazones sencillos; ignora esas delicadas máximas de refinada política, que tal vez se adelantan á registrar y á revolver lo futuro, haciendo burla de la rectitud y de la simplicidad de una conciencia timorata; ignora todas esas bajezas, que son propias de una alma esclava de sus pasiones; todos

los artificios con que se pretende hacer fortuna y tener la vanidad de que sea obra de la propia industria. Pero Dios reprueba y confunde esta prudencia; la prudencia cristiana tiene cimientos mas firmes, sigue guías mas seguras y no engaña á los ojos mundanos. Acompáñala siempre la modestia, la humildad, el desinterés y el espíritu de religion, que contínuamente le están inspirando moderacion y cordura. Es cierto que la hacen parecer menos brillante; pero ¿qué mérito no atesora? ¿qué consuelo y qué tranquilidad no la produce, tanto para esta vida como para la otra? Ríese el mundo alguna y muchas veces de la rectitud y de la buena fe de las almas timoratas; ríese de su franqueza y de su sinceridad; trata de imbecilidad la delicadeza de conciencia, ó cuando menos, de apocamiento de ánimo. Pero ¿se pensará lo mismo cuando se vea que esos ánimos apocados, esos imaginados simples poseyeron la ciencia de los santos y obraron segun el espíritu de Dios; que fueron sabios á sus divinos ojos y que solos ellos fueron prudentes y discretos? Es verdad que esta prudencia no sabe qué cosa es mentira ni artificio; que sacrifica á la conciencia y á la religion todos los intereses; que ignora toda doblez y toda superchería; pero ¿será menos respetable por eso? ¿será menos segura? ¿y merecerá el nombre de prudente la conducta contraria que sigue la mayor parte del mundo? ¿no es una insigne locura? y cualquiera que siga otra prudencia que la prudencia cristiana, ¿no será un pobre insensato?

Sin duda, mi Dios, sin duda; y hago esta sincera confesion con un íntimo dolor de mi desacertada conducta. Detesto con toda el alma esa desdichada política, esa perniciosa prudencia, esa falsa sabiduría. Vuestra ley, mi Dios, vuestros mandamientos, vuestro evangelio, vuestras máximas, esa será de hoy en

adelante toda mi política, toda mi prudencia y toda mi conducta; pero divino Maestro mio, todo ha de ser con vuestra gracia, porque sin ella á nada se reducen todas mis resoluciones.

JACULATORIAS.

Beati immaculati in via, qui ambulant in lege Domini. S. 118.

Dichosos aquellos que van por el camino de la inocencia, y caminan fielmente por el sendero de la ley santa de Dios.

Beati qui scrutantur testimonia ejus: in toto corde exquirunt eum. Ibid.

Dichosos los que solo estudian en saber la voluntad de Dios para cumplirla, para no apartarse de ella.

PROPOSITOS.

1. No hay cosa mas perjudicial á la verdadera virtud que la falsa prudencia; prudencia mundana, prudencia carnal, toda natural, que ni ve sino por los ofuscados ojos de la humana razon, ni juzga sino por el órgano falaz de los sentidos, ni tiene otro primer principio que el errado dictámen del amor propio. Tal es la prudencia que hoy reina en el mundo y algunas veces tambien aun en los claustros religiosos, solamente se consulta á lo que se llama *buen juicio*; no se siguen otras luces que las débiles y oscurecidas del propio dictámen, ni se hace juicio de las cosas sino por las desacertadas máximas de la prudencia humana. Y como á las de Jesucristo, á las del Evangelio y á las de la fe, ni se las consulta, ni aun se las oye en su tribunal, siempre pierde el pleito en él la religion. Todo se mide, todo se arregla, todo se ajusta á la perniciosa prudencia de la carne, la cual hace filósofos, pero no cristianos. Guár-

date bien de seguir *semejante guia*, *que siempre te descaminará*; discurre en buen hora en todos los asuntos *segun las luces de un entendimiento derecho* y de un juicio sano; pero jamás pierdas de vista en tu modo de discurrir los principios de la fe y las luces del Evangelio; estas han de purificar aquellas; sin las primeras todo lo que se llama *sensatez* es mera ilusion, es extravagancia. En tanto seremos hombres de buen juicio, en cuanto nuestro espíritu se conformare con el de Jesucristo. Has de tener siempre esta verdad por un primer principio.

2. Desconfía siempre mucho de tu propio parecer, de tu imaginario buen juicio y de todos tus alcances; la pasion, el amor propio y el interés todo lo ciegan; por eso es tantas veces el entendimiento juguete y burla del corazon. Nunca te fies de aquella prudencia mundana, que con los especiosos pretextos de gratitud, de urbanidad, de atencion y de necesidad, favorece siempre á la pasion y al amor propio, pero á costa de la virtud y de la salvacion. ¿Tratas de resolverte á algun negocio de consecuencia y de importancia? Da principio consultándolo con Dios y pidiéndole que te alumbre; despues examina con madurez todas las circunstancias y todas las razones; pero discurriendo siempre con respecto á tu último fin, que en todas las cosas ha de ser tu primer principio. Considérate en la hora de la muerte cercano ya á dar cuenta de aquel negocio que quieres emprender; mírale ahora como le mirarias entonces; y en fin, no emprendas cosa alguna considerable sin haberla consultado primero con un sabio y santo director.

DIA DOCE.

SAN BASILIDES, CIRINO, NABOR Y NAZARIO, MÁRTIRES.

Entre aquella portentosa innumerable multitud de invictos mártires con que ilustró á la santa Iglesia la cruel persecucion de Diocleciano y Maximiano, no ocupan el inferior ni el menos glorioso lugar los santos Basilides, Cirino, Nabor y Nazario, cuatro bizarros jóvenes, todos caballeros romanos, tan señalados por sus prendas personales como por su ilustre nacimiento, pero mucho mas por la incomparable dicha de haber profesado la fe de Jesucristo. Siendo la carrera de las armas la única que correspondia á hombres de su distincion, y estando obligados á servir todos los caballeros romanos, los cuatro tomaron partido en los ejércitos de los emperadores, y todos eran oficiales en el que mandaba en Italia Majencio, en quien su padre Maximiano habia renunciado el imperio, aun viviendo todavía Diocleciano.

Informado Majencio de que los cristianos favorecian el partido de Constantino, proclamado emperador por el ejército de Inglaterra, él mismo fingió serlo para atraerlos á su servicio y mandó cesar las pesquisas que en todas partes se hacian contra ellos; breve intervalo en que respiraron los fieles algun tanto de tan dilatada persecucion, que tenia inundado al mundo en sangre y en carnicería; pero duró poco la calma. Sufocó el tirano Majencio la rebelion de Alejandro, que se habia hecho proclamar emperador por las legiones de Africa, y pareciéndole á su orgullo que ya no tenia que temer á los cristianos, se

quitó la máscara, se declaró su enemigo y los persiguió con extraordinario furor. En la persecucion de este implacable enemigo del cristianismo señalaron su fe nuestros cuatro campeones, acreditando la religion con aquella heróica constancia con que se burlaron de los mas crueles tormentos y premiándosela el cielo con la triunfante corona del martirio.

Por los años de 309 renovó el tirano los sangrientos edictos de los emperadores Diocleciano y Maximiano contra la religion, mandando se hiciesen las mas exactas pesquisas de todos los que la profesaban. Ni Basílides y sus tres animosos compañeros eran tan cobardes ó tan tímidos que la quisiesen disimular, ni la pública y abierta profesion que hacian de ella podia nunca encubrirse; por lo que viendo que la tempestad iba á descargar sobre su cabeza, se previnieron al combate, y desprendiéndose de sus opulentos bienes, los distribuyeron todos entre los pobres

Comenzaron por héroes de la caridad, para pasar luego á ser mártires de la fe. Dieron noticia á Aurelio, prefecto de la ciudad de Roma, de que habia en el ejército cuatro oficiales, tan lejos de avergonzarse de ser cristianos, que hacian ostentacion de serlo, despreciando con insolencia los edictos imperiales en punto de religion y haciendo solemne burl de los dioses del imperio.

Quiso verlos el prefecto; recibiólos con estimacior y con agrado, diciéndoles los habia llamado para informarse de su misma boca de un hecho que les atribuian y que él no podia creer: *Dícese por ahí,* continuó Aurelio, *que todos cuatro sois cristianos; téngolo por impostura, pues no me puedo persuadir que unos caballeros de vuestra edad, de vuestras obligaciones y de vuestros grandes talentos; unos oficiales de los primeros que cuenta y que respeta el ejército de los em-*

peradores, tan acreedores á esperar todo cuanto se puede esperar de su favor, como expuestos á temer todo cuanto se puede temer de su desgracia, ¿eran capaces de caer en las ridículas extravagancias de los cristianos, tantas veces proscriptos por los emperadores, y cuyo solo nombre se oye con horror y suena como infamia en todo el romano imperio. El hecho es tal, que para justificaros conmigo no necesitais de mucha apología; sóbraos honor y entendimiento para no incurrir jamás en la vileza y en la locura de ser cristianos. En medio de eso, como esta maliciosa voz se ha extendido demasiado, tengo por preciso que vengais conmigo al templo; diligencia que solo ella bastará para disipar una calumnia en que anda la grosería mezclada con la malignidad.

Habló Aurelio con tanta satisfaccion y al mismo tiempo con tanta rapidez, que no dió lugar ni aun con una breve pausa á que nuestros santos le pudiesen responder; mas luego que cesó de hablar, tomó la voz san Basílides, como el menos mozo de los cuatro, y le dijo: *Nunca se debe tratar de calumnia una verdad que hace honor; dijéronte que éramos cristianos, y te dijeron la verdad. Ni podemos negar, ni debemos avergonzarnos de profesar una religion que es únicamente la verdadera. Sí, Aurelio, publicamos y publicaremos á gritos que no hay otro Dios que el que adoramos los cristianos. Solo perdiendo el juicio y trastornándose totalmente la razon, se pueden tener por dioses á los que fueron afrenta de la humanidad y no merecieron vivir entre los hombres.*

Calla impío, exclamó el prefecto, encendido ya en furor, al oir una respuesta que verdaderamente no esperaba; *calla, cose esa boca sacrílega, y cesa ya de blasfemar de nuestros dioses inmortales: deja, que yo sabré vengar su honor y castigar vuestra insolencia. Lleven á esos locos á la cárcel, y enciérrenlos en un ló-*

brego hediondo calabozo, hasta que informe al emperador de su impiedad y de su desobediencia.

Ejecutóse la órden al momento; despojados de todos los honores y de todas las insignias militares, fueron encerrados en el mas tenebroso y mas inmundo calabozo de las prisiones de Roma. Pero tardó poco el Señor en hacerles experimentar los visibles efectos de su singular proteccion y de su divino poder; desprendióse del cielo una milagrosa luz que en un instante disipó las tinieblas del oscuro calabozo; iluminóle todo con mayor claridad que la del mas sereno y mas despejado mediodia; convirtióse la hediondez en una suavísima fragancia; y como el resplandor se propagó tanto, que aun á larga distancia se dejaba percibir, acudió el alcaide de la cárcel, por nombre Marcelo, á ser testigo ocular de esta maravilla; abre de repente el calabozo, encuentra á los santos prisioneros bañados de una celestial alegría; registra, examina, mira á todas partes por si descubre el orígen de aquella asombrosa luz, y convencido de que era verdaderamente milagrosa, confiesa no haber otro verdadero Dios que el Dios de los cristianos, y arrojándose á los piés de los santos mártires, les pidió el bautismo con toda su familia. Hizo en Roma mucho ruido esta conversion; llegó á los oidos de Aurelio y mandó que los prisioneros fuesen traidos á su presencia cargados de cadenas.

No vió Roma espectáculo, por una parte mas tierno, y por otra mas glorioso á Jesucristo, que cuando vió atravesar por sus calles cuatro caballeros romanos en la flor de su edad, de bizarra disposicion, de un aire tan noble como garboso, el semblante risueño y despejado, las manos atadas á las espaldas, cargados de hierro y seguidos de la villana gritería del populacho. Llegados á palacio, les preguntó Aurelio si el calabozo y las prisiones los habian hecho

cuerdos. *Dejaríamos de serlo,* respondió Basílides, *si dejásemos de ser cristianos. Prefecto, ten entendido que las prisiones no alteran la fe ni la constancia de los que solo suspiran por el martirio; la mayor dicha del hombre es dar la vida por el único que puede hacerle dichoso despues de la muerte.*

Bien está, replicó Aurelio, *si las prisiones no os hicieron mas juiciosos, los tormentos os harán menos insolentes. O resolveos á sacrificar á los dioses, deshaciendo los hechizos con que trastornásteis la cabeza del infeliz alcaide, ó preveníos á sufrir mas espantosos suplicios. Para dar á conocer al verdadero Dios,* respondieron los santos, *no nos valemos de hechizos ni de encantamientos: lo que él mismo puede y sabe hacer para darse á conocer, pregúntaselo tú al mismo alcaide, á su mujer y á sus hijos. Por lo que toca á nosotros, ¿te parece que somos capaces de ofrecer sacrificio á los demonios? No adoramos, ni ofrecemos sacrificio á otro que al verdadero Dios; y tú mismo debieras avergonzarte de tener por dioses á las piedras y á los troncos.*

No como quiera se irritó; salió el prefecto fuera de sí con la saña al oir una respuesta tan cristiana como generosa; y sin detenerse en mas razones dió sus órdenes para que se ejecutasen con los santos inauditas crueldades. Mandólos azotar con los que llamaban *escorpiones:* eran unos ramales de hierro, ó sembrados de puntas aceradas, ó compuestos de mallas espinosas, con unas bolillas de plomo en los extremos, á cuyo golpe se caia la carne á pedazos, quedando despedazado el cuerpo con horribles surcos.

Teníase por tormento ignominioso, y al mismo tiempo era su dolor incomprensible. A poco tiempo quedaron descarnados á trozos los cuerpos de los santos mártires, descubriéndoseles hasta los huesos, con horror de los mismos gentiles, que confesaban atónitos no era posible sobrevivir sin milagro á tan

horroroso tormento. Hasta el tirano mismo quedó asombrado, y mas cuando le informaron que despues de aquel granizo de azotes, á cual mas cruel y doloroso, lejos de blandear los santos, ó á lo menos de mostrar algun abatimiento, cada instante confesaban á Cristo con mayor intrepidez. Mandó, pues, que los volviesen á la cárcel, no desconfiando de cansar su paciencia con la lentitud y la dilatacion de los tormentos; persuadido tambien á que el mas cruel de todos ellos seria dejarlos en tan lastimoso estado, sin permitirles el menor alivio, para que cada dia se fuesen rasgando mas las heridas y se exacerbase el dolor con la destemplanza del frio.

Siete dias estuvieron de esta manera en el calabozo, no solo sin algun lenitivo humano, pero casi sin sustento; mas el cielo tomó de su cuenta el confortar aquellas generosas almas. Nunca fueron mayores ni mas abundantes los consuelos; y parecia que solo se multiplicaban las heridas para que se multiplicasen las bocas que aplaudiesen el triunfo de los mártires y engrandeciesen el poder del que sabe preparar los mayores gustos en medio de los mayores suplicios. En fin, llegó el suceso á noticia del emperador, y queriendo informarse de la verdad por sí mismo, mandó que los trajesen á su presencia. Quedó atónito y horrorizado cuando vió aquellos destrozados cuerpos, cuyo primer aspecto representaba una sola, pero general y lastimosa llaga; preguntóles simple y sencillamente si persistian en la resolucion de no sacrificar á los dioses; aturdióle mucho mas la generosa, firme y determinada respuesta que le dieron : por algun tiempo se quedó como embargado y suspenso; y no pudiendo sufrir ya delante de sus mismos ojos una prueba tan ilustre como concluyente de la falsedad de sus quiméricas fabulosas divinidades, ni un testimonio tan ilustre de la divi-

nidad de Jesucristo y de la excelencia de la religion cristiana, pronunció sentencia de que les cortasen la cabeza y sus cuerpos fuesen arrojados en un camino público; lo que se ejecutó inmediatamente, recibiendo la corona del martirio los cuatro nobles campeones el dia 11 de junio hácia el año de 309.

Cuidaron los cristianos de la ciudad de recoger los santos cuerpos, á quienes habian respetado las aves y las fieras, y los enterraron en la via Aureliana, erigiéndose despues una capilla en el lugar de su sepultura.

Con el tiempo san Crodegang, obispo de Metz, pidió y obtuvo del papa Paulo I las reliquias de los santos Nabor y Nazario, junto con las de san Gorgonio tambien mártir, las cuales hizo traer á Francia el año de 766; y saliéndolas á recibir con religiosa pompa y devota magnificencia, colocó las de san Gorgonio en la célebre abadía de Gorza, las de san Nabor en la iglesia del monasterio de San Hilario y las de san Nazario en la del de Lauresham, ó de Lorch.

La misa es en honra de los santos mártires, y la oracion la siguiente:

Sanctorum martyrum tuorum Basilidis, Cyrini, Naboris, atque Nazarii, quæsumus, Domine, natalitia nobis votiva resplendeant, et quod illis contulit excellentia sempiterna, fructibus nostræ devotionis accrescat. Per Dominum nostrum Jesum Christum..

Suplicámoste, Señor, que admitais las oraciones que os ofrecemos, celebrando el nacimiento á la gloria de vuestros santos mártires Basílides, Cirino, Nabor y Nazario, y que se aumenten en nosotros, por fruto de nuestra devocion, aquellas gracias que les merecieron á ellos la eterna bienaventuranza. Por nuestro Señor Jesucristo..

La epístola es del cap. 10 del apóstol san Pablo á los Hebreos.

Fratres: Rememoramini pristinos dies: in quibus illuminati magnum certamen sustinuistis passionum: et in altero quidem, opprobriis et tribulationibus spectaculum facti; in altero autem, socii taliter conversantium effecti. Nam et vinctis compassi estis, et rapinam bonorum vestrorum cum gaudio suscepistis, cognoscentes vos habere meliorem, et manentem substantiam. Nolite itaque amittere confidentiam vestram, quæ magnam habet remunerationem. Patientia enim vobis necessaria est: ut voluntatem Dei facientes, reportetis promissionem. Adhuc enim modicum aliquantulum, qui venturus est veniet, et non tardabit. Justus autem meus ex fide vivit.

Hermanos: Traed á la memoria aquellos dias primeros, en que habiendo sido iluminados sufrísteis un gran conflicto de tormentos, un dia siendo hechos el espectáculo de oprobio y de tribulacion, otro siendo hechos compañeros de los que se hallaban en tal estado. Porque tuvísteis compasion de los encarcelados, y llevásteis con alegría que os hurtasen vuestros bienes, conociendo que vosotros teníais una hacienda mejor y mas duradera. Y así no querais perder vuestra confianza, la cual merece una gran recompensa. Por cuanto la paciencia os es necesaria para que haciendo la voluntad de Dios poseais lo que os está prometido. Porque despues de muy poco vendrá el que ha de venir, y no tardará. Pero mi justo vive de la fe.

NOTA.

« La epístola á los hebreos, esto es, á los judios convertidos que vivian en Jerusalen y en Palestina contiene toda la teología y toda la ciencia sobrenatural del misterio de la Encarnacion, de la divinidad de Jesucristo, de su empleo de Salvador, de Mesías, de sumo Sacerdote; y la acaba san Pablo exhortando á dichos judíos á perseverar en la fe del mismo Jesucristo, sin la cual no hay salvacion. »

REFLEXIONES.

El tiempo es breve, y muy breve. Pocos harán estas reflexiones; pocos las leerán que no hayan andado ya la mitad de su carrera; muchos estarán al fin de ella y tocarán la sepultura con el pié. ¡Ah, y cuántos no llegarán al fin del año! unos pocos dias que se escapan, que se huyen, que cada momento se desaparecen; un número de horas muy limitado y sobre eso muy incierto; una vida expuesta á mil tristes accidentes, que en conclusion es un soplo; este es el cimiento de arena sobre que estamos edificando; esta la basa en que estriban nuestros proyectos; este el fundamento sobre el cual levantamos nuestra fortuna. Ciertamente, cuando se piensa con seriedad en la inconstancia, en la brevedad, en la rapidez de esta miserable vida; y cuando al mismo tiempo se consideran esos vastos y ambiciosísimos proyectos, esos atropellados, infinitos y tumultuosos afanes, esas inmensas ideas de grandeza y de fortuna, que solas ellas pedian siglos enteros para efectuarse; ¿no hay sobrada razon para exclamar: Hijos de los hombres, cuándo habeis de dejar de ser locos é insensatos? ¿hasta cuándo ha de durar esto de ocupar toda la vida en hacer nada? *El tiempo es breve*; pero si se reflexionan los pensamientos que se tienen, los pasos que se dan, las líneas que se tiran, las medidas que se toman, ¿quién no dirá que estamos seguros de que hemos de vivir muchos siglos? *El tiempo es breve*; todos convienen en eso; del buen ó mal uso de este poco tiempo depende una eternidad dichosa, ó una infeliz desventurada eternidad. Nadie lo ignora; y con todo eso la mayor y la mas seria ocupacion de muchos hombres es perder lastimosamente este poco tiempo. *El tiempo es breve y muy breve;* no obstante, á cada uno

le parece que tiene demasiado tiempo; apenas hay quien no sea pródigo del tiempo; ninguno que no conozca ha perdido casi todo el tiempo de su vida *El tiempo es muy breve,* y solo se piensa en adelantar la hacienda, en adquirir nuevas posesiones, en subir todo lo que se pueda, sin considerar que esta migaja de tiempo está unida con aquella espantosa eternidad, durante la cual eternamente se ha de condenar, se ha de llorar, se ha de detestar todo aquello que al presente nos ocupa y nos encanta. ¿Dónde hay discursos mas necios, ni conducta mas loca que la de los disolutos, segun el retrato que hace de ellos el mismo Espíritu Santo en la Escritura? ¿Hemos de vivir poco? dicen los impíos, pues démonos priesa á coronarnos de rosas antes que se marchiten. *¿El tiempo es breve?* pues no hay que malograrle, y vámosle empleando en amontonar bienes que luego hemos de perder y no nos ha de ser posible conservar; no pensemos sino en embriagarnos de placeres que han de dar materia á nuestro arrepentimiento y al cabo han de ser nuestro mayor suplicio. ¡Qué extravagancia! ¡qué locura! Debiendo discurrir de esta manera: *¿El tiempo es breve?* pues no hay que fiarnos en él; no hay que perder un instante de tiempo; menospreciemos todo aquello que con el tiempo se acaba, y no estimemos, ni amemos, ni solicitemos sino aquello que nos ha de hacer dichosos por toda la eternidad. Así debe discurrir, y así debe obrar todo hombre cuerdo. ¿Hemos obrado y hemos discurrido nosotros así?

El evangelio es del cap. 24 de san Mateo.

In illo tempore: Sedente Jesu super montem Oliveti, accesserunt ad eum discipuli secretò, dicentes. Dic nobis, ¿quando hæc erunt? ¿et quod

En aquel tiempo: Estando Jesus sentado sobre el monte Olivete, se llegaron á él sus discípulos en secreto, y le dijeron: Dinos á nosotros, ¿cuándo suce-

signum adventus tui, et consummationis sæculi? Et respondens Jesus, dixit eis: Videte ne quis vos seducat. Multi enim venient in nomine meo, dicentes: Ego sum Christus, et multos seducent. Audituri enim estis prælia, et opiniones præliorum. Videte ne turbemini: oportet enim hæc fieri, sed nondum est finis: consurget enim gens in gentem, et regnum in regnum, et erunt pestilentiæ, et fames, et terræmotus per loca. Hæc autem omnia initia sunt dolorum. Tunc tradent vos in tribulationem, et occident vos, et eritis odio omnibus gentibus propter nomen meum. Et tunc scandalizabuntur multi, et invicem tradent, et odio habebunt invicem. Et multi pseudoprophetæ surgent, et seducent multos. Et quoniam abundabit iniquitas, refrigescet charitas multorum. Qui autem perseveraverit usque in finem, hic salvus erit.

derán estas cosas? ¿y cuál será la señal de tu venida y de la consumacion del siglo? Y respondiendo Jesus, les dijo: Mirad no os engañe alguno. Porque vendrán muchos con mi nombre diciendo: Yo soy Cristo, y seducirán á muchos. Oiréis, pues, hablar de guerras y de rumores de guerras. Cuidad de no turbaros, porque conviene que sucedan estas cosas; pero todavía no es el fin. Porque se levantará gente contra gente, y reino contra reino; habrá pestilencias, y hambres y terremotos en esta y aquella parte. Pero todas estas cosas son solo el principio de los dolores. Entonces os entregarán á la tribulacion, y os harán morir: y seréis aborrecidos de todas las naciones por causa de mi nombre. Y entonces se escandalizarán muchos, y se harán traicion mútuamente, y se aborrecerán unos á otros. Y se levantarán muchos falsos profetas, y seducirán á muchos. Y por haber sobreabundado la iniquidad se resfriará la caridad en muchos. Pero el que perseverare hasta el fin, ese será salvo.

MEDITACION.

QUE ES MENESTER ESTAR SIEMPRE ALERTA CONTRA LAS ILUSIONES DEL ENTENDIMIENTO Y DEL CORAZON.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no siempre son los mas temibles los enemigos mas descubiertos y mas declarados de nuestra salvacion; la misma desconfianza que se tiene de ellos despierta la vigilancia contra sus embestidas y contra sus artificios. Pasiones vivas, tentaciones violentas, culpas visibles, todo esto lleva en su misma frente la malicia, y se huye de ello por no entregarnos á los punzantes remordimientos de una conciencia medianamente cristiana. Pocas almas hay tan réprobas ó tan perdidas, que en medio de sus mayores desórdenes no tengan alguna tal cual esperanza de enmendarse. Pero los enemigos mas engañosos, y por consiguiente los mas temibles, son las ilusiones del entendimiento y del corazon; cuando se coligan estas dos potencias y emplean el artificio y el enredo para engañar á la pobre alma, solo por un milagro, y por un gran milagro, dejará de caer en el lazo.

Cuando el entendimiento descubre las pasiones del corazon y pone en claro toda su malicia, no es difícil, con el auxilio de la divina gracia, prevenirse bien contra las sorpresas del enemigo. Igualmente cuando el corazon mira con horror los objetos que el entendimiento le representa agradables, siempre tiene pocas fuerzas la tentacion y el enemigo no hará grandes progresos: mas cuando todos los objetos vienen marcados con el sello de la ilusion; cuando las tinieblas del error se apoderaron tanto

del corazon como del entendimiento; cuando solo se camina con la falsa luz que encienden las pasiones; cuando el capricho ocupó el lugar de la razon y el corazon no tiene otra guia que su misma inclinacion natural, autorizada por el error; buen Dios, qué de tropiezos, qué de errores se cometen en el camino, con qué seguridad anda el que nada desconfia! ¿y de qué ha de desconfiar el que ve que van acordes el entendimiento, el corazon y las pasiones? Tiénese entonces por enemigo á cualquiera que pretenda turbar esta maligna seguridad. Levantan tanto el grito las pasiones, meten tanto ruido, que apenas se puede oir la voz de Dios. Casi apagada la fe, alumbrada con una luz tan amortiguada y tan débil, que apenas se deja percibir, óyese como oráculo todo lo que dicta, todo lo que declara el entendimiento entregado á las pasiones; al que piensa, al que discurre y al que habla de otra manera se le tiene lástima. De aquí nacen aquellos principios tan erróneos, aquellos sistemas de conciencia tan falsos, aquella conducta tan desacertada. No se reconoce otro tribunal que el que erigen el espíritu del mundo y las pasiones; en él solo preside el hombre; todas las sentencias se pronuncian segun las reglas de la carne y de la sangre, espiritualizadas por la ilusion. ¿Cómo se podrá salir de un laberinto, formado de enredos que ni siquiera se sospechan, y mas cerrándose cuidadosamente la puerta á todo lo que puede descubrir el descamino y el error? ¿Qué te parece? ¿no tuvo razon Jesucristo para prevenirnos que estuviésemos alerta y cuidasemos de que no nos engañasen? ¿qué cosa mas engañosa que la ilusion? ¿y no sera esta el enemigo mas temible de nuestra salvacion?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que todas las conquistas que hace el demonio y todos los progresos que adelanta la disolucion, todas y todos son por la ilusion del corazon y del entendimiento. No es muy frecuente encontrarse con aquellas almas negras, que, como dice el Profeta, *solo hallan gusto en la iniquidad y jamás se cansan de correr á su perdicion.* Por poca fe, por poca razon *que se tenga, basta para* aborrecer lo malo y para mirar con horror la culpa. Todo el artificio del enemigo se emplea en poner una mascarilla á los objetos, en espiritualizar los motivos, en disfrazar las pasiones, en representar plausibles las máximas mas contrarias al espíritu de Jesucristo y del Evangelio; esta es la ocupacion mas querida y la mas ordinaria de la ilusion.

Vase acercando el tiempo, decia el Salvador del mundo, en que juzgará hace servicio á Dios el que os haga perecer. Siempre es la ilusion efecto de alguna pasion, y así la sirve que es una maravilla; sin la ilusion se extinguiria el amor propio, ó á lo menos haria pocos progresos. A favor de esta falsa luz se fomentan aversiones habituales, se desacredita al prójimo sin escrúpulo y aun se toma venganza sin remordimiento. A favor de esta falsa luz se aprueba todo aquello que nos lisonjea y solo se halla gusto en lo que sustenta nuestra pasion. A favor de esta falsa luz se descubren hasta los átomos en el ojo ajeno y no se ven las vigas en el propio. En fin, a favor de esta falsa luz se duerme profundamente, y cada uno se guarda bien de remover una conciencia en cuya tranquilidad se interesan mucho la pasion y el amor propio; se frecuentan los sacramentos y se prosigue serenamente en unos defectos que escandalizan hasta á los mas indevotos; se reza mucho,

se tienen muchas devociones, pero no se hable de tener caridad; se muerde, se maltrata, se despedaza al prójimo con ordinarias murmuraciones. No importa: la ilusion lo allana todo; y una vez apoderada del corazon y del entendimiento, ninguna cosa perturba. Los ejemplos de los santos no hacen impresion; las verdades mas terribles de la religion no hacen fuerza; los saludables consejos de un prudente y zeloso director se oyen con la mayor indiferencia. Estos son los ordinarios efectos de la ilusion, contra la cual nos exhorta el Salvador que estemos alerta. ¡Dios mio cuántos y cuántas colmados de gracias, prevenidos con las mas dulces bendiciones, por haberse fiado demasiadamente de su entendimiento, de su amor propio y de su pasion, por no haber estado sobre sí cayeron miserablemente en aquel deplorable estado de ceguedad espiritual de que pocos sanan!

No permitais, Señor, que caiga yo en semejante desdicha. Sobradas ilusiones he padecido hasta aquí y sobradamente he experimentado sus lastimosos efectos. Haced, Señor, que, penetrado de un vivo dolor de mis errores pasados, solo siga las luces de vuestra gracia y las impresiones de vuestro divino Espíritu.

JACULATORIAS.

Domine, deduc me in justitia tua: propter inimicos meos dirige in conspectu tuo viam meam. Salm. 5.

Guiadme, Señor, por el seguro camino de tu justicia, para que no me extravie la malignidad de mis enemigos.

Tunc non confundar, cùm perspexero in omnibus mandatis tuis. Salm. 118.

Nunca iré mas seguro, ni estará mejor fundada mi confianza, que cuando no pierda de vista vuestros santos mandamientos

PROPOSITOS.

1. Entre todas las enfermedades del alma acaso ninguna hay mas perniciosa, y de cierto ninguna es mas comun que la ilusion. Causan admiracion los lastimosos efectos que produce. Las ilusiones del corazon fácilmente se comunican al entendimiento, y hay pocas que no sean punto menos que incurables. El primer efecto de las ilusiones del corazon y del entendimiento es debilitar y muchas veces extinguir casi enteramente las luces de la fe y de la razon; aborrécese al prójimo por caridad; murmúrase de él por virtud; se toma venganza del enemigo por acto de religion; y esta imaginaria virtud, ¿á cuántas ilusiones no está sujeta? ¿qué de pasiones no reinan bajo la capa de un vano título de devocion, de que aquel y aquella se lisonjean? ¿cuántos graves pecados se cometen con la voluntaria aprension de que son faltas lijeras? ¿qué imperio no ejerce el amor propio? Aprovéchate de la luz que te comunican estas reflexiones; desconfía perpetuamente de las ilusiones del entendimiento y del corazon, y para evitarlas ó curarlas practica las reglas siguientes. Primera : Suspende ó dilata la ejecucion de todo lo que determinaste estando acalorado; deja pasar algunos dias, ó por lo menos algunas horas; el que quiere obrar prudentemente, siempre ha de obrar sosegado. Segunda : Aconséjate antes con hombres sabios y cuerdos, prefiriendo su juicio al tuyo. Tercera : En punto de devocion huye de todo lo irregular, de todo lo extraordinario, de todo lo que no usaron, ó usaron raras veces los santos; de todo lo que lisonjea á la vanidad ó al amor propio; de todo lo que tiene aire ó carácter de parcialidad; de todo lo que autoriza la licencia de las costumbres. Cuarta : Nunca te guies por tu propio impulso, sin

consultarlo antes con la razon. Quinta: Reprueba, condena, detesta todo lo que no te inspira una humildad sincera, una caridad universal, una contínua mortificacion de los sentidos, una entera y perfecta sujecion y rendimiento á las decisiones de la Iglesia, una viva y tierna devocion á la santísima Vírgen en todo tiempo; devocion que no tenga este carácter es verdadera ilusion.

2. Tampoco están siempre exentas de estas ilusiones ciertas direcciones, que se pueden y se deben llamar artificiales. Tales son aquellas lecciones secas y descarnadas de una espiritualidad inmoderada y fantástica, que con la bella apariencia de puro amor de Dios, en un dia pretende elevar el alma á la mas sublime perfeccion. Las pasiones, las malas costumbres y el amor propio nunca mueren de repente; para matarlas es menester un largo y contínuo ejércicio de mortificacion, de combates y de victorias; un largo y contínuo ejercicio de humildad, de fidelidad constante á la gracia y al cumplimiento de las obligaciones mas menudas del estado. La pasion es tan ingeniosa como falaz; imagina aquel que no tiene otro fin que la mayor gloria de Dios, la salvacion de los prójimos, la suya propia, el bien de la Iglesia, y no pocas veces todo es orgullo, todo emulacion, todo envidia, todo interés, inclinacion natural, ó una especie de costumbre. La ilusion desfigura todos los objetos. En sintiendo demasiada ansia, excesivo ardor, adhesion al juicio propio, aversion, indignacion ó turbacion, está cierto de que no te mueve el espíritu de Dios; y entonces desconfía mucho de los artificios de la ilusion

---

SAN JUAN DE SAHAGUN, CONFESOR.

Uno de los varones que mas han ilustrado nuestra España con sus virtudes y milagros ha sido san

T. 6. P. 230.



S. JUAN DE SAHAGUN, C.

Juan de Sahagun, gloria de su siglo y uno de los mayores ornamentos de la religion agustiniana. Nació este santo en una villa del obispado de Leon, llamada Sahagun, de donde tomó su nombre. Fueron sus padres Juan Gonzalez y Sancha Martinez, gente noble, aunque de moderada fortuna; pero de ilustre piedad, con la cual alcanzaron del cielo un hijo, entre otros varios, que les quitó el oprobio de la esterilidad que padecian despues de muchos años de casados y los hizo famosos con la santidad de sus costumbres. Su puericia no solo fué inocente, sino que estuvo adornada de todas aquellas felices señales que son pronósticos de una santidad heróica. Aborrecia las pueriles diversiones de los demás niños, teniendo únicamente sus delicias en las cosas de la Iglesia, y principalmente en el ejercicio de la divina palabra. Oia con sumo gusto los sermones; repetialos con mucha gracia y energía á los demás niños, anunciando en esto mismo el alto ministerio á que le destinaba la Providencia. Siendo de edad competente para los estudios mayores, hicieron sus padres que estudiase gramática en el convento de san Benito de su propia villa y despues las artes y sagrada teología. En todas estas ciencias aprovechó el santo maravillosamente, no llenando su corazon de aquellos conocimientos que hinchan y ensoberbecen, sino de aquellos que edifican y sirven para la propia santificacion y para negociar la salud de sus prójimos. Con la aplicacion continua, con la tenacidad de su memoria, con la viveza de su ingenio y mucho mas con los santos ejercicios que mezclaba á sus lecciones, salió en breve tan aprovechado, que juzgó su padre oportuno procurarle un beneficio eclesiástico, con cuya renta pudiese comprar libros y extender sus luces y conocimientos. Confiriósele de hecho el tal beneficio; pero como el santo no estaba ordenado y conocia que las

rentas de la Iglesia no deben disfrutarlas sino aquellos que las sirven, fueron tan grandes los escrúpulos que por este motivo agitaron su conciencia, que sin ser poderosas las persuasiones de su padre y de un tio suyo á contenerle, hizo formal renuncia, quedándose con menos renta, pero con mas paz en su alma. Esta accion certificó á su tio del carácter que á su sobrino distinguia; y considerando que un mancebo de tan delicada conciencia seria grato al obispo de Burgos, que lo era á la sazon don Alonso de Cartagena, y uno de los mas sabios y virtuosos prelados que tenia España en aquel tiempo, aconsejó á su padre que le procurase acomodar con el referido obispo. No tuvo dificultad en acceder á la propuesta; porque desde luego conoció que las costumbres de su hijo se conciliarian en breve la estimacion de aquel virtuoso prelado y que procuraria premiarlas con una de las mayores dignidades de aquella iglesia. Con este pensamiento se fué al obispo en compañía de su hijo, de quien le hizo una modesta y verdadera informacion, de la cual resultó que se quedó el santo mancebo en su compañía. Lo primero en que le ocupó fué en ayudarle en el rezo divino, dándole despues el oficio de camarero suyo.

En estos ejercicios manifestó el santo tanta sublimidad de virtudes, que se concilió toda la estimacion de aquel prelado, que admiraba en el santo una celestial sabiduría, junta con una inocencia angélica. Veia el zelo y caridad con que se interesaba por los pobres desvalidos, procurando con santos artificios avivar la largueza de su Señor, para que fuesen las limosnas mas cuantiosas y continuas. Deseaba el prelado premiar el grande mérito que advertia en Juan, y habiendo vacado algunas prebendas, cuya colacion le pertenecia, le ordenó de sacerdote y le confirió una canongía y un beneficio simple. Imitó este ejem-

plo el abad de Sahagun, dándole tambien otro beneficio simple y dos capellanías; disponiendo Dios de este modo premiar con multiplicados beneficios y mucha renta el santo desinterés con que por su amor habia renunciado el primero. Aceptó Juan de Sahagun todas estas prebendas eclesiásticas, no por amor que tuviese á su exaltacion é intereses, sino porque sabia que era parte de gratitud el recibir con gusto los beneficios; pero su corazon quedó con estas honras é intereses sumamente turbado. Hallaba gran dificultad en la distribucion justa de todas aquellas rentas; y aunque sabia que el seno de los pobres era el debido lugar en que habia de depositarlas, con todo eso como esta operacion exigia en la delicadeza de su conciencia muchas atenciones, así se veia privado de la paz y del sosiego que apetecia su alma. Tenia colocado en Dios todo su tesoro, y así le era enojosa cualquiera ocupacion que perjudicase á la contemplacion de los divinos misterios y á la tranquilidad necesaria para meditarlos. Resolvióse, pues, á renunciarlo todo por Jesucristo, aun la compañía del santo prelado, la cual no podia disfrutar sin que los honores tentasen su humildad y las riquezas turbasen el amor que tenia á la santa pobreza. Un dia que estaba solo con el santo obispo, le habló de este modo: « Los beneficios que he recibido de V. S. son superiores á todos mis méritos; pero en su casa veo que mi alma está turbada con continuos cuidados: estos se han aumentado notablemente con las prebendas con que me ha honrado su dignacion bondadosa. Yo, Señor, prefiero á todo la tranquilidad de mi alma; y así le suplico me conceda su licencia para renunciar los beneficios y buscarla en un retiro. » Quedó suspenso el obispo, imaginando si aquella determinacion podria proceder de alguna queja que tuviese Juan de no haber premiado dignamente sus servicios. Rogóle

que se estuviese quieto en su casa, haciéndole promesas muy ventajosas para lo futuro. Respondióle el santo con palabras tan humildes, tan llenas de gratitud y tan significativas del espíritu despreciador del mundo que le movia, que no tuvo valor el santo obispo para contradecir una determinacion tan llena de heroismo. Dió gracias al cielo, y con lágrimas en los ojos se despidió del santo varon y verdadero sacerdote de Jesucristo, permitiendo que saliese de su casa para irse adonde su alma viviese tranquila.

Gozosísimo quedó nuestro santo viendo cuan bien le habia salido aquel primer paso de su determinacion, y alijerado de los estorbos que le impedian caminar con toda la lijereza de su agigantado espíritu á la alta cumbre de la perfeccion, comenzó á poner por obra su gran proyecto. Este constaba de dos partes, que eran la completa satisfaccion de su alma y la edificacion é instruccion de las de sus prójimos. Estaba persuadido á que la divina palabra, por donde habia de lograr esto último, no tiene fuerza cuando sale de un pecho tibio en la caridad para excitarla en los oyentes, que logra poco ó ningun fruto el predicador que declama contra los vicios, que propone el desprecio del mundo y que intima penitencia y mortificacion, si primero no enseña esto mismo con sus obras; porque los oyentes se vencen con dificultad á dar crédito á las palabras, negando lo que ven sus ojos en las operaciones. Con este pensamiento habia dejado por Jesucristo todas las honras é intereses que el mundo ofreció á su doctrina y á su virtud: con el mismo comenzó á emplearse con mas fervor en ayunos, penitencias, oraciones y todo género de ejercicios espirituales; resultando de todo que sus sermones eran recibidos con grande aceptacion, pero con mucho mayor fruto. Mientras el santo se empleaba en estos ejercicios loables, vivia en una casa particu-

lar, sirviendo una capellanía en la iglesia de Santa Agueda, con cuya renta no solamente sustentaba su vida, sino que le quedaba lugar para despreciar algunos regalos que le hacian y socorrer á los pobres con algunas limosnas. Llegaron en este tiempo á sus oidos las tristes nuevas de la guerra civil en que se ardia la ciudad de Salamanca. Habia ya mas de medio siglo que se habian levantado unos bandos, procedidos de la enemistad de dos familias, Monroyes y Manzanos, los cuales trayendo á su partido una porcion de la ciudad, l tenian todo alborotado y entregado el pueblo á la ira y á la venganza. Ningun vecino vivia seguro en su hogar y mucho menos cuando salia por las calles y plazas; alcanzando esta infelicidad y desórden aun á las mismas iglesias. Por todas partes corrian recuentemente arroyos de sangre, provenidos de repentinos encuentros entre las familias abanderizadas. No habia mas ley que la fuerza, ni mas justicia que la pasion, ni mas recurso que el vencer, o pagar con la vida á la venganza del enemigo. Compadecido san Juan de Sahagun de tamaña desventura en una ciudad que era el emporio de las letras, determinó emplear en su remedio el talento de la predicacion que Dios le habia comunicado, ofreciéndose gustosamente á todas las incomodidades y trabajos por la salud de sus prójimos.

Marchó, pues, á Salamanca; y en el primer sermon que se le ofreció predicar, que fué el de san Sebastian, declamó con tal ardor contra los bandos que la dividian, contra el odio, la enemistad y la venganza, que hizo gran sensacion en todos los oyentes. Particular mente se le aficionaron el rector y colegiales del colegio de San Bartolomé, que conocieron en el santo un varon sabio y apostólico, enviado por Dios para remedio de aquella ciudad. Desearon por esto enriquecer su colegio con n hombre tan digno: ofreció-

ronle la beca, y aunque el santo titubeó al principio en la admision de un honor tan singular, rezelando que la abundancia y las honras que habia en el colegio pudiesen perjudicar á sus santos propósitos, resolvió finalmente hacerse colegial, contemplando que la equidad de los estatutos, el buen órden y la sabiduría podrian servir de barrera á cualquiera exceso. Hecho colegial, siguió constantemente en sus piadosos ejercicios; decia misa todos los dias con fervorosa devocion y abundantes lágrimas; predicaba de continuo con admirable fruto; y sin embargo de esto, se empleaba en los estudios con tal aprovechamiento, que llegó en aquella universidad á ser catedrático de sagrada Escritura. Era sumamente importunado de todas las iglesias para que fuese á predicar en ellas; y el santo condescendiendo á sus solicitaciones, predicaba incesantemente sin faltar á las obligaciones de colegial, ni al empleo de catedrático. Sus sermones eran vivos y eficaces, reprendiendo con libertad evangélica á cuantos fomentaban las revoluciones sanguinarias; sin que fuesen parte para entibiar su zelo apostólico, ni la calidad de las nobles personas contra quienes se dirigian sus discursos, ni el peligro en que por esta causa estuvo muchas veces su vida. Llegó su valor á tan subido punto, que si por acaso tenia noticia de que algunos caballeros tenian intentos de alborotar el pueblo en ejecucion de alguna venganza, hacía colocar un púlpito enfrente de sus casas mismas, y desde allí les proponia la fealdad de sus delitos, amenazándoles con la venganza de la divina justicia con tanta fuerza y resolucion, que sucedió no pocas veces abandonar los caballeros sus proyectos sanguinarios y retirarse de la ciudad. Esta habia ya mudado de semblante con la predicacion de san Juan de Sahagun; sus calles y plazas eran frecuentadas de los vecinos con mayor seguridad; la

enemistad y el odio se habian alejado de sus corazones y los bandos habian perdido aquel antiguo vigor á que los condujo el total desenfreno de las pasiones. La continuacion no interrumpida de los sermones del santo eran el único antidoto que podia desterrar completamente la calamidad de aquel desgraciado pueblo; pero esta continuacion encontraba estorbos casi insuperables en el colegio, ya por la falta de compañero que muchas veces ocurria, y ya por las ocupaciones privadas que interceptaban al santo los esfuerzos de su caridad. Acordó por esta causa salirse del colegio, yéndose á casa del canónigo Pedro Sanchez, hombre virtuoso y sabio y cortado á medida del corazon del santo, en cuya compañía permaneció diez años, ocurriendo la ciudad á su sustento con el salario de tres mil maravedis que le daba por estipendio de sus sermones. En todo este tiempo continuó Sahagun el fervor de sus ejercicios, aumentándose de dia en dia los ardores de su caridad. Predicaba, estudiaba, oraba con increible teson; y entre los ejercicios de las virtudes daba el primer lugar á la caridad que ejercitaba en las cárceles y hospitales, y en dar limosna á los pobres con los ahorros de su modestia, de su templanza y sus ayunos. Pidióle un dia limosna un pobre estudiante que tenia el vestido muy deteriorado y andrajoso: queriendo el santo remediar aquella necesidad, se puso á considerar cuál de dos vestidos que tenia daria al pobre, é ilustrado por su fragantisima caridad, acordó darle el mas nuevo. Tanta virtud solo necesitaba acrisolarse en los trabajos, que, aunque los de su continua predicacion eran grandes y duros, como se empleaba en ellos siguiendo las santas disposiciones de su corazon, no servian para ejercicio de su paciencia. De resultas de sus penosas fatigas, ya en los estudios, ya en el ministerio de la palabra, contrajo una enfermedad que

le aquejaba con vehementísimos dolores, y tan peligrosa, que determinaron los físicos la operacion de abrirle para poder salvar con alguna probabilidad la vida. Una operacion arriesgadísima y de tanto peligro no dejó de conmover el espíritu del santo; pero fijando su vista en los tormentos que habia padecido su Redentor, y considerando que, si su salud era de provecho para sus prójimos, Dios se la conservaria, determinó entregarse á la cruel operacion. Preparóse con lágrimas de compuncion, y con el sagrado Viático; é hizo voto á Dios de que, si salia con felicidad, le serviria el resto de su vida en alguna de las religiones. Hecho esto, se puso en manos de los facultativos, á quienes dió el cielo tanto acierto, que le sacaron felizmente la piedra, y en breve se halló restablecido y perfectamente sano. Alegre con el feliz suceso, y conocie do que la prontitud con que se pagan á Dios los votos es la parte no menos apreciable del sacrificio, se fué al monasterio de San Pedro de la órden de san Agustin, mansion en todos tiempos de las letras y la virtud, y pidió el hábito de religioso. Fuéle este concedido con gran gusto de aquellos religiosos, que conocian el sublime mérito de aquel apostólico varon y el tesoro con que el cielo los enriquecia; y así le vistieron el hábito de religioso el dia 18 de junio de 1463.

Entrado en el noviciado, comenzó á ejercitarse en los oficios mas humildes del convento, sin dejar por eso de afligir su cuerpo con ásperas penitencias y de recrear su espíritu con las celestiales dulzuras de la contemplacion. Parecia un religioso provecto y consumado en todo género de virtudes, y los religiosos hallaban mas un santo á quien imitar, que un novicio á quien dirigir. Dícese que en este tiempo, habiéndolo encargado sus superiores el humilde oficio de refitolero, multiplicó Dios milagrosamente por su inter-

cesion los alimentos necesarios á la comunidad, que la pobreza de aquel convento hacia que fuesen escasos y algunas veces ningunos. Ya en atencion á su señalada virtud y ya por ser un hombre de tanto mérito, que habia despreciado una canongía de Burgos, diferentes beneficios y prebendas, la colegiatura de San Bartolomé y la cátedra de Escritura de tan insigne universidad, procuraban los prelados mirarle con algun respeto, eximiéndole de las leyes penosas á que sujetan á los jóvenes en el noviciado la edad bulliciosa y la ignorancia. Agradecía Sahagun la buena voluntad de sus superiores; pero como no tenia otra delicia que humillarse y mortificarse por Jesucristo, suplicaba con lágrimas que templasen su bondad y le reelevasen de aquellas excepciones. Asi se ocupó en la humildad, en la mortificacion, en la obediencia y en todos los ejercicios, hasta que llegó el dia de su profesion, que fué el de san Agustin, con que se hizo mas solemne esta festividad. Muchos de Salamanca habian llevado á mal que el santo se hiciese religioso, temiendo que, segun la costumbre de las religiones, le trasladarian á otro convento, privando á Salamanca del apóstol que Dios le habia enviado para remedio de su ruina. Avivaba esta pena la experiencia dolorosa de haber visto renacer los bandos en el tiempo que fué novicio y que no habia esgrimido contra ellos la ardiente espada de la divina palabra. Pero todos estos temores fueron vanos; porque sus prelados no quisieron privar á la ciudad del don que Dios la habia concedido, ni el santo dejó por ser religioso de emplearse con nueva fuerza y vigor en sus antiguos sermones. Comenzó á combatir de nuevo el odio, la enemistad y los sangrientos delitos y horrorosos sacrilegios en que aquellos vicios precipitaban á los ciudadanos. Como el santo habia cobrado nuevas fuerzas y vigor con el estado religioso, se explicaba con mas

vehemencia contra la fealdad de sus vicios y contra la libertad y tiranía de los revoltosos. Esto le concilió gravísimas pesadumbres, que pusieron en peligro su vida, pero que no pudieron contrastar su fortaleza y su constancia.

Predicó un dia con toda la fuerza de libertad apostólica contra los que fomentaban los bandos, siendo cabezas de faccion. Hallábase presente al sermon un caballero, á quien su misma conciencia le acusaba reo de todos aquellos delitos, é indignado de que el santo á su parecer le hubiese reprendido á él particularmente en el sermon, dió órden á dos criados suyos de que le aguardasen á la puerta de la iglesia y le cosiesen á puñaladas. Obedecieron los malos criados á su inicuo señor; pero al ir á ejecutar sus atroces intentos, quedaron los brazos yertos, levantados en el aire y con los puñales en la mano. Conocieron el visible castigo que el cielo daba á su delito, y la proteccion con que conservaba aquella inocente vida; y arrojándose á los piés del santo, confesaron su culpa, le pidieron perdon y publicaron por toda la ciudad aquella maravilla. Iguales pesadumbres padeció otras muchas veces por su zelo apostólico; con el cual predicando en una aldea contra los vicios y desórdenes vergonzosos de ciertos caballeros que en ella habia estos se indignaron de modo que le trataron con la mayor ignominia. Dijéronle muchas afrentas y baldones, y con empellones y otros malos tratamientos le hicieron echar del lugar. Sufriólo todo nuestro santo con invicta paciencia, sin que sus labios se explicasen con la menor palabra de queja ó amargura. Solo tuvo el consuelo de sacudir al salir de la aldea el polvo de los zapatos cumpliendo con el consejo del Evangelio, que dice: *Si os persiguieren en una ciudad, huid á otra, y sacudid el polvo de los zapatos al salir del pueblo que no quiere recibir la doctrina del Evangelio.*

Pero entre todos los casos que dieron en que ejercitar la paciencia de este siervo de Dios y manifestaron los portentos con que el cielo auxiliaba su predicacion, librándole milagrosamente de los atentados y persecuciones, merece un lugar muy distinguido el que le sucedió con don García de Toledo, duque de Alba. Fué el santo á predicar á esta villa, y hablando en el discurso del sermon de la conducta de los grandes, afeó en gran manera la tiranía con que oprimian á sus vasallos, cargándolos con insoportables tributos y gavelas. Afeóles además de esto el teson con que fomentaban y sostenian los bandos, declarándose protectores de los partidos. Entendió el duque que lo habia dicho por él, y en presencia de varios caballeros dijo al santo cuando fué á despedirse: *Padre, bien habeis soltado hoy vuestra lengua; y pues habeis hablado descortés y atrevidamente, no seria mucho que se os diese por esos caminos el pago de vuestro loco decir*. Respondió el santo lleno de mansedumbre: *Señor, el oficio de predicador no es de decir lisonjas, sino la verdad de Jesucristo: todos los males que me pueden venir son mucho menores que el detrimento de mi alma. Yo no he intentado ofender á persona alguna, sino cumplir con mi ministerio apostólico, declamando contra los vicios. Dios, que está en el cielo, ve la inocencia de mi corazon, y en él confío que sabrá defenderla*. Dicho esto, se despidió del duque y demás caballeros y tomó el camino de Salamanca. Unas palabras que habian de producir la compuncion y arrepentimiento, irritaron mas el enojo del duque; quien mandó á los criados que tomasen caballos y armas y saliesen al camino á matar á aquel fraile. Pusieron en ejecucion la órden de su amo; y alcanzando al santo en un sitio despoblado, conoció su compañero sus perversas intenciones y las dió á entender al santo con temor. Este, lleno de confianza en la bondad divina, le res-

pondió sin alterarse: *No tengais cuidado, hermano, ni os asusteis al ver tan cerca de vos los caballos y las lanzas, que si Dios está con nosotros, ninguna fuerza hay en este mundo que pueda dañarnos ni en un cabello de la cabeza.* Verificóse así, porque apenas los desalmados escuderos, enristradas las lanzas, quisieron poner por obra sus sacrílegos intentos, cuando tanto los caballos como los caballeros se quedaron parados por divina virtud y agitados de una convulsion tan violenta, que los puso en términos de perder la vida. Conocieron inmediatamente que aquel era castigo con que el cielo vengaba la atrocidad de su delito. Dieron voces al santo, pidiéndole perdon y que les socorriese en aquella miseria, á las cuales acudió san Juan de Sahagun, y echándoles su bendicion, concedió la sanidad y la vida á los que venian en ánimo de quitársela. A la misma hora que esto sucedia en el campo, padecia el duque en su pueblo una fatiga y convulsion, que le llevaba por puntos al último extremo. Llegaron los escuderos; refirieron lo que les habia pasado: una luz sobrenatural le manifestó al duque todo el horror de su delito; y enviando mensajeros al prior de San Agustin, le pidió encarecidamente que le enviase el santo fraile Juan, bien cierto de que, si tardaba, no le hallaria con vida. Condescendió el prior con esta súplica: entró el santo donde estaba el duque, el cual, luego que le vió, se arrojó de la cama, se puso á sus piés de rodillas, confesando su culpa con lágrimas y pidiéndole que alcanzase de Dios misericordia. El santo le consoló; le dió saludables consejos para lo futuro; y haciendo oracion por él, quedó repentinamente sano. Dió el duque muchas gracias á Dios por tan grande beneficio, y al convento de San Agustin de Salamanca muchas limosnas, entre las cuales un zamarro y unos corporales, que se conservan todavía en el sagrario del con-

vento, como prendas de tan grandes maravillas.

A la virtud de la predicacion, de la oracion, de la caridad y la penitencia, juntaba el santo otras muchas que le constituian en un grado sublime de santidad. Sin embargo, era tan bajo el concepto que tenia de sí mismo y tan grande el temor de que su alma tuviese la menor mancha, que frecuentaba el sacramento de la penitencia como si fuera muy defectuoso. Cuantas veces salia fuera del convento, otras tantas se confesaba: lo mismo hacia al tiempo de volver y otras diferentes veces en el discurso del dia. Este esmero singular en conservar la pureza de conciencia se le remuneró Dios con un favor soberano, que excede la capacidad del humano entendimiento. Al tiempo de consumir la sagrada hostia se dejaba ver Jesucristo con su cuerpo glorioso, despidiendo de todo él, y principalmente de las llagas, tan grandes resplandores, que hubieran deslumbrado la vista, si el mismo Dios no la fortaleciese con su omnipotencia. Al mismo tiempo entendia el santo cosas divinas y maravillosas de los sacrosantos misterios. Por esta causa sentia en su alma tan excelentes dulzuras, que se enajenaba de sí y se detenia notablemente en la celebracion de la misa. Faltábales paciencia á los ministros que le ayudaban: quejáronse al prelado: reconvínole este, y estrechado por la obediencia, hubo de manifestar á pesar de su humildad los soberanos favores que del cielo recibia. Acompañó esta confesion con tantas demostraciones de sumision profunda, con tantos suspiros y lágrimas, que no pudo menos el prelado de conocer la verdad y admirar las misericordias que ejecutaba Dios con su siervo, mandando á los ministros de la iglesia que de allí adelante tuviesen paciencia por mas que el santo tardase en la celebracion de la misa.

A tan sublimes virtudes y tan excelentes favores

quiso el cielo juntar el don de profecía, con que pronosticaba las cosas futuras y descubría los ocultos secretos del corazon; y una superioridad sobre los elementos, que le hicieron célebre con repetidos milagros. Predicaba en cierta ocasion en la iglesia de san Lázaro de Salamanca, y conmoviéndose algunas personas que estaban entre sí enemistadas, les mandó el santo que se aquietasen, porque el primero que incomodase turbando el auditorio, quedaria repentinamente muerto; lo cual se verificó. Experimentó igualmente esta virtud de penetrar los corazones una mujer, que había propuesto matar á una hija, porque del trato con cierto hombre habia quedado deshonrada. Llegóse esta mujer, entre otras varias, á besar la mano á san Juan de Sahagun, cierto dia que pasaba por la calle: negósela, diciéndola al oido: *No te la quiero dar, porque ests endemonia da.* Turbóse la infeliz oyendo esto: fuése al convento, y postrandose á los pies del santo, le suplicó la dijese la causa de lo que habia dicho. Entonces san Juan de Sahagun le reveló todo el secreto, diciendo el estado de preñez en que se hallaba su hija; el proyecto que tenia de matarla: persuadióla á que no lo hiciese, asegurando que aquel hombre se casaria con ella y vivirian pacíficamente en el santo matrimonio. Quedó la mujer admirada, viendo la verdad de cuanto decia tocante á su persona, y lo demas lo certificó la experiencia.

A proporcion de estas maravillas fueron las que ejecutó el santo por el dominio que tenia sobre las aguas. Una de ellas fué, que, habiendo caido un niño en un pozo á la sazon que el santo pasaba por aquella calle, movido de las lágrimas de su madre, echó la bendicion á las aguas del pozo, y estas crecieron inmediatamente hasta el brocal, trayendo sobre sí a niño sin padecer lesion alguna. Alargóle el santo a correa, y asiéndola la criatura, se le entregó salvo a

su madre, en quien eran iguales los extremos de alegría á los votos y gracias que ofrecia al cielo. En otra ocasion venia de predicar de Alba; y como su atencion la llevaba por lo comun en las cosas de Dios, cayó impensadamente en el rio Tormes; y cuando todos los que le vieron caer tenian su muerte por cierta, pues la corriente le habia arrebatado y hecho pasar por tres paradas de aceñas, que á la sazon molian, vieron con admiracion que salió sano y enjuto como si no hubiera estado en el rio. Esta maravilla la repitió el cielo muchas veces con nuestro santo, segun consta del proceso de su canonizacion. Sin embargo de que su virtud y santidad estaban testificadas con tan singulares prodigios, era tal la delicadeza de su conciencia, que en todo temia desagradar á aquel Dios que tan misericordiosamente le favorecia. Fué á su pueblo con licencia del prelado á ciertos negocios, y como para concluirlos no bastase el tiempo que habia llevado, fué tanta su afliccion, que, angustiado su espíritu, no hallaba consuelo en las cosas de la tierra. Envió un mensajero a solicitar la próroga de la licencia, y mientras este venia se encerró en un cuarto en donde se tuvo encarcelado á sí mismo, hasta que el mensajero le trajo la licencia y en ella el consuelo de su alma.

Una vida tan santa, llena de todos los ejercicios de las virtudes, una fe viva que el hijo de Dios premiaba con la vista corporal de su gloria en el Sacramento, una esperanza colocada en el Señor, por la cual cedia de su derecho toda la naturaleza cuando el santo la mandaba, una caridad ardiente que se dirigia al beneficio del alma y del cuerpo, predicando, confesando, padeciendo injurias y pidiendo limosna para socorrer á los pobres: la destruccion de unos bandos que no pudieron apaciguar tres reyes : todo este conjunto prodigioso no podia menos de mover los cora-

zones sensibles á admirar y venerar tanta virtud junta. En efecto, san Juan de Sahagun era aclamado públicamente por santo. Su temerosa conciencia lo resistia, y procuró con artificios ridiculizarse para minorar su estimacion, haciendo que le tuviesen por loco; pero segun la palabra de la divina Sabiduría, esta misma humillacion le produjo nuevos ensalzamientos, ya de parte del cielo, ya de parte de los hombres. El cielo dándole virtud para deshacer las enfermedades, restituir á los mancos, cojos y tullidos el uso de sus miembros y hacer que la muerte no tuviese dominio en su presencia, como sucedió con una sobrina suya, á quien levantó del féretro viva despues de muchas horas de muerta. Quiso el cielo premiar sus virtudes y trabajos, llevándole á gozar de la gloria que estos merecian. Pero en esto mismo manifestó la predileccion con que miraba á este gran siervo de Dios, permitiendo que muriese por predicar contra la deshonestidad como el Bautista. Se tiene por cierto que una mujer poderosa, de cuyos lazos torpes habia el santo librado á un caballero, le dió veneno con que se fué poco á poco secando. Antes de morir llamó á los religiosos, pidióles perdon con muchas lágrimas de sus defectos; y habiendo recibido los santos sacramentos, murió con la muerte de los justos, diciendo aquellas palabras del Salmo: *En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.* Sucedió este dichoso transito el dia 11 de junio del año de 1479. Su cuerpo quedó tratable y hermoso; y antes de enterrarle manifestó Dios su santidad con el milagro de una repentina lluvia, despues de siete meses de sequedad. Cincuenta y cuatro años despues fué descubierto su cuerpo para colocarle en sitio mas decente, y fué hallado entero, exhalando una fragancia tan admirable, que probaba claramente ser del todo milagrosa. Enviáronse algunas reliquias á príncipes y

ciudades que las deseaban; por medio de las cuales hizo Dios tantas maravillas en honra de su siervo, que, examinadas con la formalidad que la Iglesia acostumbra, juzgó Alejandro VIII que debia colocarle en el número de los santos: lo que ejecutó con solemnísima pompa el dia 16 de octubre del año del Señor de 1690.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, en la via *Aurelia*, la fiesta de los santos mártires Basilides, Cirino, Nabor y Nazario, que, durante la persecucion de Diocleciano y Maximiano y bajo el prefecto Aurelio, por la confesion del nombre cristiano fueron desgarrados á disciplinazos y decapitados.

En Nicea en Bitinia, santa Antonina mártir, condenada en la persecucion por el presidente Priciliano, á ser apaleada sobre el potro, desgarrados los costados, sollamada y por último degollada.

En Tracia, san Olimpo, obispo, que fué echado de su silla por los Arrianos y murió confesor.

En Roma en la iglesia de San Pedro, san Leon, papa, á quien volvió Dios los ojos y la lengua, que unos impíos le habian arrancado.

En Cilicia, san Anfion, obispo, que fué generoso confesor en tiempo de Galerio-Maximiano.

En Egipto, san Onufro, anacoreta, que por espacio de sesenta años, llevó en una vasta soledad una santa vida, volando al cielo resplandeciente de méritos y virtudes; cuya vida ha sido compuesta por el Pafnucio.

En Salamanca en España, san Juan de Sahagun, confesor, del órden de los eremitas de san Agustin, á quien el zelo de su fe, la santidad de su vida y sus milagros han hecho ilustre en la iglesia de Dios.

En Utrecht, san Odolfo, cura de Orscot y luego canónigo de San Salvador de la misma ciudad en tiempo de san Federico.

En Chalons del Sona, el venerable Gerbaudo, obispo de dicha ciudad, recomendable por su piedad, reparo el monasterio de San Pedro y suscribió á muchos concilios.

En Brese, san Masmo, mártir.

En el monte Atos, san Pedro el Atonita, monje.

En Irlanda, san Moculleo.

En Escocia en un pueblo llamado Kincarne, san Ternan, obispo.

La misa es en honra del santo, y la oracion la que sigue:

Deus, auctor pacis, et amator charitatis, qui beatum Joannem confessorem tuum mirifica dissidentes componendi gratia decorasti: ejus meritis et intercessione concede, ut in tua charitate firmati, nullis à te tentationibus separemur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que sois autor de la paz, y amante de la caridad, y que adornásteis al bienaventurado confesor Juan con la gracia maravillosa de reconciliar á los enemistados: concédenos por sus méritos é intercesion, que firmes en vuestro amor, no nos separemos de vos por ningun motivo. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 31 *del libro de la Sabiduría.*

Beatus vir, qui inventus est sine macula, et qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris. Quis est hic, et laudabimus eum? fecit enim mirabilia in vita sua. Qui probatus est in illo, et perfectus est, erit illi gloria æterna: qui potuit transgredi, et non est transgressus, facere mala, et non fecit: ideò stabilita sunt bona illius in Domino, et eleemosynas illius enarrabit omnis Ecclesia sanctorum.

Dichoso el hombre que fué hallado sin mancha y que no corrió tras el oro, ni puso su confianza en el dinero, ni en los tesoros. ¿Quién es este, y le alabaremos? Porque hizo cosas maravillosas en su vida. El que fué probado en el oro, y fué hallado perfecto, tendrá una gloria eterna: pudo violar la ley, y no la violó: hacer mal, y no lo hizo. Por esto sus bienes están seguros en el Señor, y toda la congregacion de los santos publicará sus limosnas.

REFLEXIONES.

La divina Sabiduría tiene por cosa admirable que los hombres no se dejen llevar del resplandor del oro, ni pongan su esperanza en las riquezas temporales. Estas obras son verdaderamente tan superiores á la flaqueza humana, que, despues de decir que es bienaventurado el que las ejecuta, exclama como con una especie de entusiasmo: *Pero ¿quién es este, y le daremos elogios?* La Iglesia nos propone hoy un varon santo, con cuya conducta desinteresada podemos dar una fácil respuesta. San Juan de Sahagun es uno de aquellos bienaventurados hombres que no se dejaron deslumbrar los ojos con el resplandor del oro, ni puso sus esperanzas en las dignidades, ni en las riquezas. Conocia el santo que estas no son otra cosa que trabas y grillos que impiden caminar á la felicidad eterna. Por este motivo, con una generosidad poco acostumbrada, renunció beneficios simples, renunció prebendas y una canongía en la iglesia de Burgos, una de las mas respetables de España. ¡Qué ejemplo este tan terrible para todos los ambiciosos y avarientos, principalmente para los eclesiásticos! Estos han hecho profesion de pobreza en el instante en que se dedicaron al templo: entonces publicaron delante de los altares que su posesion y su herencia seria de allí adelante el Señor y el cáliz de amargura y tribulaciones que preparó Jesucristo para todos sus elegidos. Igual profesion es la que hizo el cristiano en el bautismo, renunciando á las pompas del mundo, y haciendo juramento en presencia de los cielos y de la tierra, de que todo su bien y felicidad la colocaba en el nombre de cristiano. No se ha de negar que el eclesiástico por su estado tiene obligacion á manifestar mayor desprecio de las riquezas y mas desinterés. Las obligaciones del sacerdocio ro-

bastecen, confirman y extienden las de cristiano. Pero por esto no se ha de pensar que la virtud de la pobreza, el desprecio del mundo y la obligacion de no fijar el alma en los bienes temporales es privativa de los eclesiásticos, quedando á los seglares campo abierto para entregarse al gozo de las riquezas y á las vanidades del mundo.

Este es un pensamiento tan sumamente perjudicial á la salvacion de las almas, que por causa suya son muchas las que pierden su eterna ventura. La obligacion de guardar el Evangelio es igual á todos, tanto seglares como eclesiásticos. Unos y otros tienen igual obligacion de guardar el primero y máximo de los preceptos. Unos y otros padecen iguales dificultades en el ejercicio de la virtud si se entregan á los bienes del mundo sin reserva. A unos y á otros están hechas en las sagradas Escrituras iguales amenazas y prometidas iguales recompensas. Luego unos y otros tienen obligacion de usar de las riquezas con templanza, así como tienen obligacion de no poner su esperanza en las cosas perecederas. Pero supongamos que los eclesiásticos tienen mayor obligacion de guardar moderacion en el tren de sus casas, en el equipaje de sus familias, en la mesa y en el vestido: supongamos, como es verdad, que el uso de las riquezas debe ser en ellos tan templado, que pueda servir de ejemplo á los seglares, y de un espejo en que estos vean la perfeccion evangélica para imitarla; pregunto: ¿Podrá esta obligacion de los eclesiásticos minorar aquella que tú tienes por cristiano? ¿te servirá de excusa el delito del ministro de Dios cuando este Señor te tome cuenta del empleo de los bienes que te ha entregado, para que hagas de ellos un uso razonable y ajustado á las leyes de la caridad? Si tu desventura llega á tal extremo, que te veas destinado á los fuegos eternos en justa pena del lujo inmode-

rado con que precipitaste tu familia, de la mesa abundante y escandalosa de que hacias ostentacion, causando escándalo en los timoratos que la veian é incitando á gula á los mas contenidos; y últimamente, en justo castigo de haber endurecido tu corazon para con los miserables y necesitados, á quienes dejabas perecer de hambre, mientras destrozaban tus perros los bienes destinados á su alivio: ¿podrá servirte de consuelo que el eclesiástico padezca la misma pena, ni acallará tus eternas desesperaciones su compañía? La razon natural, prescindiendo de todos los auxilios de la religion, dicta que deben los seglares, no menos que los eclesiásticos, usar de las riquezas con tal moderacion, que denote que no ponen en ellas su esperanza. Ni la infelicidad que aguarda á los unos como mas obligados, puede servir de excusa ni de consuelo á los otros. En el Evangelio se nos dice que no se puede servir á un mismo tiempo á Dios y á las riquezas. Esto mismo pensó y practicó san Juan de Sahagun, y esto mismo debe practicar todo cristiano, si no quiere desmentir con las obras lo que anuncia el nombre recibido en el bautismo.

El evangelio es del cap. 12 de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Sint lumbi vestri præcincti, et lucernæ ardentes in manibus vestris, et vos similes hominibus exspectantibus dominum suum quando revertatur à nuptiis, ut cùm venerit et pulsaverit, confestim aperiant ei. Beati servi illi, quos cùm venerit dominus, invenerit vigilantes: amen dico vobis, quòd præcinget se, et faciet illos discumbere, et

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos; y sed semejantes á los hombres que esperan á su señor cuando vuelva de las bodas, para que en viniendo y llamando, le abran al punto. Bienaventurados aquellos siervos que cuando venga el Señor los hallare velando. En verdad os digo que se ceñirá, y los hará sentar á la mesa, y pa-

transiens ministrabit illis. Et si venerit in secunda vigilia, et si in tertia vigilia venerit, et ita invenerit, beati sunt servi illi. Hoc autem scitote, quoniam si sciret paterfamilias, qua hora fur veniret, vigilaret utique, et non sineret perfodi domum suam. Et vos estote parati, quia qua hora non putatis, Filius hominis veniet.

sando, los servirá. Y si viniere en la segunda vela, y aunque venga en la tercera, y los hallare así, son bienaventurados aquellos siervos. Pero sabed esto, que si el padre de familia supiera á qué hora vendria el ladron, velaria ciertamente, y no permitiria minar su casa. Estad tambien vosotros prevenidos, porque en la hora que no pensais, vendrá el Hijo del hombre.

MEDITACION.

SOBRE EL AMOR DE LOS ENEMIGOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que, aunque el precepto de amar á los enemigos se presenta á los ojos carnales como difícil y tal vez como imposible, la razon persuade lo contrario, además de ser un precepto divino, que en esto mismo manifiesta llevar consigo todo el apoyo de la razon.

Si Jesucristo hubiera sido solamente Dios ó solamente hombre, pudiéramos temer que sus preceptos tuviesen gran dificultad, porque serian sobre nuestras fuerzas; ó que fuesen imposibles, no teniendo toda la perfeccion que puede darlos la divinidad. Pero no es así: Dios es suma perfeccion, y no es capaz de mezclar en sus mandamientos cosa alguna que contradiga al sumo órden con que es criador y gobernador del universo. De consiguiente, cuanto nos manda tiene en sí mucha mayor perfeccion de la que es capaz nuestra naturaleza. Habiendo despues encarnado la Sabiduría divina; habiendo sufrido todas las mise-

rias de la carne mortal; habiendo experimentado que somos polvo y ceniza, y que á manera del heno, un leve soplo de viento nos trastorna; habiendo visto en sí mismo que, aun cuando el espíritu está pronto, flaquea la miserable y enferma carne, resistiéndose á las grandes obras del espíritu, ¿cómo podremos pensar que, al constituirse legislador de una ley de gracia, no tuviese todo esto presente para intimarnos sus preceptos? ¿cómo podrá dejar de ser verdad que el yugo de su ley es suave, y la carga de sus mandamientos lijera y nada superior á las fuerzas del hombre, despues que con su pasion le adquirió tantas gracias superiores á la repugnancia que causo en nuestra naturaleza el pecado del primer hombre? Siendo esto así, como lo es, ¿qué podemos juzgar del precepto de amar á nuestros enemigos en que parece que tenemos contraria á la naturaleza, sino que es un precepto tan justo y arreglado como suyo?

En efecto, toda buena razon natural clama que debemos amar á nuestros enemigos, y que no nos es licito vengarnos cuando alguno nos injuria. Esta verdad es de suyo tan luminosa, que un gentil como Aristóteles, hablando de los principios morales, llegó á decir que es menos malo el padecer una injuria, que el hacerla o el vengarla. Y á la verdad, ¿qué cosa puede haber mas ajena de razon que el constituirse uno mismo juez y parte en su misma causa? ¿qué juicio se puede esperar de un entendimiento ofuscado con los vapores de la ira? ¿qué conformidad podrá establecer entre la pena y el delito? Un leve desprecio será castigado con una bofetada: para vengar esta se derramará la sangre, y esta no se vengaria sino con la muerte. ¡Infelices los hombres si la razon natural dictara leyes tan crueles! Si cada uno tuviese la facultad de vengarse por sí mismo, ¡qué de calamidades no se verian en las repúblicas y cuántos des-

órdenes en los imperios! Los jueces no tendrian poder; á los magistrados se les negaria la autoridad; la venganza excederia á la ofensa; el hombre mas escuro oprimiria al mas noble; este se levantaria contra los jueces; no habria ley que la pasion de la venganza no tuviese por injusta, y él mundo todo seria una ciega confusion de hombres enfurecidos, que buscaban su destruccion por caminos diferentes La sabiduría de la carne no desaprobaria todos estos errores; pero la divina, que conoce perfectamente y sabe pesar el mérito de las injurias, se ha reservado para sí el derecho de la venganza. A nosotros nos toca amar á nuestros enemigos y á Dios tomar la justa venganza de las ofensas que nos han hecho. Y siendo esto verdad, ¿tendrás valor para imaginar dificultad en un precepto, que no solo es conforme, sino necesario á la naturaleza? ¿pretenderás usurpar los derechos al juez universal de vivos y de muertos por seguir las persuasiones de una carne corrompida?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el amor de los enemigos, además de ser conforme á los dictámenes de la naturaleza racional, acarrea utilidades muy apreciables á aquel que le ejercita.

Dios, que es maravilloso en todas sus obras, no lo es menos en este precepto. Vemos que dispuso el mundo con artificio tan admirable y economia tan maravillosa, que las mismas cosas, que hacen daño de una manera, suelen ser de otra el remedio de aquel daño y orígen de muchos beneficios. A este modo podemos sacar grandes utilidades de nuestros mismos enemigos, porque el que los ama y no se venga de ellos, constituye por este mismo hecho á Dios por su vengador: consigue que la injuria quede ciertamente

vengada, de modo que no pueda huir el castigo: consigue la proporcion é igualdad entre el delito y la pena; y últimamente, hacerse un mérito de aquello mismo que le dieron para su daño. Pero cuando todo esto faltara, Dios manda que amemos á nuestros enemigos, y no hay remedio: ó cumplir el precepto, ó condenarse. Cristo dice: *Si perdonais á vuestros hermanos, Dios os perdonará á vosotros; pero si no perdonáseis á los hombres, tampoco el Padre celestial os perdonará vuestros pecados. Con la medida que midas á tu prójimo, con esa misma has de ser medido. El que no ama á su hermano*, dice san Juan Evangelista, *está en la muerte del pecado; quien aborrece á su hermano, es homicida*; esto es, segun se explica san Agustin, es homicida de sí mismo, porque quita á su alma la vida de la gracia y la sujeta á la muerte de la culpa.

Esta ley deben saber los cristianos que es mas estrecha de lo que vulgarmente se juzga. No basta para cumplirla las falsas palabras que pronuncia la boca; se necesita la preparacion del ánimo testificada con las obras. Yo amo á mi enemigo, dicen algunos, pero no puedo hacerme desentendido de los daños que me procura: yo amo y quiero bien á todos; pero tratar ni saludar á tal ó tal persona no lo haré de ningun modo. Yo no tengo rencor ni odio con nadie, dice otro; pero trato de vindicar mi honor, de defender mi hacienda y de que se me haga justicia. Considera, cristiano, que el diablo es muy astuto, y donde juzgas que esta la paz de tu familia, tu justicia y tu honor, alli esconde el anzuelo el comun enemigo para hacerte su esclavo. Advierte que Jesucristo no dice solamente *amad á vuestros enemigos*, sino que añade, *haced bien á aquellos que os aborrecen y dirigid al cielo vuestras oraciones por los que os persiguen y calumnian.* No basta un amor que no se manifieste en las obras, es necesario que estas acrediten los afectos de nues-

tro corazon. ¿Quieres persuadir que amas á tu hermano, que no tienes odio y rencor contra tu prójimo? haz lo que manda Cristo: manifiéstalo en las obras: haz bien y ruega á Dios por aquellos mismos que te calumnian y persiguen. De aquí resulta la mayor utilidad y el mayor de todos los beneficios prometidos al amor de los enemigos. Este es el carácter de hijo de Dios, testificado por la misma verdad por esencia, que apenas hay virtud ni obra cristiana, á la cual esté adjudicado un premio de tan soberana excelencia.

JACULATORIAS.

Judicium sine misericordia illi, qui non fecit misericordiam. Jacob. 2.

Señor, vos teneis dicho que será juzgado sin misericordia aquel que no la tuvo de su hermano, perdonándole las injurias.

Dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris. Matth. 6.

Perdóname, pues, las ofensas que contra ti he cometido, así como yo perdono de todo mi corazon á cuantos me han injuriado ó de cualquiera manera se han manifestado enemigos mios.

PROPOSITOS.

Despues de los ejemplos que nos presentan las sagradas Escrituras y las historias eclesiásticas del perdon de los enemigos; despues de haber visto en la vida de san Juan de Sahagun cuán poderosa es la divina palabra y la gracia de Dios para desvanecer todas las dificultades que opone á la perfeccion la corrompida naturaleza, todo cristiano queda sin excusa en esta materia y expuesto á las conminaciones de

la justicia divina. No digas, ó cristiano, que no puedes amar á tu enemigo, ni perdonarle las injurias que te ha hecho, pretextando que perderás el honor y serás la fábula de los demás hombres: todo lo contrario nos acredita la experiencia. ¿De dónde le resultó a David mas gloria, de vencer al gigante, ó de vencerse á sí mismo? De nada le sirviera haber entrado triunfante por el pueblo de Dios con la cabeza de Goliat en la mano, si cuando se vió perseguido y maltratado de Saul no hubiera sabido perdonarle, amarle y guardarle la vida. Toda la gloria y sabiduría de José se hubiera oscurecido si cuando pudo vengarse de sus hermanos no los hubiera llenado de beneficios. Ese mismo que dices te aborrece, es redimido con la sangre de Jesucristo: á ese te manda el Señor que ames y hagas bien; y para que no pongas dificultades á sus preceptos, atiende como el mismo Señor lo ejecuta. Mira á Jesus crucificado: ¿qué género de injuria dejó de padecer en su honor? ¿qué especie de tormento no se empleó para oprimirle? ¿y quién podrá lisonjearse de serle igual ni aun semejante? ¿eres noble? Cristo es hijo del Eterno Padre: ¿eres poderoso? Cristo es rey de los cielos y la tierra: ¿eres sabio? Cristo es la eterna sabiduría. No tiene razon tu enemigo; ¿y la habria para azotar, escupir, baldonar y crucificar á Jesucristo? Con todo eso, desde la misma cruz pide á su Eterno Padre perdon para sus enemigos. A la imitacion de este ejemplo del divino Maestro deben reducirse todos tus propósitos, si quieres ser tenido por discípulo suyo y desempeñar el nombre cristiano.

DIA TRECE.

SAN ANTONIO DE PADUA, CONFESOR.

San Antonio de Padua, llamado así por la dilatada residencia que hizo en esta ciudad, dichosa tambien y rica porque posee el precioso tesoro de su santo cuerpo, nació en Lisboa, corte de Portugal, el año de 1195, y en el bautismo se le puso el nombre de Fernando. Fueron sus padres Martin de Bulloens y María de Tavera, ambos de antigua y calificada nobleza; pero aun mas que por ella, distinguidos por su virtud sobresaliente, en fuerza de la cual no perdonaron medio alguno para dar á su hijo una educacion tan digna de su piedad como correspondiente á su ilustre nacimiento.

Ahorraron muchas lecciones á los maestros el ingenio, la inclinacion y el natural de Fernando, que desde luego dió señales de declararse alumno de la virtud. Era su padre oficial en el ejército del rey don Alfonso; y no pudiendo atender por sí mismo á la mejor crianza de aquel hijo, á quien por tantos títulos amaba tan tiernamente, le puso pupilo en los canónigos de la catedral de Lisboa, en cuya escuela se dedicó principalmente á los ejercicios de virtud; y juntando á la ciencia de los santos la aplicacion y el estudio de las ciencias humanas, en poco tiempo llegó á ser tan virtuoso como sabio.

Al amor de la virtud se siguió naturalmente el tedio y el disgusto que le causaban todas las cosas del mundo. Conoció sus peligros y resolvió huir de ellos, siendo todo su cuidado buscar en el retiro asilo seguro á su inocencia. Contaba solos quince años cuan-

no tomó el hábito en los canónigos reglares de san Agustin, cuya casa, bajo la advocacion de san Vicente, está sita en un arrabal de Lisboa. En poco tiempo fué el novicio dechado y confusion de los mas antiguos, siendo el ejemplo y la admiracion de todos su fervor, su devocion y su cordura. Pero como las frecuentes visitas de sus parientes turbasen algun tanto la quietud de su retiro, pidió y obtuvo licencia de sus superiores para retirarse á la abadía de Santa Cruz de Coimbra. Luego que se vió en aquella dulce soledad, olvidando al mundo y á todo lo que en él amaba, se entregó á Dios enteramente. Distribuyó todo el tiempo en la oracion, en la leccion de la sagrada Escritura y en el estudio de los santos padres, acabando de perfeccionar aquel inocente corazon la contemplacion y la penitencia. Tomó Dios de su cuenta el magisterio de Fernando, instruyéndole en la oracion; y descollando su mérito á pesar de su humildad, desde entonces le reconocieron todos por uno de aquellos prodigios de virtud que envia Dios á su Iglesia, haciéndolos desear por muchos siglos.

Ocho o nueve años habia empleado nuestro santo en estos fervorosos ejercicios cuando llegaron á Coimbra los cuerpos de cinco religiosos del seráfico padre san Francisco, que, habiendo pasado á Marruecos a predicar la fe de Jesucristo á aquellos mahometanos, recibieron en premio la gloriosa corona del martirio. Inflamóse el zelo de nuestro Fernando á vista de aquellos ilustres mártires, y se encendió en su corazon un ardentísimo deseo de derramar á su imitacion toda su sangre por amor de Jesucristo.

Al deseo del martirio se siguió, como naturalmente, el de trasladarse á una religion que ya daba mártires desde su misma cuna. Sobresaltó esta proposicion á los canónigos reglares; pero al fin, todo lo venció la constancia de Fernando. Tomó el hábito de san Fran-

cisco el año de 1221; y no faltó quien contó esta mudanza entre uno de los mayores milagros que obraron los cinco mártires en mucha gloria de su órden. Dejó el nombre de Fernando con el hábito de canónigo reglar y tomó el de Antonio en honor de san Antonio abad, á quien estaba dedicado el convento donde recibió el hábito franciscano.

Creció muy en breve el fervor de fray Antonio á vista de la pobreza evangélica, de la humildad religiosa y de la grande austeridad que profesaba la religion Seráfica; tanto, que parecia no poder subir mas de punto el santo odio de sí mismo y desprendimiento de todo y los ejemplos de la mas tierna devocion. Al mismo paso iba creciendo tambien cada dia el fervoroso deseo de derramar su sangre en defensa de la fe; impaciente ansia, que le hacia parécer importuno, solicitando incesantemente de los superiores la licencia para pasar al Africa y dedicarse en ella á la conversion de los moros y de los sarracenos. Obtúvola finalmente; pero luego que se embarcó se sintio malo; detúvole la enfermedad en las costas de Africa todo el invierno, y sintiéndose cada dia mas débil, se vió precisado á restituirse á España. Distaba pocas millas del primer puerto, cuando un temporal arrojó el bajel sobre las costas de Sicilia. Tomó tierra en Mesina, donde tuvo noticia de que se celebraba en Asis un capítulo general de su órden, al que habia de asistir ó asistia ya el padre san Francisco, y con las ansias de conocer al grande patriarca, se encaminó á aquella ciudad

Luego que este le abrazó, descubrió el precioso tesoro que se ocultaba en Antonio, dándolo á entender las demostraciones de amor y de estimacion con que le distinguió. No así los demas padres guardianes á quienes se presentó; tuviéronle por un fraile inútil y ninguno le quiso recibir para su convento. Movióse á

compasion el padre Graciani, provincial de la Romania, y llevándosele consigo, le asignó para el desierto de Monte-Paulo, que era un conventillo retirado en lo mas áspero de las montañas. No se le podia proporcionar á fray Antonio soledad mas de su gusto ni mas á propósito para que estuviesen ocultos sus milagrosos talentos. Mas al fin, se llegó el tiempo de que aquella antorcha resplandeciente se pusiese sobre el candelero, saliendo de debajo del celemin. Enviado á Forlí para que recibiese los órdenes sagrados, concurrió con muchos religiosos jóvenes de santo Domingo que iban al mismo fin y se hospedaron tambien en el convento de san Francisco. Sobre comida rogó el padre guardian á estos religiosos que platicasen á la comunidad alguna cosa de edificacion; y habiéndose excusado todos, mandó á fray Antonio que lo hiciese. Subió al púlpito, y habló de repente con tanta dignidad, con tanta elocuencia, con tanta energía, que, asombrados todos, se quejaron de que estuviesen sepultados tan singulares talentos en la soledad de Monte-Paulo. Dió parte el guardian de este suceso al patriarca san Francisco, y mandó el santo que fray Antonio estudiase teología escolástica, antes que se le aplicase al ministerio de la predicacion. Hizo en poco tiempo tantos progresos en ella, que el mismo patriarca le ordenó la enseñase públicamente, y á este fin le expidió una patente en estos precisos términos:

A su muy amado fray Antonio, fray Francisco, salud en Jesucristo. Parèceme que expliques los libros de la sagrada teología á los frailes; pero de suerte, como sobre todo te lo encargo, que el ejercicio del estudio no apague en tí ni en ellos el espíritu de la oracion, como lo previene la regla que profesamos. El Señor sea contigo.

Obedeció el santo y enseñó teología con admiracion en Bolonia, en Montpeller, en Tolosa y en Padua.

Es cierto que los errores del tiempo pedian un sabio teólogo; pero la licencia y el desórden de las costumbres no clamaban menos por un zeloso misionero. Fuélo san Antonio y con aquel género de fruto que solo es regular en los apóstoles. Hicieron tanto ruido los primeros sermones que predicó, que concurrian de todas partes á oirle. No cabiendo los auditorios en las iglesias mas capaces, se veia precisado á predicar en las plazas y en los campos; cesaban los negocios, cerrábanse las tiendas y se suspendian todos los oficios hasta acabarse el sermon. A ningun predicador se le oyó nunca con mayor atencion, ni con mayor silencio, ni con mayor ansia; pero tampoco ningun otro predicó con mayor fruto. Ordinariamente interrumpian el sermon los sollozos y los llantos, siguiéndose á ellos innumerables conversiones. Al acabar el sermon se veian frecuentemente venir á postrarse á los piés del santo los mas empedernidos pecadores y los herejes mas obstinados; era tan grande el número de confesiones, que no bastaban para oirlas todos los religiosos ni todos los sacerdotes seculares. No es posible decir el fruto que hizo en pocos años. Predicó en las tierras del Estado eclesiástico, en la Marca Trevisana, en la Provenza, en el Langüedoc, en el Lemosin, en Velay, en el Ducado de Berry, en Sicilia y particularmente en Roma y en Padua, siendo casi infinito el número de conversiones que hizo en todos estos parajes. A la verdad, tampoco se habia visto desde el tiempo de los apóstoles hombre mas poderoso en obras y palabras.

Raro enfermo dejó de recobrar la salud despues de haber recibido su bendicion; y se puede asegurar sin arrojo que los milagros hechos por nuestro santo, si no exceden, igualan á los mayores que se habian obrado hasta entonces, tanto en el número como en la calidad.

Confesándose un mozo con el santo, se acusó de que habia dado un puntapié á su misma madre. Afeóle Antonio este delito con tanta eficacia y con tanta viveza, que el pobre mozo, aconsejándose solo con el horror que le causó su atrevimiento y con el dolor de haberle cometido, se retira exhalado á su casa, entra en su cuarto y córtase el pié. Noticioso el santo de aquella indiscreta y pecaminosa penitencia, parte apresurado á buscarle, repréndele su indiscrecion, pide el pié cortado, aplícale á la pierna y queda de repente unido á ella á vista y con asombro de todos los concurrentes.

Hallábase en Padua cuando tuvo noticia de que su padre, acusado falsamente de un homicidio en Lisboa, estaba en peligro de ser sentenciado á muerte. Pide licencia al superior para marchar á Portugal y en un instante se halla en Lisboa milagrosamente. Visita á los jueces, declara la inocencia de su padre; y viendo que no daban fe á su testimonio, les requiere que el cuerpo del difunto sea presentado en la sala de la audiencia. La novedad del caso habia traido á ella toda la ciudad; pregunta al difunto y le manda en nombre de nuestro Señor Jesucristo que declare en voz alta y perceptible, si su padre era autor del asesinato que se habia cometido en su persona; levantóse el cadáver y declaró públicamente la inocencia del acusado; y hecha esta declaracion, se volvió otra vez á componer en su féretro. La admiracion y el pasmo que este suceso causó en los asistentes, es mas fácil de comprenderse que de explicarse. Hizo Antonio una fervorosa plática á toda su familia, exhortándola á la virtud; y en un momento se vió restituido á su convento de Padua.

Quizá no tuvo jamás la herejía enemigo mas formidable. Desarmóla y confundióla. Predicó un dia en Tolosa sobre la realidad del cuerpo de Jesucristo en

el sacramento de la Eucaristía; oyóle un famoso hereje y le confesó que sus razones no admitian réplica, mas que para creer necesitaba un milagro. Bien está, le replicó el santo, escoge el que quisieres. Pues el milagro que escojo, respondió el hereje, es, que mi mula, estando bien hambrienta, deje la paja y la cebada por postrarse delante de una hostia consagrada. Sea así, repuso Antonio; haz ayunar á tu mula el tiempo que te pareciere. Dejóla el hereje tres dias sin comer bocado y al cabo de ellos toda la ciudad fué testigo del prodigio. Puesta la hostia consagrada delante del animal y una cebadera bien proveida al otro lado, á pesar de la furiosa hambre que la incitaba, dobló las rodillas delante de la sagrada hostia, y hasta que se retiró no hubo forma de probar el pienso que la presentaban. No pudo resistirse la obstinacion á tan portentoso milagro. Convirtióse el hereje, y á su conversion se siguieron otras muchas.

Subió al púlpito en cierto pueblo marítimo lleno de herejes y de hombres perdidos; ninguno concurrió á oirle; vase á la orilla del mar, y lleno de confianza en el Señor, grita á los peces: *Pues no hay quien quiera oir la palabra de Dios, vosotros, que sois criaturas suyas, venid y con vuestro rendimiento confundid la indocilidad de estos impíos.* ¡Prodigio extraño! llenóse la playa de peces, que sacaron luego las cabezas en ademan de atentos; hízoles una patética exhortacion sobre la omnipotencia del Señor y los despidió echándoles su bendicion; milagro que obró la conversion de todo el pueblo.

Todo predicaba en san Antonio: su modestia, su humildad, su mansedumbre, sus gratísimos modales. Primero ganaba los corazones y despues los convertia. Apoderóse de Verona, de Padua y de casi toda la Marca Trevisana el tirano Ezelino; llenó á Italia de carnicería y de terror, burlándose igualmente de las

fuerzas de los príncipes confederados contra él, que de las excomuniones de los sumos pontífices; solo á san Antonio se humilló. Púsole el santo delante los ojos con tanto zelo y con tanta intrepidez el número y la enorme gravedad de sus pecados; afeóle sus crueldades con tanta eficacia y energía, que detuvo el curso de aquel precipitado torrente. Respetóle Ezelino; echóse á sus piés y prometió convertirse. No lo cumplió, pero se contuvo mientras el santo vivió, aunque despues de su muerte volvió á sus primeros desórdenes y tiranías.

Al mismo tiempo que Antonio trabajaba con tanto zelo y con tanto fruto en la conversion de los pecadores, no se olvidaba de atender á las necesidades de su órden. Habia sido electo por general de ella fray Elías, hombre ostentoso y arrogante, de espíritu muy contrario al del santo patriarca. Comenzó á introducir en la Seráfica familia la relajacion y la licencia. Era Antonio provincial de la Romanía y se opuso valerosamente á las novedades del general. Recurrió al papa Gregorio IX, en cuya presencia defendió aquel admirable compendio de la santa regla, que se llama *el Testamento de san Francisco*, y conservó en la religion el vigor y el espíritu de pobreza y de austeridad que constituye su verdadero carácter. Citado á Roma fray Elías, fué despojado de su cargo; y como nuestro santo solo se habia movido por el zelo de la mayor gloria de Dios, obtuvo licencia de su Santidad para renunciar su empleo, con privilegio de que nunca se le pudiese obligar á tomar ningun otro de la órden. Quiso el papa detenerle en la corte para servirse de su consejo en los negocios de la Iglesia; pero Antonio, suspirando siempre por el retiro, logró con sus reverentes súplicas le permitiese restituirse á su convento de Padua, donde continuó en las funciones de su apostólico ministerio y tra-

bajó tambien algunas obras espirituales, que fueron de mucha utilidad á toda la Iglesia de Dios.

Apenas se puede comprender cómo un hombre de solos treinta y seis años, de muy delicada salud, y esa sumamente quebrantada por sus excesivas penitencias, pudo en tan poco tiempo conseguir tantos triunfos de los herejes; convertir un sin número de pecadores; enseñar y predicar en las mas célebres ciudades con un séquito jamas oido; correr la Italia, la Francia, la Sicilia y la España con fruto tan universal y llenar el mundo con la fama de sus hechos y portentosas maravillas; efectos prodigiosos del ardiente amor que profesaba á Jesucristo. Pocas almas le amaron con mayor ternura y pocas fueron mas tiernamente amadas del Salvador. Comunicóle un elevado don de contemplacion; éranle muy frecuentes las revelaciones, los éxtasis y las visiones. Movido un dia de curiosidad el huésped que le tenia en su casa, quiso acechar lo que hacia en su cuarto, y le vió de rodillas con el niño Jesus en los brazos, que le estaba regalando con dulcísimas caricias; y en este tierno pasaje le representan los mas de sus retratos.

El que amaba con tanta ternura al Hijo, no podia menos de profesar una singularísima devocion á la Madre; y tan precoz, que parecia haber nacido con nuestro Antonio; por lo menos es cierto que en él se anticipó al uso de la razon. Dilatábasele el corazon cuando hablaba de esta Señora, acreditando sus amantes expresiones la ilimitada confianza que tenia colocada en ella. En sus sermones, en sus escritos y en sus conversaciones siempre se habia de hacer lugar á la devocion con la Virgen; y en sus necesidades era el recurso mas regular á algunos de los himnos que canta la Iglesia á esta soberana Reina.

Teniendo revelacion de su cercana muerte. se retiró

á cierta ermita, que se llamaba Campiettro, distante una legua de Padua, para vacar á solo Dios. Pero duró poco este retiro; porque, conociendo que ya estaba muy cercana su postrera hora, rogó á los frailes que estaban en su compañía le llevasen al convento. Tuvo el pueblo noticia de que le traian, y concurrió tanta gente á recibirle, que, temerosos los frailes de que le sufocasen, le metieron en el hospicio de los confesores del convento de Santa Clara, donde, recibidos todos los sacramentos con el fervor y con la devocion que acostumbran los santos, pronunciando el himno: *O gloriosa Domina,* que le era tan familiar, entró en el gozo de su Señor el dia 13 de junio del año 1231, á los treinta y seis de su edad y á los diez de haber entrado en la religion de san Francisco.

Luego que espiró se cubrió de luto toda la ciudad, y los niños corrian por las calles gritando: *El santo ha muerto.* Hicieron las monjas de Santa Clara todo cuanto pudieron para quedarse con el precioso tesoro de su cuerpo; pero no lo consiguieron de los religiosos de san Francisco El entierro mas pareció triunfo que pompa funeral. El prodigioso número de milagros que obró en su vida y el de los que se repitieron en su glorioso sepulcro, movió al papa Gregorio IX, que le habia tratado y conocido, á mandar se procediese sin perder tiempo á las informaciones necesarias en órden á su canonizacion. Concluyéronse los procesos el año siguiente y expidió el papa la bula en Espoleto en primero de junio de 1232; de manera que la primera fiesta que se celebró de nuestro santo (sin ejemplar hasta entonces) fue puntualmente el primer dia aniversario de su preciosa muerte.

Treinta y dos años despues de ella hizo levantar la devocion de los Paduanos una de las mas suntuosas y mas magníficas iglesias que se admiran en el uni-

verso, adonde fueron trasladadas sus reliquias. Descubrióse la caja y se halló toda la carne consumida; pero la lengua, instrumento de tantas conversiones, así de herejes como de pecadores, tan fresca, tan rubicunda y tan hermosa como si el cuerpo estuviera vivo. Tomóla en sus manos san Buenaventura, general á la sazon de la órden, que asistió á esta traslacion; y teniéndola en ellas, exclamó diciendo: *¡O bienaventurada lengua, empleada siempre en alabar á Dios y en hacer que otros le alabasen, tu incorrupcion muestra bien cuán agradable le fuiste!* Venérase hasta el dia de hoy esta admirable reliquia colocada en uno de los mas primorosos y mas ricos relicarios que se conocen en todo el orbe cristiano. Todos saben la general devocion que profesan los fieles á este gran santo y le universal recurso á su proteccion en todas las necesidades; pero singularmente para hallar las cosas perdidas. Ignórase cuál fué el verdadero origen de este particular recurso; pero es verosímil no fuese otro que el haberse experimentado tan general su proteccion en todas las necesidades que acudia á ella la devota confianza. En un manuscrito muy antiguo se lee que un gran devoto de san Antonio, vecino de Lisboa, perdió un precioso anillo, dejándole caer por descuido en un pozo muy profundo; pocos dias despues se cayó en el mismo pozo la herrada con que se sacaba agua de él; y habiéndola extraido un criado, se halló en el fondo de ella el perdido anillo, á cuya vista comenzó el criado á gritar: *Milagro, milagro.*

Todas las maravillas que cada dia está obrando Dios por los méritos de este prodigioso santo se compendian en el siguiente responsorio, con que comunmente invoca la devocion á san Antonio:

Si quæris miracula, mors, error, calamitas,
Dæmon, lepra fugiunt, ægri surgunt sani:

Cedunt mare, vincula; membra, resque perditas
Petunt et accipiunt juvenes et cani.
Pereunt pericula, cessat et necessitas;
Narrent hi qui sentiunt, dicant Paduani.

« Si buscas milagros, hallarás que por la intercesion de san Antonio la muerte se retira, el error se desvanece, los trabajos cesan, el demonio huye y la lepra se disipa. Los enfermos se levantan repentinamente sanos, el mar alborotado se sosiega y se rompen las prisiones. Acuden á Antonio los jóvenes y los ancianos, así por los miembros como por las demas cosas que perdieron; recobran los primeros y encuéntranse con las segundas. En una palabra, destierra los peligros y ahuyenta la necesidad. Díganlo sino los Paduanos y publíquenlo cuantos lo han experimentado. »

Las reliquias de san Antonio se han distribuido en diferentes lugares de la cristiandad. En Padua se veneran la lengua y la mandíbula inferior, que se exponen á la pública adoracion en dos preciosísimos relicarios; en Lisboa un hueso de sus brazos, que fué enviado al rey don Sebastian el año de 1570; y en Venecia la parte de un brazo, colocada en el suntuoso altar que la serenísima República erigió á san Antonio en la iglesia de nuestra Señora de la Salvacion.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Padua, san Antonio el Portugués, confesor, del órden franciscano, ilustre por su vida, milagros y predicaciones.

En Roma en la via de Ardea, la fiesta de santa Felícula, vírgen y mártir, quien, no queriendo ni casarse con Flaco, ni sacrificar á los ídolos, fué entregada á un juez particular, el cual, hallándola siempre constante en la confesion de Jesucristo, despues de haberla te-

nido en una lóbrega cárcel, matándola de hambre, la mandó atormentar en el potro hasta el último aliento; y de allí la arrojaron en una alcantarilla; de donde la sacó san Nicomedes y la enterró en el mismo camino.

En Africa, los santos mártires Fortunato y Luciano.

En Biblis en Palestina, santa Aquilina, vírgen y mártir, que bajo el emperador Diocleciano y el juez Volusiano, sin tener mas que doce años, fué por la fe abofeteada, azotada con varas y punzada con lesnas rusientes; y en fin, traspasada de una estocada, consagró su virginidad con el martirio.

En el Abruzo citerior, san Peregrino, obispo y mártir, ahogado en el rio Alerno por los Lombardos en odio de la fe católica.

En Córdoba, san Faudilas, sacerdote y monje, que en la persecucion de los Arabes padeció el martirio de cortarle la cabeza.

En Chipre, san Trifilo, obispo.

En Sens, san Agricio, obispo.

En Bron, cerca de Amburnay en Brese, san Ramberto, muerto atrozmente por unos satélites de Ebroin, alcalde de casa y corte en tiempo del rey Tierri.

En Asis, san Victorino, martirizado despues de muchos á quienes había convertido.

En la diócesis de Gerona, san Evido, venerado como mártir.

En Bostres en Arabia, san Antipatro, obispo.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente.

Ecclesiam tuam, Deus, beati Antonii confessoris tui solemnitas votiva lætificet; ut spiritualibus semper muniatur auxiliis, et gaudiis perfrui mereatur æternis. Per Dominum nostrum.

Haced, Dios mio, que la solemne festividad de tu confesor Antonio regocije toda la Iglesia; para que, fortificada con los socorros espirituales, merezca disfrutar los gozos eternos. Por nuestro Señor.

La epístola es del cap. 4 de la primera que escribió el apóstol san Pablo á los Corintios.

Fratres: Spectaculum facti sumus mundo, et angelis, et hominibus. Nos stulti propter Christum, vos autem prudentes in Christo: nos infirmi, vos autem fortes: vos nobiles, nos autem ignobiles. Usque in hanc horam et esurimus, et sitimus, et nudi sumus, et colaphis cædimur, et instabiles sumus, et laboramus operantes manibus nostris: maledicimur, et benedicimus: persecutionem patimur, et sustinemus: blasphemamur, et obsecramus: tanquam purgamenta hujus mundi facti sumus omnium peripsema usque adhùc. Non ut confundam vos, hæc scribo; sed ut filios meos charissimos moneo in Christo Jesu Domino nostro.

Hermanos: Estamos hechos espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres. Nosotros estultos por Cristo, y vosotros prudentes en Cristo: nosotros débiles, y vosotros fuertes: vosotros gloriosos, y nosotros deshonrados. Hasta esta hora tenemos hambre y sed, y estamos desnudos, y somos heridos con bofetadas, y no tenemos donde estar, y nos fatigamos trabajando con nuestras manos: somos maldecidos, y bendecimos; padecemos persecucion, y tenemos paciencia; somos blasfemados, y hacemos súplicas: hemos llegado á ser como la basura del mundo y la hez de todos hasta este punto. No os escribo estas cosas para confundiros; sino que os aviso como a hijos mios muy amados en Cristo Jesus nuestro Señor.

NOTA.

«Es constante que la division que se habia introducido entre los fieles de la iglesia de Corinto obligó á san Pablo á escribirles esta primera epístola para prevenirlos contra las sorpresas del amor propio y del espíritu demasiadamente humano que los movia; este capítulo cuarto da una idea cabal de los verdaderos ministros del Evangelio y hace ver las prendas por las cuales se les debe estimar.»

REFLEXIONES.

Es la virtud cristiana como cierto género de espectáculo para el mundo, que no acierta à comprender cómo es dable que la virtud sea plausible; lo es para los ángeles, que admiran en ella la fuerza de la gracia; y lo es tambien para los hombres, que la reconocen por único orígen de la verdadera felicidad. Andase en busca de milagros, y acaso ninguno hay, ni mas estupendo, ni mas universal, ni que deba dar mas golpe, como tanto número de almas santas, de personas religiosas, que son el espectáculo de su siglo. No se repara tanto en el milagro, por ser mas frecuente; pero no porque sea mas frecuente es menos milagro. Enciérranse muchos en los cláustros, en la vida retirada y en las virtudes escondidas de tantas virtuosas almas. Un jóven, único heredero de una ilustre casa y opulentos mayorazgos, adornado de cuantas nobles prendas se pueden desear, solicitado de todos los halagüeños atractivos del mundo, en aquella edad que se considera la florida sazon de todas las diversiones; à la entrada de una carrera donde todo le brinda, todo le halaga, todo se le rie, este jóven sacrifica sus riquezas, sus prendas, su nobleza y hasta sus mismas esperanzas, posponiendo por amor de Jesucristo todo el esplendor de que el mundo se alimenta, á una vida oscura, pobre, humilde y penitente. Pregunto: ¿tendran mucha parte en esta maravilla ni la razon natural ni los sentidos?

Una bizarra doncella en la flor de su edad, distinguida por su noble nacimiento, pero mucho mas por su hermosura, por su discrecion y por su despejo; tan rica como entendida y tal vez idolatrada de todo un pueblo, prefiere generosamente un grosero velo,

un rústico sayal en que se amortaja y entierra todo el fausto y aparato de joyas y de galas, que naturalmente idolatraria ella misma. Bien sé que estos milagros de la gracia se suelen atribuir á caprichos del humor, ó á diferencias del genio; pero examínense mas de cerca, descúbranse los motivos, considérense las consecuencias, compárese todo con nuestra natural flaqueza y se hará patente el milagro mas claro que el mediodía.

Nosotros, dice el apóstol san Pablo, *nos hemos hecho insensatos por amor de Jesucristo.* Lo mismo pueden decir á cada paso tantas personas verdaderamente virtuosas que tienen horror á la prudencia de la carne, y por lo mismo están reputadas en el mundo por unas pobres simples. Pero ¿qué importa? ellas son las verdaderamente sabias. Es cierto que su sabiduría es muy superior á las limitadas luces de la razon natural, no pueden llegar á ella todos los alcances del entendimiento humano; es una sabiduría infalible, porque es la fe y es el mismo Jesucristo quien la arregla; míresela con reflexion y se descubrirá el milagro en todos sus efectos.

Padecemos hambre, sed y desnudez, continúa el Apóstol, *nos echan maldiciones, y correspondemos con bendiciones; nos ultrajan de palabra, y hacemos oracion por los que nos ultrajan.* ¿Llegó jamás á tanto la filosofía mas disimulada, la mas ambiciosa, ni la mas perfecta? esos llamados sabios de la Grecia ¿supieron nunca obrar por motivo de pura y neta virtud? aquella su afectada tranquilidad, aquel desprecio de las injurias, ¿no era efecto de las mas fina venganza? el afectado y grosero menosprecio de las comodidades de la vida, ¿no era fruto de un orgullo refinado? Hablando en rigor, no hay virtud maravillosa fuera de la religion cristiana; su ley, sus máximas, sus

dogmas, todos son prodigios, todas maravillas. Solamente los ciegos no conocen el milagro.

El evangelio es del cap. 12 *de san Lucas, y el mismo que el dia XII, pág.* 251.

MEDITACION.

DE LA PRONTA CORRESPONDENCIA A LA GRACIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no habla solo de la hora de la muerte ni del juicio particular el Salvador del mundo, cuando tantas veces nos exhorta en el Evangelio á que abramos la puerta luego que el Señor llame á ella. Entonces inútilmente nos hariamos sordos; cuando llame en aquella hora no tiene remedio, es necesario partir; de nada sirve nuestra modorra ni nuestra insensibilidad, porque ni á una ni á otra se atiende. No siempre viene el Señor como severo juez; durante la vida nos llama muchas veces como padre, como esposo y como amigo; llámanos con sus inspiraciones, con sus piadosos impulsos ó movimientos, con su gracia; tambien habla, advierte y grita por medio de sus ministros, ya en el púlpito y ya en el tribunal de la penitencia; habla al alma de mil modos en los libros espirituales, en los ejemplos de los santos y hasta en los sucesos y reveses de la vida. Pero donde mas ordinaria y mas fuertemente llama, es en la oracion y en la meditacion de las grandes, de las terribles verdades de la religion. Considera de cuánta importancia es estar prontos á su voz, abrirle luego que llama, oirle desde que comienza á hablar. ¡Ah, qué preciosos, qué críticos son estos momentos! Si te niegas á oirle, calla; si no le abres luego, pasa

adelante. Aquella saludable inspiracion, aquella voz de Dios era una pura gracia; pensaba Dios en ti, cuando tú no pensabas en él; queria convertirte al mismo tiempo que eras enemigo suyo, cuando estabas mas anegado en los mayores desórdenes. Pondera bien cuánto vale esta gracia actual; ¿despréciasla? ¿resístesla? pues ya la perdiste. ¡O Dios, y qué pérdida! Perdida una vez esa gracia, ¿con qué industria, con qué medio se podrá recobrar? No hay condenado en el infierno que no haya logrado estos preciosos auxilios; pero ninguno hay que se haya aprovechado de ellos. Dudar en materia de fe es no creer; y deliberar en punto de conversion es ponerse á peligro de no convertirse jamás.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que si los santos no hubieran sido prontos á aquellas primeras solicitaciones de la gracia, á las cuales tenia Dios como aligados los grandes auxilios que los elevaron despues á tan eminente santidad, quizá no hubieran sido santos; y de cierto no lo serian tanto. Arriésgase mucho cuando se deja apagar aquella luz sobrenatural que con tanta claridad nos descubre la vanidad del mundo; ¡y cuánto se aventura cuando se cierran los oidos á la voz interior que tan fuertemente nos llama! Si Zaqueo no hubiera bajado prontamente cuando le llamó el Salvador, ¿seria aquel dia de salvacion para su dichosa casa? Nota que el Salvador no le mandó bajar como quiera, sino bajar prontamente: *festinans descende*; y con efecto prontamente bajó: *festinans descendit*. A poco que se hubiese descuidado, ya el Salvador se habria ido. Pues tan de paso suele venir la gracia como lo estaba entonces el Salvador; en deteniéndose un poco, ya no es tiempo.

Aquel ángel, que despertó á san Pedro en la cárcel, no le dijo puramente que se levantase, sino que se levantase con velocidad: *surge velociter*. Levantóse el apóstol sin demora, y al punto se vió libre de las cadenas. ¡Ah, Señor, y á cuántos habeis dicho *festinans descende!* baja de esas alturas peligrosas adonde te ha elevado la altanería de tu orgullo; baja en espíritu a la consideracion de tu misma nada, y en ella encontrarás remedios muy eficaces para curar muchas enfermedades del alma; pero en todo caso baja prontamente.

¡A cuántos pecadores estais diciendo: *surge velociter*; levántate; pero levántate con velocidad si quieres que yo haga pedazos esas cadenas! Oyeron vuestra voz; pensaron alguna vez en convertirse; pero dilataron la conversion para otro tiempo y murieron desdichadamente en brazos de la impenitencia. ¿Y qué hay que admirar? Dígnase Dios de llamarnos y de convidarnos; ofrécenos su amistad concediéndonos esta gracia; ¡y todavía no se rinde el corazon! ¡no le da la gana! ¡todavía delibera! ¡O gran Dios, y cuántos están en el infierno por haber apagado estas luces sobrenaturales y por haber sufocado estos piadosos movimientos! Cuando Cristo mandó á Lázaro que saliese de la sepultura, nota el evangelio que al instante se levantó el difunto, *et statim prodiit*. Tan necesario como esto es que la obediencia sea pronta. Pero ¿hemos obedecido siempre con esta docilidad? ¿Por ventura todas las veces que nos llamó el Señor le respondimos como Samuel: *Loquere, Domine, quia audit servus tuus*: hablad, Señor, que vuestro siervo oye? Mil veces ha dicho el Salvador á vuestra alma: *Aperi mihi, amica mea*, ábreme la puerta, amiga mia; y no sé si siempre le hemos respondido como la Esposa en los Cantares: *Vox dilecti mei pulsantis*; esta voz es la de mi amado que llama á la puerta: abrámosle sin detencion.

¡Ah, Señor, cuántos motivos de dolor y cuántos de temor me está haciendo presentes la conciencia! ¡cuánto y cuánto tengo de que arrepentirme! ¡tantos buenos pensamientos sufocados! ¡tantas inspiraciones extinguidas! No os canseis, Señor, de hablar á vuestro siervo, que pronto estoy á prestaros dóciles oidos; pronto á abriros la puerta de mi corazon sin tardanza; mandad, Señor, y seréis obedecido.

JACULATORIAS.

Loquere, Domine, quia audit servus tuus. 1 Reg. 3.
Hablad, Señor, que vuestro siervo oye.

Ecce ego, quia vocasti me. 1 Reg. 3.
Aquí me teneis, Señor, pues me llamásteis.

PROPOSITOS.

1. Es la gracia una luz sobrenatural que fácilmente puede apagarse; es un piadoso movimiento de la voluntad, pero fugaz y pasajero, es una saludable inspiracion, que enseña al alma lo que debe hacer y al mismo tiempo la comunica fuerzas para ejecutarlo. Pero si no se corresponde con fidelidad y sin dilacion á la gracia, se apaga esta preciosa luz, cesa este piadoso movimiento y esta saludable inspiracion se convierte en nuevo cargo. Pues trae hoy á la memoria, si es posible, todas las gracias que has recibido en el discurso de tu vida; tantas veces como has conocido con la mayor claridad el vacío, la nada, la falsa brillantez de los bienes, de los deleites, de las honras de este mundo; tantas fuertes inspiraciones para que te fabricases una fortuna mas sólida, trabajando seriamente en el importantísimo negocio de tu salvacion, tantos deseos, en fin, y aun tantos proyectos de convertirte, que todos se desvanecieron, porque á nada

te resolviste desde aquel mismo punto. Ea, no pase adelante tu infidelidad; estas mismas reflexiones que ahora haces son una gracia importantísima, de la cual depende quizá tu eterna salvacion. No te contentes solo con el vivo dolor de haber sido hasta ahora tan infiel; logra tambien el consuelo de experimentar desde luego tu presente fidelidad. Mil veces has tenido pensamiento y acaso tambien deseo de romper ese lazo, de domar esa pasion, de no concurrir á aquella casa, de no ver aquella persona, de reformar esa profanidad, de mostrar amor á aquel enemigo, de perdonar aquella injuria, de no quebrantar aquella regla, de no dejarte arrebatar de la cólera, de no reprender con arrebatamiento; en una palabra, has pensado y aun has querido mudar enteramente de vida. Pues manos á la obra y no se pase el dia sin haber puesto en práctica esta resolu

2. No te contentes con decir: *yo lo quiero;* ten el gusto de poder añadir: *así lo he hecho.* Todo lo que has leido hasta aquí es una prueba segura de que ahora tienes en tu mano la gracia; correspóndela sin dilacion y da principio á esta correspondencia por la modestia y la atencion en el oficio divino y en tus oraciones; por la devocion en la misa, por el respeto en el templo y en todos los actos de religion, diciéndote á tí mismo, siempre que dé el reloj, aquellas devotas palabras de David: *Dixi, nunc cœpi: hæc mutatio dexteræ Excelsi.* Hoy lo dije y hoy lo ejecuté por la gracia del Altísimo; en este dia he comenzado á vivir cristianamente.



S. BASILIO, O. Y DOCTOR

DE LA IGLESIA.

DIA CATORCE.

SAN BASILIO, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA.

San Basilio, aquel portentoso varon que mereció el epíteto de *Grande*, tan eminente en erudicion y en sabiduría, como adornado de todas las virtudes, nació en Cesaréa de Capadocia hácia el año de 328. Fué hijo de san Basilio y de santa Emilia, nieto de santa Macrina, hermano de san Gregorio Niseno, de san Pedro, obispo de Sebaste y de santa Macrina la moza, á cuya gran santidad confesaba el mismo san Basilio haber debido, así él como sus hermanos, la resolucion de abandonarlo todo y retirarse del mundo.

Habiendo nacido de padres tan virtuosos y en el seno de una familia tan santa, fácilmente se deja discurrir el cuidado con que le criarian. Luego que supo hablar dió claras muestras de su noble índole y de su apacible natural; sus preguntas, sus respuestas y sus prontitudes dieron luego á conocer la penetracion y la vivacidad de aquel prodigioso ingenio. Quiso encargarse de su primera educacion su abuela santa Macrina, y despues se gloriaba nuestro santo de que le hubiese enseñado los primeros principios de la religion aquella que los habia inmediatamente [b]ebido en la primera fuente de san Gregorio Taumaturgo. Viendo su padre los grandes talentos que descubria su hijo para adelantar en las ciencias, le aplicó sin perder tiempo á los estudios, en los que hizo Basilio tan rápidos progresos, que, habiendo aprendido cuanto habia que aprender en las letras humanas, á los quince años le envió á la capital del imperio para

que se dedicase á las facultades mayores. Conocido desde luego por su ilustre nacimiento, lo fué no menos muy en breve por la brillantez, por la extension y por la superioridad de su ingenio, igualmente que por la irreprensible inocencia de sus costumbres, tanto mas sobresalientes, cuanto el licencioso desórden que reinaba en la ciudad era incentivo del vicio y el escollo de la virtud.

No teniendo ya que adelantar en Constantinopla, determinó pasar á Atenas, emporeo entonces de las ciencias, de la elocuencia y de las floridas letras de toda la Grecia, donde encontró á Gregorio de Nazianzo, que por el mismo fin habia venido de Alejandría. Eran los dos, con corta diferencia, de una misma edad, de igual ingenio y de costumbres muy parecidas; circunstancias todas que estrecharon desde entonces aquella fina amistad que los unió indisolublemente hasta el último aliento. Señalóse muy desde luego Basilio entre toda aquella república de sabios por su elocuencia y por su profunda erudicion; y como su aplicacion era tan grande, en breve tiempo fué generalmente reconocido por uno de los hombres mas sabios de su siglo. Estaba muy versado en la historia; era eminente en la poesía; hablaba todas las lenguas sabias y poseia con perfeccion todas las ciencias. Singularmente su filosofía y su dialéctica eran la admiracion de toda la universidad; dedicóse tambien á la geometría, á la astronomía y á la medicina; pero en lo que mas sobresalió fué en el arte de hablar, de mover y de persuadir. No era su elocuencia aquella verbosidad asiática, llena de palabras redundantes y de pensamientos supérfluos, sino una elocuencia varonil, nerviosa, elevada, majestuosa y llena de un fogoso ardor. Ni por dedicarse al estudio de las ciencias profanas abandonó el de las divinas letras; antes bien estas eran todas sus delicias,

como quien se habia aplicado á ellas, digámoslo así, desde la cuna.

Mientras el ingenio y la sabiduría de Basilio daban materia á *la admiracion y á los aplausos* de Atenas, concurrió á estudiar en la misma universidad Juliano, primo hermano del emperador Constancio, tan conocido despues por el renombre de *Apóstata*. Movido de la gran reputacion de Basilio y de Gregorio, solicitó su amistad; pero en su misma fisonomía descubrieron los dos santos no sé qué señales, que, sacando al semblante las inclinaciones del alma, les dieron á conocer el monstruo que abrigaba el seno del imperio en aquel jóven; como lo manifestó despues cuando arrancó tantos gemidos al corazon de la Iglesia.

Acabados sus estudios en Atenas, se restituyó Basilio á Cesaréa; arrimándose ya á los veinte y siete años de su edad. Ejerció desde luego la abogacía, defendiendo algunos pleitos con tan universal aplauso, que andaba ya deliberando si fijaria su profesion á este glorioso ejercicio, consagrando sus estudios á la defensa de la justicia, cuando el cielo se valió de su hermana mayor santa Macrina para retirarle de las vanidades del mundo. Hallábase esta santa doncella en compañía de su madre santa Emilia, despues de haber hecho á Dios el sacrificio de su virginidad; y viendo que su hermano se dejaba llevar con algun exceso de los aplausos que le granjeaban su reputacion y sus talentos, le habló un dia con tanta eficacia y con tanta mocion sobre la falsa brillantez de los aparentes bienes de esta vida, que desde aquel punto tomó la generosa resolucion de volverles las espaldas y de anhelar únicamente por los inmutables y verdaderos de la eterna.

«Véote, hermano mio (le dijo la iluminada doncella), cubierto de honor, de estimacion y de gloria. La elevacion de tu ingenio, la majestad de tu elo-

cuencia, esa profunda sabiduría que te adorna, son el asombro del público y embelesan tu corazon con las mas lisonjeras esperanzas. Pero ¿será posible que, sabiendo tú todo cuanto hay que saber, no cargues la consideracion en lo que ha de venir á parar todo ese humo? ¿será posible que esa despejadísima capacidad no advierta que todo es apariencia cuanto ostenta esa engañosa brillantez, y que no aspires á gloria mas consistente, á mas sólidos honores? Créeme; no tiene el mundo todo cosa digna de tu generosa ambicion. Tu *salud es débil; pon los ojos en una fortuna* que no dependa de las felicidades, ni los caprichos de esta vida; yo no veo otra cosa que sea digna de tu nacimiento, de tu espíritu y de ese grande corazon, que la santidad y la virtud. »

Convencido Basilio con las razones de su santa hermana, pero mucho mas movido por el interior impulso de la divina gracia, no le dió otra respuesta que la que le salió á los ojos en un sosegado llanto: *Entonces* (dice el santo en una de sus epístolas) *desperté como de un profundo sueño, comencé á descubrir sin nubes la luz del Evangelio y conocí por la primera vez la vanidad y la inanidad de la humana sabiduría.* Resolvió, pues, no dedicarse al ejercicio de otra ciencia que á la de los santos, y partió en busca de modelos y de maestros á Egipto, á Palestina y á otras partes. Encontró muchos en aquellos vastos desiertos y aprendió tantas lecciones cuantos grandes ejemplos notó en los anacoretas que los poblaban. Tuvo con ellos muchas conversaciones y conferencias espirituales, á las cuales somos deudores de aquel admirable tratado que se intitula: *La moral de san Basilio.*

Cuando volvió á Cesarea le ordenó luego de lector el obispo Dianéo, temiendo que otra iglesia se adelantase á apropiársele; pero no perdiendo por eso su in-

clinacion à la soledad, se juntó con ciertos solitarios, cuya vida parecia acercarse mucho à la que hacian los monjes de Egipto y del Oriente: *Eran unos hombres* (dice el mismo santo en la epístola 97) *de un exterior modesto, humilde y mortificado; su hábito rústico y grosero, con una vida en la apariencia austera me hicieron creer que adelantaria mucho mi espíritu en su trato y compañía.* No faltaron algunos que le advirtieron como aquellos hombres estaban notados y eran sospechosos de arrianismo; pero viendo las bellas exterioridades de su afectada virtud, creyó que aquellos dichos eran efectos de la maledicencia y de la envidia; hasta que, habiéndolos tratado mas de cerca, reconoció en efecto eran lobos carniceros cubiertos con piel de mansas ovejas: desde aquel punto se declaró enemigo mortal del arrianismo, cuyos parciales no tuvieron contrario mas formidable.

Impelido siempre de su amor à la soledad, se retiró à un desierto de la provincia de Ponto, donde él solo practicó todas las grandes virtudes que habia observado en los anacoretas de Egipto y de Palestina. Traia siempre inmediato à las carnes un áspero cilicio que cubria cuidadosamente con un hábito grosero para no hacer ostentacion de la penitencia; siendo sus ayunos tan continuos y tan rigurosos, que, extragada del todo su salud, naturalmente delicada, parecia un esqueleto animado; y no seria temeridad decir que sin milagro no parecia posible se conservase su vida los treinta años que vivió despues.

Hiciéronse famosos los desiertos del Ponto con el retiro de Basilio, concurriendo de todas partes mucho número de personas para entregarse à su gobierno. Dióles unas reglas en que se contenia la mas elevada perfeccion; y fueron, por decirlo así, como la fuente universal donde bebieron las suyas los santos fundadores de las sagradas familias. Hicieron

cuanto pudieron los vecinos de Neocesaréa para elevar al santo á aquella ciudad; pero no fué posible vencerle a que abandonase su retiro, hasta que le obligó á ello el zelo y la caridad. Estos dos motivos le arrancaron de él, poniéndole en precision de partir á Cesaréa para hacer presente al obispo lo mucho que habia escandalizado á la Iglesia firmando el famoso formulario de Rimini. Conoció el prelado que le habian engañado y reparó el escándalo con su pública retractacion.

Muerto el obispo de Cesaréa, le sucedió Eusebio en aquella silla, y conociendo bien el extraordinario mérito de nuestro santo, sin dar oidos á su humildad ni á su resistencia, le ordenó de presbítero y luego le mandó que predicase en su iglesia. Aunque Basilio se halló precisado á dejar su amada soledad, no por eso perdió la inclinacion al retiro, viviendo en medio de Cesaréa como pudiera en el Ponto, en cuanto lo permitian las funciones de su sagrado ministerio; bien que no con tanta tranquilidad como en el desierto, por cierta indecente emulacion que desconcertó su sosiego. Entró en zelos el obispo á vista de la universal estimacion y de la general confianza que mereció á todos Basilio y le dió no poco en que merecer. Tratábale con tanto desabrimiento y aun con tanta indignidad, que faltó poco para que todos los buenos se amotinasen contra el prelado; y se hubiera introducido un cisma en la iglesia de Cesaréa á no haberle prevenido la prudencia de nuestro santo, que secretamente se huyó de la ciudad y se retiró á su desierto del Ponto. Siguióle á él su amigo Gregorio de Nazianzo; pero como la iglesia de Cesaréa no podia vivir sin Basilio, el mismo obispo Eusebio empeñó á san Gregorio para que restituyese á ella á su amigo; el que no se hizo mucho de rogar, especialmente cuando llegó á entender que los arrianos triunfaban

con su ausencia, prometiéndose echar por tierra la fe en Cesaréa. Noticioso de su vuelta el emperador Valente, ciego fautor del arrianismo, hizo cuanto pudo para ganarle á nuestro santo en favor de su partido; pero despreció sus promesas y se burló de sus amenazas, sirviendo unas y otras para encender mas su zelo y tener mas alerta su vigilancia en defensa de la religion.

Murió en este tiempo el obispo de Cesaréa; luego comenzaron los arrianos á poner en movimiento cuantas máquinas y artificios pudieron discurrir para que recayese la futura eleccion en sugeto de su parcialidad, cundiendo el espíritu de division hasta en los mismos católicos; pero pudo mas el mérito que la maquinacion y salió electo Basilio. En vano se resistió, se escapó y se empeñó en ocultarse; fuéle preciso, al fin, rendirse á tan visible disposicion de la divina Providencia y fué consagrado el dia 14 de junio de 370. Triunfó la religion católica luego que Basilio ocupó el trono episcopal. Con su agrado, con su humildad, con su virtud y con su mérito se hizo dueño de los ánimos que habia enajenado el artificio de los mal contentos. Comenzó á predicar al pueblo, y acompañada siempre la eficacia de sus palabras con la energía mayor de sus ejemplos, hizo tanta impresion en los corazones, que á poquísimos dias ya no se conocia á sí misma la ciudad de Cesaréa. Su vigilancia pastoral no le permitia ignorar las necesidades de sus ovejas y en su inmensa caridad encontraba siempre fondos para remediarlas; de suerte que solamente los pobres sabian en rigor hasta donde alcanzaban sus rentas.

Vióse revivir en Cesaréa el espíritu y el fervor de la primitiva Iglesia, pasando los fieles en ella muchas veces desde media noche hasta el mediodía siguiente; *¡y qué* [illegible] *para mí* (escribe el santo á un

amigo suyo) *verlos comulgar á todos el miércoles, el viernes, el sábado y el domingo de cada semana!* Reformó las costumbres en todo el obispado con sus frecuentes visitas; restituyó la disciplina eclesiástica á su primer vigor y la vida de los monjes á su primitivo espíritu, dirigiendo gran número de personas en el camino de la perfeccion, tanto por cartas como de viva voz, y manifestando en todo su ardiente zelo por la salvacion de las almas.

Siendo muy estrechos los límites de su diócesis y aun de toda la provincia para contener su caridad, rompió aquellas ceñidas margenes y se dilató á toda la Iglesia universal. Ligado intimamente con san Atanasio, con san Melecio, con todos los obispos santos del Oriente, pero singularmente con la silla apostólica de Roma, declaró guerra mortal al arrianismo; hizo cuanto pudo por reducir á los macedonianos; fué azote cruel de cuantos enemigos conspiraron contra la divinidad y contra la humanidad de Jesucristo, siendo generalmente reconocido por uno de los mas ardientes y mas generosos defensores de la religion católica que ilustraron la Iglesia y venera la memoria de aquel siglo.

Persiguióla con furor el emperador Valente, habiendo abrazado sin disimulo el arrianismo; y no se olvidó de Basilio en su cruel persecucion. Descubrió nuestro santo la hipocresía y los errores de Eustaro, obispo de Sebaste; y animado este de la venganza que le inspiraba su misma confusion, determinó perderle, enconando contra Basilio el ánimo del emperador; hazaña que le costó poco esfuerzo. Irritado el príncipe furiosamente contra él, partió á Cesaréa, y cuando estaba ya muy cerca de ella, despachó un oficial llamado Modesto, con órden de intimar de su parte al obispo que, ó comunicase con los arrianos, ó saliese desterrado de la ciudad. Entró en ella Mo-

lesto con mucho estrépito; hizo llamar á san Basilio; y sin respetar su dignidad ni su persona, le preguntó luego con grosera altanería: *Díme, pobre hombre, ¿en qué piensas cuando no quieres obedecer al emperador, á quien se rinde todo el mundo? Pienso...,* le iba á responder nuestro santo con su natural gravedad, serenidad y compostura; pero interrumpiéndole Modesto, añadió luego: *Pensarás en que no eres de la religion del emperador. Y bien, ¿qué motivo tendrás para no serlo? Porque Dios me lo prohíbe,* respondió Basilio. *¿Pues por qué especie de hombres nos tienes á nosotros,* replicó el oficial? *Por unos hombres ilustres, segun el mundo, dignos de nuestro respeto; pero que al fin no sois la regla de lo que debemos creer,* respondió el obispo. Irritado Modesto á vista de tan generosa constancia, le dijo enfurecido: *Por lo menos ya temerás experimentar los efectos de mi poder. ¿Qué efectos?* respondió Basilio. *La confiscacion, el destierro, los tormentos y aun la misma muerte,* respondió el oficial. *Nada de eso habla conmigo,* repuso el obispo: *el que nada tiene no teme la confiscacion; salvo que necesites estos trapos viejos y algunos pocos de libros; á esto se reducen todos mis bienes. Destierro no le conozco, porque para mí todo el mundo lo es, no reconociendo otra patria que la celestial; los tormentos poco daño pueden hacer á quien apenas tiene cuerpo para padecerlos; al primer golpe se acabarán todos para mí: la muerte no la temo como castigo, antes la deseo como gracia, pues me llevará cuanto antes á mi Dios, para quien únicamente vivo.* Asombrado Modesto de aquel teson, dijo al santo: *Hasta ahora ningun hombre ha tenido valor para hablarme de esta manera. Será sin duda,* respondió Basilio, *porque hasta ahora no habrás tratado con algun obispo, que estos en semejantes ocasiones no se explican de otro modo. A lo menos,* replicó el oficial en tono mas moderado, *ya estimarás en algo tener en*

tu ciudad al emperador; y en conclusion todo se reduce á quitar del símbolo la palabra consustancial. Yo estimaria mucho, repuso el santo, *ver al emperador reconciliado con la Iglesia y exento de todo error en la fe; y por lo que toca al símbolo, no solo no sufrire que se quite ni añada una sola palabra, pero ni aun toleraré que se altere la material colocacion de las voces. En fin,* concluyó Modesto, *vete con Dios, y doyte toda esta noche para que lo pienses bien. Mañana seré el mismo que hoy,* respondió Basilio. Despidióle el oficial con bastante urbanidad; y partiendo en diligencia á encontrarse con el emperador, le dijo no habia que esperar cosa alguna del obispo de Cesaréa.

No pudo Valente disimular la grande estimacion que hacia de aquella heróica virtud. Quiso concurrir á la iglesia el dia de la Epifanía; dejóse ver en ella rodeado de sus guardias; quedó admirado cuando vió el concurso del innumerable pueblo, pero mucho mas cuando notó el órden, la modestia y la majestad con que se celebraban los divinos oficios, á los cuales asistió y oyó el sermon que predicó nuestro santo. Parecia Basilio en el altar un hombre enteramente divino, y los muchos ministros que le asistian mas se le representaban ángeles que hombres. Llenóle de tanto asombro aquel augusto teatro, que casi le dió un desmayo y no se atrevió á acercarse al altar para llevar él mismo su ofrenda, y mas cuando observó que ninguno se presentaba para recibirla, temiendo seguro el desaire de que no se le admitiesen. Pero lejos de ofenderle aquel teson invencible de Basilio, le estimó mas desde entonces y quiso tener algunas conversaciones con él. Hallóse presente á todo san Gregorio de Nazianzo, quien asegura habló Basilio con tanta elevacion sobre las materias de la fe, que todos los asistentes quedaron como extáticos y todos fueron testigos de la admiracion del príncipe,

que tributó grandes honores al santo, le dió muchas y muy ricas posesiones para sustentar á los pobres leprosos y cesó de perseguir á los católicos; bien que duraron poco estas treguas de la persecucion, porque los arrianos, que perpetuamente tenian siciado al emperador, le hicieron aprender se interesaba el honor de su soberanía en obligar á Basilio á entrar en su comunion, tomando por pretexto para desterrarle su constante y valerosa resistencia. Expedido el decreto de destierro, estaba todo dispuesto para la ejecucion, entrada ya la noche, porque el pueblo no lo llegase á entender, prevenido el carruaje y pronto Basilio para partir, cuando de repente se halló asaltado de una ardiente y maligna calentura, que le puso á las puertas de la muerte, el hijo del emperador, llamado Galates, niño de pocos años, y la emperatriz su madre atormentada de vivísimos dolores. Entendieron todos que aquel accidente era justo castigo de la violencia y de la injusticia con que se trataba á san Basilio, y mas cuando, apurada toda la habilidad de los médicos, se reconoció no habia remedio humano para la vida del príncipe. Recurrieron entonces á las oraciones del santo, que ya estaba para meterse en el coche y salir á su destierro, cuando recibió un recado muy respetuoso de Valente, rogándole pasase á ver á su hijo. Partió derecho á palacio, y luego que entró en él se sintió el príncipe muy aliviado; pero Basilio protestó que no pediria á Dios por su vida, sino con la precisa condicion de que se le habia de permitir instruir al príncipe en la religion católica; lo que aceptó el emperador, como lo testifica san Efren Entonces hizo oracion san Basilio, y al punto quedó el niño enteramente sano; pero olvidado despues Valente de lo que habia prometido y engañado de los arrianos, dejó que le bautizase un obispo de esta secta, y recayendo el

príncipe en su enfermedad, murió dentro de pocos dias. Ni por eso abrió los ojos el emperador para reconocer el orígen de su desgracia, porque se los tenian vendados los arrianos, y á persuasion de ellos, segunda vez resolvió desterrar á san Basilio. Tomó una pluma para firmar el decreto y se le hizo pedazos entre los dedos. Cogió otra segunda, y negándole la tinta, jamás pudo formar una letra con ella; echó mano de la tercera, y rompiéndose luego en muchos trozos, le comenzó á temblar la mano, llenándose de pavor. Hizo pedazos el papal, revocó la órden y dejó en paz á Basilio.

Fué testigo de tantos prodigios Modesto, prefecto de pretorio, y asombrado de ellos se convirtió á la fe, siendo en adelante uno de los mas firmes y mas zelosos católicos. No fué tan dichoso Eusebio, vicario del mismo prefecto. Mandó sacar de la iglesia á una viuda que se habia refugiado en ella; y oponiéndose á esto san Basilio, le hizo comparecer en su tribunal. Cuando le vió en él, mandó que le quitasen la capa; alargóla luego el santo, añadiendo estaba pronto á despojarse tambien de la túnica. Ofendióse el vicario de esta noble intrepidez, teniéndola por insulto, y le amenazó con que le haria castigar; desnudó Basilio parte del esqueleto de sus huesos, cubiertos de la arrugada piel, diciéndole estaba aparejado para recibir los golpes. Cegóse Eusebio de cólera, y arrebatado de ella iba á precipitarse en los mayores excesos, cuando le dieron noticia de que, sabedor el pueblo del tratamiento que hacia á su santo obispo, se habia alborotado y tenia sitiado el palacio del mismo prefecto, resuelto á tomar venganza. Lleno de pavor Eusebio, se arrojó á los piés de Basilio, pidiéndole perdon con la mayor humildad y rogándole apretadamente le sacase de aquel peligro. Compadecióse el santo, sosegó el tumulto y salvó al prefecto la vida.

Dejándole ya en paz elemperador y sus ministros, consagró al Señor esta quietud y el corto resto de sus débiles fuerzas corporales. En medio de las mas laboriosas ocupaciones nunca perdió de vista el estado religioso. Mantuvo siempre algunos monjes cerca de su persona, gobernándolos y educándolos en la vida monástica. Tambien habia en Cesarea un monasterio de monjas, que gobernaba una sobrina del mismo san Basilio, cuya iglesia estaba dedicada á los cuarenta mártires, venerándose en ella sus reliquias; y asi esta religiosa como otras que estaban á su cargo, son las que en sus escritos llama *canónigas ó canónicas*; esto es, doncellas ó vírgenes consagradas á Dios, que viven debajo de alguna regla. En las que compuso el santo para personas religiosas, se hallan muchas que hablan derechamente con mujeres, y las penitencias particulares que se imponen en ellas casi todas son por las faltas que cometen en el demasiado hablar.

En todo estaba su vigilancia pastoral. Erigió en Sasimo un obispado, para el cual nombró á san Gregorio de Nazianzo; ejecutando lo mismo en otras ciudades de su provincia, á las que proveyó de santos y vigilantes pastores. Restituyó á su antiguo vigor la disciplina eclesiástica secular y regular, dando reglas para su gobierno á todos los estados. Como acérrimo defensor de la fe católica persiguió valerosamente la herejía, atacándola hasta en sus últimos atrincheramientos. Llegó á no tener en su cuerpo otra cosa sana *mas que la mano y la cabeza; pero no por eso* fué menos útil á la Iglesia. Fueron tantas las doctas y admirables cartas que escribió, que, cuando no tuviéramos mas obras suyas, debiéramos admirarnos de que hallase tiempo para escribir tanto un hombre de tan poca salud, quebrantada con tantas y tan espantosas penitencias y ocupado en tantos, tan graves y

tan diferentes negocios. Las que escribió á san Anfiloquio contienen todos los principios de la doctrina cristiana, y con mucha razon se dice que en solos los escritos de san Basilio tenemos una completa librería. Fuera del compendio ó suma *del moral*, de que ya hemos hablado, nos dejó un tratado *del Espíritu Santo, la obra de los seis dias, el tratado sobre algunos salmos, otro sobre Isaías, cinco libros contra la herejia de Eunomio, dos sobre el bautismo, uno de la virginidad y diferentes homilías* sobre asuntos escogidos; admirándose en todos la claridad de su pluma, el nervio de sus razones y el vigor de su elocuencia; siendo muy pocas las obras de los doctores y aun de los santos padres de la Iglesia, que sean mas instructivas y hagan tanta impresion.

Acercábase el fin de la vida de nuestro santo, cuando san Efren, diácono de Edesa en Mesopotamia, movido de su gran reputacion, vino expresamente por conocerle, por tratarle y por oirle. Al primer sermon que le oyó, comenzó á deshacerse en alabanzas de san Basilio delante de todo el pueblo. Preguntóle el santo la razon, y respondió: *Porque mientras tú estabas predicando, estaba yo viendo sobre tus hombros una paloma de maravillosa blancura que te estaba sugeriendo todo lo que decias.* Pocos dias despues de esta visita, quiso el Señor premiar los trabajos de su siervo, cuya solicitud pastoral le acompañó hasta el último suspiro, pues poco antes de expirar impuso las manos sobre muchos de sus discipulos para proveer de ministros dignos á todas las iglesias que tenian falta de ellos. En fin, lleno de merecimientos entregó el alma á su Criador el primer dia del año de 179, siendo de solos 51 de edad, llorado no solo de los buenos, sino hasta de los judios y aun de los mismos paganos. Toda su provincia le lloró como á su padre, y en toda la Iglesia fué venerado por mo-

delo de obispos católicos y por doctor de la verdad. Desde el mismo dia en que murió comenzó á solemnizarse su fiesta, de manera que las honras fueron triunfos y fueron generales. Pronunciaron su panegírico su hermano san Gregorio Niseno, san Anfiloquio, san Efren y san Gregorio de Nazianzo. Dióse á su cuerpo sepultura en la iglesia catedral, ansiando todos por lograr alguna reliquia suya. Las familias religiosas le pueden justamente considerar como su primer patriarca, y la Iglesia universal le honra como á uno de sus mas illustres doctores.

SAN METODO, PATRIARCA DE CONSTANTINOPLA.

San Metodo, descendiente de una de las mas ilustres familias de Sicilia, fué educado en las ciencias sagradas y profanas, en las que salió muy aventajado. Habiendo dejado al mundo, fuése á la isla de Quio donde edificó un monasterio. Mas habiendo sido llamado despues á Constantinopla, le ascribió á su iglesia el santo patriarca Nicéforo. Acompañó á su obispo en los destierros á que en razon de su zelo por las santas imágenes fué condenado por el emperador Leon el Armenio. En 817 le envió á Roma san Nicéforo en calidad de apocrisario ú de nuncio, donde en efecto le prestó nuestro santo los mas brillantes servicios.

Habiendo Dios llamado para sí al bendito patriarca, Metodo se volvió á Constantinopla. Luego probó en aquella ciudad los efectos del furor de los Iconoclastas. El sucesor de Leon, Miguel el Tartamudo, inficionado de los mismos errores, mandó ponerle en la cárcel y dejarle pudrir en ella durante todo su reinado. Con todo, en 830, recobró la libertad por los esfuerzos de la emperatriz Teodora. Mas poco tiempo gustó del descanso que ella acarrea, pues le volvie-

ron á perseguir los herejes y el emperador Teófilo le envio desterrado.

Muerto este principe en 842, mudaron de semblante las cosas de la Iglesia. Teodora tomó las riendas del gobierno como reina regente durante la menor edad de su hijo Miguel III; y el primer uso que hizo de su autoridad fué detener los estragos de la herejía. Colocó á Metodo en la silla patriarcal de Constantinopla, despues de haber echado de ella al intruso que la usurpara. Hizo el santo revivir la piedad á una con la santa doctrina; y para dar gracias á Dios del restablecimiento de la fe, instituyó una fiesta que llamó *Ortodoxia*. Murió al cuarto año de su episcopado por los de 846. En tiempo de su sucesor san Ignacio, empezó á celebrarse su fiesta, la que continúa celebrándose tanto entre los Griegos como por los Latinos.

Tenemos todavía el dia de hoy algunos escritos de san Metodo; á saber: cánones penitenciales, algunos sermones y un panegírico de san Dionisio el Areopagita. Piensan algunos autores que, en la composicion de su última obra, se valió de los escritos de Hilduino que pudo sin duda ver en Roma.

Los Bolandos traen una vida muy extensa de nuestro santo.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Cesaréa en Capadocia, la ordenacion de san Basilio obispo, que, lleno de ciencia, dotado de profunda sabiduria, adornado de todas las virtudes, brilló maravillosamente en tiempo del emperador Valente á defendió la Iglesia, con admirable constancia contra los Arrianos y los Macedonios.

En Samaria en Palestina, san Eliseo, profeta, cuyo sepulcro hacia temblar á los demonios segun refiere

san Jerónimo. Tambien descansa allí mismo el profeta Abdias.

En Siracusa, san Marciano, obispo, quien, despues de consagrado obispo por san Pedro, fué muerto por los Judíos en odio del Evangelio que predicara.

En la diócesis de Soisons, los santos mártires Valerio y Rufino, quienes, habiendo padecido muchos tormentos en la persecucion de Diocleciano, fueron condenados por el presidente Ricciovaro á ser decapitados.

En Córdoba, los santos mártires Anastasio, presbítero, Félix, monje, y Digna, vírgen.

En Constantinopla, san Metodo, obispo.

En Viena, san Etero, obispo.

En Ródes, san Quinciano, obispo.

En Bourges, san Simplicio, obispo, encomiado en una carta de Sidonio Apolinar á san Pérpeto de Tours.

En París, el fallecimiento de san Euspicio, presbítero, fundador de la abadía de San Memin cerca de Orleans.

En Antigny del Gartempe en Poytou, san Civran, confesor.

En dicho dia, san Lifari, venerado como obispo en Moissac en Querey, donde le llaman san Naufray.

En Laodicea en Frigia, san Anteon, mártir.

En la Pulla, san Marcos, obispo de Lucera, cuyo cuerpo es venerado en Bovina.

En Nápoles, san Fortunato, obispo.

En Africa, san Quintiniano, mártir.

La misa es en honra del santo, y la oracion la que sigue.

Exaudi, quæsumus, Domine, preces nostras, quas in beati Basilii confessoris tui atque pontificis solemnitate de-

Suplicámoste, Señor, que oigais las oraciones que os ofrecemos en la solemne fiesta de vuestro siervo y confesor san Basilio.

ferimus: et qui tibi digne meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolve peccatis. Per Dominum nostrum...

librándonos de nuestros pecados por la intercesion y por los méritos del que te sirvió con tanta fidelidad. Por nuestro Señor...

La epístola es de la segunda del apóstol san Pablo á Timotéo, capítulo 4.

Charissime: Testificor coram Deo, et Jesu Christo, qui judicaturus est vivos et mortuos, per adventum ipsius et regnum ejus: prædica verbum, insta opportunè, importunè; argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina. Erit enim tempus, cùm sanam doctrinam non sustinebunt, sed ad sua desideria coacervabunt sibi magistros, prurientes auribus, et à veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur. Tu verò vigila, in omnibus labora, opus fac evangelistæ, ministerium tuum imple. Sobrius esto. Ego enim jam delibor, et tempus resolutionis meæ instat. Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi. In reliquo reposita est mihi corona justitiæ, quam reddet mihi Dominus in illa die justus judex: non solùm autem mihi, sed et iis, qui diligunt adventum ejus.

Carísimo: Te conjuro delante de Dios, y de Jesucristo que ha de juzgar á los vivos y á los muertos por su venida y por su reino, que prediques la palabra; que instes á tiempo y fuera de tiempo; que reprendas, supliques, amenaces con toda paciencia y enseñanza. Porque vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina; antes bien juntarán muchos maestros conformes á sus deseos que les halaguen el oido, y no querrán oir la verdad, y se convertirán á las fábulas. Pero tú vela, trabaja en todo, haz obras de evangelista, cumple con tu ministerio. Sé templado. Porque yo ya voy á ser sacrificado, y se acerca el tiempo de mi muerte. He peleado bien, he consumado mi carrera, y he guardado la fe. Por lo demás tengo reservada la corona de justicia que me dará el Señor en aquel dia, el justo juez: y no solo á mí, sino tambien á todos los que aman su venida.

NOTA.

« Bien se sabe que san Timotéo era discipulo querido de san Pablo y el fiel compañero de sus viajes; y como el Apóstol le habia establecido obispo en Efeso, le escribió dos excelentes epistolas llenas de admirables instrucciones para los obispos, singularmente esta última, en la cual le advierte que jamás eche en olvido lo que habia aprendido de su maestro.

REFLEXIONES.

Tiempo vendrá en que los hombres no podrán sufrir la doctrina sana, y movidos de curiosidad buscarán maestros sobre maestros que los hablen al gusto de su paladar, negando los oidos á la verdad y concediéndolos á las fábulas. Pregunto: ¿no es este un verdadero retrato de las costumbres de este desgraciado siglo? ¿en cuál otro se ha visto á los cristianos menos inclinados á sufrir que se les enseñe la doctrina sana y verdadera? Las mas esenciales, las mas terribles verdades de la religion, ó se intentan debilitar con vanas sutilezas, ó se les niega la entrada como á enemigas de la tranquilidad y del reposo. Unos no las quieren oir porque los espantan, y otros no las quieren considerar porque los turban; pero ¿serán menos irrefragables porque las desatienda nuestro olvido, ó porque las desestime nuestra malicia? ¿serán menos verdaderas porque nuestra inconsideracion no las reflexione? No pueden sufrir los mundanos las verdades de nuestra religion; ellas amargan mucho á las mujeres profanas que viven segun el siglo. ¡Dios mio, qué lenitivos, qué temperamentos no se buscan para predicarlas á los grandes de la tierra! La doctrina de Jesucristo estremece; las máximas del Evangelio chocan; ¡y cuántos cristianos indignos se avergüenzan

de ellas! ¡á cuántos ministros del Señor les falta el zelo, el valor y la fidelidad! No sufren los hombres la sana doctrina; pero en la religion no hay mas que una fuente de agua pura; todas las demás están emponzoñadas. O doctrina sana, ó moral impia; no hay medio. Necesariamente se descamina, infaliblemente se precipita en los errores el que cierra los ojos á las luces de la fe.

Jamás hubo tanta curiosidad como en este siglo; pero ¿qué curiosidad? No ya una curiosidad respetuosa, dócil, inocente, sino una curiosidad fiera, arrogante, orgullosa, temeraria; indicio de un corazon corrompido, de un entendimiento limitado y de una presuncion sin límites. Ya no es este el vicio de solas las mujeres; es, por decirlo así, el de la gran moda; es la pasion dominante del oficial, del mercader, del ciudadano; en una palabra, de todos los ignorantes, de todos los presumidos y de todos los orgullosos que hay en el cristianismo. Sujetar el entendimiento á la obediencia y á la ley de Jesucristo, eso era bueno para la ignorancia de nuestros abuelos; hoy es menester que la ley de Jesucristo se sujete al tribunal y se examine á la luz del mas corto entendimiento. No se ha de rendir la razon á la fe; la fe se ha de rendir á la razon; á vista de esto no hay que admirarnos de tantos descaminos: *Todo aquel que obra mal aborrece la luz,* dice el Salvador del mundo, *y huye de ella porque no se descubran las malas obras que hace.* Aborrécese la verdad, porque se aborrece la virtud. Es la virtud una luz que incomoda mucho á los ojos achacosos, disgusta la claridad, porque representa á cada uno como es; ciérranse los oidos á la verdad, porque abate el orgullo, hace oposicion á las pasiones y oprime furiosamente al amor propio. Oyense las fábulas de buena gana, porque el espíritu del mundo y nuestro propio espíritu está muy inclinado y es muy fecundo

en ilusiones. ¿Por ventura el dia de hoy nos alimentamos de otra cosa? ¿sirve el Evangelio de regla à las costumbres de aquellos que se gobiernan por el espíritu del mundo? pero ¿á caso tenemos otra regla? Cualquiera otra doctrina es error, es ilusion, es fábula, es delirio. ¡Ah, Señor, y cuántos mueren así!

El evangelio es del cap. 14 *de san Lucas, y el mismo que el dia V, pág.* 95.

MEDITACION.

DE LOS POCOS DISCÍPULOS QUE TIENE JESUCRISTO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no basta ser cristianos para ser verdaderos discípulos de Jesucristo. El bautismo nos constituye miembros de su místico cuerpo, nos hace parte de su pueblo; pero solamente somos discípulos suyos vistiendo su librea, observando sus máximas y siguiendo sus ejemplos. Apenas hay verdad de nuestra religion mas inculcada que esta; repítela el Salvador casi á cada página del Evangelio. Pero ¿qué condiciones nos pide para admitirnos en su servicio? No hay cosa mas expresa ni mas especificada: *El que quiere venir en pos de mí, y no aborrece á su padre, á su madre, á sus hermanos* (aun esto es poco), *y no se aborrece á sí mismo, no puede ser mi discípulo.* Pero ¿bastará para serlo creer en Jesucristo y seguirle? De ningun modo. Muchas turbas creian en él y le seguian; pero se volvian à sus casas, con cuya ocasion dijo la sentencia que acabamos de referir; añadiendo despues que, además de renunciar todo aquello que mas se ama, y fuera de negarse à sí mismo, si alguno no lleva tambien su cruz, *non potest meus esse disci-*

pulus: no puede contarse en el número de sus discípulos. En otra parte dice: *El que no lleva su cruz y me sigue, no es digno de mí*. Fácilmente se comprende lo que significan estas condiciones: *Aborrecer sus parientes, renunciar lo que mas se ama, negarse á sí mismo, llevar la cruz y seguir á Jesucristo*. No es menester grande ingenio para penetrar el sentido de estos oráculos; pero tampoco se necesita un ingenio peregrino para inferir de ellos que el número de los discípulos de Cristo debe ser muy limitado. Vé repasando con la consideracion todas las edades, todas las condiciones, todos los estados; la abnegacion, la mortificacion y la renuncia es el carácter, es el distintivo de los discípulos de Cristo; las cruces, los trabajos que sufren con resignacion, son su divisa. ¿Se hallarán muchos el dia de hoy con este distintivo? Consulta las costumbres de los mozos, las inclinaciones y los hábitos de los viejos, las máximas de los grandes, los dictámenes de los plebeyos, la conducta, enfin, de los mas de los cristianos; ¿encontrarás entre ellos muchos discípulos de Cristo? El amor propio reina soberanamente; en todas las resoluciones es el primer móvil la consideracion de la carne y sangre; cuida Dios de enviar cruces á todos los estados: ¡pero qué pocos las levantan y cuánto menos las llevan! ¡Dios mio, y qué corto es el número de vuestros verdaderos discípulos? Pero á lo menos, ¿si seré yo de este corto número? Mis máximas, mis costumbres y todo mi proceder me desengañan; harto claramente me dicen lo que verdaderamente soy.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la doctrina de Jesucristo es igualmente especulativa y práctica, enseña lo que se ha de creer y muestra cómo se debe vivir. La fe regla el entendimiento, y los preceptos el corazon. Es preciso creer; pero es indispensable vivir como se cree.

La señal (dice Jesucristo) *por donde se conocerá que sois discípulos mios, será si os amais unos á otros.* No es menos rara el dia de hoy esta señal que la precedente; y sino, pregunto: ¿es en estos tiempos la caridad una virtud muy comun entre los cristianos? ¿qué significan sino esas antipatías, esas aversiones, esas diferencias entre las familias? ¿qué significan esas venganzas, esas enemistades que reinan en todos los pueblos? No se ven hoy en todos ellos sino pleitos, disensiones y discordias. Ni aun en el cláustro encuentra apenas seguro asilo la caridad. ¿En qué siglo ha reinado menos esta virtud? Introdúcese la amargura en el mismo santuario, y tal vez se lleva el encono hasta á las mismas aras. Parece que la religion se ha domesticado con el odio y con la venganza; hasta el zelo sirve de máscara á esta villana pasion. Y á vista de esto ¿se dirá todavía que Cristo tiene muchos discípulos?

La emulacion, la envidia, el interés y la ambicion siembran la discordia en todas partes. Cada cual se ama á sí mismo; pero ¿ama igualmente á sus hermanos? ¡Ah, que casi ya no se tiene por vicio la indiferencia ni aun la frialdad.

¿Adónde se fueron aquellos dichosos dias, aquellos felices tiempos en que los fieles no tenian mas que una alma y un corazon? Entonces habia pocos cristianos que no fuesen discípulos de Cristo; hoy cuenta Cristo muy pocos discípulos entre los que se llaman cristianos. Cotejemos las costumbres de este siglo con las de aquellos primeros tiempos; comparémonos con los Antonios, con los Basilios y con todos los santos cuyas vidas admiramos, debiendo servirnos de modelos. Todos somos ovejas de un mismo rebaño, guiadas por un mismo pastor; el pasto es uno mismo, una misma la doctrina y todos nos preciamos de discípulos de un mismo maestro. ¡Pero ah,

Señor, y qué diferencia tan monstruosa! ¡qué oposicion tan extraña! Mas ¿por cuál de los dos extremos militará la extrañeza? ¿serán discípulos de Cristo aquellos espíritus mundanos que se aman tanto á sí mismos, que miran los trabajos con tanto horror y que ignoran hasta el nombre de caridad? ¿contaráme Cristo á mí en el número de sus discípulos? Mas si no entro en este número, ¿cuál será mi destino, cuál mi desgraciada suerte?

¿Será posible, Señor, que, despues de estos toques que me dais, despues de estas reflexiones con que me favoreceis, todavía no mude de conducta y no enmiende mi vida? Posible y muy posible seria; pero confío en vuestra piedad que con vuestros poderosos auxilios han de ser eficaces estas reflexiones, firmes mis resoluciones y que desde este mismo punto comenzaré á ser vuestro verdadero discípulo, acreditándolo con la reforma general de mis costumbres.

JACULATORIAS.

Pater, jam non sum dignus vocari filius tuus: fac me sicut unum de mercenariis tuis. Luc. 15.

Padre mio, ya no soy digno de apellidarme hijo tuyo; tendréme por dichoso si me admites en el número de tus menores siervos.

Servus tuus sum ego: da mihi intellectum ut sciam testimonia tua. Salm. 118.

Resuelto estoy, Señor, á ser vuestro humilde siervo; ilustrad mi entendimiento para conocer vuestra voluntad y para obedecerla.

PROPOSITOS.

1. Ser verdadero discípulo de Cristo es guardar la ley, no tener apego á los bienes criados llevar su cruz,

vivir segun sus máximas y seguirle. Por estas señales ¿conoces muchos discípulos del Salvador? ¿conóceste por ellas á ti mismo? ¿á cuántos que llevan su librea los desconocerá algun dia? Explicóse y se explicó mas de una vez sobre este punto con la mayor claridad. Ninguno puede ser verdadero discípulo suyo, si no se niega á sí mismo, si no sigue las máximas del Evangelio, si no lleva su cruz todos los dias. Dime si te conoces á tí mismo en este retrato de los verdaderos discípulos de Cristo. ¿No te has avergonzado alguna vez del Evangelio? ¿no antepones muchas veces las máximas del mundo á las de tu divino Maestro? ¿no te corres tal vez de manifestarte por discípulo suyo en presencia de todo el mundo? Mira de aquí adelante con horror esta indecente vergüenza. Acuérdate de que el mismo Cristo desconocerá tambien por discípulos suyos delante de su Padre celestial á los que no le conocieren á él por su maestro delante de los hombres. ¡Cosa extraña! Ningun mundano hay, aunque se profese cristiano, que no haga vanidad de conformarse con las máximas y de seguir el espíritu del mundo; y se encuentran muy raros discípulos de Cristo que no sientan algun empacho, alguna dificultad en declararse por tales. No temas la burla de los disolutos, ni los insultos y dichos de los indevotos; declárate por la virtud á cara descubierta y no rezeles que sea vanidad parecer devoto, como lo seas efectivamente.

2. Para arreglar toda tu conducta consulta únicamente las máximas de la religion, los ejemplos de los santos y el fervor de las almas virtuosas. Lejos de gobernarte por las costumbres estragadas, y aun por la vida floja y descuidada de los menos arreglados, haz profesion de que tu modestia, tu compostura, tu circunspeccion, tus máximas y tus conversaciones digan á todos la religion que profesas y la doctrina

que sigues. Ten presente este motivo cuando aconsejes y cuando corrijas; ni en el exámen de la noche dejes de indagar siempre si pasaste el dia como verdadero discípulo de Cristo; siendo este el título que mas debes apreciar entre todos los de la vida.

DIA QUINCE.

SAN VITO, MODESTO Y SANTA CRESCENCIA, MARTIRES.

Fué san Vito siciliano de nacion, de familia muy ilustre; pero de padres gentiles por desgracia. Aquel Señor, que en las mayores persecuciones manifestó siempre mas el poder milagroso de la gracia y se complace tanto en echar mano de lo mas flaco del mundo para confusion de lo mas fuerte, escogió á nuestro santo para que en la edad de doce á quince años fuese un niño de milagros.

Por dicha era cristiano el ayo que le buscaron sus padres y se llamaba Modesto, del cual, como es verosímil, se valió Dios para sacar al niño Vito de las tinieblas de la idolatría, previniéndole desde luego con aquellas gracias extraordinarias que dan tan declaradamente á conocer la virtud del Todopoderoso. Estaba encendido en todas partes el fuego de la persecucion contra los cristianos; pero el tierno Vito, despreciándole con generosidad, hacia abierta profesion de este glorioso nombre y en todas ocasiones se declaraba contra la ciega supersticion de los gentiles.

Llegó esto á noticia de Valeriano, gobernador de Sicilia por los emperadores Diocleciano y Maximiano; y llamando á Hylas, padre de nuestro santo, le signi-

ficó lo mucho que extrañaba tener entendido que su hijo era uno de los mas acalorados sectarios de la religion cristiana; y le añadió en tono severo: *Si quieres salvar la vida de ese inconsiderado muchacho haz que tenga juicio y que salga cuanto antes de su error.*

Era Hylas tan zeloso gentil, como fervoroso cristiano su hijo; y llamandole sin perder un instante, le dijo con semblante desconsolado y afligido: *¿Qué es lo que oigo, hijo mio de mi vida? ¿será posible que esta maldita raza de los cristianos te haya hechizado de manera que adores por dios á un vil Judío, colgado por sus delitos en un infame madero, y que por esta extravagancia incurras en la indignacion de los emperadores, manchando con tan feo borron tu esclarecida familia?* Al decirle esto le daba estrechos abrazos y derramaba copiosas lágrimas, explicando en estas demostraciones su dolor y su ternura.

Mantúvose el niño Vito con inmutable entereza, y respondió á su padre en esta sustancia: « Amado padre y señor, mucho os equivocais en el concepto que haceis de los cristianos, teniéndolos por magos y por hechiceros; no hay cosa mas pura, no la hay mas santa que sus costumbres y que su doctrina. La muerte de Jesucristo en la cruz solo parece locura á los ojos de los gentiles; por lo demás ella fué el gran misterio de la redencion del mundo. Perdió el hombre la amistad de su Dios por el pecado, y fué menester que Dios se hiciese hombre y muriese en esa cruz para restituirle á su gracia, porque cualquiera otra satisfaccion seria improporcionada. El que á vos se os representa suplicio fué un milagro de la divina clemencia; la que tratais de extravagancia es celestial sabiduría; y creedme, nunca podria yo añadir mayor lustre á toda la familia, que el que la comunico precisamente por la gloriosa profesion que hago y es-

pero siempre hacer de fervoroso cristiano.» Enmudeció Hylas á vista del respeto y de la intrepidez con que le habló el santo hijo; pudieron mas la admiracion y la ternura que la cólera y la indignacion. Retiróse sin hablar palabra y dejó en paz al niño Vito.

No era posible que esta le durase mucho á vista del ruido que hacian las maravillas que Dios obraba por él. Cobraban vista los ciegos y repentina salud los enfermos, solo con hacer Vito sobre ellos la señal de la santa cruz, y hasta los demonios, ó por malignidad, ó por precepto, publicaban sus virtudes por boca de los energúmenos. Dióse noticia de todo á Valeriano, atribuyéndolo á hechiceria y encantamiento, segun la manía en que se habian encaprichado los gentiles; y mandando el gobernador llamar á Hylas: *Ya te previne*, le dijo en tono colérico y dominante, *que tu hijo era cristiano; te advertí que le redujeses á la razon; sin embargo sé que es uno de los mas perniciosos magos de esta maliciosa secta; no puedo ya dispensarme de hacerle comparecer en mi tribunal; quiero que tú estés presente y que entiendas no podré dejar de castigarte si no me obedece con presteza.*

Compareció el santo niño; y tratándole Valeriano con cariñosa blandura, le preguntó: *¿En qué consiste, hijo mio, que no te dejes ver en nuestros templos, ni asistas á nuestros sacrificios? ¿ignoras por ventura que los emperadores mandan quitar la vida con los mas atroces tormentos á todos los cristianos? No, señor,* respondió Vito sin dar muestras de la mas leve turbacion, *no lo ignoro; pues yo mismo he sido testigo de la crueldad de los suplicios y de la constancia de los mártires: pero ¿qué razon habrá para obligarnos á reconocer por dioses á un pedazo de mármol, ó á un tronco sin vida, que no valen por el más vil de todos los hombres? Por lo que toca á mí, resueltamente te digo que jamás*

adoraré á otro Dios que al único que lo es verdaderamente del cielo y de la tierra, porque tampoco hay otro.

Cuando Hylas oyó estas palabras salió fuera de sí, y comenzó á exclamar como frenético: *¡Ay desdichado de mí! Compadeceos de la triste suerte de este desgraciado padre todos los que sois amigos mios; no tengo mas que un hijo, y ese le voy á perder miserablemente sin remedio. No, padre mio, no me perderéis, ni yo pereceré*, replicó el santo tan fresco como tranquilo, *pues no hay mayor felicidad que derramar toda la sangre por amor de Jesucristo, mereciendo por una dichosa muerte entrar en la compañía de los bienaventurados*; Quedó como atónito Valeriano al ver tanta cordura y tanta constancia en un niño de catorce á quince años. pero igualmente indignado de una respuesta tan animosa, le dijo: *Por respeto á tu calidad y por la amistad que profeso á tu padre te he dejado hasta ahora de castigar; mas ya que abusas tanto de mi bondad, veremos si la pena te hace mas cuerdo y mas dócil.* Mandó, pues, que le despedazasen á azotes; órden que se ejecutó al punto con inhumanidad y con exceso, pero sin perder el santo niño un punto de su tranquilidad. En vano se valió el gobernador de promesas y de amenazas: *Ya te he dicho de una vez para siempre*, respondió el santo mancebo, *que amás reconoceré n adoraré otro Dios que á Jesucristo.* Colérico Valeriano mandó que le aplicasen á la cuestion de tormento ibanlo á ejecutar los verdugos, y se hallaron de repente con una general contraccion de todos los miembros, y al mismo gobernador se le secó de repente la mano con agudísimos dolores. Al principio lo atribuyeron, segun su ordinaria cantinela, á la mágica profesion que suponian en todos los cristianos; pero queriendo desengañarlos el niño Vito de que todos estos milagros eran solo por virtud del nombre de Jesucristo, pronunció sobre ellos este dulcísimo, om-

bre y al punto quedaron todos sanos. Neutral el gobernador entre el agradecimiento y la cólera, se contentó con entregársele á su padre, repitiéndole el encargo de que le procurase reducir á obedecer á los emperadores.

Parecióle á Hylas que los regalos, las diversiones y los deleites serian mas eficaces que los suplicios, y ninguno omitió de los mas propios para lisonjear el corazon, ablandarle y corromperle; pero el santo mancebo se mostró invencible á todo; y aun se dice que, habiendo quedado repentinamente ciego el inconsiderado padre, en castigo de su indiscreta curiosidad, experimentó él mismo lo mucho que podia con Dios su milagroso hijo, porque recobró la vista solo con hacerle este la señal de la cruz sobre los ojos; milagro que, en vez de obrar su pronta conversion, produjo un efecto enteramente contrario; pues persuadido á que su hijo era mago y hechicero, tomó desde entonces la bárbara resolucion de perderle: pero Modesto, antiguo preceptor del santo niño, fué avisado en sueños por un ángel que secretamente le sacase del poder de su padre y le condujese á la orilla del mar, donde encontraria un navío prevenido para llevarle donde le destinaba la divina Providencia. Declaró Modesto á Vito las disposiciones de esta, y encaminándose entrambos al sitio señalado, encontraron un navío que estaba para hacerse á la vela, y entrando en él, dieron fondo en un puerto de la antigua Lucania, provincia del reino de Nápoles, que se llama hoy Basilicato. Hicieron alto en un desierto cerca del rio Siluro, tomando el Señor de su cuenta el mantenerlos por medio de una águila, que cada dia les llevaba la provision que bastaba para no morirse de hambre. Comenzaban á gustar los dulces consuelos de la soledad cuando se hallaron en precision de dejarla, para que triunfase Jesucristo en la capital del

imperio y á los ojos mismos del emperador. Apoderóse el demonio de un ministro muy favorecido de Diocleciano, y atormentándole extrañamente, protestaba a voz en grito que no saldria de aquel cuerpo hasta que Vito, solitario de Lucania, le compeliese á dejarle. Mandó buscar el emperador á un hombre, cuya virtud poderosa mostraba temer el mismo demonio; halláronle en oracion con su preceptor Modesto; é informado el emperador de que eran cristianos, dió por cierto que ambos serian dos insignes magos y que tendrian estrecho comercio con el demonio, en cuya suposicion les hizo muchas preguntas. Las respuestas del santo niño hechizaron á Diocleciano, el cual le preguntó sobre todo, con qué artificio lanzaban los demonios de los cuerpos. *Señor,* le respondió Vito, *no hay otro artificio que la virtud omnipotente de mi Salvador Jesucristo, á cuyo nombre doblan la rodilla el cielo, la tierra y los abismos, reconociendo su infinito poder. Pues hagamos la experiencia*, replicó el emperador, *y libra del demonio á mi favorecido.* Hizo oracion el fervoroso mancebo; puso la mano sobre la cabeza del energúmeno, y haciendo en ella la señal de la cruz, dijo estas palabras: *Sal de ese cuerpo, espíritu inmundo, que así te lo mando en nombre de Jesucristo, mi Salvador y mi Dios.* A punto salió el demonio con espantoso ruido, quitando la vida á muchos de los gentiles que se hallaban presentes y habiendo vomitado mil blasfemias contra nuestra santa religion.

Dicen las antiguas actas del martirio de nuestro santo que, movido el emperador de tantas maravillas y enamorado de la gracia, del agrado, de la viveza y del brillante espíritu del santo niño, no perdonó diligencia alguna para ganarle, hasta ofrecerle que le adoptaria por hijo y le asociaria en el imperio,

rizóse de la proposicion el invencible mancebo, convirtiéndose en saña la ternura de Diocleciano: mandó que así á él como á Modesto los encerrasen en un tenebroso y hediondo calabozo y los dejasen morir de hambre; pero apenas entraron en él cuando se abrieron las puertas, se hicieron pedazos las cadenas y se apoderó un pavoroso terror de todos los corazones. Atónito el carcelero corrió desolado á palacio, y temblando con el asombro y con la turbacion, dió cuenta al emperador de lo que pasaba. Temió Diocleciano las consecuencias de aquella maravilla, y acudiendo prontamente á borrar la impresion que podia hacer en los ánimos á favor de los cristianos, ordenó que luego al punto fuesen expuestos á las fieras en el anfiteatro. Alentaba Vito á Modesto á vista de los tigres y de los leones que habian soltado contra ellos, en presencia de mas de cinco mil personas que habian concurrido; pero apenas hicieron los santos la señal de la cruz, invocando el nombre de Jesucristo, cuando los leones y los tigres se postraron á sus piés, halagándolos blandamente con la cola. Resonaron al punto los gritos de admiracion en que prorumpió todo el pueblo, y al oirlos se irritó tanto el emperador, que, sin poder disimular su cólera, mandó se emplease el hierro y el fuego para atormentarlos, pero nada bastó para vencerlos. Convirtióse á la fe una mujer llamada Crescencia á vista de aquella heróica constancia y alegría, mereciendo ser condenada á morir con ellos. No pudo subir á mas la crueldad de los verdugos; despedazaron á los santos mártires hasta descubrirse las entrañas; sin que por eso dejasen de cantar jamás las alabanzas del Señor. Iban ya á acabar con las dos víctimas, cuando de repente se sintió un furioso terremoto, que, llenando á todos de espanto, disipó toda aquella muchedumbre. Aseguran las mismas actas que los tres santos mártires

fueron sacados del cadalso por ministerio de los ángeles y conducidos al mismo lugar donde Vito y Modesto habian sido encontrados; y que, habiendo suplicado Vito al Señor se dignase de consumar su sacrificio, todos tres rindieron en sus manos el espíritu el dia 15 de junio del año de 300.

Hácia la mitad del octavo siglo pasó á Roma Fulrado, abad de san Dionisio en Francia, y habiendo conseguido del papa Zacarías un cuerpo santo de los cementerios, con nombre de san Vito mártir, le depositó en una heredad de la diócesis de París, que pertenecia á un hermano suyo, donde se edificó una iglesia con la advocacion del santo, y andando el tiempo, en el año de 836, fué trasladado este santo cuerpo con grande solemnidad á la abadía de Corwey en Sajonia. Pero este no es el cuerpo de san Vito martirizado con san Modesto, del cual en ninguna parte se halla vestigio de que jamás fuese trasladado de Luciania á Roma; y lo mas concluyente es, que cincuenta años despues que Fulrado llevó de Roma para Francia la referida reliquia, se hallaron los cuerpos de san Vito, san Modesto y santa Crescencia en su antigua sepultura de la cual fueron transferidos á Polignano el año de 886, donde se mantienen hasta el dia de hoy con grande veneracion. Hállase tambien otro san Vito que fué martirizado en Roma, cuyas reliquias fueron sin duda las que llevó á Francia el abad Fulrado.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Lucania cerca del rio Filaro, la fiesta de los santos mártires Gui, Modesto y Crescencia, quienes habiendo sido traidos de la isla Sicilia en tiempo de Diocleciano, despues de haber pasado por la caldera llena de plomo derretido, el potro y las fieras, caabaron el curso de su glorioso combate.

En Dorostora en Misia, san Hesiquio, soldado, que, cogido con san Iulo, recibió la corona del martirio bajo el presidente Máximo.

En Córdoba en España, santa Benilda, mártir.

En Zéfiro en Cilicia, San Dulas, mártir, que, azotado con varas bajo el presidente Máximo por el nombre de Jesucristo, luego puesto á asar en una parrilla y untado con aceite hirviendo alcanzó victorioso la palma del martirio.

En Palmira en Siria, las santas mártires Libia y Leónida, hermanas, y Eutropia, niña de doce años, que recibieron la corona del martirio en medio de diferentes tormentos.

En Valencienes, el fallecimiento de san Landelino, abad.

En la Auverña, san Abrahan, confesor, ilustre por su santidad y milagros.

En el monte Jou de Valais, san Bernardo de Menton, confesor.

En Espalion orillas del Lot en Rouerga, san Hilariano, asesinado atrozmente por unos impíos.

En Seez, san Loyer, aleman, que de solitario fué hecho obispo de dicha ciudad antes de san Godregrando, hermano de santa Oportuna.

En Benevento, san Mercurio, mártir.

En la Abisinia, san Cedreno, confesor.

En Vinchester en Inglaterra, santa Edburga, vírgen, hija de Eduardo I.

La misa es en honra del santo, y la oracion la siguiente:

Da Ecclesiæ tuæ, quæsumus, Domine, sanctis martyribus tuis Vito, Modesto, atque Crescencia intercedentibus, superbè non sapere, sed tibi placita humilitate proficere:

Suplicámoste, Señor, que por la incercesion de tus santos mártires Vito, Modesto y Crescencia, concedas á todos los fieles un santo horror á la mundana sabiduria, y gracia para hacer

ut prava despiciens, quæcumque recta sunt, libera exerceat charitate. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

cada dia nuevos progresos en aquella santa humildad que tanto os agrada; á fin de que, huyendo y menospreciando todo lo malo, se apliquen libre y generosamente á practicar todo lo bueno. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 3 *del libro de la Sabiduría.*

Justorum animæ in manu Dei sunt, et non tanget illos tormentum mortis. Visi sunt oculis insipientium mori, et æstimata est afflictio exitus illorum: et quod à nobis est iter, exterminium: illi autem sunt in pace. Et si coram hominibus tormenta passi sunt, spes illorum immortalitate plena est. In paucis vexati, in multis benè disponentur; quoniam Deus tentavit eos, et invenit illos dignos se. Tanquam aurum in fornace probavit illos, et quasi holocausti hostiam accepit illos, et in tempore erit respectus illorum. Fulgebunt justi, et tanquam scintillæ in arundineto discurrent. Judicabunt nationes, et dominabuntur populis, et regnabit Dominus illorum in perpetuum.

Las almas de los justos están en la mano de Dios, y no llegará á ellos el tormento de la muerte. Pareció á los ojos de los necios que morian, y se juzgó ser una afliccion el que saliesen de este mundo, y una entera ruina el separarse de nosotros; pero ellos están en paz: y si han sufrido tormentos en presencia de los hombres, su esperanza está llena de la inmortalidad. Habiendo padecido lijeros males, recibirán grandes bienes: porque Dios los tentó, y los halló dignos de sí. Probólos como al oro en la hornilla, y recibiólos como á una hostia de holocausto, y á su tiempo los mirará con estimacion. Resplandecerán los justos, y correrán como centellas por entre las cañas. Juzgarán á las naciones, y dominarán á los pueblos; y su Señor reinará eternamente.

NOTA.

« A todos los libros que se atribuyen á Salomon,

acostumbra la Iglesia darles el título de *Sapienciales*. El que contiene la epístola de hoy es como una suma de sus máximas y sentencias mas importantes; por lo que san Atanasio y san Epifanio le llaman el compendio de todas las instrucciones."

REFLEXIONES.

Las almas de los justos están en la mano de Dios: ¿á quién pueden temer? Ponga en movimiento la envidia todo su veneno; aseste todos sus tiros la maledicencia; use de todos sus artificios la mas denigrativa calumnia contra los justos, ¿qué podrá todo el mundo junto, aunque vaya de acuerdo con todo el infierno, contra un hombre á quien protege Dios? No perdonan las adversidades á la virtud; nacen los trabajos hasta en lo mas interior del mismo santuario; á los escogidos del Señor nunca les cupieron entre sus partijas las prosperidades de esta vida. Déjense para los réprobos esas alegrías mundanas, ese continuo esparcimiento, esa perpetua cadena de diversiones, esos aires fieros y orgullosos que inspira la prosperidad. Los siervos de Dios visten otra librea; pásase la mayor parte de sus dias en amargo llanto, en miseria y en oscuridad; tiéneseles lástima y se les trata como al deshecho, como á las heces de todos los mortales. Es cierto qué son dignos de compasion; pero á los ojos de los insensatos, y no mas. Parece que viven una vida sembrada de miserias y de aflicciones; pero mientras tanto viven, por decirlo así, en el centro de la felicidad, puesto que su alma está en las manos de Dios. ¿A qué gran señor ni á qué príncipe le ha pasado hasta ahora por el pensamiento tener envidia á un comediante que representa el papel de un augusto emperador? Sabe muy bien que todo aquel aparato de esplendor, de grandeza y de majestad solo dura

mientras dura la comedia : en acabándose esta, despues de haber deslumbrado por un rato los ojos y los oidos, quedó aquel hombre confundido con lo mas ínfimo del pueblo. La mayor parte de los hombres representan un buen papel en el teatro de la vida: mientras dura la representacion, todo embelesa, todo encanta, todo brilla; pero ¿con qué despejo y aun con qué desembarazo no se presentan en el teatro? ¿con qué entonamiento no hablan á los que están de mirones y de oyentes, aunque haya entre ellos personas muy respetables? Los justos mientras viven son, digámoslo así, unos mudos asistentes á la comedia de esta vida; cuando se acaba la comedia, cuando aquel disoluto se ve ya en los brazos de la muerte, cuando está para espirar aquella mujer mundana, cuando todos se retiran á sus casas; esto es, cuando entran en la casa de la eternidad, donde han de ir á parar todos los hombres; ¿tendrán mucha envidia á los representantes aquellos que no hicieron mas que asistir á la comedia? ¿Reputarán entonces por el ápice de la felicidad aquella escena teatral de mundanas prosperidades? ¿se les representará como la mayor de todas las desgracias aquella vida pura, santa, humilde, pobre, oscura y mortificada? Grandezas mundanas, esperanzas engañosas, todas pasais como relámpago; sois á lo mas un sueño agradable, que divierte mientras dura. Pero ¿los justos? *In paucis vexati, in multis benè disponentur.* Mientras vivieron los maltratásteis á vuestra satisfaccion: no obstante, ni por eso fueron tan dignos de compasion como os parecia; porque al fin sus trabajos fueron lijeros, duraron poco, y su recompensa, sobre ser muy grande, es eterna. ¿En quien tiene fe puede haber locura mas insigne, ni mas calificada, que vivir segun las máximas del mundo y no seguir el ejemplo de los santos?

El evangelio es del cap. 10 de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis : Qui vos audit, me audit : et qui vos spernit, me spernit. Qui autem me spernit, spernit eum qui misit me. Reversi sunt autem septuaginta duo cum gaudio, dicentes : Domine, etiam dæmonia *subjiciuntur nobis in* nomine tuo. Et ait illis : Videbam Satanam sicut fulgur de cœlo cadentem. Ecce dedi vobis potestatem calcandi supra serpentes et scorpiones, et super omnem virtutem inimici : et nihil vobis nocebit. Verumtamen in hoc nolite gaudere, quia spiritus vobis subjiciuntur : gaudete autem, quòd nomina vestra scripta sunt in cœlis.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos : El que os oye á vosotros, me oye á mí, y el que á vosotros os desprecia, me desprecia á mí. Y el que me desprecia á mí, desprecia al que me envió. Los setenta y dos (discípulos), pues, volvieron con alegría diciendo : Señor, hasta los demonios se nos sujetan en tu nombre. Y él les dijo : Yo veia á Satanás caer del cielo como un rayo. Hé aquí que yo os he dado potestad de andar sobre serpientes y escorpiones, y de superar toda la fuerza del enemigo, y nada os dañará. Sin embargo, nos os alegreis por esto porque los espíritus se os sujeten, sino alegraos porque vuestros nombres están escritos en los cielos.

MEDITACION.

DE LA FALSA CONFIANZA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que tan pernicioso es tener poca confianza como tener demasiada. La primera es desconfianza, la segunda presuncion : aquella nace de una culpable pusilanimidad, esta de un orgullo que mira Dios con horror. La verdadera confianza se funda en la bondad infinita de Dios, en su poder y en la digna-

cion con que quiere le consideremos como nuestro padre. Esta es aquella confianza que acredita nuestra fe y nos pide continuamente el Señor como condicion indispensable para oir nuestras oraciones, bajo la cual no nos negará cosa que le pidamos. Pero hay otra confianza presuntuosa, otra confianza falsa, que no merece el nombre de esta virtud, y consiste en cierta opinion demasiadamente ventajosa que tiene el hombre de sí mismo, en una esperanza fundada en cierta virtud imaginaria que se atribuye á sí propio, y no á las especiales gracias con que el Señor nos ha querido favorecer; confianza, que fácilmente se conoce cuánto engaña y cuánto precipita. Cuéntase mucho con las máximas piadosas que se tienen frecuentemente en los labios : cuéntase con cierta como virtud de costumbre, de que nos lisonjea nuestro amor propio : cuéntase con una especie de ciega seguridad, que siempre es hija de una necia confianza. Aunque no hubiera otro pecado que esta vana opinion que tiene uno de sí mismo, bastaria para que delante de Dios fuese muy reprensible. ¿Quién puede presumir racionalmente de su fidelidad, ni mucho menos de su perseverancia en las ocasiones mas frecuentes y comunes? Se han visto caer las mas robustas columnas de la Iglesia, que la sirvieron de apoyo por algun tiempo; viéronse precipitar y se vieron eclipsar los mas brillantes astros, que por muchos años fueron luz, farol y guia de los fieles : un Salomon, á quien dotó Dios de tan portentosa sabiduría, se precipitó en los mayores excesos; un apóstol del mismo Jesucristo, llamado al apostolado por el Señor, instruido en su divina escuela, paró en ser un alevoso traidor. Desbarraron en errores y extraviáronse en descaminos muchos que hicieron milagros. Y despues de esto, ¿habrá todavía quien fie mucho de su aparente fervor y de una virtud incons-

tante, mientras está expuesta á las tentaciones de esta vida? ¡ Ah, Señor! que esta falsa confianza bastaria ella sola para precipitarnos en funestas caidas y en desacertados desvaríos dentro de los caminos mismos de la perfeccion.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no es menos falsa, ni menos insuficiente la confianza fundada en los favores recibidos del Señor, si no la acompaña siempre una santa desconfianza de sí mismo; y si exponiéndose á las ocasiones mas peligrosas, se presume imprudentemente de auxilios extraordinarios, que siempre niega Dios á los orgullosos, y solamente los concede á las almas verdaderamente humildes.

Haz reflexion á la respuesta que dió á sus discípulos cuando tanto se gloriaban del poder que les habia dado para lanzar los demonios. *Mirad,* les dijo, *que yo vi caer á Satanás como un rayo precipitado del cielo.* Fué lo mismo que decirles : Guardaos bien de envaneceros por las gracias que habeis recibido de mi poderosa mano : mayores habia yo concedido á aquellos espíritus puros que componian mi corte : enriquecílos con dones mas excelentes y los escogí para hacerlos las criaturas mas nobles que habian salido del seno de mi poder; ocupaban en el cielo las primeras sillas, pero su orgullo y su presuncion los precipitó en los abismos. Cuanto mayores gracias se han recibido de la mano del Señor, mayor cuenta se ha de dar á su justicia; á los favores mas señalados corresponden mayores obligaciones de agradecimiento y de fidelidad. *Trabajad en el negocio de vuestra salvacion con temor y temblor,* dice el Apóstol (*Filip.* 2) : no te fies mucho de esa inocencia de costumbre, de esa constante devocion; es una flor que el aire la mar-

chita; es un cristal que el menor soplo le empaña; una ventolera echa muchas veces á pique los mas fuertes navíos; basta un soplo para apagar el hacha mas luminosa. ¡Buen Dios, cuántos perecen por una falsa seguridad!

Las pasiones nunca se doman enteramente, ni el enemigo de la salvacion se le vence jamas por medio de la complacencia. Todo aquel que se descuida es hombre perdido. Cuando el Salvador recomienda tanto el velar y orar, no habla precisamente con los pecadores de profesion; dirigió estas palabras á los tres apóstoles mas favorecidos suyos. ¿Expóneste á los mayores peligros de pecar, sin miedo de precipitarte, porque fuiste fiel hasta ahora? ¡Qué ilusion, qué confianza tan mal fundada! David habia salido victorioso de muchos combates; habia hecho grandes progresos en la virtud; y David, aquel hombre segun el corazon de Dios, luego que no desconfió de su flaqueza, cayó en los pecados mas enormes. Apenas hay tentacion mas digna de temerse que la falsa confianza: basta un solo pecado para perder en un momento todos los méritos de la vida mas santa y mas penitente: *Despues que hayais hecho todo cuanto os he mandado* (dice Jesucristo), *decid: Siervos inútiles somos. Bienaventurado aquel que desconfía siempre de sí y anda siempre temeroso.*

¡Ah, Señor, y cuánto tengo de que acusarme en este punto! Mis frecuentes caidas ¿no han sido por ventura efecto de mi demasiada confianza, ó por mejor decir, de mi necia presuncion? En vuestra sola gracia debo esperar, mi Dios, y en vos solo coloco toda mi confianza; vos solo sois toda mi esperanza y toda mi fortaleza; en mi no hay mas que miseria y nunca perderé de vista mi pobreza y mi nada.

JACULATORIAS.

Beatus homo qui semper est pavidus. Prov. 28.

Bienaventurado aquel que siempre vive temeroso y desconfiado de sí mismo.

Ego sum pauper et dolens : salus tua, Deus, suscepit me. Salm. 68.

Reconozco, Señor, que estoy destituido de todos los bienes; no veo en mí mas que pobreza y miseria; pero vos sois, Dios mio, toda mi confianza.

PROPOSITOS.

1. Es la presuncion cierta opinion demasiadamente buena que cada uno tiene de sí mismo; ninguna cosa prueba mas que uno se conoce poco, que cuando se estima mucho; es mucha pobreza de entendimiento ignorar hasta dónde llega la flaqueza propia; el que fía en su imaginaria virtud, esté cierto de que no la tiene. No hay, pues, que admirarse de que hociquen en caidas tan vergonzosas esas almas tan presumidas. Complácese Dios en confundir el orgullo humano; aprende á desconfiar de tí, sirviéndote de escarmiento tantos y tan ruidosos ejemplares; reconoce tu miseria y tu inclinacion al mal. Acuérdate sin cesar de que debes obrar el negocio de tu salvacion con temor y con temblor, como dice el Apóstol; no hay virtud tan arraigada, ni hábito virtuoso tan antiguo que nos dispense en este saludable temor. Teme continuamente las sorpresas de los sentidos, los artificios de las pasiones, los lazos que arman á la inocencia los objetos peligrosos; teme á tu propio espíritu y á tu mismo corazon; témete á tí mismo; porque en esta vida todo es peligroso. No se aparte jamás de tu memoria este oráculo del Após-

tol: *Bienaventurado el hombre que siempre está temeroso de ofender á Dios.*

2. No basta temer, es menester aplicar todos los medios para evitar lo que se teme. Toma, pues, desde este mismo dia una eficaz resolucion de huir todo aquello que puede ser ocasion de pecado; de no hallarte en tal concurrencia; de no ver tal persona; de no tratar de tal asunto; de abstenerte de tal juego; de negarte á tal diversion; de no leer tal libro; de no reprender con cólera á tus criados ni á tus hijos; en una palabra, de evitar todo lo que puede servir de lazo á tu fidelidad y á tu inocencia. No hay que fiarte del valor ni de la fidelidad antecedente; así como ninguna cosa empeña mas al Señor para concedernos sus auxilios particulares que la humilde desconfianza de sí mismo, así tambien ninguna cosa le irrita mas que la temeraria presuncion. Huye las ocasiones, si quieres vivir sin pecado.

DIA DIEZ Y SEIS.

SAN QUIRICO Y SANTA JULITA, MÁRTIRES.

Fué santa Julita una señora jóven cristiana, de casa ilustrísima y muy distinguida en el Asia, como descendiente de sus antiguos reyes; pero mas respetada por su eminente virtud que por su nobilísimo nacimiento. Nació en Icónia, hoy Cogni, capital de Licaónia, donde san Pablo y san Bernabé habian predicado la fe de Jesucristo con tanto fruto y con tan feliz suceso. Habiéndose casado con un caballero de la primera calidad, como correspondia á su nobleza, fué su virtud ejemplo de señoras cristianas, aña-

diendo su modestia nuevo lustroso realce a todas las demás prendas que la adornaban; de manera que parecia como original del bello retrato de la mujer fuerte que pinta el Sabio en la sagrada Escritura.

Era una de sus primeras atenciones el cuidado de estrechar cada dia mas y mas la casta union con el esposo que el cielo la habia destinado y el conservar la paz y buen gobierno en toda la familia, siendo esta su ordinaria y principal ocupacion. Humilde sin artificio, modesta sin afectacion, vestida con la decencia correspondiente á su clase, pero sin ostentacion y profanidad, inspiraba aprecio y veneracion de la virtud á cuantos la conocian y la trataban. Por otra parte se hacia admirar y aun adorar por la afabilidad con que se hermanaba con todos y por el peso, prudencia y discrecion que acompañaba á todas sus palabras. Ni era la menor de sus virtudes la exactitud con que pagaba el salario á sus criados y el amor con que los socorria en sus necesidades. Su caridad con los miserables la mereció el nombre de madre de los pobres, ganándola el corazon de todos los necesitados. El tiempo que la dejaban libre las obligaciones domésticas, le empleaba en la labor, en la oracion y en otras devociones.

Tal era Julita, cuando, queriendo Dios perfeccionarla con los trabajos y proponerla á la Iglesia como una mujer verdaderamente fuerte la llevó á su marido en la flor de la edad, dejándola viuda á los veinte y dos años, sin mas hijos que un niño, llamado Quirico, único fruto de su matrimonio, que todavía estaba en la cuna. Libre de las cargas de casada, se dedicó enteramente á desempeñar las obligaciones del nuevo estado, sobresaliendo en el ejercicio de todas las virtudes que pide á las viudas el Apóstol.

Fué su principal atencion criar al niño Quirico en el santo temor de Dios, inspirandole desde luego

aquellas maximas cristianas, que le hicieron tan ilustre mártir aun sin haber salido de las primeras niñeces. Apenas sabia hablar, y ya sabia qué cosa era ser cristiano. Todo su gusto era ser instruido en la religion y aprender de memoria sus preceptos. Correspondia perfectamente á las piadosas inclinaciones del hijo el zelo de la santa madre. Nunca le hablaba sino del culto divino y de los principios del Evangelio.

Tenia solos tres años el niño Quirico, cuando los emperadores Diocleciano y Maximiano publicaron su cruel edicto contra los cristianos, empeñados en exterminarlos de todo el imperio. El gobernador de Licaónia, llamado Domiciano, fué uno de los ministros que se mostraron mas zelosos en su puntual ejecucion y fué general la consternacion en toda la provincia. En las plazas públicas no se veian mas que ecúleos, potros, horcas y cadalsos, ni se hablaba de otra cosa que de suplicios y de tormentos. Deseaba Julita con vivas ansias derramar su sangre por amor de Jesucristo, habiendo mucho tiempo que suspiraba por el martirio; pero se hallaba embarazada con la suerte de su hijo temiendo que se le arrancarian de los brazos y le criarian en la religion pagana. Resolvió, pues, ponerse á cubierto de la tempestad por algun tiempo y dejó la ciudad y la provincia acompañada de solas dos criadas suyas. Abandonando, pues, su casa, sus conveniencias y todos sus grandes bienes por salvar su fe y la de su hijo, se retiró á Seleucia en la provincia de Isáuria; asilo poco seguro, por estar mas encendida la persecucion en aquella provincia que en la de Icónia. Su gobernador Alejandro, aun mas cruel que Domiciano, persiguiendo furiosamente á los cristianos, satisfacia su ambicion y su despique, porque á un mismo tiempo lisonjeaba á los emperadores y contentaba la aversion personal que profesaba al cristianismo. Obligada Julita á buscar abrigo mas se-

guro, á pesar de la fatiga y de las incomodidades de un viaje tan largo como penoso, se refugió en Tarso de Cilicia; pero el Señor, que la queria probar y premiar al mismo tiempo su fe, permitió que la fuesen siguiendo allí sus perseguidores.

No bien habia llegado á dicha ciudad, cuando el emperador despachó una órden á Alejandro, gobernador de Isáuria, para que pasase á Tarso con comision particular de poner en ejecucion el edicto contra los cristianos, mandándole expresamente en la instruccion que á ninguno perdonase. Conoció entonces nuestra santa que Dios queria cumplir sus deseos y que se habia llegado el tiempo de consumar su sacrificio; por lo que suplicó fervorosamente á su Majestad se dignase aceptar tambien la tierna víctima que le ofrecia con ella, no permitiendo que su querido hijo la sobreviviese; oracion que fué benignamente oida y favorablemente despachada. Luego que llegó el gobernador fué acusada en su tribunal la jóven viuda como cristiana, y haciéndola arrestar, fué llevada á su presencia con su hijo en los brazos, sin mostrar la santa alteracion ni sobresalto.

Informado Alejandro de su alta calidad, la recibió con mucha cortesanía y solamente la preguntó si era cristiana: *Soylo*, respondió Julita; *y tambien mi hijo lo es. Admírome*, replicó el gobernador, *de que una señora de tu nacimiento, de tus años, de tus prendas y de tu capacidad se haya dejado infatuar de las extravagancias de esa religion. Mas me admiro yo* (repuso la santa) *de que un hombre, que tenga no mas que una leve tintura de razon, pueda abandonarse á los absurdos y á las infamias del paganismo. Las que vosotros llamais extravagancias en la religion cristiana, son unas máximas en las cuales reina la verdadera sabiduría, el buen juicio y la verdad: ni aun vosotros ignorais que solo en esta religion se encuentran la ino-*

cencia, el honor y la virtud. Mucho menos ignorais vosotros (replicó el gobernardor ciego ya de cólera) *que los tormentos se hicieron en el mundo para los cristianos;* y diciendo estas palabras, mandó que la arrancasen al hijo de los brazos y luego la pusiesen en el potro. Sintió mas santa Julita la violenta separacion de su hijo, que el tormento que la iban á aplicar. Sus dos criadas, poseidas del miedo, la habian abandonado desde los principios; pero recobradas del primer pavor volvieron luego á mezclarse entre la muchedumbre, para ver de lejos los tormentos que padecia su ama.

Era el ánimo del gobernador aterrar á los cristianos con esta primera ejecucion, y así fué verdaderamente cruel. Descargaron una espesa lluvia de azotes con vergas sobre el delicado cuerpo de la santa, á cuyos furiosos golpes corrian por todas partes arroyos de sangre, quedando su hermoso cuerpo espantosamente destrozado.

El niño mientras tanto, viéndose separado de su madre, comenzó á llorar y á gritar, haciendo cuantos esfuerzos podia para volverse á ella y para desembarazarse de los que le tenian en sus brazos. Viéndole tan vivo y tan hermoso, mandó el gobernador que se le llevasen; púsole sobre las rodillas para acallarle; comenzó á halagarle y acariciarle, aplicando la boca para darle un beso; pero el niño volvió la cabeza, apartóle la cara con sus manecitas, y haciendo cuanto podia para desasirse de él, le daba con los piés y le arañaba con sus uñitas. Por mas diligencias que hizo el gobernador para que no mirase á su madre, nunca lo pudo conseguir, volviendo siempre el niño sus ojitos hácia ella y gritando continuamente como la misma madre: *Yo soy cristiano, yo soy cristiano.* Irritado Alejandro con estos gritos y furioso de verse tan burlado, entró en tan descom-

puesta cólera, que, cogiendo al tierno infante por una pierna y diciendo brutalmente: *Ya que eres cristiano como tu madre, perecerás con ella,* le estrelló con rabiosa violencia contra el pavimento del tribunal, haciéndose pedazos la cabezita en la primera grada, esparcidos los sesos por el suelo y llenándose todo él de aquella inocente sangre; inhumanidad que detestaron con horror todos los asistentes, desahogando en un sordo murmullo su justa indignacion. Sola Julita vió con ojos enjutos aquel glorioso espectáculo; y manifestando á los gentiles cuánto la habia elevado la gracia de Jesucristo sobre los movimientos de la naturaleza, se conservó bañada de un gozo celestial, rindiendo en alta voz gracias al cielo porque se habia dignado coronar antes que á ella á su dulcísimo hijo.

Oyó Alejandro, como todos los demás, esta oracion; y á vista del generoso desprecio que hacia de la muerte, se desengañó de que ningun tormento seria capaz de doblarla. No obstante, por ejercitar su crueldad, mas que por entretener su esperanza, mandó que la volviesen al potro; que la despedazasen los costados con uñas aceradas; que echasen pez derretida sobre sus delicados piés; y mientras el pregonero la exhortaba en alta voz á que sacrificase á los ídolos, la santa levantando mucho mas la suya, gritaba: *Yo soy cristiana.*

Toda descoyuntada, despedazada y abrasada, no alentó el menor suspiro, ni abrió la boca sino para dar testimonio de la divinidad de Jesucristo y para declarar que los ídolos, á quienes querian ofreciese sacrificios, eran solos unos viles instrumentos del demonio para engañar á los hombres miserablemente. Amenazáronla con que seria tratada como su hijo, y ella exclamó: *¡Ah, si deseo con ansia alguna cosa, es tener parte en su dicha y caminar cuanto antes á ha-*

cerle compañía en la gloria! El silencio, el aire y todo el exterior de los concurrentes daban bien á entender la admiracion y asombro con que miraban la magnanimidad de aquella jóven señora y la alta idea que concebian de su santa religion; lo que advertido por el gobernador, determinó quitársela cuanto antes de la vista y mandó que la cortasen la cabeza. No pudo disimular su extraordinaria alegría luego que oyó la sentencia; y como era su mayor empeño que triunfase la fe de Jesucristo en medio de los tormentos gritando sin cesar que era cristiana, los verdugos la metieron en la boca una gran bola para que no pudiese hablar mientras la conducian al lugar del suplicio. En llegando á él, les pidió la concediesen un corto espacio de tiempo para hacer oracion; hincóse de rodillas; dió gracias á Dios por haber llevado para sí á su querido hijo; suplicóle se dignase admitir el sacrificio que le hacia de su vida, levantó dulcemente los ojos al cielo, y tendiendo su cuello al verdugo, este de un golpe la separó la cabeza y consumó su martirio con tan gloriosa muerte el dia 16 de junio por los años de 305.

Por la noche fueron las dos criadas suyas á retirar el santo cuerpo y el de su hijo san Quirico, los que enterraron en un sitio del territorio de Tarso, á bastante distancia del lugar de su martirio; y habiendo vivido una de ellas hasta que el gran Constantino, diez y ocho años despues, dió la paz á toda la Iglesia, descubrió el precioso tesoro que habia escondido; y acudiendo todos apresuradamente á venerar las santas reliquias, se hizo desde entonces célebre su culto en todo el Oriente. Dícese que, habiendo hecho un viaje hácia aquellas partes san Amatro, obispo de Auxerre, trajo consigo los cuerpos de san Quirico y santa Julita y los colocó en una iglesia que tuvo despues su misma advocacion. Lo cierto es que las

muchas iglesias que hay en Francia dedicadas á estos dos santos persuaden bastantemente que sus reliquias se repartieron entre varias, como en Tolosa, en Clermont, en Arlés y singularmente en Nevers, que tiene por patron á san Ciro.

SAN AURELIANO, OBISPO Y CONFESOR.

Entre los prelados célebres que florecieron en la iglesia de Francia en el siglo VI, fué uno san Aureliano obispo de Arlés, de quien ignoramos su orígen, sus progresos en la carrera literaria y sus hechos por la negligencia de los sabios de su tiempo, que, pudiendo recopilar estas y otras memorias, defraudaron á la posteridad de tan preciosos monumentos.

Sabemos que por el conocimiento de su eminente virtud y de sus sobresalientes talentos fué elevado en el año 546 á la silla metropolitana de Arlés, luego que quedó vacante por muerte del obispo Auxanio, sucesor del célebre san Cesario. El papa Vigilio, que gobernaba por entonces la cátedra apostólica, queriendo darle pruebas evidentes de cuanto aprobaba su eleccion y manifestarle el aprecio que hacia de su gran sabiduría y ardoroso zelo por la religion y disciplina eclesiástica, le envió el palio y condecoró con la jurisdiccion vicaria de la Santa Sede en todo el reino de Childeberto, hijo de Clodoveo, que reinaba en esta parte de la monarquía, llamada Neustria ó Francia Occidental, y una porcion del reino de Borgoña, adonde se extendia la metrópoli de Arlés.

Aunque Aureliano no se distrajo jamás del particular cuidado que debia poner en el buen órden de su diócesis, valiéndose de la autoridad concedida por el romano pontífice, aplicó toda su reputacion y

sabiduría á la consecucion del bien público y al establecimiento de varios cánones interesantes en la mejor policía y gobierno de la Iglesia. Así lo acreditó en el concilio que se celebró en Orleans en el año 549, convocado de los tres reinos de Francia, á solicitud del rey Childeberto en el año 39 de su reinado, en el que presidió en virtud de sus facultades, segun opinan varios críticos, aunque otros atribuyen la presidencia de este sínodo á Sardo ó Sacerdote, obispo de Leon; teniendo gran parte en lo que allí se determinó acerca de la reforma de costumbres y disciplina eclesiástica. Tambien supo aprovecharse útilmente y con mucha discrecion de la estimacion que de él hacia Childeberto para erigir varios monumentos de piedad, memorables entre ellos, los dos monasterios que edificó en Arlés, uno para hombres, y otro para las vírgenes consagradas á Dios, á los que dió con mucha prudencia y sabiduría una doble regla que tenemos en el código de las que recopiló Holstenio, donde parece aumentó algunos artículos sobre la de san Cesario su predecesor.

Agitábase en tiempo de este insigne prelado la cuestion de los tres capítulos que miraban á la persona de Teodoro, obispo de Mosuesta, que habia sido maestro de Nestorio; á la carta de Ibas, obispo de Edesa; y á la respuesta de Teodoreto, obispo de Ciro, contra los anatematismos de san Cirilo; empeñóse el emperador Justiniano en la condenacion de estos tres capítulos, sin mucha necesidad; resistíalo el papa Vigilio, temiendo debilitar la autoridad del concilio de Calcedonia que habia recibido en su comunion á Ibas y á Teodoreto, y que nada ordenó contra la memoria de Teodoro, aun cuando se leyeron en él los escritos de estos tres prelados. Los obispos del África que se mostraban mas ardientes que todos, rehusaban recibir el edicto de Justiniano; los de Francia, aunque mas

moderados, no creian deber estar indiferentes en un negocio de tanta gravedad. Con este motivo escribió Aureliano á Vigilio sobre la sospecha que tenian formada algunos prelados de su condescendencia con el emperador; pero su Santidad le respondió, asegurándole que jamás permitiria cosa contraria á la doctrina de los cuatro concilios, Niceno, Efesino, Constantinopolitano I y de Calcedonia, ni á las determinaciones de Celestino, Sixto y Leon, sus predecesores; ordenándole además que emplease su reputacion para con el rey Childeberto, á fin de que mostrase su solicitud en favor de la Iglesia de Dios é impidiese con su poder el que Totila rey de los Godos, que habia tomado á Roma y saqueado la ciudad, no hiciese padecer á los católicos, mediante á que hacia profesion de la herejía arriana.

Finalmente, este insigne prelado, distinguidísimo por la defensa que siempre hizo de la religion católica y por los establecimientos utilísimos para el mejor régimen de la Iglesia, con cuyo elogio le recomienda el Martirologio Galicano, murió lleno de merecimientos por los años 551, en el dia 16 de Junio en Leon de Francia, aunque los escritores no nos dicen el motivo de su tránsito á aquella ciudad; donde se celebra su memoria en el mismo dia, y en el siguiente en la de Arlés, á causa de estar impedido el 16 con la fiesta de san Quirico y Julita en esta iglesia.

Algunos confunden á este prelado con otro Aureliano obispo de Leon, pero sin fundamento, por no hallarse este colocado en el catálogo de los santos como el de Arlés; cuyas reliquias se hallaron en Leon en el reconocimiento que se hizo de las existentes en la iglesia de San Niceto por Ugo obispo Tabariense, en virtud de comision en el año 1803, tercero del pontificado de Clemente V, para mas decente coloca-

cion de las depositadas en aquel templo. Léense en la lápida de mármol del sepulcro de san Aureliano de Arlés varios versos expresivos de sus laudables hechos y tiempo de su pontificado.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Besanzon, los santos mártires Fargeau y Fergeon, diácono, que, enviados por el santo obispo Ireneo á predicar la divina palabra, padecieron muchas especies de tormentos, siendo por último degollados.

En Tarso de Cilicia, los santos mártires Ciro y Julita su madre, en tiempo de Diocleciano. Ciro, niño de tres años, viendo á su madre cruelmente azotada con vergas, delante del juez Alejandro, y llorándola desconsolado, fué muerto á testeradas contra les gradas del tribunal. En cuanto á Julita, despues de crueles azotes y horribles tormentos consumó su martirio por la degollacion.

En Maguncia, el martirio de Aure, Justina su hermana con otros mártires muertos atrozmente en la iglesia por los Hunos que asolaban la Alemania, durante la celebracion de los santos misterios.

En Amatonta en Chipre, san Ticon, obispo, del tiempo de Teodosio el jóven.

En Leon de Francia, el fallecimiento de san Aureliano, obispo de Arlés.

En Nantes en la Bretaña, san Similiano, obispo y confesor.

En Meisen en Alemania, san Beunon, obispo.

En Brabante, santa Lutgarda, virgen.

En Luvesca, aldea de la antigua diócesis de Viena del Delfinado, la fiesta de san Juan Francisco Regis, de la compañía de Jesus, varon de admirable caridad y paciencia por la salud de las almas. Fué puesto en el número de los santos por el papa Clemente XII.

En Rufey en el Franco Condado, el martirio de san Antida, obispo de Besanzon.

En Chaumont cerca de Rocroy, san Bertó, confesor.

En Viena, san Domnolo, obispo, cuya principal ocupacion era el redimir cautivos.

En Avranches, san Auperto, obispo, fundador, segun Sigeberto, de la iglesia de San Miguel del Monte, donde fué á su muerte enterrado.

Cerca de Espoleto, san Felo, confesor.

En Soana en Toscana, san Mamiliano, obispo de Palermo.

En Salzburgo, el venerable Gebardo, arzobispo de dicha ciudad, fundador de la iglesia de Admondeto.

La misa es de la dominica precedente, y la oracion la que sigue:

Deus, qui nos concedis sanctorum martyrum tuorum Cyrici et Julitæ natalitia colere: da nobis in æterna beatitudine de eorum societate gaudere. Per Dominum nostrum...

O Dios que nos haces la gracia de que celebremos el martirio de los santos mártires Quirico y Julita: concédenos que gocemos tambien en su compañía de la eterna bienaventuranza. Por nuestro Señor Jesucristo.

La epístola es del capítulo 31 *del libro del Eclesiástico.*

Qui autem nimis diligit divitias, non justificabitur: et qui insequitur consumptionem replebitur ex ea. Multi dati sunt in auri casus, et facta est in specie ipsius perditio illorum. Lignum offensionis est aurum sacrificantium: væ illis qui sectantur illud! et omnis imprudens deperiet in illo. Beatus dives qui inventus est sine macula.

El que ama las riquezas demasiado, no será justo, y el que va siguiendo la corrupcion se llenará de ella. Muchos se precipitaron por causa del oro, y su perdicion fué ocasionada de su hermosura. El oro es un cepo para aquellos que se sacrifican á él: ¡ay de aquellos que le buscan! y todos los imprudentes perecerán en él. Bienaventurado el rico que fuere encontrado sin mancha.

NOTA.

« Fué compuesto el libro intitulado *Eclesiástico* por Jesus, hijo de Sirach, á imitacion de los Proverbios que compuso Salomon. Diéronle los antiguos un nombre que significa *toda virtud*, porqué ninguna hay para cuyo ejercicio no se den admirables reglas en este excelente libro; siendo una doctrina general que combate todos los vicios, arregla las costumbres y conduce como por la mano á la práctica de todas las virtudes. »

REFLEXIONES.

Siendo las riquezas beneficio del Señor, ningunos debieran servir á Dios con mayor reconocimiento ni con mas fidelidad que los ricos. Siempre habia de triunfar la virtud en medio de la abundancia; el que tiene mas medios para santificarse habia de ser mas santo. Pero sucede todo lo contrario; no suelen ser mas cristianos los mas ricos ni los mas acomodados. La opulencia exime de las miserias de la tierra; pero ¿exime por ventura de las leyes del Evangelio? El que ha logrado mas bienes de fortuna que otros, ¿goza por eso de algun privilegio para ser menos ajustado, menos piadoso que los demás? Pregunta, á la verdad, disonante y ofensiva; pero ¿no hay sobrados motivos para hacerla? La licencia de costumbres, cierta libertad en el corazon y en el entendimiento, que se acerca mucho á una especie de irreligion; aquella conducta poco cristiana que se observa en la mayor parte de los que se llaman ricos, grandes y dichosos del siglo; ¿no da bastante motivo para preguntar si los nobles, si las señoras, si los ricos logran algun privilegio que los dispense en la severidad de la ley cristiana? ¿si la desigualdad de

fortunas supone alguna diversidad ó alguna exencion de los mandamientos en los que profesan una misma religion? Pero ¿quién podrá dudar que estas leyes son universales, sino el que ignore los primeros principios del cristianismo? No hay mas que un Evangelio; no puede haber mas que una moral; son invariables las máximas de Jesucristo; no hay condicion, no hay persona que pueda eximirse de ellas. Con todos hablan los mandamientos de la ley de Dios; con el noble como con el oficial; con la dama mas delicada como con el mas zafio labrador; todos deben seguir á Cristo llevando su cruz; todos han de macerar su cuerpo, mortificar sus sentidos, humillar su altivez, abatir el espíritu y el corazon, si han de ser sus discípulos. No hay edad, no hay sexo, no hay estado, no hay empleo, no hay clase, no hay condicion que dispense en esta pureza tan exacta, en este arreglo tan severo, en esta virtud indispensable á todos los cristianos: *Soy cristiana,* decia santa Blandina; *y así no os debeis admirar de que no parezca en el teatro, de que no concurra á vuestras fiestas, de que tenga horror á todo lo que es contrario á la ley santa de Dios.* ¿Hallaránse hoy en el mundo muchas señoras que puedan decir lo mismo con verdad? Es razon, se dice, que se divierta la gente moza; las personas de cierta calidad, las de conveniencias, las que están colocadas en cierta visibilidad, en cierta clase, no pueden dejar de acomodarse al gusto, á las modas, al espíritu y máximas del mundo. Pero digamos, ¿en cuál de los libros sagrados, en qué capítulo de la moral de Jesucristo, en qué parte del Evangelio se dispensa en las obligaciones comunes á todos los cristianos, á los nobles, á los caballeros y á los ricos? ¿Qué concepto se haria de nuestra religion, si todos los que la profesan, poco mas ó menos hubiesen de lograr la misma suerte, viviendo sujetos á unas mis-

mas leyes y habiendo entre ellos tanta diferencia de costumbres? Han de acompañarnos y han de seguirnos nuestras obras; pues desengañémonos, es menester vivir como cristianos para conseguir la dicha de los santos.

El evangelio es del cap. 7 de san Lucas.

In illo tempore: ibat Jesus in civitatem quæ vocatur Naim: et ibant cum eo discipuli ejus, et turba copiosa. Cùm autem appropinquaret portæ civitatis, ecce defunctus efferebatur filius unicus matris suæ: et hæc vidua erat: et turba civitatis multa cum illa. Quam cùm vidisset Dominus, misericordia motus super eam, dixit illi: Noli flere. Et accessit, et tetigit loculum. (Hi autem qui portabant, steterunt.) Et ait: Adolescens, tibi dico, surge. Et resedit qui erat mortuus, et cœpit loqui. Et dedit illum matri suæ. Accepit autem omnes timor, et magnificabant Deum, dicentes: Quia propheta magnus surrexit in nobis, et quia Deus visitavit plebem suam.

En aquel tiempo: Iba Jesus á una ciudad, por nombre Naím: é iban con él sus discípulos y una numerosa turba de gente. Y al tiempo de acercarse á la puerta de la ciudad, hé aquí que sacaban fuera un difunto, hijo único de su madre: y esta era viuda, y la acompañaban gran número de personas de la ciudad. A la cual, habiéndola visto el Señor, movido á compasion de ella, la dijo: No llores. Y se acercó al féretro, y le tocó. (Y los que le llevaban se pararon.) Y dijo: Jóven, contigo hablo, levántate. Y el muerto se sentó, y comenzó á hablar. Y le entregó á su madre. A todos, pues, les poseyó el temor, y glorificaban á Dios diciendo: Un profeta grande ha aparecido entre nosotros, y Dios ha visitado á su plebo.

MEDITACION.

DE LA CRIANZA DE LOS HIJOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay en los padres y en las madres obligacion mas importante ni mas esencial, pero acaso tampoco la hay mas olvidada que la buena crianza de los hijos. Cuídase mucho de su vida; pero poco ó nada de su educacion. Con todo eso, de ella depende casi toda la economía de su vida y de su salvacion; ella es, por decirlo así, como la simiente del vicio ó de la virtud.

No hay inclinacion tan mala, que no la enderece la buena educacion. Las tierras mas estériles se fertilizan con el cultivo, y las mas fértiles bastardean, produciendo matorrales cuando se las deja de cultivar. Atribúyense al mal natural las siniestras inclinaciones de un jóven; es engaño, son fruto regular de la mala educacion. No se hizo caso de enderezarlos cuando todavía eran plantas tiernas, ¡ qué mucho que creciesen torcidas y que ya apenas se las pueda enderezar!

Apenas nacen los niños, cuando se les echa fuera de casa y se les da á criar á personas desconocidas, cuyas costumbres se ignoran por lo comun; despues nos admiramos de que degeneren tanto de su sangre y de que tengan poco amor á sus parientes. Vuelven á ella á los tres ó cuatro años; pero ¿ qué cuidado se pone en su educacion? ¿qué lecciones se les da? ¿qué ejemplos ven? Abandónaseles por lo regular á merced de unos criados de pocas obligaciones y de costumbres perdidas, ó se les buscan unos maestros ignorantes, que apenas saben ellos mismos ni aun los

primeros principios. ¿Qué tal saldrá la crianza de estos niños? No bien abren un poco los ojos de la razon, cuando solo notan ejemplos perniciosos, y precisamente aprenden aquello que debieran ignorar toda la vida.

Un padre poco devoto y acaso disoluto; una madre embebida enteramente en el espíritu del mundo, entregada al juego, á la vanidad y á las diversiones, ¿dará á sus hijos una educacion muy cristiana? Y despues se quejan de las pesadumbres con que los pagan cuando están mas adelantados en edad; y despues se duelen de su poca religion, de su amor á los deleites, de sus profanidades y de sus disoluciones. Pues, padres y madres, ¿habéisles por ventura enseñado otra cosa? Vuestros hijos siguieron vuestros ejemplos; ¿pues de qué os quejais? Si bebieron el veneno, ¿quién sino vosotros los brindó con él? Pero qué cuenta tan estrecha habeis de dar á Dios de estos homicidios. Una educacion descuidada, una mala educacion pierde mas almas que todas las ocasiones, que todas las tentaciones de la vida. Rara vez se borran las primeras impresiones. ¡O buen Dios, cuántos padres y madres se han condenado por no haber dado á sus hijos una cristiana educacion! Esta es la primera y la principal obligacion de un padre y de una madre.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que acaso no hay pecados que sean mas rigurosamente castigados en los padres y en las madres que el descuido en criar bien á sus hijos. Dióselos Dios precisamente para que los criasen en su santo temor; redimiólos él; suyos son : te los confió como en depósito y le has de dar cuenta de ellos : te los entregó para que desde niños los instruyeses en los principios de la religion, inspirándoles un grande

horror al pecado, un ardiente amor á la virtud, una cristiana aversion á las máximas del mundo, enderezándoles aquellas primeras inclinaciones que dicen tanto respeto y tanto se enlazan con la salvacion. Pero tú ni aun consideraste como obligacion tuya este cuidado; y aun cuando estabas viendo que aquel terreno solo producia espinas y abrojos, ni siquiera te pasó por el pensamiento el arrancarlos. Inútilmente, dice el Señor, sembré en aquel campo un grano capaz de dar ciento por uno; todo se sufocó y no se dieron oidos á mi voz; descarriáronse las pobres ovejas por no ser bien guiadas, y apenas se descaminaron cuando el lobo las despedazó: *Sanguinem autem ejus de manu tua requiram;* pero á ti te he de pedir cuenta de su sangre. ¿Cuántos hijos deben su condenacion á sus mismos padres?

Están viendo un padre y una madre muy á sangre fria la desordenada vida de sus hijos, y se mantienen muy serenos, diciendo que es menester dar algo á la mocedad. Esto quiere decir en buenos términos que es menester cerrar los ojos á sus desórdenes, porque estan en una edad en que cada dia han de ser mayores, que es menester dejarlos seguir el mal ejemplo, porque con eso se precipitarán mas cada dia; que es menester disimular sus descaminos, porque todavía están al principio de la carrera. ¿Dejaríase á la discrecion de un pobre niño un vaso de bebida emponzoñado? ¿pondríasele en las manos un cuchillo? ¿no seria crueldad? ¿no seria locura? Y si se hiriese ó se matase, ¿no tendria la culpa el que le habia puesto en la ocasion? fácil es la aplicacion. Heli era un venerable anciano irreprensible en sus costumbres y muy religioso en las funciones de su ministerio; con todo eso, ¿con qué rigor castigó Dios la insensible y cobarde condescendencia que tuvo con sus hijos? Las desgracias, las tristes revoluciones, las funestas caidas de tantas

familias deshonradas, arruinadas y aun totalmente extinguidas, son los menores trabajos con que Dios castiga á los padres y son los frutos mas naturales de la mala educacion. Estas reflexiones no hablan solo con los padres de familias; extiéndense tambien à todos los que tienen empleos con súbditos ó dependientes de quien cuidar. ¡Mi Dios, y cuánto es de temer el menor descuido en esta gravísima obligacion!

Dignaos, Señor, de darme luz para comprender todas estas consecuencias, inspirándome un zelo ardiente por la salvacion de todos los que están á mi cargo, para que nunca contribuya á su condenacion, ni atribuyais sus desvaríos á mi descuido ó negligencia.

JACULATORIAS.

Fiat cor meum immaculatum in justificationibus tuis, ut non confundar. Salm. 118.

Haced, Señor, que nada tenga tan impreso en el alma como el cumplimiento de todas mis obligaciones, para que no sea confundido por mis descuidos.

Delicta quis intelligit? ab occultis meis munda me, et ab alienis parce servo tuo. Salm. 18.

¿Quién puede conocer perfectamente todo lo que le hace reo en vuestra presencia? Purificad, Señor, mi alma de los pecados que no conozco; perdonadme los que no estorbé y aquellos de que fuí ocasion ó causa.

PROPOSITOS.

1. No hay en los padres obligacion mas indispensable ni mas esencial que la de dar á sus hijos una buena educacion. Ninguna cosa puede dispensarlos

de ella; ni la elevacion, ni las dignidades, ni los empleos, ni la nobleza, ni los negocios. Son los hijos un depósito que Dios os confió; os ha de pedir cuenta de él; son vuestros primeros acreedores, y como á tales los debeis el cuidado, la vigilancia, las instrucciones, los buenos ejemplos. Tened en buena hora caridad con todos los menesterosos; derramad largamente vuestras limosnas entre todos los necesitados; sed como el alma de todas las funciones piadosas, de todas las buenas obras que se hacen en la ciudad. Si faltais á vuestra esencial obligacion, haced cuenta que nada habeis hecho; si no habeis dado una cristiana educacion á vuestros hijos, todo lo perdisteis. Ni penseis haber cumplido bastantemente con vuestra obligacion dándolos maestros excelentes, si por vosotros mismos no os informais del modo con que viven, y cómo se aprovechan de la enseñanza: los maestros son vuestros ayudantes; os alivian, pero no os exoneran; y así debeis velar indispensablemente sobre una educacion, de que á solo vos se os ha de pedir estrecha cuenta. ¿Y será posible que nada te remuerda la conciencia sobre la que has dado á tus hijos y á tus criados? El modo de enseñar y de corregir sirve infinito para hacerle mas ó menos eficaz. Si las correcciones son amargas, conviene sazonarlas con un modo suave, con un tono moderado y con voces atentas y cortesanas, para que se admitan y para que entren en provecho. El desentono y las palabras ofensivas irritan, pero no enmiendan.

2. Ten gran cuidado de que tus hijos y tus criados se encomienden á Dios por la mañana y por la noche, y de que la familia rece todos los dias el rosario de comunidad, asistiendo tú el primero á él. Nunca te fies tanto de los preceptores, que no examines por tí mismo qué educacion dan á tus hijos; la obligacion de aquellos no te exime á tí de la tuya. Infórmate si

tus hijos frecuentan los sacramentos, por lo menos una vez cada mes, y tambien qué progresos hacen en las letras. Vergüenza es que se pasen años enteros sin que algunos padres sepan siquiera qué hacen sus hijos, ni se les dé nada por ello.

....

DIA DIEZ Y SIETE.

SAN AVY, ABAD DE MICY, CONFESOR.

Fué san Avy hijo de un pobre labrador, que, habiendo nacido en Beauce, se estableció en el territorio de Orleans, y su madre fué tambien una pobre de solemnidad, que nació en Verdun y vino pidiendo limosna; juntó algun dinerillo y se casó con aquel paisano, de cuyo matrimonio fué fruto nuestro santo. Nació hácia el fin del quinto siglo, y se asegura que en su nacimiento de repente se vió cubierto el pobre cuarto de un milagroso resplandor que deslumbró á todos los asistentes y llegó á atemorizar á la comadre; maravilla que desde entonces se consideró como presagio de la virtud con que aquel niño habia de resplandecer algun dia.

Sus padres, aunque pobres, eran temerosos de Dios, y así se dedicaron á darle una cristiana educacion. El bello natural del niño Avy y su inclinacion á odo lo bueno, poco regular en los de aquella edad, e hicieron muy amable á cuantos le conocian. Nunca fueron de su gusto los entretenimientos pueriles, y toda su diversion era hacer oracion de rodillas en el campo ó en la iglesia.

Una virtud tan anticipada era digna de trasplantarse al fértil terreno de la religion. Habiendo visto

algunos monjes de la abadía de Micy cerca de Orleans, se informó cuidadosamente del fin de su instituto y de la vida que profesaban. A esta inocente curiosidad se siguió luego el deseo de imitarlos; y pasando á echarse á los piés del abad, le suplicó que. sino le juzgaba digno de recibirle por monje, á lo menos le admitiese por criado, protestando que se dejaria morir á la puerta del monasterio antes que volverse al mundo.

Viendo el abad la humildad, la sinceridad y las vivas instancias del fervoroso mancebo. se resolvió á darle el hábito. Era abad san Maximino o san Mesmino, el cual descubrió muy presto el tesoro con que Dios habia regalado á su comunidad. Mostróse el novicio tan sencillo y tan desnudo de propia voluntad, que la santa simplicidad con que obedecia á todos dió asunto de risa y de diversion á los monjes que abusaban de ella. Teníanle por un estúpido, que sin réplica ni resistencia se dejaba conducir como un bruto adonde le querian llevar; pero la verdadera estupidez era la suya, pues no conocian el espíritu de Dios que gobernaba al hermano Avy. Algunos pocos ya llegaron á penetrar lo mucho que valia su virtud, y sobre todos el abad, que, hechizado con el novicio y viendo los progresos que hacia en la perfeccion, le nombró por ecónomo del monasterio, sin atender á su repugnancia ni al miedo que le ponian toda señal de distincion y todo empleo honorífico

Precisábale este al cuidado de las provisiones y de mantener á los monjes, lo que le exponia á muchas murmuraciones y á no pequeñas pruebas de su virtud, por mas que hiciese para prevenir hasta las mas lijeras necesidades; pero lo que suavizaba el trabajo que tenia en cumplir perfectamente con su oficio. era la ocasion que se le proporcionaba de satisfacer su ardiente caridad con los pobres, para cuyo sus-

tento y abrigo cercenaba no pocas veces de su misma racion y se desnudaba parte de su hábito, aun antes de entrar en el oficio. Haciase mas admirable esta caridad en un procurador, y con ella atraj las bendiciones del cielo sobre el monasterio, donde parecia que las cosas se multiplicaban. Con todo eso, no cesaron las murmuraciones ni las quejas tan injustas como agrias de los imperfectos. Sirvióse el Señor de estas contradicciones para despertar en él los deseos que siempre habia tenido de retirarse à la soledad para vacar á solo Dios en algun espantoso desierto, y las distracciones inseparables en su empleo le confirmaron en este pensamiento; por lo que, no dudando que era de Dios, solo trató de retirarse.

Habiéndose quedado una noche en la celda del abad, luego que le vió dormido, le metió silenciosamente debajo de la almohada todas las llaves del oficio y se retiró aquella misma noche à un espeso bosque, no muy distante del monasterio, donde fabricó una celdilla ó cabaña con ramas de árboles y comenzó à vivir en una profunda soledad, haciendo espantosa penitencia. Cuando el abad despertó para asistir à maitines quedó extrañamente sorprendido viendo las llaves de fray Avy debajo de su cabecera.

Pero como conocia mejor que otro alguno à nuestro santo, fácilmente comprendió la causa de su retiro; y no dudando que el espíritu de Dios le habia conducido al desierto, le dejó gozar tranquilamente de su amada soledad. Libre en ella del molesto ruido de los negocios temporales, se entregó à los excesos de su fervor y à los rigores de una penitencia sin límites. En la esterilidad de aquel desierto no encontraba otro alimento que hojas medio secas, frutas silvestres y algunas raices amargas, que no contribuian poco à aumentar su mortificacion; pero endul-

zaba el Señor maravillosamente estos santos rigores con el don de contemplacion que le concedió, siendo su vida casi una oracion continua y el sueño tan breve, que apenas interrumpia sus devociones.

Murió por este tiempo el santo abad Maximino, y como ya todos los monjes de Micy estaban desengañados y habian depuesto las preocupaciones que tenian contra el santo, todos de unánime consentimiento le eligieron por su abad y pasaron á sacarle de su soledad de Soloña. Pero le era tan dulce aquel su amado retiro y gozaba en él de tan celestial consuelo, que les costó el mayor trabajo del mundo arrancarle del destierro y reducirle á aceptar aquella superioridad. A las instancias de los monjes se añadió la autoridad del obispo de Orleans, y sin que le valiesen súplicas ni lágrimas le fué preciso obedecer. Bendíjole el mismo prelado el año de 520; y conducido al monasterio, bastó sola su presencia para resucitar en él la disciplina monástica en su primitivo vigor, mudando muy presto de semblante aquella comunidad con sus exhortaciones y á vista de sus ejemplos.

Pero fatigaba mucho este cargo á su humildad: cuantos mas honores le rendian, mas tiernamente se acordaba de su querido desierto; por él ansiaba, por él suspiraba continuamente; y conociendo que si volvia á Soloña presto darian con él, resolvió esconderse en algun lugar tan retirado, que nadie le pudiese encontrar.

Parecióle el de la Percha muy acomodado para su intento. Era un desierto horrible, distante de toda poblacion, en un bosque tan espeso y tan cubierto de matorrales, que parecia absolutamente impenetrable. Llevó consigo á uno de sus monjes, animado del mismo espíritu; y dejando su renuncia por escrito, se retiró secretamente al desierto de la Percha.

Por mas que le buscaron, no se pudo adquirir noticia alguna de su paradero, hasta que, habiéndose hecho eleccion de otro abad de Micy, se supo finalmente donde estaba san Avy, porque le descubrió el ruido de sus milagros.

Fué singular el suceso con que Dios le manifestó. Habiendo penetrado muy à lo interior del bosque dos porqueros pastando su ganado, sobrevino la noche, y con ella una furiosa tempestad que los separó, sin poderse juntar con la oscuridad de las tinieblas. Uno de ellos, que era mudo casi desde su nacimiento, advirtió una luz en medio del bosque encendida en la choza de nuestro santo; y partió derecho à ella para encender su tea de pino. San Avy, que jamás habia visto persona humana en aquel desierto, quedó altamente sorprendido cuando vió delante de sí un jóven que solo le hablaba con movimientos y con gestos. Creyendo al principio que era algun espectro ó algun artificio del enemigo, le hizo la señal de la cruz; y puesto de rodillas, suplicó al Señor le diese à conocer si aquella vision era algun fantasma. Acabada la oracion, volvió à hacer la señal de la cruz sobre el mudo, mandándole en nombre del Señor le dijese quién era y qué queria. Sintiendo el pobre mozo que se le habia desatado la lengua y que Dios le habia restituido el uso de ella, se arrojó à los piés del santo y comenzó à gritar: *Milagro, milagro.* Contó al santo en pocas palabras lo que le habia sucedido; encendió su hachon, despidióse de él y comenzó à gritar con todas sus fuerzas llamando à su compañero. Oyéndose este llamar por su mismo nombre de una voz desconocida, quedó como atónito; pero fué mayor su asombro cuando vió venir à su mudo que à gritos le comenzó à contar lo que le acababa de suceder, luego que llegó à paaje de donde podia ser oido.

Corrió la fama de este prodigio y comenzóse á turbar la quietud de nuestro solitario, porque de todas partes concurrian gentes á verle y muchos nunca le quisieron dejar. Creciendo el número de sus discípulos, se vió precisado á edificar un monasterio, que tuvo despues su nombre, en el que se renovaron aquellos asombrosos ejemplos que se habian visto en el Oriente bajo la conducta de los Antonios y de los Pacómios.

No obstante su grande amor al retiro, tal vez le obligaba á dejarle el mayor bien de los prójimos y el zelo de la salvacion de las almas. Pasando á Orleans, el magistrado mandó abrir las prisiones y dar libertad á los encarcelados por obsequiar al santo, haciéndole estos honores en correspondencia de sus milagros. En aquella ciudad dió vista á un ciego de nacimiento; y el autor de su vida dice que oyó este milagro de boca del mismo ciego.

Reinaba en Orleans Clodomiro, el primero de los hijos que tuvo Clodoveo en su mujer santa Clotilde. Valiéndose san Avy de la confianza con que el príncipe le trataba, le dió muchos consejos tan saludables como necesarios para la salvacion de su alma; singularmente le encargó mucho que tratase con mas dulzura y con mayor equidad á Sigismundo, rey de Borgoña, y á sus hijos, que eran sus prisioneros, prometiéndole de parte de Dios la victoria si les concedia la vida, y pronosticándole funesta suerte si los hacia morir. Justificó el suceso la profecía; porque Clodomiro fué muerto por los Borgoñones un año despues que quitó la vida á su santo rey.

Aunque san Avy perpetuamente vivia recogido dentro de su interior y en medio de las mas ruidosas ocupaciones nunca perdia á Dios de vista, con todo eso jamás dejaba de retirarse todos los años por algunos dias al sitio mas solitario del bosque pa-

ra vacar únicamente á la contemplacion. Hallándose en uno de estos como ejercicios anuales, murió el monje que habia traido consigo del monasterio de San Mesmino. Fueron prontamente á dar noticia al santo abad, quien, volviendo al convento, no pudo contener las lágrimas, viendo en el féretro á su querido discípulo. Hincóse de rodillas, hizo una fervorosa oracion á Dios; y levantándose de repente, lleno de aquella viva confianza que el Señor comunica á sus fieles siervos, dijo al difunto: *Yo te mando en nombre de Dios todopoderoso que te levantes y que vengas con nosotros á dar gracias á su Majestad por esta nueva vida que te ha concedido.* A estas palabras se levantó el difunto, arrojóse á los pies del santo, y mezclándose con los demás monjes, fué con ellos á la iglesia á dar gracias al Señor. Fácilmente se puede comprender la impresion que haria en los ánimos este milagro y el asombro con que se publicaria. San Lubin, obispo de Chartres, asegura que oyó este prodigio de boca del mismo monje resucitado, el cual sobrevivió muchos años á nuestro santo, pero el santo sobrevivió poco al milagro; porque, consumido por el rigor de sus penitencias y colmado de merecimientos, murió con la muerte de los justos en su monasterio el dia 17 de junio de 530, siendo de edad de poco mas de sesenta años.

Hubo un gran pleito entre los de Orleans y los de Chateaudun sobre la pertenencia del santo cuerpo y se ajustó la diferencia repartiéndose las reliquias cuya mayor parte tocó á la ciudad de Orleans, donde á cien pasos de ella se le erigió un magnífico sepulcro, al que fueron trasladadas con la mayor solemnidad. Volviendo victorioso de España el rey Childeberto, le hizo edificar una suntuosa iglesia en el sitio donde estaba su sepulcro, conociendo que debia la victoria á la proteccion del santo. Lo mismo

hicieron los de Chateaudun en un lugar donde veneraban sus reliquias, sin que hasta el dia de hoy se haya resfriado la devocion de los pueblos á un santo tan insigne.

SAN MANUEL, SABEL É ISMAEL, MARTIRES.

Por los años 362, en tiempo que los Persas se hallaban en una sangrienta guerra con el emperador Juliano apóstata, florecian en aquel reino Manuel, Sabel ó Sabelio, é Ismael, hijos de un padre gentil y de una madre cristiana, la cual procuró que los educase en la religion de Jesucristo é instruyese en las santas Escrituras cierto eunuco, presbítero, recomendable en ciencia y santidad. Hicieron los tres hermanos admirables progresos en las letras y virtud, bajo la disciplina de tan insigne maestro, llegándose á conciliar la estimacion de los Persas por su irreprensible conducta y recto proceder.

Escribió Juliano al Persa sobre la paz, y conociendo aquel soberano que para ajustar los tratados no tenia ministros en su reino de mas conocida habilidad y consumada prudencia que Manuel, Sabelio é Ismael, los envió á este efecto al emperador, quien, viéndolos jóvenes tan hermosos y discretos, los recibió con todo honor y los guardó en su compañía.

Ausentóse Juliano de Constantinopla á la provincia de Bitinia; y habiendo llegado á Calcedonia, dispuso una gran fiesta á los dioses, mandando al pueblo que les ofreciese sacrificio en el lugar ó templo dicho Trigon. Concurrió alegre la multitud de infieles á obedecer el precepto del emperador; y viendo los tres santos la preocupacion de tantos miserables como rendian engañados sacrílegas adoraciones á los demonios, pe-

netrado su corazon del mas vivo dolor, rogaron al Señor los conservase constantes en la fe, para que de modo alguno se contaminasen con los errores de los idólatras.

Advertido su resentimiento por un camarero de Juliano llamado Arion, hizo que los prendiesen los ministros y presentasen al emperador, quien, informado de la causa, olvidándose de las inmunidades debidas á los embajadores, mandó ponerlos en prision, con órden de que, sino sacrificaban en aquel dia, sufriesen en el siguiente la mas severa cuestion de tormentos. Despreciaron los santos tan injusto precepto; y con un semblante airado les preguntó el emperador, luego que los tuvo en su presencia: *¿Acaso os ha enviado vuestro rey, para que no celebreis conmigo las fiestas de nuestros dioses ni les ofrezcais sacrificios? Nuestro soberano,* le respondieron los santos, *nos ha enviado á tí para que tratemos de paz, no para que nos obligues á sacrificar á los ídolos. Nosotros somos profesores de la religion de Jesucristo, instruidos por un eunuco, admirable sacerdote, en el conocimiento del verdadero Dios, criador del cielo y de la tierra y de todas las criaturas, á quien solo rendimos adoracion. Idiotas del todo me pareceis,* continuó Juliano, *viniendo á un emperador tan grande como yo: no llames tales,* replicaron los santos, *á los siervos de Dios, pues en su presencia apareceremos sabios instruidos por aquel que nos tiene dicho en las santas Escrituras: que, cuando estemos ante los reyes y presidentes enemigos, no pensemos en lo que hemos de hablar, pues el Espíritu Santo nos enseñará lo que conviene decir. Tambien yo he leido,* siguió el apóstata, *vuestras fatuidades y de nada me ha servido ese Cristo de que hablais; yo os aconsejo que os separeis de él y sacrifiqueis á los dioses inmortales, pues de lo contrario os haceis acreedores á exquisitos tormentos, sin que os*

aproveche de cosa alguna Cristo. Entonces llenos los tres hermanos de un santo zelo, le replicaron: *impío y profano emperador, ¿cómo te has enfatuado en tales términos, que, llegándote todos los dias á semejantes dioses, no los ves del todo mudos, siendo como son unas piedras, inanimados y domicilios de los demonios para engañar á los hombres?*

Arrebatado Juliano en un extraordinario furor al oir los discursos de los santos, les dijo: *hombres los mas infelices de los mortales, ¿cómo recibidos por mí con tanta humanidad blasfemais de los dioses y os atreveis á llamarlos piedras? yo haré por su nombre, propicio para mí, que experimenteis su poder.* Mandó, pues, arrojarlos en tierra y que los verdugos los azotasen con la mayor crueldad; pero como los ilustres confesores de Jesucristo repitiesen en medio de aquel castigo: *nosotros no sacrificamos á las piedras inanimadas, sino al verdadero Dios que vive eternamente;* mas irritado el apóstata ordenó que, colgados en un leño, les rasgasen los costados y clavasen unos clavos por los talones.

Puestos en el suplicio clamaban los santos: *Señor mio Jesucristo, que subiste al leño de la santa y venerable cruz, para salvar al género humano, no te separes de nosotros, sálvanos de estos tormentos que nos circundan, pues conoces cuan enferma sea nuestra carne para semejante combate; y hecha esta oracion, los asistió un ángel del Señor y alivió sus trabajos.*

Mandó el tirano bajarlos del leño, y queriendo seducirlos con blandura, afectando compasion, dijo á Sabelio y á Ismael: *Veo que este vuestro insensato hermano no asiste con nosotros á ofrecer á los Dioses, por lo que recibirá la correspondiente retribucion; pero yo presumo de vuestro ingenuo aspecto que os portaréis mejor.* Entonces los dos hermanos le respondieron á una voz: *¿Piensas, príncipe impío, enemigo de Dios, que*

con tu doloso razonamiento nos podrás separar de Jesucristo? Persuade á tus dioses que nos hablen, si quieren recibir nuestro sacrificio, y entonces le ofreceremos prontamente.

Enfurecido Juliano con la respuesta, mandó á los verdugos que aplicasen hachas encendidas á los costados; pero manteniéndose constantes en alabar y bendecir al Señor, vuelto á Manuel, ciego de cólera, le dijo: *Infelicísimo y el mas miserable de los que contigo están, sacrifica á los dioses clementísimos, pues de lo contrario serás atormentado con severísimos castigos. No discurras,* respondió el santo, *podrás hacer que falte en alguno de nosotros la esperanza que tenemos puesta en nuestro Señor. A la vista tenemos su santa cruz, que nos conducirá al fin que aspiramos, y al mismo Jesucristo que alivia nuestros dolores.*

Viendo el tirano la invencible fortaleza del santo mártir, mandó traer tres clavos y clavarle, uno por la cabeza y dos por los hombros; y que, conducidos los tres amarrados al muro de Constantino, que mira hácia Tracia, los decapitasen en el lugar llamado el Precipicio, y luego quemasen sus cuerpos para que no pudiesen los cristianos darles el honor de la sepultura.

Habiendo llegado los santos al lugar del suplicio, hicieron á Jesucristo una fervorosa oracion, suplicándole se dignase librarlos de las manos del impío apóstata, é ilustrar á aquel miserable pueblo con el conocimiento de la verdad. Ejecutóse la sentencia en el dia 22 de junio por los años 362, pero dispuso Dios que se abriese la tierra en el momento y ocultase en su seno los venerables cuerpos de los ilustres mártires para impedir su combustion segun el mandato del tirano. Huyeron los verdugos aterrados y se convirtieron muchos gentiles á vista de aquel prodigio, el cual sirvió de motivo para que los

fieles enterrasen los cadáveres con el correspondiente honor.

Supo el rey de los Persas el atentado de Juliano con sus embajadores; y volviendo á la guerra con mas ardor, vengando el cielo las injurias hechas por aquel apóstata á los cristianos, hizo que pereciese miserablemente.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, la fiesta de doscientos sesenta y dos mártires, que, habiendo sido víctimas por la fe de Jesucristo, en la persecucion de Diocleciano, fueron enterrados en la antigua via Salaria, en la falda del Concombro.

En Terracina, san Montan, soldado, que, despues de repetidos tormentos, recibió la corona del martirio en tiempo del emperador Adriano y del varon consular Leoncio.

En Venafro, los santos mártires Nicandro y Marciano, que perdieron la cabeza en la persecucion de Maximiano.

En Calcedonia, los santos mártires Manuel, Sabel é Ismael, que, enviados cerca de Juliano Apóstata como embajadores del rey de Persia, para tratar de la paz, y no queriendo adorar á los ídolos, como se les mandaba, antes bien desechando con denuedo semejante proposicion, fueron pasados á cuchillo.

En Apolonia de Macedonia, los santos mártires Isauro, diácono, Inocencio, Félix, Jeremías y Peregrin atenienses, que, despues de haber sido diferentemente atormentados segun órden del tribuno Triporcio, fueron al cabo decapitados.

En Ambería de Umbría, san Himero, obispo, cuyo cuerpo ha sido trasladado á Cremona.

En Berry, san Gondulfo, obispo.

En Orleans, san Avito, presbitero y confesor.

En Frigia, san Hipacio, confesor, y san Besarion, anacoreta.

En Pisa de Toscana, san Rainerio, confesor.

En Marcenay, diócesis de Langres, san Vorlo, confesor.

En la diócesis de Leon en la Bretaña, san Hervé, exorcista, hijo de Huardon, músico del rey Childeberto.

En Aviñon, san Vrimo, obispo, sucesor de san Agrícola.

En Chatillon-de-Loira en el Nivernés, san Pozan, presbitero, varon de admirable sencillez.

En Roma en Siete columnas, el martirio de san Diógenes.

En Aguileya, santa Musca y santa Ciria, mártires.

En Egipto, san Prior, solitario, discípulo de san Antonio.

En Etiopía, san Nob, abad.

La misa es de la dominica precedente, y la oracion del santo la que sigue:

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Aviti abbatis commendet: ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum....

Suplicámoste, Señor, que nos haga gratos á vuestra Majestad la intercesion del bienaventurado abad Avy, para que alcancemos por su proteccion lo que no podemos por nuestros merecimientos. Por nuestro Señor Jesucristo.

La epístola es del cap. 2 de la primera del apóstol san Juan.

Fratres: Nolite diligere mundum, neque ea, quæ in

Hermanos: No ameis al mundo ni las cosas del mundo. Si

mundo sunt. Si quis diligit mundum, non est charitas Patris in eo: quoniam omne quod est in mundo, concupiscentia carnis est, et superbia vitæ: quæ non est ex Patre, sed ex mundo est. Et mundus transit, et concupiscentia ejus. Qui autem facit voluntatem Dei, manet in æternum.

alguno ama el mundo, no está en él la caridad del Padre. Porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, y concupiscencia de los ojos, y soberbia de la vida: la cual no viene del Padre, sino del mundo. Y el mundo se desvanece y su concupiscencia. Pero el que hace la voluntad de Dios, permanece para siempre.

NOTA.

« Tiénese por cierto que san Juan dejó de poner su nombre en sus epístolas por humildad. La presente no tiene inscripcion, pero todas sus cláusulas y todas sus palabras están respirando mocion, dulzura y suavidad. Segun la expresion de san Gregorio, cada sílaba es una centella, y el evangelista respira incendios del divino amor. »

REFLEXIONES.

El que ama al mundo, no ama á Dios: *Si quis diligit mundum, non est charitas Patris in eo.* Esta es una verdad de fe que condena á muchos y que comprenden pocos; mas no por eso es menos verdad. No hay cosa mas opuesta á la religion que el espíritu del mundo; ninguna mas contraria á las máximas del Evangelio; ni sé que Jesucristo tuviese mayor enemigo que el espíritu mundano. Casi se podia decir que los mundanos piensan el dia de hoy de la devocion y de la religion, con corta diferencia, como los gentiles pensaban en otro tiempo del cristianismo; casi los mismos errores, el mismo desprecio, las mismas burlas, la misma irrision y los mismos dicharachos. No es tan cruel su persecucion, pero no es

menos viva. Si no está muerta, está muy apagada la fe en el corazon y en el espíritu de los mundanos. La escandalosa burla con que muchos hacen chacota de lo mas santo y de lo mas sagrado; los impíos discursos que se oyen sobre los puntos capitales de la religion; el desprecio con que se tratan las decisiones y los preceptos de la Iglesia: todo esto no prueba mucha pureza, ni aun mucha firmeza en la fe. Pásanse en el juego los dias y las noches; concúrrese con una especie de furor á los espectáculos profanos; y si se ven algunas concurrencias á tales cuales funciones sagradas, van acompañadas de mil irreverencias y de mil profanidades. Oracion tan indispensable á los cristianos, ayunos y abstinencias de precepto, devociones tan importantes y frecuencia de sacramentos tan necesaria, ¿qué lugar ocupais hoy en el corazon de aquellas gentes que están apoderadas del espíritu del mundo? Casi se mira con lástima á los que se sujetan á estas devociones; hácese un alto desprecio de la mayor parte de estos actos de religion; trátaseles de devociones populares, de manera que parece es la irreligion el carácter de los mundanos. No solo se avergüenzan muchos del Evangelio, sino que algunos, y no pocos, parece como que se honran con la disolucion; faltando poco para que la modestia y la virtud se califiquen por pruebas de villanía. En el gran mundo no gusta de mascarilla la licencia; ¡ con qué descaro se hace pública gala de indevoto y de libertino! Reflexiones tanto mas dolorosas, cuanto mas demostrables por mayor número de hechos. No habrá caridad tan ciega ó tan excesiva que pueda hacer otro juicio á vista del aire, de los discursos, de la conducta escandalosa que se palpa en los parciales de las máximas del mundo, enemigos declarados de la moral y de la conducta de Jesucristo. Pero al fin, el mundo pasa; esa orgullosa, esa fiera

mundanidad cae al fin derribada en tierra; las falsas brillanteces se apagan de repente; esas representaciones teatrales tienen fin; la comedia solo dura hasta el sepulcro. Entonces despierta la razon; vuelve á encenderse la luz de la fe; restitúyese la religion á la posesion de todos sus derechos; quítase el mundo la máscara y se hace justicia á la virtud cristiana; hácese cada cual justicia á sí mismo; condena sus errores, sus extravagancias y sus descaminos; pero *venit nox, quando nemo potest operari (Joan. 6)*. Si ya se va á entrar en la noche, ¿será tiempo de dar principio al trabajo?

El evangelio es del cap. 15 *de san Juan.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Si mundus vos odit, scitote quia me priorem vobis odio habuit. Si de mundo fuissetis, mundus quod suum erat diligeret: quia vero de mundo non estis, sed ego elegi vos de mundo, propterea odit vos mundus. Mementote sermonis mei, quem ego dixi vobis: Non est servus major domino suo. Si me persecuti sunt, et vos persequentur: si sermonem meum servaverunt, et vestrum servabunt. Sed hæc omnia facient vobis propter nomen meum: quia nesciunt eum qui misit me.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Si el mundo os aborrece, sabed que antes que á vosotros me aborreció á mí. Si fuérais del mundo, el mundo amaria lo que era suyo: pero porque no sois del mundo, sino que yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece. Acordaos de aquella sentencia que os dije: No es el siervo mayor que su señor. Si me persiguieren á mí, tambien os perseguirán á vosotros: Si observaren mi palabra, tambien guardarán la vuestra. Pero todo esto os harán por causa de mi nombre: porque no conocen aquel que me envió

MEDITACION.

EL ESPÍRITU DEL MUNDO ES SEÑAL DE REPROBACION.

PUNTO PRIMERO.

Considera que nada hay mas opuesto al espíritu de Jesucristo que el espíritu del mundo; opónese á todas sus leyes, condena sus consejos, destruye todas sus máximas, y en cierto sentido se puede decir que el espíritu del mundo es una especie de Anticristo; es el tirano de los siervos de Dios, que estableció su trono y su dominacion en Babilonia; en el mundo ejerce despóticamente su imperio este espíritu absoluto contrario al Evangelio. En él se observan escrupulosamente sus leyes, se habla su lengua, se vive segun sus máximas; ¡pero, buen Dios, qué máximas, qué leyes y qué lengua! Sus leyes son las pasiones, ó á lo menos á ellas solas se consulta para publicarlas: *Concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, soberbia de la carne.* En esto se fundan, hablando con propiedad, las leyes del mundo; esto las inspira, esto las dicta y este es el gran motivo de su puntual observancia. Juzguemos ahora si son conformes á las leyes del cristianismo.

Pero la lengua del mundo ¿es muy cristiana? Ella es el órgano de sus ideas y el intérprete de sus deseos. Es el lenguaje del mundo la jerga de las pasiones; y por eso no se entiende la lengua de los santos; las voces de la virtud y de la devocion parecen griegas ó bárbaras á los mundanos. Y á vista de esto, ¿nos admiramos de que el Salvador del mundo repruebe un espíritu tan contrario al suyo?

Pero tus máximas ¿cuáles son? Todas aquellas que condena Jesucristo; todas las que son mas diame-

tralmente opuestas á las suyas : dictámenes fieros y orgullosos, ambiciosos proyectos, codicia demasiada, amor propio sin límites, venganzas, artificios, engaños, envidias, enemistades, ni tienen otro orígen, ni reconocen otra regla que las máximas del mundo; juegos, espectáculos, enredos, negociaciones y divertimientos, este es el carácter que distingue el dia de hoy á cuantos viven segun su espíritu. Coteja estas máximas mundanas con las del Evangelio; no puede haber contrariedad, ni oposicion mas sensible. Pero si es indispensable vivir segun las máximas de Jesucristo para salvarse, ¿puede haber señal mas cierta de reprobacion que seguir las máximas del mundo?

No nos imaginemos que las máximas de los gentiles fueron otra cosa que un total desenfreno en las costumbres; pocos de ellos dejarian de acomodarse fácilmente á las costumbres, á las máximas y al espíritu que reina hoy en lo que se llama mundo. ¿Pues qué señal mas visible ni mas segura de reprobacion que seguir estas detestables máximas y vivir segun este espíritu y segun estas costumbres?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que basta una tintura superficial de religion para conocer y para palpar que el espíritu de reprobacion es inseparable del espíritu mundano. ¿Qué concepto hariamos de la religion cristiana, ni qué seria de la misma religion, si, persuadidos del punto capital de que para salvarse es indispensable vivir segun sus máximas, viésemos que igualmente se salvaban los que vivian segun otras totalmente contrarias á ellas.

Pongamos los ojos en aquellos modelos de santidad, en aquellos grandes santos cuya memoria cele-



S. ANTONIO DE PADUA.

bramos todos los dias. Es cierto que hallaron el camino real que guia derecho al cielo; y las gentes del mundo ¿siguen el mismo camino? Pero si nos deslumbra el resplandor de tan brillantes modelos, fijemos la consideracion nó mas que en aquellas personas virtuosas, en aquellos buenos cristianos que lograron su salvacion. ¿Creemos de buena fe que la lograron gobernándose por las máximas del mundo? ¿Has encontrado una sola palabra en el Evangelio que favorezca el excesivo regalo, la demasiada delicadeza, la insaciable hambre de riquezas y de pasatiempos, el espíritu de venganza y de ambicion? En una palabra, ¿hállase en él una sola cláusula que pueda dar alguna seguridad á los que viven en todo segun el espíritu del mundo? Esta reflexion es concluyente, es palpable; no habrá hombre de entendimiento y de juicio que no la firme. En medio de eso, siendo tantos los que no reconocen otra regla para sus costumbres que la que el mundo les prescribe, ¿en qué consistirá que se vean tan pocas conversiones?

Dichosas aquellas almas privilegiadas, á quienes separó la divina Providencia de un mundo tan poco cristiano; dichosos los que por profesion y por estado viven segun las máximas y las leyes del Evangelio pero es tan sutil el espíritu del mundo, que insensiblemente se resbala, se insinua y se penetra hasta el mismo santuario, hasta los claustros religiosos. ¡Cuánto nos importa estar siempre sobre aviso! Puede introducirse hasta en los claustros el espíritu mundano, y no son menos perniciosos los objetos. Cierto espíritu de ambicion, de indiferencia, de frialdad y aun de aversion declarada, cierto espíritu de regalo, de comodidad y de conveniencia propia, saben insinuarse hasta en las celdas mas estrechas; en el mismo desierto halla resquicios para entrarse el amor propio, tomando todo género de figuras.

¡Qué estragos no hacen en las mieses estas raposillas de que habla la Escritura; sobre todo, cuando traen á la cola tizones encendidos! No hay cosa mas perjudicial á una alma religiosa que el espíritu del mundo, por mitigado ;por disfrazado que esté.

Extinguid, Señor, en mí hasta la mas lijera chispa de este pernicioso espíritu. Inspiradme, infundidme tan grande horror á él, que nada sea capaz de hacerme avergonzar jamás de vuestro Evangelio. Vuestras máximas, ó divino Salvador mio, serán en adelante la única regla de mis costumbres y de mi conducta; perdonadme mis pasados desaciertos.

JACU ATORIAS.

Filii hominum, usquequo gravi corde? ut quid diligitis vanitatem, et quæritis mendacium? Salm. 4.

Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo ha de durar esa insensibilidad de corazon? ¿hasta cuándo habeis de amar la vanidad de que está lleno el mundo? ¿Y á qué fin buscais solícitos vuestro engaño siguiendo su errado espíritu?

Averte oculos meos, ne videant vanitatem. Salm. 118.

Apartad, Señor, mis ojos de las falsas brillanteces del mundo, que solo son engaño y vanidad.

PROPOSITOS.

1. Para conocer si estás poseido del espíritu del mundo, examina si tus obras se conforman con sus máximas y con sus leyes. No hay mundano que no grite contra la injusticia de ellas; que no se queje de la servidumbre y de la esclavitud á que sujetan sus máximas; continuamente se grita y se declama contra la tiranía del mundo, pero al mismo tiempo se le obedece y se le sirve : conócese que es enemigo de

Jesucristo, pero se le ama. Por la mañana á la misa, por la tarde á la comedia ó al ópera; ahora postrado y humillado á los piés de Jesucristo, de aquí á una hora alborotando al mundo sobre un puntillo de honor ó una disputa de preferencia: *Si Baal es vuestro Dios, ¿porqué no le seguís?* dice el Profeta; pero si el Señor es únicamente vuestro soberano dueño, ¿qué mayor impiedad que seguir á otro? Hazte cargo, no solo de la injusticia, sino de la extravagancia de esta conducta, y de hoy en adelante resuélvete á ser verdaderamente cristiano, dejando de ser mundano verdaderamente. Si hasta aquí no te avergonzaste de seguir las máximas del mundo, ni de hacer ostentacion de su espíritu, no te avergüences de hoy mas de parecer religioso y devoto, ni te corras del Evangelio. No hagas ahora aquello que infaliblemente has de condenar en la hora de la muerte.

2. No basta que tus dictámenes y tus máximas sean cristianas y piadosas; es menester ignorar hasta el lenguaje de los mundanos. Guárdate bien de aplaudir las máximas, los abusos y las modas que reprueba el cristianismo. Jamás cites los estilos del mundo en tono de quien autoriza sus desórdenes. Causa compasion oir decir á un cristiano: *El mundo pide esto; así lo quiere el mundo; esto es del gusto y aprobacion del mundo.* Es impiedad, es cosa extravagante que el espíritu del mundo haya de servir de regla á las costumbres de los cristianos. Condena á cara descubierta sus máximas y jamás des cuartel á su espíritu. Disuena, escandaliza en una persona religiosa alabar el buen gusto de un traje, el garbo de una mujer, mostrando inclinacion á la profanidad y á la desenvoltura. ¡Y qué escándalo seria si las casas religiosas, que son el asilo de la virtud cristiana, se convirtieran en escuelas públicas de mundanidad! *Seria ver la abominacion de la desolacion en*

el lugar santo, si las doncellas cristianas aprendieran en los conventos á brillar en el mundo. Gran desdicha, si las religiosas inspiraran en las tiernas doncellas aquellos aires mundanos, aquel gusto fino y delicado en el vestir, en el prenderse, en el menearse, etc. Ciertamente ninguna cosa desacredita mas á una comunidad religiosa, que el ver salir de llas á sus pupilas embebidas en el espíritu del mundo, llenas de orgullo y de vanidad.

DIA DIEZ Y OCHO.

SAN MARCO Y MARCELIANO, HERMANOS, MARTIRES.

San Marco y Marceliano, hermanos gemelos, fueron hijos de Tranquilino, caballero romano, y de Marcia, señora tambien romana, ambos muy distinguidos en Roma, tanto por su noble nacimiento, como por sus muchas riquezas. Tuvieron la desgra cia de ser gentiles y la misma tenia toda la familia; pero el Señor sacó grande fruto de tan mal terreno. Por dicha de los dos hermanos los deparó el mismo Señor un ayo cristiano, que los crió en la verdadera religion, y sin que sus padres lo entendiesen llegaron á ser de los mas ardientes y mas zelosos discípulos de Jesucristo.

Aunque ambos tenian grandes deseos de conservarse en el celibato, uno y otro se vieron precisados á casarse con dos doncellas paganas. Consolábanse con la esperanza de ganarlas algun dia para Jesucristo; y antes que con las palabras las comenzaron á predicar con su virtud, con su agrado y con sus buenos ejemplos. No se ignoraba ya en su familia la religion que profesaban; y tambien se tenia muy co-

nocida su resolucion y su constancia. Por su prudencia y por su buen modo supieron ponerse á cubierto por algun tiempo contra los crueles edictos de Diocleciano. Asistian secretamente á los fieles, animaban à los santos confesores, socorrian todas las necesidades y no tenia límites su caridad.

Pasaban los dias en piadosos ejercicios, y creciendo su zelo conforme iba creciendo la persecucion, fueron presos por cristianos y encerrados en un calabozo subterráneo, lóbrego y hediondo. Viéndose arrestados, fué su alegría tan grande, como indecible la consternacion de toda su familia. Habia mucho tiempo que era el martirio único objeto de toda su ambicion, esperando les concederia el Señor la gracia de derramar su sangre y dar la vida por su gloria. Por el valor y por la constancia con que confesaron á Jesucristo en el tribunal del prefecto de Roma fueron condenados à azotes. Sufrieron este cruel é ignominioso suplicio con tanto valor, que hasta los mismos gentiles estaban asombrados. Acudió toda su familia à persuadirlos que obedeciesen los edictos de los emperadores, ó á lo menos que disimulasen su religion, afectando rendir algun culto á los ídolos; pero fueron inútiles sus exhortaciones. Enemiga su fervorosa fe de toda simulacion, se mantuvo siempre inalterable. Persistieron constantes en publicar á voz en grito que la religion pagana era extravagante, infame, abominable, y que no habia ni podia haber otra verdadera que la que profesaban los cristianos. Desesperado el juez de reducirlos, pronunció sentencia de que fuesen degollados.

Publicada esta sentencia, fué imponderable la afliccion de toda la familia. Arrojáronse todos los parientes á los piés del prefecto de la ciudad, ó de su teniente Cromacio, suplicándole suspendiese la ejecucion por algunos dias, no desconfiando de que los vencerian y

obligarian á renunciar la fe de Cristo por conservar la vida. Movido de sus ruegos y de sus lágrimas, les concedió treinta dias de término, en cuyo tiempo se prometian jugar tan bien todas las máquinas, que al fin cansarian su constancia.

Por un órden expreso, signado de mano del emperador y firmado del prefecto, fueron entregados los dos hermanos Marco y Marceliano al alcaide mayor de la prefectura, el cual los pasó á su casa en lugar de cárcel. Aquí sufrieron los dos héroes de la religion los combates mas poderosos que podian hacer á un corazon humano el amor, el agradecimiento y la ternura. Su padre Tranquilino, su madre Marcia, sus mujeres y sus hijos, todavía tiernos y de pecho, ya juntos, ya separados, acudieron todos á combatirlos y no perdonaron diligencia alguna para derribarlos. Lo mismo hicieron por su parte los amigos de ambos santos, uniendo todas sus fuerzas para abatir aquella heróica constancia. No vió el mundo ataque mas violento, ni mas dificultoso de sostener.

Presentábase Tranquilino, anciano venerable; y sentado delante de sus hijos, les mostraba aquella cabeza toda cubierta de canas, aquel semblante todo surcado de arrugas, sin hablarlos mas palabra ni acertar á explicar la grandeza de su dolor con otra voz que con el de un torrente de lágrimas sosegadas. Su madre Marcia, desgreñada y toda anegada en un descompuesto llanto, se arrojaba a sus piés y los suplicaba que á lo menos tuviesen la piedad de quitarla la vida antes que padecer el tormento de sobrevivir á su suplicio. Resonaban en toda la casa los gritos, los llantos, los gemidos de sus dos afligidísimas mujeres, que, teniendo los pequeñuelos hijos en los brazos y mostrándoselos á sus maridos, los conjuraban que tuviesen compasion de aquellas inocentes víctimas. Poníanse de rodillas delante de ellos y les decian

cuanto afectuoso, cuanto tierno, cuanto eficaz pueden inspirar el amor mas encendido y el mas penetrante dolor. Los amigos mezclaban sus lágrimas con las de los parientes y de los criados, formando todos un ataque, tanto mas fuerte, cuanto mas repetido, porque cada dia volvian á la carga. Arrastraba luto toda la familia; y aquel conjunto de llantos, de gritos, de quejas, de gemidos y de objetos capaces de ablandar y deshacer el corazon mas insensible, era el espectáculo mas funesto y mas tentador que jamás se habia ofrecido á la vista; combate verdaderamente sensible, ora se considerasen todas las fuerzas unidas, ora viniesen al ataque separadas.

Por lo que toca á las razones de unos y otros, fácilmente las resistieron con vigor Marco y Marceliano; mas dificultad les costó pelear contra las lágrimas y estorbar que no penetrasen hasta el corazon. Era á la verdad muy largo el término de treinta dias para sufrir cada uno de ellos tantos asaltos y para hacer resistencia á tantas máquinas. Con efecto, como se emplearon contra los dos santos hermanos las mas poderosas armas que sabe afilar la ternura, los medios mas eficaces que puede aplicar el amor, los mas tiernos afectos que puede encender el excesivo amor de un padre y de una madre, y los mas halagüenos artificios que sabe manejar la elocuencia natural de una esposa extremamente afligida, comenzaba á desmayar un poco su constancia; no se mostraban ya tan insensibles, y sin poderlas contener concedian algunas lagrimas á la violencia de los ataques. La tristeza del semblante y su mismo melancólico silencio daban á entender bastantemente que comenzaban á titubear, cuando san Sebastian, capitan de la primera compañía de guardias del emperador, que todos los dias concurria á visitarlos, se declaró en su socorro muy á tiempo y alentó aquellos ánimos vacilantes.

«Pues qué, hermanos mios (les dijo con tanto espíritu como divina elocuencia), ya que estais casi tocando el fin de la gloriosa carrera, ¿será posible que los gritos de vuestros hijos y de vuestros parientes os hayan de hacer volver atrás con ignominia? Parece que sus lágrimas han apagado vuestro amor de Dios y vuestra fe. ¿Adónde se fué aquella cristiana magnanimidad que mostrásteis en los mayores tormentos? y permitiréis que os arranque el laurel de la cabeza el artificioso llanto de vuestras mujeres y el pueril de vuestros hijos? ¿seréis apóstatas por alargar algunos pocos dias mas la vida de un padre y de una madre que ya no pueden durar mucho? ¿ignorais que desde la cuna á la sepultura hay poco trecho, y desde la ancianidad á ella casi ninguno?» Y volviéndose despues á los presentes, les habló con tanta energía, con tanto ardor sobre la excelencia de nuestra religion, sobre la dicha de dar la vida en defensa de la fe de Jesucristo; hízoles un retrato tan vivo de los bienes y de los males de la vida eterna, que no solamente fortificó á los dos hermanos en su confesion, haciéndolos invencibles, sino que convirtió al alcaide Nicostrato y á su mujer Zoe, con Tranquilino, padre de los dos ilustres confesores, y con Marcia, su madre.

No se puede explicar el gozo de los dos santos cuando vieron convertidos en discípulos de Jesucristo á los mismos que habian hecho tantos esfuerzos para que ellos lo dejasen de ser. Hízoles san Marco un razonamiento dirigido particularmente á su padre, á su madre, á su mujer y á su cuñada, en que los exhortó á mantener constante y generosamente la fe que deseaban abrazar, sin temer cuanto el demonio podia intentar para arrancársela, despreciando, por conseguir una felicidad sin fin y sin límites, una triste caduca vida, expuesta á mil contingencias, y perenne manantial de aflicciones y de desdichas. Deshacíanse en lágrimas

todos los concurrentes, mezclando el dolor de su pasada ceguedad con las gracias que rendian á Dios por haberlos sacado misericordiosamente de ella; y Nicostrato protestó que no comeria ni beberia hasta haber recibido el santo bautismo.

Pasados los treinta dias, llamó Cromacio á Tranquilino y le preguntó si sus hijos se habian rendido, en fin, á sus paternales exhortaciones; pero quedó como atónito cuando oyó decir que tambien él se habia hecho cristiano. Y por no repetir lo que ya dejamos escrito en la vida de san Sebastian, el mismo Cromacio siguió el ejemplo de Tranquilino, siendo uno de los mas ilustres jefes que capitaneó aquella tropa con tanto triunfo de nuestra santa religion. Esta conversion facilitó la libertad de nuestros santos, los que se quedaron en la ciudad con san Sebastian, socorriendo á los fieles y alentando á los confesores.

Luego que Cromacio recibió el bautismo renunció su empleo de teniente prefecto, y habiéndole sucedido Fabiano, hombre cruel y declarado enemigo de los cristianos, renovó la persecucion contra ellos. Mandó se le trajesen todas las causas que habia dejado pendientes, ó habia suprimido su predecesor. Fueron segunda vez arrestados Marco y Marceliano, en los cuales, como ya estaban sentenciados á muerte y como persistian generosamente en la confesion de Jesucristo, mandó que se ejecutase al punto la sentencia. Mostró su crueldad el nuevo juez en el género de suplicio á que los condenó, poco usado singularmente con personas de su calidad. Fueron atados á un tronco los dos santos mártires, traspasándoles los piés con dos grandes clavos. Era el tormento de los mas dolorosos; pero en medio de serlo tanto, no fué capaz de debilitar su constancia, ni de suspender su alegria; mostrábanla en el semblante y la manifestaban en los devotos cánticos con que alababan al Se-

ñor, sin otro resentimiento ni otro miedo que el que se les acabase presto el padecer. Pasaron así un dia y una noche, sin que la vehemencia del dolor alterase su tranquilidad y su paciencia. Al dia siguiente, no pudiendo Fabiano sufrir mas su generosa perseverancia, mandó que les quitasen la vida traspasándolos con lanzas, y espiraron pronunciando los santos nombres de Jesus y de María el dia 18 de junio de 286. Fueron enterrados á cuatro leguas de la ciudad en un lugar que se llamaba *de las Arenas*, donde se fabricó despues un cementerio de su nombre entre la via Apia y la Ardeatina. Algun tiempo despues fueron trasladadas á Roma sus reliquias, las que estuvieron ocultas hasta el año de 1582, en el pontificado de Gregorio XIII, que se hallaron con el cuerpo de san Tranquilino en la iglesia de San Cosme y San Damian.

La misa es en honor de los santos, y la oracion la siguiente:

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus, ut qui sanctorum martyrum tuorum Marci et Marcelliani natalitia colimus, à cunctis malis imminentibus eorum intercessionibus liberemur. Per Dominum nostrum...

Concédenos, ó Dios omnipotente, que, pues celebramos el nacimiento al cielo de tus santos mártires Marco y Marceliano, seamos libres por su intercesion de todos los males que nos amenazan. Por nuestro Señor..

La epístola es del cap. 5 *de la de san Pablo á los Romanos.*

Fratres: Justificati ex fide, pacem habeamus ad Deum per Dominum nostrum Jesum Christum: per quem et habemus accessum per fidem in gratiam, in qua stamus et gloriamur in spe gloriæ filio-

Hermanos: Justificados por la fe, tengamos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por el cual tenemos acceso en virtud de la fe á esta gracia, en la cual estamos constantes, y nos gloriamos con la es-

rum Dei. Non solùm autem, sed et gloriamur in tribulationibus: *scientes quòd* tribulatio patientiam operatur: patientia autem probationem, probatio vero spem, spes autem non confundit: quia charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum, qui datus est nobis.

peranza de la gloria de los hijos de Dios. No solo esto, sino q[illegible] nos gloriamos tambien en las tribulaciones: sabiendo que la tribulacion produce la paciencia. la paciencia el exámen, y el exámen la esperanza, la esperanza despues no confunde; porque la caridad de Dios se derramó en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que nos fué dado.

NOTA.

« Escribióse esta epístola en Corinto el año 57 de Cristo, y es como un compendio de los dogmas y de la doctrina de la religion. Tenian cada dia mil disputas sobre esta los muchos gentiles y judios que habia en Roma convertidos à la fe; y con este motivo escribió san Pablo esta excelente epístola. Dictóla en griego para que fuese mas comun à todas las naciones, y no solo la pudiesen entender y ser instruidos por ella los fieles de la iglesia de Roma, sino todos los de la Iglesia de Dios. »

REFLEXIONES.

La esperanza nace de la fe, y la caridad es inseparable de la verdadera fe y de la verdadera esperanza. El que verdaderamente cree, espera; el que verdaderamente espera y cree, ama. La luz de la fe nos descubre en Dios un poder tan ilimitado, una bondad tan infinita, una felicidad tan llena y tan sobreabundante, con una infalibilidad tan esencial y tan caracterizada, que no parece posible tener fe viva y no amar à Dios sin reserva; como tampoco lo parece amarle con perfecta caridad, sin esperar de su bondad con firme

confianza los bienes que nos tiene prometidos y que Jesucristo nos mereció; cuales son la salvacion eterna y aquellas gracias y auxilios que nos son necesarios para llegar á este dichoso término. La esperanza dudosa ó poco firme es señal de una fe medio apagada; el que ama poco, espera menos. Es la fe el fundamento del edificio; nunca flaquea sin que el edificio se resienta; la fe sin obras es muerta, y el justo vive de la fe. Si queremos tener una justa idea de lo que creemos, no hay mas que examinar lo que obramos; al paso que se fueren estragando nuestras costumbres, experimentaremos que se va disminuyendo nuestra fe. Ninguna cosa fomenta mas, ni aun tanto, la esperanza, como la inocencia y la piedad. Quien desea animar su confianza avive su fervor; las misericordias del Señor y su bondad hacen mas impresion en una conciencia pura; altérase la fe en estragándose el corazon.

La esperanza no engaña ni confunde: *Scitote quia nullus speravit in Domino, et confusus est*: sabed, hijos mios, dice el Espíritu Santopor el Eclesiástico, que ninguno esperó jamás en Dios que fuese confundido en su esperanza. *Quis enim permansit in mandatis ejus, et derelictus est?* Porque ¿quién permaneció constante en la observancia de sus mandamientos que jamás se viese desamparado? La misma proposicion ó el mismo desafío pudiéramos hacer nosotros; pero nuestra infidelidad confunde y hace vana nuestra esperanza. Esta es la que mas consuela á un cristiano; ella suaviza los trabajos de esta vida; ella sostiene nuestra paciencia; ella nos alienta en las adversidades, sufriéndolas con alegría, cuando se pone la vista en el premio que nos espera. Hay tan poca proporcion entre el salario y el trabajo, entre la gloria del triunfo y la lijereza del combate, entre el camino y el término, que con mucha razon pode-

mos decir con san Pablo: *Non sunt condignæ passiones hujus temporis ad futuram gloriam, quæ revelabitur in nobis*: ninguna proporcion tienen los trabajos de esta vida temporal y caduca con la gloria que nos espera en la eterna. Derrámese el amor de Dios en nuestros corazones y fácilmente comprenderemos este oráculo. Al que ama á Dios todo se le hace fácil.

El evangelio es del cap. 11 de san Lucas.

In illo tempore dicebat Jesus scribis et pharisæis: Væ vobis qui ædificatis monumenta prophetarum, patres autem vestri occiderunt illos. Profecto testificamini quòd consentitis operibus patrum vestrorum: quoniam ipsi quidem eos occiderunt, vos autem ædificatis eorum sepulcra. Propterea et sapientia Dei dixit: Mittam ad illos prophetas, et apostolos, et ex illis occident, et persequentur, ut inquiratur sanguis omnium prophetarum, qui effusus est à constitutione mundi à generatione ista, à sanguine Abel usque ad sanguinem Zachariæ, qui periit inter altare et ædem. Ita dico vobis requiretur ab hac generatione.

En aquel tiempo decia Jesus á los escribas y fariseos: Ay de vosotros que edificais monumentos á los profetas, y vuestros padres fueron aquellos que los mataron. Ciertamente dais testimonio de que consentis en las obras de vuestros padres; porque ellos quitaron la vida á los profetas, y vosotros les edificais sepulcros. Por eso la sabiduría de Dios dijo: Yo les enviaré profetas y apóstoles, y á unos matarán, y á otros perseguirán para que se pida cuenta á esta generacion de la sangre de todos los profetas que se derramó desde el principio del mundo: desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías, que pereció entre el altar y el templo. Y así os digo que se pedirá cuenta á esta generacion.

MEDITACION.

DE LA FALSA CONCIENCIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la conciencia, hablando propiamente, es aquella aplicacion de la ley que cada uno se hace á sí mismo. Esta aplicacion de la ley de Dios cada cual se la hace segun sus fines, segun sus alcances, segun el carácter de su entendimiento, y muchos segun los secretos movimientos, la inclinacion y la actual disposicion de su corazon. De aquí nace que no hay cosa mas fácil, ni tampoco mas comun, que formarse en el mundo una falsa ciencia, una conciencia conforme á sus deseos, arreglada á sus intereses; y esto es lo que estraga las costumbres y lo que necesariamente desordena la conciencia. Considerado el órden de las cosas, que es el órden de Dios, la conciencia debia ser la regla de los deseos, y no los deseos la regla de la conciencia; pero esta es la ilusion y la iniquidad á que estamos sujetos: en lugar de arreglar los deseos por la conciencia, hacemos conciencia de los mismos deseos, y porque aquella se funda en estos, todo lo que deseamos y queremos nos parece justo y bueno: *Quodcumque volumus bonum est*; y pasando adelante el error, tal vez nos parece perfecto y santo: *Et quodcumque placet sanctum est.* El entendimiento es el juguete del corazon, y nosotros lo somos de nuestra falsa conciencia. No se consulta ni la ley de Dios, ni el Evangelio; todo se pesa en nuestra balanza, y todo se juzga en nuestro tribunal; queremos que sean las cosas aquello que quisiéramos que fuesen; lo mas falso, lo mas inicuo y lo mas condenable, á fuerza de quererlo, es

para nosotros lo mas cierto, lo mas justo, lo mas meritorio y lo mas perfecto. ¿De dónde viene este desórden del corazon? De que no se consulta á la razon, ni mucho menos a la religion y á la fe, sino á la pasion; solo se da oidos à la voz de los deseos y del interés, este solo oráculo se respeta. De aqui nace el ahogarse los mas vivos remordimientos de la conciencia; por vivos que sean, le sobran fuerzas á la concupiscencia para sufocarlos. En apoderándose el amor propio ó la pasion del tribunal de la conciencia, todos los pleitos, todas las dudas se declaran en su favor. Este es el origen de aquellas repentinas mudanzas que asombran, de aquellos caprichos, de aquella dureza de juicio, de aquella obstinacion en el propio dictámen, que dan tanto que hacer; de aquellos desvaríos en puntos de fe que nos arrancan tantos suspiros. Apenas hay heresiarca, cuyos errores no hayan dimanado de este principio; ni los herejes fomentan los suyos sino por medio de estas falsas conciencias. De ellas nacen los descaminos de tantos hombrecillos testarudos y de tantas mujerzuelas alucinadas; búsquese el origen, y se hallará que fué la concupiscencia, la ambicion, la pasion y el interés. Buen Dios, ¿qué tribunal hay mas comun el dia de hoy que el de la falsa conciencia?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay cosa mas perniciosa ni mas digna de temerse que la falsa conciencia. Todo error es peligroso, singularmente en materia de costumbres; pero no le hay mas perjudicial ni de mas funestas consecuencias, que el que inficiona el principio ó la regla de las mismas costumbres, que es la conciencia: *Si tus ojos no están claros*, dice el Salvador, *todo tu cuerpo andará en tinieblas*. Los ojos de que habla

el Señor no son otros que la conciencia que nos alumbra, que nos guia y que gobierna nuestras acciones. Si esta conciencia, que es el farol de nuestra alma, viene á apagarse, ó en parte á oscurecerse, necesariamente hemos de dar muchos traspiés. Con una falsa conciencia no hay mal que no se cometa, y se comete con toda seguridad; esto es, sin esperanza de remedio.

Considera hasta dónde pueden y suelen llegar los desórdenes de una conciencia ciega y presuntuosa desde el mismo punto que se mete á ser conciencia. ¿Qué delitos no excusa? ¿qué maldades no colorea? Cuando la conciencia va de acuerdo con el amor, con la inclinacion á los pasatiempos, con la ambicion, con la concupiscencia; cuando se forma por la animosidad, por el despique y por el odio, pervertida por una parte y presumida de conciencia por otra, todo lo emprende, á todo se arroja, todo lo encubre todo lo santifica y todo lo permite. ¿Quién podrá poner límites á la pasion, cuando esta no tiene freno? ¿cuando la autoriza hasta la misma conciencia? La falsa conciencia es un abismo sin suelo: *abyssus multa*. Pero ¿quién podrá salir de este abismo? No hay voz que grite, no hay trueno que espante: por el contrario, la misma conciencia sosiega, asegura, tranquiliza, adormece, amodorra y hace que tengamos por enemigo de nuestra quietud todo lo que nos despierta, todo lo que nos inquieta, todo lo que nos perturba. ¡O santo Dios, y qué cosa tan terrible es una falsa conciencia en paz y en calma! A esto tira ella. No hay estado mas infeliz, no hay desdicha mas digna de temerse: el hombre mas disoluto, el pecador mas impío, esos son los mas tranquilos, los que menos sienten el peso de su iniquidad. Los remordimientos de una conciencia recta y verdadera dejan alguna esperanza al arrepentimiento y á la penitencia; pero la

falsa conciencia tiene al pecador tan contento de sí mismo, tiénele sepultado en tan espesas tinieblas, que nada es capaz de abrirle los ojos para conocer que se descamina y que se pierde; esta funesta calma hace irremisible su mal. Los judíos erigian magníficos mausoleos á los profetas, á quienes sus mismos padres habian quitado la vida y creian hacer gran servicio á Dios persiguiendo á los hombres justos. ¡ O Dios mio, cuántas conciencias hay *cauterizadas*, segun la frase de la Escritura! ¡ cuántos sistemas de conciencia, á cuya sombra reinan las pasiones, se fortifican los errores y se estraga el corazon!

No permitais, Señor, que me suceda esta desgracia, venga sobre mí cualquiera otro castigo, antes que el de estas desdichadas tinieblas. ¿Cuáles han sido hasta aquí mis caminos ó mis descaminos? ¡Cuántas veces quise autorizar mis desvarios y calmar mis remordimientos, sufocando las luces de vuestra gracia! Haced, Señor, que estas se vuelvan á encender en mi alma; concededme este favor, pues ya no quiero otra regla de mi conducta que la de vuestra santa ley.

JACULATORIAS.

Deduc me, Domine, in vita tua, et ingrediar in veritate tua. Salm. 85.

Guiadme, Señor, por el camino de tus santos mandamientos, y entraré derecho por el de la verdad y la justicia.

Domine, ut videam. Matth. 20.

Haced, Señor, que jamás pierda de vista vuestra santa ley.

PROPOSITOS.

1. Desde hoy has de procurar comprender bien los funestos efectos de una conciencia errónea sea en

materia de fe, sea en materia de costumbres; es un manantial de aguas emponzoñadas que comunica su veneno á todos los arroyos que salen de él, siendo el mal tanto mayor, cuanto hace menos ruido. La falsa conciencia da la muerte sin dolor, por explicarme de esta manera. Se yerra, se descamina groseramente con tranquilidad; se peca contra las mas sagradas leyes de la religion; y falta poco para que no se juzgue meritorio el odio y la venganza que se abriga en el corazon y aun se comunica á las acciones, juzgando meritoria la ambicion, la vanidad, la profanidad, la dureza y la avaricia. ¡Cuántos viven amodorrados con una falsa seguridad en medio del error! ¡cuántos retienen los bienes ajenos, ó usan mal de los propios! ¡cuántos pasan la vida en comunicaciones ilícitas, en diversiones peligrosas, en una ociosidad nada cristiana al abrigo de una falsa conciencia! Cita desde luego á la tuya ante el tribunal del Evangelio; pues ella juzga de todo, bien es que de cuando en cuando sea tambien juzgada; y supuesto que tienes una regla segura de la fe y de las costumbres, examina con sinceridad si te has desviado de esta regla.

2. Desconfía de tu propio juicio; mira que está muy expuesto á ser corrompido por el amor propio y por las pasiones. Consulta con un santo y sabio director, y en su compañía examina si tus ideas, tus máximas y tu conducta se conforman con las máximas del Evangelio. ¿Es muy pura tu fe? ¿no te dejas llevar de algunas falsas preocupaciones, siguiendo cierto espíritu de parcialidad? ¿ríndete á las decisiones de la Iglesia con una sumision entera, humilde y universal? ¿no son alguna vez tus pasiones la regla de tus costumbres? ¿esa insaciable avaricia, esa dureza intratable, ese espíritu de venganza, esa sensualidad, esa delicadeza, ese apetito á la libertad son

pruebas de una conciencia muy recta? Júzgate desde luego sin piedad, y no esperes à que venga la muerte á ponerte de par en par las maldades de tu conciencia.

SAN CIRIACO Y PAULA, MARTIRES.

Las actas de estos dos esforzados adalides del cristianismo han padecido la misma desgraciada suerte que las de tantos otros que dieron su sangre en defensa de la fe que profesaban. Los tiranos, que conocian bien que la sangre derramada por Jesucristo era una fecunda semilla que producia centuplicados los frutos, llevaban su furor hasta el empeño de pretender borrar del mundo su memoria. Por este motivo hacian exquisitas diligencias para encontrar las actas de los mártires, que paraban por lo comun en poder de los lectores de la Iglesia, y descubiertas, las reducian à cenizas. Pero todas las astucias de los ministros del abismo no han podido jamás prevalecer contra los esmeros de la divina Providencia, que por modos maravillosos ha conservado la memoria de los esforzados soldados de Jesucristo. Así ha sucedido con los santos martires Ciriaco y Paula, nobles ciudadanos de Málaga, cuya historia, deducida de varios escritos y breviarios antiguos, es como se sigue.

Los emperadores Diocleciano y Maximiano, contemplando que la seguridad de su imperio consistia en exterminar radicalmente el nombre cristiano, suscitaron una persecucion tan cruel y violenta en todas las provincias sujetas al imperio, que en el espacio de un mes dieron su vida gloriosamente por la fe diez y siete mil cristianos de todas calidades, edades y sexos; de donde se puede inferir cuan copioso é incalculable seria el número de mártires en el tiempo



S. GERVASIO Y PROTASIO, MRS.

DIA DIEZ Y NUEVE.

SAN GERVASIO Y PROTASIO, MARTIRES.

Todo lo que sabemos de estos dos gloriosos mártires, primicias de la iglesia de Milán, y tan célebres en toda la iglesia de Dios desde el cuarto siglo, se lo debemos á san Ambrosio.

San Gervasio y Protasio, gemelos y naturales de Milán, fueron hijos de san Vidal, mártir, y de santa Valeria, que, volviendo de Ravena adonde habia ido á enterrar el cuerpo de su santo esposo, cayó en manos de una tropa de gentiles, á una legua de Milán, que hacian sacrificios al dios Silvano. Quisieron obligarla á que los acompañase en aquellas sacrílegas ceremonias; pero negándose la santa con resolucion, diciendo á gritos que era cristiana, allí mismo recibió luego la palma del martirio.

No podian menos de ser virtuosos los hijos de unos padres tan santos. Sirvió como de basa á la eminente perfeccion á que los elevó la divina gracia la santa educacion que debieron á estos. Como nacieron poco tiempo despues que nació la misma Iglesia, estaban animados con el fervor de los primitivos cristianos y desde su infancia se distinguió en Milán su zelo por la fe de Jesucristo.

Eran ambos mozos galanes y airosos, de una estatura procer, haciéndose respetar hasta de los mismos gentiles por su inocencia y por su virtud. Pasaron su juventud en una vida de mucha edificacion, ejercitándose en obras de caridad cristiana. Habiendo heredado grandes riquezas por la gloriosa muerte de sus santos padres, determinaron hacer á Jesucristo heredero de

ellas, repartiéndolas entre los pobres. No es fácil decir lo mucho que aprovechó esta generosa caridad á los fieles de Milán, ni las muchas familias pobres que se sustentaron á expensas de ella durante la persecucion que los idólatras excitaron contra los cristianos; pero los que hacian tanto bien á los extraños no se olvidaron de los propios: dieron libertad á todos sus esclavos; y habiendo proveido á sus necesidades, se retiraron á un cuarto, para dedicarse únicamente á la oracion, á la leccion de libros espirituales y al ejercicio de todas las virtudes. Ocupados únicamente en solo Dios y empleados en servirle, pasaron diez años en aquella dulce soledad, viviendo mas como ángeles que como hombres, y en medio de una populosa ciudad, haciendo, por decirlo así, un como diseño de aquella vida solitaria que con el tiempo habia de santificar á los desiertos. Era continuo su ayuno, sirviéndoles de nueva penitencia el poco alimento que tomaban una sola vez al dia.

Sepultados en su retiro, solo tenian comunicacion con el cielo, pasando en oracion los dias y las noches, sin que apenas la interrumpiese el corto sueño que tomaban; y con una vida tan pura, tan fervorosa y tan penitente consiguieron del Padre de las misericordias la gracia que le pedian todos los dias de derramar su sangre por Jesucristo.

Aunque se habian hecho casi invisibles á los ojos de los hombres por su vida retirada, los rayos de su virtud no dejaban de penetrar por entre las sombras de aquella misma oscuridad. Todos los reconocian por cristianos; pero la mucha veneracion que profesaban á su vida ejemplar hizo que los dejasen tranquilos. Con todo eso, no duró mucho la calma. Transitando por Milán el conde Astasio, general del ejército del emperador contra los Marcomanos, pueblo de la antigua Germania, fueron acusados los dos her-

manos ante él. Presentáronsele los sacerdotes de los ídolos, y le dijeron que, si queria volver victorioso y entrar triunfante en Roma, obligase á los dos hermanos Gervasio y Protasio, ambos cristianos, á que sacrificasen a los dioses; sin cuya diligencia desde luego le anunciaban la entera y total derrota de su numeroso ejército.

Atemorizado el general con aquellas amenazas, hizo venir á su presencia á los dos santos, quedando admirado y aun compadecido cuando vió aquellos cuerpos extenuados, y sobre todo cuando observó su modestia, gravedad y compostura. Hablóles al principio con mucho agrado, y les dijo tenia entendido que eran dos almas muy gratas á los ojos de los dioses protectores del imperio, por lo que habia resuelto llevarlos consigo al templo para que les ofreciesen sacrificios, rogándoles que bendijesen sus armas, haciendo gloriosa y feliz su expedicion. «Señor (le respondió Gervasio), dadme licencia para representaros que equivocais mucho los medios, si pretendeis conseguir ese fin. ¿A quién os dirigis y a quién ofreceis sacrificios? ¿qué poder han de tener unos ídolos de metal ó de madera, que el fuego los consume y el tiempo los acaba? No ignorais, solo con no negaros á la luz de la razon, que todos vuestros dioses juntos no valen tanto como el mas vil de los hombres. ¿Quereis conseguir seguramente la victoria? pues enderezad vuestros cultos al Dios de los ejércitos, que es el Dios de los cristianos y tambien el vuestro, puesto que ni hay, ni puede haber otro Dios, criador del cielo y de la tierra, dueño soberano de los imperios y único árbitro de nuestra suerte. Este solo es el que puede daros la victoria, y á solo él se la debeis pedir.»

Sorprendió tanto al conde este discurso, que al principio quedó como cortado; pero acudieron luego á irritarle los sacerdotes de los ídolos, no menos que

las sediciosas voces del pueblo, el cual gritaba tumultuosamente que, si no se vengaba al momento aquella gran blasfemia contra los dioses inmortales, amenazaba un terrible azote del cielo á la ciudad de Milán y á todo el imperio romano. Encendido Astasio en cólera, mandó azotar tan cruelmente á Gervasio con plomadas, que, consumido ya al rigor de sus penitencias, rindió el alma en el mismo suplicio.

Pero como el conde quisiera mas hacerlos apostatar, que quitarles la vida, no perdonó diligencia alguna para persuadir á Protasio que por lo menos le acompañase hasta el templo, adonde él iria y ofreceria el sacrificio. Negóse á esto el santo mancebo generosamente, representándole con respeto, pero con resolucion, que no consista la dicha del hombre en vivir, pues todos habian nacido sentenciados á la muerte, sino en conocer y en servir al verdadero Dios, criador del cielo y de la tierra; que conocia bien no era muy de su gusto este discurso, pero que él ni podia disimular la verdad, ni debia hacer traicion á su conciencia, y que aun se atrevia á decir que mas temia el conde Astasio á Protasio, que Protasio al conde Astasio, atento á que este temia perder la batalla si Protasio no ofrecia á los dioses un sacrílego sacrificio. Irritó furiosamente al general un discurso tan cristiano, pronunciado con modestia, pero con resolucion, y mas habiéndose imaginado que la cruel muerte de Gervasio tendria intimidado á su hermano. Díjole, lleno de cólera, que era tan insensato como aquel, y añadió: *Ya que quieres perecer, perecerás.* A que replicó Protasio: *No pereceré si tengo la gloria de morir por mi divino Maestro, porque el martirio es el camino mas seguro para la vida eterna. Solo moriré con el sentimiento de ver te quedas idólatra: compadéceme mucho tu desgracia y no puedo menos de llorar tu ceguedad.* Conoció Astasio que iba blandeando

su corazon, y temiendo que acabase de vencerle, resolvió deshacerse de él cuanto antes; por lo que mandó que luego le cortasen la cabeza, lo que se ejecutó al instante, habiendo sucedido esto hácia la mitad del primer siglo. Quedaron los dos santos cuerpos un dia entero expuestos á los ojos del público, y despues fueron arrojados en un muladar, de donde un gran siervo de Dios, llamado Filipo, acompañado de su hijo, los retiró secretamente de noche, los colocó en un sepulcro de mármol, escribió en un papel todo lo que acabamos de referir, puso el escrito debajo de la cabeza de los santos y despues enterró el mismo sepulcro. Mas de 300 años estuvo oculto este precioso tesoro, hasta que en el de 386 permitió Dios que los mismos santos Gervasio y Protasio se le revelasen á san Ambrosio, cuando el santo se estaba disponiendo para dedicar la iglesia de Milán, que despues se llamó la Basílica Ambrosiana, y hoy se llama San Ambrosio el Grande. Las palabras con que el mismo santo refiere este suceso en la carta que escribió á su hermana santa Marcelina, son las siguientes:

« Disponiéndome yo para dedicar la nueva iglesia que hice construir en Milán, mostró el pueblo grandes deseos de que celebrase esta funcion con la misma solemnidad con que habia dedicado la de los santos apóstoles, cuando coloqué en ella sus reliquias. Respondí que condescenderia gustoso con lo que deseaba, con tal que hallase reliquias de algunos mártires que colocar; y en aquel mismo punto sentí no sé qué movimiento interior, que me pareció como presagio de lo que despues habia de suceder. Habiéndome hecho Dios la gracia de que ayunase la cuaresma, pasándola en oracion con los fieles, un dia me sentí cargado de sueño, y comenzaba ya á dormirme, cuando, despabilándome de repente, vi delante de mí dos

mancebos, vestidos con una ropa talar y cubiertos con un manto ó capa de extraordinaria blancura, pareciéndome que los dos estaban haciendo oracion. Desperté perfectamente, y desapareció la vision. Inquieto por no saber lo que aquello significaba, doblé mi ayuno y mis oraciones; sucedióme segunda vez lo mismo; y en fin, la tercera noche, estando perfectamente despierto, se pusieron delante de mí los dos mancebos acompañados de otro tercero que representaba mas edad, y me pareció seria san Pablo: por lo menos era muy parecido al retrato que tenemos de este apóstol. Los dos mancebos no me hablaron palabra; pero este tercero me dijo que aquellos dos jóvenes eran dos ilustres mártires de Jesucristo, cuya vida y cuya muerte habia edificado mucho á la Iglesia, y que hallaria sus reliquias en el mismo sitio donde estaba haciendo oracion, las cuales debia exponer á la veneracion de los fieles. Como yo me atreviese á preguntarle por sus nombres, me fué respondido así: Hallaráslos escritos con una breve noticia de su vida y de su martirio en la misma sepultura. Habiendo dado parte de lo que acabo de referir á los obispos vecinos y á mi clerecía, nos juntamos todos en la iglesia de san Nabor y de san Félix, hicimos cavar la tierra al rededor de las barandillas que cercan el sepulcro de los dos santos mártires Félix y Nabor, y encontramos, en fin, el que contenia aquellas preciosas reliquias; abrímosle y hallamos los cuerpos de dos santos mártires, cuyos huesos estaban enteros y en su situacion natural. Estaba cubierto de sangre el fondo del sepulcro, y el maravilloso olor que salia de él se extendió por toda la iglesia; debajo de la cabeza de los santos se halló un escrito que contenia el compendio de su vida y de su martirio.»

Antes que se elevasen los huesos de la tierra, ni se cantasen los himnos, se hicieron venir al sepulcro dife-

rentes energúmenos y luego testificaron los milagros la realidad de las reliquias. En el mismo dia fueron trasladadas á la basílica de Fausto, y porque ya era tarde se dejaron allí hasta el dia siguiente, pasándose la noche en oracion. « Fué prodigioso el concurso de gente que acudió de todas partes (prosigue el santo), y el dia siguiente se llevaron las santas reliquias á la basílica mayor con religiosa pompa, á la que se siguieron regocijos públicos en toda la ciudad. Durante la procesion (continua san Ambrosio) sucedió la milagrosa curacion de un ciego, conocido en todo Milán, que se llamaba Severo; apenas le tocó los ojos con el paño ó tafetan que cubria las reliquias de los mártires, cuando cobró en el mismo instante la vista; manifestando Dios la gloria de los santos con otros muchos milagros. » Subió al púlpito san Ambrosio, y teniendo á uno y á otro lado las dos cajas, predicó un sermon al pueblo en honra de los dos santos, como se lo cuenta á su hermana santa Marcelina, y en él habló en estos términos: « Vosotros mismos habeis sido testigos de muchos energúmenos que quedaron libres á vista de estas santas reliquias. ¡ Cuántos enfermos se vieron repentinamente sanos tocando el paño que cubre estos dos santos cuerpos, y cuántos con la sombra sola de estas dos cajas! ¡ cuántos oratorios se han erigido ya en honor suyo! ¡y cuántos paños, cuántos tafetanes se han mudado ya, por la piadosa persuasion de que todo lo que hubiese tocado los santos cuerpos tendria virtud de hacer milagros! En fin, se tiene por dichoso el que logra tocar el lienzo que los cubre: *Gaudent omnes extrema lintea contingere*. Concibiendo una grande confianza de que al punto se verán libres de sus dolencias: *Et qui contigerit, salvus erit*. »

Esta gloriosa traslacion, que desde entonces se hizo tan célebre en casi todo el mundo cristiano, se so-

lemnizó el dia 19 de junio del año de 386, á cuyo dia fijó la Iglesia su fiesta.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Milán, los santos mártires Gervasio y Protasio, hermanos. El juez Astasio mandó azotar al primero con plomadas hasta que muriese, y decapitar al segundo despues de apaleado. San Ambrosio halló por revelacion del Señor los santos cuerpos tan enteros y ensangrentados como si hubiesen sido martirizados el dia de la invencion. A su traslacion un ciego cobró la vista con solo tocar al féretro, y quedaron libres muchos poseidos.

En Ravena, san Ursicino, mártir, que bajo el juez Paulino, permaneciendo constante en la confesion del Señor á pesar de los tormentos, completó su martirio con la degollacion.

En Sozópoli, san Zózimo, mártir, que en la persecucion de Trajano, bajo el presidente Domiciano, padeció, crueles tormentos, perdiendo la cabeza, con lo que ganó el cielo.

En Arezo en Toscana, los santos mártires Gaudencio, obispo, y Culmacio, diácono, que fueron muertos por los gentiles en tiempo de Valentiniano.

En dicho dia, san Bonifacio, mártir, discípulo de san Romualdo, que, enviado por el romano pontifice á predicar el Evangelio en Rusia, habiendo pasado por el fuego sin lesion y bautizado al rey con su pueblo, fué muerto por el hermano del rey, furioso del caso, y recibió la corona anhelada del martirio.

En Ravena, san Romualdo, anacoreta, padre de los religiosos camaldulenses, restableció y propagó maravillosamente la disciplina eremítica en Italia, donde se hallaba muy relajada.

En Florencia, santa Juliana Falconieri, vírgen,

fundadora de la órden de las religiosas Servitas, canonizada por Clemente XII.

En el Mans, san Inocencio, obispo.

En el país de los Vosgos, san Dié, obispo de Nevers.

En Fecan, santa Hildemarca, abadesa de dicho lugar.

En la abadía de Anschin en los Paises Bajos, el venerable Odon, natural de Orleans, primer abad de San Martin de Turnay, luego obispo de Cambrai, célebre por sus escritos y paciencia.

En Roma, los santos mártires Honorio, Evodio y Pedro, enterrados en el Campo Verano.

En Nápoles, san Fortunato, obispo.

En el cabo de Istria cerca del golfo Veneciano, san Nazario, obispo.

La misa en honra de los santos, y la oracion es la que sigue:

Deus, qui nos annua sanctorum martyrum tuorum Gervasii et Protasii solemnitate lætificas; concede propitius, ut quorum gaudemus meritis, accendamur exemplis. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que cada año nos alegras con la festividad de tus santos mártires Gervasio y Protasio: asístenos con tu gracia para que nos inflamen con sus ejemplos aquellos que tanto nos regocijan con sus merecimientos. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es de la primera del apóstol san Pedro, cap. 4.

Charissimi: Communicantes Christi passionibus gaudete, ut et in revelatione gloriæ ejus gaudeatis exultantes. Si exprobramini in nomine Christi, beati eritis quoniam quod est honoris

Carísimos: Alegraos de participar de los trabajos de Cristo, para que os alegreis tambien y os regocijeis cuando se manifieste su gloria. Si sois tradados ignominiosamente por el mon-

gloriæ, et virtutis Dei, et qui est ejus Spiritus, super vos requiescit. Nemo autem vestrum patiatur ut homicida, aut fur, aut maledicus, aut alienorum appetitor. Si autem ut christianus non erubescat: glorificet autem Deum in isto nomine, quoniam tempus est ut incipiat judicium à domo Dei. Si autem primùm à nobis, quis finis eorum, qui non credunt Dei Evangelio? Et si justus vix salvabitur, impius et peccator ubi parebunt? Itaque et hi, qui patiuntur secundùm voluntatem Dei, fideli Creatori commendent animas suas in benefactis.

bre de Cristo, seréis dichosos: porque el honor, la gloria, y la virtud de Dios y su espíritu reposa en vosotros. Pero ninguno de vosotros tenga que padecer como homicida, ó ladron, maldiciente ó acechador de los bienes ajenos. Pero si como cristiano, no se avergüence, sino glorifique á Dios por tal nombre. Porque es tiempo de que comience el juicio por la casa de Dios. Y si primero por nosotros ¿cuál será el fin de aquellos que no creen al Evangelio de Dios? Y si el justo apenas se salvará, ¿en dónde pararán el impío y el pecador? Por tanto, aquellos que padecen por voluntad de Dios, encomienden sus almas al Criador fiel por medio de buenas obras.

NOTA.

« Escribió san Pedro esta epístola á todos los fieles tanto judíos como gentiles convertidos á la fe; por eso se llama *católica*; esto es, universal, no habiéndose dirigido á nacion alguna particular. Escribióla desde Roma, á quien llaman por metáfora Babilonia; y la escribió en griego, por ser entonces la lengua mas general. Es su principal intento confirmar en la fe á los fieles que vivian entre los gentiles. »

REFLEXIONES.

Si el justo apenas se salva, el impío y el pecador ¿en que pararán? Esta pregunta se ha de hacer á esos

licenciosos de profesion, á esos hombres casi sin religion, á esos mundanos que solo siguen sus gustos, que solo dan oidos á sus pasiones, y que cada dia se endurecen mas contra los remordimientos de su conciencia. Preguntemos á aquella persona jóven, que solo sabe tomar gusto á las máximas del mundo, cuyo corazon y cuyo espíritu, lleno todo de vanos proyectos de fortuna, de frívolas ideas de grandeza, solo suspira por los objetos de su ambicion, y mira con lástima á los que profesan una vida cristiana y arreglada; preguntemos á aquella mujer mundana, á esas gentes de diversiones y de pasatiempos, ¿cuál ha de ser su suerte? Tienen parientes, tienen amigos que profesan la misma religion, y su vida es muy diferente de la suya. Aquella señora, aquella dama tan indevota y tan derramada, tiene una hermana en un convento, cuya inocencia se está manteniendo á favor de un continuo ejercicio de oracion, de una exacta observancia, de una rigurosa penitencia, y de esta dice el Apóstol que apenas se salvará. Esta digna esposa de Jesucristo, esta víctima del divino amor tan inocente, trabaja dia y noche en su salvacion con temor y con temblor, y apenas se salvará, segun el Apóstol; mientras su hermana, que es tan poco devota y tan mundana, criada en la maldad y envejecida en las peligrosas diversiones del mundo, vive con una prodigiosa seguridad de su eterna salvacion. ¡Oh Dios, qué ceguedad tan funesta! ¡qué estado mas digno de temerse!

Los desiertos y los claustros están poblados de santos; y estos santos aun no juzgan segura su inocencia en aquel abrigo. ¡Qué circunspeccion en todos sus sentidos! ¡qué vigilancia sobre todos los movimientos del corazon! ¡qué oracion tan continua! Temen la tempestad hasta en aquel puerto; desconfian del enemigo hasta en aquel campo fortificado; no dan

por asegurada la virtud, ni entre las espinas, ni tras las trincheras de la penitencia; trabajan sin cesar llenos de temor debajo del saco y del cilicio; tiemblan hasta la muerte en medio de aquella horrorosa sole dad: ¿pues en qué han de parar esas mujeres profanas, esas personas tan indevotas, tan poco cristianas, tan libres y tan licenciosas? ¿en qué han de parar esas almas expuestas á los mayores peligros, sin antídotos y sin preservativos? ¿esos esclavos de sus pasiones, cuya conciencia es un caos, cuya vida es una perpetua cadena de culpas, cuyas costumbres están tan estragadas? En una palabra: *Si el justo apenas se salva, el impío y el pecador ¿en qué pararán?*

El evangelio es del cap. 6 *de san Lucas, y el mismo que el dia I, pág.* 17.

MEDITACION.

DE LA CAUSA Y DE LOS EFECTOS DE LA FALSA CONCIENCIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el orígen de la falsa conciencia es el amor propio, el cual, corrompiendo al corazon, da paso al contagio hasta el entendimiento, y á este le ciega; con cuyos dos asesores, por decirlo así, decide de todo como supremo juez: materias de religion, dudas de moral, casos de conciencia, puntos de fe, todo se resuelve en este tribunal. ¡Qué de errores, qué de descaminos! ¿Y qué hay que admirar de que tantos se precipiten?

Los entendimientos mas cortos, los mas limitados son los mas expuestos á dar en el error, los menos capaces de conocerle, y por consiguiente de corregir-

le; de aquí nace que la dureza y obstinacion es inseparable de la falsa conciencia. Es indubitable que ninguno es mas fácil á descaminarse que el hombre de poco entendimiento; cuanto mas moderados sean sus alcances, tanto mas seguro y tranquilo vivirá en sus errores; pues no admite disputa que el orgullo es uno de los principios de la falsa conciencia. Llenos de estimacion de sí mismos, soberanamente pagados de todas sus ideas, se juzgan infalibles en cuanto conciben. Tiene gran cuidado el amor propio de fomentar una presuncion tan declarada por sus intereses, tan aprobadora de todo cuanto le lisonjea, y esto es lo que produce la obstinacion en la falsa conciencia, y su falsa seguridad.

Siendo la conciencia un juicio secreto que forma el alma aprobando ú reprobando lo que hace, la falsa conciencia siempre introduce en este juicio el voto del corazon, naturalmente inclinado á todo lo que le gusta. Cuando concurren estos dos principios y prevalece este voto, ¡qué desaciertos se cometen, y en qué ceguedad se vive! Con tal guia, ¡qué errados pasos no se dan! Entonces todo contribuye á amodorrar al pecador en su falsa paz, y en aparente tranquilidad una conciencia engañada, que tiene por tentaciones los justos remordimientos. Es un espejo infiel que disimula y engaña; de donde proviene que rara vez conoce sus descaminos una conciencia errónea, y mas cuando se junta con corta capacidad; y del mismo principio nace aquel capricho y dureza de juicio, en fuerza de la cual se reputa por enemigo y por contrario todo lo que altera la falsa paz del corazon. ¡Gran Dios! ¿y quién sin tí podrá salir de este atolladero?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que á esta falsa, á esta engañosa luz deben sus progresos las falsas devociones, los abusos

mas groseros, y hasta las heregías mismas. La falsa conciencia es la que introdujo, ó por lo menos la que toleró y aprobó las ilusiones del entendimiento y del corazon; la que siempre las fomenta y las autoriza. No hay maldad que no se cometa con ella; porque ¿á qué excesos no se arroja un ambicioso cuando hace punto de conciencia sus mismas engañadas máximas? Una conciencia, si os place, corrompida con la ambicion, ¿qué zelos tan malignos no inspira? ¿qué artificios no aconseja? y si es menester, ¿de qué traiciones no se vale? Cuando la conciencia va de concierto con la codicia, nada le cuestan las mayores injusticias : no hay usuras que no favorezca; simonías á que no eche la capa; vejaciones, violencias, pleitos injustos, trampas y enredos que no santifique. Pues si la animosidad, si el rencor y el odio forman la conciencia, dime ¿qué dicterios, qué murmuraciones, qué enconos no autoriza, qué venganzas no apoya, qué escandalosas divisiones, qué enemistades no fomenta, qué desdenes, qué desprecios, qué sacudimientos no aprueba? Nada detiene á una falsa conciencia; pervertida por una parte, y muy satisfecha de conciencia por otra, á todo se arroja, y todo lo lleva tras sí. Admirámonos, no pocas veces, de ver algunas personas, al parecer virtuosas y aun devotas de profesion, que en medio de eso son vengativas, murmuradoras, orgullosas, rebeldes á las decisiones de los mas sabios doctores y aun á las de la misma Iglesia. Todo es fruto, toda es obra de la falsa conciencia, que aprueba y autoriza cuanto lisonjea el amor propio, cuanto se acomoda á la concupiscencia y á la sensualidad. ¿Qué no hicieron los judíos guiados de una falsa conciencia? Crucificaron al Santo de los santos. ¿Qué no hicieron y qué no hacen todos los dias tantos herejes? Por los artificios de la falsa conciencia tantos pobres hombres, tantos

pueblos ignorantes, tantas mujeres presumidas, sin la mas leve tintura de letras, se meten en decidir sobre los puntos mas impenetrables de la religion, juzgan tranquilamente de todo, y escandalosamente se obstinan en no rendirse á las mas santas determinaciones de la Iglesia. A favor de la falsa conciencia se peca osada y tranquilamente, porque no se experimenta inquietud ni turbacion; se peca casi sin esperanza de remedio, porque el grande recurso del pecador es la recta y santa conciencia, la cual condena el pecado al mismo tiempo que le comete: por aquí le llama Dios; pero, cuando enmudece esta voz, y cuando está cerrada esta puerta, ¿qué recurso le queda al pecador? La delicadeza de conciencia en los santos, y los mismos escrúpulos de las almas timoratas, muestran bien cuánto temian el infeliz estado de la falsa conciencia.

¡Ah Señor, por irritado que esteis, no querais castigar jamás á vuestro pueblo con esta funesta ceguedad! descargad vuestra ira en todo lo demás, pero perdonadnos en este punto. Al contrario, hacednos tan delicados, tan detenidos en lo que toca á vuestros mandamientos, y dadnos una conciencia tan timorata, que desconfiemos siempre de nuestras propias luces; un corazon, un espíritu humilde, dócil, rendido, recto; y que vuestra santa ley sea siempre nuestra guia.

JACULATORIAS.

Beati immaculati in via, qui ambulant in lege Domini. Salmo 118.

Bienaventurados los que nunca se desvian del camino de la inocencia, y van siempre adelante por la ley santa de Dios.

Delicta juventutis meæ, et ignorantias meas ne memineris, Domine. Salmo 24.

Olvidad, Señor, mis ilusiones y mis errores, y no os acordéis de los pecados de mi inconsiderada mocedad.

PROPOSITOS.

1. Mira con horror tan desacertada guia, y nada temas tanto como el engaño y la ilusion en punto de salvacion. Apenas se puede creer que tantas gentes lastimosamente precipitadas en el error, y tantos otros de una vida por otra parte tan arreglada, caigan miserablemente por pura malicia en tantos desórdenes sobre materia de costumbres, y vivan con tanta tranquilidad en costumbres tan desbaratadas y tan visiblemente opuestas á las máximas del Evangelio. La falsa conciencia es la que hace estos estragos, y la que produce todos estos frutos. ¿Seria posible que unos hombres, por otra parte capaces, rectos y aun moralmente bien inclinados, dejasen de conocer que estaban fuera del camino de la salvacion, si no los cegase la falsa conciencia, y si esta ceguedad no irritase sus pasiones, haciéndolos sordos é insensibles á todas las inspiraciones de la gracia? Debes precaverte contra un mal tan peligroso y tan comun; desconfía siempre de la dureza de juicio en punto de devocion; nunca te aferres en tu dictámen contra el parecer de tus directores, de tus padres y de tus amigos; guárdate bien de que tu capricho sea efecto de la falsa conciencia. Nunca te persuadas á que no hay inconveniente en ir á la comedia y al ópera; á que puedes sin escrúpulo concurrir á ciertos parajes donde corre peligro la inocencia; á que no hay inconveniente, ni tiene misterio el pasar en el juego los dias y las noches. ¿Cuántas veces te parece estás obligado á encolerizarte, á mostrar tu mal humor á toda la familia, ejecutar con poca espera y con no mucha piedad á tus acreedores? Y esa aspereza con que tratas á tus

dependientes ¿no será tambien efecto de una falsa conciencia? Si eres eclesiástico ó religioso, no te dispenses con demasiada facilidad en ciertas obligaciones. ¿Y no vives quizá muy errado, pareciéndote que puedes con buena conciencia usar de tus rentas como usas de ellas, y aplicarias á lo que las aplicas? ¿tendrás motivo para estar muy seguro de que cumples con la obligacion del oficio divino, rezándole con la indevocion con que le rezas? ¿y te podrán aquietar mucho los frívolos pretextos con que te excusas de celebrar el santo sacrificio de la misa? Es cierto que una conciencia laxa autoriza todos estos defectos; pero ¿te hará por eso menos culpado en cometerlos? Remedia sin dilacion estos desórdenes.

2. Guárdate mucho de buscar muy de propósito directores lisonjeros y laxos, confesores cómodos, profetas que solo anuncian lo que halaga al amor propio; todos son muy malos guias. ¿Qué ciego busca por lazarillo á otro ciego? Nunca te fies de jueces que sentencian siempre en favor de tu inclinacion. Expon sencillamente tus dudas á personas sabias, y confórmate sin réplica con sus resoluciones.

DIA VEINTE.

SAN SILVERIO, PAPA Y MARTIR.

Teodato, rey de los godos en Italia, asustado con las conquistas de Belisario, general del ejército del emperador Justiniano, obligó al papa san Agapito á que hiciese un viaje á Constantinopla para pedir la paz al emperador. No lo pudo conseguir el santo papa; pero en aquella corte mostró su zelo y su vigor en defensa de los intereses de la religion, negándose

con invencible teson á recibir en su comunion á Antimo, obispo eutiquiano; y mostrándose inflexible, aunque le amenazaron con destierro, hasta que el fin, consumido de trabajos y de penitencias, murió el año de 536.

Apenas se supo en Roma su muerte, cuando se juntó el clero para nombrarle sucesor. Era grande protectora de los eutiquianos la emperatriz Teodora, singularmente de Antimo, á quien habia sacado de la silla de Trebisonda para colocarle en la patriarcal de Constantinopla; y resuelta á tener un papa que fuese de su entera devocion, hizo partir para Roma al diácono Vigilio, y escribió á Belisario que le hiciese nombrar por sucesor de Agapito; pero el rey Teodato, que no queria por pontífice á ninguno que fuese creatura del emperador, previno á la emperatriz y obligó por fuerza al clero de Roma á que eligiese al subdiácono Silverio, natural de la Campaña de Roma, hijo de Hormisdas, que, habiendo enviudado, se hizo diácono de la Iglesia Romana, y despues fué papa.

Al principio no fué muy canónica la eleccion de Silverio; pero el clero, temiendo un cisma y viendo en él un hombre muy á propósito para llenar la suprema dignidad á que habia sido elevado, enmendó los defectos, y unidos todos los votos, confirmó libremente la primera eleccion con unánime consentimiento. Ordenóse, pues, de diácono y de presbítero, y despues fué consagrado obispo el dia 20 de junio del año 536.

Aunque no habia entrado en el sumo pontificado con las mas santas disposiciones, no bien se vió revestido de aquella primera dignidad de la tierra cuando tómo la generosa resolucion de hacerse benemérito de ella. Ante todas cosas llóro delante de Dios los torcidos fines de su pasada ambicion, y dió principio edificando á toda la Iglesia con la pureza de sus costumbres y con toda su conducta. Por su vigilancia

contra el error, por su zelo en desterrarle, y por la solicitud pastoral en atender á todas las necesidades de la Iglesia, cuando la herejía, protegida del poder temporal, arrasaba la viña del Señor, fué reputado por uno de los mayores papas.

Llegó Vigilio de Constantinopla con ánimo de apoderarse de la silla apostólica; pero como encontró ya á Silverio colocado en ella con aplauso y satisfaccion universal, no se atrevió á intentar por entonces novedad alguna; aunque no por eso desistió de su idea, confiando en el poder de Belisario, á quien la emperatriz habia escrito en su favor. Despues que este general habia restituido la Sicilia á la obediencia del emperador, y hecho cada dia nuevas conquistas en Italia sobre los godos, les tomó tambien la ciudad de Nápoles, adonde Vigilio le fué á buscar para entregarle las cartas de la emperatriz; y leidas, le prometió poner en ejecucion lo que se le encargaba luego que se hiciese dueño de Roma. Tardó poco en poderle servir, porque, atemorizado el pueblo romano con el saqueo de Nápoles, echó de sí la guarnicion de los godos y llamó á Belisario. Inmediatamente volvieron los godos sobre Roma y la pusieron sitio, que duró un año entero, en que la dieron sesenta y siete asaltos, manteniéndose siempre Belisario encerrado dentro de la ciudad. Y se notó, durante el sitio, que los godos, aunque arrianos y bárbaros, no perdieron el respeto á las iglesias de los católicos que estaban extramuros, y ni aun atacaron la ciudad por un paraje donde estaban medio arruinadas las murallas, y estaba tambien bajo la proteccion particular de san Pedro. Este respeto que los bárbaros mostraron al apóstol, fué pernicioso al papa Silverio, porque sus enemigos tomaron de aquí ocasion de calumniarle, acusándole de que mantenia inteligencias secretas con ellos.

Volvió mientras tanto á Constantinopla el diácono

Vigilio para informar á la emperatriz de que ya habia encontrado la silla apostólica ocupada por una creatura del rey de los godos, y declarados en su favor todo el clero y todo el pueblo romano, haciendo cuanto pudo para persuadir á la emperatriz á que le despojase de ella; pero antes de pasar á otra cosa esta sagaz princesa quiso sondear el ánimo del nuevo papa y probar si se le podia reducir á sus intentos, sin llegar á términos de violencia. Escribióle, pues, pidiéndole que restableciese á Antimo en la silla de Constantinopla; que restituyese en las suyas á los demás herejes que su predecesor Agapito habia desposeido de ellas; y que abrogase el santo concilio de Calcedonia; bien resuelta á poner á Vigilio en lugar de Silverio si este le negaba lo que le pedia. Luego que el sumo pontífice leyó las cartas, conoció muy bien todo el ánimo de la emperatriz; pero ni las amenazas que le insinuaron de su parte, ni el destierro que preveia, ni el horror de los suplicios que podia temer, fueron bastantes para acobardarle. Respondió, pues, á aquella princesa con el mayor respeto, pero al mismo tiempo con un teson y con una fortaleza digna de un verdadero sucesor de san Pedro. Representóla que, tanto la deposicion de Antimo eutiquiano, como la de los demás herejes, habia sido no solamente legítima, sino necesaria; que restituirlos otra vez á sus sillas, de que tan legítimamente habian sido depuestos, seria volver á llamar los lobos para meterlos en medio de los rebaños; y que, en fin, antes perderia la vida que hacer la mas mínima cosa contra el santo concilio de Calcedonia. Irritada la emperatriz con tan generosa respuesta, escribió prontamente á Belisario, que, sin andarse ya en atenciones ni en respetos con Silverio, arrojase de la silla apostólica á aquel enemigo mortal de los eutiquianos, y colocase en ella á Vigilio.

Era el general temeroso de Dios, y le llenó esta órden de mucho dolor. Causábale horror poner las manos en el ungido del Señor, y temia atraer sobre sí y sobre todo el imperio la indignacion del cielo, si osaba desposeer al papa; por lo que buscaba varios coloridos para ir eludiendo las órdenes de la corte: pero al fin, temiendo ser desgraciado, se resolvió á obedecer, y solo esperó algun aparente pretexto.

No le fué difícil encontrarle; porque fué acusado el santo papa de que tenia correspondencia con los godos, y aun se presentaron algunas cartas que supusieron ser suyas. Bien conoció Belisario la falsedad y la calumnia, pero no tuvo espíritu para resistirla. Llamó á san Silverio á su palacio, y sin darle lugar á que se justificase, mandó que le quitasen el palio, que le despojasen de las vestiduras pontificales y que le echasen á cuestas una cogulla de monje; despues envió á decir al clero, á quien se le habia detenido en las antesalas de palacio, cuando vino acompañando al santo papa, que Silverio quedaba ya depuesto, y era monje. Atónitos los circunstantes al oír esta embajada, cada cual procuró escaparse como pudo, temiendo ser maltratado en una casa donde se trataba tan indignamente á un sumo pontífice.

Pasó mas adelante Belisario. Viendo las lágrimas y los clamores del pueblo, que pedia á gritos á su santo pastor, temió alguna sedicion y envió á san Silverio desterrado á Patára, ciudad de Licia en el Asia menor; despues sin perder ningun tiempo hizo elegir en su lugar á Vigilio, sin que el clero se atreviese á oponerse á su voluntad; violencia escandalosa y sacrílego atentado, que llenó de luto á toda la Iglesia, y de llanto á todos los buenos católicos. Solo san Silverio se llenó de verdadero gozo, por verse tan maltratado en defensa de la fe y de los intereses de la Iglesia, considerando su destierro como premio de su zelo y de

sus apostólicos trabajos, sin que nunca se le hubiese visto mas contento que cuando estaba cargado de tantas persecuciones y oprimido de miserias. *Dichoso yo*, solia decir, *si puedo purgar los defectos de mi eleccion con las penalidades de mi destierro; pero mucho mas dichoso si logre derramar mi sangre por la Iglesia y por la fe.*

Con todo eso, no dejó Dios de volver por el santo pontífice. Apenas llegó á Patára, cuando el obispo de aquella ciudad, altamente condolido de ver al supremo pastor arrojado de su silla con tanta injusticia como crueldad, pasó á la corte del emperador, y la representó enérgicamente la indignidad de un tratamiento tan escandaloso como injusto. Era Justiniano príncipe católico y piadoso, pero mas condescendiente de lo que fuera razon con la emperatriz, que era eutiquiana. No obstante, mandó que el papa fuese restituido á Italia, y que, si se le justificase haber sido autor de las cartas al rey de los godos, que se le atribuian, no se le permitiese residir en Roma, aunque sí en cualquiera otra ciudad de Italia que mejor le pareciese; pero en caso de hallársele inocente, fuese restablecido en su silla. Hizo la emperatriz cuanto pudo para que no tuviese efecto esta resolucion del emperador; pero este se mantuvo firme, y volvió á Italia san Silverio.

Informado Vigilio de su vuelta y protegido siempre con el favor de la emperatriz, hizo tanto con Belisario, que al fin logró le pusiese en las manos al santo papa; y apenas le tuvo en su poder, cuando le mandó llevar á una pequeña isla desierta del mar de Toscana, llamada Palmaría, hoy Palmerola. Gimió toda la cristiandad cuando supo la indignidad con que era tratado el sumo pontífice, escribiéronle los mas de los obispos, manifestándole la mucha parte que les cabia en su persecucion; y los de Terracina, Fundi, Termo

y Minturno, vecinos al lugar de su destierro, pasaron personalmente á visitarle y quedaron admirados de su invencible paciencia.

Pero considerándose siempre cabeza de la Iglesia, nunca descuidó de su gobierno. Tan vigilante fué su solicitud pastoral en Palmerola, como lo habia sido en Roma; el mismo fué su zelo contra los abusos; el mismo teson y la misma firmeza contra los artificios de una emperatriz hereje, que solamente le perseguia porque constantemente se negaba á restituir en la silla de Constantinopla á Antimo, obispo eutiquiano, y porque no queria revocar el santo concilio de Calcedonia. En una de sus respuestas á los obispos que le habian escrito, se gloría de que solo se sustentaba con el pan de lágrimas en aquella tierra de tribulacion, y de que le tasaban el agua que bebia. En fin, consumido el santo pontífice de miserias, pero colmado de merecimientos, murió en el mismo lugar de su destierro el dia 20 de junio del año 540; manifestando el Señor la santidad de su siervo con milagros que obró en su sepultura. Siempre fué venerado como mártir, y la Iglesia le decretó los honores de tal.

Desde luego se consideró como uno de sus mayores milagros la maravillosa mudanza, ó por mejor decir, la portentosa conversion de Vigilio; porque, viéndose legítimo sucesor suyo por el unánime consentimiento de todo el clero despues de la muerte del santo, arrepentido sinceramente de su ambicion, mudó tanto de conducta, que fué uno de los mas zelosos defensores de la fe y verdaderamente un gran papa. Tambien sintió Belisario los efectos de su proteccion; dolióse vivamente de la dureza con que le habia tratado, y para dejar á la posteridad un monumento eterno de su arrepentimiento hizo edificar en Roma una iglesia, y mandó poner en el frontis una

inscripcion en que declaraba ser aquella obra una pública confesion y satisfaccion de su culpa.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La fiesta de san Silverio, papa y mártir, que, habiéndose negado á rehabilitar al obispo hereje Antimo depuesto por Agapito, su predecesor, fué enviado desterrado por Belisario, á instancias de la impía emperatriz Teodora, à la isla de Poncia, donde murió consumido de miserias por la fe católica.

En Roma, el fallecimiento de san Novato, hijo de san Pudente, senador, y hermano de san Timoteo, presbitero, y de las santas vírgenes Pudenciana y Praxedes, instruidos en la fe por los apóstoles mismos. Su casa, convertida en iglesia, lleva el nombre del Pastor.

En Tomes en el Ponto, san Macario, obispo, que, despues de haber sufrido mucho por parte de los Arrianos, se quedó santamente dormido en el Señor en su destierro de Africa.

En Sevilla en España, santa Florencia, vírgen, hermana de los santos obispos Leandro é Isidoro.

En Seez, san Latuino, presbítero.

En la Picardía, san Gobando, presbítero.

En Dronguen junto á Gante, santa Aldegonda, vírgen.

En dicho dia, san Baño, obispo de Teruena, y antes abad de san Vandrilo.

En Treves, la venerable Elía, abadesa.

En Egipto, san José de Tebas, solitario.

En Belluno en la Marca Trevisana, santa Ab cia.

En Inglaterra, santa Idaberga, vírgen.

Cerca de Wolfen-Buttel, el venerable Alberto, primer obispo de Magdeburgo.

En Breslau en Silesia, santa Benigna, religiosa cisterciense, martirizada por los Tártaros

La misa es en honor del santo y la oracion la siguiente.

Infirmitatem nostram respice, omnipotens Deus, et quia pondus propriæ actionis gravat, sancti Silverii martyris tui atque pontificis intercessio gloriosa nos protegat. Per Dominum nostrum...

Atended, ó Dios omnipotente, á nuestra flaqueza, y pues nos oprime el peso de nuestros pecados, aliviádnosle por la intercesion del bienaventurado mártir y pontífice Silverio. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es sacada de la del apóstol san Judas.

Charissimi: Memores estote verborum, quæ prædicta sunt ab apostolis Domini nostri Jesu Christi, qui dicebant vobis, quoniam in novissimo tempore venient illusares, secundùm desideria sua ambulantes in impietatibus. Hi sunt, qui segregant semetipsos, animales, Spiritum non habentes. Vos autem, charissimi, super ædificantes vosmetipsos sanctissimæ vestræ fidei, in Spiritu Sancto orantes, vosmetipsos in dilectione Dei servate, exspectantes misericordiam Domini nostri Jesu Christi in vitam æternam.

Carísimos: Acordaos de las palabras que os dijeron ya los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo: los cuales os decian como en el tiempo postrimero vendrán engañadores que caminan segun sus deseos en las impiedades. Estos son aquellos que se separan á sí mismos (de la Iglesia) como animales que no tienen espíritu. Pero vosotros, ó carísimos, edificándoos á vosotros mismos, sobre vuestra fe santísima, orando en el Espíritu Santo, conservaos á vosotros mismos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para la vida eterna.

NOTA.

« Sobrevivió san Judas á la mayor parte de los apóstoles, y escribió esta carta despues que murieron estos. Viene á ser como un compendio de la segunda del apóstol san Pedro; porque se escribió contra los

mismos herejes, que, corrompiendo la fe y negando la necesidad de las buenas obras, introducian la disolucion y una horrorosa licencia de costumbres. Hablando Orígenes de esta epístola, dice que sus palabras son pocas pero muy eficaces. »

REFLEXIONES.

Acordaos de las cosas que ya os anunciaron los apóstoles. Pocos desórdenes, pocos errores hay entre los cristianos, que los apóstoles no tuviesen bien previstos, y contra los cuales no hubiesen gritado para prevenir los ánimos con el contraveneno de sus saludables instrucciones. Pero todas estas precauciones y preservativos no han sido bastantes para que los herejes y los seductores no hiciesen conquistas en todos tiempos. Buen Dios, ¡qué fuerte es la inclinacion del corazon humano al mal! ¡y qué inconstante es su espíritu! Tuvieron gran cuidado los apóstoles, despues de Jesucristo, de prevenirle que en los últimos tiempos vendrian ciertos hombres embusteros, cubiertos con piel de ovejas, y en realidad lobos carniceros, que solo acudirian á hacer miserables destrozos en el rebaño. No ha habido hereje que no afectase un exterior falso y engañoso. Calvino gritaba siempre contra la licencia de las costumbres, y continuamente estaba predicando reforma. La misma gerigonza usaban los herejes de los primeros siglos; este es el artificio mas antiguo de los enemigos de la Iglesia para engañar á los simples. Sin esta mascarilla no se puede deslumbrar á la gente; con el nombre de reforma ha hecho siempre su fortuna el error. Pero cotéjese un poco a estos falsos reformadores con el espíritu del Evangelio; su fe y su doctrina es echar á rodar el ayuno y la abstinencia, suprimir las buenas obras, desterrar los sacramentos y todo aquello que en la

religion estrecha un poco la libertad. No ha habido hereje que no se haya declarado contra la silla apostólica; esta rendida sumision á la Iglesia sujeta el corazon y el espíritu. Camina siempre de acuerdo el amor propio con el orgullo; y como nunca falta pretexto para sacudir el yugo, la rebelion contra las sagradas leyes establece el imperio de las pasiones. Esto es precisamente á lo que se reducen esas imaginadas reformas. Y si no díganme, ¿cuándo se vió á esos grandes reformadores sólidamente devotos y mortificados? ¿Se ha visto nunca apagada la fe, mientras se conservan puras las costumbres? Todo engañador camina al gusto de sus pasiones; y en sustancia solo por caminar al gusto de ellas se rebela contra la Iglesia. No hay herejía de puro entendimiento; ninguna es puramente especulativa; el entendimiento hace siempre la costa en favor de la voluntad. Si Calvino reprueba las buenas obras, y fija determinadamente el número de los predestinados, es únicamente para que corra sin freno la concupiscencia. Si se hablara tan claro, estaria el lazo muy descubierto y se haria el veneno muy visible. Es menester echar polvo á los ojos, valerse de engañosos rodeos, de sofismas cabilosos, de pretexto de la religion, para deslumbrar á los simples; pero nunca dura la máscara hasta el fin. Siempre es mucha verdad lo que dice el Apóstol, que todo embustero, en punto de religion, camina al gusto de sus pasiones por los caminos de la iniquidad, manteniéndole en ellos el desvío de los sacramentos, y la desobediencia á la Iglesia. *Son unos hombres* (dice) *que se separan de los otros;* porque la singularidad es siempre inseparable del orgullo y del espíritu de parcialidad. *No soy como los demás hombres,* decia el fariseo; lo mismo piensa todo hereje de su imaginada virtud, teniendo lástima de los que inviolablemente están unidos á la

Iglesia. *Hombres de vida animal, destituida de espíritu,* continúa el mismo Apóstol. Carácter verdadero de cuantos se descaminan en materia de fe, por mas que discurran como quisieren, por hábiles que sean en el arte de engañar, por mas ingenio, por mas osadía, por mas obstinacion que tengan, como regularmente la han tenido los herejes en todos los siglos. *No permanece el espíritu de Dios en el hombre que es todo carne;* de donde nace que no se pegan, no mueven las obras de los herejes. Pueden ser sabios, pueden brillar; pero se descaminan. *Amados mios* (concluye el Apóstol), *formando en vuestras personas un edificio que esté fundado en vuestra fe toda santa, y orando por el movimiento del Espíritu Santo, conservaos en el amor de Dios, y esperad la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vivir eternamente.* Estas palabras contienen el carácter de la verdadera virtud, y son el puntual retrato de los verdaderos fieles.

El evangelio es del cap. 14 *de san Lucas, y el mismo que el dia V, pág.* 95.

MEDITACION.

DEL CAMINO QUE NOS LLEVA Á CRISTO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que ninguno va al Padre sino por Cristo, y que para ir á Cristo es menester renunciarse á sí mismo, aborrecerse á sí, llevar su cruz y no arrastrarla. Este camino que guia á Cristo parece estrecho, y asusta á muchos, pero al fin no hay otro. Explicóse muy claramente el Salvador del mundo: *este es el camino;* los demás senderos son extraviados. Mas para entrar en este camino es preciso arrimar todo lo que

embaraza; es muy estrecho y no admite cargas ni bagajes. El mismo Cristo nos declara que para ir en pos de él es menester romper muchos lazos, como son el amor demasiadamente tierno y absoluto á los padres y parientes, y la excesiva pasion por todo lo que se quiere: ninguna cosa está mas claramente intimada, ni mas frecuentemente repetida en el Evangelio, que la renunciacion de los propios intereses y la abnegacion de sí mismo. Es cierto que el amor propio protesta contra un decreto tan decisivo; pero ¿qué caso se debe hacer de sus representaciones? Diez y ocho siglos ha que el espíritu y el corazon humano mancomunados con las pasiones se esfuerzan á apelar de esta sentencia; pero no hay tribunal superior ni aun igual al que la pronunció. Conspiraron contra esta doctrina de Jesucristo todas las herejias; aun aquellas mismas que en la apariencia gritaban mas contra la relajacion, en el fondo solo tiraban á favorecer á la concupiscencia y á dejar el amor propio á sus anchuras. ¡Cuántas quejas, á cual mas frívolas, no ha dado el mundo contra esta aparente severidad de Jesucristo! ¡cuántos argumentos, á cual mas falsos y de menos sustancia, para eludir la universalidad de esta ley, para imaginar y aun para persuadir á cierta clase de personas que están dispensadas de ella! pero el oráculo es general: *El que no lleva su cruz todos los dias, no puede ser mi discípulo.* Los grandes, los nobles, los ricos, las señoras, cuantos viven en el mundo, todos son comprendidos en este decreto. Muéstrennos si no, que hay otro Evangelio y otra doctrina cristiana para ellos. Y si no la hay, ¿quién les dispensa en esta ley? ¿quién los justifica cuando viven de un modo tan contrario al que Cristo nos prescribió? Si las personas que traen una vida regalada, inmortificada, sensual y deliciosa, una vida totalmente mundana, se salvaran continuando e

ella; se podria decir que se salvaban contra la palabra expresa del mismo Jesucristo.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que, cuando dice el Salvador que se debe aborrecer al padre, á la madre, á los hijos, á las hermanas y á los hermanos, no habla de aquel odio que es efecto de la enemistad. El que nos manda amar á nuestros mayores enemigos no nos puede mandar que aborrezcamos á nuestros parientes; habla de aquel amor de preferencia, que siempre debemos profesar á Dios, de suerte que, mirando únicamente á agradarle, estemos prontos á sacrificarlo todo, padres, parientes, amigos y nuestra propia vida, antes que ofenderle. Santiago y san Juan dejaron en la barca á su padre por seguir á Cristo; no permitió este Señor que aquel mancebo, á quien llamó á su servicio, le dejase ni aun con el pretexto de ir á dar sepultura á su padre. Segun esta doctrina del Salvador, y por conformarse con ella, todo lo abandonaron los santos, y se despojaron de todo cuanto tenian por seguirle. Cada dia repiten este mismo sacrificio tantas personas religiosas. Gran desgracia es en los que una vez pusieron mano al arado, el mirar atrás. Aquellos que hasta dentro de los claustros fomentan en su corazon el excesivo amor á los parientes, aquellas personas religiosas que solo respiran el espíritu de la carne y sangre, ¿cómo observan este precepto? ¿cómo se conforman con esta doctrina? Pues ello es que sin esta desnudez y sin esta abstracion, ninguno puede ser discípulo de Jesucristo. No es menos indispensable la abnegacion de sí mismo; ¿y está hoy muy en uso esta abnegacion? ¡Ah, que cada cual busca su interés! El gran móvil de todas las acciones es el interés, ni los que parecen mas devotos son

siempre los mayores enemigos de sí mismos. Cada uno se busca á sí casi en todas las cosas; y aun los que se lisonjean de que siguen á Cristo, regularmente lo hacen en compañía del amor propio. Pues no nos admiremos ya de que en nuestros tiempos haya en el mundo, y quizá tambien en el estado religioso, tan poca virtud perfecta y verdadera, ni de que sea tan escaso el número de los discípulos de Cristo. Es preciso seguirle en todo, hacerse sordo á las voces de la carne y sangre, aborrecerse á sí mismo, mortificar los sentidos, llevar su cruz. Valga la verdad: ¿estamos bien persuadidos á que seguimos esta doctrina?

Dios mio, ¿cuál es nuestra conducta? Oimos y recibimos como oráculos las palabras de Jesucristo; sabemos que deben ser la regla de nuestras obras; estamos ciertos de que nuestras costumbres son enteramente opuestas á su doctrina; ¡y con todo eso, vivimos amodorrados en una fatal seguridad! Conozco, Señor, y advierto, por vuestra misericordia, mis ilusiones y mi error; haced que me aproveche de este conocimiento; y que estando, como estoy, convencido de la verdad y de la santidad de vuestra doctrina, ella sola sea en adelante la regla de mis costumbres.

JACULATORIAS.

Utinam dirigantur viæ meæ ad custodiendas justificationes tuas! Salm. 118.

Haced, Señor, que jamás me desvie del camino de vuestros preceptos.

Domine, ad quem ibimus? verba vitæ æternæ habes. Joann. 6.

¿A quién sino á tí caminaremos, Señor, que tienes palabras de vida eterna?

PROPOSITOS.

1. Cuando no hay mas que un camino para llegar al término, es locura ponerse á deliberar qué camino se ha de tomar. En nuestra religion no hay mas que una fe y una doctrina; con que tampoco puede haber mas que una moral y un Evangelio, y este es el único camino para ir al cielo. No puede haber mayor extravagancia que tomar otro. Desasimiento sincero de los bienes caducos; desprendimiento generoso de la carne y sangre; victoria de las pasiones; odio santo de si mismo; este es el único camino que conduce á la salvacion. Pero ¿es este el que nosotros seguimos? Pues cualquiera otro nos extravía. *Hay un camino*, dice el Sabio, *que al hombre le parece derecho, y su fin guia á la muerte.* No busques directores anchos y condescendientes; huye de opiniones laxas. ¿Qué motivo tienes para ir á este confesor mas que al otro? ¿será acaso porque la estrechez de aquel te incomodaba, y tu amor propio, tu inmortificacion y tu flojedad se entienden mejor con la indulgencia de este? ¡Qué necedad mas digna de compasion y de risa que buscar de propósito un guia para descaminarse! Examina bien los verdaderos motivos de esta eleccion; mira que es negocio de grande importancia para exponerla á contingencias.

2. Busca á Dios; pero mira si verdaderamente buscas á Dios en ese empleo, en ese estudio, en ese negocio, en esas diversiones, si es Dios á quien únicamente buscas en tu ministerio, en los ejercicios d tu zelo; no sea que busques tus intereses, tu estimacion, ó que te busques á tí mismo. Estando consagrado á Dios en el estado eclesiástico ó religioso, no sirvas todavía al mundo, no tengas todavía tanto apego á tus parientes. Acuérdate de lo que dice Jesu-



S. LUIS GONZAGA.

cristo, que en vano te lisonjeas de ser su discípulo, si todavía estás preso de la carne y sangre. No se pase el dia sin que prontamente te reformes sobre todos estos puntos.

DIA VEINTE Y UNO.

SAN LUIS GONZAGA, DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

San Luis Gonzaga, príncipe de la casa de Mantua, tan ilustre por el desprecio que hizo de las grandezas del mundo, como por la inocencia de su vida, fué hijo de Ferrante ó Fernando, marqués de Castellon, y de Marta de Tana, de las mejores familias de Quiers en el Piamonte. Hallóse esta tan apurada en el parto de nuestro santo, que llegaron á deshauciarla los médicos; pero apenas ofreció á la Virgen el fruto que tenia en sus entrañas, cuando le dió á luz con toda felicidad el dia 9 de marzo de 1568. Bautizáronle de socorro luego que nació, y pocos dias despues se le puso el nombre de Luis por su padrino y deudo muy cercano Guillelmo, duque de Mantua, cabeza de la casa de Gonzaga.

Persuadida la piadosa marquesa de Castellon á que la primera obligacion de una madre es dar á su hijo la mejor educacion, luego que vió á Luis capaz de recibirla, tomó de su cuenta el darle ella misma la mas piadosa y la mas cristiana. Desde luego se conoció que no necesitaba de muchas instrucciones la bella índole del niño, cuyo aire, cuyas inclinaciones y cuya natural propension á la virtud desde entonces le merecieron el renombre de ángel.

El marqués, soldado de profesion y de genio, ob-

servando la viveza de su hijo, se persuadió que se inclinaba á las armas, y á los cinco años de edad le llevó consigo á Casal. Mostraba Luis grande gusto en los ejercicios militares, y en esto lisonjeaba mucho el de su padre, pero al niño le hubo de costar cara aquella marcial inclinacion; porque, habiendo cargado él mismo una pieza de campaña que estaba en la muralla, y habiéndola dado fuego incautamente, faltó poco para que al retroceder la cureña no le hubiese hecho pedazos la violencia de las ruedas. Ni fué este el único peligro que corrió. Con el trato de los soldados se le pegaron algunas palabras demasiadamente libres; pero apenas fué reprendido por su ayo, cuando las miró con el mayor horror, y aunque las habia dicho sin entender su significado, esta fué la mayor culpa que cometió en toda la vida, llorándola amargamente en toda ella y haciendo rigurosa penitencia.

Al paso que Luis crecia en edad, iba tambien creciendo en juicio y en virtud. Entregóse tan totalmente á Dios desde la edad de siete años, que asegura el cardenal Belarmino era ya su vida perfecta en aquella tierna edad. Tenia ya desde entonces sus devociones arregladas, en cuyo cumplimiento era tan exacto, que se observó no haber faltado ni una sola vez á ellas aun en tiempo que por espacio de diez y ocho meses le debilitaron unas molestas cuartanas. Enamorado el marqués del juicio y de las grandes prendas de su hijo, no omitió medio alguno de cuantos pudiesen conducir á cultivarlas y á darle una educacion digna de su nacimiento. Llevóle á la corte del gran duque de Toscana, estrecho amigo suyo; y aunque el aire de la corte suele ser tan contagioso, singularmente para la juventud, nada alteró la inocencia de nuestro Luis. Hizo en Florencia asombrosos progresos en el camino de la perfeccion, reduciéndose todas sus diversiones á la oracion y al estu-

dio. Desde entonces hizo propósito de no jugar en su vida á juego alguno, y jamás le quebrantó. Creció tanto su fervorosa devocion á la santísima Vírgen, que á los nueve años hizo voto de perpetua castidad. En la observancia de esta virtud era excesiva su delicadeza. Nunca permitió que le vistiese ni le desnudase su ayuda de cámara, y desde aquella edad se impuso la ley de no mirar jamás á la cara á mujer alguna.

Desde la corte de Florencia pasó á la del duque de Mantua, su cercano pariente; y en vez de deslumbrarle aquel nuevo teatro del esplendor y de la grandeza de su casa, allí fué donde resolvió dejar al mundo. Sirviòle de pretexto la falta de salud para salir de la corte y restituirse á casa de sus padres. Pasando por ella san Cárlos Borromeo descubrió y admiró los tesoros de gracia y de perfeccion que encerraba el *alma del santo niño*; exhortóle á que cuanto antes comulgase por la primera vez; encargóle que despues lo repitiese con frecuencia, y le dió otros muchos consejos espirituales que el jóven príncipe tuvo gran cuidado de poner en práctica.

No es fácil explicar la tierna devocion y los fervorosos afectos con que aquella inocente alma recibió por la primera vez á Jesucristo; inflamado el semblante, y bañados sus ojos en dulces lágrimas, daban testimonio del divino fuego que abrasaba aquel tierno corazon. Por toda su vida fué la devocion al Santísimo Sacramento la mas sobresaliente de todas sus devociones, pasando horas enteras en su presencia al pié de los altares. Aplicábase ya entonces al estudio de las letras; pero este no debilitaba ni distraia el espíritu interior, que tenia cuidado de fomentar con el rigor de la penitencia. No parece podia subir mas de punto el santo ódio que se tenia á sí mismo, ni que podia juntarse mayor inocencia con mayor austeridad.

Ayunaba tres dias á la semana, y muchos á pan y agua. Sus penitencias pudiéran acobardar á los religiosos mas austeros. Muchas veces se notaba salpicado de su inocente sangre hasta el techo de su cuarto; no pocas era su cama la desnuda tierra; por no tener cilicios se aplicaba á sus delicadas carnes un cinto cuajado de estrellitas de espuelas; nunca se arrimaba al fuego, ni aun en el mayor rigor del invierno, y algunas noches se levantaba medio desnudo, pasando así muchas horas en oracion.

Enviáronle á la corte de Felipe II, donde desde luego se hizo admirar su anticipada madurez y su elevada santidad tanto como en todas partes. Parece que el Señor como que se complacia en irle mostrando á varias cortes de la Europa, para convencer con su ejemplo que la virtud no está reñida con alguna condicion, y que la inocencia puede y debe acompañarse con todas las edades. Hallándose en España, tomó la resolucion de abrazar el estado religioso. Los grandes ejemplos de virtud, de observancia, de desprendimiento del mundo que habia notado en los padres capuchinos y en los barnabitas durante su residencia en Casal, y aquel espíritu de penitencia y de recogimiento interior que admiraba en los carmelitas descalzos, le inclinaron algo al principio á entrar en alguna de estas sagradas religiones; pero al fin se resolvió á entrar en la Compañía de Jesus, por cuatro ó cinco razones que él mismo declaró. Primera: Porque, siendo mas reciente su instituto, por precision se habia de conservar en su primitivo fervor. Segunda: Por el voto que en él se hace de no admitir dignidades eclesiásticas. Tercera: Porque en él se enseña á la juventud virtud y letras. Cuarta: Porque los jesuitas se dedican por su instituto á la conversion de los herejes y de los gentiles en todas las partes del mundo. A estas cuatro razones añadia otra, y era la particular

devocion que habia observado se profesaba á la santísima Vírgen en la Compañía; lo que confesaba no haber contribuido poco á determinarse á esta eleccion. Juntóse á todo esto que un dia de la Asuncion de esta gloriosa reina á los cielos, despues de haber comulgado le pareció haber percibido clara y distintamente una voz, articulada por el hermoso simulacro de la soberana reina, que con el título *del Buen Consejo* se venera en el colegio imperial de Madrid, intimándole entrase en la Compañía. Pero la gran dificultad era conseguir la licencia y el consentimiento de sus padres. No hubo vocacion mas examinada, ni mejor probada. Pusiéronse en ejecucion para desviar á Luis de su piadosa resolucion cuantos medios pudo sugerir la reflexion á su elevado nacimiento, la circunstancia de primogénito, la ternura de sus padres y las lágrimas de sus vasallos. Lleváronle de propósito por las cortes de los príncipes de Italia; dispúsose que le hablasen personas constituidas en dignidad para disuadirle de que se hiciese religioso, pero todo fué en vano, hasta que el mismo marqués, su padre, despues de una repulsa demasiadamente seca y desabrida que le dió, encontrándole un dia postrado á los piés de un crucifijo, con unas crueles disciplinas en la mano, bañado en lágrimas y en sangre, para conseguir de Dios lo que los hombres se obstinaban en negarle, atónito y enternecido, no menos que temoroso de resistir mas tiempo á una vocacion tan declarada, se rindió en fin á los santos deseos de su hijo, aunque quiso que antes de ponerlos en ejecucion pasase á Milan á terminar algunos negocios de la familia. Mostró en el manejo de ellos su gran capacidad, y faltó poco para que esto mismo le perjudicase, sirviendo de nuevo embarazo á sus intentos; porque prendado el marqués de la destreza con que habia dado dichoso fin á unos negocios tan graves como espinosos, no se pudo resol-

ver á dejarle partir, y así le dijo á su vuelta de Milan: *Mucho te engañaste si creiste que yo consentiria en tu determinacion; pensarás en eso cuando tengas veinte y cinco años, y en este supuesto puedes tomar tus medidas.* Sobrecogido Luis al oir una resolucion tan no esperada, se arrojó á los piés del marqués, y con aquella ingenuidad que siempre le ganaba los corazones de todos, le dijo: *No permita Dios, amado padre y señor, que yo me aparte jamás de vuestra voluntad; en todo y por todo seréis siempre obedecido. Solo os suplico tengais á bien os represente que Jesucristo me llama á su compañía; si vos no me permitis entrar en ella, ciertamente os oponeis á la voluntad de Dios.* Hicieron impresion estas palabras en el corazon del marqués; echóle los brazos al cuello, bañóle con sus lágrimas, y teniéndole abrazado por un rato, sin poder articular palabra, al cabo rompió en estas voces: *Hasme abierto, hijo mio, una herida en mi corazon, que manará sangre por mucho tiempo: yo te amo, y tú lo mereces: tenia fundadas en tí todas las esperanzas de la familia; pero pues estás tan cierto de que Dios te llama á su compañía, ya no te detengo; ve, hijo mio, adonde te llama el Señor.* Acabando de decir estas palabras, se retiró el marqués deshaciéndose en amargo llanto. Tampoco dejó de enternecerse un poco nuestro Luis; pero inundado por otra parte de gozo, se postró delante de un Crucifijo, y renovó su sacrificio. Partió luego á Mantua, donde hizo la renuncia del marquesado en favor de su hermano Rodulfo con licencia del emperador, y despedido de sus padres y parientes, se encaminó á Loreto. En aquella santa capilla corrió, por decirlo así, libremente su devocion y su ternura á la santísima Vírgen, desahogándose el corazon en inflamados afectos y en lágrimas de amor. Allí renovó el voto de castidad despues de haber comulgado; y consagrándose de nuevo á la Madre de Dios, partió para

Roma, donde, recibida la bendicion del sumo pontífice, y habiendo visitado á los cardenales parientes suyos, entró en el noviciado el año de 1585, no habiendo cumplido los diez y ocho de su edad, y habiendo arribado ya á una elevada perfeccion.

Los rápidos y extraordinarios progresos que hizo en aquella escuela de virtud asombraron á los mas perfectos. Desde luego se impuso una inviolable ley de observar con la última exactitud y puntualidad hasta las mas menudas reglas. No era fácil, ni apenas posible, que subiese mas de punto la observancia. Nada tuvieron que hacer los superiores sino moderar su fervor, y poner límites á los deseos de hacer grandes penitencias. La mayor falta que cometió en los dos años de noviciado fué haber levantado los ojos, y mirado á su hermano que estaba comiendo junto á él en la misma mesa. Ninguno olvidó mas perfectamente que él á su pueblo y á la casa de sus padres. Vino un vasallo suyo á empeñarle en cierto negocio, y le respondió que, como habia dos años que estaba muerto al mundo, ya no tenia en él ni crédito ni poder. El santo odio y desprecio de sí mismo no podia ser mayor. Cualquiera señal de distincion que se hiciese con él, era para Luis una verdadera pesadumbre. Jamás se excusó ni se disculpó, aunque tuviese mil razones para hacerlo; y llegó á tener escrúpulo de que sentia demasiada complacencia en ser reprendido. Era exquisito el gusto que experimentaba en los ejercicios mas humildes y mas repugnantes; tanto, que juzgó se debia acusar de lo mucho que habia contentado á su amor propio yendo por las calles de Roma con un vestido vil, y pidiendo limosna.

Del mismo principio nacia aquel perfecto desasimiento de todas las cosas y aquel espíritu de pobreza que le hizo verdadero discípulo de Jesucristo. Un libro encuadernado con alguna curiosidad, un rosario

menos comun y dos sillas en su aposento eran alhajas que lastimaban su delicadeza; ni jamás fué posible hacerle admitir un mueble de bien poca consideracion que le envió su madre la marquesa, juzgando que tenia mucha necesidad de él; y costó gran trabajo reducirle á que recibiese dos estampas de papel, una de santo Tomás de Aquino, y otra de santa Catalina, por la particular devocion que profesaba á estos santos. Notábase siempre en él una igualdad y una tranquilidad inalterable; la que singularmente se reconoció en la muerte de su padre, que sucedió poco tiempo despues que entró en la Compañía. Sabíase el tierno amor que le profesaba, y con todo eso apenas mostró otro sentimiento que levantar los ojos y las manos al cielo, y dar gracias á nuestro Señor de que en adelante podria decir sin estorbo y á boca llena: *Padre nuestro, que estás en los cielos.*

Como tenia tan puro el corazon, continuamente estaba en la presencia de Dios, sin perderle jamás de vista. Dando cuenta de su conciencia, dijo con ingenuidad que en el espacio de seis meses solo se habia distraido á su parecer, como por el tiempo de un *Ave María.* Temiendo el superior que los grandes dolores de cabeza que padeció toda la vida fuesen efecto de una intensa aplicacion á la oracion, le suspendió este ejercicio por algun tiempo, pero fué peor el remedio que la enfermedad. *No sé qué hacer,* decia el santo con gracia, *mándanme que no piense en Dios, porque no me haga daño á la cabeza, y me le hace mucho mayor el trabajo que me cuesta el no pensar.* Casi desde la cuna tuvo un don de oracion muy elevado; siendo Dios su principal y aun su único maestro. Cuando el célebre cardenal Belarmino explicaba los ejercicios á los hermanos estudiantes del colegio, en tocando ciertos preceptos ó reglas de meditacion, solia decir: *Esto lo aprendí de nuestro Luis.*

Tenia tan mortificados todos sus sentidos, que parecia haber casi perdido el uso de ellos. Frecuentaba muchas veces alguna pieza ó algun sitio, y no podia dar señas de él; solo paraba la atencion á lo que comia, para escoger lo que era mas ingrato al paladar; de manera que la mortificacion era siempre la salsa de su comida. Era tan detenido en el hablar, que tocaba la raya de escrúpulo su circunspeccion; mas no por eso dejaba de ser muy divertida su conversacion, ni le faltaba una sal muy delicada para sazonarla. Juzgando los superiores que diria bien á su salud el aire de Nápoles, le enviaron allá para acabar los estudios, cuya aplicacion en nada entibió su fervor. Como era de un ingenio pronto, delicado y perspicaz, sobresalió mucho en ellos; y obligado á defender conclusiones públicas al fin de sus estudios, le persuadia su humildad á que de propósito se mostrase ignorante, y hubo menester toda su docilidad y rendimiento para sujetarse en esto á su director y á su maestro. Mereció en aquella funcion los aplausos de todo el colegio romano, y no tuvo poco que padecer su modestia.

Pocos meses despues que volvió á Roma, se suscitó cierta diferencia entre su hermano Rodulfo y el duque de Mantua sobre la sucesion al señorío de Solferino, con cuya ocasion se vió precisado el padre general á enviarle á Castellon. Recibíanle en todas partes como á un ángel venido del cielo, y la marquesa su madre luego que le vió se sintió movida de cierta veneracion, que sin libertad la hizo poner las rodillas en tierra; tanto fué el respeto y tan grande el concepto que formó de la santidad de su hijo. Siempre que salia de palacio se encontraba con una multitud de gente, formada en dos alas, que le llenaba de bendiciones y se deshacia en tiernas lágrimas, y cuando se retiraban todos á su casa, decian: *Ya hemos visto al santo.*

No obstante lo irritado que estaba el duque de Mantua con el marqués de Castellon, y en medio de hallarse los ánimos sobradamente encendidos, apenas les habló este ángel de paz cuando se compusieron las diferencias; restituyósele al marqués el señorío de Solferino, y quedó mas sólida y estrechamente arraigada que nunca la amistad entre los dos príncipes Nunca se vió reconciliacion mas sincera, y desde luego se calificó por uno de los primeros milagros de san Luis.

Ni fué este el único que obró durante su estancia en Mantua y en Castellon. Fueron pocos los señores de las dos cortes que no se moviesen y no se reformasen con la conversacion del jóven jesuita. Obligóle el rector del colegio de Mantua á que hiciese una plática doméstica à la comunidad; y él la hizo sobre la caridad con tanto fervor y con tanta mocion, que todos quedaron muy edificados. Antes de salir de Castellon pidió la marquesa á los superiores que obligasen á Luis á que predicase á sus vasallos; hízolo á un prodigioso concurso, y con fruto tan copioso, que, al acabarse el sermon, se confesaron mas de setecientas personas, y se consideraron como otros tantos milagros las muchas conversiones que se siguieron.

No teniendo ya que hacer en Castellon, recibió órden de pasar á Milan para continuar sus estudios; pero luego que llegó se halló con otra del general, en que se le mandaba restituirse á Roma. Obedecióle con el mayor gusto, y mas habiéndosele dado á entender en la oracion, con no sé qué cierta seguridad, que se acercaba el fin de su vida. Aunque toda ella habia sido una continua preparacion para la muerte, en este último año redobló su fervor. Hízose tan tierno y tan encendido su amor á Dios, que, solo con oirle nombrar, sensiblemente se alteraba é inflamaba el semblante. Cualquiera rasgo, cualquiera expresion afectuosa que

se oyese en la lectura del refectorio bastaba para obligarle á interrumpir la comida, haciendo tal impresion en su pecho, que no la podia contener sin que se explicase en dulces lágrimas por los ojos. Con solo ver una estrella ó una flor crecian sus incendios. Teníase gran cuidado en las conversaciones de evitar ciertas voces algo mas afectuosas y èxpresivas, por excusarle una alteracion que podia perjudicar gravemente á su salud. Los mismos efectos producia su tierna devocion á la santísima Vírgen; y siempre que comulgaba se quedaba como extáticamente arrebatado.

Afligida por este tiempo toda la Italia con una enfermedad popular, se refugiaron á Roma todos los pobres de las cercanías, y fué aquella ciudad doloroso teatro de la mas triste miseria. Distinguióse mucho en aquella ocasion la caridad de los padres de la Compañía; porque, además de su asistencia á todos los hospitales de la ciudad, erigió ella uno á su costa, en el cual el mismo padre general servia á los enfermos. Imitaron este ejemplo todos los jesuitas del colegio romano y de la casa profesa; pero se hizo distinguir entre todos el fervor de nuestro Luis. No fué posible moderar su caridad y su zelo; pero aunque se le procuró contener y libertar, destinándole á un hospital donde solo se recogian los enfermos que estaban fuera de peligro, quiso la divina Providencia que la caridad consumase aquella preciosa víctima. Habíase llevado el contagio á muchos jesuitas, y no perdonó á nuestro santo. Apenas se sintió tocado, cuando no pudo disimular su alegría, tantó que hizo escrúpulo de ella, y consultó al padre Belarmino si habria alguna culpa en regocijarse tanto con la muerte, ó si en esto se podria esconder algun artificio del amor propio. Como desde luego se descubrió violenta la enfermedad, pidió con instancia se le administrasen los

sacramentos, y los recibió con tanta serenidad y con tanta devocion, que sacó las lágrimas á todos los circunstantes. Acordóse entonces de que varias vece la habian dicho que á la hora de la muerte habia de tener escrúpulo de sus excesivas penitencias, y suplicó al padre rector asegurase á todos que este punto no le daba el mas mínimo cuidado, y que solo sentia no haber podido conseguir licencia de los superiores para hacer muchas mas. Declinó despues su enfermedad en una calentura éctica, que parece solo le dilató algo mas de vida para que nos dejase mas ejemplos de virtud, y para que con los nuevos trabajos acaudalase mayores merecimientos. Oyendo decir que las enfermedades epidémicas que reinaban iban degenerando en peste, pidió licencia al padre general para hacer voto de asistir á los apestados, si Dios le diese salud; y obtenido el permiso, hizo el voto con nuevo fervor.

Los cardenales de la Rovera y Gonzaga, sus parientes, que le visitaban con frecuencia, no acertaban á separarse de él, y salian siempre con el corazon penetrado de dolor y sensiblemente movido con la devota impresion que hacian en todos sus palabras. No pudiendo disimular el consuelo que sentia su alma de verse morir jesuita, todas las veces que le visitaba el cardenal Gonzaga le repetia las gracias por los buenos oficios que le habia hecho para allanar las dificultades que se oponian á su vocacion. Tenia siempre en la mano un Crucifijo, y una imágen de la santísima Vírgen delante de los ojos. Habiendo recibido un expreso de la marquesa su madre, la escribió despidiéndose de ella en términos tan tiernos y tan fervorosos, que se deshacian en lágrimas cuantos leyeron la carta. Dijéronle despues que los médicos solo le daban ocho dias de vida, y fué tanto su gozo, que rogó á los que se hallaban en su aposento le ayudasen á rezar el *Te*

Deum en accion de gracias al Señor por una noticia tan alegre. Vínole á visitar un padre, y luego que le vió, exclamó como trasportado : *Marchamos, padre mio, y marchamos con alegría.* Tres dias antes de morir se puso sobre el pecho un Crucifijo, y con semblante risueño repetia sin cesar aquellas palabras del Apóstol : *Deseo ser desatado, y estar con Jesucristo.* Aunque no se reconocia novedad alguna en su enfermedad, dijo positivamente con su acostumbrada y natural alegría que aquella noche moriria. Recibió la bendicion apostólica *in articulo mortis,* que le envió su Santidad, y quiso tambien que le volviesen á administrar los sacramentos; despues de los cuales pidió le leyesen la recomendacion del alma con las últimas oraciones de la Iglesia; cuya postrera funcion enterneció y movió tanto á los circunstantes, que todos se querian encomendar á las del mismo moribundo. En fin, el jueves por la noche 21 de junio de 1591, en que aquel año cayó la octava del Corpus, entregó dulcemente su dichoso espíritu en manos de su Criador, á los 23 años, 3 meses y 11 dias de edad, y á los seis de su entrada en la Compañía.

Cuando se divulgó por Roma que habia muerto san Luis Gonzaga, excitó esta noticia en los ánimos de todos aquellas impresiones de admiracion, de devocion y de respeto que de ordinario suele causar la muerte de los justos. Resonaba en todas partes de la ciudad esta voz general : *Murió el santo.* Concurrian todos á besarle los piés y las manos, solicitando alguna reliquia suya. Fué tan grande el concurso á su entierro, y tanto el tropel de los que se abalanzaban á besarle los piés, ó á tocar por lo menos el féretro, que fué preciso interrumpir muchas veces el oficio. En fin, enterróse el santo cuerpo en la iglesia del colegio romano, dedicada á la Anunciacion, y desde luego comenzó Dios á manifestar la santidad de su

siervo por los muchos milagros que obró á su intercesion, haciendo célebre y gloriosa su sepultura. Siete años despues, con aprobacion del sumo pontífice, fué su santo cuerpo elevado de la tierra; y colocado en una caja de plomo, se metió en el grueso de la pared de la misma capilla de la Vírgen. Treinta años despues, el de 1621, le beatificó el papa Gregorio XV, permitiendo á los religiosos de la Compañía que rezasen de él el dia 21 de junio, que fué el de su muerte. El de 1699 fueron trasladadas con grande solemnidad sus preciosas reliquias á la magnífica capilla de la misma Iglesia, que el marqués Scipion Lanceloto hizo fabricar en honor del santo, y es reputada por una de las mas ricas y mas brillantes de Roma. Finalmente, el último dia del año de 1727 el papa Benedicto XIII le canonizó y le puso en el catálogo de los santos.

El autor de la vida de santa María Magdalena de Pazzis asegura que el dia 4 de abril del año 1600, estando la santa en uno de sus acostumbrados éxtasis, comenzó á exclamar de repente con una especie de entusiasmo: « ¡ O qué gloria es la de Luis, hijo de Ignacio! Nunca la hubiera creido, si no me la hubiera mostrado el Señor. Paréceme que no he visto en el cielo gloria igual á la de Luis; digo que Luis es un gran santo. Tenemos muchos santos en la Iglesia que no creo estén tan elevados. Quisiera poder ir por todo el mundo para decir que Luis, hijo de Ignacio, es un gran santo; y quisiera poder mostrar la gloria de que goza, para que fuese glorificado el mismo Dios; fué elevado á grado tan sublime, porque trajo una vida interior. ¿Quién pudiera explicar el valor y el precio de la vida interior? No hay comparacion de la interior á la exterior. Mientras Luis vivió acá abajo, siempre tuvo fijos los ojos en el divino Verbo. Luis fué mártir oculto, porque el que os conoce, mi Dios,

os conoce tan grande y tan amable, que es un verdadero martirio ver que no os ama tanto como desea amaros, y que, lejos de ser amado de las criaturas, seais ofendido. Fué tambien mártir, porque él mismo se atormentó mucho. ¡O cuánto amó Luis en el mundo! Por eso goza ahora de Dios en el cielo con una plenitud de amor. Cuando estaba en esta vida mortal continuamente lanzaba flechas de amor al corazon del Verbo; ahora que está en el cielo vuelven estas flechas hácia el mismo corazon, y se mantienen clavadas en él, porque los actos de amor y de caridad que hacia entonces le causan una extremada alegría.» Dichas estas palabras, enmudeció la santa por un rato, teniendo fijos los ojos en el cielo, y despues exclamó: «Yo quiero aplicarme á ayudar á las almas, para que, si alguna de las que ayudare fuere al cielo, ruegue á Dios por mi, como lo hace Luís por todos aquellos que le hicieron este beneficio.»

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, santa Demetria, vírgen, que recibió la corona del martirio bajo Juliano Apóstata.

En Siracusa de Sicilia, la fiesta de los santos mártires Rufino y Marico.

En Africa, los santos mártires Siriaco y Apolinar.

En Maguncia, san Alban, mártir, que, despues de muchos trabajos y crudos combates por la fe de Jesucristo, mereció la corona de la vida.

En dicho dia, san Eusebio, obispo de Samosata, quien en tiempo de Constancio, emperador arriano, visitaba las santas iglesias, disfrazado de soldado, para confirmarlas en la fe católica. Luego bajo Valente, fué desterrado á Tracia. Mas vuelta la paz á la iglesia en tiempo de Teodosio, fué llamado del destierro; y habiendo vuelto á su santa costumbre de visitar las

iglesias, entrando un dia en una, de un tejazo en la cabeza le hizo mártir una mujer arriana.

En Icona en Licaonia, san Terecio, obispo y mártir

En Pavía, san Urcisceno, obispo y confesor.

En Tongres, san Martin, obispo.

En la diócesis de Evreux, san Leufroi, abad.

En Roma, san Luis de Gonzaga, jesuita, recomendable por la inocencia de sus costumbres y el desprecio de su principado.

En Bretaña, san Mars, patron de Bais, diócesis de Rennes.

En la diócesis de san Malo, san Meen, abad del monasterio llamado Gael.

En Burges, san Roils, obispo, hermano de Rodolfo, vizconde de Turena.

En Cilicia, san Julian de Tarso, quien, cosido dentro de un cuero lleno de víboras y culebras, fué arrojado al mar. El santo cuerpo fué llevado a Antioquía y depositado en la iglesia llamada San Julian, en la cual san Crisóstomo predicó una de sus homilías.

En dicho dia, el martirio de san Afrodisio de Cilicia, bajo el gobernador Dionisio.

En Volsen cerca de Harlen en Holanda, san Englemondo, abad.

En Roma, el fallecimiento de san Paulo, papa.

La misa es en honra del santo, y la oracion la siguiente:

Cœlestium donorum distributor, Deus, qui in angelico juvene Aloysio miram vitæ innocentiam pari cum pœnitentia sociasti; ejus meritis et intercessione concede, ut innocen-

O Dios, repartidor de los dones celestiales, que juntaste en el angelical mancebo Luis una grande inocencia de alma con una maravillosa mortificacion de su cuerpo; concédenos por

tem non seculi, pœnitentem imitemur. Per Dominum nostrum...

su intercesion y por sus merecimientos, que imitemos en la penitencia por nuestras culpas al que no hemos imitado en la inocencia de la vida. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 31 de la Sabiduría, y la misma que el dia XII, pág. 248.

NOTA.

« El libro llamado *el Eclesiástico*, compuesto en hebreo por Jesus, hijo de Sirach, y traducido en griego por su nieto, se escribió, como lo dice su mismo prólogo, en el pontificado de Onías III, hácia el año 180 antes de la venida de Cristo, y se tradujo en el reinado de Toloméo Fiscon, rey de Egipto, hácia el año de 128, antes de la Encarnacion del Señor.

REFLEXIONES.

Bienaventurado aquel que no corrió tras el oro, ni esperó en los tesoros del dinero. Hasta la felicidad de esta vida es herencia únicamente de los pobres evangélicos, porque de los ricos que ponen su confianza en sus tesoros nunca se apartan los cuidados, los desasosiegos, los temores, los sustos, las inquietudes y las zozobras. ¡Qué mayor prueba que la avaricia! Ella hace vivir y morir como si se padeciera la mayor necesidad. El avariento parece pobre, y efectivamente lo es; porque, ó ya le hurte sus bienes un ladron, ó ya le prive del uso de ellos su insaciable pasion, aunque los principios de la pobreza sean diferentes, los efectos siempre son unos mismos. Al avariento no le aprovechan mas sus tesoros, que al pobre su indigencia. *Divites eguerunt, et esurierunt* (Salm. 33).

Se puede decir que el avariento tiene el dominio de sus bienes, sin gozar el usufructo. ¡Qué digno de compasion es el que está tiranizado de tan vergonzosa pasion! Parece que hay en eso cierta especie de fascinacion ó de encanto. ¡Tan irracional y tan servil es el ciego amor que el avariento profesa á su tesoro, y el furioso apego de su corazon á él! Es menester que la muerte arranque el alma del cuerpo, para que su corazon se desprenda del dinero. ¡Qué vicio tan vergonzoso para un hombre que tenga no mas que un poco de honor! cuanto mas para un cristiano, que por su misma religion está obligado á no tener mas apego á los bienes de la tierra, que si no los poseyese: *Tanquam non possidentes*. Pero si, á lo menos, abriese los ojos un avariento y se hiciese mas racional, considerando el ridículo papel que representa en el mundo, no seria sin remedio su enfermedad; pero enfermos de esta especie pocas esperanzas dan de sanar: *Audiebant omnia hæc pharisæi, qui erant avari, et deridebant* (Luc. 16). No hay pasion menos dócil; como se cria en la oscuridad, envilece el corazon y abate el espíritu; acostumbrada á ser objeto del desprecio, se la da poco de las risibles escenas que representan. Todas las cosas concurren á hacer infeliz á un avariento: la abundancia irrita mas su pasion; la carestía le sobresalta; la medianía le altera y le pone de mal humor. De todas estas inquietudes libra la pobreza evangélica; ella sola arranca todas las espinas, ó les embota las puntas para que no piquen, igualando y facilitando el terreno. Equivócase mucho el que imagina que turba la tranquilidad, que causa mil inquietudes y que pone la virtud en terribles pruebas; nunca está el alma mas tranquila, nunca mas contenta, que cuando siente en sí este voluntario y universal desasimiento. Está entonces Dios como obligado á proveernos en todas

nuestras necesidades; y haciéndose el sacrificio de todos nuestros bienes, se ponen como á censo, por decirlo así, sobre el mismo Dios, quedando hipotecada su misma omnipotencia; de manera que todos los bienes que tiene Dios quedan como obligados á los pocos que nosotros le sacrificamos. Con estas condiciones, ¿se podrá ya tener lástima de un pobre de Jesucristo?

El evangelio es del capítulo 22 de san Mateo.

In illo tempore: Respondens Jesus, ait sadducæis: Erratis, nescientes Scripturas, neque virtutem Dei. In resurrectione enim neque nubent neque nubentur: sed erunt sicut angeli Dei in cælo. De resurrectione autem mortuorum, non legistis quod dictum est à Deo dicente vobis: Ego sum Deus Abraham, et Deus Isaac, et Deus Jacob? Non est Deus mortuorum, sed viventium. Et audientes turbæ, mirabantur in doctrina ejus. Pharisæi autem audientes quòd silentium imposuisset sadducæis, convenerunt in unum: et interrogavit eum unus ex eis legis doctor, tentans eum: Magister, quod est mandatum magnum in lege? Ait illi Jesus: Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tota mente tua. Hoc est maximum, et primum mandatum.

En aquel tiempo: Respondiendo Jesus, dijo á los saduceos: Errais no entendiendo las Escrituras ni el poder de Dios. Porque en la resurreccion ni los hombres ni las mujeres se casarán, sino que serán como los ángeles de Dios en el cielo. Y en órden á la resurreccion de los muertos, ¿no habeis leido lo que Dios afirmó, diciéndoos: Yo soy el Dios de Abrahan, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob? No es Dios de los muertos, sino de los que viven. Oyendo esto las turbas, admiraban su doctrina. Pero los fariseos, sabiendo como habia hecho callar á los saduceos, se juntaron; y uno de ellos, doctor en la ley, le preguntó para tentarle: Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley? Respondióle Jesus: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma y con todo tu espíritu. Este es

Secundùm autem simile est huic: Diliges proximum tuum sicut te ipsum. In his duobus mandatis universa lex pendet, et prophetæ.

el mandamiento máximo y el primero. El segundo es semejante á este: Amarás á tu prójimo como á tí mismo. De estos dos mandamientos pende toda la ley y los profetas.

MEDITACION.

DE LA INOCENCIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay cosa mas preciosa que la inocencia: en ningun tiempo la hay mas delicada, en ninguno mas frágil; y se puede añadir que tampoco la hay mas rara en nuestros dias. Nada hay que se deba conservar con mayor cuidado y vigilancia, y nada á que se apliquen menos precauciones para conservarla. Tenemos este tesoro en vasos de tierra; es una luz que un leve soplo la apaga; sin ella nos quedamos en tinieblas. La inocencia es la que da lustre y valor á todos los demás talentos. La hermosura y el mérito de la inocencia se ha de conocer por los tristes efectos y por la fealdad del pecado. ¿Qué es el nacimiento ilustre? ¿qué son las riquezas? Todas las conveniencias del mundo, todas las prendas imaginables del alma y cuerpo nada son sin aquel bello realce: *Nomen habes quod vivas* (decia el ángel del Apocalipsis) *et mortuus es*. Los grandes nombres, los títulos pomposos, las altas dignidades, los empleos elevados, las clases distinguidas; considera todo esto en un atahud, ó en un hombre que ya murió. *Mas vale un perro vivo, que un leon muerto*, dice el Eclesiástico. El alma inocente y pura no como quiera es grata á los ojos de Dios, sino que la quiere, la ama, la admite el Señor á que tenga parte en sus gracias y favores; y como la

ennoblece la gracia santificante, el precio de la sangre y de los méritos de Jesucristo es verdaderamente estimable, enriqueciéndole aquel mismo fondo que colma de bienes y de alegría a los bienaventurados en la gloria. Si hay alguna cosa que nos pueda acercar de alguna manera á aquel dichoso estado, á aquella edad de oro y á aquella noble constitucion en que fué criado el primer hombre es la inocencia; las pasiones la respetan; reina la razon en el alma inocente sin tumultos ni facciones; domina la fe sin nubes; triunfa la religion sin combates y hasta el infierno la venera, porque está mirando en ella una imágen, un retrato de Dios, que solo el pecado borra y desfigura. Esta es aquel hermoso cíngulo que aprieta los riñones; esta aquella lámpara encendida con la cual se está esperando tranquilamente al Señor cuando vuelva de las bodas, pronta el alma para abrirle inmediatamente que toque á la puerta, con la cual será siempre bien recibida. ¡Oh buen Dios! ¿dónde hay tesoro mas precioso que el de la inocencia?

PUNTO SEGUNDO.

Considera lo poco que se estima este precioso tesoro, cuando se le arriesga tan sin temor y se pierde tan sin dolor. ¿Considérase hoy la inocencia como una gala de mucho valor? ¿consérvase con mucho cuidado esta piedra preciosa? Y si alguna vez se pierde, ¿se hacen prontas y exquisitas diligencias para recobrarla? Ah, todos convienen, todos asientan que ninguna corre mas peligro en el mundo que la inocencia. Pero ¿qué se hace para conservarla? ó por mejor decir, ¿qué no se hace para perderla? No se ignora que el mundo está lleno de enemigos de la inocencia; que en él todo es escollos, todo lazos; y en medio de eso á todo se expone el alma sin defensas ni precaucio-

nes. Sábese que no hay cosa mas delicada; confiésase que el aire del mundo es contagioso; pero ¿qué preservativos se aplican contra el contagio? Expónense todos á las concurrencias mundanas; córrese á los espectáculos; pero ¿se vuelve á casa con la inocencia que se sacó de ella? A vista de objetos á cual mas tentadores; en medio de tantos peligros; entre golpes de viento tan furiosos, ¡ninguna caida! ¡ningun tropiezo! ¡ningun naufragio! ¡Ah, Señor, qué ceguedad! ¡qué desdicha! ¡Y luego nos admiraremos de que sea tan rara la inocencia! ¡de que sea tan universal la corrupcion de las costumbres! ¡de que el número de los escogidos sea tan corto! Imitemos á los santos si queremos conservar nuestra inocencia. Por conservar este tesoro sacrificó san Luis Gonzaga su principado y su marquesado con todos los bienes que tenia; por no perder esta piedra preciosa la enterró, por decirlo así, en una humildad tan profunda. ¡Qué austeridad de vida! Este fué el preservativo de que se valió contra el contagio. ¡Qué devocion tan ejemplar! ¡qué frecuencia de sacramentos! ¡qué amor de Dios tan encendido! ¡qué devocion á la Vírgen tan tierna como fervorosa! estos fueron los medios que practicó para conservar aquella inocencia que fué como la basa de la eminente santidad á que ascendió. La exacta puntualidad en el cumplimiento de todas sus obligaciones; la vigilante observancia de las mas menudas reglas eran necesarias para vivir y para morir como santo. ¡Y seremos nosotros santos, conservaremos nuestra inocencia siguiendo un camino tan opuesto y procediendo con tan distinta conducta!

¡Dios mio, qué digno de compasion es el que no conoce su infelicidad! ¡pero cuánto mas infeliz será el que está mirando con ojos serenos su misma perdicion! Esta ha sido hasta aquí mi suerte, divino Sal-

vador mio; dignaos de olvidar mis maldades; perdonadme mis pecados; restituidme por vuestra misericordia la preciosa estola de la inocencia, y no permitais que jamás la vuelva á perder.

JACULATORIAS.

Amplius lava me ab iniquitate mea, et à peccato meo munda me. Salm. 50.

Borrad, Señor, mis pecados, restituidme la inocencia, y purificadme cada dia mas y mas.

Cor mundum crea in me, Deus : et spiritum rectum innova in visceribus meis. Salm. 50.

Criad, Señor, en mí un nuevo corazon limpio y puro, y renovad aquel espíritu recto con que caminaba á vos en otro tiempo.

PROPOSITOS.

1. No hay cosa mas preciosa que la inocencia, pero tampoco la hay mas frágil ni mas delicada. Es un tesoro en vasos de tierra, como dice el Apóstol, una flor que el aire marchita, un espejo que un vapor empaña. Nunca fué el mundo abrigo de la inocencia; es su aire contagioso. Presto desaparece una piedra preciosa que no está bien guardada. Luego se marchita una flor que no se defiende del aire; dura poco un espejo que anda en manos de todos. Guarda bien este tesoro; ten gran cuidado de que no te le hurten; consérvale con diligencia; tenle bien encerrado. Es decir, vela continuamente, está siempre alerta contra las sorpresas de los sentidos. La inocencia solo se conserva huyendo las ocasiones, con la oracion y con la vigilancia. Desengañémonos, es presuncion, es locura querer conservar la inocencia en medio del

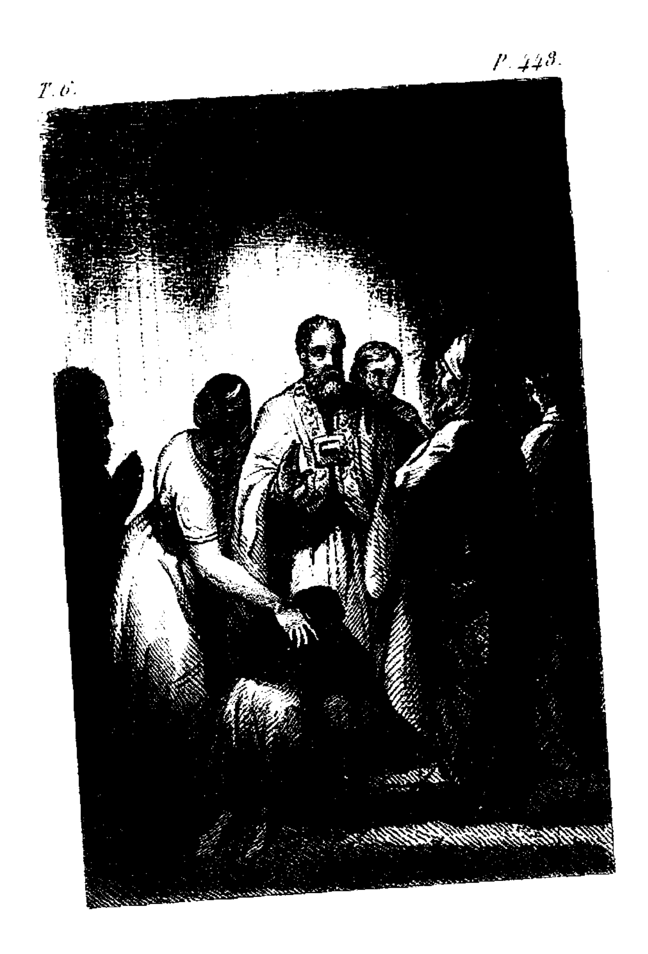
contagio y de los peligros. En el mundo todo es tentacion, todo lazos; nunca te expongas á él sin preservativos; guarda tus sentidos; por estas ventanas entra la muerte, segun la expresion del Profeta. Huye, huye de la frecuente conversacion con personas de otro sexo. Usa á menudo de las oraciones jaculatorias, porque estas sirven de contraveneno en el ambiente mal sano.

2. De cualquiera condicion y de cualquiera edad que seas, te es indispensablemente necesaria la mortificacion si has de conservar la inocencia. Sin esta sal se puede decir que se corrompe el corazon. Todos los santos practicaron el ayuno, y es indispensable á todos los fieles. La primera y la mas necesaria mortificacion de todas son los ayunos que prescribe la Iglesia; nunca te dispenses en ellos sino con clara necesidad. El ayunar los sábados en honor de la santísima Vírgen es una devocion muy saludable y muy propia para conservar la inocencia. Consulta con tu director las mortificaciones que puedes hacer, y ninguna penitencia considerable hagas sin su consejo. No dejes pasar dia alguno sin alguna mortificacion corporal.

DIA VEINTE Y DOS.

SAN PAULINO, OBISPO.

San Paulino, objeto de la admiracion y de la veneracion de los mayores hombres de su siglo, tan célebre en toda la Iglesia, como dice el martirologio romano, no solo por su grande erudicion, por su eminente virtud y por su insigne caridad, sino tambien por el gran poder que tuvo contra los demonios, fué hijo de Poncio Paulino, prefecto del pretorio que habia



S. PAULINO.

sido en las Galias, contando gran número de senadores en su familia, tanto por la línea paterna como por la materna. Nació el año de 353 en Burdeos, ó como quieren otros, en una aldea, que Ausonio llamaba Hebromage, á cuatro leguas de aquella ciudad. Criaronle sus padres con todo el cuidado que pedia su ilustre nacimiento; bien que dejaron poco que hacer á la educacion las nobles prendas de cuerpo, de corazon y de entendimiento con que habia nacido. Hacian sus padres profesion de la religion cristiana, y le educaron en los principios de ella. Fué su preceptor Ausonio, uno de los mayores hombres de su tiempo en la poesía y en la elocuencia. Hizo el discípulo tantos progresos en las letras humanas, que á poco tiempo pareció mas hábil y fué mas estimado que su mismo maestro. San Jerónimo confiesa ingénuamente que no conocia hombre mas elocuente que Paulino. La pureza de su estilo, la delicadeza y la brillantez de sus pensamientos, la extension de sus noticias, el aire y la facilidad en explicarse, el fuego de su imaginacion, la fuerza y la suavidad de su elocuencia, junto todo á los inmensos bienes de fortuna de que se halló presto heredero, hicieron célebre en el mundo el nombre de Paulino.

Pero mucho mas se dió á estimar por la pureza de sus costumbres. Amaba naturalmente la gloria, y como no era mas que catecúmeno, era tambien muy superficial el gusto que tomaba á la doctrina de Jesucristo. Casóse con una doncella de nacimiento española, noble y rica, pero mucho mas virtuosa, la que contribuyó no poco á inspirarle máximas mas cristianas. A los veinte y cinco años fué creado cónsul de Roma, y poco despues prefecto de la ciudad; dignidades que fomentaban su ambicion, pero sin estragar sus costumbres. Así por los negocios públicos que le encomendaron como por los domésticos y de familia que

se le ofrecieron, se vió precisado en quince años á hacer muchos viajes por Italia, Francia y España, y en ellos conoció en Milan á san Ambrosio y á san Agustin, en Tours á san Martin, en Ruan á san Victricio y en Burdeos á san Delfin, que, habiéndole instruido fundamentalmente en los misterios de la religion, le persuadió y le redujo á que recibiese el bautismo.

Ilustrado con las nuevas luces de la gracia que recibió en el sacramento, descubrió Paulino la falsa brillantez de todo lo que tanto deslumbraba los ojos de los mundanos. Añadióse á esto que las mudanzas sucedidas en el imperio se comunicaron tambien á su fortuna; y juntándose á estos contratiempos las muchas enfermedades que padeció, contribuyeron no poco á desprender su corazon de los bienes caducos de esta vida, y á que suspirase únicamente por los eternos. Al disgusto de las grandezas humanas se siguió el tedio al tumulto y al bullicio. Retiróse á una casa de campo, donde se entregó enteramente al servicio de Dios, santificando aquel retiro con la oracion y el ayuno. Pero como le interrumpiesen las frecuentes visitas de sus amigos, tomó la resolucion de escaparse á España, adonde le siguió su mujer Terasia, no obstante hallarse muy adelantada en su preñez, porque, habiendo tenido tanta parte en sus santas resoluciones, quiso ser fiel compañera suya en la penitencia. A poco tiempo despues que llegaron á España, parió Terasia un niño que vivió solo ocho dias; y privado Paulino de este único fruto de su matrimonio, rosolvió vivir en adelante con su mujer en perpetua continencia, como hermano con hermana, y de comun consentimiento se obligaron á ello con voto los dos, dedicándose á una vida perfecta.

Volvió á Italia para visitar el sepulcro de san Felix, mártir, presbítero de Nola, á quien profesaba particular devocion, y en aquella ciudad tomó la resolu-

cion de dejar enteramente el mundo. Despidióse del senado romano, en cuya presencia renunció solemnemente la dignidad de senador; hizo lo mismo con toda su ilustre parentela; vendió todas sus posesiones y bienes, que eran muy cuantiosos, y repartió el precio entre los pobres. Lo mismo hizo Terasia con todos los que habia traido al matrimonio, que tambien eran muchos, reservando de su dote no mas que lo preciso para las necesidades indispensables. Asombró y edificó á toda la Iglesia tan generoso como universal despojo. Ansioso ya únicamente de vivir desconocido, escogió para esto la ciudad de Barcelona. Vistióse un hábito pobre, entabló una vida oscura, dejóse ver con un aire humilde, penitente y mortificado; pero todo sirvió para dar nuevo lustre á su virtud y mayor veneracion á su persona. Era su ánimo volverse á Nola y pasar sus dias junto al sepulcro de san Felix, encerrándose en una celdilla cerca de la iglesia para hacer oficio de portero, cuando, á pesar de su humildad, fué elevado al sacerdocio, por un suceso verdaderamente singular. Hallábase en la iglesia el dia de Navidad, absorto en la contemplacion de aquel tierno y sagrado misterio, cuando el clero y el pueblo, movidos de una repentina inspiracion, levantaron el grito, y todos á una voz pidieron que Paulino fuese elevado á los sagrados órdenes y que se le hiciese presbitero. En vano desplegó las velas de su elocuencia abogando en favor de su humildad; no fueron oidas sus razones, y el obispo Lampio le confirió los sagrados órdenes, no haciendo caso de su humilde resistencia.

Creció el fervor con la santidad del carácter; y conociendo bien la pureza de costumbres y la santidad de vida con que debia llegarse á las sagradas aras, aplicó todo su estudio á purificar el corazon con las mayores penitencias y á desviarle de los riesgos en

la seguridad del retiro. Sobresaltado con la singular veneracion que todos le profesaban en Barcelona, pensó seriamente en huir de ella, buscando asilo mas seguro á su profunda humildad. Y como su devocion le llamaba siempre á Nola, se volvió á Italia; y entrando en Roma, noticioso el pueblo de su venida, se conmovió todo y concurrió de tropel á verle. Apenas podian conocer al antiguo senador y cónsul entre el humilde traje de monje. Todo el estado eclesiástico secular y regular le rindió grandes honores. Solo el papa Siricio, que aun no confiaba mucho de aquella virtud tan tierna y tan visoña, juzgó que convenia recibirle con aparente frialdad y con exterior indiferencia. Lejos de ofender esto á Paulino, hizo mas aprecio de la sequedad del papa, que de cuantos honores y aclamaciones le habian tributado. Cumplió con sus devociones; visitó los sepulcros de los santos mártires y encaminóse á Nola, donde desde luego comenzó á practicar el retiro por que tanto habia suspirado. Concurrieron á él muchas personas de distincion, convertidas con su ejemplo; y poniéndose debajo de su direccion, se formó presto una especie de comunidad religiosa, en que se vivia con la mas exacta observancia. Era continuo y muy riguroso el ayuno, reviviendo en aquel nuevo desierto, con el ejemplo de san Paulino, todas las virtudes de los antiguos anacoretas; solo se comia un pan grosero con algunas legumbres y no se bebia mas que agua. Aquel antiguo senador, aquel cónsul de Roma, aquel hombre tan enfermo y tan delicado se dejaba ver cubierto de un áspero cilicio, debajo de una túnica de pieles de cabra, ceñida con una cuerda, siendo siempre el primero en todos los ejercicios mas viles y mas penosos.

Pero con ser tan pura y tan penitente su vida, no estaba exenta de las tentaciones del enemigo de nues-

tra salvacion. Por largo tiempo fué ejercitado con las mas violentas, siendo el combate dilatado y cruel; pero el Señor le sacó victorioso. Fueron sus armas la humildad, huir de las ocasiones, la oracion y la penitencia. Sirvióle siempre de gran socorro su tierna devocion á la santísima Vírgen; y en virtud de la mucha que profesaba á san Felix, mártir, por mucho tiempo le componia cada año un poema el dia de su fiesta. Todos los años iba tambien una vez á Roma á renovar sus votos delante del sepulcro de los santos apóstoles san Pedro y san Pablo; y en fin, no omitia medio alguno de cuantos juzgaba oportunos para aumentar su devocion y su fervor.

Extendióse luego su fama por todo el orbe cristiano, y apenas hubo siervo de Dios en aquel tiempo que no solicitase tener por lo menos correspondencia de cartas con el santo presbítero Paulino. Dos veces vino á Nola por verle desde las riberas del Danubio san Nicetas, obispo de Dacas. No solicitaron con menos ansia su amistad los mayores obispos de Italia, de las Galias, del Africa y de la Iliria; y el papa san Anastasio en todas las ocasiones le dió las mayores pruebas de su estimacion y de su benevolencia. San Martin le proponia á sus discípulos por modelo de la perfeccion evangélica, y san Ambrosio hizo un magnífico elogio de su desprendimiento y de su generosidad. Recomendándole san Agustin á un discípulo suyo, le dice que le envía á su escuela para que le enseñe á ser perfecto; y san Jerónimo le escribe que no es tan tranquila su soledad de Belen, como su desierto de Campania.

Hallábase Paulino en este alto concepto de santidad, cuando vacó la silla episcopal de Nola por la muerte del obispo Paulo; y hubo bien poco en qu deliberar, porque de unánime consentimiento f ié aclamado para ocuparla; y á pesar de los esfuerzos

que hizo para resistir á una dignidad de que se consideraba tan indigno, fué consagrado obispo hácia el fin del año 409, con aplauso universal de todos los fieles. Experimentó presto el rebaño los efectos de la vigilancia y de la eminente virtud del santo pastor, conociéndose muy luego lo mucho que puede un prelado santo. Proveyó su solicitud pastoral á todas las necesidades de los menesterosos; hízose todo á todos por ganarlos á todos para Jesucristo; con su afabilidad, con su dulzura y con su caridad ganó primero los corazones y despues fácilmente los convirtió, viendo de repente mudado el semblante de toda la diocesis.

No tenia un año de obispo, cuando los godos, conducidos de Alarico, despues de haber tomado y saqueado á Roma, se extendieron por la provincia de Campania para talarla y arrasarla. Trataron á Nola como á Roma; pero respetaron la virtud de Paulino. Registraron toda su casa, aunque veneraron su piedad, y muchas veces le oyeron hacer á Dios esta oracion : *No permitais, Señor, que yo sea atormentado por la plata ni por el oro; pues bien sabeis que he puesto todos mis bienes en manos de los pobres.* Disipada la tempestad con la muerte de Alarico, en poco tiempo hizo olvidar la caridad de nuestro santo todas las miserias que habian causado los bárbaros.

El cisma del antipapa Eulalio turbó la eleccion del papa san Bonifacio; y habiéndose convocado un concilio en Ravena para restituir la paz á la Iglesia, rogó el emperador Honorio á san Paulino que asistiese á él; y como le hubiese asaltado una enfermedad que no se lo permitia, quiso el emperador que se difiriese el concilio hasta que se recobrase el santo obispo. Sola su presencia disipó las facciones, y su voto era el oráculo que decidia.

No contento san Agustin con mantener correspon-

dencia por cartas con san Paulino, le dedicó el libro que intituló : *Del cuidado de los muertos*; por haberle compuesto con ocasion de la pregunta que le hizo el mismo Paulino sobre si podia ser de algun provecho el mandarse enterrar al pié de algun determinado altar, ó en tal iglesia dedicada á tal santo.

Gobernaba pacíficamente el santo obispo su rebaño con una prudencia, con un zelo y con una caridad que le hacian verdaderamente feliz, cuando descargó sobre toda la Italia otra nueva tempestad. Excitada la codicia de los vándalos con el ejemplo de los godos, y por la facilidad con que la habian arrasado, sacando inmensos tesoros de ella, quisieron tambien aprovecharse de la ocasion, y entraron á talarla, comenzando por Campania. En tan grande y general desolacion fué el único recurso la caridad de san Paulino. No contento con visitar, exhortar y consolar á todos, vendió cuanto le habia quedado para socorrer á los miserables. En esta ocasion, dice san Gregorio, dió san Paulino á todo el universo el ejemplo de la mas generosa y mas perfecta caridad cristiana. Echóse á sus piés una pobre viuda, toda afligida y desolada, suplicándole la diese con que rescatar á un hijo unico que tenia, y se le habia llevado por esclavo el rey de los vándalos. Hallábase el santo sin un maravedí é imposibilitado de consolar á aquella afligida mujer; pero su ardiente caridad le sugirió el medio mas extraordinario para socorrer tan urgente necesidad : *Hija*, respondió el santo á la triste viuda, *no tengo otra cosa que darte sino mi persona; desde luego me declaro por esclavo tuyo, y consiento en que me cangees por tu hijo; esto es en lo que te puedo servir.* Cortóse y sorprendióse la buena mujer al oir tan extraña proposicion; pero volviendo luego sobre sí, y pareciéndola que al obispo no le podian faltar medios para recobrar presto su libertad, estimulada del na-

tural y tierno amor á su único hijo, aceptó el partido y presentó su nuevo esclavo para el cange. Al principio reparó el bárbaro en la edad; pero preguntando al santo qué oficio sabia, y respondiéndole que el de jardinero, luego consintió en el trueque. Luego que llegó á Africa se aplicó á cultivar los jardines de su amo, y echando Dios la bendicion á su trabajo, se granjeó toda la estimacion de aquel, quien conoció á breves dias los extraordinarios talentos de su jardinero. Fué luego reconocido el santo obispo por los otros esclavos, y no se hablaba de otra cosa en toda el Africa que de la excesiva caridad del santo prelado. Habiendo pronosticado á su amo la muerte del rey, su suegro, todos le miraban ya como á un hombre milagroso. En fin, el príncipe le dió libertad; entrególe todos los esclavos italianos y le volvió á enviar á su obispado colmado de beneficios.

Fácilmente se puede discurrir el gozo con que seria recibido. No hubo triunfo mas glorioso que la entrada de Paulino en la ciudad de Nola. Pero sobrevivió poco á su gloriosa vuelta, porque así los trabajos del cautiverio, como las apostólicas fatigas del obispado y sus continuas penitencias habian estragado mucho su preciosa salud. Sintióse acometido de un violento dolor de costado que no cedió á los mas eficaces remedios. Visitáronle tres dias antes de su muerte dos obispos vecinos suyos, Simaco y Acindino; mostró mucho consuelo con su venida; mandó poner un altar en su mismo cuarto, y asistido de los dos prelados celebró el santo sacrificio y reconcilió con la Iglesia á los que habia separado de su comunion. Pasó los dos dias siguientes con una serenidad de espíritu y con una paciencia admirable; solo abria la boca para bendecir á Dios, para darle gracias por los beneficios recibidos, y para exhortar á la virtud á todos los que le visitaban. Díjole el presbítero Postumino que todavía se deb

algun dinero á los mercaderes que habian prestado el paño para vestir á los pobres; á que respondió sonriéndose: *Ya no tengo un cuarto; pero la divina Providencia no me dejará morir con trampas*; y un instante despues le entregaron un bolsillo que le enviaban un obispo de Lucania y cierto caballero, con lo que bastaba para satisfacer á todos sus acreedores. Rezó despues todo el oficio divino con los eclesiásticos que le acompañaban; y acabado, se quedó como en oracion, en la que se le oia derramar su corazon delante de Dios con sensible devocion. Algunos momentos antes de espirar tembló el cuarto y se estremeció la cama, y un instante despues entregó el alma á su Criador, el dia 22 de junio de 431, á los setenta y cuatro años de su edad. Todos le lloraron igualmente; hasta los judíos y los gentiles mostraron públicamente su dolor. Fué enterrado en la iglesia que habia hecho edificar en honor de san Felix, á quien siempre habia profesado muy particular devocion. Andando el tiempo, fué trasladado á Roma, y colocado en la iglesia de San Bartolomé, adonde acude el pueblo de tropel á venerarle, movido de los muchos milagros que obra el Señor por su intercesion. En sus epístolas y en sus poesías, cuya conservacion debemos al cuidado de su grande amigo san Amante, obispo de Burdeos, se admira aun el dia de hoy aquella elevacion de pensamientos, aquella elegancia de estilo, y aquella devota mocion que en parte formaban el carácter de este gran santo.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Nola, ciudad de Campania, la fiesta de san Paulino, obispo y confesor, que, de nobilísimo y opulentísimo que era, se hizo pobre y humilde por Jesucristo, y que, no teniendo nada, se hizo esclavo para redimir al hijo de una viuda, llevado cautivo á Africa por los

Vándalos, al retirarse, despues de haber devastado la Campania. Ahora pues brilló nuestro santo tanto por su erudicion y gran santidad de vida como por su imperio sobre los demonios. Los santos Ambrosio, Jerónimo, Agustin y Gregorio le han encomiado en sus escritos. Su cuerpo, trasladado á Roma en la iglesia de San Bartolomé, es conservado y venerado en ella con el del santo apóstol.

En el monte Ararath, el martirio de diez mil santos mártires crucificados.

En Verulamio en Inglaterra, san Alban, mártir, que en tiempo del emperador Diocleciano, habiéndose entregado él mismo en lugar de un eclesiástico, á quien hospedara en su casa, despues de haber sido azotado y cruelmente atormentado, tuvo cortada la cabeza. Uno de los soldados que le conducian al suplicio se convirtió á Jesucristo en el tránsito, padeció tambien con él, mereciendo ser bautizado en su propia sangre.

En Samaria, mil cuatro cientos ochenta santos mártires de Cosroas, rey de Persia.

En el mismo dia, san Niceas, obispo de Remisiana, esclarecido por su mucho saber y santas costumbres.

En Nápoles, san Juan, obispo, á quien san Paulino, obispo de Nola, ganó para el reino de los cielos.

En el monasterio de Cluni, santa Consorcia, vírgen.

En Roma, la traslacion de san Flavio Clemente, consular, muerto segun órden del emperador Domiciano por la fe de Jesucristo. Su cuerpo, que fué hallado en la basílica de San Clemente, papa, ha sido repuesto con pompa en el mismo lugar.

En la isla de Cesambra cerca de san Maló, san Aaron, abad.

En Crepin en el Hainaut entre Valenciennes y San Guilein, san Domiciano, solitario.

En el Maine cerca de San Calais, santa Seranta, vírgen, de la que hay una hermosa iglesia en una villa de su nombre.

En Metz, santa Preza, venerada en la abadía de san Clemente, donde están sus reliquias.

En Andrés, diócesis de Boloña en la Picardía, santa Rodrua, vírgen.

En Verona, san Biage, obispo, cuyo cuerpo está en San Estévan.

En este mismo dia, santa Exuperancia, cuyas reliquias se veneran en Como.

En Salzburgo, san Evrardo, arzobispo de la misma ciudad.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue:

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Paulini, confessoris tui atque pontificis veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat, et salutem. Per Dominum nostrum...

Concédenos, ó Dios omnipotente, que la venerable festividad de tu confesor y pontífice san Paulino aumente en nosotros la devocion y el deseo de nuestra salvacion eterna. Por nuestro Señor...

La epístola es del apóstol san Pablo en el cap. 8 de la segunda á los Corintios.

Fratres: Scitis gratiam Domini nostri Jesu Christi, quoniam propter vos egenus factus est, cùm esset dives, ut illius inopia vos divites essetis. Et consilium in hoc do: hoc enim vobis utile est, qui non solum facere, sed et velle cœpistis ab anno priore: nunc vero et facto perficite: ut quemadmo-

Hermanos: Sabeis la liberalidad de nuestro Señor Jesucristo, que siendo rico se hizo pobre por vosotros, para que con su pobreza fuéseis vosotros ricos. Y en esto os doy consejo; porque esto es útil á vosotros, que desde el año pasado comenzásteis, no solamente á hacerlo, sino tambien á quererlo. Ahora,

dum promptus est animus voluntatis, ita sit et perficiendi ex eo quod habetis. Si enim voluntas prompta est; secundùm id quod habet, accepta est, *non secundùm id quod* non habet. Non enim ut aliis fit *remissio*, vobis autem tribulatio, sed ex æqualitate. In præsenti tempore vestra abundantia illorum inopiam suppleat: ut et illorum abundantia vestræ inopiæ sit supplementum, ut fiat æqualitas, sicut scriptum est: Qui multum, non abundavit: et qui modicum, non minoravit.

pues, perfeccionadlo con la obra; para que así como está pronto el ánimo á querer, de la *misma manera* lo esté para ejecutar segun vuestras fuerzas. Porque si la voluntad está pronta, es acepta segun aquello que uno tiene; no segun aquello que no tiene. No, pues, para que otros vivan con comodidad, y vosotros con tribulacion; sino para que haya igualdad. *Al presente vuestra abundancia* supla la indigencia de ellos, para que *tambien* su abundancia supla á vuestra pobreza; para que haya igualdad, segun está escrito; El que tuvo mucho no (tuvo) lo supérfluo; y el que (tuvo) poco no careció de lo necesario.

NOTA.

« No perdonando el Apóstol medio alguno para mover la caridad de los fieles á que socorriesen con sus limosnas á los pobres en la necesidad que padecian, exhorta vivamente á los de Corinto á esta piadosa liberalidad, trayéndoles á la memoria los motivos mas fuertes para excitar en ellos la caridad, cuyos efectos él mismo habia experimentado. Escribió esta epístola en Macedonia, y la envió por Tito y por san Lucas á los fieles de Corinto el año 57 de Jesucristo. »

REFLEXIONES

Ya sabeis la misericordia que usó Jesucristo nuestro Señor, el cual, siendo rico, se hizo pobre por vosotros,

para que vosotros os hiciéseis ricos por su pobreza. ¿Conócese bien esta insigne, esta inmensa, esta incomprensible misericordia que usó Jesucristo con nosotros? ¿conócese su grandeza, su excelencia y su valor? A fuerza de oir hablar desde la infancia del misterio inefable de la Encarnacion, de la vida y muerte de Jesucristo se acostumbran los oidos á estas voces, sin que hagan fuerza al corazon, porque no se para la consideracion en lo que significan. Un Dios que se hace hombre sin dejar de ser Dios; un Dios que se abate á la humilde condicion de los hombres para hacerse semejante á ellos, ¿pudo valerse de medio mas sensible para obligarlos á amarle? Un Dios que se sujetó á experimentar todas nuestras enfermedades y miserias, salvo el pecado, para compadecerse de ellas y por parecerse á nosotros; un Dios, soberano dueño del universo, que se hizo pobre por nosotros, á fin de que por su pobreza fuese la nuestra un perenne manantial de bienes, y mediante su gracia nos adquiriese una felicidad eterna; todo únicamente para demostrarnos, para hacernos ver lo mucho que nos ama. Sabemos todo esto; ¡y con todo eso, no amamos á Jesucristo! ¿Qué pruebas damos de nuestra fe? ¿qué provecho sacamos de este conocimiento? Si un amigo vendiera todos sus bienes por satisfacer las deudas de otro amigo, ¡qué agradecimiento corresponderia á una amistad tan generosa, de que hay bien pocos ejemplos! Que un san Paulino se entregase á sí mismo por esclavo para rescatar una oveja suya, fué un exceso de caridad que está llenando de admiracion á todo el mundo, y todavía se hace casi increible. ¿Qué seria, dice san Bernardo, si el hijo único de un poderoso monarca se quisiese entregar á la muerte por librar de ella á uno de sus vasallos? Este exceso de amor asombraria á todos; el mismo pasmo embargaria la voz á todos los espiritus. Pero ¿seria

menor el pasmo, menor el asombro, menor la indignacion, si el ingrato vasallo no mostrase mas que un frio, un lijero reconocimiento á tan insigne bienhechor? ¿si fuese menester amenazarle con los mas terribles tormentos y con la muerte misma, para obligarle á respetar al príncipe, de quien habia recibido tan inestimable beneficio? Ah, Señor, ¿y no hay sobrada razon para decir á la mayor parte de los cristianos : *Tu es ille vir?* Hizo Jesucristo por nosotros mucho mas de lo que podíamos imaginar; y acaso por eso, ¿es honrado, es servido y es amado? ¡ Oh y cuántos asuntos nos dan para grandes reflexiones nuestra conducta, nuestras máximas y nuestras costumbres, cuando las careamos con aquello mismo que creemos!

Bien sabes tú cuánta fué la bondad de nuestro Señor Jesucristo; no es menester que yo me valga de grandes discursos para obligarte á amar á tus hermanos, cuando te debe bastar y servir de ley el ejemplo de Jesucristo. Este Señor, que, siendo rico segun la naturaleza divina que estaba en él, y que por ella era no solo soberanamente feliz, sino la misma felicidad esencial, dueño y árbitro de todo el universo, se hizo pobre por su encarnacion, para que tú te hicieses rico por su pobreza; esto es, para adquirirte los tesoros de la gracia, de la justicia y de la vida eterna. Esta misericordia de Jesucristo debiera, sin duda, excitar nuestra caridad. Nunca empobrece á los ricos la limosna que hacen á los pobres; antes al contrario, si quieres asegurar por dilatados siglos las floridísimas herencias; si quieres como eternizar las alegres prosperidades; si quieres poner las mas brillantes fortunas á cubierto de los reveses y de los contratiempos, derrama la limosna á manos llenas, y no solo estarán seguros tus bienes, sino que visiblemente se multiplicarán entre las manos de los pobres. Siempre se da á usura lo

que se da á Dios: *Fœneratur Domino qui miseretur pauperis, et vicissitudinem suam reddet ei.* El que da limosna á los pobres, presta á Dios con interés, recibiendo con ganancias lo que le prestó.

El evangelio es del capítulo 12 de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Nolite timere, pusillus grex, quia complacuit Patri vestro dare vobis regnum. Vendite quæ possidetis, et date eleemosynam. Facite vobis sacculos, qui non veterascunt, thesaurum non deficientem in cœlis: quo fur non appropiat, neque tinea corrumpit. Ubi enim thesaurus vester est, ibi et cor vestrum erit.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: No temais, pequeña grey, porque vuestro Padre ha tenido á bien daros el reino. Vended lo que teneis, y dad limosna. Haceos bolsillos que no envejecen, un tesoro en los cielos que no mengua, donde no llega el ladron, ni la polilla le roe. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará tambien vuestro corazon.

MEDITACION.

DE LA MISERICORDIA CON LOS POBRES.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la misericordia es una tierna compasion del alma á vista de las miserias y de las necesidades ajenas, con un vivo deseo de remediarlas. Un corazon duro es señal de alma negra y maligna. Es la compasion una virtud connatural al hombre; apenas hay bárbaro que pueda mirar á sangre fria las lágrimas y el desconsuelo de otros; ninguna cosa hace mas semejantes los hombres á las fieras que la inhumanidad, y ninguna es mas propia de un verdadero cristiano que la misericordia. Con mucha frecuencia nos la inculcó Jesucristo, haciendo de ella como un mandamiento ó precepto suyo muy particu-

lar, queriendo que las obras de misericordia fuesen como las únicas condiciones, ó los precisos títulos, por los cuales se nos habia de conferir el reino de los cielos. Quiere que la caridad que tiene Dios con los hombres sea, por decirlo así, la medida de la que nosotros debemos tener con nuestros hermanos: *Sed misericordiosos, como lo es vuestro Padre celestial.* ¡A cuánta bondad, á cuánta compasion, á cuánta liberalidad nos obliga este precepto! Pero en medio de eso, ¿cuáles son sus efectos?

En vano nos dice el Salvador que él mismo es el que nos pide limosna, que á él mismo se la damos: *mihi fecistis*: tiénese por una figura retórica, que se lee ó se oye con admiracion. ¿Créese por ventura que se da al mismo Jesucristo la limosna que se hace? ¿créese que Jesucristo es el que gime en los calabozos, donde todo le falta? ¿créese que es el que desfallece en los hospitales, el que se muere de hambre y de miseria en las casas particulares, mientras tú engordas entre la abundancia, y mientras los regalos, la profanidad y los excesos te acortan los dias de la vida? ¿juzgas que fué efecto de la casualidad ó de la industria el que los bienes se hayan como desatado sobre tu casa y tu familia? Aquel Dios que todo lo dispone con infinita sabiduría te hizo rico para que fueses padre, tutor y curador de los pobres. Como tengas cuidado de alimentar á estos que puso Dios á tu cargo, consiente el mismo Señor que tú te pagues el primero; mas con la precisa condicion de que has de proveer las necesidades de los pobres. No los olvidó en la distribucion, ni en la economía de su providencia. Dióte Dios esos bienes con la indispensable obligacion y carga de cuidar de los infelices. Pero ¿se cumple el dia de hoy con esta obligacion indispensable? ¡O Dios mio, cuántos ricos se condenan por no haber socorrido á los pobres!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la misericordia con los pobres no solo es prenda que asegura los bienes de la otra vida, sino fuente inagotable de las prosperidades de esta. ¡Cosa extraña! Cada dia se están arruinando las casas, consumiéndose las mas floridas rentas, y haciéndose los mas locos, los mas supérfluos gastos por el deseo de gloria, de sobresalir y de distinguirse. Cómprase muy caro un poco de polvo que se echa á los ojos de las gentes, y un relámpago fugaz que se desvanece en un instante; hácense grandes gastos para dar al mundo unas escenas teatrales que deslumbran, que engañan, que divierten por algun tiempo, y al cabo ordinariamente se terminan en confusion, en desprecio y en mucha burla del mismo que las dió. Por el contrario, ¿cuánto honor haria á todos los hombres ricos una liberalidad verdaderamente cristiana? ¿qué accion mas gloriosa ni mas noble que sacar de la miseria, y arrancar como de los brazos de la muerte *á un sin número de infelices*? Y aun en máximas del mundo, ¿qué obra mas heróica ni mas magnífica que ser por tu liberalidad como un glorioso redentor de muchas familias honradas, á quienes una secreta, muda y vergonzosa miseria iba á *precipitar* en la desesperacion, y tú las restituiste á la salvacion y á la vida? ¿No es mas glorioso dar el pan á Jesucristo en la persona de los pobres, que mantener una docena de holgazanes, solícitos en vivir á costa ajena para ser mas disolutos?

Atribúyese la inconstancia de las prosperidades á mil accidentes, á mil casos que ciertamente no tuvieron parte en ella. La causa mas frecuente de esos trastornos, de esas revoluciones de fortuna, es la dureza de los ricos con los pobres. Niéganse á Dios los

intereses, y asi no hay que extrañar que te haga perder el capital. No le das el fruto, y quitale el fondo: *Aliis locavit agricolis.* Si se ciega el canal por donde ha de correr el agua, ¿qué mucho que se divierta á otra parte? ¿quieres fijar la rueda de esa próspera fortuna? ¿quieres que las rentas y las posesiones sean por largos siglos hereditarias en tu familia? ¿quieres que pase la abundancia á una dilatada serie de descendientes tuyos? Pues sé rico en misericordia, sé liberal, sé magnífico, sé pródigo en limosnas. El mayor título para las prosperidades es la subsistencia de los pobres; sus bendiciones conjuran las tempestades; el bien que se hace á ellos interesa al mismo Dios; todo cuanto se da se pone á lucro. No esperes que tu habilidad ni tus precauciones hayan de asegurar á tus hijos esa rica hacienda; mas virtud, mas fuerza tiene la limosna que todas las criaturas ni todos los contratos. ¿Dónde hay gloria mas brillante ni mas sólida que la que produce la misericordia con los desdichados? Pon los ojos en san Paulino. ¡Qué obispo mas caritativo! Su caridad le despojó de todos sus bienes, hasta de su misma libertad. ¡Pero qué gloria, qué consuelo el de este gran santo por haber sacrificado cuanto tenia en alivio de los pobres!

¡Cuándo ha de llegar el tiempo, divino Salvador mio, en que vuestro ejemplo me inspire esta misericordia para con todos los menesterosos! Mucha necesidad tengo de vuestra gracia; y así os la pido, Señor, y con ella aquellas entrañas de misericordia con los infelices, que son un manantial inagotable de todos los bienes.

JACULATORIAS.

Beatus qui intelligit super egenum et pauperem: in die mala liberabit eum Dominus. Salm. 40.

Bienaventurado aquel que se compadece del pobre y

del menesteroso, porque el Señor se compadecerá de él, y le librará en el dia de su mayor tribulacion.

Pauperi porrige manum tuam; ut perficiatur propitiatio et benedictio tua. Eccl. 7.

Alarga tu mano al pobre, para que tu caridad sirva de sacrificio de propiciacion por tus pecados, y para que el Señor eche la bendicion sobre tus bienes

PROPOSITOS.

1. Acuérdate de que no te hizo Dios rico para tí solo, dióte los bienes que posees para tí y para los pobres. Siendo padre de todos, ¿à qué fin te habia de conceder à tí tantas cosas supérfluas, dejando à tantos otros sin las necesarias? No los ama menos que a tí, ni tú le costaste mas que ellos; de su pura liberalidad recibiste todas esas posesiones. No atribuyas à tu nacimiento, ni à tu industria, ni à tus méritos esa fortuna en que te ves elevado. ?*Qué tienes que no hayas recibido de Dios? Y si lo recibiste, ¿de qué te glorias como si no lo hubieras recibido?* dice el Apóstol. Advierte, pues, que esas riquezas se te dieron à titulo oneroso; esto es, para el sustento de los pobres. Quiere Dios que goces de tus bienes; pero quiere al mismo tiempo que los pobres tengan tambien parte en ellos. No olvides, pues, esta obligacion de una caridad indispensable; y desde hoy mismo imponte una ley de que no se te pase dia sin hacer alguna limosna à proporcion de tus haberes. Aunque pagases à Dios el diezmo de tus bienes, no harias demasiado, pues al fin es el primer Señor y el soberano de todo. ¡Escandalosa injusticia! ¡dureza impía! ¡Cuánto se gasta en mantener gordos los perros y los caballos, dejando perecer miserablemente de hambre muchas

familias! Haz reflexion á lo que en un solo dia gastas en el juego y consumes en tus diversiones, considerando que bastaria eso solo para sacar de miseria á un gran número de infelices.

2. No te pide Dios que te despojes de todos tus bienes, aunque lo hicieron muchos santos. Tampoco te pide que te hagas esclavo para rescatar á otro heroismo de caridad que todos admiramos en san Paulino. Pídete que de cuando en cuando visites los pobres en los hospitales; que socorras á los vergonzantes; que vayas á consolar á los enfermos y á los encarcelados, alentándolos con tus consejos y solicitando su libertad con tus buenos oficios, en cuanto lo permita la justicia. No te empobrecerán estas obras de misericordia, antes bien enriquecerán no solo á los pobres, sino á tus mismos herederos. En fin, rescata tus pecados con la limosna. Si tienes tres hijos, dice san Agustin, haz cuenta que tienes cuatro, contando á Jesucristo por uno de ellos; susténtale y vístele en la persona de un pobre.

DIA VEINTE Y TRES.

SAN SIMEON STYLITA, EL MENOR.

San Simeon Stylita, llamado *el Menor* para distinguirle del otro mas antiguo, cuyo nombre le pusieron en el bautismo, y cuyos ejemplos emuló en su penitencia, nació en Antioquia el año de 521, donde su padre, llamado Juan, que era natural de Edesa, habia fijado su domicilio, siendo mercader de bálsamos y drogas aromáticas. Tuvo por madre á una mujer moza y virtuosa, llamada Marta, la cual, ha-

llándose embarazada, y haciendo fervorosa oracion á Dios en cierta capilla dedicada á san Juan Bautista, tuvo una especie de revelacion, en que se la dió á entender que muy presto daria á luz un hijo, cuya elevada santidad y penitente vida le haria grande ante los ojos del Señor; pronóstico que tardó poco en verificarse, porque Simeon desde la misma niñez manifestó no tomar gusto á otra cosa que al ayuno y á la abstinencia.

A los cinco años perdió á su padre, con la desgracia de quedar este sepultado en las ruinas de su casa, por un terremoto que echó por tierra toda la ciudad de Antioquía; y hallándose nuestro santo con su madre en la capilla de San Juan Bautista, fueron preservados de la desgracia comun.

Distinguió el cielo su niñez con tan singulares favores, que todos reconocian se iba criando un gran santo en aquel tierno infante. Apenas contaba doce años cuando pensó seriamente en retirarse á un desierto para dedicarse á vida mas perfecta. Connaturalizóse tanto con el ayuno, y era tan escaso su alimento, que parecia vivia de milagro. Por sus escritos contra los herejes se conoce que la madre no se descuidó de su educacion; sino que digamos que su natural ingenio y la luz sobrenatural del cielo suplieron la falta de los maestros.

Lisonjeábale el mundo con grandes esperanzas; pero despreciándolas generosamente su corazon, se retiró de él, cuando otros apenas comienzan á reconocerle; ni fueron capaces de alterar sus resoluciones las tiernas persuasiones ni las amargas lágrigrimas de su querida y desconsolada madre. No dudando de que la vocacion de Dios le llamaba al retiro de la soledad, sin hacerle fuerza sus pocos años, se salió de la ciudad y se encaminó á un monasterio de Siria, colocado al pié del monte Taumas-

toro, que quiere decir *Monte admirable*. Era poco numeroso el monasterio por la extraordinaria austeridad que se profesaba en él, la que no acobardó al niño Simeon, que pidió el hábito de monje con las mas vivas instancias. Representáronle las rigorosas penitencias que se hacian en aquella casa, sus pocos años y la debilidad de su complexion; pero á todo respondió que el Señor le llamaba poderosamente á ella, que las fuerzas de su divina gracia suplirian las que faltaban á la naturaleza, y serian muy superiores á las que no tenia su edad. Mostró tanta ingenuidad y tanto juicio en sus respuestas; descubrióse tanta virtud en su porte, y conocióse tan clara y tan señalada su vocacion, que fué admitido entre los religiosos y entregado á la direccion de un monje, varon de señalada virtud y de espíritu muy penitente. Llamábase Juan de Stylita, porque ordinariamente vivia sobre una columna elevada dentro del recinto del monasterio; género de penitencia que se hizo muy comun en varias partes, y de que singularmente la Siria puso á los ojos del mundo muchos ejemplos.

Era muy conforme á la inclinacion del discípulo el espíritu severo del director, y en breve tiempo dejó muy atrás al director la rigorosa penitencia del discípulo. Al principio solo se sustentaba de legumbres remojadas en un poco de agua, y aun este escaso sustento no le tomaba sino de dos en dos dias; despues probó á pasar tres dias sin sustento alguno, y al cabo llegó á no comer mas que una sola vez en toda la semana. Empleaba en oracion la mayor parte del dia y de la noche, continuándola aun mas que interrumpiéndola lo restante del tiempo con el trabajo de manos y con la leccion de libros piadosos. Notábasele siempre unido con Dios, siendo el mejor testimonio de los espirituales consuelos que gustaba su

corazon aquella perpetua alegría que se derramaba en su semblante. Era jóven bien dispuesto, y como á eso se juntaba aquella modestia natural, aquella cara siempre risueña y aquella serenidad inalterable, se hacia admirar de todos; por otra parte su extraordinaria virtud, su profunda humildad y su penitente vida le hicieron tan respetable, que apenas se hablaba en todas partes de otra cosa que de su rara santidad.

Envidioso el enemigo comun, no perdonó medio alguno para perderle. Puso en la cabeza á un pobre pastor de aquellas cercanías que aquel monje que metia tanto ruido era un hipocriton y un malvado, preocupándole tanto la imaginacion con este diabólico concepto, que el infeliz tomó en fin la resolucion de quitar la vida al santo mozo; pero apenas cogió en la mano un cuchillo para poner en ejecucion su alevoso intento, cuando se le secó la mano de repente, quedando el brazo tan sin vigor y tan descarnado, que solo se veia el hueso cubierto de la piel encogida y arrugada. Atónito el miserable pastor corrió exhalado al abad del monasterio; y explicándose mas con lágrimas que con voces, le descubrió como pudo su delito. El abad, que tenia bien conocida la virtud de nuestro santo, le llevó á su celda, y arrojándose á sus piés, confesó su pecado, pidiéndole humildemente perdon, y que con sus oraciones le alcanzase de Dios no menos la salud del alma que la del cuerpo. Enternecido Simeon y compadecido al mismo tiempo, echó los brazos al cuello, y estrechó en ellos dulcemente al afligido pastor, sanándole y convirtiéndole con su milagroso abrazo.

Crecia con la edad el ardiente deseo de mas y mas perfeccion; y pareciéndole á nuestro santo que todavía le llamaba Dios á vida mas penitente, mas retirada y de mayor recogimiento, comunicó estas inspira-

ciones con su santo director, con cuya aprobacion y licencia hizo levantar una columna dentro de los muros del monasterio, sobre la cual se mantuvo sesenta y ocho años á la inclemencia de todos los temporales en continua contemplacion de las verdades mas sublimes de nuestra religion, y en asombroso ejercicio de la mas portentosa penitencia.

Era muy alta su columna, pero tan estrecha, que solo le permitia estar de pié ó de rodillas, colocada enfrente de la de su director para no caminar sin guia, y para tener siempre á la vista un testigo fiel y zeloso de sus operaciones. Era cada dia mas riguroso su ayuno, sustentándose ya únicamente con las hojas de los arbustos ó matorrales que nacian al rededor del monte; y rarísima vez bebia. Ciñióse tan fuertemente una cuerda á todo el cuerpo, que, hundida en las carnes é hinchándose estas horrorosamente, todo él era una sola llaga, manando de ella tanta podre, que se hacia intolerable su pestilencial olor, y apenas habia quien tuviese valor para acercarse. Mandóle el director que se quitase aquella cuerda; obedeció, pero para mayor tormento suyo; porque no se pudo arrancar sin cortarle grandes pedazos de carne, que le causaron imponderables dolores.

Todas las noches cantaba todo el salterio y muchos salmos entre dia, acompañándolos con genuflexiones y con otras varias oraciones. No podia menos de ser muy agradable á nuestro Señor una vida tan pura como penitente; premiándole su liberalidad con mil consuelos celestiales y con el don de milagros.

Desenfrenado todo el infierno junto contra nuestro santo, echó el resto su malicia para atemorizarle, ó para perderle. Una noche excitó el demonio una tempestad tan terrible, que todos le creyeron ó abrasado por un rayo, ó sepultado entre las ruinas de su misma

columna; pero artificios tan groseros no podian acobardar á tan valeroso soldado. Por la mañana le hallaron tan sereno como si no hubiera habido semejante tempestad; y despues de esta victoria, solo su nombre era terror de los espíritus malignos. Todavía hizo otro esfuerzo el tentador para derribar su constancia y excitar su paciencia, inquietándole con sucias tentaciones; pero sin otro fruto que el de purificar su virtud y añadir grados á sus merecimientos. Mientras duró este molesto combate se le oia por las noches dirigir incesantemente al cielo estas oraciones jaculatorias: *Miserere mei, Deus, miserere mei; quoniam in te confidit anima mea* (Ps. 56). Ten misericordia de mí, Dios mio, ten misericordia de mí; porque mi alma tiene puesta en tí su confianza. *Sub umbra alarum tuarum sperabo: Deus meus, ne longè recedas à me* (Ps. 16). Esperaré, Señor, protegido á la sombra de tusalas; no te desvíes lejos de mí, Dios mio. *Deus, in adjutorium meum intende: Domine, ad adjuvandum me festina* (Ps. 69). Venid, Señor, á ayudarme; y daos priesa á socorrerme.

Despues de haberle purificado el Señor con todo género de pruebas, le colmó de gracias y de favores. Comunicóle un don de contemplacion tan elevado, que su oracion era un éxtasis continuo, y en estas íntimas familiaridades que tenia con su Dios adquirió aquel superior conocimiento y aquella como penetracion de los mas altos misterios de nuestra religion. En el don de milagros pocos santos le hicieron ventajas. A solo el nombre de Simeon se amansaban las fieras, y nada negaba el Señor á la oracion de este Taumaturgo.

Animado de un ardiente zelo por la salvacion de las almas, acompañaba todas las curaciones milagrosas con tan vivas exhortaciones, que hizo conversiones insignes, y no fueron estas el menor de sus milagros.

Movidos de tantas maravillas, el patriarca de Antioquía y el obispo de Seleucia vinieron á visitarle. Fueron testigos oculares de los prodigios que publicaba la fama; y considerando los grandes bienes que resultarian á la Iglesia de Dios, si aquel extático y portentoso varon fuese consagrado al ministerio de los altares; á pesar de su humilde resistencia le confirieron los sagrados órdenes, y poco despues el obispo de Seleucia le promovió á la dignidad del sacerdocio.

Con ella parece como que adquirió nuevo resplandor su virtud, sirviéndole de estímulo para aumentar sus rigores, y de motivo para dar mayor extension á los ardientes impulsos de su zelo. No contentándose con predicar y exhortar de viva voz á los que concurrian á verle, escribia muchas cartas á los ausentes desde lo alto de su columna. Entre otras escribió una al emperador Justiniano, animándole á que defendiese vigorosamente el honor de las imágenes de Cristo, de la Virgen y de los santos, y exhortándole á que emplease toda su imperial autoridad en reducir herejes.

Como los samaritanos que habitaban en Porfireon de Palestina hubiesen echado por tierra algunas cruces, abatiendo y ultrajando las imágenes de Cristo y de su Madre, á quien nuestro santo profesaba la mas tierna y mas ardiente devocion, el obispo de aquella diócesis le suplicó que diese sus quejas al emperador. Escribióle una carta llena de fuego, representándole bue dirigiéndose, inmediatamente á Cristo y los santos el culto que se les rinde en sus imágenes, el ultraje que se hace á estas se refunde directamente en aquellos; y le suplica vengue religiosamente su honor, castigando el sacrilegio de los samaritanos, puesto que, si las leyes civiles mandan castigar con rigor á los que pierden el respeto á las estatuas y á los retratos del César, no parece justo queden sin castigo los que tan impiamente se le perdieron á las imágenes del Hijo de

Dios y de su santísima Madre. A esta carta llamaba el emperador *su tesoro*, y mas de doscientos años despues fué de gran peso en el segundo concilio ecuménico de Nicea. Los iconoclastas intentaron convencerla de supositicia, pero el papa Adriano I hizo demostracion al emperador Carlo Magno de que era verdadera, y en lo mismo convino todo el Oriente.

Tambien escribió nuestro santo al mismo emperador contra los errores de Nestorio y de Eutiques; cuya extirpacion solicitó con el mayor zelo en todas ocasiones. Además de las cartas que escribió en defensa de las imágenes y contra las herejías, compuso san Simeon otras obrillas espirituales, en todas las cuales se hace visible que el mismo Dios fué su principal maestro

Habiéndole favorecido Dios con el don de profecía, supo muy anticipadamente el dia de su muerte; y mandando convocar á los religiosos del monasterio, que todos se profesaban sus discípulos, despues de encomendarles mucho la puntualidad y mas exacta observancia de sus reglas, les declaró que, entre las muchas gracias con que la liberal mano del Señor le habia favorecido desde su mas tierna infancia, singularmente le habia comunicado una, que ya era tiempo de manifestársela á todos, lo que hacia de muy buena gana, por cuanto no ignoraba que habia excitado la curiosidad de muchos haciéndoseles incomprensible. *Siendo niño*, les dijo, *pedí á Dios muy de veras que me librase de la necesidad de comer, y tuve una vision. Aparecióseme un varon vestido de sacerdote, que llevaba en la manc un plato lleno de viandas exquisitas : probélas, y desde entonces no tuve necesidad de comer. Todos los domingos al fin de la misa se me repitió la misma vision; y veis aquí porque me he sustentado con tan corto alimento.*

En fin, á los 75 años de su edad el dia 24 de mayo,

rodeándole todos sus hermanos, entregó el siervo de Dios su espíritu al Criador con aquella tranquilidad y con aquella alegría que es como la aurora de la gloria que los bienaventurados gozan en el cielo.

SAN JUAN, PRESBÍTERO.

En este dia se hace conmemoracion, en el martirologio romano y en otros muchos, de san Juan, presbítero, con la expresion de que padeció martirio en Roma en tiempo del impío Juliano Apóstata, por los años 362 segun escribe Baronio en sus anales. Pero no constando con certeza la existencia de sus reliquias en alguna de las iglesias de Roma, donde fué enterrado en la via Salaria, este ha sido el motivo de opinar con variedad acerca de ellas los escritores. Algunos son de sentir que la cabeza que se conserva en la iglesia de San Silvestre en el Campo Marcio es de este ilustre mártir, y no de san Juan Bautista, como otros quieren. Tamayo Salazar, en su martirologio español, dice: que entre las reliquias concedidas á los padres trinitarios descalzos por la Santidad de Urbano VIII para que enriqueciesen los conventos de su órden, fueron unas las de este célebre presbítero, lo que dudan los padres Bolandos, fundados en el documento de la donacion que el mismo Salazar trae á la letra en el dia segundo de marzo, en el cual con efecto no se hace expresion de las de san Juan, como de las de otros santos.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La vigilia de san Juan Bautista.

En Roma, san Juan, presbítero, que fué degollado bajo Juliano Apóstata en la antigua via Salaria, ante

el ídolo del Sol, y cuyo cuerpo fué enterrado por el bienaventurado presbítero Concordio, cerca del lugar llamado los *Concilios de los mártires.*

Tambien en Roma, bajo el emperador Valeriano, santa Agripina, virgen y mártir, cuyo cuerpo llevado á Sicilia es célebre por un gran número de milagros.

En Sutri en Toscana, san Félix, presbítero, á quien el prefecto Turcio mandó quitar la vida á morrillazos sobre la boca.

En Nicomedia, la conmemoracion de muchos santos mártires, que, habiendo sido descubiertos en tiempo de Diocleciano en las grutas donde estaban escondi dos, padecieron gozosos el martirio por el nombre Jde esucristo.

En Filadelfia en Arabia, los santos mártires Zenon y Zenas su esclavo, que, besando las cadenas con que su amo estaba aherrojado, suplicándole le admitiese á la participacion de sus tormentos, fué preso por los soldados y recibió por el martirio una misma corona con su amo.

En Inglaterra, santa Eteldreda, reina y virgen, que murió en el Señor, célebre por su santidad y milagros. Once años despues, fué hallado su cuerpo todavía incorrupto.

Hácia Transillac cerca de Aguranda en los confines del Berri y de la Marcha, san Lupicino, recluso, de quien hace mencion Gregorio Turonense.

En Dijon, san Jacob, obispo de Toul, cuyo cuerpo se halla en la iglesia de Mansuy de la misma ciudad.

En Lobes, san Hidulfo, duque de Bins.

En Ancira en Galacia, los santos mártires Eustoquio, presbítero, y compañeros bajo Maximiano Galerio.

En Constanza en la isla de Chipre, los santos mártires Aristocles, presbítero, Demetriano, diácono, y Atanasio, lector, bajo el mismo emperador.

La misa es de la dominica precedente, y la oracion la que sigue:

Deus, qui nos beati Simeonis confessoris tui annua solemnitate lætificas; concede propitius, ut cujus natalitia colimus, etiam actiones imitemur. Per Dominum nostrum...

O Dios, que cada año nos alegras con la festividad del bienaventurado Simeon, confesor tuyo, concédenos que imitemos los ejemplos de aquel cuyo nacimiento á la gloria celebramos. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 5 del apóstol san Pablo á los Efesios.

Fratres: Fornicatio, et omnis immunditia, aut avaritia, nec nominetur in vobis, sicut decet sanctos: aut turpitudo, aut stultiloquium, aut scurrilitas, quæ ad rem non pertinet; sed magis gratiarum actio. Hoc enim scitote intelligentes, quòd omnis fornicator, aut immundus, aut avarus, quod est idolorum servitus, non habet hæreditatem in regno Christi et Dei. Nemo vos seducat inanibus verbis: propter hæc enim venit ira Dei in filios diffidentiæ. Nolite ergo effici participes eorum.

Hermanos: No se nombre entre vosotros la fornicacion, ó cualquiera impureza, ó la avaricia, como corresponde á los santos: ni la obscenidad, ni las palabras necias, ni las bufonadas que son fuera de tiempo; sino antes bien la accion de gracias. Sabed, pues, esto; y entended, que ningun fornicador, ó impuro, ó avariento, ni cuanto pertenece á la servidumbre de los ídolos, no tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios. Nadie os engañe con palabras vanas: porque por tales cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de la desconfianza. No querais, pues hacer compañía con ellos.

NOTA

« Cómo san Pablo habia trabajado con un zelo infatigable en la conversion de los de Efeso, siempre les

conservó en su corazon un amor y una ternura particular. Estando en Roma el año de 62 de Cristo, lesescribió esta epístola en que se compendia toda la vida cristiana. »

REFLEXIONES.

Despues de haber leido lo que san Pablo escribe aquí á los efesinos, ¿habrá todavía quien pregunte seriamente, qué pecado es pasar la vida entre los regalos, entre las diversiones y entre los pasatiempos? qué pecado es asistir á los espectáculos? ¿dónde prohibe el Evangelio las diversiones profanas? Á esto se responde que todo el Evangelio es una manifiesta condenacion de ellas. Ciertamente, aun cuando se despojara el teatro de aquellos artificiosos atractivos, en que consiste su principal embeleso, y que hacen tanta impresion en el alma; no se puede negar que todo lo que compone el espectáculo conspira á excitar las pasiones; todo lo que constituye esta profana diversion con tanta lisonja de los sentidos, es lazo que se arma á la virtud. ¿Qué pudor tan delicado, qué inocencia tan austera, expuesta sin preservativo al mas contagioso aire del mundo, en medio de una multitud de objetos á cual mas tentadores, siendo el blanco, y estando al descubierto de una espesa lluvia de flechas á cual mas emponzoñadas, podrá escaparse, sin milagro, de salir mortalmente herida? ¿y qué derecho tendrá para pedir un milagro el que libremente se va á meter en semejante peligro? Si la mas consumada virtud, si la inocencia mas arraigada, si la mas rígida penitencia, si un anacoreta esqueleto, criado toda la vida en una cueva, ó en una sepultura de la Tebaida, concurriera á estos espectáculos, todo lo arriesgaria; ¡y aquel corazon tierno, regalado, criado entre delicias y medio corrompido, nos quiere

persuadir que es insensible á tantos incentivos! Pero, mi Dios, ¿á qué fin hemos de buscar fuera de los mismos espectáculos otras razones para condenar semejantes pasatiempos?

Una gran sala donde concurre toda la gente ociosa, alegre y aun disoluta de una ciudad, los mas de costumbres estragadas, y muy contados los de buena vida; una concurrencia donde cada uno se presenta con toda profanidad, con toda la bizarría que puede; donde todo embelesa, todo brilla; donde los jóvenes de uno y otro sexo emplean lo mas fino, lo mas exquisito que ha inventado el estudio y el artificio, para que unos á otros se parezcan bien y para tentarse recíprocamente. Un patío de comedias, cuyos cuartos están llenos de escollos tanto mas peligrosos cuanto mas cubiertos, donde los ojos pueden juntar de una sola vez muchos objetos á cual mas dignos de temerse; á estos mudos peligros se añade el dulce y pegajoso veneno de las conversaciones demasiadamente tiernas, ó demasiadamente libres, porque en semejantes sitios no se da lugar á otro lenguaje. ¿Y qué diré del gran peligro á que expone la misma fatal necesidad de que las conversaciones hayan de ser secretas ó en voz baja por no estorbar la atencion de los demás? Pregunto: ¿no es querer burlarse de los timoratos y de los prudentes, teniéndolos por estúpidos ó por idiotas, el empeño de persuadirles que no hay peligro, que todo es inocente en semejantes espectáculos?

Sin embargo, estos no son mas que los funestos preludios de las conquistas que hacen las pasiones en esta clase de pasatiempos. En ellos todas las cosas concurren á enternecer el corazon, á tentarle y á pervertirle. Hasta la luz natural del sol, por ser demasiadamente pura y clara, parece que incomoda; y así es mas del gusto y mas de la moda de los espectáculos la luz artificial y débil de los blandones ó de las

bujías. Entran desde luego á preocupar los sentidos las decoraciones, las voces y los instrumentos; y, puestos aquellos de acuerdo con las pasiones, ¿cómo es posible que dejen tranquila el alma? Empléanse en derretirla, en moverla y en embelesarla lo mas delicado de la música, lo mas tierno de la armonía, lo mas patético de la composicion, y toda la dulzura que puede comunicar el arte á la voz y á los instrumentos. Fija los ojos la magnífica decoracion; arrebatan el ánimo las máquinas del teatro; suspéndele el desenredo de los lances, y queda preocupado casi sin reflexion para prevenirse contra las sorpresas. En esta disposicion de todos los sentidos, ó ganados ó cautivos, y en esta constitucion del corazon, tan propenso ya á dejarse cautivar, se dejan ver de repente en el teatro los actores y las actrices adornadas con todo el artificio que supo inventar el mas ingenioso y mas fino espíritu del mundo para prendar y para seducir, añadiendo al artificio todo lo que puede inspirar la pasion que representan y sienten. Y como la pasion dominante del teatro es el amor, es fácil discurrir á qué fin se dirigen aquellas quejas amorosas, aquellas relaciones tiernas, y mas representadas por unas mujeres mozas, hermosas por lo comun, dedicadas á tan peligroso oficio menos por necesidad que por inclinacion á la libertad y al desahogo, cuya mayor gloria consiste en agradar, asalariadas ó gratificadas para inspirar con viveza la pasion que representan; y todo con una voz dulce y pegajosa, y con un aire blando y halagueño; con mil movimientos libres, mezclados de palabras tiernas, de versos emponzoñados, compuestos con el mayor artificio para inspirar el amor y recitados por unas cortesanas, que aun sin hablar palabra se valen del arte, de la profanidad y del embuste para armar lazos á la inocencia. Este prodigioso conjunto de artificios y de incentivos, el menor de los cuales,

considerado separadamente, seria una peligrosa tentacion, ¿es posible que en el dictámen de los mundanos ha de ser un pasatiempo indiferente, una inocente diversion? ¡Y podrá uno ser buen cristiano discurriendo de esta manera!

El evangelio es del cap. 11 *de san Marcos.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Si scandalizaverit te manus tua, abscide illam: bonum est tibi debilem introire in vitam, quàm duas manus habentem ire in gehennam, in ignem inexstinguibilem: ubi vermis eorum non moritur, et ignis non exstinguitur. Et si pes tuus te scandalizat, amputa illum; bonum est tibi claudum introire in vitam æternam, quàm duos pedes habentem mitti in gehennam ignis inexstinguibilis: ubi vermis eorum non moritur, et *ignis non exstinguitur.*

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Si te escandalizare tu mano, córtatela: mejor te es entrar débil á la vida, que ir teniendo dos manos al infierno, á un fuego inextinguible: en donde su gusano no muere, y el fuego no se apaga. Y si tu pié te escandaliza, córtatele: mejor te es entrar cojo á la vida eterna, que teniendo dos piés ser echado á un infierno de fuego inextinguible; *en donde su gusano no muere*, y el fuego no se apaga.

MEDITACION.

DE LAS OCASIONES VOLUNTARIAS DEL PECADO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que siempre se debe temer la ocasion de pecar, ora se busque, ora no se busque. Conociéndose la inclinacion que todos tenemos á lo malo; á vista del desórden de la concupiscencia, del atractivo de los objetos y de la impresion que hacen en el alma; reflexionadas bien nuestras reincidencias, nuestra debilidad y nuestra flaqueza, ¿quién no temerá cuando se halla en la ocasion? Temieron y temblaron

los santos, cuando el acaso, la necesidad ó la malicia del demonio los metió en alguna; no tuvieron por ajeno de su espíritu ni de su valor el ponerse pálidos á vista de un peligro, en que no se trataba menos que de perder el alma y de perder á su Dios. Aun en los mismos desiertos no se consideraban bastantemente desviados de las ocasiones; levantaron columnas para perder de vista á los hombres, por explicarme de esta manera. Pero cuando se busca la ocasion, es mucho mas digna de temerse : *El que ama el peligro perecerá en él* (Eccl. 3), dice el Espíritu Santo.

No buscó *David la ocasion*, y en medio de eso, un objeto peligroso, que, sin pensar en él, ni haberle tratado jamás, se le puso á la vista, trastornó á aquel gran santo. ¿Y será posible que no han de hacer la menor impresion en el alma, no han de poner en peligro la inocencia los mas tentadores objetos todos juntos, que de propósito se van á buscar, y á los cuales te expones voluntariamente y tan de asiento? ¿mudóse por ventura el corazon del hombre? ¿no nacen con él las pasiones? ¿están confirmados en gracia todos aquellos que corren apresuradamente á meterse en tan espantosos peligros? Mas ha de sesenta años (decia un venerable anciano que habia envejecido en el desierto), mas ha de sesenta años que estoy macerando mi carne, que trabajo sin cesar en domar mi cuerpo con el ayuno, con el cilicio y con las mas vigorosas penitencias, y todavía reconozco dispuestas mis pasiones á encenderse con la centella del menor peligro; y unos mozos con las pasiones extremadamente vivas, con una virtud ó muy flaca, ó acaso ninguna, con los sentidos inmortificados, naturalmente propensos á lo peor, con las inclinaciones viciosas, estragado el espíritu y el corazon; unos mozos, para quienes todo es peligro, todo tentacion, van serenamente á buscar las ocasiones mas

tentadoras, se exponen á todos los peligros, corren apresuradamente á los espectáculos. Malo es no conocer su flaqueza; pero es mas digno de lástima aquel que, conociendo el precipicio, corre á él y no le teme.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el meterse voluntariamente en la ocasion es pecado mortal. Supongamos (lo que no es verisímil) que no se beba el veneno que se prepara; la misma preparacion bastó para emponzoñar. Grande error es lisonjearse uno, y aun llegar á persuadirse que puede estar mano á mano horas enteras con aquella persona, asistir tardes y noches á los concursos mundanos y peligrosos, fijar voluntaria y curiosamente los ojos en objetos lascivos ó provocativos, leer muy de propósito libros perniciosos, asistir con ansia y con gusto á todo género de espectáculos, y persuadirse, vuelvo á decir, de que nada le remuerde la conciencia y de que en nada hubo pecado. Búscanse estas ocasiones, porque se encuentra gusto en ellas; el corazon, de acuerdo con los sentidos, intenta satisfacerse; porque vamos claros, ¿concúrrese á ellas para mortificarse, para domar las pasiones, para hacerse violencia á sí mismo? ¿Podrá decir alguno que solo son unas inocentes diversiones del ánimo, en las cuales no tiene parte el corazon? ¡Lastimosa salida! ¿Quién podrá prometerse grandes victorias en unas ocasiones que precisamente busca para ser vencido? Si apenas hay fuerzas para resistir á la natural inclinacion que arrastra hácia la ocasion de pecar, ¿cómo será posible, metido ya en la misma ocasion, resistir á la violenta inclinacion que empuja poderosamente hácia el mismo pecado; y mas, hallándose ya atacado el corazon por todos los atractivos que le acompañan? El que no se puede te-

ner en pié sobre el borde del precipicio cuando ninguno le empuja, ¿cómo se tendrá puesto ya en el despeñadero, impelido con la presencia del objeto, impetuosamente movido por la pasion y solicitado vivamente por mil poderosos incentivos? De buena fe, ¿podrá ningun hombre de razon persuadirse, á menos que se quiera cegar ó aturdil voluntariamente, que no hay pecado alguno en buscar muy de propósito las ocasiones de pecar? ¿Dejará de ser temeridad meterse por gusto y sin necesidad en un mar tempestuoso, rodeado de escollos, donde naufragaron millares de millares? No se atreverian á exponerse los pilotos mas diestros y experimentados; y se entran en él sin miedo ni aprension los que se dejan llevar á merced de las olas y los vientos. Parece que los naufragios solo se hicieron para los cautos y para los prudentes, cuando los atolondrados y los disolutos se consideran seguros en medio de las borrascas. Digámoslo sin rebozo: un cuerpo muerto nada siente; el demonio tienta poco á una alma perdida, porque ella misma se tienta sobradamente á si propia; ¿ni á que fin ha de dar nuevos asaltos á una plaza que ya está rendida? Dicen que esos objetos les hacen poca ó ninguna impresion, porque están acostumbrados á ellos. Esto quiere decir, en buenos términos, que, acostumbrados ya á consentir en el pecado, ni los espantan ni les hacen novedad aquellas acciones que ya son ordinarias y familiares en ellos. Cuando la conciencia está gangrenada, no siente la culpa; pero á una conciencia sana, solo su sombra la estremece.

Espantado estoy, Señor, y gimo íntimamente al acordarme de las ocasiones en que me metí, y de la funesta seguridad con que me mantenia en medio de ellas. Bien veis, Dios mio, la disposicion en que mi corazon se halla al presente; dadme gracia para que

mis propósitos sean eficaces, y para que ningun motivo humano sea capaz de exponerme á las ocasiones de pecar.

JACULATORIAS.

O Domine, libera animam meam. Salm. 114.
¡Oh! Señor, libra mi alma de toda ocasion de perderte.

Ecce elongavi fugiens, et mansi in solitudine. Salm. 54.
Resuelto estoy á retirarme del mundo, á esconderme en la soledad por huir de los peligros.

PROPOSITOS.

1. *El que ama el peligro, perecerá en él,* dice el Sabio. Vanamente y aun injustamente se echa la culpa al tentador y á la tentacion; poca necesidad tiene el demonio de sus artificios, y no ha menester cansarse mucho para pervertirnos; mas almas tienen en el infierno las ocasiones de pecar en que voluntariamente se pusieron ellas mismas, que las mas violentas tentaciones; ni todas las máquinas del tentador son capaces de condenar. Convienen todos en que el mundo todo es peligro: objetos, modas, trajes, juegos, juntas, diversiones, conversaciones y hasta el espíritu del mismo mundo, todos son lazos. Y en medio de eso, se exponen á ellos, corren á ellos y en ellos pasan los mundanos la mayor parte de la vida, sin temor, sin preservativos, con el espíritu ya vencido, con el corazon estragado, contentándose con decir en tono lastimero: *Muy dificultoso es salvarse un hombre en el mundo; Dios se apiade de nosotros.* Prepárase el veneno con cuidado; vase bebiendo á sorbos, ó á tragos; y despues muchas quejas de que es corta la vida, de que se muere la gente en lo mejor de la edad, de que Dios nos da poca salud. Aprovéchate de la locura de tantos

otros y acaso tambien de la tuya misma; ten horror á todo cuanto te pueda ser ocasion de pecar, y estremécete en este particular hasta de la misma duda. Nunca digas: vime en tal ocasion, y no caí. No todos los venenos causan convulsiones ni inquietudes; los mas perniciosos son aquellos que menos se sienten. Basta que la persona, que la concurrencia, que el lugar sea ocasion próxima de pecar, para que efectivamente se peque solo con ponerse en ella. Huye todo lo que puede vulnerar la inocencia; huye todo lo que tiene asomo de peligro; huye todo lo que puede servirte de tropiezo; huye todo lo que tienta ó te puede tentar.

2. Por mas que el mundo quiera justificar sus usos, sus modas, sus diversiones, sus pretextos de atencion, de buena crianza, de decencia; engaño, ilusion, error: gobiérnate por principios mas cristianos, y no te dejes alucinar voluntariamente. Está el mundo sembrado (es verdad) de ocasiones, de peligros de pecar; pero en tu mano está evitarlos. Ocasiones son muy peligrosas los espectáculos, los bailes, los saraos; esas casas de juego públicas, esas tablajerías, donde concurren todos los ociosos y toda la gente libre del pueblo; esas tertulias, de donde está desterrado para siempre el espíritu del cristianismo; esas largas, estudiadas, cultas y cortesanas conversaciones con personas de diferente sexo; esa leccion de libros galantes ó sospechosos en materia de religion; ciertos dijes, ciertas alhajuelas, que recíprocamente se regalan entre sí ciertas personas; ciertos libros y ciertas pinturas, que son muy propias para avivar la pasion; ciertas visitas, ciertos dias de campo: un convite, una merienda, una persona, pueden ser para ti ocasiones de pecar; húyelas, córtalas sin dilacion, cuéstete lo que te costare. Pocos pecados hay que mas merezcan el castigo, ni que parezcan menos dignos de misericor-

dia, que aquellos cuya ocasion se busca libre y voluntariamente.

DIA VEINTE Y CUATRO.

LA NATIVIDAD DE SAN JUAN BAUTISTA.

El año de 5198 de la creacion del mundo, seis meses antes de la encarnacion del Verbo, hácia el fin del reinado de Herodes Ascalonita en Iduméa, el último que ocupó el trono de los reyes de Judá, fué servido el Señor de dar al mundo aquel ángel, de quien dice el profeta Malaquías que habia prometido Dios enviar delante de Jesucristo para prepararle el camino; aquel profeta, y mas que profeta, como dice el Salvador, en quien se habiá de acabar la ley y los profetas; aquel santo precursor, en fin, del verdadero Mesías, cuyo nacimiento habia de llenar de gozo todo el universo, y cuya concepcion fué acompañada de tantas maravillas; aquel hombre tan extraordinario, de quien aseguró el mismo Jesucristo no haber nacido otro mayor que él entre los hijos de las mujeres; Juan Bautista, hijo de Zacarías y de Isabel, ambos de la sacerdotal casa de Aaron, à la que únicamente estaba vinculado el sacerdocio; mas recomendables uno y otro por su singular virtud, que por su antigua nobleza. Eran justos delante de Dios, dice el Evangelio, llenando las obligaciones de la religion y de la ley; pero no tenian hijos, ni estaban ya en edad de tenerlos; fuera de que Isabel era estéril por naturaleza.

Era Zacarías sacerdote de la familia de Abías, la octava de aquellas veinte y cuatro clases en que distribuyó David toda la descendencia de Aaron, para evi-

tar la confusion en el ejercicio de sus sagrados ministerios. Alternaban por semanas estas clases en el servicio de las funciones del templo. Al principio de cada semana se sacaba por suertes el sacerdote que habia de entrar á servir para ofrecer el incienso al Señor por la mañana y por la noche en el lugar santo sobre el altar de oro. Dispuso la divina Providencia que, en la semana que tocó á la familia de Abías, saliese la suerte á Zacarías. Entró, pues, á la hora acostumbrada en aquella parte del templo donde solo era permitido entrar á los sacerdotes, quedándose los demás en el vestíbulo, ó parte mas exterior; y habiendo acudido aquel dia mayor concurso de pueblo que el ordinario, lo que hace verisímil que fuese un sábado por la noche, notaron todos que duraba la ceremonia mas de lo regular. Fué el caso que, mientras Zacarías estaba ofreciendo el sacrificio, visiblemente se le apareció un ángel en forma humana, que estaba en pié al lado derecho del altar. Al principio se llenó de un religioso temor el santo sacerdote; pero el ángel le confortó, diciéndole: *No temas, Zacarías, que mi presencia antes te ha de alegrar que estremecer: subieron al cielo las oraciones que ofreciste por la salvacion del pueblo, y Dios las oyó benignamente. Y para que no pongas duda en ello, vengo á decirte, de su parte, que tu esposa Isabel, en medio de sus años y de su esterilidad, concebirá y parirá un hijo, á quien pondrás el nombre de Juan, el cual llenará de consuelo á toda la casa de Israel. Su nacimiento será de grande alegría para tí y para todo el mundo, porque nacerá para anunciar la venida de su Salvador: será grande á los ojos de los hombres, y mayor á los de Dios; destinado para precursor del Mesías; santificado y lleno del Espíritu Santo en el vientre de su madre. Por todo el discurso de su vida guardará una rígida abstinencia; no beberá vino, ni otro algun licor de los que pueden embriagar; predicará con tanto zelo, que*

convertirá muchos hijos de Israel á su Señor y á su Dios; y este mismo Dios hecho hombre no se dejará ver en público hasta que Juan, su precursor, haya anunciado su venida, caminando delante de él con la virtud y con el espíritu de Elías: harálo con tanta eficacia, con tanta felicidad, que los padres se regocijarán de ver como resucitada en sus hijos su piedad y su fe; muchos de los que ahora están ciegos y son incrédulos, abrirán entonces los ojos, conocerán sus descaminos, y llenos de celestial sabiduría se aplicarán únicamente á buscar á aquel que viene á salvarlos, para que, cuando llegue, los encuentre enteramente dispuestos á recibirle, á obedecerle y á seguirle.

No dudó Zacarías que era ángel del Señor el que le hablaba; con todo eso, como eran tan portentosas y tan sobre las fuerzas de la naturaleza las cosas que le prometia, no se pudo resolver á creerlas. *¿Cómo me puedo persuadir* (le replicó) *que suceda lo que me dices, siendo yo tan viejo como soy, y siendo mi mujer poco menos que yo?* Presto experimentó el castigo de su poca fe y de su poca confianza. Para mostrarle el ángel ante todas cosas la sinrazon con que dudaba de lo que habia oido, le declaró quién era, qué empleo tenia y quién le enviaba. *Yo* (dijo) *soy el ángel Gabriel, uno de los espíritus que asisten mas cerca del Señor, prontos siempre á ejecutar sus divinas órdenes: él mismo me envió á tí para anunciarte esta dichosa nueva; mas porque dudaste de lo que te he dicho, ves aquí que desde este mismo punto quedarás mudo, y no recobrarás el uso de la lengua hasta que se cumplan todas estas cosas.*

Esperaba mientras tanto el pueblo á que saliese Zacarías, admirados todos de que tardase tanto en ofrecer el sacrificio; pero se asombraron mucho mas cuando al salir advirtieron que estaba sordo y mudo; novedad, que, añadida al espanto y á la turbacion

que notaron en su semblante, los persuadió á que sin duda habia tenido alguna vision. Concluida la semana de su ministerio, se retiró á una casa suya en la tribu de Judá, situada en las montañas, que se cree fuesen las de Hebron. Poco tiempo despues se hizo preñada Isabel; y como si se avergonzase de parecerlo en aquella edad, estuvo cinco meses sin salir de casa dando contínuas gracias al Señor por la merced que la habia hecho.

A los seis meses de su preñez vino a visitarla su prima la santísima Vírgen, cuando acababa de concebir en su purísimo vientre al Hijo de Dios por el Espíritu Santo. Noticiosa esta Señora del milagroso preñado de su prima por habérsele anunciado el mismo ángel que se apareció á Zacarías en el altar de los inciensos, y conducida del Espíritu Santo, partió de Nazaret á Judea, no permitiéndola diferir un momento este viaje la misma divina inspiracion que se le habia sugerido. Llegando á Hebron, entra en casa de Zacarías, saluda á Isabel, y en el mismo punto de la salutacion el niño de seis meses, que esta tenia en sus entrañas, da saltos de alegría dentro del mismo vientre á la voz de la santísima Vírgen, y queda santificado antes de nacer por la presencia de su Señor que aquella purísima doncella llevaba en su casto seno. Los saltos y la santificacion del hijo fueron acompañados de un torrente de gracias que desprendió el cielo sobre la santa madre. Conoció en el mismo instante el incomprensible misterio de la encarnacion del Verbo; y no pudiendo contener el gozo y el respeto, encarando con su dulcísima prima, prorumpió en estas tiernas exclamaciones: *Bendita eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre. ¿De dónde á mí tanta dicha que la Madre de mi Señor y de mi Dios se digne visitarme? Luego que llegaron á mis oidos las primeras palabras de tu salutacion, el hijo que tengo en mis entrañas saltó de*

gozo dentro de mi vientre, y yo misma me sentí ilustrada de su nueva luz. Ya se deja discurrir que la estancia de la santísima Vírgen en casa de Isabel seria un contínuo cauce de gracias para toda la familia. Cerca de tres meses se detuvo la Señora en casa de su prima, y apenas salió de ella, cuando Isabel dió felicísimamente á luz aquel dichoso hijo, que, segun las promesas del ángel, habia de causar tanta alegría á todo el mundo; aquel á quien se le anticipó el perfecto y libre uso de la razon antes de haber nacido.

Apenas se extendió por la mañana la noticia de su feliz alumbramiento, cuando concurrieron de todas partes los vecinos y los parientes á darla mil parabienes por la merced que el Señor la habia hecho dándola finalmente un hijo al cabo de tantos años de esterilidad. Ocho dias despues se volvieron á juntar los parientes, segun la costumbre, para la ceremonia de la circuncision, y preguntaron á la madre qué nombre se habia de poner al niño, no dudando que se llamaria Zacarías como su padre, y ya le iban á nombrar de esta manera, cuando la madre se opuso, diciendo que se había de llamar Juan. Representáronla que aquel nombre era nuevo y extraño en la familia, no habiendo noticia de que alguno de ella le hubiese tenido jamás; pero manteniéndose firme Isabel en que se habia de llamar Juan, sin duda por habérselo tambien revelado á ella el mismo ángel, determinaron los parientes consultar al padre y conformarse con lo que este resolviese. Preguntáronle por señas qué nombre queria se pusiese al niño; y Zacarías, pidiendo una pluma, escribió estas palabras : *Juan es su nombre.* Quedaron todos atónitos; pero lo quedaron mucho mas cuando vieron que, soltándosele de repente la lengua, recobró el uso de la voz, y comenzó á cantar alabanzas al Señor por las maravillas que habia hecho en su favor. Recibió tambien al mismo

tiempo el don de profecia, no cesando de publicar las misericordias del Señor, que iba en fin á cumplir las promesas hechas á su siervo Abraham en órden al Mesías, asegurando que su hijo era su profeta y su precursor.

Llenáronse todos de un respetuoso temor á vista de tan maravilloso suceso, y prorumpieron en alabanzas del Señor. Extendida la voz por toda la Judea, quedaron igualmente asombrados cuantos le oyeron; y como hasta entonces no se habia visto semejante maravilla, todos hablaban de ella con cierto lenguaje de extático estupor. *¿Quién piensas será este niño?* se decian unos á otros. Verdaderamente que hasta ahora no hay noticia de otro algun nacimiento de otro profeta, acompañado de tantos prodigios; y si hemos de hacer juicio de lo que será en lo futuro por lo que vemos en lo presente, será el mayor hombre que haya nacido de mujeres. Asi hablaban y así discurrian aun aquellos que tenian menos interés en los favores que dispensaba la divina bondad al recien nacido infante y á toda la familia de Zacarías.

Como este dichoso padre de un hijo tan querido de Dios pasó repentinamente de mudo á profeta y á un hombre lleno del Espíritu Santo, sintiéndose ilustrado de una nueva luz, y encendido su corazon de un divino fuego, quiso luego dar parte á todo el mundo de la alegría que le causaba aquel bien, que habia de ser comun á todas las naciones de la tierra, y exclamó en este inspirado cántico :

« Bendito sea para siempre el Senor Dios de Israel, que se dignó visitar á su pueblo y librarle de la esclavitud en que gemia despues de tantos siglos. Abatida la real casa de David, habiendo decaido de su majestad, de su grandeza y de su poder, vuelve otra vez á levantarla y la restituye á su esplendor, enviandola el Salvador que nos habian prometido los

profetas que nos precedieron, asegurándonos que, por formidables que fuesen los enemigos de nuestra salvacion, él nos libraria de sus manos. Muestra bien que no puede nunca olvidar la alianza contraida con Abrahan, nuestro padre, y la promesa que le hizo de excitar sus misericordias con nuestros padres, extendiéndolas hasta nosotros; para que, libres de la esclavitud de nuestros enemigos, le sirvamos sin temor, con una vida pura y santa, caminando continuamente en su presencia y sirviéndole con fidelidad y con amor. » Así publicaba á todos el santo viejo las misericordias del Señor, cuando, volviéndose hácia su hijo y mirándole fijamente, le dijo como arrebatado: « Tú, hijo mio, estas destinado para precursor y profeta del Salvador de los hombres: irás delante de él, allanarás el camino y dispondrás los pueblos para recibirle; enseñarás á los pecadores la ciencia de la salvacion, para que, volviendo á él por la penitencia, consigan el perdon de sus pecados. Estos son los efectos de aquella incomprensible misericordia que nos muestra en este tiempo, haciéndose semejante á nosotros, y bajando del cielo para visitar y para alumbrar á los que están sepultados en las tinieblas y en las sombras de la muerte, y conducirnos á todos al camino de la paz. »

El concurso de tantas maravillas como sucedieron en el nacimiento del niño Juan le hicieron célebre en toda la Judea. Refiere san Pedro Alejandrino, como un hecho de pública notoriedad, que, cuando Herodes buscó al Niño Jesus para quitarle la vida, quiso hacer lo mismo con el niño Juan, por el ruido que habia metido en el mundo su nacimiento; pero que le libró su madre santa Isabel, retirándose con él al desierto, hasta que, muerto Herodes, la madre se pudo volver libremente á buscar á Zacarías, pero dejándose á san Juan en el mismo desierto, donde queria el Espíritu

Santo se mantuviese hasta el tiempo de su predicacion. La vida que hizo en él, la sabemos por relacion de los mismos evangelistas : manteniase de miel silvestre, que es muy insipida, como tambien de langostas, y aun de esto era tan escaso y tan casi ninguno su alimento, como que no dudó decir de él la misma Verdad eterna, que no comia ni bebia. A la austeridad del alimento correspondia la del vestido; reduciase á una como zamarra de pelo de camello, atada á la cintura con una correa de cuero, pasando los dias y las noches en conversar con Dios, y disponiéndose con la oracion, con el ayuno y con todo género de penitencias para el ejercicio de su ministerio. Por esta inocente y penitente vida que hizo en el desierto, dice san Agustin y san Jerónimo, es tenido san Juan por modelo de vida austera y retirada de los anacoretas.

La Iglesia, dice san Bernardo, celebra la vida y la muerte de los demás santos, porque fueron santos; pero festeja el nacimiento temporal de san Juan Bautista, porque fué santo el mismo nacimiento y origen de una santa alegría. Es tan antigua la institucion de esta solemnidad, que en uno de los sermones de ella dice san Agustin la celebraban ya los fieles de su tiempo como de tradicion apostólica; y fué siempre tan solemne, que por algunos siglos se celebraban tres misas en este dia como en el de Natividad. Es tan general la alegría casi en todas las naciones, que se ve cumplido el vaticinio del ángel, cuando predijo á Zacarías que el nacimiento de Juan causaria alegría universal á todo el mundo, como se está verificando aun el dia de hoy, habiéndose pasado casi diez y ocho siglos. Testifica el citado san Bernardo que este dia no solo es uno de los mas alegres en el cristianismo, sino que hasta los mismos gentiles le solemnizan con luminarias, con hogueras y con otros regocijos. Lo

mismo hacen en él los turcos y todos los orientales segun nos lo refieren los viajeros. Lo cierto es que, despues de las principales fiestas de la redencion, no hay otra mas solemne desde los primeros siglos de la Iglesia que la Natividad de san Juan Bautista; y el concilio de Agda, celebrado el año de 506, la cuenta por una de las mas principales despues de la Pascua, Navidad, Epifania, Pentecostés y Ascension; ni es menos antigua que la misma fiesta la solemnidad de su vigilia. Para disponerse à ella instituyó el concilio de Salgunstad un ayuno de catorce dias; aunque no tuvo mucho efecto esta institucion particular.

Habiendo dicho el ángel à Zacarías que el hijo que le anunciaba estaria lleno del Espíritu Santo desde el vientre de su madre, es evidente que san Juan conoció à Jesucristo y fué santificado antes de nacer. Por eso dice san Ambrosio que su padre Zacarías dirigió al mismo niño su cántico; bien persuadido á que le entendia; y san Gregorio asegura que, antes de nacer, estaba ya dotado del don de profecía.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La natividad de san Juan Bautista, precursor del Señor, hijo de Zacarías y de Elisabeth, que fué lleno del Espíritu Santo en el claustro materno.

En Roma, la memoria de muchos santos mártires, que, acusados en tiempo de Neron calumniosamente del incendio de la ciudad, fueron atrozmente martirizados por órden del mismo emperador; unos, cubiertos con pieles de fieras, fueron echados à los perros; otros crucificados; otros encendidos como faroles para el alumbrado. Todos eran discípulos de los apóstoles; siendo así las primicias de los mártires que la santa Iglesia romana, campo fértil de víctimas, ofreció á Dios aun antes de la muerte de los apóstoles.

En dicho lugar, el santo mártir Fausto con otros veinte y tres.

En Satales en Armenia, los siete santos mártires hermanos, Orencio, Heros, Farnacio, Fermin, Firmo Ciriaco y Longino, soldados, que fueron despojados del cíngulo militar por el emperador Maximiano, por ser cristianos, y separados unos de otros para ser conducidos á diferentes lugares, donde, abrumados de calamidades y padecimientos, pasaron á descansar en el Señor.

En Creteil, diócesis de París, el martirio de los santos Agoardo, Agliberto, y otros innumerables cristianos de ambos sexos.

En Autun, el fallecimiento de san Simplicio, apellidado Tereste, famoso por su santidad y vida ejemplar monástica.

En Poitu, la muerte de santa Pechina, vírgen.

En Nant s, san Gohardo, obispo, sacrificado por los Normandos con una parte de su clerecía y pueblo, al cantar *Sursum corda*.

En Malinas, el martirio de san Rombaudo, obispo de Dublin en Irlanda.

En Auxerra, san Erry, fraile de san German.

En Marsigny, en Borgoña, el venerable Raigardo, de la órden de Cluni.

En Tesalónica, el martirio de santa Lucca y otros muchos.

En Constantinopla, el martirio de san Urbas y compañeros hasta setenta y nueve, quemados vivos bajo Valente.

En Roma, el fallecimiento de santa Rómula, mencionado por san Gregorio en dos lugares de sus obras.

La misa es en reverencia del santo, y la oracion la siguiente:

Deus, qui præsentem diem honorabilem nobis in beati Joannis nativitate fecisti: da populis tuis spiritualium gratiam gaudiorum, et omnium fidelium mentes dirige in viam salutis æternæ. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que hiciste este dia tan solemne para nosotros por el nacimiento de san Juan Bautista, concede á tu pueblo la gracia de los espirituales regocijos, y endereza las almas de todos los fieles por el camino de la vida eterna. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del capítulo 49 de Isaías.

Audite, insulæ, et attendite, populi de longè: Dominus ab utero vocavit me, de ventre matris meæ recordatus est nominis mei. Et posuit os meum quasi gladium acutum: in umbra manus suæ protexit me, et posuit me sicut sagittam electam: in pharetra sua abscondit me. Et dixit mihi: Servus meus es tu, Israel, quia in te gloriabor. Et nunc dicit Dominus, formans me ex utero servum sibi: Ecce dedi te in lucem gentium, ut sit salus mea usque ad extremum terræ. Reges videbunt, et consurgent principes, et adorabunt propter Dominum, et sanctum Israel, qui elegit te.

Oid, islas, y vosotras gentes remotas, atended: El Señor me llamó desde el vientre de mi madre, y desde su seno se acordó de mi nombre. Y hizo mi boca como espada aguda: me protegió bajo de la sombra de su mano: é hizo de mí como una saeta selecta, y me guardó en su aljaba. Y me dijo: Tú, Israel, eres mi siervo, en tí me gloriaré. Y ahora el Señor, que me formó siervo suyo desde mi concepcion, dice: Hé aquí que yo te he constituido luz de las gentes, para que tú seas mi salud hasta el extremo de la tierra. Los reyes y los príncipes se levantarán al verte, y te adorarán por causa del Señor, y el Santo de Israel que te eligió.

NOT

« Isaías, uno de los cuatro profetas mayores, fue de la tribu de Judá y de la casa real de David. Floreció casi ochocientos años antes del nacimiento de Cristo y profetizó hasta el reinado de Manasés, que le mandó aserrar con una sierra de madera. Su profecía mas parece historia de Jesucristo y de la Iglesia, siendo, como dice san Jerónimo, una especie de compendio de toda la Escritura, y de la vida y muerte del Salvador.

REFLEXIONES.

Oid, islas, escuchad con atencion, pueblos distantes: El Señor me llamó desde el vientre de mi madre. Aplica la Iglesia estas palabras del profeta á san Juan Bautista, y con efecto tienen mucha relacion con el precursor del Mesías; pero si las queremos entender en el sentido moral, ¿quién de nosotros no tendrá motivo para convidar á todos los pueblos del mundo á admirar las misericordias del Señor, y á reconocer el insigne beneficio que nos hizo disponiendo que naciésemos dentro del seno de la santa Iglesia? ¿quién de nosotros no podrá exclamar con David: *Venite, audite, et narrabo, omnes qui timetis Deum, quanta fecit animæ meæ?* Todos los que temeis á Dios, venid, escuchad, y os contaré cuántos beneficios ha recibido mi alma de su liberal mano. Antes que fuese concebido, pensó en mí; y ¡con qué bondad fué disponiendo aquella continua serie de providencias particulares, sin las cuales seguramente no hubiera sobrevivido á mi nacimiento! Pero donde manifestó mas su bondad y su amorosa providencia fué en toda la admirable economía de nuestra salvacion. ¡Qué sabiduría en disponer los medios, en desviar los peligros y en

multiplicar las gracias y los auxilios : El que tiene espíritu y entendimiento verdaderamente cristiano, descubre un sin fin de maravillas en toda la economía de la divina Providencia. Acordóse el Señor de nosotros : ¿y qué seria de nosotros si nos hubiera olvidado? ¿y qué debemos esperar, *si nosotros mismos nos* olvidamos del Señor? Inspirado el profeta del espíritu de Dios, antes de referir los favores y los beneficios recibidos de su liberal mano, da principio convidando á todo el universo mundo para que venga á reconocerlos. Estamos nosotros como inundados, como anegados en los beneficios del Señor; el cielo, la tierra, los elementos, las estaciones, todo nos predica su liberalidad; vivimos de sus bienes, no hay dia que no señale con algun nuevo beneficio. Ya que no nos privilegió en el nacimiento, por lo menos á pocos dias nos santificó la gracia del bautismo; y si nuestra inocencia no ha durado tanto como nuestra edad, no quedó por misericordia. Pero ¿dónde está nuestro agradecimiento? ¿y quién de nosotros no tendrá razon para decir que el Señor le protegió á la sombra de su mano? Trae á la memoria aquellos dias peligrosos, aquellas ocasiones secretas, aquellos enemigos encubiertos, aquellos ocultos venenos tan dignos de temerse. ¿Sacóte por ventura el arte de los médicos de aquella enfermedad que te puso á las puertas de la muerte, cuando tenias tanta necesidad de vivir para enmendar tu mala vida? ¿Debiste á tu industria ó á tu habilidad el salir tan felizmente de aquel estrecho lance en que corrian igual peligro tu vida y tu salvacion? ¿Somos en fin deudores de tantos dichosos sucesos á nuestros imaginarios méritos? *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam.* Sí, mi Dios ; bien lo sabemos, ningun hombre racional puede dudarlo, que todos estos beneficios, todas estas gracias, todas estas misericordias han sido efec-

to puro de vuestra inmensa bondad. Pero si lo sabemos, ¿cómo somos tan ingratos? ¿Cuántos habrá que hasta ahora no han dado gracias al Señor por el beneficio de haberlos hecho nacer de padres cristianos, y por el de haberlos reengendrado despues en las aguas del bautismo? ¡O buen Dios, y cuántos remordimientos nos ahorraria un poco de reflexion!

El evangelio es del cap. 1 de san Lucas.

Elisabeth impletum est tempus pariendi, et peperit filium. Et audierunt vicini et cognati ejus quia magnificavit Dominus misericordiam suam cum illa, et congratulabantur ei. Et factum est in die octavo, venerunt circumcidere puerum, et vocabant eum nomine patris sui Zachariam. Et respondens mater ejus, dixit: Nequaquam, sed vocabitur Joannes. Et dixerunt ad illam: Quia nemo est in cognatione tua, qui vocetur hoc nomine. Innuebant autem patri ejus, quem vellet vocari eum. Et postulans pugillarem scripsit, dicens: Joannes est nomen ejus. Et mirati sunt universi. Apertum est autem illico os ejus, et lingua ejus, et loquebatur benedicens Deum. Et factus est timor super omnes vicinos eorum: et super omnia montana Judææ divulgabantur omnia verba hæc: et posuerunt omnes, qui audierant in corde suo, dicentes: Quis, putas,

Cumplióse á Isabel el tiempo de parir, y parió un hijo. Y sus vecinos y parientes oyeron como el Señor habia ensalzado con ella su misericordia, y la daban parabienes. Y sucedió que á los ocho dias fueron á circuncidar el niño, y le llamaban Zacarías como á su padre. Y respondiendo su madre, dijo: De ningun modo; sino que se ha de llamar Juan. Y la dijeron: No hay ninguno en tu parentela que se llame con este nombre. Y hacian señas á su padre, cómo queria que se le llamase. Y pidiendo el estilo, escribió diciendo: Juan es su nombre. Y todos se admiraron. Y en aquel mismo instante fué abierta su boca, y desatada su lengua, y hablaba bendiciendo á Dios. Y sus vecinos fueron poseidos del temor: y todas estas cosas se divulgaron por todas las montañas de Judea: y todos cuantos las habian oido, las ponderaban en su corazon, diciendo: ¿Qué niño será este? Porque la mano

puer iste erit? Etenim manus Domini erat cum illo. Et Zacharias pater ejus repletus est Spiritu Sancto: et prophetavit, dicens: Benedictus Dominus Deus Israel, quia visitavit et fecit redemptionem plebis suæ.

del Señor estaba con él. Y Zacarías su padre fué lleno del Espíritu Santo: y profetizó diciendo: Bendito el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y remediado á su pueblo.

MEDITACION.

SOBRE AQUELLAS PALABRAS: ¿QUIÉN PIENSAS SERA ESTE NIÑO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay cosa mas ignorada ni mas oculta al hombre que su eterno paradero. ¿Tendrá la dicha de ser del número de los escogidos, de gozar de Dios eternamente en el cielo, ó tendrá la desgracia de ser contado entre los precitos, y de arder por toda una eternidad en el infierno? Esta es una noticia que Dios ha reservado solo para sí; lo que sabemos de cierto en esta vida es, que entre estos dos extremos no hay medio. Si Dios no fuere nuestro soberano bien, será nuestro soberano mal. Espantosa disyuntiva, que hace comprender bien la necesidad de la salvacion. No hay cosa mas oculta que este temeroso destino, y ninguna interesa mas nuestra curiosidad. ¿Qué piensas será aquel hombre, aquella mujer profana? ¿qué pienso yo mismo de mi suerte? Pero el que quisiere tener un presagio poco dudoso del destino que le espera despues de la vida, consulte sus costumbres, sondéese á sí mismo, si es que tiene fe; juzgue de su suerte por el fondo de su religion, por sus máximas y por sus obras.

¿Seguiráse una santa muerte á una vida poco cristiana y aun licenciosa? Un espíritu mundano, un co-

razon incierto y unas costumbres estragadas, ¿podrán traer frutos dignos de la vida eterna? El cielo, aquella purísima mansion, donde no se da entrada á la mas mínima mancha, ¿admitirá á una alma enteramente carnal? ¿Y se podrá esperar que se conceda una bienaventuranza eterna en recompensa de una vida atestada de pecados?

El Evangelio y la doctrina cristiana es la verdadera regla de las costumbres. Esta es aquella ley segun la cual se juzga y se decide de nuestro eterno destino; las únicas pruebas de los autos son nuestras obras. ¿Queremos saber cuál será aquella espantosa sentencia, de la cual nunca hay apelacion? Pues consultemos nuestra conciencia y el Evangelio; no ignoramos las reglas, las máximas ni los preceptos del uno; y sabemos muy bien los desórdenes, los delitos y los remordimientos de la otra. Todos son unos testigos que no podemos recusar; los hechos están probados, y nuestra propia conciencia los confiesa. Pues cotejemos estos hechos con el precepto; la ley está clara; con que parece que no es difícil adivinar cuál ha de ser la sentencia.

¡Ah Señor, ninguna cosa es mas fácil de pronosticar, y mas cuando vos os explicásteis tan claramente! *El que no cree, ya está condenado.* No es menester consultar otro oráculo. *El que come y bebe indignamente la carne y la sangre de Jesucristo,* dice el Apóstol, *come y bebe su eterna condenacion.* Examínese cada uno segun la religion y segun el Evangelio, y fácilmente acertará lo que debe pensar de su eterna suerte y de su eterno destino.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que nuestras inclinaciones, nuestras máximas en materia de religion, nuestras costumbres

y toda nuestra conducta es un pronóstico del paradero que algun dia hemos de tener. Esa desenfrenada codicia, esa impetuosa ambicion, esa licenciosa disolucion de costumbres, esa indevocion tan visible, esa poca religion, no pronostican cosa buena. Si apenas vives como cristiano, ¿puedes racionalmente esperar morir como santo? ¿cuántos actos de religion haces en todo el dia?

El negocio esencial, personal y único de la eterna salvacion pide todo el tiempo de la vida: ¿cuánto empleas tú en este negocio? Unas oraciones vocales de mera costumbre y con perpetuas distracciones; un aparecerte de ocho en ocho dias en la iglesia sin devocion y aun sin religion algunas veces; un recibir los sacramentos, capaz de entibiar la fe y aun desacreditar la religion, por el poco fruto que se saca de ellos, ó, por mejor decir, por la mala disposicion con que se reciben, la que estorba el fruto que habia de sacarse; confesiones sin enmienda; comuniones sin aumento de gracia y sin fervor; ejercicios espirituales sin mérito: todo esto no pronostica buen fin, no anuncia suerte dichosa. Confesémoslo; no somos nosotros solos los artífices de nuestra eterna felicidad; debémosla á la gracia y á la misericordia del Redentor; pero nosotros solos somos los que nos fabricamos nuestra eterna condenacion, nuestra perdicion eterna. No hay réprobo, no hay condenado que no conozca, que no confiese por toda la eternidad que tuvo los auxilios necesarios para salvarse, y que, si se condenó, fué porque no quiso corresponder á la gracia. Pues el desprecio que ahora se hace de ella, es infidelidad con que se la trata, ese abuso de los sacramentos, esas costumbres viciosas, esas continuas reincidencias, ese fondo de indevocion, de insensibilidad y de irreligion, todo esto puede ser un pronóstico poco in-

cierto, y casi palpable, del destino que te espera por toda la eternidad. *Porque vendrá el Hijo del hombre con la gloria de su Padre, y acompañado de sus ángeles, y entonces dará á cada uno lo que le corresponde conforme a sus obras.* Consultemos, pues, nuestras obras, y por ellas podremos juzgar qué será eternamente de nosotros.

¡Mi Dios! ¿á qué fin seremos tan curiosos por saber nuestro destino? ¡Ah! que mis costumbres, mis acciones y mis máximas me ofrecen sobrados materiales para satisfacer mi curiosidad; pero tambien me los ofrecen, y muy espantosos, para fundar mi temor. Todo cuanto al presente veo en mí, me pronostica la mayor de las desdichas. Vos, Señor, podeis conjurar con una nueva gracia, y hacer que no se verifiquen todos estos funestísimos presagios; concededme, Dios mio, esta gracia de mi perfecta conversion, y no permitais sean inútiles para mí estas reflexiones que acabo de hacer por vuestra misericordia. Resuelto estoy, mediante vuestra divina gracia, á vivir cristianamente en adelante, y que mi vida sea el mejor pronóstico de mi eterna dichosa suerte.

JACULATORIAS.

Veniant mihi miserationes tuæ, et vivam. Salm. 118.

Dignaos, Señor, de tener misericordia de mí; haced que me convierta, y será dichoso mi destino.

Secundùm misericordiam tuam vivifica me, et custodiam testimonia oris tui. Salm. 118.

Haced, Señor, que en adelante guarde vuestra ley, y no pereceré.

PROPOSITOS.

1. ¿Quieres saber lo que serás? pues mira lo que eres. Tus máximas, tu devocion, tus costumbres y su conducta son el oroscopo mas seguro. No cuentes con la vana esperanza de convertirte en edad mas madura; el tiempo no hace otra cosa que fortificar mas las malas inclinaciones. Si los árboles tiernos salen torcidos, *cuanto mas crecen*, mas se encorvan; antes se les hará astillas que conseguir enderezarlos. Las enfermedades habituales crecen con los años; las malas inclinaciones de los jóvenes envejecen con ellos: no tienen siempre el mismo fuego ni los mismos ímpetus, porque lo refrena algunas veces la madurez de la edad; pero la raiz cada dia es mas profunda. Sucede á las pasiones lo que á los torrentes; nunca mas violentos que cuando están mas distantes de su orígen. *Es cierto que cuanto mas* se extienden hacen menos ruido; pero ¿hacen por eso menos daño? La injuria, la cólera, la avaricia, etc., cada dia cobran mayores fuerzas al paso que se va debilitando la razon. Considera cuánto te importa corregir tus costumbres y domar tus pasiones desde los primeros años; en llegando á formarse el hábito, apenas es ya tiempo. Haz juicio de la disposicion en que te hallarás en la hora de la muerte por la que has tenido desde tus primeros años. *No quisieras morir* al presente, y te pareceria segura tu reprobacion si en el estado actual te vieras precisado á comparecer en el tribunal de Dios. Si no te enmiendas hoy, mañana serás peor. ¿Quieres tener un buen pronóstico de tu dichoso destino? pues comienza desde luego el edificio de la perfeccion sobre el plan que te has formado.

2. Seas del estado que fueres en el mundo, ora del

eclesiástico, ora del secular, siempre tienes obligaciones que cumplir, y perfeccion á que aspirar. Comienza desde hoy á cumplir exactamente todas tus obligaciones, y vive de manera que cada accion sea un pronóstico de tu dichosa suerte. En cada una de ellas, ó á lo menos muchas veces al dia, díte á tí mismo: mi fidelidad y mi puntualidad me dan nuevo motivo de confianza; y da lugar á esta consideracion en todas tus oraciones y en tus exámenes de conciencia. Examina bien todas las noches antes de acostarte, qué es lo que te promete y te pronostica el porte de aquel dia.

DIA VEINTE Y CINCO.

SANTA FEBRONIA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Durante la persecucion de Diocleciano, y hácia el fin del tercer siglo, una cierta doncellita cristiana hizo que triunfase la fe en medio de los tormentos, convirtiendo al mismo tirano y confundiendo al paganismo.

Habia en Sibápolis de Siria un célebre monasterio de monjas, cuya virtud, cuyo retiro y cuya vida penitente era admiracion y asombro aun á los mismos gentiles. Contábanse en él mas de cincuenta religiosas, ocupadas únicamente en meditar las misericordias del Señor, y en cantar dia y noche sus alabanzas. Llamábase Briena la superiora, señora de grande distincion; pero mas respetable por su venerable ancianidad, por su prudencia y por su virtud, que por su ilustre nacimiento. Tenia consigo una sobrina, por nombre Febronia, á quien desde la edad de tres años

habia criado en el monasterio; y era de diez y nueve á la sazon. Sobresalia entre todas no menos por su discrecion que por su hermosura; siendo esta tan peregrina, que se dudaba con razon si habria otra mayor en el mundo, dándola mucho realce su virginal pudor y su inocencia. La tia, que estimaba este esoro sobre todos los de la tierra, puso el mayor cui-, dado en tenerle bien escondido, pues en mas de diez y siete años de ninguno lo dejó ver.

Febronia, que desde su niñez habia tomado la generosa resolucion de no admitir otro esposo que á Jesucristo, á quien por los votos religiosos habia consagrado solemnemente su virginidad, aborrecia tanto la hermosura de su cuerpo, como la admiraban las demás, y no perdonaba medio alguno para ajarla, y aun para destruirla, llegando á tocar la raya de excesivas sus mortificaciones y sus penitencias. Ayunaba regularmente la mayor parte del año, y aun la misma comida era nuevo ejercicio de mortificacion, porque se reducia á legumbres y raices con un poco de pan y agua, pasando algunas veces dos dias enteros sin comer. Dormia en el duro suelo ó en una estrecha y bronca tarima, sin mas ropa que la que traia á cuestas; pero lejos de que esta penitente y rigurosa vida descompusiese su hermosura, cada dia adquiria nuevos grados, y cuanto mas se mortificaba, mas bella y mas perfecta parecia.

No era fácil que dejase de rezumarse hácia afuera á pesar del velo y de la retirada profesion, la noticia de una mujer tan peregrina. Sabiase que habia en el convento una religiosa de extremada belleza y de virtud aun mucho mas singular. Practicáronse mil ardides para verla y para hablarla; mas no fué posible conseguirlo, porque jamás se quiso dejar ver de persona alguna de fuera, ni aun de sus mismos parientes.

Entre otras, una señora viuda, moza y muy ilustre, llamada Hieria, que aun era catecúmena, tuvo tanta ansia por conocerla y por hablarla, que hizo extraordinarias diligencias para conseguirlo; y como nada pudiese alcanzar de la superiora ni con sus razones, ni con sus ruegos, ni con sus lágrimas, se arrojó á sus piés, protestando que no se levantaria de ellos, ni se apartaria de aquel sitio hasta lograr el consuelo de haber visto á Febronia. Compadecida la superiora de sus lágrimas y de su piadosa afliccion, consintió en darla gusto; pero como sabia bien la resolucion de su sobrina de no ver jamás á persona seglar, ni de uno ni de otro sexo, la dijo que no seria posible vencerla mientras estuviese en aquel traje, y que así seria preciso se vistiese de religiosa, con lo que ella la introduciria en el convento como que era monja forastera. Salió bien el artificio; recibióla Febronia con grandes demostraciones de amor y caridad; diósela órden para que la acompañase, la cortejase y la diese conversacion; hízolo ella tan notable y tan elevadamente, hablóla de la dicha del estado religioso con tanta mocion y eficacia, que, cuando Hieria solo pensaba hasta entonces en pasar á segundas nupcias, desde aquel punto no pensó mas que en recibir cuanto antes el bautismo y en retirarse del mundo, convirtiendo despues ella misma toda su familia á la fe de Jesucristo.

A esta conquista se siguió poco tiempo despues otra victoria mucho mas ilustre. Hallábase enferma Febronia, cuando llegó la noticia de que el prefecto Lisimaco y su tio Seleno venian á Sibápolis con órdenes terribles de los emperadores para exterminar á todos los cristianos. Anunciaban esta tempestad la alegría y el triunfo de los gentiles, como tambien los cadalsos que se levantaban en las plazas públicas. Con esta noticia se llenaron los fieles de consternacion. Eclesiás-

ticos, religiosos, seculares y hasta el mismo obispo, todos huian, y cada uno se ocultaba donde podia. Pero fué mayor la turbacion entre las religiosas; y ocupadas de terror á vista de lo que se contaba de la inhumanidad de los tiranos, estaban indeciblemente afligidas todas aquellas santas vírgenes. Conociendo el obispo el peligro á que se exponian si se quedaban en el monasterio, les dió licencia para que se saliesen de él y se pusiesen en seguridad con la fuga. Era espectáculo verdaderamente tierno ver aquella numerosa comunidad en punto de separarse, deshaciéndose en lágrimas, y sin abrigo donde recogerse; combatiendo entre dos afectos, y fluctuando entre el deseo de dar la vida por la fe y por conservar la virginidad, y entre el natural temor que les causaba el horror de los tormentos. La superiora, con un espíritu muy superior á su sexo y á su edad, declaró á todas sus hijas que tenian libertad para retirarse, aunque ella estaba resuelta á esperar la muerte dentro de su convento, teniéndose por muy dichosa si lograba terminar la vida recibiendo la corona del martirio. Pero no pudiendo ya disimular por mas tiempo su dolor, añadió: *Toda mi ansia es saber qué hará mi querida Febronia. ¿Qué haré yo?* respondió la santa doncella con una resolucion noble, firme y generosa, *¿qué haré yo? mantenerme aquí bajo la proteccion de mi dulce esposo Jesucristo y el amparo de mi amada madre la santísima Vírgen María. No temais, tia mia, que con la gracia de mi Redentor y de mi Salvador todo lo puedo. Ofrecíle ya el sacrificio de mi corazon, y ahora le ofrezco el de mi vida. ¿A que mayor gloria ni á qué mayor dicha puedo aspirar yo que á derramar mi sangre por mi esposo Jesucristo?* Enterneció á todas las monjas este discurso, pronunciado con aquella resolucion y con aquel desembarazo que inspira una virtud verdaderamente cristiana; y aunque todas quisieran seguir

el ejemplo de Febronia, las mas, haciendo su oficio la flaqueza natural, buscaron en otras partes el asilo que pudieron contra el furor de los tiranos.

Era Lisímaco un jóven de veinte años no cumplidos, hijo del prefecto Antimo y sobrino de Seleno, á quien su padre le habia dejado muy encomendado estando para morir. Estimaba mucho el emperador Diocleciano á esta familia, y para darla pruebas de su amor, hizo á Lisímaco prefecto del Oriente, dándole por asociado ó por asesor á su tio Seleno, que sabia muy bien era enemigo cruel de los cristianos. No así Lisímaco, que, habiendo nacido de madre cristiana, los amaba y los estimaba mucho. Encargado de tan honorífica comision, le fué preciso salir al frente de las tropas, cuyo mando encomendó al conde Primo, su primo hermano; pero con órden de que siguiese en todo los consejos de su tio Seleno. La primera ejecucion de las órdenes del emperador se hizo en Palmira, donde Seleno mandó despedazar con inaudita crueldad un gran número de cristianos. Llenóse de horror Lisímaco á vista de tan bárbara carnicería, y confesó reservadamente al conde Primo que, como habia nacido de madre cristiana, no podia mirar sin mucho dolor la inhumanidad con que eran tratados aquellos inocentes. Entró Primo en el dictámen del prefecto, y le ofreció sus buenos oficios en favor de los fieles. Hízolo así; pero no bastó toda su buena voluntad para estorbar que no se ejecutasen en ellos todo género de suplicios. Dieron noticia á Seleno los gentiles de que habia un célebre monasterio de religiosas cristianas; y al punto destacó una compañía de soldados para que se apoderase de él. Forzaron las puertas del convento; y presentándose en ellas la superiora, iban ya á degollarla, cuando santa Febronia se arrojó á los piés de aquellos bárbaros, pidiéndoles por gracia que fuese ella la primera víctima por donde se diese

principio al triunfo de la fe de Jesucristo. Detuviéronse un poco á vista de aquella intrepidez; pero cuando repararon mas en tan peregrina hermosura, quedaron como atónitos y suspensos. A este tiempo llegó el general Primo, echó de allí á todos los soldados; y sabiendo que las mas de las religiosas se habian escapado, no pudo contenerse sin exclamar: *¡ Válganme los dioses inmortales! ¿ y porqué no hicísteis vosotras lo mismo?* añadiendo, *todavía estais á tiempo, creedme, poneos á cubierto de esta tempestad.*

Dió mientras tanto sus providencias para poner fuera de todo insulto aquellas vírgenes, y pasando á dar cuenta á Lisímaco de lo sucedido, retirándole aparte, le dijo: *Encontré en el convento la que me parece tienen destinada los dioses para esposa tuya; es una doncella, que en todo su aire muestra ser persona de mucha calidad; y lo cierto es que su hermosura, en mi concepto, es la mayor de todo el mundo.* Pero Lisímaco le respondió: *Oí decir á mi madre que las doncellas de los conventos eran esposas de Jesucristo; y así yo me guardaré bien de aspirar á semejante boda.* No fué tan reservada esta conversacion, que no la hubiese oido toda un soldado, el cual partió al punto á dar el soplo á Seleno, diciéndole como el conde Primo trataba de casar á su sobrino con una doncella cristiana de incomparable belleza. Entró en furiosa cólera Seleno; y como era el mas cruel enemigo que tuvo jamás el nombre cristiano, dió órden para que al instante fuese llevada Febronia á su presencia. Fué espectáculo verdaderamente lastimoso ver aquella tierna y hermosísima doncella cargada de pesadas cadenas, como una inocente oveja que los lobos arrancan del medio del rebaño y la llevan al monte para despedazarla. Todas las religiosas deseaban seguirla para acompañarla en el martirio; pero declarando los soldados que solo tenian órden para llevar á esta, les fué preciso confor-

marse, y seguirla solamente con las lágrimas, con los gemidos y con los mas íntimos suspiros. Su santa tia, superior á su dolor, se contentó con decirla al tiempo de abrazarla: *Anda, hija mia, muéstrate esposa digna de Jesucristo, y dame el consuelo antes de mi muerte de poder decir que tengo una sobrina mártir*. No la permitió decir mas el dolor y la violencia; enterneciéronse todas, y sola Febronia se mostró alegre, serena y tranquila. Pusiéronla en presencia de Seleno, y luego que la vió, quedó como cortado y mudo; pero volviendo en sí, dió principio al interrogatorio, preguntándola quién era, y si era esclava ó libre. *Soy esclava,* respondió la santa. *¿Y de quién?* replicó el tirano. *De mi Señor Jesucristo,* respondió Febronia, *mi Salvador y mi Dios, á quien me consagré desde la cuna. Lástima es,* repuso Seleno, *que tan presto te dejases infatuar de esa vil secta; conoce ya tu desacierto y abre los ojos á tu dicha; los dioses, a quienes te mando que sacrifiques, fabricarán tu fortuna;* y mostrándola á Lisímaco, añadió: *Quiero hacerte sobrina mia, dándote por esposo á este caballerito mozo, mi sobrino; serás mujer de un caballero romano y una de las primeras señoras del imperio. Ea, quítenla esas cadenas.* La santa entonces agarrando las cadenas con las dos manos y revistiéndose de cierto aire majestuoso, digno de una verdadera esposa de Jesucristo: *Ruégote, Señor,* le dijo, *que no me quites el mas rico adorno que he tenido en todos los dias de mi vida. Y por lo que toca al partido que me propones, estando ya, como estoy, consagrada al soberano dueño del universo, es ocioso convidarme con todos los grandes ni con todos los príncipes de la tierra. La proposicion de que adore á los demonios, solo el oirla me causa horror. No pienses que por ser mujer y niña tengo miedo á tus tormentos; soy cristiana, y con esto lo he dicho todo; cuantos mas tormentos me hagas padecer en defensa de mi religion, mas contribuirás á la gloria de*

mi Señor Jesucristo y tambien á mi triunfo, si me es lícito hablar de esta manera.

Aturdió esta respuesta al tirano, y dejó como encantados á todos los concurrentes; pero volviendo de su asombro, mandó que al instante despedazasen el cuerpo de Febronia con aquel género de azotes que se llamaban plomadas. Horrorizó á los asistentes la barbaridad del juez y la crueldad de los verdugos; pero no alteró la constancia de la santa. Era todo su virginal cuerpo una sola llaga, y en medio de los tormentos se la oia cantar incesantemente alabanzas al Señor. Parecióle á Seleno que le insultaba, y creciendo su furor, dió órden de que la extendiesen en una especie de parrillas y que abrasasen sus llagas á fuego lento. Era espantoso el tormento y vivísimo el dolor, retirándose la mayor parte aun de los mismos paganos, por no tener valor para ver aquella bárbara crueldad; solo la santa, con generosa intrepidez, no cesaba de dar gracias á su divino Esposo por la gran merced que la hacia. Esta constancia hizo subir de punto la cólera y la rabia del tirano; mandó que la magullasen la boca, que la hiciesen pedazos todos los dientes y la arrancasen los pechos. Pero no bastando los azotes, el hierro ni el fuego para disminuir su fervor, ni para debilitar su constancia; horrorizada toda la ciudad á vista de la inhumanidad de Seleno, al mismo punto en que Febronia tenia todavía en la boca el dulce nombre de Jesus, su divino Esposo, fué separada la cabeza de su virginal cuerpo el dia 25 de junio hácia el principio del cuarto siglo.

Habian sido testigos Primo y Lisímaco, así del combate como del triunfo de la santa, y estaban hablando de la magnanimidad de aquella doncella y del gran poder del Dios de los cristianos, cuando les vinieron á decir que Seleno, perdiendo el juicio de repente y agitado de un ímpetu furioso, se habia

hecho pedazos la cabeza contra un pilar, y que habia espirado en el mismo sitio. Acudieron presurosos á su cuarto, y quedaron sobrecogidos de un santo horror á vista del espantoso cadáver. Solo este rasgo faltaba, dijo Lisímaco á Primo, al triunfo de Febronia y á la gloria de Jesucristo; anda, amado Primo mio, entrégate del cuerpo de esa heroina cristiana; recoge hasta la tierra que esté teñida de su inestimable sangre; enciérralo todo en una rica caja; y si se opusiere algun oficial, dile resueltamente que es órden mia. En el mismo dia mandaron Primo y Lisímaco que cesase la persecucion; hiciéronse ambos cristianos, y á su conversion se siguió la de otros muchos.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Bereo, la fiesta de san Sosipatro, discípulo del apóstol san Pablo.

En Roma, santa Lucía, vírgen y mártir, con otros veinte y dos.

En Alejandría, san Gallicano, mártir, varon consular, que, despues de haber recibido los honores del triunfo y haber sido amigo del emperador Constantino, fué convertido á la fe de Jesucristo por los santos Juan y Paulo. Hecho cristiano, se retiró con san Hilarino á Ostia, donde se dedicó exclusivamente á la hospitalidad y asistencia de los enfermos. Publicada por toda la tierra la nombradía de tanto sacrificio, muchísima gente que iba de muchas partes se admiraba de ver á un hombre que habia sido patricio y consular lavar los piés á los pobres, poner las mesas, servir á los enfermos apresurado, prodigándoles todos los servicios caritativos imaginables. Echado luego de allí por Juliano Apóstata, se retiró á Alejandría, donde, habiendo despreciado las órdenes del juez Rauciano, que pretendia compelerle á sacrificar á

los ídolos, fué acuchillado muriendo mártir de Jesucristo.

En Sibápolis en Siria, santa Fêbronia, vírgen y mártir, que, durante la persecucion de Diocleciano y bajo el juez Lisímaco, fué, por la conservacion de la fe y la castidad, primero azotada con varas, atormentada en el potro, luego desgarrada con peines de hierro y arrojada al fuego. Por último se vió romper los dientes, arrancar los pechos, cortar la cabeza; y adornada con tantos padecimientos, se fué al tálamo nupcial de su divino esposo.

En Besanzon, san Antida, obispo y mártir, que fué muerto por los vándalos por la fe de Jesucristo.

En Riez, san Próspero de Aquitania, obispo de aquella ciudad, ilustre por su saber y piedad, combatió contra los pelagianos en defensa de la fe católica.

En Turin, la fiesta de san Máximo, obispo y confesor, célebre tanto en ciencia como en santidad.

En Holanda, san Adelberto, confesor, discípulo del obispo san Uvilibrordo.

En el territorio de Godet, cerca de Nusco, san Guillermo, confesor, padre de los eremitas de Montevergine.

En Aquitania, san Dizencio, obispo de Saintes, conocido en Burdeos con el nombre de Dizans.

En el Perigor, san Chamans, religioso de Genullac, fundador del monasterio de su nombre.

En el Limusino, san Onule, confesor.

En Noyen cerca de Montargis en Gatinais, san Itier, obispo de Nevers.

En Inglaterra, san Anfimas, confesor.

En una isla de las Hebridas á orillas de la Escocia, san Molonasco, obispo, discípulo de san Brendan.

En Quidzine, diócesis de Pomesa en Prusia, santa Dorotea, viuda.

La misa es de la infraoctava de san Juan Bautista, y la oracion la que sigue :

Indulgentiam nobis, quæsumus, Domine, beata Febronia, virgo et *martyr*, imploret, quæ tibi grata semper exstitit, et merito castitatis, et tuæ professione virtutis. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, nos alcance el perdon de nuestros pecados la intercesion de la bienaventurada vírgen y mártir Febronia, que tanto te agradó, así por el mérito de su castidad, como por la ostentacion que hizo su constancia de tu infinito poder. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 31 *de los Proverbios.*

Fortitudo et decor indumentum ejus, et ridebit in die novissimo. Os suum aperuit sapientiæ, et lex clementiæ in lingua ejus. Multæ filiæ congregaverunt divitias; tu supergressa es universas. Fallax gratia, et vana est pulchritudo: mulier timens Dominum, ipsa laudabitur. Date ei de fructu manuum suarum, et laudent eam in portis opera ejus.

La fortaleza y la honestidad son sus atavíos, y se reirá en el último dia. Abrió su boca con sabiduría, y la ley de piedad está en su lengua. Muchas mujeres amontonaron riquezas, pero tú aventajaste á todas. Es engañoso el donaire, y vana la belleza : la mujer que teme á Dios, esa será alabada. Dadle del fruto de sus manos, y alábenla sus obras en presencia de los jueces.

NOTA.

« Los Proverbios de Salomon son, sin disputa, lo mejor y lo mas escogido de sus obras; son como la quinta esencia de aquella divina sabiduría que recibió de Dios, y como el compendio de toda la filosofía moral. El nombre de *Proverbios* no se ha de en-

tender aquí en la vulgar significacion; pues solo quiere decir en esta ocasion sentencias, máximas, apotegmas, lecciones cortas y doctrinales en estilo conciso, lacónico y jugoso.»

REFLEXIONES.

Está vestida de fortaleza y de hermosura. No hay cosa mas superficial ni menos sólida que la hermosura del cuerpo. Es mucha pobreza de entendimiento y aun de corazon hacer vanidad, y mucho mas hacer mérito de ella; porque mas tiene de imaginaria que de real. No hay cosa mas dependiente de las extravagancias del gusto si no la animan el espíritu y la virtud; á lo mas es una bella estatua, salvo que no tiene su duracion ni su firmeza. Basta una calenturilla, una enfermedad de pocos dias y aun de pocas horas, para marchitar aquella flor pasajera; y cuando falten estas, no es menester mas que la edad para ir abultando, descomponiendo y desconcertando aquellas delicadas líneas en que consistia toda la hermosura de la bella imágen. Sin embargo, este es aquel idolillo de todas las personas del otro sexo. Ya siquiera nos contentaramos con que no llamasen por auxiliar al arte para suplir lo que falta á la naturaleza. Mas ¿de qué artificios no se vale una mujer para parecer lo que no es? ¿de qué estudio para brillar, para deslumbrar y para agradar? ¿Si pondrá tanto en edificar y en parecer buena cristiana? Pero ¿quién no sabe que la hermosura sin virtud es una mascara que se gasta ó se cae? Y en cayéndose la máscara, ¿quién puede ver sin horror lo que se escondia detras de ella? Hay pocos hombres de juicio que no conozcan la máscara y que no la desprecien. No hay cosa que parezca peor que la afectacion de parecer bien; ¿que mérito darán á la persona las mo-

das, las galas, los vestidos ricos, aquel desden, aquel orgullo, aquella afectada fiereza en las preciadas de lindas? Solo sirven para que se conozca mejor lo mucho que les falta, y sobre todo, su corta capacidad y el desórden de sus costumbres. La profanidad de los vestidos es una lastimosa vanidad; pero es vanidad de moda. ¿Qué importa que la condene el espíritu de la religion cristiana, si el espíritu del mundo la aprueba y la autoriza? Hasta nuestros tiempos habia sido la modestia una de las prendas mas estimables en una mujer cristiana; pero ya parece que esta virtud se ha desterrado de aquellas que se llaman señoras y mujeres de distincion : *Elevatæ sunt filiæ Sion, et ambulaverunt extento collo.* Las hijas de Sion, dice el Profeta (haciendo una pintura de las mujeres de nuestros tiempos), las hijas de Sion han tomado un bello aire, andan con mucha altivez, muy levantadas de cabeza, muy cuellierguidas, mostrando el orgullo y la presuncion en todos sus movimientos : sus gestos, sus acciones, sus meneos, su modo de mirar y su gusto en el vestir, todo está publicando la mas ridícula y la mas lastimosa vanidad. Observa, dice el Profeta, con qué afectacion van moviendo los pasos y estudiando los meneos : *Et composito gradu.* ¡Válgame Dios! ¿Cuándo hemos de acabar de creer que todo el mérito de una mujer consiste en la virtud? ¿cuándo hemos de convencernos de que su mayor, su único y su verdadero elogio le han de hacer su recato, su modestia, su retiro, su devocion y la constante aplicacion á las labores de su sexo y al cumplimiento de sus obligaciones? Brilla, es verdad, una mujer mundana con su profanidad, con sus galas, con su vanidad, con su ostentacion; pero esta brillantez ¿dura hasta la sepultura? ¿se zumba con la muerte, manteniendo aquel buen humor, aquel desembarazo, aquella li-

bertad con que en sana salud se burlaba de las verdades mas terribles de la religion? Imagínate un conjunto de todas las perfecciones; añade á él todas las riquezas; junta á este cúmulo el tren mas ostentoso, los mas magníficos equipajes: todo se acaba, todo se desvanece en la postrera hora. Solo la virtud es respetable, ella sola es la que brilla despues de la muerte.

El evangelio es del cap. 6 de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Lucerna corporis tui est oculus tuus. Si oculus tuus fuerit simplex, totum corpus tuum lucidum erit; si autem oculus tuus fuerit nequam, totum corpus tuum tenebrosum erit. Si ergo lumen, quod in te est, tenebræ sunt, ipsæ tenebræ quantæ erunt?

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: La antorcha de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo fuere simple, todo tu cuerpo estará iluminado; pero si tu ojo fuere malo, todo tu cuerpo será tenebroso. Si la luz, pues, que hay en tí se hace tenebrosa, ¿cuán grandes serán las mismas tinieblas?

MEDITACION.

DEL PECADO DE LA IMPUREZA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay pecado mas universal, pero tampoco le hay cuyas heridas sean mas profundas ni mas mortales que el pecado de la impureza. Vióse Dios como obligado á anegar á todo el universo en as aguas del diluvio, porque todo él se habia manchado y corrompido con este pecado. Solo diez justos pedia el Señor en Sodoma para detener el fuego que habia de reducir á cenizas todos sus habitadores; y no se hallaron en cinco grandes ciudades diez solas personas que no estuviesen manchadas con esta

culpa. Pregunto : ¿Está el mundo mas exento de ella el dia de hoy? ¿reina hoy mas en el mundo la virtud de la pureza? ¿qué edad se halla á cubierto de este abominable pecado? ¿qué estado, qué condicion, qué sitio ni qué desierto, donde no se deba estar en vela contra él? Es un enemigo doméstico, contra el cual siempre es menester estar con las armas en la mano, porque no da golpe, no hace herida que no sea mortal. Todo pecado de impureza es grave; por eso ningun otro condena tantos hombres cada dia : ella es la causa mas universal de la condenacion de los hombres. La impureza, por lo comun, no como quiera es señal de la reprobacion, en cierta manera es como principio de ella. ¡Qué tinieblas, qué ceguedad causa en el alma! ¡qué insensibilidad en todo lo que toca á la religion! ¡qué dureza en el corazon! Embrutece el alma, y no hay cosa que mas desfigure, aun al hombre de mayor entendimiento, que este pecado. Parece que apaga el espíritu, que oscurece la razon, que estraga el mejor genio, que muda el corazon y que trasforma todo el hombre. Con efecto, el espíritu mas brillante, el mas noble corazon, el genio mas apacible, el alma mas racional, la mas despejada, la mas atenta, la mas culta en menos de nada bastardea, se pervierte y se entorpece por la impureza. El que se entrega á este vicio, luego muda de aire, de modales, de máximas, de principios; el ánimo se afemina, piérdese la sinceridad, desvanécense todas las buenas prendas, y sobre todo visiblemente se va apagando la fe, porque no hay pecado mas enemigo de la religion, Recórranse todas las sectas de los herejes : ninguna se hallará que no deba á este vicio su nacimiento ó por lo menos sus progresos; estragado el corazon por la impureza, fácilmente se apodera el error de la razon. Concíbese tanto horror á la ley de Jesucristo, que

no se puede sufrir la doctrina de su Iglesia, y se querria que fuese falsa una religion tan pura. No hay hereje á quien no parezca precepto imposible el de la castidad. ¡Qué horror, buen Dios, se debe tener á este pecado!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay vicio cuyos efectos sean mas funestos, no hay pecado que precipite al hombre en mas profunda ceguedad, ni le despeñe en mas fatales desórdenes. El descaro, inseparable de este vicio, no tiene otro principio que la ceguedad; y esta es tanta, que el lujurioso ni ve la ruina de sus intereses, ni la de su honra, ni la de su familia. Ninguna pasion hace al hombre mas esclavo, mas brutal, ni hay otra que le envilezca mas; el hombre sensual no se conoce á sí mismo, y apenas se diferencia de un animal (*P. Bourdal*). Asombra verdaderamente hasta qué punto llega á embrutecer este pecado; no hay interés que no desprecie; no hay honra que no sacrifique; no hay dignidad que no profane; no hay fortuna que no arriesgue; no hay amistad que no atropelle; no hay reputacion que no exponga; no hay ministerio que no manche; no hay obligacion que no posponga al gusto de su pasion. ¿Qué caso se puede hacer de la religion de un impúdico? ó, por mejor decir, un impúdico ¿puede tener mucha religion? No es el ateismo el que guia á la deshonestidad; la deshonestidad es la que precipita en el ateismo. No hay hombre desordenado en esta materia que no tenga el ánimo estragado y disoluto, que no haga vanidad de dudar de todo y de no creer nada. No se verá mujer profana y divertida que no se precie de lo que se llama espíritu fuerte y de disputar sobre las verdades del cristianismo; porque á fuerza de disputar se quisiera persuadir á sí misma que no hay Dios, segun aquella

bella sentencia de san Agustin, que solamente dudan de que le haya aquellos que verdaderamente quisieran que no le hubiese. En los demás pecados, el espíritu de tinieblas nos ataca como enemigo, nos solicita como tentador, nos sorprende como engañoso; pero en este nos domina como tirano. Tantos esclavos hay cuantos se cuentan rendidos á este desdichado vicio. ¿Y se hallan muchos que vuelvan á cobrar su libertad? ¿qué pecado mas distante, al parecer, del arrepentimiento; y por consiguiente cuál otro será mayor señal ó uno como principio de reprobacion? Con todo eso, ninguno es mas comun; funesto principio, fatal orígen de todos los azotes con que el Señor, justamente irritado, castiga los reinos y las familias. ¡Qué horror se debe tener, y con qué vigilancia se debe vivir contra enemigo tan cruel y tan falaz! ¡qué precauciones se deben usar, qué desvelo, qué exactitud se requiere para conservar la inocencia! ¡con qué cuidado se deben huir las mas mínimas ocasiones! ¡qué mortificacion de sentidos! ¿Podrá uno vivir entre el regalo, entre la ociosidad, entre los placeres, y ser casto?

¡O gran Dios de la pureza! infúndeme tanto horror á este vicio, que antes lo sacrifique todo, antes muera mil veces, que tener la desdicha de caer en tal pecado. Acobárdame verdaderamente mi flaqueza; pero me alienta vuestra infinita misericordia. Confío únicamente en vuestra gracia y espero que, aplicando todos los medios para conservar mi preciosa inocencia, no permitiréis que jamás manche mi alma con tan fea culpa.

JACULATORIAS.

Pepigi fœdus cum oculis meis, ut ne cogitarem quidem de virgine. Job, 31.

Hice pacto con mis ojos de que se habian de abstener

de objetos peligrosos, para librarme de pensamientos deshonestos

Aufer à me ventris concupiscentias, et concubitus concupiscentiæ ne apprehendant me. Eccl. 23.
Apartad, Señor, de mi imaginacion todo torpe pensamiento.

PROPOSITOS.

1. Es la impureza un horrible monstruo con quien parece que el mundo se ha domesticado, á pesar de los estragos, de las heridas que abre en el alma. Los lazos que arma son tan ocultos, y los prepara tan disimulados, que pocos desconfian de ellos. Este enemigo cruel tiene secretas inteligencias con nuestro corazon; sus saetas están doradas, mas no por eso son menos penetrantes; todas están envenenadas, y aunque sea dulce el veneno, siempre es mortal; y lo mas extraño es que todos los sentidos contribuyen á introducir en el alma este veneno. Con verdad se puede decir que todos ellos concurren á engañar al corazon para que el pecado reine en él. Una voz dulce lleva consigo el veneno; el canto, la armonía ablandan el alma y la van disponiendo para que se la pegue el contagio; los ojos son las ventanas por donde entra la muerte; para un corazon ya preparado todo es tentacion. Por eso se ha dicho tantas veces que el remedio mas eficaz contra este mal es la fuga. Aun los desiertos mas espantosos no son asilo seguro, ¿qué será el tumulto del mundo? Aplica todo tu cuidado, todo tu desvelo á ocupar y á cerrar las entradas á este enemigo. Está perpetuamente alerta contra las sorpresas de los sentidos; tenlos en continua esclavitud si no quieres ser esclavo de ellos. Huye las frecuentes conversaciones con personas de diferente sexo; en ellas se procura que brille la discrecion y la gracia;

esta no brilla sin el fuego; y donde hay fuego hay humo. Vela sobre tus hijos y tus criados, porque los peligros son comunes á todos; no te concedas libertad alguna desordenada por mínima que sea. La delicadeza de conciencia conserva la virtud; en este particular no te perdones ni aun el mas mínimo descuido, y hasta la sombra del pecado te debe causar temor.

2. Cuida mucho de no tolerar en tu casa pinturas indecentes, libros lascivos, historias de galanteos ni novelas. No hay cosa mas nociva que estos instrumentos, de que se vale el demonio para manchar el alma, despertando en ella la concupiscencia. Las imágenes desnudas, que se representan en los cuadros, abren mortales heridas en el corazon; quema hoy mismo todas esas obras del espíritu lascivo; no te excuses con que son de mucho valor, salvo que las estimes mas que á tu alma. En una casa cristiana todo ha de respirar piedad. Sobre todo, ten siempre sumo horror á todo traje provocativo, á toda moda inhonesta, desterrándola de tu casa y no sufriéndola en tu familia. Basta que la religion la desapruebe para que no la toleres tú. Ninguna cosa prueba tanto la desenfrenada licencia de nuestro siglo como esas modas escandalosas. Introdúcenlas por lo comun las comediantas; y esto solo debiera bastar para que la mirase con horror toda doncella cristiana y de vergüenza.

DIA VEINTE Y SEIS.

SAN JUAN Y SAN PABLO, HERMANOS, MÁRTIRES.

Estos dos ilustres mártires tan célebres en la universal Iglesia fueron italianos de nacion, y á lo que se cree, de muy noble nacimiento; pero se hicieron respetar mucho mas por su mérito personal y por aquel inviolable amor á la religion cristiana, de cuya pública profesion hacian el mas generoso alarde.

La princesa Constancia, hija del emperador Constantino el Grande, sanó repentinamente de cierta molesta enfermedad por la intercesion de santa Inés, y agradecida á este beneficio del cielo, determinó renunciar las vanidades del mundo, haciendo voto de castidad, por lo que suplicó al epmerador su padre tuviese á bien que, sin dejar la corte, hiciese una vida retirada, ejemplar y recogida. Sorprendió gustosamente al piadoso emperador la generosa resolucion de la princesa, y él mismo quiso disponer la casa echando mano de aquellos criados y oficiales, cuya virtud y talentos juzgó habian de congeniar mas con la cristiana inclinacion de su hija, nombrando á Pablo por su primer caballerizo, y á Juan por su mayordomo mayor.

Muy en breve se hizo distinguir y se comenzó á celebrar en toda la corte su prudencia, su despejo, su cultura, su urbanidad y sobre todo su virtud, siendo el asunto mas frecuente de las conversaciones de palacio. Especialmente la princesa, que los trataba mas de cerca y conocia mejor que todos la sólida piedad de aquellos dos señores, no se hartaba de alabarlos;

pero los hizo mucho mas célebres un suceso sin duda muy singular.

Los Escitas, nacion bárbara y cruel, entraron en la Tracia con un formidable ejército, llenándolo todo de terror, hasta las mismas puertas de Constantinopla que actualmente estaba edificando Constantino y todavía no se hallaba en estado de defensa. Levantó prontamente el emperador todas las tropas que pudo para oponerlas á aquel torrente; y sabiendo que el mejor general de sus ejércitos era Galicano, como lo habia experimentado en la guerra contra los Persas que acababa de terminar gloriosamente, le nombró general del ejército que mandó marchar contra los Escitas.

Aunque Galicano estaba todavía sepultado en las tinieblas de la gentilidad, con todo eso era un señor muy estimado en la corte por su valor y por las victorias que habia conseguido contra los enemigos del imperio. Ya habia sido cónsul, y aspiraba por sus méritos á los primeros empleos; por lo que no quiso admitir el mando de aquella expedicion, sino con las dos precisas condiciones de que, si volvia victorioso, se le habia de hacer cónsul segunda vez, y el emperador le habia de dar por esposa á la princesa Constancia.

En la primera no habia dificultad; pero en la segunda se halló muy embarazado el emperador, como quien no ignoraba la resolucion de la princesa, y no pudo disimular su inquietud. Informada Constancia del embarazo en que se hallaba el emperador su padre, pasó á su cuarto, y conociendo la falta que le hacia aquel oficial, llena de confianza en Dios, y muy asegurada de que el mismo Señor tomaria de su cargo la custodia de su virginidad, dió su consentimiento para que la prometiese á Galicano por esposa; pero con la condicion de que el general llevase en su compañía á sus dos gentiles hombres Juan y Pablo, dejando

en la de la misma princesa á sus dos hijas Atica y Artemia, que habia tenido en el primer matrimonio. Aceptóse prontamente la condicion, y aquellas dos damas pasaron luego al servicio de Constancia, marchando Juan y Pablo al ejército en compañía de Galicano. Dió este la batalla á los Escitas, y fué casi del todo derrotado, quedando hecha pedazos una gran parte del ejército, de manera que ya solo pensaba en retirarse, cuando los dos hermanos Juan y Pablo le aconsejaron hiciese voto de abrazar la religion cristiana si Dios le concedia la victoria. Hízole, y de repente ocupó tal terror el corazon de los bárbaros, que, bajando las armas y abatiendo las banderas, se le rindieron á discrecion, cuando ya parecia tener en las manos una victoria completa.

Pero mas gloriosa la acababa de conseguir la princesa, triunfando en fin de la obstinacion con que Atica y Artemia se habian atrincherado hasta entonces en el paganismo; pues, abriendo finalmente los ojos á los rayos de la divina gracia, y movidas no menos de los ejemplos que de las exhortaciones de su ama, abrazaron ambas nuestra santa religion.

Mientras en la corte del emperador se celebraba el triunfo de la fe en la insigne conversion de aquellas dos señoras, llegó la noticia de la completa victoria que Galicano habia conseguido de los Escitas; mas ninguna otra circunstancia la hizo tan plausible como la milagrosa conversion del general, que, despues de haber obligado á los bárbaros á abandonar todo el bagaje, á retirarse á su pais y á pagar anualmente un tributo al emperador, volvió á la corte, ya no con el pensamiento de recibir la toga consular, ni de desposarse con la princesa Constancia, sino con la resolucion de abrazar la religion cristiana, y retirarse del mundo para dedicarse á Dios enteramente. No obstante, reconocido el emperador á sus grandes

servicios, le creó cónsul y le decretó los honores del triunfo. Concluido su consulado, en el cual dió libertad á cinco mil esclavos suyos, se retiró á Ostia con san Hilario, fijando allí su habitacion y fundando un gran hospital, cuya direccion tomó él mismo á su cargo, sirviendo en persona á los pobres con tanta caridad, que su nombre se hizo famoso en toda la universal Iglesia. El emperador Juliano Apóstata, que sucedió al hijo de Constantino el año de 361, noticioso del retiro de Galicano y del zelo con que socorria á los cristianos, le envió órden para que sacrificase á los ídolos, ó saliese al punto de Italia. Retiróse á Alejandría, donde continuó sus oficios de caridad alentando á los fieles, atendiendo á las necesidades por todos los medios posibles, hasta que mereció la corona del martirio en el dia 25 de junio en que la Iglesia celebra su memoria.

Mientras tanto, restituidos ya Juan y Pablo á la corte para servir sus empleos en el cuarto de la princesa Constancia, proseguian con mayor fervor que nunca en el ejercicio de sus devociones y obras de misericordia, distinguiéndose cada dia mas por sus crecidas limosnas y por su insigne caridad. Del favor que lograban con la princesa y con el emperador solo se valian para el consuelo de los infelices; recurriendo todos á ellos como á protectores de huérfanos, padres de pobres y amparo de desvalidos.

Muerto Constantino el Grande, se mantuvieron en la corte Juan y Pablo con el mismo valimiento y estimacion de sus hijos que habian logrado durante la vida de su padre, conservándoselos en sus empleos aun despues que murió tambien la princesa. Pero luego que subió al trono Juliano Apóstata, y se declaró enemigo de Jesucristo con resolucion de exterminar la religion cristiana, nuestros santos hicieron dimision de sus cargos; renunciaron el elevado lugar

que ocupaban en el estado, y retirándose de la corte, como personas particulares, se dedicaron enteramente al ejercicio de buenas obras.

Disimuló por algun tiempo Juliano, conteniéndole la calidad y el mérito de los dos santos hermanos; pero noticioso del mucho bien que hacian á los cristianos, y de la singular veneracion que se merecian, tanto de los grandes como del menudo pueblo, resolvió pervertirlos ó perderlos. Con este intento, dió órden á Terenciano, capitan de una compañía de sus guardias, para que pasase á verse con ellos y les diese de su parte que, siendo su ánimo honrar á los oficiales antiguos de Constantino y de los hijos de este príncipe, sus predecesores, deseaba viniesen á la corte y ejerciesen las funciones de sus empleos. Respondieron los dos santos que estaban sumamente reconocidos al honor con que la bondad del emperador se dignaba distinguirlos; pero que, siendo cristianos los dos, no se podian resolver á servir en el palacio de un emperador que tan altamente se habia declarado contra la religion que profesaban.

Dió cuenta Terenciano al emperador de esta respuesta; mostró irritarse mucho con ella, y en tono colérico y arrebatado protestó que solamente les concedia diez dias de término para que tomasen su partido, y que si, pasados estos, no se rendian á su voluntad, él los haria experimentar hasta dónde podian llegar los efectos de su indignacion. Informados los santos de las amenazas del emperador por el oficial que les intimó su resolucion, le respondieron podia asegurar á su Majestad que, no habiendo en el mundo respeto alguno capaz de hacerlos titubear en la fe que profesaban, era ociosa tanta dilacion; que ni diez dias ni diez años los harian apostatar; que ni reconocian ni adoraban otro dios que el verdadero, y estaban prontos á dar su sangre por su amor y por su gloria.

No obstante lo mucho que ofendió á Juliano tan generosa respuesta, disimuló y dejó en paz á los dos hermanos. Aprovecharon aquel tiempo los ilustres confesores de Cristo para prevenirse al martirio; distribuyeron todos sus bienes á los pobres, y se emplearon dia y noche en ejercicios de devocion y en obras de misericordia. Pasados los diez dias, los buscó en una casa Terenciano, y despues de mil protestas de amistad no perdonó diligencia alguna para persuadirlos que á lo menos en la apariencia condescendiesen con la voluntad del emperador. *No os pide su Majestad*, les decia, *que renuncieis públicamente vuestra religion, no pretende que concurrais á los templos y que en ellos rindais adoraciones á los dioses del imperio; conténtase con que privadamente tributeis culto al gran Júpiter, cuya imagen os presento*; y diciendo esto, sacó de debajo de la capa un idolillo de aquella mentida deidad. Horrorizados los dos santos al ver dentro de su casa aquella sacrílega estatua: *Haced-nos*, *señor*, *merced*, exclamaron sobresaltados, *de apartar de nuestros ojos objeto tan abominable. ¿Es posible que un hombre, no ya de vuestro despejado entendimiento, sino de mediana razon, pueda incurrir en semejantes desaciertos, y que la idea sola que tenemos de Dios no baste á convenceros que no es posible haya mas que uno, y que todo aquel risible monton de soñadas deidades no es mas que una impía extravagancia?*

Interrumpióles Terenciano y les dijo que, pues persistian en ser cristianos, era preciso se resolviesen á perder la vida. Al oir esta sentencia, los dos santos hermanos se hincaron de rodillas, y levantando los ojos al cielo, rindieron mil gracias á Dios por la merced que les hacia.

Temióse una sedicion en Roma por la general estimacion que se merecian los dos santos si llegaba á los oidos del pueblo la noticia de su muerte; por lo que se

dió órden al oficial que la ejecutase en secreto. Así lo hizo, mandándoles cortar la cabeza á media noche dentro de su misma casa, en cuya huerta hizo abrir una profunda hoya donde los mandó enterrar, muy satisfecho de que igualmente quedaba sepultada la noticia de su martirio. Pero quedó extrañamente sorprendido cuando supo la mañana siguiente que la publicaban todos los poseidos del demonio, quejándose á gritos de lo mucho que los atormentaba el Dios de los mártires Juan y Pablo; siendo el que mas levantaba la voz un hijo del mismo Terenciano, de quien se apoderó de repente el enemigo. Pero implorando su padre la intercesion de los mismos santos, quedó el hijo repentinamente libre, con cuyo milagro se convirtió Terenciano y toda su familia. Desde entonces, esto es, desde el año de 363, fué célebre en toda la Iglesia el culto de los dos santos, erigiéndose poco tiempo despues una muy magnífica en el sitio de su misma casa, que hasta el dia de hoy tiene su nombre y es título de cardenal, venerándose en ella sus reliquias. Los sacramentarios antiguos de la Iglesia romana, especialmente el del papa Gelasio y el de san Gregorio el Grande, no solo traen misa particular para el dia de su fiesta, sino tambien para el de su vigilia, que antiguamente era de ayuno; lo que acredita la solemnidad con que se celebraba.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, en el monte Celio, los santos mártires Juan y Paulo, el primero intendente, el segundo primiciero de la vírgen Constancia, hija del emperador Constantino, quienes en tiempo de Juliano Apóstata fueron acuchillados, recibiendo así a palma del martirio.

En Trento, san Vigilio, obispo, quien, esforzándose

por estirpar del todo los restos de la idolatría, fué apedreado por unos hombres bárbaros y feroces y hecho mártir por el nombre de Jesucristo.

En Córdoba en España, la fiesta de san Pelagio, tierno infante, que por la confesion de la fe fué, por órden de Abedarramen, hecho trizas con unas tijeras, consumando *gloriosamente su martirio.*

En Valencienes, san Sauvio, obispo de Angulema, y san Superio, mártires.

Además, la conmemoracion de san Antelmo, obispo de Belley.

En Poitu, san Maixan, presbítero y confesor, que fué célebre en su tiempo por sus milagros.

En Tesalónica, san David, eremita.

En dicho dia, santa Perseveranda, vírgen.

En Clermon en Auverña, san Ajudou, confesor.

En San Mauro cerca de Paris, san Babolino, primer abad de dicho lugar.

En San Pedro de Diva, diócesis de Seez, san Vamberto, cura párroco, muerto por los Normandos venidos de Dinamarca.

En Tournai en el noviciado de los Jesuitas, el recibimiento del cuerpo de santa Depa, vírgen y mártir, traido del cementerio de Priscila de Roma.

En Otrícoli cerca de Roma, san Benedeto, médico, martirizado bajo el emperador Antonino y el juez Sebastian.

En Roma, el venerable Adeodato, papa.

En dicho dia, san Juan Tauroscita, obispo de los Godos, echado á un destierro por Leon Isáurico, porque defendia el culto de las santas imágenes.

En Euguba, san Rodolfo, obispo, que habia sido discípulo de san Pedro Damiano, y discípulo de santa Cruz de Avellana.

La misa es en honor de los santos, y la oracion la que sigue:

Quæsumus, omnipotens Deus, ut nos geminata lætitia hodiernæ festivitatis excipiat, quæ de beatorum Joannis et Pauli glorificatione procedit, quos eadem fides et passio vere fecit esse germanos. Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, ó Dios todopoderoso, lleneis nuestras almas del duplicado gozo que nos corresponde por la duplicada gloria de los dos santos Juan y Pablo verdaderamente hermanos en la constancia de la fe y en la corona del martirio. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 44 del libro de la Sabiduría.

Hi viri misericordiæ sunt, quorum pietates non defuerunt: cum semine eorum permanent bona, hæreditas sancta nepotes eorum, et in testamentis stetit semen eorum: et filii eorum propter illos usque in æternum manent: semen eorum et gloria eorum non derelinquetur. Corpora ipsorum in pace sepulta sunt, et nomen eorum vivit in generationem et generationem. Sapientiam ipsorum narrent populi, et laudem eorum nuntiet Ecclesia.

Estos son varones de misericordia, cuyas piedades no se han olvidado. Con su estirpe permanecen los bienes: sus sobrinos son un pueblo santo, y sus descendientes estuvieron firmes en la alianza, y por su mérito durará eternamente su descendencia: su estirpe y su gloria no se olvidará. Sus cuerpos fueron sepultados en paz, y su nombre vive por todos los siglos. Los pueblos celebrarán su sabiduría, y la Iglesia anunciará sus alabanzas.

NOTA.

« El autor del libro intitulado Eclesiástico ó Sabiduría, de donde se sacó esta epístola, despues de habe dictado máximas de moral y de buena conducta para todos los estados de la vida en el cuerpo de su libro, concluye su obra con los elogios de los grandes hom-

bres que por su virtud ilustraron su patria y su nacion, á los cuales propone por modelo.

REFLEXIONES.

¿De dónde nace aquella contínua serie de bendiciones como hereditarias que fijan las prosperidades de las familias, y en cierto modo las hacen felices como por derecho de sucesion? Ciertamente no nace de los bienes que se amontonaron; pues vemos á cada paso casas muy opulentas, cuya prosperidad no hace mas que asomarse, y á la segunda generacion vuelven á caer en la miseria y en la oscuridad de donde salieron. ¡Cuántas familias ilustres se han visto extinguidas! ¡cuántos padres ricos que dejaron arruinados á sus herederos! ¡cuántos hijos estúpidos é insensatos de padres entendidos y discretos! ¡cuántos disipadores de los bienes que amontonaron sus padres á costa de su afan y de su prudente economía! El genio de la fortuna es inquieto; por buen recibimiento que se la haga en las familias, no hay que esperar se mantenga en ellas muy de asiento. ¡Oh, y de cuántos altos y bajos se compone nuestra vida! ¡qué de revoluciones hay en ella! las cuales prueban concluyentemente que la mas brillante prosperidad es un relámpago que deslumbra y desaparece. Desengañémonos, solo el amor y la fidelidad á la religion, solo el retiro y la soledad hacen hereditarias las prosperidades; sobre todo, la caridad y la limosna siembran la fortuna y aseguran la felicidad. No hay mejor defensivo contra el golpe de los vientos y contra el estrago de los temporales que las chozas de los pobres. Sus bendiciones conjuran las tempestades; sus manos, por decirlo así, sostienen la buena fortuna. Los hombres de caridad y de misericordia siempre dejan una rica herencia. Fuera de que siempre sub-

sisten los monumentos de su piedad, y se hacen permanentes los bienes que traspasan á sus herederos. Pero aquellas almas duras con los infelices, aquellos corazones insensibles á las miserias ajenas, aquellos hombres sin piedad y sin misericordia amontonan de ordinario grandes tesoros de iniquidad, que cunde frecuentemente hasta las mas retiradas generaciones; pero sus riquezas las roe el gusano y la polilla, sin que por lo comun lleguen á manos de sus nietos: *El que derrama abundantemente sus bienes en el seno de los pobres,* dice el Profeta, *nunca se desvía del sendero de la justicia, y será elevado á la cumbre del poder y de la gloria.* Lo mismo dice el Sabio que el Profeta, porque el mismo Espíritu los animaba á los dos. *Dichoso aquel que se compadece del pobre y del afligido; si él mismo llegare á verse en afliccion y en necesidad, el Señor acudirá pronto á consolarle y á socorrerle; él le fortificará y le conservará en todos los peligros de la vida; le hará dichoso en la tierra á pesar de cuantos esfuerzos hagan sus enemigos para perderle.* ¡Cosa extraña! Apúrase todo el entendimiento humano en discurrir precauciones, y toda la jurisprudencia es inventar términos para asegurar las herencias y las ricas sucesiones, sustituciones, fideicomisos, donaciones, glosas, etc., y nada basta para evitar las revoluciones, ni para fijar la fortuna. Elévase una sobre las ruinas de otras, y las mas rápidas no suelen ser mas durables. Todos esos colosos estriban sobre piés de arena. ¿Quieres que sea menos perecedera esa fortuna? ¿quieres que sea eterna? Pues fúndala sobre el cimiento de la caridad, si es lícito hablar así. Sé hombre de misericordia, y permanerán los bienes que dejares á tus herederos.

El evangelio es del cap. 12 de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Attendite à fer-

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Guardaos de la

mento pharisæorum, quod est hypocrisis. Nihil autem opertum est, quod non reveletur: neque absconditum, quod non sciatur. Quoniam quæ in tenebris dixistis, in lumine dicentur: et quod in aurem locuti estis in cubiculis, prædicabitur in tectis. Dico autem vobis, amicis meis: Ne terreamini ab his, qui occidunt corpus, et post hæc non habent amplius quid faciant. Ostendam autem vobis quem timeatis: timete eum, qui, postquam occiderit, habet potestatem mittere in gehennam. Ita dico vobis, nunc timete. Nonne quinque passeres veneunt dipondio, et unus ex illis non est in oblivione coram Deo? Sed et capilli capitis vestri omnes numerati sunt. Nolite ergo timere: multis passeribus pluris estis vos. Dico autem vobis: Omnis quicunque confessus fuerit me coram hominibus, et Filius hominis confitebitur illum coram angelis Dei.

levadura de los fariseos, que es la hipocresía. Nada, pues, hay oculto, que no se haya de descubrir: ni escondido, que no se haya de saber. Porque las cosas que dijisteis en lo oscuro se dirán de dia: y lo que hablásteis á la oreja en los retretes, se publicará sobre los tejados. A vosotros, pues, amigos mios, os digo: No os amedrenteis de aquellos que matan el cuerpo, y despues de esto no pueden hacer mas. Mas yo os mostraré á quien debeis temer: temed á aquel que, despues de quitar la vida, tiene potestad de enviar al infierno: esto es lo que os digo: temed á este. ¿No es verdad que se venden cinco aves por precio de dos sueldos, y con todo eso ni una de ellas está olvidada en presencia de Dios? Mucho mejor todos los cabellos de vuestra cabeza están contados. No temais, pues; vosotros sois de mucho mas precio que muchas aves. Os aseguro, pues, que todo aquel que me reconociere delante de los hombres, le reconocerá tambien el Hijo del hombre delante de los ángeles de Dios.

MEDITACION.

DE LA HIPOCRESÍA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la hipocresía es una máscara en materia de devocion, tanto mas execrable, cuanto es mas impía, pues del mismo culto de Dios se sirve contra Dios mismo. Echa mano del aire, del nombre y del semblante de la virtud para encubrir el vicio. No hay en la religion cosa tan augusta ni tan sagrada que no la profane; ninguna tan divina que no abuse de ella; en fin, la hipocresía es una doble impiedad.

Contrahace todas las virtudes para deslumbrar y para engañar con mayor seguridad. Devocion tierna, humildad profunda, desinterés universal, zelo ardiente, caridad generosa, mortificacion exterior, dulzura aparente y sobre todo una modestia afectada, la mas propia para alucinar y para engañar; todo lo pone en práctica para granjear reputacion, para adquirir el nombre de santo, á cuyo favor comete el hipócrita las mas enormes maldades. El orgullo es el alma de la hipocresía, y su fruto natural es la irreligion.

Se puede comparar la hipocresía á aquella mujer de quien habla san Juan en el Apocalipsis, vestida de púrpura y de escarlata, cubierta de oro, cuajada de perlas y de pedrería, con una copa de oro en la mano, pero llena de abominacion. Todos los vicios hacen fortuna cubiertos con el velo de la hipocresía; búrlase siempre de las almas sencillas, las cuales indefectiblemente caen en su lazo; porque no es fácil defenderse de un enemigo de quien no se desconfía. El veneno de que se sirve el hipócrita se comunica por los ojos y por los oidos.

Todo lo que se ve edifica, todo lo que se oye de su boca es loable; ni aun siquiera se ofrece á la imaginacion el artificio: con que es preciso que muchos caigan en la red. No inventó el demonio enredo mas comun ni mas poderoso para perder á muchas almas. Por la hipocresía se introdujeron casi todas las herejias; á ella la deben sus progresos; ella es su principal agente. Busca una sola que no se haya cubierto con el bello vestido de reformar, que no se haya entrado gritando contra la relajacion. Arrio afecta un exterior tan humilde, tan compuesto y tan devoto, que le hacen la corte todas las mujeres devotas de Alejandría. El obispo Nestorio y el monje Eutiques engañan al pueblo y á los grandes con su ejemplar exterioridad. Pelagio es reputado por un santo sacerdote. Lutero y Calvino solo predican reforma; en fin, siempre se extendió el veneno de la herejía con el nombre de religion, de mortificacion y de piedad. Santo Dios, ¡qué vicio mas pernicioso! ¡qué impiedad mas digna de temerse!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que contra ningun otro vicio se explicó mas fuertemente Jesucristo; cuando trataba de él, parece que se olvidaba de su moderacion y que arrimaba á un lado todo comedimiento y medida. ¡Ay de vosotros, decia, escribas y fariseos hipócritas, que sois semejantes á los speulcros blanqueados; por afuera hermosos á los ojos de los hombres, y por adentro ceniza, calaveras, huesos, hediondez y podredumbre! Así sois vosotros: en lo exterior hombres ajustados, en lo interior gente perversa, atestados de hipocresía y de iniquidad. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que cerrais á los hombres las puertas del reino de los cielos; y como vosotros jamás habeis de entrar por ellas, quereis esten tapia-

das para los demas que se presenten con deseo de que se les franqueen! ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que haceis en el templo largas oraciones, y despues devorais las casas de las pobres viudas! ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que, siendo muy escrupulosos en pagar exactamente el diezmo del cilantro, del anís y del comino, atropellais lo mas importante de la ley, abandonando la justicia, la misericordia y la fidelidad! Bueno es hacer lo primero, mas sin omitir lo segundo. Directores ciegos, infelices y descaminados, que, cuando bebeis, haceis escrúpulo de tragar un mosquito, y no le haceis de tragaros un camello. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, muy cuidadosos de la limpieza exterior del plato y de la capa, al mismo tiempo que en lo interior todo es rapiña y basura! Serpientes, generacion de víboras, ¿cómo os libraréis de ser precipitados en el infierno? Considera que el que habla así es el mismo Jesucristo; aquel dulcísimo Salvador, cuyo carácter era el de la blandura y la misericordia; aquel que absolvió á la mujer adúltera, que defendió á la pecadora, que comia con los publicanos y trataba blandamente con los pecadores. El mismo es el que trata con tanto desprecio, con tanta dureza á los hipócritas. Comprende la enormidad de este pecado por el horror que le profesa, y mas cuando no se sabe hubiese convertido ni á un solo hipócrita.

¡Pero cuántos géneros hay de hipocresía! disimulaciones, artificios, fingirse uno lo que no es, y ocultar lo que es en materia de devocion, de honradez, de amistad y de virtud. Todo está lleno de simulaciones, todo de máscaras de diferentes especies; pero la hipocresía mas peligrosa es la que remeda la virtud y la devocion. Se puede dudar si el hipócrita cree en Dios, por no agraviarle mas diciendo que se burla

de él. Acordémonos de que el antiguo y nuevo Testamento están llenos de imprecaciones contra los embusteros, contra los enmascarados, contra los disimulados, contra los hipócritas; objetos dignos del aborrecimiento de Dios y de la indignacion de los hombres de bien.

¡Mi Dios, y cuánto tengo de que enmendarme en este punto! ¡cuántas veces me he disfrazado, no ya para engañaros á vos, Dios de mi vida, sino para engañarme a mí mismo y á los demás! Atendiendo mas á componer el exterior, que á arreglar mi corazon, para que caminase en espíritu de rectitud y de sinceridad; ¡qué de veces me lisonjeé interiormente de lo que es preciso me haga llorar algun dia! Perdonadme, Señor, por vuestra infinita misericordia, esta falta de sinceridad. Vos estais mirando, vos estais penetrando el corazon del hombre; confío en vuestra divina gracia que ya no veréis ni sombra de hipocresía en el mio.

JACULATORIAS.

Quæ est spes hypocritæ? nunquid Deus audiet clamorem ejus cùm venerint super eum angustiæ? Job, 27.

¿En qué coloca su confianza el hipócrita? ¿acaso oirá Dios sus clamores cuando venga sobre él el dia de la tribulacion?

Spiritum rectum innova in visceribus meis. Salm. 50.

Renueva, Señor, en mi corazon el espíritu de verdad y de sencillez.

PROPOSITOS.

1. ¿Cuántas hipocresias juzga el hombre que le son permitidas para disimular lo qué es y para afectar lo que no es, sobre todo, cuando se considera necesaria la buena reputacion para el bien comun?

¿cuánta multitud de hombres hay en el mundo, cuya vida es una continua hipocresía, ocupada toda en ostentar virtudes aparentes y en ocultar vicios verdaderos? Como el arte es mas industrioso que la naturaleza, siempre deja muy atrás la hipocresía á la verdadera virtud. ¡Qué horror debes profesar á este vicio! Hay muchas suertes de hipocresía; simulacion de amistad, simulacion de compostura, simulacion de gravedad, simulacion de juicio, simulacion de modestia, simulacion de crianza y de urbanidad. Pero la mas peligrosa de todas las hipocresías, como ya se ha dicho, es la que se emplea en contrahacer la virtud y la devocion. Huye de todas cuidadosamente, imponiéndote una ley irrevocable de ser siempre el mismo que pareces hácia afuera. No hay cosa mas odiosa en la vida civil ni en la cristiana, que el representar un personaje de comedia. Sé siempre en el fondo del corazon buen amigo, buen amo, buen criado, buen religioso y buen cristiano. Si admiran todos tu exterior dulzura y suavidad, nunca des lugar en tu corazon ni á hiel, ni á resentimiento, ni á amargura. Si se celebra tu modestia, sea la misma tu circunspeccion y tu reserva cuando estás solo en tu cuarto, que cuando sales á la calle, ó te dejes ver en medio de la plaza; observa la misma compostura, la misma gravedad, la misma cortesanía en particular que en público; porque nunca es lícito á un hombre honrado hacer papel de comedia.

2. Ya que queda advertido que la mas odiosa de todas las hipocresías es la de fingir virtud y devocion, trata de ser sólidamente virtuoso y devoto sin intercadencias; nunca dependa tu devocion del humor, ni del tiempo, ni de la salud, ni de la continuacion de tus negocios; en todas ocasiones y en todas circunstancias debes ser humilde, devoto, religioso y mortificado. Puede y debe avivarse tu fervor en las



S. LADISLAO, REY DE UNGRIA.

fiestas grandes; pero la devocion nunca ha de hacer ausencia: podrás alguna vez ser menos fervoroso; pero nunca te es lícito ser indevoto. Al público debes la edificacion; à Dios y á tí la perseverancia. Jamás te dispenses en tus ejercicios espirituales; si alguna vez te vieres obligado á mudar de director, no por eso mudes tu regla de vivir, sino que sea para adelantar en perfeccion. Las mortificaciones interiores y ocultas son menos sospechosas; el ruido disminuye por lo comun el mérito de la virtud; no conviene que las alabanzas pongan en peligro la virtud, la turben ó la alteren. Igual devocion se debe profesar, ya sea entre los aplausos, ya entre los desprecios.

DIA VEINTE Y SIETE.

SAN LADISLAO, REY DE HUNGRÍA.

San Ladislao, mas ilustre por sus virtudes y por sus milagros, que por sus conquistas y por su corona, fué hijo del rey Bela, nieto de un primo hermano de san Estéban, llamado apóstol de Hungría. Nació el año de 1041 en Polonia, donde se habia refugiado su padre huyendo de las violencias de Pedro, sucesor de san Estéban. Crióse juntamente con su hermano mayor Geyza al lado de su madre, hija del duque de Polonia, princesa virtuosa, que dedicó el mas vigilante cuidado á su mejor y mas cristiana educacion; aunque el bello natural de Ladislao se anticipaba á todas las instrucciones.

Observóse desde luego en el jóven príncipe una índole tan apacible, una compostura y una docilidad, que arrebataba los corazones y la admiracion. Adelantóse

la devocion á los años, y al uso de la razon la prudencia y la cordura. Eran las nobles prendas de Ladislao el hechizo de la corte de Polonia, cuando volvió á Hungría su real casa por una repentina revolucion de aquel reino.

Muerto el rey Pedro, subió al trono Andrés, hermano mayor de Bela y tio de Ladislao. Llamó á la corte á su hermano, dióle el título de duque, y quiso que sus dos sobrinos Geyza y Ladislao se criasen en su palacio y delante de sus ojos. Dentro de poco tiempo fué Ladislao el embeleso de la corte de Hungría, como lo habia sido de la de Polonia. Era casto, sobrio, compuesto, afable con todo el mundo, respetado por su eminente virtud, y sobre todo lleno de compasion y de caridad con los pobres; no menos enemigo de la ambicion que de la avaricia. Conocióse esto cuando su padre Bela ascendió á la corona de Hungría, porque no pudo disimular su disgusto y su dolor viéndole en el trono por haber quitado la vida á su propio hermano Andrés en un sangriento combate. Explicó públicamente su desaprobacion y su justo sentimiento, mostrando despues por toda su conducta que en esto solo se gobernaba por las reglas de la equidad y por los principios de la religion; porque, siendo electiva la corona, trabajó cuanto pudo, muerto ya su padre, para que recayese en las sienes de Salomon, hijo de Andrés, sin atender al interés que le resultaria en solicitarla para su hermano Geyza, ó para su misma persona.

Hízose á todos odioso Salomon por sus crueldades y por otros muchos excesos. Juntóse Ladislao á Geyza para arrojarle del trono. Subió Geyza á él, y le ocupó solos tres años. Muerto Geyza, los prelados, la nobleza del reino y los magistrados de las ciudades, todos de unánime consentimiento eligieron á Ladislao para sucederle. Vivia todavía Salomon en el lugar de su des-

tierro, y con una generosidad, acaso sin ejemplo, acordándose Ladislao de las razones que habia tenido presentes la primera vez para preferirle á su hermano, por las mismas quiso ahora preferirle á sí mismo, y pasó los mas vivos oficios á las cortes del reino para que le restableciesen en el trono; pero las cortes negaron resueltamente los oidos á su repugnancia y á su modestia. Rindióse, en fin, á las instancias de los grandes y á los clamores del pueblo, y fué coronado con general aplauso y satisfaccion el año de 1080.

Luego que Ladislao se vió rey de Hungría, resolvió hacer reinar en sus estados á Jesucristo. Fueron sus primeras providencias restituir la religion á su primitivo esplendor, y establecer la paz, la buena fe, la tranquilidad y la abundancia en su pueblo. Dentro de poco tiempo se vieron reflorecer en Hungría aquella pureza de costumbres, aquella modestia en todos los estados y aquella exacta honradez en todas edades, sexos y condiciones, que en tiempo de san Estéban le habian hecho el reino mas feliz de toda la cristiandad. Las artes, el comercio, la agricultura, todo se renovó con la virtud; y en breves dias se conoció lo mucho que puede para hacer dichosos á sus vasallos un rey santo, que junta, como sucede por lo comun, á una sólida piedad una heróica magnanimidad, una prudencia consumada y un esforzado valor.

Solo el antiguo rey Salomon no podia llevar en paciencia la general aclamacion de todas las órdenes, y el universal amor que los vasallos profesaban á Ladislao, pareciéndole que la primera confirmaba su exclusion, y la segunda cerraba del todo la puerta á la esperanza de volver á ocupar el trono algun dia; pensamientos que le traian muy inquieto, y se observaban en él bastantes señales de querer turbar el reino. Hizole entender Ladislao el poco apego que le

merecia la corona, declarándole lo dispuesto que se hallaba á renunciarla á su favor, y retirarse á su ducado, para disfrutar la dulce tranquilidad de la vida particular, como él pudiese obtener el consentimiento de los Húngaros, desinterés que por entonces ganó la voluntad de Salomon, y cediendo todos sus derechos, se contentó con una pension que le consignó Ladislao, y aun en lo sucesivo se la aumentó. Pero su inquieto natural no le permitió estar sosegado. Comenzó á mover los ánimos, y se descubrió que tramaba una conjuracion contra el príncipe, por lo que Ladislao se vió precisado á prenderle; aunque pudiendo mas su bondad que todas las consideraciones políticas, le puso luego en libertad y aun le hizo venir á la corte, para fijar su inconstancia con nuevos favores, y vencer su mala inclinacion á fuerza de beneficios. Nada bastó para corregir aquel genio turbulento; pues insensible é ingrato á tantas piedades del rey, se retiró á los estados del reino de los Hunos, á quien hizo tomar las armas contra Ladislao, y poniéndose él mismo á la frente de un cuerpo de bandidos, fué enteramente derrotado, viéndose obligado á salvar la vida con la fuga. Escondióse entre la maleza de un espesísimo bosque, donde se dice le tocó Dios tan vivamente el corazon, infundiéndole tal espíritu de penitencia á vista de sus continuas desgracias, fruto necesario de sus desórdenes, que jamás quiso salir de aquella soledad, donde pasó el resto de su vida, llorando dia y noche sus pecados, y no omitiendo medio alguno para borrarlos con los rigores de la mas severa penitencia.

Libre ya Ladislao de este cuidado, se dedicó enteramente á restablecer la justicia, el órden y la policía en todo su esplendor. Convocó una junta general de los prelados, de la nobleza y del estado llano. Presidió el mismo rey: y las ordenanzas que se for-

maron en ella, muy oportunas para conservar y para perpetuar la felicidad de un estado, se recopilaron en tres libros separados, y son reputadas por la quinta esencia de la política cristiana.

Era como preciso que tantas y tan gloriosas felicidades despertasen la envidia y los zelos de los príncipes vecinos. Hallóse de repente acometido de enemigos formidables, que, considerándole mas devoto que valiente, hicieron varias irrupciones en sus estados, aspirando no menos que á la conquista de todo el reino. Tentó el santo rey todos los medios de paz para reducirlos á la razon; pero experimentándolos inútiles, hizo levas, juntó tropas, púsose á la frente de ellas y marchó intrépidamente á derrotar á sus enemigos. Como no era menos capitan que santo, contó el número de las victorias por el número de las batallas. Obligó á los Bohemos á contenerse dentro de los términos de su deber; arrojó de sus dominios á los Hunos que asolában la Hungría, y los obligó á pedir la paz; tomó á Cracovia; domó á los Polacos y á los Rusos; quitó á los bárbaros la Dalmacia y la Croacia; deshizo mas de una vez á los Tártaros y conquistó gran parte de la Bulgaria y de la Rusia.

Pero estas acciones militares no disminuian el desvelo y aplicacion que dedicaba á que reinase Dios en el corazon de sus vasallos y á que floreciese la virtud en sus estados. Predicaban elocuentemente á todos su devocion, su dulzura y sus ejemplos; bastaba verle en la iglesia para inspirar fe, compostura y respeto á la religion. No se vió príncipe en el mundo que se mostrase mas tierno padre de su pueblo, mas enemigo del error, ni mas religioso en todo. Sus diversiones se reducian á sus ejercicios espirituales y al cumplimiento de sus reales obligaciones. Su palacio mas parecia casa de religion, que corte de un

gran príncipe. Raro dia dejaba de asistir á los oficios divinos, y ninguno sin dar audiencia á sus vasallos. Él mismo les hacia justicia, acomodaba sus diferencias, trataba con todo el mundo, y todos le amaban como á padre.

Su corte era magnífica, y espléndida su mesa; pero su vida era muy austera. Ayunaba rigurosamente muchos dias en la semana; dormia sobre la dura tierra, y en medio de ser tan inocente su vida, maceraba su carne con rígidas penitencias. Por el grande amor que profesó á la castidad toda su vida, miraba con positiva repugnancia el matrimonio; y aunque los grandes y los pueblos le rogaron, le instaron, le importunaron sobre que se casase, para perpetuar en el trono su posteridad, no fué posible hacer blandear su constancia, tocando casi la raya de excesiva su delicadeza en este particular.

Fué verdaderamente magnífica su caridad con los pobres; tanto, que era ya como dicho comun en la Europa que el rey de Hungría solo era poderoso para fundar hospitales, para erigir iglesias y para socorrer á los necesitados. Antes de salir á campaña disponia que se publicasen tres dias de ayuno y de rogativas públicas en las iglesias; pasaba horas enteras postrado á los piés de los altares, y su devocion, cada dia mas fervorosa, se fomentaba con la frecuencia de los sacramentos. Siempre que comulgaba, manifestaba en el semblante su viva fe y su abrasado amor á Jesucristo en la adorable Eucaristía.

La tierna devocion á la santísima Vírgen fué casi desde la cuna en nuestro santo rey la mas favorecida entre todas sus devociones; y la célebre basílica de Nuestra Señora de Waradin, que hizo levantar desde sus cimientos, será eterno monumento á la posteridad de su amor y de su ternura á la Vírgen Madre de Dios.

Habia mucho tiempo que se abrasaba Ladislao en ardientes deseos de sacrificar su vida y derramar su sangre en honor y amor de Jesucristo. Con este intento aceptó el mando general de la gran Cruzada de Occidente, que de unánime conformidad le ofrecieron todos los príncipes cruzados para librar la tierra santa del yugo de los sarracenos. Unidos para tan santa empresa gran número de principes cristianos á las poderosas solicitaciones y fervoroso zelo del papa Urbano II, despues del célebre concilio de Clermont en Auverña, que presidió el mismo pontífice, los príncipes de España, Francia é Inglaterra, que se cruzaron, hicieron justo concepto de que no era posible encontrar jefe mas digno, ni mas valeroso capitan que el rey de Hungría. Despacháronle, pues, una solemnísima embajada para suplicarle, á nombre de todos, que aceptase el mando general de un ejército, compuesto de casi trescientos mil combatientes. No podia negarse Ladislao á una expedicion que por tan santa se conformaba tanto con su religioso genio; pero se contentó el Señor con su generosa disposicion, porque le retiró de este mundo para que reinase en el cielo cuando se estaba previniendo para hacer que el mismo Señor reinase en Palestina. Murió, segun Bonfinio, el dia 30 de julio del año 1095, á los cincuenta y cuatro de su edad, y al décimoquinto de su glorioso reinado.

Apenas se publicó la muerte del santo rey, cuando se llenó de luto y de dolor todo el reino de Hungría. No hubo monarca cuya pérdida fuese mas sentida, ni llorada con lágrimas mas sinceras. Fué conducido su cuerpo á la iglesia de Nuestra Señora de Waradin, que habia fundado; el entierro mas parecia triunfo que pompa funeral. Tardó poco Dios en manifestar la gloria de su fiel siervo con ilustres maravillas. Dícese que, habiéndose dormido en la última mansion los

que acompañaban el cuerpo mas de lo que era menester para llegar á tiempo, el carro en que iba el santo cadáver marchó por sí solo sin caballos ni mano alguna visible que le tirase, y caminó hasta Waradin, parándose en el lugar de la sepultura antes que le pudiesen alcanzar los del acompañamiento. Así por la santidad de su vida, como por la multitud de milagros que obró Dios en su sepulcro, le canonizó e papa Celestino III el año de 1198. El martirologio romano señala su fiesta el dia 27 de junio, que verisimilmente fué aquel en que se celebró la traslacion de sus reliquias.

SAN ZOILO, MÁRTIR.

En el tiempo que los emperadores Diocleciano y Maximiano movieron contra la Iglesia una de las mas sangrientas persecuciones que padeció, florecia en Córdoba san Zoilo natural de la misma ciudad, descendiente de distinguida prosapia, acreditando por sus laudables acciones la nobleza de su calidad. Educado en la fe de Jesucristo, no satisfecho con seguir ocultamente la profesion de cristiano, como lo ejecutaban otros en aquellas calamitosas edades, hacia en la juventud pública ostentacion de su religion, predicando sus infalibles verdades á vista de los paganos con animosa resolucion.

Ofendidos los gentiles de tan generosa intrepidez, valiéndose de las facultades que les franqueaban los edictos imperiales, le prendieron y presentaron al gobernador de la ciudad (cuyo nombre no se refiere en sus actas), diciéndole: este jóven nobilísimo por su nacimiento, pero vil por su profesion, él mismo se publica y trata como cristiano, y despre-

aci la antigua religion de nuestros dioses, venerados en todo el mundo. Pareció al gobernador que, rindiendo á una persona tan ilustre y de tanta reputacion á que sacrificase á los dioses, contribuiria su ejemplo á que lo hiciesen los demás; y conduciéndose con esta idea, principió á reconvenirle en estos términos: *¿Porqué, siendo noble, pones á tu linaje tan feo borron, siguiendo el sistema de una gente vil como los cristianos, que, no teniendo títulos de honor con que darse á conocer en la república, quieren hacerse conocidos por inventores de novedades? Nuestra religion está autorizada con la antigüedad; pero la vuestra nació ayer, tan desvalida, que es afrenta profesarla, y tan perseguida, que el no dejarla es temeridad. Créeme, Zoilo, obra como caballero, deja el error en que estás, pues de lo contrario serás la víctima de mi indignacion y el escarmiento de tus semejantes. Vicio de infames son las mentiras*, respondió Zoilo, *así como es propio de los nobles decir y defender la verdad. La ley de los cristianos lo es sin duda, pues es su autor el verdadero Dios. Vuestras deidades sí que son de ayer, hechuras de las manos de los hombres, que no pueden ni son capaces de dar divinidad á las piedras, ni á los leños de que formais vuestros vanos ídolos. ¿Qué caso se ha de hacer de una religion que tributa culto á los adúlteros, homicidas y hombres perversos, confesados así por vuestros mismos poetas en la historia de sus vidas?*

No teniendo el gobernardor que responder á semeantes discursos, le dijo: *A vosotros los cristianos no se ha de satisfacer con palabras, sino con obras, pues estais tan preocupados con vuestras necedades, que ni de vosotros mismos teneis compasion, arrojándoos como desesperados á vuestra ruina. Escoge, pues, ó vivir con honor y comodidad, sacrificando á los dioses, ó morir á la violencia de diferentes tormentos.* No alteró al santo jóven

tan terrible amenaza, antes bien, deseoso de testificar con su sangre las verdades infalibles de nuestra santa fe, comenzó á predicarla con mas valor, declamando con igual brio contra los delirios y necedades de la idolatría.

Una resolucion tan generosa irritó tanto el ánimo del gobernador, que, mudando de tono, mandó que le azotasen furiosamente y que despedazasen sus carnes con garfios de hierro; pero manteniéndose Zoilo en medio de las crueldades con un semblante sereno, dando gracias al Señor, porque le hacia digno de padecer por su amor, vuelto al tirano, le decia: *Hiere, rasga y despedaza mi cuerpo, pues, mientras mas le atormentes, mas crecerá mi corona; pues mi maestro y señor Jesucristo enseña en su Evangelio á sus discípulos á no temer á aquellos que solo pueden causar la muerte corporal. Sabe que esta para mí es el fin de todos los males, y el principio de una inamisible felicidad; pero para tí será entrada á una eterna noche de tinieblas infernales, donde en compañía de los demonios serás atormentado por los siglos de los siglos sin esperanza alguna de refrigerio.*

No pudo el tirano sufrir por mas tiempo tan ilustre ejemplo de fortaleza, tan alto menosprecio de los bienes caducos de esta vida, tanta burla ni desprecio como hacia Zoilo de su ira y de sus tormentos; y embriagado de su propia cólera, usurpando el oficio á los verdugos, le cortó la cabeza con sus mismas manos. Parecióle poco haber descargado contra el santo en vida su furor, y así quiso vengarse de su venerable cadáver, mandando enterrar vilmente á un sugeto de su carácter en el campo asignado para los peregrinos y extranjeros, á fin de que no pudiese tener entre los cristianos la correspondiente veneracion. Allí se mantuvo desconocido por el espacio de muchos siglos, hasta que el mismo santo se apareció

al obispo de Córdoba, llamado Agapito, y manifestándole el sitio de su sepultura, le previno era voluntad de Dios el que trasladase su cadáver á mas decente lugar. Pasó el obispo inmediatamente acompañado del clero y pueblo al lugar indicado, y tomando la azada, no dejó de cavar en la tierra, hasta que descubrió las santas reliquias, besándolas tantas veces y con tanta intencion, que se le cayeron dos dientes en el acto de aquella profunda veneracion. Alegres todos por tan feliz hallazgo, entre suaves cánticos y festivos parabienes, le colocaron por entonces en la pequeña iglesia de San Félix, hasta que, habiendo edificado Agapito un magnífico templo dedicado al santo, se trasladó á él, donde despues se enterraron muchos mártires de los que padecieron en las persecuciones de los agarenos.

En la dicha iglesia permanecieron las reliquias de san Zoilo hasta que se trasladaron al monasterio de Carrion, del órden benedictino, por los años de 1070, poco mas ó menos, por el siguiente motivo: habia servido al rey moro de Córdoba el conde Fernan Gomez de Carrion en la guerra que tuvo con otros enemigos de su secta, y pidiéndole en recompensa el cuerpo de san Zoilo, concedido gustosamente por el árabe, le trasladó con el de san Félix al expresado monasterio, fundado por su madre doña Teresa, mujer del conde don Gomez de Carrion, donde se depositaron en dos arcas preciosas de plata, dignándose el Señor obrar repetidos prodigios por la intercesion de su fiel siervo.

Trató en el año de 1600 la ciudad de Córdoba con el general benedictino, que era á la sazon fray Juan de los Arcos, y con fray Plácido de Huesca, abad del de Carrion, que le concediesen algunas reliquias del santo. Abrióse el arca de su depósito, y despues de tantos siglos, se hallaron los huesos, ca-

misa, ropa y cíngulo de san Zoilo bañados con la sangre de su pasion.

En Córdoba se conservan junto á la antigua iglesia de San Miguel unas casas, que por tradicion se cree haber sido las de la habitacion del santo, en las cuales se tiene en grande veneracion un pozo que llaman de san Zoilo, cuyas aguas han hecho admirables curaciones de los dolores de riñones. Con esto se confirma lo que se refiere de su martirio; á saber, que, enfurecido el tirano de ver su constancia en la pasion, mandó sacarle los riñones por las espaldas y arrojarlos en aquel pozo.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Galacia, san Crescencio, discípulo del apóstol san Pablo, que, á su paso por las Galias, convirtió con su predicacion á un crecido número de infieles á la fe de Jesucristo. Vuelto luego al pueblo á quien habia sido dado especialmente por obispo, y habiendo afianzado á los Gálatas en la obra del Señor hasta el fin de sus dias, fué por último martirizado en tiempo de Trajano.

En Córdoba, san Zoilo, mártir con otros diez y nueve.

En Cesarea en Palestina, san Anecto, mártir, quien en la persecucion de Diocleciano, bajo el presidente Urbano, despues de haber exhortado á los otros al martirio y derribado los ídolos con su oracion, fué condenado á ser azotado por diez soldaods, y despues de habérsele cortado las manos y los piés, recibió la corona del martirio por la degollacion.

En Constantinopla, san Sanson, presbítero, hospitalario de los pobres.

En Turena, san Juan, presbítero y confesor.

En Waradino en Hungría, san Ladislao, rey, ilustre además por sus brillantes milagros.

En Chalons de Marne, santa Roma, vírgen.

En el Hainault, san Adelino, confesor, cuyas reliquias están en Crepin.

Entre los Griegos, san Juan Miróforo.

En Nola, san Deodato, obispo.

En Aqui en el país de Monferrat, san Moyorino, obispo de dicha ciudad.

En Bérgamo, santa Adelaida, viuda.

En Italia, san Fernando, obispo de Cajas.

Sobre el lago de Como, san Arialdo, diácono, venerado como mártir en el país.

La misa es de la octava de san Juan Bautista, y la oracion de san Ladislao es la siguiente:

Adesto, Domine, supplicationibus nostris, quas in beati Ladislai confessoris tui solemnitate deferimus: ut qui nostræ justitiæ fiduciam non habemus, ejus qui tibi placuit precibus adjuvemur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Oid, Señor, favorablemente las súplicas que te hacemos en la solemnidad de tu confesor el bienaventurado Ladislao, para que los que no confiamos en nuestros méritos, seamos ayudados de vuestra gracia por los ruegos del que tuvo la dicha de agradaros. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 3 *del libro de la Sabiduría, y la misma del dia XII, pág.* 248.

NOTA.

« Solamente los Judíos dejan de contar el libro del Eclesiástico entre los libros canónicos. Hoy ningun católico duda que lo sea tanto como todos los demás, siendo clara la tradicion de la Iglesia en los testimonios de san Clemente Alejandrino, de Eusebio

Cesariense, de san Isidoro Pelusiota, de san Basilio, san Cirilo de Alejandría, etc. Fuera de eso, la Iglesia latina da tambien pruebas concluyentes de lo mismo. Es expresa la decision del tercer concilio Cartaginense en el cánon 47. Tertuliano, san Cipriano, san Agustin, san Próspero, san Leon, san Ambrosio, etc., demuestran lo mismo.»

REFLEXIONES.

El texto dice: *Bienaventurado el rico que fué hallado sin mancha ni defecto.* Realmente no hay fenómeno mas raro ni mas digno de admiracion, que un hombre rico, y al mismo tiempo inocente y justo, que no coloque su confianza en las riquezas. El efecto natural de estas es inspirar orgullo y presuncion. Pero al mismo tiempo tampoco hay vanidad mas tonta ni mas necia. Porque á la verdad: ¿qué mérito comunica á la persona la multitud de rentas, grandes tierras, dilatadas posesiones? Si el heredero es un idiota, un mentecato, un disoluto, ¿qué virtud, qué sabiduría, qué discrecion, qué entendimiento le comunicará la rica herencia? Una estatua de madera dorada nunca es mas que una estatua de madera. Las riquezas hinchan; pero ¿dónde hay vanidad mas mal fundada? Un hombre infeliz y de las heces del pueblo, que representó en el teatro el papel de príncipe, en desnudándose de los vestidos ricos, se quedó tan despreciable como lo era antes. Nadie debiera ser mas humilde que los ricos, si todo su mérito consiste en sus tesoros, porque no hay cosa mas forastera á la persona que el valor y precio del dinero; y si el rico no tiene mas mérito por otra parte, solo se estima en él lo que es suyo; pero no lo que es él mismo. ¡O mi Dios, y cuántas inflamaciones del alma curaria un poco de reflexion! Nada debiera humillar tanto al hombre como oir que solo se alaba su mesa, sus muebles, sus

salas, sus pasiones, su equipaje, sus libreas, sus caballos; y á la verdad, ¿qué otra cosa se alaba por lo comun en casa de un poderoso? Pero esta vanidad aun es mucho mas sensible en una mujer mundana. Toda su profanidad solo sirve para que brille un poco mas, digámoslo así, su pobreza de entendimiento y su total falta de juicio. Ciertamente causa compasion aquella fiereza chavacana, que todavía está oliendo á vulgacho, á gente ordinaria y popular. ¡Válgame Dios, y qué poquita cosa es una mujer que ni por su nacimiento ni por sus prendas tiene mas mérito que el de la magnificencia de sus galas! Pero supongámosla noble, hermosa y discreta. No hay cosa mas superficial, mas vacía, ni menos sólida. La mas brillante discrecion es un fuego fatuo que deslumbra y desaparece. No hay mérito mas falso que el que va consumiendo el tiempo: tal es el de las mujeres mundanas que tienen mucha hermosura, muchos bienes y poca religion.

Una de las mayores tentaciones del hombre sobre la tierra son las riquezas. El que las sabe poseer sin mancha, ó abandonarlas sin dificultad, ó perderlas sin dolor, es verdaderamente perfecto y digno de eterna alabanza. Ser pobre en medio de las riquezas, ó estar contento entre los brazos de la pobreza; hallarse uno en medio del fuego sin quemarse, rodeado de aduladores sin engreirse, entre mil ocasiones de pecar, sin caer en ellas; poder pecar impunemente y no hacerlo, ciertamente es la mayor de todas las maravillas, y es la mayor prueba de ánimo excelente, de un gran corazon y de un mérito distinguido, no menos que de una solidisima virtud. Si se separa de la piedad y de la religion todo lo que alaba el mundo, no es mas que ruido sin sustancia. El rico virtuoso es afable, es humano, es dulce, es cortesano y aun es tambien humilde. Una mujer virtuosa siempre es

modesta en medio de la mas opulenta fortuna. El vano resplandor de las riquezas solo deslumbra á las almas bajas, indevotas y ordinarias. Cuando se desvanece la cabeza en un lugar alto, señal es de poca serenidad ó de mucha flaqueza. La verdadera virtud y el mérito verdadero están á prueba de semejantes accidentes.

El evangelio es del capítulo 22 de san Mateo.

In illo tempore: Accesserunt ad Jesum pharisæi, et interrogavit eum unus ex eis legis doctor, tentans eum: Magister, quod est mandatum magnum in lege? Ait illi Jesus: Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tota mente tua. Hoc est maximum, et primum mandatum. Secundum autem simile est huic: Diliges proximum tuum, sicut teipsum. In his duobus mandatis universa lex pendet, et prophetæ.

En aquel tiempo se llegaron á Jesus los fariseos, y uno de ellos, doctor de la ley, le preguntó para tentarle: Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento de la ley? Díjole Jesus: Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazon, con toda tu alma, y con todo tu espíritu. Este es el máximo y primer mandamiento. Despues el segundo es semejante á este; Amarás á tu prójimo como á tí mismo. De estos dos mandamientos pende toda la ley, y los profetas.

MEDITACION.

QUE Á DIOS NO SE LE HA DE AMAR Á MEDIAS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que amar á medias á Dios, es absolutamente no amarle, ó cuando mas, es reconocer la obligacion que hay de amarle absolutamente. Repútase por amor este conocimiento estéril que se tiene de la obligacion de amar, y en esto consiste el error.

Amar á medias á Dios, es no mas que tener una

media voluntad de amarle. Mira tú si Dios se podrá contentar con esta disposicion. Amar á medias á Dios, es á lo sumo estar resuelto á obedecerle en todo lo que manda, so pena de condenacion eterna; pero dársele poco de no complacerle en todo lo que nos manda debajo de graves penas, es querer darle gusto en ciertos puntos, con deliberacion de desagradarle en todo lo demas: es, en fin, lisonjearse de que se le ama, porque se teme su justicia; pero es amar verdaderamente al mundo, amar sus gustos y amarse uno á si mismo con preferencia á todo otro amor, porque quiere cada cual seguir sus inclinaciones y no hacerse violencia en cosa alguna. ¿Se contentará Dios con esta division? Ninguno puede servir á dos señores. Pídenos Dios todo el corazon, porque es suyo: pídenos el demonio que le partamos. *Dividatur*: respondemos nosotros, sentenciando en favor de este repartimiento. *Date illi*: replica Dios, con las mismas palabras de la verdadera madre: yo no quiero corazon partido: llévesele el mundo por entero; me causa horror esa division. A la verdad no puede Dios contentarse con ella, ni aun aprobarla.

¡Mi Dios, cuántos hombres se ciegan, cuántos se engañan miserablemente creyendo que aman de veras á Dios, porque tienen esta media voluntad, porque observan exactamente ciertos puntos de la ley, porque miran con particular horror ciertos pecados; y no reflexionan mientras tanto que nada deshonra mas, por decirlo así, á nuestro buen Dios que esa media voluntad, que ese corazon partido! Cuando se comete una desobediencia, sin saber que es el príncipe á quien se desobedece, no es delito irremisible; pero desagradarle con pleno conocimiento de que es él á quien se desagrada, es un desprecio digno de severo castigo. Conócese á Dios, pues que se le ama á medias, segun erradamente se imagina: ¿pues qué

desprecio mas formal, ni mas injurioso al mismo Dios, que negarle lo que pide, que disgustarle en lo que quiere, cuando al fin de alguna manera se le conoce? ¿No es esto imitar á los demonios, los cuales conocen á Dios y le temen, pero los desdichados no le aman?

¡Ah Señor, y os he amado yo hasta aquí, cuando an perdidamente me amé á mí mismo, amando al mundo! No estoy en él sino para amaros : véome ya al fin de la carrera, y aun no he comenzado á amaros. Materia verdaderamente grande de dolor, de amargura y de arrepentimiento.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no debemos repartir el corazon entre Dios y la criatura, porque no hay repartimiento mas injusto. Solo Dios formó nuestro corazon; solo Dios nos redimió á costa de la sangre de su Hijo : luego nuestro corazon de solo Dios debe ser. No nos pide la mitad de él, pídenoslo todo por entero. Ni nos puede pedir menos, ni con menos se puede contentar : darle no mas que la mitad, es darle nada. No nos manda como quiera que le amemos, sino que le amemos con todo el corazon; y para que entendamos bien cómo se ha de entender esta generalidad y esta totalidad, añade : *Amarás á tu Dios y Señor con todo tu corazon, con toda tu alma y con todas tus entrañas.* Es decir que el amor que debemos á Dios ha de absorver todos nuestros deseos, ocupar él solo todo nuestro pensamiento y vencer él solo todos los estorbos. Segun eso, ¿será Dios muy amado? segun eso, ¿amamos nosotros á Dios? ¡Ah! que son muy pocos los cristianos que guardan este primer mandamiento de la ley de Dios; pocos los que pueden decir en la hora de la muerte que cumplieron este primer precepto.

Siendo nuestro corazon tan poca cosa, ¿será mucho dársele á Dios todo entero? ¿No será bastante Dios para llenarle? ¿Será menester buscar en las criaturas con qué ocupar sus vacíos? Ciertamente no se puede hacer mayor injuria al mismo Dios, que adocenarle en este repartimiento del corazon con las criaturas. *Cui me assimilasti?* dice con indignacion por el Profeta. ¿Con quién me pusiste en competencia? ¿Qué indecente competidor me señalaste? Pues que, ¿no te bastaba Dios solo? *Quis Deus?* ¿Dónde se puede hallar alegría pura, tranquilidad perfecta, ni plena felicidad, sino en solo Dios? Él solo será por toda la eternidad la perfecta bienaventuranza de los santos : ¿y no bastará para ser la nuestra en esta corta y miserable vida? Muy digno es de compasion aquel á quien no le basta Dios.

Por otra parte, es imposible esté repartido. *Ninguno puede servir á dos señores,* dice el Salvador. Si respeta y ama al uno, es preciso que desprecie y aborrezca al otro, y mas cuando los dos amos son tan contrarios como Cristo y el mundo. Sus leyes, sus inclinaciones, sus máximas y sus intereses son tan opuestos, que es imposible adunarlos. *¿Qué union,* exclama san Pablo, *puede haber entre la luz y las tinieblas, entre Jesucristo y Belial? El que ama otra cosa con vos, y no la ama por vos, tampoco os ama á vos,* dice san Agustin. Diónos Dios el corazon únicamente para que le amemos : no hacerlo es la mas enorme y la mas clara injusticia; pero amarle á medias ó imperfectamente, es disfrazada impiedad.

¡Dios mio, qué vergüenza y qué dolor el no haberos amado hasta ahora! Améme á mí mismo, amé las criaturas, entregué y franqueé pródigamente mi corazon á sugetos indignos; solo á vos os le negué. Bien veis, Señor, qué oprimido está ahora este mismo corazon á vista de su ingratitud : desde este mis-

mo punto comienzo á amaros : no deseecheis este pobre corazon, aunque sea tan indigno de que le admitais : declaro desde luego que todo es ya vuestro, y que todo será de vos en adelante.

JACULATORIAS.

Quid mihi est in cœlo, et à te quid volui super terram, Deus cordis mei? Salm. 72.

Dios mio de mi corazon, fuera de tí, ¿qué tengo yo, ni qué puedo amar yo en el cielo ni en la tierra?

Pars mea Deus in æternum. Ibid.

Eternamente seréis vos mi única herencia, todo mi bien y todo mi deseo.

PROPOSITOS.

1. ¿Has hecho jamás seria reflexion sobre este desórden? El primer mandamiento de la ley de Dios, la basa, hablando en rigor, de todos los demás; el alma, por decirlo así, de toda la religion, sin la cual la fe es muerta, y las obras, al parecer mas piadosas, son obras vacías : ese primer mandamiento, vuelvo á decir, ¿se observa bien el dia de hoy? ¿Qué te parece, aman hoy á Dios los mas de los cristianos con todo su corazon, con toda su alma y con todas sus fuerzas? Y si le aman menos, ¿le aman verdaderamente? Está persuadido á que amarle á medias es no amarle. ¿Qué amor tienes á Dios? Júzgalo por tu tibieza y por la infidelidad con que le sirves. ¿Cuánto tiempo ha que le estás negando esa corta mortificacion, la victoria de esa pasion, ese pequeño sacrificio? Pídete Dios que reformes esa profanidad, ese vano refinamiento del buen gusto en el modo de vestirte, esa excesiva inclinacion al juego : pídete que no concurras ya á tal espectáculo, ni á tal conversacion, donde

sabes muy bien que peligra tu inocencia : pídete que rompas esa amistad, que no veas ya á aquella persona, y que te confieses regularmente una vez cada mes ó con mas frecuencia : pídete que veles con mayor cuidado sobre tu familia, sobre tus hijos y sobre tus criados, que les des mejores ejemplos de modestia, de sufrimiento, de mansedumbre y sobre todo de una vida mas cristiana y mas edificativa. Si tienes la dicha de profesar el estado religioso, te está pidiendo Dios una observancia mas exacta de tus reglas, y tú le niegas el gusto en algunas menudencias, que no negarias á un amigo tuyo. No ignoras que Dios desea de ti mas puntualidad, mas sumision, mas silencio : confiesas que eso es nada, que es una friolera; y esa friolera y esa nada ¿se la niegas á tu Dios? ¿Te atreverás, despues de esto, á presumir que amas á Dios con todo tu corazon? Remedia prontamente este desórden.

2. Todas las mañanas, luego que te levantes, determinarás la prueba que has de dar á Dios aquel dia de que verdaderamente le amas : por ejemplo, de no encolerizarte, ofrézcase la ocasion que se ofreciere, de no impacientarte, de no decir palabra ofensiva á persona alguna, de no porfiar con nadie, de no negar limosna á pobre alguno, de mortificarte en no concurrir á alguna diversion, de no jugar, de hacer tal penitencia, de practicar tal devocion, etc. Propon guardar tal y tal regla de tu instituto, en que frecuentemente te dispensas, de vencerte en ciertos puntos, de mortificarte en ciertas cosillas, etc. Estos piadosos ejercicios te harán amar presto á Dios verdaderamente.

DIA VEINTE Y OCHO.

SAN LEON, PAPA Y CONFESOR.

San Leon papa, segundo de este nombre, fué siciliano de nacion, ó, segun algunos, de Cedella, pequeña ciudad del Abruzo ulterior, en aquella parte de esta provincia que se llama *Valle Sicilia*. Fué hijo de un médico, llamado Pablo, que puso el mayor cuidado en criar á su hijo en la virtud y en el estudio de las letras humanas. En una y en otra facultad hizo grandes progresos el niño Leon, por su bella índole y por su excelente ingenio. Hízose santo y sabio, logrando el conjunto de las mas nobles prendas, costumbres inocentes, cierto aire de dulzura, modales gratos y airosos, una penetracion poco comun, gran corazon, maravillosa facilidad para aprender las lenguas muertas mas dificultosas, talento asombroso para las que se llaman bellas artes, y sobre todo un ingenio superior para todas las ciencias. Este portentoso conjunto le granjeó desde luego la admiracion de todos. Puso el mundo en movimiento todos los medios que pudo, haciendo cuanto supo y alcanzó para ganar á su partido un jóven que tan desde luego comenzaba á descollar; pero teníale Dios escogido para sí. Sobrábale mucho entendimiento á Leon para dejarse deslumbrar de las engañosas esperanzas con que el mundo le lisonjeaba; y aspirando á otra fortuna mas sólida, abrazó desde jóven el estado eclesiástico, y en él se distinguió.

Dedicado á la Iglesia, se dedicó tambien al estudio de la Escritura y de los santos padres, en que se habilitó tanto, que no se conocia eclesiástico alguno

S. LEON, PAPA Y C.

mas sabio ni mas santo que Leon. Aplicóse asímismo á la elocuencia, para la cual tenia especial talento; y no hubo hombre en su siglo mas inteligente en la música : pero, con ser tan grande su sabiduría, su virtud era mucho mayor.

Era tan generosa su caridad con los pobres, que mas de una vez se despojó de todos sus bienes en su favor, siendo todo su gusto socorrer á todos los necesitados; y por ser tan notoria esta su cristiana generosidad, le hicieron limosnero mayor de la Iglesia. En virtud de este empleo, recogia las limosnas de los fieles y las rentas eclesiásticas destinadas al socorro de los menesterosos, entre quienes las distribuia con la mas justa y con la mas prudente proporcion. Promovido ya á los órdenes sagrados, era el ejemplo de todo el clero romano por sus costumbres, por su sabiduría y por la santidad de su vida, cuando murió el papa Agathon en 10 de junio de 683. Y como dentro del mismo clero romano se hallaba un varon de mérito tan extraordinario y tan universalmente reconocido, no podia estar vacante por mucho tiempo la silla apostólica; y así desde el principio del mes siguiente, por general consentimiento de todos y sin la menor contradiccion, fué colocado en ella san Leon y consagrado pocos dias despues.

Dió principio á su pontificado confirmando el sexto concilio ecuménico, y tercero constantinopolitano, convocado contra los monotelitas, en que presidió su antecesor Agathon por medio de sus legados, y declaró por herejes á todos los que dijesen que en Jesucristo no habia mas que una sola voluntad, como el concilio lo habia definido.

Macario, patriarca de Antioquía, Anastasio, presbítero, y Leoncio, diácono de la iglesia de Constantinopla, con algunos otros, depuestos todos y anatematizados por el concilio, presentaron un memorial al

emperador, suplicándole los remitiese al papa, y se les señaló á Roma por lugar de su destierro. Recibiólos el pontífice con aquella bondad, amor y caridad cristiana, que en parte constituia su carácter: hízoles demostracion de la verdad, convenciólos de sus errores; y para darles mas lugar á que reflexionasen sobre ellos y los conociesen, los puso separadamente en distintos monasterios. Macario persistió obstinadamente en su error; Anastasio y Leoncio abjuraron los suyos; absolviólos san Leon, y los reconcilió con la Iglesia.

Siendo tanta la blandura, compasion y suavidad con que trataba á los arrepentidos, no era menor el teson, la severidad y el valor con que resistia á los que perdian el respeto á la silla apostólica. Desde el año de 568, en que el emperador Justino el mozo envió á Italia un gobernador con nombre de Exarco, cuya residencia era Ravena, se habia usurpado el arzobispo de esta ciudad algunos derechos que no le pertenecian. Sostenido siempre de los exarcos que en varias ocasiones habian intentado abrogarse la autoridad de elegir papas, en muchos puntos no reconocia subordinacion á la silla de san Pedro. Emprendió y consiguió san Leon poner en razon al arzobispo de su tiempo; y para cortar de raiz estos abusos, de modo que no retoñasen en lo sucesivo, obtuvo un decreto del emperador, en que severamente se prohibia á los exarcos que con ningun pretexto se metiesen jamás en proteger al arzobispo contra la santa sede; de suerte que la iglesia de Ravena quedó enteramente sometida á la disposicion del papa; y el arzobispo, que pretendia no reconocer su autoridad, sino en cuanto le reconocian los patriarcas de Constantinopla, de Alejandría y de Antioquia, quedó tan sujeto á ella, que no pudo ser elegido ni consagrado sin expreso consentimiento del pontífice. Y porque

Mauro, arzobispo de Ravena, no se quiso sujetar á la autoridad de la silla apostólica, no permitió san Leon se le hiciese aniversario, por haber muerto excomulgado.

No menos magnífico promovedor de la gloria de Jesucristo, que zeloso defensor de los sagrados cánones, hizo erigir en Roma una iglesia cerca de Santa Bibiana, la que adornó suntuosamente, colocando en ella las reliquias de los santos Simplicio, Faustina y Beatriz, con las de otros santos mártires, y la dió la advocacion de San Pablo.

Su zelo y su grande aplicacion no le permitieron omitir medio alguno de todos los que podian contribuir á la devocion de los fieles y de la Iglesia universal. Expidió y publicó diferentes leyes para perfeccionar la disciplina eclesiástica; reformó el canto que llamamos gregoriano y compuso nuevos himnos para el oficio divino. Toda su aplicacion y solicitud pastoral se dedicaba únicamente á restablecer en toda la Iglesia la pureza de la fe y el arreglo de las costumbres, á lo que concurria tanto con la eficacia de sus ejemplos. Su vida era verdaderamente austera, estragando la salud con el rigor de sus continuas y excesivas penitencias. Sus rentas eran para los pobres, y acostumbraba decir que deseaba morir pobre por asistirlos á ellos. A vista de tantas y tan eminentes virtudes, no era mucho que deseasen ansiosamente los fieles gozar por largo tiempo las felicidades de tan glorioso pontificado, pero lo dispuso Dios de otra manera, porque se apresuró á retirarle del mundo para colmarle de gloria, cuando, por decirlo asi, no habia hecho mas que mostrársele á su Iglesia. Murió con la muerte de los santos el dia 28 de junio del año 684, no cumplido enteramente el primero de su pontificado.

Fué universal el dolor, no solo en Roma, sino en

toda la cristiandad, cuando se supo en ella la muerte de tan santo papa. Todos lloraban amargamente por no haber merecido que el Señor conservase mas largo tiempo en su Iglesia un pontífice que trabajaba incesantemente en su mayor bien y esplendor con tanto zelo y con tanta felicidad. Fué enterrado en la iglesia de San Pedro con el prodigioso concurso del pueblo que acompaña á los santos hasta la sepultura, y da siempre cierto aire de triunfo á sus sentidos funerales. Desde luego fué tan universalmente reconocida su heróica santidad, que, no obstante de estar dedicado este dia á la vigilia de los santos apóstoles san Pedro y san Pablo, quiso la Iglesia que en él se celebrase su fiesta.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La vigilia de los apóstoles san Pedro y san Pablo.

En Roma, san Leon II, papa.

En Leon de Francia, san Ireneo, obispo y mártir, que, segun refiere san Jerónimo, fué discípulo de san Policarpo, obispo de Esmirna y cercano á los tiempos apostólicos. Este santo, habiendo combatido contra los herejes de palabra y por escrito, fué coronado con un glorioso martirio en compañía de la mayor parte del pueblo, durante la persecucion de Severo.

En Alejandría, en la misma persecucion de Severo, los santos mártires Plutarco, Sereno, Heráclides, catecúmeno; Heron, neófito; otro llamado tambien Sereno; Raide, catecúmeno; Potamiena y su madre Marcela, entre los cuales brilló con mayor resplandor la vírgen Potamiena, que, sosteniendo primero grandes y repetidos asaltos contra su virginidad, sufriendo en seguida tormentos inauditos por la fe, fué al cabo quemada con su madre.

En dicho dia, san Papías, mártir, que en la persecu-

cion de Diocleciano, despues de haber sido azotado y metido en una caldera llena de aceite hirviendo, y de haber padecido otros horribles tormentos, fué al fin coronado por la degollacion.

En Utrecht, san Benigno, obispo y mártir.

En Córdoba, san Arimiro, religioso y mártir, muerto confesando á Jesucristo en la persecucion de los Arabes.

En Roma, san Paulo, papa y confesor.

En Eause en Armañac, la veneracion de san Lonberso.

En Sens, santa Teodequilda ó Teodechilda, reina de los Varnes, fundadora del monasterio de San Pedro el vivo.

Cerca de Spanheim, santa Udegeba, vírgen.

En Africa, los santos mártires Elaf, Teon, Gurdino, con otros muchos.

En Galacia, el martirio de san Basilio de Ancira, presbítero, bajo Juliano Apóstata.

En Gurc en Carintia, ciudad episcopal de Salzburgo, santa Hema.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue:

Deus, qui beatum Leonem pontificem *sanctorum tuorum* meritis coæquasti; concede propitius, ut qui commemorationis ejus festa percolimus, vitæ quoque imitemur exempla. Per Dominum nostrum...

O Dios, que al bienaventurado *pontífice* Leon le hiciste igual en merecimientos á los santos; concédenos benigno que imitemos los ejemplos de su vida, ya que celebramos la memoria de su fiesta. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 7 de la de san Pablo á los Hebreos.

Fratres: Plures facti sunt sacerdotes, idcirco quòd morte

Hermanos: Se hicieron muchos sacerdotes (en la ley), por-

prohiberentur permanere; *Jesus* autem eò quòd maneat in æternum, sempiternum habet sacerdotium. Unde et salvare in perpetuum potest accedentes per semetipsum ad Deum: semper vivens ad interpellandum pro nobis. Talis enim decebat ut nobis esset pontifex, sanctus, innocens, impollutus, segregatus à peccatoribus, et excelsior cœlis factus: Qui non habet necessitatem quotidie, quemadmodum sacerdotes, prius pro suis delictis hostias offerre, deinde pro populo: hoc enim fecit semel, seipsum offerendo, Jesus Christus Dominus noster.

que la muerte les impedia el permanecer. Pero Jesucristo, como permanece eternamente, tiene un sacerdocio tambien eterno. Por eso puede salvar perpetuamente á los que por medio suyo se llegan á Dios; y está siempre vivo para interceder por nosotros. Porque era conveniente que tuviésemos un pontífice como este, santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores, y mas elevado que los cielos; que no tiene necesidad, como los otros sacerdotes, de ofrecer todos los dias sacrificios, primero por sus propios pecados, y despues por los del pueblo. Porque esto lo hizo una vez Jesucristo nuestro Señor, ofreciéndose á sí mismo.

NOTA.

«Como esta admirable epístola se dirigia á los Judíos convertidos, les habla en ella san Pablo, por decirlo así, en el lenguaje de la Escritura; llenándola de citas y de lugares de los profetas para confirmarlos cada dia mas y mas en la fe; dándoles una idea justa de la divinidad de Jesucristo y de su eterno sacerdocio, en virtud del cual, ofreciéndose á sí mismo en sacrificio á su Eterno Padre por expiacion de nuestras culpas, consumó toda la antigua ley y abolió los antiguos sacrificios.»

REFLEXIONES.

Asombro es que sean tantos los que se alucinan en punto de devocion. Solo con poner los ojos en Jesu-

cristo encontraremos el verdadero modelo. Es santo, inocente, sin mancha, separado de todo comercio con los pecadores. Santo, porque es la santidad misma: inocente, porque, aunque se unió con nuestra naturaleza, no contrajo la mancha de la culpa: separado de todo comercio con los pecadores, porque no participó con ellos del pecado. Este es el modelo de la verdadera virtud cristiana: corre peligro de que se forme una idea falsa de la virtud siempre que se pierda de vista este divino prototipo; y esto es lo que se practica con demasiada frecuencia en nuestros dias.

Fíngese no sé qué voluntario sistema de una virtud dulce y acomodada: siempre de acuerdo con el amor propio; siempre de inteligencia con la pasion dominante; siempre conforme al genio y al natural: es una virtud de temperamento y de humor, muy dependiente del capricho, la cual inclina á servir á Dios, no como su Majestad manda, sino como á cada uno le acomoda. No tanto se busca la virtud como las alabanzas que la siguen: se solicitan sus privilegios, pero huyendo el hombro á sus cargas; se quiere ser devoto, pero sin cuidar de ser santo.

Con tanta destreza remeda la falsa virtud á la verdadera, que es muy fácil equivocarse: nada cuesta al amor propio la simulacion, la máscara y el artificio. Ni cierto aire, ni cierto tono de voz, ni cierta exterioridad de virtud son siempre incompatibles con las pasiones domesticadas. El genio nunca renuncia del todo sus derechos, y cuando menos se piensa vuelve á salir al teatro. Al mismo tiempo que la boca dice quiere ser toda de Dios, las obras son todas del mundo, todas del interés, todas del amor propio. El gusto, ó, por mejor decir, el capricho arregla los intervalos de devocion. Prevenidos á favor de aquellas buenas obras que se conforman con nuestro genio, no solo se practican con vivacidad, sino con cierta especie de pasion

y de vehemencia, algunas virtudes morales. Pero la humildad, la caridad, el espíritu de mortificacion, el puro y sincero deseo de agradar á solo Dios, se debilitan; y si no se está muy sobre aviso contra las ilusiones del propio corazon, todo contribuye á fomentar el amor propio y la vanidad. De aquí proviene que se hacen tantos progresos en la estimacion de sí mismo, cuantos pasos se juzga erradamente que se adelantan en la perfeccion. Y una vez arraigado el orgullo en el alma no hay que preguntar cómo se precipita y se pierde; mas natural seria preguntar cómo era posible que dejase de perderse.

El evangelio es del cap. 25 *de san Mateo, y el mismo que el dia VI, pág.* 117.

MEDITACION.

DE LA FIDELIDAD A LAS GRACIAS DE DIOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que todos somos, por decirlo así, unos administradores del Padre de familias, segun el pensamiento del mismo Cristo, en cuyas manos y á cuyo cargo pone sus bienes. Somos unos criados suyos, entre los cuales distribuye sus talentos y su caudal, á unos mas, á otros menos, segun su *capacidad*, ó, por mejor decir, segun sus altos designios; pero á todos lo bastante para hacer fortuna en el negocio de la eternidad. Comprende ahora la fidelidad con que se debe corresponder á la gracia, cuando por no haber negociado con su talento por pereza, ó cuando mas por cobardía, fué reprobado uno de aquellos siervos.

Es la gracia la voz del mismo Dios que nos llama:

¡con qué estimacion debemos oirla, y con qué docilidad obedecerla! Es una visita que nos hace: ¡con qué respeto y con qué humildad la debemos recibir! Es un amoroso cortejo, por explicarme de esta manera, para ganar nuestro corazon: ¡con qué fineza le debemos corresponder! ¡qué desprecio haríamos de su Majestad, si no le quisiéramos oir cuando nos habla; si no le recibiéramos cuando nos visita, y si le volviéramos la espalda cuando nos corteja! ¿podria llegar á mas nuestra ingratitud y nuestra irreligion? Pues eso hacemos puntualmente cuando somos infieles á la gracia. ¿Cómo se vengará el Señor de este desprecio? Retiraráse si no le queremos escuchar, ó callará; silencio mas digno de ser temido que todas sus amenazas. Si no le abrimos la puerta, se retirará; retiro mas funesto para nosotros que todas las demostraciones de su ira. Si le volvemos las espaldas, nos abandonará; abandono mas terrible que sus mayores castigos. No dejeis, Señor, de hablar, porque vuestro siervo oye; no me dejeis de buscar, pues soy oveja descarriada. Conozco ya que vuestra divina gracia se va en fin apoderando de mi corazon, y que quiero de buena fe apartarme de mis descaminos; acabad, por vuestra misericordia, esta grande obra, pues ya no quiero sepultar los talentos que os dignásteis confiarme.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la gracia es el precio de la sangre de todo un Dios y el fruto de su muerte. Si es el precio de la sangre de todo un Dios, ¿no valdrá algo? ¿y qué estimacion debemos hacer de ella? Si es el fruto de su pasion y de su muerte, ¿qué virtud tendrá? ¡y con qué cuidado debemos aprovecharla! Ser infiel á la gracia, hacerla resistencia, es, segun el lenguaje del Apóstol, poner debajo de los piés la sangre de Je-

sucristo. ¡O Dios, y qué profanacion! Pero ¿no tendré yo parte en ella, no seré culpable? ¿y puedo conocer que lo soy sin llenarme de horror? Ser infiel á la gracia es aniquilar la virtud de su pasion: ¡qué impiedad, qué fea ingratitud! Aquella divina sangre pisada y atropellada ¿no dará mas gritos que la de Abel, no ya para pedir misericordia, como lo haria si la hubiéramos respetado, sino para pedir venganza contra los que la profanan? Y si yo soy de este número, ¿qué deberé esperar? Si el principio de nuestra eterna dicha y el fundamento de nuestra esperanza se convierten en ocasion de nuestra eterna ruina y de nuestra perdicion eterna, ¿cuál será en adelante nuestro recurso?

Es la gracia el principio de todos nuestros merecimientos, el manantial de todas nuestras virtudes, la semilla de nuestra bienaventuranza. Si soy infiel á la gracia, ni puedo atesorar méritos, ni puedo adquirir virtudes, ni puedo afianzar en nada mi salvacion. Despreciar la gracia es menospreciar y abandonar la virtud; ser infiel á la gracia es privarse uno á sí mismo del único medio que hay para atesorar inmensos merecimientos; resistir á la gracia es renunciar por entonces la esperanza de su eterna salvacion. Pues si abandono la virtud, si malogro la oportunidad de amontonar merecimientos en las frecuentes ocasiones que se ofrecen; si renuncio la esperanza de mi eterna salvacion, de la cual era prenda segura la gracia, ¿en qué podré yo parar sino en ser un malvado, un miserable y un réprobo? Todos los bienes nos vienen con la gracia; si pierdo la gracia, perdílos todos.

¡Dios mio, y qué poco he sentido hasta aquí mi triste suerte! ¡qué deberé pensar yo de mis pasadas ingratitudes! Las lloro, las abomino, las detesto; y contando mas que nunca con vuestra divina gracia,

me atrevo, Señor, á prometeros que corresponderé á ella con fidelidad.

JACULATORIAS.

Patientiam habe in me, et omnia reddam tibi. Matth. cap. 18.

Un poco mas de tiempo, Señor, un poco mas de tiempo, y yo os restituiré todo lo que os debo.

Justificationem meam, quam cœpi tenere, non deseram. Job 27.

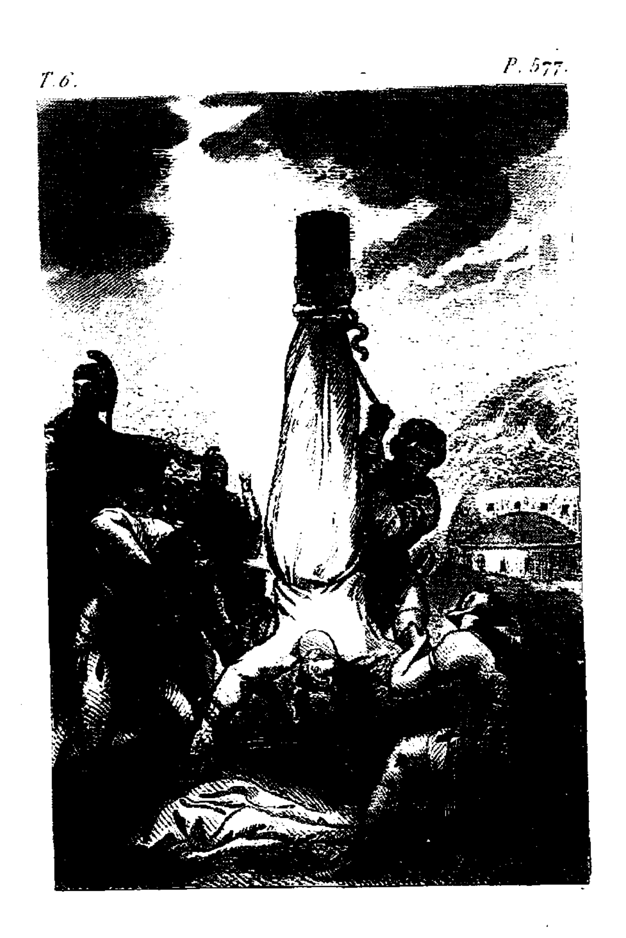
Lleno de confianza en vos me atrevo á prometeros que ya no seré infiel á vuestra gracia.

PROPOSITOS.

1. Preciso es que no hayas conocido bien lo mucho que vale la gracia del Señor, cuando la has resistido con tanta obstinacion, y tantas veces la has desestimado. ¡Cosa extraña! el menor revés de la fortuna nos pone inconsolables; la mas mínima pérdida nos inquieta y nos hace enfadosos. ¡Cuánto sobresalta, cuánto turba el miedo de perder la gracia del príncipe, y tal vez de un mero particular! Pero la gracia de Dios se pierde con la mayor frescura; se desprecia alegremente, y cien veces al dia se falta á su servicio, sin dársele á uno nada, y aun falta poco para celebrar la hazaña. Indígnase cualquiera contra sí mismo, cuando se aplica á reflexionar mas de cerca esta irreligiosa conducta; ¿qué será en la hora de la muerte, cuando se presenten de monton y sin disfraz todas nuestras infidelidades, y concurran todas á darnos en rostro con nuestra ingratitud? Preocupa desde luego un arrepentimiento y una confusion tan bien fundada. Examina cuidadosamente cuáles son en particular tus infidelidades á tales y tales inspiraciones,

á tales y tales piadosas solicitaciones de la gracia, á los consejos de tus directores y á las órdenes de tus prelados. Pon luego fin á ellas, y comienza desde este mismo dia á ser exacto, regular y escrupulosamente fiel á los impulsos de la gracia.

2. Esta fidelidad procura que sobre todo se manifieste, primero: en el exacto cumplimiento de las obligaciones de tu estado; segundo: en la rectitud de tus máximas y regularidad de tus costumbres; tercero: en la frecuencia de sacramentos, arregla los dias de confesion, y jamás te dispenses en ellos con ningun vano pretexto; cuarto: sé puntual en oir misa todos los dias, en tener un rato de oracion mental, y en hacer todas las noches el exámen de conciencia; quinto: cumple fielmente con tus devocianes cada dia, y no omitas aquellas pequeñas mortificaciones que te has impuesto, ó que te han aconsejado; sexto: *tampoco omitas ninguna de las buenas obras que* acostumbras, como visitar los enfermos en los hospitales, ó los pobres vergonzantes de tu parroquia en sus casas, dar ciertas limosnas secretas, y visitar á ciertas horas del dia el Santísimo Sacramento; séptimo: sé puntualísimo en el cumplimiento de ciertas devociones particulares, que debes rezar á la santísima Vírgen, siendo constante en ellas con la mayor perseverancia. Ninguno de estos santos ejercicios has de dejar, porque fomentarán admirablemente tu fidelidad.



S. PEDRO,

PRÍNCIPE DE LOS APÓSTOLES.

DIA VEINTE Y NUEVE.

SAN PEDRO, PRÍNCIPE DE LOS APÓSTOLES.

San Pedro, príncipe de los apóstoles, cabeza visible de la Iglesia de Jesucristo, columna inmoble de la fe, como habla el concilio Efesino, piedra y basa de la religion, como se explica el Calcedonense, vicario de Jesucristo en la tierra, cimiento, dice san Agustin, sobre que se fundó, y sobre que subsiste la santa Iglesia, se llamaba Simon antes de su vocacion al apostolado. Fué de Bethsaida, pueblo pequeñó de Galilea en la orilla del lago de Genesareth, hijo de Jonás ó Juan, de condicion muy oscura, pescador de profesion, pero hombre de mucha bondad. No se sabe de cierto el año de su nacimiento; solo es muy verisímil que era de mas edad que el Salvador.

Habiéndose casado en Cafarnaum, puerto entonces el mas célebre de aquel gran lago, llamado en todo el país el mar de Tiberiades, hacia en él su residencia en compañía de su hermano Andrés. Era este discípulo del Bautista, y habiendo visto á Jesus, de quien habia oido decir á su maestro que era el verdadero Mesías, dió esta noticia á su hermano Simon, diciéndole: *Vi al Mesías, y le hablé.* Simon, que era de natural vivo y ardiente, y que lleno de religion suspiraba por la venida del Mesías, no dejó sosegar á su hermano hasta que le llevó á ver al Salvador. El dia siguiente fueron juntos á buscarle, y apenas descubrió á nuestro santo el Hijo de Dios, cuando le dijo con una particular bondad, que manifestaba bien no sé qué especial amor: *Simon, hijo de Jonás, así te has llamado hasta ahora; pero en adelante quiero que te*

uamues Cephas, que quiere decir Pedro. Quedáronse los dos hermanos con el Salvador todo aquel dia, y desde el mismo se declaró Pedro por uno de sus mas fervorosos discípulos. Vuelto á su casa, ganó para Jesucristo á toda su familia, y aunque proseguia en su ordinario ejercicio de pescar, se pasaban pocos dias sin que viese al Salvador, y se tiene por cierto que se halló presente en las bodas de Caná, cuando el Señor hizo el primer milagro.

Pero aun no habia dejado ni su oficio ni su casa, hasta que, volviendo Cristo de Jerusalen, le encontró con su hermano Andrés á la orilla del lago levantando sus redes. Entró el Señor en el barco y dijo á Pedro que le llevase mar adentro á cierto sitio mas profundo, que allí echarian un buen lance. *Maestro,* le respondió el santo, *toda la noche hemos afanado inútilmente, sin haber cogido una escama; pero, pues vos lo mandais, voy á echar la red en vuestro nombre.* Fué extraordinaria la pesca; y atónito san Pedro, se arrojó á los piés del Salvador, diciéndole: *Señor, soy un gran pecador, y no soy digno de parecer en vuestra presencia.* Levantóle el Señor y le dijo: *Ten confianza, y sígueme: quiero que, sin dejar el oficio, le mejores; de aquí adelante serás pescador de hombres.* Hizo tanto efecto en el espíritu y en el corazon de nuestro santo la grácia de la vocacion embebida en aquellas palabras, que en el mismo punto lo dejó todo; y dándole permiso su mujer, que ya era una gran sierva de Jesucristo, mereciendo en adelante la corona del martirio, jamás se apartó ya Pedro del Salvador.

En todas ocasiones se hizo distinguir el amor y la ternura que le profesaba. Atravesaba una noche el lago en compañía de los demás discípulos, y viendo que Cristo venia caminando á ellos sobre las aguas, impaciente Pedro por arrojarse cuanto antes á sus piés, le dijo: *Señor, mandadme que yo vaya tambien*

á vos sobre las olas, antes que entreis en el barco. Ven, le respondió el Salvador. Obedeció Pedro, saltó al mar con intrepidez; refrescóse un poco el viento; y como vió que se iba hundiendo, tuvo miedo y exclamó: *Señor, salvadme.* Cogióle el Salvador por la mano y le reprendió blandamente, diciéndole: *Hombre de poca fe, ¿porqué dudaste?* Pero en medio de eso iba creciendo su fe al paso de su amor. Explicó el Salvador en Cafarnaum á sus discípulos el misterio de la Eucaristía; hízoseles duro á muchos de ellos, entraron en desconfianza de su doctrina, y se retiraron. Vuelto entonces el Señor á los doce que habia escogido para apóstoles suyos, les dijo con entereza: *Y vosotros ¿quereis tambien marchar?* Tomó Pedro la voz, y respondió á nombre de todos: *Señor, ¿adónde ni á quién iremos? Solas vuestras palabras nos enseñan el camino de la vida eterna, y estamos bien persuadidos á que sois el verdadero Mesías.*

No fué esta la única pública confesion que hizo Pedro de su fe. Preguntó Jesus á sus discípulos qué se decia de él en Judea, y en qué reputacion le tenia aquella gente. Respondiéronle que unos le tenian por Juan Bautista resucitado, otros por Elías, otros por eremías, ó, en fin, por alguno de los profetas. *Y bien*, les replicó el Salvador, *¿á vosotros quién os parece que soy?* Volvió Pedro á tomar la voz de todos, y con su genial viveza y acostumbrado fervor respondió: *Tú, Señor, eres Cristo, hijo de Dios vivo. Y tú, Simon, hijo de Jonás*, replicó el Salvador, *eres bienaventurado, porque esa importante verdad no te la reveló a carne ni la sangre*: tan sublime conocimiento ni es ni puede ser efecto de la razon natural. *Mi Padre celestial te iluminó para que supieses quién era yo*; y ahora voy yo á enseñarte á ti lo que eres tú desde este punto. *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia*; á mi sombra serás su cimiento y su

basa, no menos que su defensa. En vano se armará todo el infierno contra ella: podrá combatirla con herejías, perseguirla con tiranos y aun oprimirla en algunas de sus partes; pero el todo del edificio, cuya basa te constituyo desde ahora, jamás bamboleará. Todas las sectas que se levantarán en la serie de los siglos se fundarán sobre arena, porque no tendrán por fundamento á esta piedra. *Entregaréte las llaves del reino de los cielos; á aquellos á quienes tú abrieres las puertas, se les franquearán, y se cerrarán á los que tú se las cerrares*; porque la justicia del cielo confirmará las sentencias que tú pronunciares en la tierra. Serás en ella mi vicario, y cuanto dispusieres en mi nombre será ratificado por mí. Convienen todos los padres en que desde este punto quedó Pedro constituido príncipe de los apóstoles, piedra fundamental de la religion y cabeza visible de la Iglesia.

Crecia con la fe el amor que profesaba á Jesucristo Cierto dia en que el Hijo de Dios declaró á los apóstoles como le era indispensable pasar á Jerusalen, y padecer en aquella ciudad las mayores ignominias, y sufrir muerte afrentosa, horrorizado nuestro santo al oir esto, exclamó sin libertad: *¿Qué decís, Señor? No quiera Dios que tal suceda, ni que nosotros lo permitamos; prontos estamos á defenderos, aunque sea á costa de nuestras vidas* Reprendióle el Salvador con severidad, diciéndole: *Apártate de mí, y no te pongas en mi presencia si has de hablar de esa suerte; haces el oficio de Satanás, sin entenderlo, pues pretendes estorbar la obra de la redencion*. Bien sabia Jesucristo el amoroso principio de donde nacia este indiscreto zelo, y así cinco dias despues le escogió para testigo de su gloriosa transfiguracion en el Tabor, donde, deslumbrado el apóstol con el resplandor de la gloria que arrojaba el semblante del Salvador, exclamó en-

tre extático y gozoso: *¡Bello sitio es este! Aquí sí que debíamos estar.*

En todas ocasiones distinguia Cristo á nuestro santo con algun especial favor. Dispuso que fuese él quien hallase dentro de un pez una pieza de cuatro dracmas para pagar al César el tributo en nombre de los dos; y cuando se acercaba el tiempo de su pasion, despachó á Pedro y á Juan para que previniesen el cenáculo donde habia de celebrar la Pascua. Concluida la cena, queriendo el divino Salvador lavar los piés á sus apóstoles, comenzó por san Pedro; pero lleno de confusion cuando vió á sus piés á su soberano Maestro, los retiró prontamente, protestando que jamás lo consentiria; pero amenazándole el Salvador con que no le reconoceria por suyo si no se dejaba lavar, atemorizado Pedro con tan terrible amenaza, exclamó fervoroso: *¿Qué decis, Señor? No solo los piés; las manos y la cabeza me dejaré lavar de vos antes que desagradaros.* Contento el celestial Maestro con esta disposicion, le dijo que el demonio haria todos sus esfuerzos para derribarle; pero que él habia hecho oracion á su Eterno Padre, á fin de que jamás desfalleciese su fe, la cual, aunque alguna vez llegase á titubear con la tentacion, presto volveria á fortalecerse mas que nunca, y le sobrarian fuerzas para alentar y para fortificar á sus hermanos.

Ningun discípulo profesó jamás amor mas encendido á su Maestro. Este abrasado amor le hizo prorumpir en aquella arrogante expresion, de que por lo menos él nunca abandonaria á su Maestro, aunque le abandonasen todos los demás, no obstante la profecía contraria que acababa de oir. Tardó poco en dar pruebas de su zelo cuando, al ver que en el huerto de las Olivas los soldados echaban mano de su Maestro, él la echó de su espada, descargó un golpe á Malco, y le derribó al suelo una oreja; bien que el Salva-

dor le reprendió la accion, y curó milagrosamente al herido.

Preso el Pastor, se esparcieron las ovejas. Solo Pedro, en compañía de Juan, tuvo valor para seguir á Cristo hasta la casa de Caifás; pero reconocido y sindicado por uno de sus discípulos, cayó en la flaqueza de negar por tres veces que conociese á tal hombre. Acordóle su miseria el canto del gallo, como se lo habia pronosticado el mismo Salvador. Fué inexplicable su arrepentimiento y su dolor; retiróse deshecho en lágrimas, y pasó tres dias contínuos en amargo llanto, sin atreverse á parecer delante de nadie.

Reparó su caida con dolorosa contricion; por lo que ni el discípulo perdió nada del ardiente amor que profesaba á su amado Maestro, ni el Maestro disminuyó un punto la ternura con que miraba á su querido discípulo; y así apenas resucitó cuando se apareció en particular á san Pedro. Esta particular ternura nunca mas la manifestó que en las tres preguntas que le hizo junto al mar de Tiberíades, pocos dias antes de su gloriosa Ascension á los cielos, preguntándole por tres veces á vista de los demás apóstoles si le amaba mas que todos. Escarmentado Pedro con las caidas antecedentes, respondió sencillamente que, pues el mismo Señor conocia bien todas las cosas, ya sabia la pasion con que le amaba. *Apacienta mis corderos*, le replicó el Salvador, *apacienta mis ovejas*; con cuyas palabras, dice san Agustin, confirmó á Pedro la primacía que le habia conferido, encargándole el cuidado de todo su rebaño.

El primer uso de su dignidad que hizo san Pedro fué proponer á los apóstoles la eleccion que se debia hacer de algun sugeto para llenar el hueco de Judas. Luego que el Espíritu Santo bajó sobre los apóstoles el dia de Pentecostés, Pedro, como cabeza de la Igle-

sia, *predicó un sermon tan enérgico*, tan elocuente y tan eficaz á la muchedumbre que concurrió á las puertas del cenáculo, que tres mil personas recibieron el bautismo. Entró despues en el templo acompañado de san Juan, y encontrando á la puerta un pobre de cuarenta años, tullido desde su nacimiento le mandó en nombre de Jesucristo que se levantase hízolo al punto el tullido, y fué saltando de gozo por toda la ciudad, publicando á gritos la maravilla. A la fama de ella concurrió todo el pueblo á rodear á los apóstoles, y aprovechando Pedro tan bella ocasion, habló de Jesucristo con tanta elocuencia, con tanto espíritu y con tanta mocion, que en el mismo dia convirtió otras cinco mil personas.

Como estos prodigios hacian tanto ruido, no era fácil que durase mucho la paz de la recien nacida Iglesia. Fueron presos los dos apóstoles; y preguntados en nombre de quién habian hecho el milagro del tullido, respondió intrépidamente san Pedro que en nombre del mismo Jesucristo, á quien ellos habian crucificado. Prohibióseles que no hablasen mas del tal Cristo, ni de su doctrina; á lo que respondió Pedro con una resolucion que los dejó atónitos: *Considerad, señores, si será justo obedeceros á vosotros antes que á Dios, el cual nos manda publicar la resurreccion del Salvador, de que nosotros mismos fuimos testigos.*

Crecia cada dia el número de los fieles, y cada dia se mostraba Pedro mas poderoso en obras y en palabras. El que dos dias ha era un pobre pescador idiota, rústico y grosero, hablaba ya como un gran doctor de la ley. Todas sus palabras eran oráculos multiplicábanse en sus manos las maravillas; ponian los enfermos en las calles y en las plazas públicas, para que, al pasar Pedro, les alcanzase á lo menos su sombra, y al punto sanaban todos. Tantos prodigios

necesariamente habian de poner en cuidado á los magistrados: mandáronle prender, azotáronle cruelmente, y Pedro no cabia de gozo viéndose digno de padecer estas afrentas por amor de Jesucristo.

Con ocasion de la horrible persecucion que se siguió á la muerte del protomártir san Estéban, salieron los discípulos de san Pedro á predicar el Evangelio fuera de los términos de Judea. Convertidos ya los de Samaria, pasó el apóstol á aquella provincia juntamente con san Juan, para comunicar á los fieles el Espíritu Santo, administrándoles el sacramento de la confirmacion. Al volver de Samaria, entró en la ciudad de Lidia, y viendo á un paralítico, llamado Eneas, tendido en su cama, donde habia ocho años que estaba postrado, le dijo: *Eneas, el Señor Jesucristo te salva; levántate, y lleva á cuestas tu cama.* Levantóse al punto Eneas, publicó el milagro juntamente con su autor, y recibió el bautismo toda la ciudad.

Repetíanse á cada paso los prodigios, y á cada paso se añadian nuevas conquistas á Jesucristo. Murió en Joppé una virtuosa viuda, llamada Tabithes; llegó san Pedro á esta ciudad dos dias despues de su muerte; hace oracion junto al cadáver á vista de casi todo el pueblo; manda á Tabithes que se levante en nombre de Jesucristo; abre los ojos Tabithes, levántase del ataud, y pide el bautismo toda la ciudad de Joppé. En esta ciudad tuvo Pedro aquella misteriosa vision en que Dios le manifestó que, habiendo muerto su Hijo generalmente para todos los hombres, ningun pueblo ni nacion era excluida del beneficio de la redencion. Estaba un dia en oracion hácia la hora del mediodía, y arrebatado de repente en éxtasis, vió rasgarse el cielo, y que bajaba de él una cosa en figura de un gran lienzo, suspendido en el aire por las cuatro puntas. Observó que todo el lienzo estaba cubierto de toda especie de animales y sabandijas, cuadrúpe-

dos, reptiles y volátiles, y al mismo tiempo oyó la voz que le dijo: *Pedro, levántate; mata, y come. No permita Dios,* replicó Pedro, *que yo coma cosa profana ni inmunda*; pero la misma voz le replicó: *No llames inmundo ni profano lo que ya purificó el mismo Dios.* Volvió el apóstol del rapto, y aun no comprendia bien lo que significaba la vision, cuando entraron en su casa los criados de un oficial, llamado Cornelio, romano de nacion, que mandaba un cuerpo de infantería de la legion Itálica, acuartelada en Cesarea; y por la comision que traian conoció claramente el significado de la vision; conviene á saber, que tambien debia predicar la fe á los Gentiles, pues no se habia hecho solo para los habitadores de Judea. Partió luego á Cesarea; encuentra á Cornelio, que le esperaba rodeado de gente; predícales á todos, instrúyelos, y aun no habia acabado de hablar, cuando bajó sobre todos el Espíritu Santo visiblemente en forma de un brillante resplandor. Siguióse el bautismo á la venida del Espíritu Santo, y vuelto Pedro á Jerusalen, contó á toda la Iglesia las misericordias del Señor, las que oidas por los fieles, todos glorificaron á Dios por haberse dignado de hacer participantes á los Gentiles, como á los Judíos, del don de la penitencia para la salvacion.

A la vocacion de los Gentiles se siguió muy de cerca el repartimiento que hizo el Espíritu Santo de los apóstoles, para que fuesen á anunciar el Evangelio á todas las partes del universo. Tocóle á Pedro en aquella division anunciarle en la capital del mundo; y siendo Antioquía la capital del Oriente, dió principio por ella, fundando aquella iglesia, donde los discípulos se comenzaron á llamar *cristianos* hácia el año 43 de la Encarnacion; pero san Pedro mantuvo pocos años su silla en aquella ciudad: triste presagio, que pudo ser, de que algun dia faltaria en ella la fe,

la que jamás habia de faltar en Roma, donde el apóstol dió fin á su vida.

Despues de haber corrido una gran parte del Asia, anunciando á Jesucristo á los Judíos esparcidos por el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bithinia, dió la vuelta á Jerusalen, donde se detuvo algun tiempo, y allí le buscó san Pablo, poco antes convertido, para instruirse, por decirlo así, en la religion, y aprovecharse de sus luces.

Renovóse con mayor furor en Jerusalen la persecucion contra los fieles. Queriendo Herodes Agripa congraciarse con los Judíos, quitó la vida al apóstol Santiago; y persuadido á que daria el mayor gusto á toda la nacion en hacer lo mismo con san Pedro, que era la cabeza de los demás, le mandó prender; pero como era el tiempo de la Pascua, en que á ningun delincuente se podia castigar, dió órden de que se le guardase estrechamente en la cárcel, nombrando á este fin diez y seis soldados que de cuatro en cuatro se fuesen remudando, sin perderle nunca de vista. Era su intento quitarle la vida en pasando la Pascua, y regalar al pueblo con un espectáculo tan de su gusto; pero oyó Dios las oraciones de toda la Iglesia, y confundió al tirano; porque la noche antes del dia señalado á la ejecucion, el ángel del Señor se apareció en la cárcel, despertó á Pedro, cayéronsele las dos cadenas de que estaba cargado, abriéronsele las puertas de par en par, condújole el ángel hasta el fin de la calle, y desapareció. Fuése derecho san Pédro á casa de María, madre de Juan Marcos, donde se habian juntado muchos fieles y estaban en oracion: llamó á la puerta, salió silenciosamente una doncellita, por nombre Rhoda, á saber quién llamaba; conoció al apóstol por la voz, y fué tanta su alegría, que, en lugar de abrirle, corrió apresurada á dar esta noticia á los de adentro: dijéronla que estaba loca; replicó ella:

Vuelvo á decir que es él, y que por la voz le conocí. Mientras tanto proseguia Pedro llamando, abriéronle en fin, y ya se deja discurrir qué admiracion, qué gozo seria el de todos cuando le vieron, y mas cuando les contó por menor todo lo que habia pasado, y el milagroso modo con que estaba fuera de la cárcel y se veia libre de sus cadenas.

Despues de este suceso corrió segunda vez el apóstol casi toda la Judea y una parte del Asia para animar á los fieles con un santo fervor; y habiendo hecho todavía alguna mansion en Antioquia, pasó á Roma hácia el año 43, y fijó en ella su cátedra pontifical. *Dispúsolo así la divina Providencia*, dice san Leon, *para que aquella ciudad, que era cabeza del mundo, fuese tambien como el centro de la religion y escuela de la verdad, despues de haberlo sido del error, quedando constituida por maestra de todas las demás iglesias de la tierra.* Luego que llegó, triunfó de todo el infierno junto por la célebre victoria de Simon mago. Era este famoso impostor un grande estorbo á los progresos del Evangelio en la ciudad de Roma con sus embustes y prestigios. Prometió al pueblo que en cierto dia se habia de elevar hasta el cielo á vista de todos, en prueba de que era él mismo la virtud del Altísimo; hallóse Pedro presente al espectáculo, y con efecto comenzó Simon á elevarse por el aire, llevado y sostenido invisiblemente por los demonios, representándose á los ojos del inmenso concurso como si fuese arrebatado en una carroza de fuego, cuando Pedro se hincó de rodillas, y no bien dió principio á su oracion, cuando los demonios, que representaban aquella comedia, abandonaron la carroza, y cayendo Simon en tierra desde bastante elevacion, se rompió las piernas; y conducido á una casa inmediata, no pudiendo sobrevivir á su afrenta, se precipitó desde lo mas alto y espiró en el mismo punto.

Desde Roma escribió san Pedro su primera epístola á los fieles de Oriente por los años de 49, y la data es de Babilonia, porque así llamaba á aquella capital, que todavía era pagana; no obstante hacia en ella la fe maravillosos progresos por los desvelos del apóstol y de sus discípulos. En la misma ciudad escribió san Marcos su evangelio, que aprobó san Pedro para satisfacer la devocion de los fieles que habia en ella. A los tres ó cuatro años de su residencia en Roma se publicó el decreto del emperador Claudio para que saliesen de la ciudad todos los Judíos. Partió Pedro á Jerusalen, donde presidió al concilio, en que se definió que la ley del Evangelio habia abolido la de la circuncision, cuyas decisiones llevaron á Antioquía san Pablo y san Bernabé. Concurrió tambien san Pedro en aquella ciudad, y no tuvo reparo en mezclarse con los Gentiles convertidos á la fe, comiendo con ellos, sin hacer diferencia de viandas; pero informado de que esto escandalizaba á los Judíos, se abstuvo de hacerlo por mera complacencia. No le pareció bien á san Pablo esta demasiada docilidad, y con santa libertad le representó que aquella condescendencia podia dar motivo á creer que todavía subsistia la obligacion de observar la antigua ley. Rindióse san Pedro á la advertencia de san Pablo, *y el que era príncipe de los apóstoles y cabeza de la Iglesia*, dice san Agustin, *no se valió de su primacía; cedió su autoridad á su modestia*. No consideró, añade san Gregorio, que Pablo era inferior á él, y admitió sin desden su reprension: *Ecce à minore suo reprehenditur, et reprehendi non dedignatur*.

Restituido á Roma nuestro apóstol, se dedicó á cultivar la viña del Señor que habia plantado, y que era ya el modelo de todas las iglesias, costándole este cultivo inmensos trabajos y fatigas. Pero no se encerraba dentro de los muros de Roma su pastoral so-

licitud, antes se dilataba á toda la universal Iglesia, á la cual escribió su segunda epístola, dirigida á todos los fieles en general. Afirman algunos santos padres que corrió todas las partes del mundo, despreciando los peligros y las persecuciones que le suscitaron los Judíos y los Gentiles. Dícese que desde Roma llevó el mismo Evangelio á varias provincias de Europa; y cuando no en persona, se tiene á lo menos por cierto que lo hizo por medio de sus discípulos en varios reinos del Occidente. Muchas iglesias de Italia, Francia, España, Inglaterra, Africa, Sicilia, y de las islas adyacentes, conservan los nombres de sus primeros obispos, persuadidas á que fueron discípulos de san Pedro.

Mientras Pedro trabajaba en Roma tan gloriosamente, llegó á ella san Pablo con recíproco gozo de los dos; disponiéndolo así la divina Providencia, para que las dos mayores lumbreras del mundo cristiano terminasen su carrera en la capital de universo, y la ilustrasen con su glorioso martirio.

Los milagros que hacian en Roma uno y otro apóstol encendieron la mas horrible de todas las persecuciones en el imperio de Neron. Huyendo de la tempestad, salia un dia el apóstol para retirarse de Roma, cuando á la puerta de la ciudad encontró al Salvador como que iba á entrar por ella. No le hizo novedad la vision, por estar acostumbrado á muchas semejantes; y así le preguntó sin extrañeza: *Señor, ¿adónde vais? Voy á Roma*, le respondió Jesucristo, *á ser crucificado de nuevo.* Comprendió muy bien el apóstol lo que le queria decir, y ocurriéndole entonces á la memoria lo que el Señor le habia pronosticado antes y despues de su resurreccion, se volvió á entrar en la ciudad, y se dispuso para el martirio. El mismo dia fué arrestado y conducido á la cárcel de Mamertino al pié del Capitolio, donde estuvo nueve meses,

juntamente con san Pablo, aumentando cada dia nuevas conquistas á Jesucristo, porque fueron convertidos y bautizados por san Pedro dos de sus guardas, Proceso y Martiniano, con otras cuarenta y siete personas que estaban en la misma prision.

En fin, despues que nuestro apóstol empleó toda su vida en dar á conocer y en hacer amar á Jesucristo, despues de haber contribuido con tan inmensos trabajos a fundar y establecer la iglesia en todo el universo, pero muy particularmente en la capital del mundo, vió finalmente acercarse el tiempo, tanto antes pronosticado por Jesucristo, en que otro le habia de ceñir, y le habia de conducir adonde naturalmente no querria. Sacáronle de la cárcel en compañía de san Pablo; y ambos, despues de haber sido cruelmente azotados, fueron condenados á muerte, como cabezas de la religion cristiana. A san Pedro le llevaron de la otra parte del Tiber al barrio de los Judíos, en lo alto del Vaticáno, llamado hoy *Montorio* ó *Monte de oro*. Queríanle crucificar en el modo regular; pero consiguió de los verdugos que lo hiciesen fijándole en la cruz cabeza abajo, porque dijo no merecia ser tratado como su divino Maestro. Consumó su sacrificio el dia 29 de junio hácia el año 68 de Jesucristo, habiendo gobernado la iglesia de Roma 24 años, cinco meses y once dias. Fué sepultado en el Vaticano, y desde entonces fué su sepulcro, despues del de Jesucristo, el mas respetable y el mas respetado de todo el mundo cristiano; comenzando el culto de estos dos grandes apóstoles en la tierra casi al mismo tiempo que dió principio su eterna felicidad en el cielo. Luego que el emperador Constantino dió la paz á la Iglesia, se vi ron levantar suntuosísimos templos en todas partes a honra de los dos santos. El dia 18 de noviembre celebra la Iglesia la dedicacion de las dos famosas basílicas, fundadas en Roma en honor

de los apóstoles san Pedro y san Pablo, cuya construccion se atribuye al gran Constantino, y la dedicacion al papa san Silvestre. La de san Pedro, que es la del Vaticano, se reputa con razon por la mayor maravilla del arte que se registra en todo el mundo.

El célebre Pedro Canisio, de la Compañía de Jesus llamado en estos últimos tiempos, no sin mucha razon, apóstol de Alemania, refiere ser tradicion confirmada en los anales de las iglesias de Colonia y de Tréveris, que san Materno, enviado á Alemania por san Pedro para anunciar en ella el Evangelio de Jesucristo, luego que convirtió á la fe un gran número de pueblos, erigió una iglesia entre Molsheim y Strasburgo en honor del santo apóstol, que hasta el dia de hoy se llama *la casa de san Pedro.*

El mismo autor refiere que el evangelista san Marcos erigió en Alejandría una iglesia ó capilla en honor de san Pedro, de la que hace mencion el papa san Anacleto. Añade mas, citando á san Clemente, que un tal Teodosio, hombre rico y muy piadoso, cedió su propia casa para que se convirtiese en iglesia á honra de san Pedro viviendo aun el santo apóstol, y que colocó en ella su cátedra pontifical.

NOTA DEL TRADUCTOR.

« Esta ereccion de los templos de Molsheim y de Alejandría, y aun mas el que se refiere edificado en Roma en honor de san Pedro, viviendo aun y hallándose presente el santo apóstol, tiene graves dificultades; cuyo exámen y decision dejamos al juicio de los sabios que tratan de este punto.

Prudencio, poeta cristiano, que floreció en el cuarto siglo, hablando de la fiesta de los apóstoles san Pedro y san Pablo, nota que en su dia celebrab el

papa dos misas en Roma, una en la iglesia de San Pedro y otra en la de San Pablo.

Transtiberina prius solvit sacra pervigil Sacerdos.
Mox hùc recurrit, duplicatque vota.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, la fiesta de los apóstoles san Pedro y san Pablo, que padecieron el mismo año y el mismo dia, bajo el poder del emperador Neron: el primero, crucificado cabeza abajo en la misma ciudad, y enterrado cerca de la via Triunfal, es venerado en toda la tierra; el segundo, inmolado con la espada y enterrado en el camino de Ostia, es honrado con un culto semejante.

En Argenton, san Marcelo, mártir, decapitado por la fe de Jesucristo, con un militar llamado Anastasio.

En Génova, la fiesta de san Cir, obispo.

En Narni, san Casio, obispo de quella ciudad, quien, segun refiere san Gregorio, no dejaba pasar dia alguno sin ofrecer al Señor todopoderoso la hostia de expiacion. A esta santa práctica correspondia su santa vida, pues que daba de limosna cuanto tenia, efecto de su ardentísimo amor de Dios y del prójimo, como lo manifestaban los raudales de lágrimas que derramaba celebrando el santo sacrificio del altar. En fin, un dia de los santos apóstoles en que él acostumbraba á ir todos los años á Roma, habiendo celebrado misa, y dado la comunion y la paz, entregó su alma al Criador.

En Chipre, santa María, madre de Juan, el llamado Marco.

En el territorio de Sens, santa Benita, vírgen.

En Francia en san Mihiel, en Lorena, santa Homberga, mujer casada.

En Etiopia, santa Acrosia.

En Wisemburgo, el santo niño Henrico despedazado por los Judíos.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue:

Deus, qui hodiernam diem apostolorum tuorum Petri et Pauli martyrio consecrasti; da Ecclesiæ tuæ eorum in omnibus sequi præceptum, per quos religionis sumpsit exordium. Per Dominum nostrum...

O Dios, que consagraste este dia con el martirio de tus apóstoles Pedro y Pablo; concede á tu Iglesia la gracia de que en todo siga la doctrina de aquellos á quienes debió el principio y el fundamento de la religion. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 12 de los Hechos de los apóstoles.

In diebus illis misit Herodes rex manus, ut affligeret quosdam de Ecclesia. Occidit autem Jacobum fratrem Joannis gladio. Videns autem quia placeret judæis, apposuit, ut apprehenderet et Petrum. Erant autem dies Azymorum. Quem cùm apprehendisset, misit in carcerem, tradens quatuor quaternionibus militum custodiendum, volens post Pascha producere eum populo. Et Petrus quidem servabatur in carcere. Oratio autem fiebat sine intermissione ab Ecclesia ad Deum pro eo. Cùm autem producturus eum esset Herodes, in ipsa nocte erat Petrus dormiens inter duos milites, vinctus catenis duabus, et custodes ante

En aquellos dias el rey Herodes comenzó á perseguir á algunos de la Iglesia. Mató, pues, á Santiago, hermano de Juan, con muerte de espada. Y viendo que esto agradaba á los judíos, añadió el prender tambien á Pedro. Eran los dias de los Acimos. Y habiéndole prendido, le metió en la cárcel, entregándole á cuatro cuaterniones de soldados para que le guardasen, con ánimo de presentarle al pueblo despues de la Pascua. Pedro, pues, estaba custodiado en la cárcel. Mas la Iglesia hacia continuamente oracion á Dios por él. Estando, pues, Herodes para presentarle, en la misma noche estaba Pedro durmiendo entre dos soldados

ostium custodiebant carcerem. Et ecce angelus Domini astitit, et lumen refulsit in habitaculo; percussoque latere Petri, excitavit eum, dicens: Surge velociter. Et ceciderunt catenæ de manibus ejus. Dixit autem angelus ad eum: Præcingere, et calcea te caligas tuas. Et fecit sic. Et dixit illi: Circumda tibi vestimentum tuum, et sequere me. Et exiens, sequebatur eum, et nesciebat quia verum est quod fiebat per angelum: existimabat autem se visum videre. Transeuntes autem primam et secundam custodiam, venerunt ad portam ferream, quæ ducit ad civitatem: quæ ultró aperta est eis. Et exeuntes, processerunt vicum unum; et continuò discessit angelus ab eo. Et Petrus ad se reversus, dixit: Nunc scio vere, quia misit Dominus angelum suum, et eripuit me de manu Herodis, et de omni exspectatione plebis judæorum.

atado con dos cadenas, y las guardias estaban á la puerta custodiando la cárcel. Y hé aquí que el ángel del Señor vino, y la habitacion resplandeció con una luz; y habiendo dado á Pedro un golpe en un lado, le despertó diciendo: Levántate prontamente. Y las cadenas se cayeron de sus manos. Y el ángel le dijo: Cíñete, y cálzate tus sandalias. Y él lo hizo así. Y le dijo: Echate encima tu manto, y sígueme. Y él saliendo le seguia, ignorando que era verdadero lo que se hacia por el ángel, sino que creia ver una vision. Y pasando la primera y la segunda guardia, llegaron á la puerta de hierro, que introduce á la ciudad: la cual se les abrió por sí misma; y saliendo fuera, pasaron un barrio; y súbitamente se apartó de él el ángel. Y vuelto en sí Pedro, dijo: Ahora sé de verdad que el Señor envió á su ángel, y me ha sacado de las manos de Herodes, y de todo lo que esperaba el pueblo de los judíos

NOTA.

« El evangelista san Lucas, despues de haber escrito en el evangelio la vida de Jesucristo y de su Madre santísima, escribió tambien las Actas de los apóstoles, la vida y los hechos de san Pedro y san Pablo, y la historia de la Iglesia en sus principios. »

REFLEXIONES.

Viendo que en esto daba gusto á los Judíos, resolvió prender á Pedro. El motivo principal, y muchas veces el único de la persecucion de los buenos, es el impulso de la pasion. Los disolutos y los impíos siempre tienen cierta maligna complacencia en ver desgraciados á los justos: *Opprimamus justum.* Oprimamos al justo. ¿Y porqué? Porque la pureza de sus costumbres es una eterna y penetrante censura de nuestros desórdenes. Su inmoble adhesion á la religion verdadera nos está continuamente reprendiendo nuestros descaminos y nuestros errores: hacemos vanidad, ó nos gloriamos de profesar la misma religion que él profesa; pero él sigue muy diverso camino que nosotros, y la moral por donde se gobierna nos desespera. Esto es lo que pone de tan mal humor á los libertinos; esto es lo que les irrita la cólera contra los siervos de Dios. Imagínense en el mundo pretextos y razones para perseguirlos: fórmeseles causa, y fulmínense procesos contra ellos fabricados á placer: háganse los mas rídiculos y los mas risibles retratos de su santa sencillez: pínteseles con los mas negros colores: sean las mas feas, las mas vergonzosas calumnias el gran móvil del desencadenamiento universal de este popular furor contra los verdaderos fieles: esa fué y esa será siempre la suerte de la virtud, tener enemigos y envidiosos. No hubo herejía que no persiguiese á los hijos de Dios: por mas que procuren vivir bajo un cielo tranquilo, sereno y despejado; por mas que hagan para que los dejen en paz, huyendo á los mas solitarios desiertos; siempre se desencadenará contra ellos el vicio y la impiedad. En la cólera y en la hiel de los herejes y de los disolutos se forman perpetuamente aquellos negros vapores

que excitan tantas tempestades contra la Iglesia. ¿Qué motivo dió san Pedro á los Judíos para ser el objeto de su odio? ¿qué delito cometió para que Herodes le mandase encerrar en una lóbrega prision? ¿qué hallaban en un hombre tan milagroso y bienhechor universal de todo el mundo para hacerle espectáculo del pueblo? Curó todo género de enfermos, resucitó muertos, predicóles las verdades de la religion, enseñóles el camino del cielo, declaróles el gran misterio de la redencion, y confirmólo todo con milagros. Los Gentiles, y hasta los mismos bárbaros menos instruidos, se sujetan con rendimiento á la fe: reciben con respeto la luz del Evangelio, ríndense á ella con sumision y con reconocimiento: cuando los Judíos, aquella nacion cultivada, ilustrada y aun supersticiosamente religiosa, que tantos siglos antes esperaba la venida del Mesías, no puede sufrir que los apóstoles la prediquen, la anuncien y la demuestren el objeto de su misma esperanza. La misma paradoja, ó, por mejor decir, el mismo misterio de iniquidad subsiste el dia de hoy. Los virtuosos son venerados de los pueblos bárbaros: al mismo tiempo que los disolutos, que profesan la misma religion, los desprecian y los persiguen. Los predicadores del Evangelio son respetados y oidos con veneracion de los Gentiles: cada dia adelanta la fe de Jesucristo nuevas conquistas en la China, en el Japon y en el Canadá. Conviértense muchos en Inglaterra, en el Norte y en Holanda: son tolerados los Judíos y todo género de sectas y naciones; solamente es desterrada de aquellos paises la religion católica. ¡Qué bien acredita esto solo el espíritu del error, probando al mismo tiempo la santidad de la verdadera religion!

El evangelio es del cap. 16 de san Mateo.

In illo tempore venit Jesus in partes Cæsareæ Philippi: et interrogabat discipulos suos, dicens: Quem dicunt homines esse Filium hominis? At illi dixerunt: Alii Joannem Baptistam, alii autem Eliam, alii vero Jeremiam, aut unum ex prophetis. Dicit illis Jesus: Vos autem quem me esse dicitis? Respondens Simon Petrus, dixit: Tu es Christus, Filius Dei vivi. Respondens autem Jesus, dixit ei: Beatus es, Simon Barjona: quia caro, et sanguis non revelavit tibi, sed Pater meus, qui in cœlis est. Et ego dico tibi, quia tu es Petrus, et super hanc petram ædificabo Ecclesiam meam, et portæ inferi non prævalebunt adversus eam. Et tibi dabo claves regni cœlorum. Et quodcumque ligaveris super terram, erit ligatum et in cœlis: et quodcumque solveris super terram, erit solutum et in cœlis.

En aquel tiempo vino Jesus á tierra de Cesarea de Filipo, y preguntaba á sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? Y ellos dijeron: Unos que es Juan el Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías, ó alguno de los profetas. Díjoles Jesus: ¿Y vosotros quién decis que soy? Respondiendo Simon Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Y respondiendo Jesus, le dijo: Bienaventurado eres, Simon, hijo de Juan, porque ni la carne ni la sangre te lo ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares sobre la tierra, será atado tambien en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será desatado tambien en los cielos.

MEDITACION.

SOBRE LA FIESTA DEL DIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera en toda la conducta de san Pedro el verdadero retrato de una alma verdaderamente fervorosa que ama sólidamente á Jesucristo; su ansia por ver al Salvador luego que tuvo noticia por san Andrés de su venida: apenas le encontró, ¡con qué anhelo, con qué fervor, con qué docilidad concurria á oirle! Dícele Cristo que le siga, y nada le detiene; ni sus parientes, ni sus amigos, ni su misma mujer; todo lo sacrifica por seguir á un buen Maestro; dedicado una vez á su servicio, jamás le abandonó. ¿Buscamos nosotros á Cristo con igual ardor? ¿seguímosle con tan fiel, con tan pronta generosidad? No tenemos mucho camino que andar para encontrar á Jesucristo. Oímos su voz en la de nuestros directores y superiores: escuchámosla en las lecciones del Evangelio; pero ¿qué fruto sacamos de todo esto? Acaso ha mucho tiempo que nos está llamando, y no pregunto ya qué hemos dejado; pregunto si nos hemos dignado de darle oidos siquiera. ¡Oh, y con cuántos lazos nos tiene presos el mundo! En vano nos despacha Dios sus siervos para que nos conviden al festin. *Villam emi; uxorem duxi.* ¿Cuántas frívolas excusas, cuántos vanos pretextos, cuántas miserables razones alegamos para negarnos á sus favores, á sus grandes beneficios? ¡Y nos admiraremos despues de que el infierno esté lleno de cristianos! ¡de que sea tan corto el número de los escogidos! ¡y de que se cuenten tan pocos fieles verdaderos! Si se considera con atencion la conducta de la mayor parte de los que

viven en el mundo, hallaremos dificultad en comprender el misterio de la predestinacion. Cotejemos nuestras máximas acerca de la religion y de las costumbres con los grandes modelos que tenemos á la vista, y nos admiraremos menos de que sea tan corto el número de los escogidos.

Pon los ojos en la inseparable adhesion que profesó san Pedro á Jesucristo: no le inmutó el mal ejemplo de tantos desertores y de tantos falsos hermanos. Aunque todos los demás discípulos hubiesen abandonado al Salvador, Pedro estaba bien resuelto á no abandonarle jamás. *¿Adónde iremos* (le dijo con fervorosa intrepidez), *pues solo vos teneis palabras de vida eterna?* Pronostícale Cristo su caida, y apenas acierta á creerla: tanto era el amor que de presente le tenia. ¡ Dios mio, qué pocos siervos tiene Jesucristo el dia de hoy que le sean verdaderamente fieles! ¡ A cuántos, aun de los mismos que hacen profesion de seguirle, les parece demasiadamente dura su doctrina! La mayor parte de los mundanos viven tan prendados y tan contentos en el servicio del mundo, que no hay que esperar se resuelvan á seguir á Cristo. ¡ Y qué deberé yo pensar de mí mismo !

PUNTO SEGUNDO.

Considera el fervor con que san Pedro amaba á Jesucristo; cuánta era su fe, su caridad y su esperanza. No bien pregunta el Salvador á sus discípulos: *Y vosotros ¿quién decis que soy?* cuando responde Pedro por todos con admirable viveza: *Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo.* El ardiente y tierno amor que profesaba á su Maestro se hacia visible en toda su conducta. Habla el Señor de su pasion; trata de su cruz; y no solo se sobresalta amorosamente Pedro, sino que protesta con resolucion que, aunque toda su nacion

se emplease en maltratarle, él solo se sentia con bastantes fuerzas para librarle de sus manos. Observa bien todo lo que dice: respira amor todo cuanto hace y todo cuanto habla. ¡Qué confusion la suya cuando vió á Jesucristo arrodillado á sus piés! ¡qué resistencia para que no se los lavase! Pero amenázale el Señor con su desgracia. ¡Santo Dios, y qué prontamente acreditó con su rendimiento y con su respuesta cuánto era el amor que profesaba á su divino Maestro! Recorre, en fin, todas las acciones, todos los pasos, todas las épocas de su admirable vida, y no hallarás en todas ellas sino continuas y encendidas pruebas de este abrasado amor. Y si recorremos las nuestras, ¿qué hallaremos, qué testimonios hemos dado de nuestra fe, qué pruebas de nuestra caridad y de nuestro zelo? ¡Dios mio ¿Sabemos por ventura que sois vos á quien servimos? Y si creemos que servimos no menos que á todo un Dios, ¿podremos estar tranquilos á vista de nuestra tibieza y de nuestra infidelidad? ¿interésannos mucho los intereses de Dios? ¿cuánta es nuestra prontitud en obedecerle? ¿cuánto el zelo por su gloria?

Tres veces pregunta Cristo á Pedro si le ama. Con qué viveza, con qué ardor, con qué confianza responde prontamente: *Sí, Señor: vos sabeis bien que os amo.* Si nos hiciera hoy esta misma pregunta á nosotros, ¿tendriamos valor para responderle: *Sí, Señor; vos, á quien nada se le oculta; vos que penetrais lo mas íntimo de los corazones, vos sabeis bien que os amo?* ¿Darian testimonio de esta verdad mis máximas, mis operaciones y toda mi conducta? ¡Ah! que con mas verdad y con mayor razon podria responder: Vos sabeis que amo al mundo, que amo sus deleites, que amo sus bienes, que me amo á mí mismo, y que no sé amar otra cosa.

Hacedme, Señor, penetrar bien las funestas consecuencias de una verdad que inútilmente me disimulo,

y vanamente me escondo; pero acompañad á esta viva luz de una gràcia eficaz que me convierta, haciéndome vivir en adelante de manera que pueda decir en la hora de mi muerte: Bien sabeis, Señor, que os he amado con todo mi corazon.

JACULATORIAS.

Domine, ad quem ibimus? verba vitæ æternæ habes. Joann. 6.
¿A quién iremos, Señor, pues vuestras palabras son de vida eterna?

Domine, tu scis quia amo te. Joann. 21.
Señor, bien sabeis que yo os amo.

PROPOSITOS.

1. Hablando en rigor, nuestra vida es una perpetua contradiccion entre nuestra fe y nuestras costumbres, entre nuestras obras y nuestras palabras: cristianos en la iglesia, infieles en todas las demás partes. Por lo menos en toda nuestra conducta se representa una comedia continuada. A nuestros inferiores, y en ciertas ocasiones hablamos como unos apóstoles de Cristo; pero en particular y reservadamente vivímos como si totalmente ignoráramos las máximas del Evangelio; semejantes á aquellos falsos Israelitas, en Jerusalen los mas zelosos observantes de la ley, en Samaria los mas impíos secuaces de la supersticion: por la mañana al templo, por la tarde al teatro; unas veces devotos, otras mundanos; en unas horas recogidos, en otras disipados; pero en todas, enemigos de las máximas del Evangelio. Pásase la vida en representar una ridícula comedia, hasta que, llegando la muerte en la última jornada, deja burlados á los ac-

tores, cubiertos de confusion, pasados de dolor, y llenos de un inútil arrepentimiento. Preocupa esta desgracia, abriendo los ojos desde luego para reconocer tu perdicion : mira que tu conducta es un tejido de lastimosas contradicciones: haces profesion de seguir á Cristo, y en nada menos piensas que en obedecer sus preceptos. Seas secular, seas eclesiástico, seas religioso, no desmientas tu religion y tu fe con tus costumbres. No es buena prueba de esta la indevocion y el poco respeto con que te presentas en la iglesia. Tu resistencia á las órdenes de Dios declara bien el espíritu de rebelion que te domina. Deja desde este mismo punto esa ridícula comedia que representas : reforma seriamente tus costumbres, y guárdate bien de contentarte con leer materialmente estas verdades.

2. En cualquier estado que profeses tienes obligacion de hacer oficio de apóstol. La caridad cristiana nos impone á todos una estrecha ley de tener muy dentro del corazon la salvacion de nuestros hermanos : nada debes omitir para solicitarla. No se trabaja en la conversion de los fieles únicamente con los sermones : otros medios hay por ventura mas eficaces para promoverla. Una reflexion cristiana hecha á tiempo, una advertencia, un consejo dado con discrecion y con caridad, un buen ejemplo, una limosna; todo esto puede ser fruto de un zelo apostólico. No hay padre ni madre de familias que no pueda hacer mucho bien dentro de la suya ; no hay genio tan malo que no se corrija; no hay propension tan viciosa que no se sujete; no hay inclinacion tan torcida que no se enderece con la aplicacion, con las instrucciones, con el zelo, con la blandura y con la constancia. ¡Cuánto bien puede hacer en una comunidad un superior, si le anima un zelo puro, discreto, prudente y acompañado siem-



S. PABLO APÓSTOL.

pre de un porte ejemplar! ¡qué inmensos bienes harán en la corte y en sus estados los monarcas y los príncipes, cuando amantes de la religion hacen que florezca en ellos la rectitud y la justicia! Pon en práctica estas reflexiones.

DIA TREINTA.

SAN PABLO, APÓSTOL.

San Pablo, apóstol, doctor de las gentes y oráculo del mundo, fué judío, de la tribu de Benjamin, y se llamaba Saulo. Nació en Tarso, ciudad célebre de Cilicia, dos años despues del nacimiento de nuestro Señor: por su nacimiento era ciudadano romano, privilegio que concedió el emperador Augusto á los Tarsenses en premio de su fidelidad. Su padre, que profesaba la secta de los fariseos, le envió á Jerusalen, siendo aun muy niño, para que le educase y le instruyese en ella Gamaliel, enseñándole la doctrina de la ley y de las tradiciones. En poco tiempo hizo grandes progresos, y siendo uno de los mas zelosos parciales de la ley, fué por consiguiente uno de los mas ardientes perseguidores de la Iglesia. Muy en breve llegó á ser furor su falso zelo. No contento con haber pedido terca y encarnizadamente la muerte de san Estéban, quiso tener el gusto de guardar las capas de los que le apedreaban. La persecucion que se excitó contra la Iglesia en Jerusalen despues de la muerte del protomártir, dió buena ocasion de satisfacer su implacable odio á este furioso enemigo de los discípulos de Cristo. Corria la ciudad, entraba en el templo, registraba las casas, y sacaba de ellas con

violencia á cuantos creian en el Señor, arrastrándolos por las calles, metiéndolos en los calabozos, y cargándolos de cadenas.

Parecian muy estrechos los límites de la Judea, de la Galilea y de la Palestina para contentar el mentido zelo de este furioso perseguidor. Respirando sangre, muertes y carnicería de los fieles, se presentó al consejo, pidiendo cartas y requisitorias dirigidas á las sinagogas y á los judíos de Damasco, con pleno poder para pesquisar y proceder contra todos los cristianos, para exterminar, si pudiese, aquella recien nacida Iglesia. Partió para Damasco con amplísimos poderes, echando retos y fulminando amenazas. Ya estaba cerca de la ciudad, cuando hácia la hora del mediodía vió de repente desprenderse del cielo una extraordinaria luz, mas resplandeciente que el sol, que le rodeó á él y á todos los que le acompañaban. Atónitos y atemorizados cayeron todos en tierra; y estando Saulo derribado en ella, oyó una voz, que clara y distintamente le decia : *Saulo, Saulo, ¿porqué me persigues?* Conmovióse su corazon al oir tan amorosa como no esperada queja; y recobrándose un poco, respondió : *¿Quién sois vos, Señor? Yo soy Jesus*, le replicó el Salvador, *á quien tú persigues. En vano te empeñas en recalcitrar contra mí.* Al oir esto Saulo, temblando, turbado y fuera de sí, exclamó : *Señor, ¿qué quereis que haga? Levántate*, respondió el Salvador, *entra en la ciudad, y allí te dirán lo que debes hacer.* Los que le acompañaban no estaban menos aturdidos que él : oian confusamente la voz, pero sin percibir lo que decia, ni ver á quién hablaba; solo Pablo veia al Salvador distintamente. Levantóse del suelo, abrió los ojos y hallóse en tinieblas, de modo que fué menester le condujesen por la mano á la ciudad, donde estuvo tres dias naturales sin ver, sin comer y sin beber.

En este tiempo, reveló Dios lo que pasaba á uno de los discípulos llamado Ananías; el cual fué á la posada de Saulo, puso las manos sobre él, restituyóle la vista, instruyóle suficientemente y le administró el bautismo.

Así como jamás hubo conversion mas ruidosa, tampoco la hubo nunca mas sincera, pues el mas furioso perseguidor de Jesucristo pasó de repente á ser uno de sus mas zelosos apóstoles. Predicaba, demostraba la divinidad de Jesucristo, y confundia á cuantos disputaban al Salvador el augusto timbre de verdadero Mesías. Atemorizó á los Judíos un predicador de tal carácter; porque, sobre estar perfectamente instruido en la Escritura, era de genio vivo y eficaz, con cierto aire de autoridad en cuanto hacia, que se llevaba el respeto y los corazones de todos. Sobresaltados los doctores de la ley á vista de tan poderoso adversario; perdiendo la esperanza de restituirle, tomaron la resolucion de desembarazarse de él; pero los fieles le libraron de sus manos y de su furor descolgándole una noche por la muralla, metido en una cesta.

Libre de este pelegro, pasó á Jerusalen para abocarse con san Pedro, en cuya compañía estuvo quince dias. Aparecióscle Jesucristo, y le mandó fuese á predicar el Evangelio á los Gentiles. Partió á Tarso, desde donde hizo varias correrias apostólicas á las ciudades de la Siria y de la Cilicia, recogiendo, por decirlo así, un gran botin para Jesucristo. Enviaron los apóstoles á san Bernabé á la ciudad de Antioquia: halló sobrada miés para un solo operario; pidió á san Pablo que se juntase á él, y los dos apóstoles trabajaron con tan feliz suceso, que allí fué donde los fieles se comenzaron á llamar cristianos.

Tres años habia que Pablo y Barnabé predicaban en Antioquía con maravilloso fruto: hacianse en ella

con el mayor fervor todos los ejercicios de la religion; eran muy frecuentes los ayunos, y se celebraban diariamente nuestros sagrados misterios, cuando el Espíritu Santo dió á entender á los profetas y á los doctores (que se contaban en gran número) como tenia escogidos á Pablo y á Bernabé para la conversion de los Gentiles. Ayunaron los fieles, hicieron oracion, ofrecieron el divino sacrificio, y el Espíritu Santo declaró su voluntad de la manera mas precisa; pues se oyó una voz, percibida de todos los asistentes, que decia: *Segregadme á Saulo y á Bernabé para el ministerio á que los tengo destinados.* Doblaron entonces los apóstoles así los ayunos como las oraciones; impusiéronles las manos, y los enviaron á la mision que les señalaba el Espíritu Santo. Partieron á Seleucia: allí se embarcaron para Chipre, entraron en Salamina, capital de la isla, y predicaron el Evangelio con tanto zelo y con suceso tan feliz, que se convirtió la mayor parte de la ciudad.

Tiénese por cierto que al principio de esta mision sucedió el famoso rapto de san Pablo hasta el tercer cielo, donde el Señor le descubrió maravillas, superiores á toda expresion, dándole la inteligencia de los mas escondidos misterios; mas porque no le envaneciesen tan singulares favores, como dice el mismo apóstol, permitió Dios que el estímulo de la carne le combatiese toda la vida; y para sujetarle, añadió á los trabajos del apostolado continuas y rigurosas penitencias.

Era á la sazon gobernador de la isla el procónsul Sergio Pablo, hombre prudente y entendido, el cual, luego que oyó hablar á nuestro santo de Cristo y de su religion, la hubiera inmediatamente abrazado, á no habérselo impedido un judío llamado Berjesu, por sobrenombre *Elymas*, que quiere decir insigne mago. Encendido nuestro apóstol en santo zelo con-

tra aquel embustero, le dijo: *Hombre malvado, tú estorbas á otros que vean la verdadera luz que alumbra á todos los que vienen al mundo, enseñándoles el camino de la salvacion; pues desde este mismo punto la mano del Señor es sobre tí, y estarás ciego sin ver el sol hasta de aquí á algun tiempo.* En el propio instante perdió Elymas la vista, y buscó quien le diese la mano para andar: milagro que asombró al procónsul, y se convirtió en la misma hora. Desde entonces dejó el apóstol el nombre de Saulo, y comenzó á llamarse Pablo.

Dejaron los apóstoles la isla de Chipre, y partiendo al Asia menor, predicaron el Evangelio en Antioquia de Pisidia, en Perge de Panfilia y en las provincias vecinas. Hallándose san Pablo en Antioquía, predicó á Jesucristo en la sinagoga con tanta eficacia y con tanta mocion, que todo el pueblo se mostró inclinado á creer en él. Sobresaltados los sacerdotes y los doctores de la nacion, vomitaron mil blasfemias contra Cristo, y se alborotaron contra los apóstoles, en cuya vista les dijeron estos: *Vosotros habíais de ser los primeros á quienes nosotros anunciásemos la palabra de Dios; pero, pues sois tambien los primeros que la despreciais, y por vuestra misma boca os confesais indignos de la vida eterna, veis aquí que la vamos á anunciar á los Gentiles.* Dicho esto, sacudieron el polvo de los piés, y marcharon á Iconia, donde hicieron muchas conversiones de judios y de idólatras, entre las cuales se contó la de la ilustre vírgen santa Tecla; pero los judios, que se mantuvieron tercos en su incredulidad, conmovieron el pueblo tan furiosamente contra ellos, que estuvieron en gran riesgo de ser apedreados: alboroto que los puso en precision de retirarse de aquella ciudad, y se fueron á Listris, Derba y otros muchos pueblos.

Estando en Listris san Pablo, sanó de repente á

un hombre tullido desde su nacimiento : milagro que obligó á aquella ciega gente á tenerle por dios; y ya iban á ofrecerle víctimas y sacrificios, cuando, horrorizados los apóstoles, rasgaron sus vestiduras en señal de dolor, y exclamaron que eran unos pobres hombres tan mortales como todos los demás, y que venian á enseñarles no haber mas que un solo Dios verdadero, Criador del cielo y de la tierra. Llegaron á Listris algunos judíos que venian de Iconia y de Antioquía de Pisidia, y concitaron el pueblo de manera que aquella veneracion se convirtió repentinamente en un popular furor. Descargó una espesa lluvia de pedradas contra san Pablo; sacóle arrastrando de la ciudad, y dejóle por muerto fuera de ella; aunque aquella misma noche se volvió á entrar el apóstol como pudo; pero al amanecer del dia siguiente se salió de Listris, porque no se excitase alguna persecucion contra los fieles.

Crecia su zelo al paso que se multiplicaban los trabajos y los peligros. Corrió con san Bernabé la Pisidia, la Panfilia, la Atalia y gran parte de la Siria, ordenando obispos y sacerdotes, y fundando iglesias en todas aquellas provincias. No es fácil imaginar lo mucho que el grande apóstol padeció por Cristo en aquellas expediciones. Él mismo da testimonio de que ningun otro sufrió mas trabajos, recibió mas golpes, toleró mas cárceles : muchas veces se vió á las puertas de la muerte en los rios, en los caminos, en el mar y en *las poblaciones. No se pueden explicar* los peligros á que se expuso por parte de los Judíos, de los Gentiles, de los falsos hermanos, empeñados todos en desacreditarle y en perderle, sin estar seguro aun en los mas espantosos desiertos. ¡Cuántos dias pasó sin beber ni comer, y cuántas noches sin dormir, expuesto á todos los rigores del tiempo sin recurso y sin abrigo! Cinco veces fué

cruelmente azotado por los judíos con nervios de bueyes; dos con varas por órden de los magistrados de las ciudades de Asia ó de Grecia; tres veces padeció naufragio; pasó un dia y una noche fluctuando entre las olas del mar, esperando ser tragado de ellas á cada momento. Pero en medio de tantos trabajos san Pablo siempre el mismo; esto es, siempre mas y mas encendido en el amor de Jesucristo; siempre mas y mas zeloso de llevar su santo nombre á todas las naciones de la tierra. Asombro causa considerar las ciudades, las provincias, los reinos y los vastos dominios que corrió este grande apóstol, anunciando el Evangelio en todos ellos.

Hizo tres ó cuatro viajes á Jerusalen; corrió, despues que se separó de san Bernabé, todas las iglesias de Cilicia, Siria y Atalia. Estando en Licaonia, recibió en su compañía á su querido discípulo Timoteo: desde allí pasó á Frigia y á Galacia, donde convirtió muchos gentiles. Llamado á Macedonia, predicó en Filipos, donde hizo maravilloso fruto: de Filipos se transfirió á Tesalónica, y desde aquí á Berea y Atenas, donde habló en el Areopago, aquel famoso tribunal de los Atenienses, declarando con tanta fuerza y con tanta elocuencia la divinidad de Jesucristo, la resurreccion de los muertos y la santidad del Evangelio, que se convirtieron á la fe san Dionisio, uno de los mas sabios y mas célebres individuos de aquella academia; una mujer llamada Damaris y otros muchos. Desde Atenas se encaminó á Corinto, donde hizo mansion cerca de diez y ocho meses, con el consuelo de ver florecer y triunfar en aquella ciudad la religion cristiana; creciendo tanto la iglesia de Corinto por el gran número de cristianos que abrazaron la fe, que fué uno de los mas ilustres reinos de Jesucristo en los primeros siglos.

Pero cuanto mayores eran los progresos que hacia

Evangelio, mas tenia san Pablo que padecer. Embarcóse en Cencrea para volver á Siria : atravesó la Galacia, la Frigia, y otras provincias del Asia mas remotas del mar : llegó á Éfeso, donde predicó el Evangelio; pero fué expelido de aquella ciudad por la conjuracion de un platero llamado Demetrio, que sublevó al pueblo contra el apóstol, irritado de ver lo mucho que se disminuia la venta de sus imágenes ó medallas de la Diana de Éfeso por la predicacion de san Pablo. Transitó por la Macedonia, donde se detuvo algun tiempo; y en fin, volvió por la cuarta vez á Jerusalen hácia el año de 58.

Viéndole los judíos en el templo, se echaron sobre él, y pidieron auxilio para prenderle. *Este es* (decian) *aquel hombre que en todas partes predica contra la ley, contra el templo y contra el pueblo de Dios.* Del templo se comunicó luego el tumulto al populacho, y concurriendo de toda la ciudad, se arrojaron sobre el apóstol, arrastráronle fuera del templo, cargáronle de golpes, y hubieran acabado con él, á no haber acudido el tribuno Lisias, que mandaba la cohorte romana; y sacándole con gran trabajo de entre las manos de aquellos furiosos, sin mas averiguacion, ni informarse del motivo, le mandó atar, cargarle de cadenas y meterle en un calabozo. Era tan grande el concurso, que se vieron los soldados precisados á subirle sobre la escalera de piedra, que estaba á la puerta de la cárcel por la parte exterior. Cuando san Pablo registró desde ella toda aquella muchedumbre, pidió licencia al tribuno para hablar al pueblo; y obtenida, refirió públicamente la historia de suconversion; pero, cuando llegó al lance en que Cristo le mandó que predicase á los Gentiles, comenzaron los judíos á dar descompasados gritos, y desenfrenarse contra él como desesperados. Para sosegarlos, le mandó el tribuno que se entrase en la

prision, con ánimo de aplicarle á cuestion de tormento; pero, habiendo sabido que era ciudadano romano, mudó de parecer, y le mandó quitar las prisiones. Informado despues que el alboroto era sobre punto de religion, convocó el consejo pleno de los judíos. Apenas abrió san Pablo la boca para hablar, cuando el sacerdote descargó brutalmente en su rostro una furiosa bofetada, que el santo sufrió con gran paciencia, de modo que la junta quedó como atónita, pasmada y muda, y á breve rato se deshizo tumultuariamente. Mandó el tribuno que le volviesen á la cárcel para que no le hiciese pedazos la muchedumbre. En la noche siguiente se le apareció Jesucristo, animóle, confortóle, y le dijo que, así como habia dado testimonio de él en Jerusalen era menester que le diese tambien en Roma.

Mientras pasaba esto en la cárcel, mas de cuarenta judíos habian acudido á casa del príncipe de los sacerdotes, protestandole que no comerian bocado hasta que á Pablo se le quitase la vida; y noticioso de todo Lisias, dispuso que á media noche partiese nuestro santo con una buena escolta para Cesarea, donde se hallaba Félix, gobernador de la Judea, haciéndole un exacto informe de todo lo sucedido. Dos años le tuvo Félix preso en Cesarea, donde el santo confundió á los judíos en cuantas ocasiones se ofrecieron, y convirtió á muchos paganos. Festo, sucesor de Felix, propuso á san Pablo en una junta si queria le remitiese á Jerusalen para que se sustanciase y se juzgase su causa; pero el santo, que sabia la conjuracion de los judíos, respondió que no tenia de qué, pues se hallaba inocente, y jamás habia hecho mal á nadie, pero al fin, ya que su causa estaba en el tribunal del César, apelaba al César. El dia siguiente tuvo otra audiencia del gobernador en presencia del rey Agripa, quien quedó tan plenamente convencido de su

inocencia, que dijo à Festo debiera darle libertad, á no haber interpuesto la apelacion al emperador.

Prevenidas ya todas las cosas para el embarco, san Pablo, seguido de san Lucas y de Aristarco, se hizo à la vela para Roma. A pocos dias de navegacion se levantó una tormenta tan deshecha, que no solo se vieron precisados à arrojar al mar la carga, sino los mismos aparejos del navío; y continuando la borrasca con la mayor violencia, llegaron todos á perder la esperanza de salvarse; pero haciendo oracion el apóstol, consiguió que ninguno del navío pereciese; y con efecto, dando á la costa en la isla de Malta, todos ganaron tierra, unos à nado y otros en tablones, sin que hubiese uno que no se reconociese deudor de la vida al santo apóstol.

Recibieron los Isleños á los huéspedes con mucha humanidad, y encendieron fuego para que secasen la ropa: juntó san Pablo un poco de leña menuda para avivar mas la llama, sin reparar en una víbora que estaba dentro de ella, la que apenas sintió la mano cuando picó al apóstol con su furia natural. Viéronlo los bárbaros, y se persuadieron á que aquel hombre debia ser algun insigne facineroso, á quien perseguia la justicia de los dioses, esperando por instantes que cayese muerto en tierra; pero Pablo no hizo mas que sacudir la mano, y la víbora cayó en el fuego sin haberle hecho el mas leve daño; á cuya vista, atónitos los bárbaros, y mudando de repente de concepto, comenzaron a mirarle como á un hombre extraordinario. Hospedóle en su casa el mas considerable de la isla, llamado Publio, romano de nacion: tenia enfermo á su padre, y apenas le visitó san Pablo cuando quedó repentinamente sano. Con la noticia de este milagro acudieron al apóstol todos los enfermos de la isla, y todos cobraron salud. Despues de haberse detenido en ella tres meses, se em-

barcó el santo con sus compañeros, aportó à Siracusa de Sicilia, desembarcó en Puzol y partió por tierra á Roma.

Noticiosos de su venida, los fieles salieron en tropas á recibirle, y ya se deja discurrir la veneracion y la ternura con que lo harian. Diósele permiso para que anduviese libre por la ciudad, con solo un guarda de vista, y se aprovechó de esta libertad para instruir á los judíos, y para confirmar á los fieles en la fe. Dos años estuvo en Roma san Pablo, en los cuales propagó maravillosamente el reino de Jesucristo, haciendo portentosas conversiones aun dentro del palacio del mismo emperador; y habiéndose justificado plenamente en todos los tribunales, se le despachó absuelto de todo cuanto le imputaban. Viéndose ya con entera libertad, llevó el Evangelio á muchas provincias; y no pocos autores creen haber estado el santo en España. Es probable que volvió al Oriente, no hallando descanso, ni aun consuelo sino en los trabajos apostólicos; pudiéndose decir sin exageracion que fué un milagro continuado la vida de este grande apóstol.

Restituyóse, en fin, á Roma hácia el año 67 para consolar y fortificar á los fieles en la persecucion de Neron, y encontró en aquella ciudad á san Pedro, que tambien habia vuelto á ella despues de varios viajes. En medio de ser entonces Roma como el centro de todas las supersticiones y todos los vicios del mundo, no pudo resistir al zelo de aquellos dos héroes cristianos. Ya habia convertido san Pablo á muchos oficiales del emperador, y habia puesto en camino de salvacion á una de las mas queridas concubinas de este, cuando fué arrestado y metido en prision en la que estuvo un año en compañía de san Pedro, hasta que coronó su gloriosa vida con una preciosa muerte, recibiendo la corona del martirio. Fue-

ron martirizados los dos apóstoles en un mismo dia y en un mismo año, que fué el 68 del nacimiento de Cristo. Dícese que corrió leche en lugar de sangre de su santa cabeza separada del cuerpo, y que el verdugo que se la cortó, con otros dos soldados, se convirtieron á vista de aquella maravilla. Es tambien antigua tradicion que en el lugar donde se ejecutó la sentencia brotaron tres fuentecillas, que se conservan corrientes hasta el dia de hoy.

Tenemos catorce epístolas de san Pablo, en las que podemos decir se contiene toda la religion y toda la doctrina cristiana; pero se debe observar que no están colocadas segun el órden cronológico de los tiempos. Pónense las primeras aquellas que dirigió á todos los fieles de alguna particular iglesia, y despues las que escribió á sugetos particulares. La primera es á los Romanos, escrita desde Corinto el año de 57. La segunda es la primera á los Corintios desde Éfeso en el mismo año. La tercera es la segunda á los mismos desde Macedonia algunos meses despues. La cuarta es á los Gálatas desde Corinto ó desde Éfeso, el año de 56. La quinta á los Efesios desde Roma el primer año de su primera prision. La sexta á los Filipenses desde el mismo lugar, y casi con la misma data. La séptima á los Colosenses desde Roma el año de 62, uno posterior á la antecedente. La octava es la primera á los Tesalonicenses, y fué la primera de todas las que escribió hallándose en Corinto el año de 52. La nona es la segunda á los mismos desde el mismo lugar, y poco tiempo despues que la primera. La décima es la primera que escribió á Timoteo desde Macedonia, por los años de 59. La undécima es la segunda al mismo, durante su prision en Roma. La duodécima es la dirigida á Tito desde Nicópolis el año de 64. La décimatercia es la escrita á Filemon desde Roma, el año de 61. Y la última es la

epístola á los Hebreos ó Judíos convertidos de Jerusalen y de la Palestina, desde Roma, poco despues que recobró su libertad. En todas estas epístolas, además de contenerse toda la médula de la moral y de la doctrina cristiana, resplandece el tierno amor que el apóstol profesaba á Jesucristo, cuyo dulcísimo nombre repite en ellas á cada paso.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La conmemoracion del apóstol san Pablo.

En Limoges en Francia, san Marcial, obispo, con los dos presbíteros Alpiniano y Austricliniano, cuya vida fué ilustrada con milagros.

El mismo dia, san Cayo, presbítero, y san Leon, subdiácono.

En Alejandría, el martirio de san Basílides, bajo el emperador Severo. Habiendo defendido este santo contra unos hombres impúdicos á la santa vírgen Potamiena, á la cual acompañaba al suplicio, recibió de ella la recompensa de su santo denuedo, pues, habiéndosele aparecido ella misma tres dias despues, y puéstole una corona sobre la cabeza, no solo le convirtió á la fe de Jesucristo, sino que le alcanzó además el ser un mártir glorioso sin pasar por largas pruebas.

En Roma, santa Lucina, discípula de los apóstoles, la cual, asistiendo con sus facultades á los santos necesitados, visitaba á los cristianos encarcelados, y se empleaba en sepultar á los mártires, junto á quienes fué ella misma enterrada en una bóveda construida por ella.

En la misma ciudad, santa Emiliana, mártir.

En el territorio de Viviers, san Ostiano, presbítero y confesor.

En Francia en el Mans, san Bertran, arcediano de

Paris, luego obispo del Mans, fundador de la abadía de la Conture.

En Marquienes en Flandes, la venerable Closinda, vírgen, abadesa de aquel lugar, hermana de santa Isoya.

En Dué en Flandes, la venerable Prescenda, vírgen, del mismo órden.

En Licia, san Paregorio, mártir.

En Cantorbia, san Deusdedit, sexto obispo de dicha ciudad.

En Pamplona, san Marciano, obispo.

En Inglaterra, santa Elgiva, reina, cuya traslacion se celebra el dia 18 de mayo.

En Salzburgo, santa Erentruda, abadesa de Nomberga.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue:

Deus, qui multitudinem gentium beati Pauli apostoli prædicatione docuisti; da nobis, ut cujus natalitia colimus, ejus apud te patrocinia sentiamus. Per Dominum nostrum...

O Dios, que alumbraste á los gentiles por medio de la predicacion del apóstol san Pablo; suplicámoste nos concedas sea nuestro protector para contigo aquel cuya fiesta celebramos. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 1 *de la escrita á los Gálatas.*

Fratres: Notum vobis facio evangelium, quod evangelizatum est à me, quia non est secundùm hominem, neque enim ego ab homine accepi illud, neque didici, sed per revelationem Jesu Christi. Audistis enim conversationem meam aliquando in judaismo: quo-

Hermanos: Os hago saber que el evangelio que yo he evangelizado no es cosa humana, porque yo no le recibí ni le aprendí de un hombre, sino por revelacion de Jesucristo. Porque vosotros habeis oido decir cómo me porté yo un tiempo en el judaismo: cómo

niam supra modum persequebar Ecclesiam Dei, et expugnabam illam et proficiebam in judaismo supra multos coætaneos meos in genere meo, abundantiùs æmulator existens paternarum mearum traditionum. Cùm autem placuit ei, qui me segregavit ex utero matris meæ, et vocavit per gratiam suam ut revelaret Filium suum in me, ut evangelizarem illum in gentibus: continuo non acquievi carni et sanguini, neque veni Jerosolymam ad antecessores meos apostolos, sed abii in Arabiam, et iterùm reversus sum Damascum: deinde post annos tres veni Jerosolymam videre Petrum, et mansi apud eum diebus quindecim, alium autem apostolorum vidi neminem, nisi Jacobum fratrem Domini. Quæ autem scribo vobis, ecce coram Deo, quia non mentior.

perseguia á la Iglesia de Dios sobremanera, y la devastaba, y aprovechaba en el judaismo mas que muchos coetáneos mios de mi condicion, siendo el mayor zelador de mis paternas tradiciones. Pero cuando le agradó á aquel que me habia segregado desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia de revelarme á su Hijo para que yo le predicase á las gentes: inmediatamente no me aconsejé de la carne y de la sangre, ni fuí á Jerusalen á aquellos que eran apóstoles antes que yo; sino que me fuí á la Arabia, y volví segunda vez á Damasco. De allí á tres años despues fuí á Jerusalen á ver á Pedro, y estuve con él quince dias, y no ví á ningun otro de los apóstoles sino á Santiago, hermano del Señor. Y en lo que os escribo, Dios es testigo de que no miento.

NOTA.

« Escribió el Apóstol su epístola á los Gálatas despues de su viaje á Antioquía, y poco despues que les habia predicado el Evangelio. En esta admirable epístola se explican los misterios de la predestinacion, de la vocacion de los Gentiles y de su union á los Judíos con toda aquella majestad y dignidad que les corresponde.

REFLEXIONES.

No siendo el Evangelio palabra de hombre sino palabra de Dios, ¡con qué respeto, con qué ansia, con qué docilidad se debe oir, y con qué fidelidad se debe obedecer! No nos le enseñó algun puro hombre; enseñónosle el mismo Jesucristo, hombre Dios : él nos descubrió sus misterios; él nos instruyó menudamente en su moral; él nos explicó su doctrina; él nos intimó sus leyes. ¡Qué error! ¡qué extravagancia forjarse cada cual á su fantasía un nuevo sistema de religion, sin mas consulta que la de nuestra limitadísima razon y nuestro antojo! No nos descubrió el Salvador mas que un solo camino para ir al cielo : locura es presumir entrar en él por otro. Atorméntese cuanto quiera el entendimiento humano para hallar interpretaciones que favorezcan el amor propio : todas sus sutilezas y todos sus artificios solo servirán para echar polvo á los ojos. Nuestra ley es el Evangelio : no hay otra regla de conducta que sus máximas; ninguna clase, ninguna condicion de hombres está exenta de observarlas; ninguna edad está dispensada; á ninguna esfera, á ninguna calidad de gentes se han concedido privilegios contrarios. Siendo, pues, el Evangelio la única regla de nuestra conducta, ¿qué camino llevan aquellos cuya conducta es tan opuesta á las máximas de Jesucristo? pero ¿hay por ventura muchos cuyos dictámenes, cuya conducta y cuyas costumbres sean conformes con estas santas máximas? La concupiscencia es vicio de todas las edades; la inclinacion á los deleites se anticipa al uso de la razon; las pasiones reinan con despotismo y con altivez en todos los estados. Coteja con el Evangelio la profanidad, la delicadeza, la ociosidad y los pasatiempos de las mujeres del mundo : coteja con

esta divina regla la ambicion, la codicia y la poca religion de la mayor parte de los mundanos; coteja con ella la vida imperfecta y sensual de muchos que hacen profesion de devotos. ¡Dios mio, qué desproporcion tan enorme, qué disforme, qué monstruosa contrariedad! En medio de eso, ¡esas mujeres disipadas, esos hombres entregados á sus gustos y esclavos de sus pasiones son de la religion de Jesucristo, esperan el mismo jornal que los obreros mas laboriosos, creen el mismo Evangelio! ¿Puede haber mas vergonzosa contradiccion de fe, de esperanza y de costumbres? Verdaderamente que este es un misterio de iniquidad, pero misterio fácilmente comprensible. A costumbres tan corrompidas corresponde una fe desmayada y casi en la agonía. Si las obras son las fiadoras de la fe, si son la prueba mas concluyente de ella, ¿quién extrañará ya que el error cuente tantos parciales, que la herejía haga tantos progresos, que sea tan corto el número de los escogidos y tan escaso el de los verdaderos fieles de Jesucristo?

El evangelio es del capítulo 10 *de san Mateo, y el mismo que el dia XI, pág.* 207.

MEDITACION.

DE LAS PASIONES.

PUNTO PRIMERO.

Considera que las pasiones son el gran móvil de casi todas las acciones de la vida: son pocos los que no gimen bajo el yugo de su tiranía, y menos los que trabajan por sacudir de sí este yugo. Nacieron en el seno del amor propio, y el mismo amor propio las fomenta. Como son criadas de casa mas antiguas que

la virtud, preocupan la razon, y cuando la voluntad les quiere hacer resistencia, se alborotan contra ella; viven siempre de inteligencia con los sentidos, y tiranizan el alma: todos se quejan de su despotismo, pero al mismo tiempo todos las contemplan: deslumbran con la falsa brillantez de gustos aparentes; pocos dejan de reparar en el lazo; pero apenas uno deja de caer en él, y aun los mismos que desconfian caen en la red atolondradamente. ¡Qué mal hay en el mundo que no nazca de este emponzoñado orígen!

Multitud de inquietudes, insaciabilidad de deseos, fondo sin suelo de disgustos: turbacion en las familias, guerras en los estados, injusticias, pleitos, querellas, violencias, crímenes enormes, herejías, cismas, parcialidades: todas las calamidades que cubren la tierra de luto y de amargura, todas son fruto de las pasiones. Obra suya es, por decirlo así, el infierno mismo. Aun las pasiones mas inocentes dan frutos amargos; y si duran, bastardean. No habria vicios, sino hubiera pasiones; pues un hombre que quiere hacer algun uso de su entendimiento y de su fe, ¿ha de conceder treguas á un enemigo, de quien debe temer todo lo malo, que le ha de ocasionar tantos sinsabores, y que le ha de precipitar en la última desgracia?

La pasion es la que hace la guerra á la inocencia y á la virtud desde el principio del mundo. ¡Cuántos profetas antiguos persiguió! A ella deben su muerte muchos que la padecieron cruel: ella quitó la vida al mismo Jesucristo: esta es la idea mas cabal de lo que son las pasiones. La pasion de los escribas, de los sacerdotes y de los fariseos fué la que no quiso reconocer al Mesías en el Salvador; la que le calumnió en los tribunales, y la que le puso en una cruz. Habiendo tratado tan mal al Maestro, no se podia esperar que perdonase á los discípulos: no hubo santo que no

fuese el objeto del odio y del furor de las pasiones; pocos que dejasen de ser víctimas de ellas. Y con todo, este es aquel enemigo de quien se desconfía tan poco; este es aquel á quien se fomenta, se ama, se halaga y se acaricia. Las pasiones nacen con nosotros, crecen con nosotros, y sin debilitarse con la edad, por lo comun acaban con nosotros. ¡ Gran desgracia si nos acompañan hasta la muerte! Andamos jugueteando con estas bestias feroces; muerden siempre cuando halagan, y no se siente la mordedura. Pero ¿cómo no vemos el daño? ¿cómo es posible que, habiendo tanto tiempo que las pasiones están llenando al mundo de desdichas, no nos apliquemos á destruirlas y á aniquilarlas?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que solo con reflexionar un poco mas de cerca los funestos efectos de las pasiones, parece se encuentra un remedio eficaz contra ellas mismas. Extermínense las pasiones, ó dómense por lo menos, y estará tranquilo, se descubrirá siempre sereno el cielo del corazon. ¿De qué otro principio nacen las tinieblas que se levantan, y no solo le anublan, sino que en alguna manera le quitan toda la luz? Toda pasion ciega; y cuando llega á ser dominante, ella sola es la que aconseja, ella la que guia; ¡ pero á qué errores, pero á qué desórdenes, pero á qué precipicios! Santo Dios, ¡ cuántos males se siguen de este principio!

Pero entre todos los efectos de las pasiones ninguno mas violento, ninguno mas funesto, que el espíritu del error. Ellas son la madre de las herejías: no hay mas que recorrerlas todas. Hallaránse las mismas causas y los mismos efectos; la pasion las engendró, la pasion las conservó, y nunca sobreviven á la pasion. El orgullo, la ambicion, la envidia la venganza, la lu-

juria, el interés, el despique: este es el orígen de todas las sectas. Por mas que se quiera disfrazar la pasion, por mas que se pretexten otros motivos, por mas que se les quiera suponer otro principio, no hay que cansarse, la pasion dió á luz todas las herejías. En vano se intenta desnaturalizarlas; no pueden desmentir su nacimiento. Aunque no todas nacieron en un mismo tiempo, pero todas nacen debajo de una misma estrella, todas son de un mismo país, todas de un mismo genio. Por eso, todas se parecen en muchas cosas; el mismo fin, el mismo objeto, los mismos artificios y el mismo espíritu. Si la pasion no cegara el entendimiento y el corazon, ¿serian menester otros discursos para que abriesen los ojos los que buscan la verdad? ¡En qué errores no vivia sumergido Saulo, y con qué furor no perseguia á los fieles! Con todo eso, él estaba muy persuadido á que todo aquello era puro zelo por la ley; fué menester un milagro para que conociese su error. ¡Oh, qué dificultosas son las conversiones de esta especie! ¡qué raras! ¡qué infrecuentes! En pasándose cierto tiempo, pocas veces se corrigen las pasiones.

¿Quién excita la desunion y el cisma en las familias? La pasion. Reinaria la amistad y la buena inteligencia entre muchas personas, si se hubiera tenido cuidado de domar con tiempo este enemigo de nuestra quietud y de nuestra salvacion. Seria dulce, seria inocente la vida, si fuera menos inmortificada, si desde el principio se hubiese comenzado á luchar contra la pasion hasta vencerla. Toda nuestra aplicacion y todo nuestro conato debia dedicarse á oprimir este enemigo doméstico; pero lejos de eso se le halaga, se le fomenta, y nos familiarizamos mas con él cada dia.

Dadme, Señor, tan claro y tan vivo conocimiento de la malignidad de las pasiones y de las desdichas que causan, que no cese con vuestra divina gracia de

combatir contra este enemigo mortal de mi eterna salvacion. Resuelto estoy á aplicarme á tan necesaria lucha el resto de mi vida, penetrado de un vivo y sincero dolor de haber vivido hasta aquí esclavo de mis pasiones.

JACULATORIAS.

Libera me de sanguinibus Deus, Deus salutis meæ, et exultabit lingua mea justitiam tuam. Salm. 50.

¡O Dios! esperanza única de mi salud, líbrame de las pasiones que me tiranizan, y perpetuamente ensalzaré tus misericordias.

Dirupisti vincula mea, tibi sacrificabo hostiam laudis. Salm. 11.

Espero, Señor, que romperéis los grillos de las pasiones que me tienen aprisionado, y ofreceré en agradecimiento sacrificio de alabanzas á vuestro santo nombre.

PROPOSITOS.

1. Son las pasiones, como se ha dicho, el gran móvil de las acciones humanas ó de la mayor parte de ellas: pocos se libran de su tiranía; son el sepulcro del espíritu y las tiranas del corazon; nacen con nosotros, y desdichado aquel que no sobrevive á ellas. Son tan enemigas de nuestro reposo, que, por decirlo así, no sosiegan ellas, mientras no nos ven llenos de turbacion. Nada las tranquiliza, porque nada las contenta: su asunto es consumir y desecar el alma con mil inquietudes, disgustos y pesadumbres. No hay edad exenta de ellas. ¿Eres niño? pues las pasiones son los resortes que hacen mover esa pequeña máquina. ¿Eres jóven? es la edad en que ellas reinan con mayor vigor y con mayor imperio. ¿Eres hombre maduro? nunca mas fuertes que entonces: es verdad que la re-

flexion modera tal vez los ímpetus y el fuego, pero el veneno, no le extrae. Retiranse las mas afurdidas para ceder el lugar á las mas peligrosas : no son las menos temibles aquellas que hacen menos ruido : una malignidad disimulada y taciturna asegura tanto mas el golpe, y es tanto mas nociva, cuanto es menos descubierta : la vejez debilita las fuerzas del cuerpo y del espíritu, mas no las de las pasiones. Esta es una leccion muy importante para tí. ¿Has trabajado mucho hasta ahora en vencer y en domar esos antiguos enemigos tuyos, que se te han hecho domésticos y familiares? ¿de dónde nacen esas miserias, esas aversiones, esas envidias, ese mal humor, esos arrebatamientos, esa ambicion, esa concupiscencia, esa poca devocion y aun poca religion? ¿de dónde esa inquietud, ese desasosiego, esa turbacion y todo lo que tanto te hace gemir interiormente? Tus pasiones te tiranizan : las perdonaste, las lisonjeaste, las consentiste y las acariciaste, y ahora te dan el pago. Trátante como á esclavo, y les seras deudor de tu eterna desdicha. Toma hoy una eficaz y generosa resolucion de sacudir desde luego tan vergonzosa servidumbre; ó ellas te han de perder, ó tú las has de exterminar; para eso tienes en tu mano todos los auxilios necesarios, y estas mismas reflexiones son los mejores fiadores de esta verdad.

2. Ataca desde este mismo punto á tu pasion dominante. ¿Es la codicia ó la avaricia? pues paga hoy mismo á tus criados, satisface á tus oficiales, y además de eso da alguna limosna. ¿Es la inclinacion al juego? propon abstenerte de él en todo un mes. ¿Es el amor al regalo, á la comodidad y á la delicadeza? imponte alguna mortificacion particular, que repitas algunas veces cada semana. ¿Es el mal humor ó la cólera? déjate pudrir antes que descomponerte. ¿Es la envidia y la vanidad? estudia en alabar á todos, y

jamás te descuides en expresion que pueda ceder en alabanza, propia. ¿*Es la pasion de la venganza*? hoy mismo has de buscar á tu enemigo, le has de perdonar de corazon, y esta victoria te librará de esa esclavitud. Acaso tiene Dios como vinculada tu salvacion á esta generosidad; y desde luego te pronostico que experimentarás *el consuelo* y la dulsura de una accion tan valerosa.

TABLA

DE LOS TÍTULOS QUE SE CONTIENEN EN ESTE SEXTO TOMO.

FIN DE LA TABLA.

POISSY. — TIP. Y STER. DE AUG. BOURET.